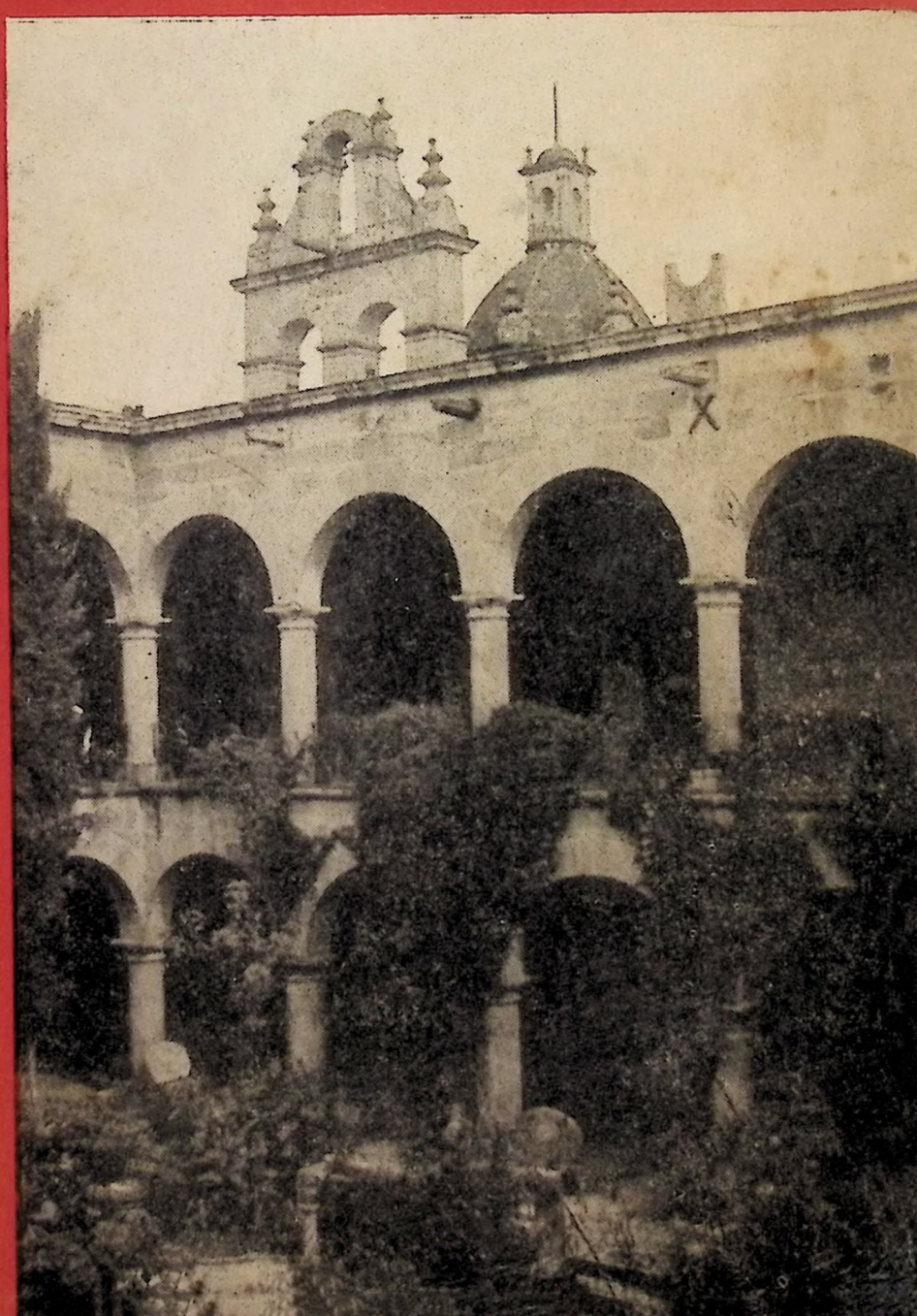
DR. VICENTE DAVILA

Rincones Mexicanos



RINCONES MEXICANOS

Derechos reservados conforme a la ley.
Impreso en México.

Imp. "Manuel León Sánchez", S. C. L.—M. R. del Toro de Lazarín No. 7. México, D. F.

Para "El Salón de Lectura"
de San Cristóbal, del Pachira.
El autor atentamente,
861 So. Broadway Ave.
Los Angeles 5, Calif.
November 24, 1947

PROLOGO

Los viajeros que tengan algún interés por las ruinas, monumentos, volcanes, lagos y en general por los paisajes de belleza natural, encontrarán campo abierto al conocer la nación mexicana.

Que en la mayoría de países iberoamericanos, casi toda la atención está concentrada en sus capitales, fuera de algunos pueblos y lugares históricos. No acontece esto en México. La sola capital merece muchos dias para visitar los tesoros de sus templos, palacios y museos.

Y luego se hace necesario conocer las capitales de los Estados, y todos los sitios donde la naturaleza se complació en estampar cuadros de belleza increada.

Estas observaciones son la causa eficiente de RINCONES MEXICANOS, donde cada uno obedece al objetivo de imprimir en libro, como un recuerdo, lo que se vió y se admiró. Siempre con ánimo de que sus colegas de América, conozcan la riqueza arquitectónica y cultural de tantos pueblos. De modo que los visitantes del mañana, tengan ya una idea concreta de lo que hay en ellos; y los que no puedan viajar, sepan de ella a través de estas páginas.

Se ha tratado de ser lo más preciso en las descripciones, siempre en síntesis. Se busca en esto no cansar al lector y reducir el volumen del libro.

Como todo obedece a estudios históricos, se aplaude la construcción que se encuentra en las ruinas de monumentos aborigenes; en la inmortal creación de pueblos y ciudades durante la Colonia; y se condenan los escombros de monasterios, templos y palacios; y la destrucción de las minas y fincas de cultivo y cría, desde que se inició la guerra de Independencia. La cual se agravó con las Reformas, y se llevó a una locura sin igual, en las guerras y gobiernos comunistas.

Se hace hincapié, en cada paso del camino, ante un adelanto constructivo al recordar que en la patria del viajero, se carece de él debido a la mera incuria e ignorancia de sus gobernantes.

Y si llena su alma de sublime emoción al contemplar todo lo grande que encuentra en estos RINCONES, sufre también, como si fuese una cosa propia, al mirar lo destruído en el patrimonio de la riqueza nacional.

Las frases de justa indignación que le arranca la barbarie de los fanáticos que arrasaron, son simple homenaje a la memoria de los constructores de la nación mexicana.

Todo cuanto haya en estas páginas de aplauso o de censura, surge espontáneo de su espíritu público, herencia de su buen padre que recogía las piedras del camino para que no tropezaran con ellas los viandantes.

Los datos que se encuentran aquí son personales, como que los vió y midió el autor con ayuda de sus hijos, que desde chicos viajan con él por las rutas de América. Las fotografías son seleccionadas de entre las mil doscientas que tomó Gloria Capriles, su compañera inseparable; que es su secretaria y tesorera al mismo tiempo.

Completó aquéllos, en lo que pudo, con la lectura de autores mexicanos que conocen bien las cosas de su patria.

Al llegar el autor a México, en julio de 1941, en misión cultural del gobierno de Venezuela, se dió a la tarea de recorrer los pueblos del interior. Cada vez que sus hijos tenían alguna vacación salía a sus visitas. Entre viajes y conferencias sobre Venezuela, pasó su tiempo hasta junio de 1944. "El Molino de Flores", cerca de Texcoco, fué el último Rincón que conoció y estudió.

Publicó varios en la prensa mexicana, y al encontrarse de nuevo en Caracas, durante los años de 1945 y 46, en las páginas de "El Universal" se publicaron casi todos.

Y tuvo que recogerse unos cuantos meses, a causa de golpes de las olas en el duro trance cuando se vió tragado por un remolino. Esto sucedió en la homicida playa de Macuto y su litoral. Y a pesar de ello, no suspendió sus escritos en los jueves de cada semana.

Estando en esta grave dolencia física le llegó, el 20 de octubre de 1945, la noticia de que la "Quinta Dávila", ubicada en "Caracas Country Club", se hallaba en pleno incendio.

El anuncio fué dado por una buena amiga, la señora Beatriz Crespo de Aguerrevere. Como ella vive casi enfrente de la "Quinta", sabía que ésta es propiedad de los esposos Dávilas.

Al punto salió de Los Caobos, donde habitaba con su esposa, y

grande fué la sorpresa de ambos ante la enormidad del desastre. Allí encontraron unos cien saqueadores entre mujeres, muchachos, negros, zambos, mulatos y algunos blancos que robaban de últimos.

A uno, que se llevaba las piezas de un escaparate, le pidió que las dejara; y un zambo le objetó: "Eso le pertenece al muchacho porque es el triunfo del pueblo".

Adentro vidrios rotos, astillas de madera, muchos papeles y algunos libros cubrían todo el piso lleno de agua, por las tuberías rotas y la que echaron los bomberos cuando intentaron apagar el incendio. Ni muebles, ni vidrieras, ni lámparas habían quedado en la planta baja. Algunas puertas rotas, otras arrancadas de sus visagras.

Al subir la escalera, más destrozos de vidrios y al llegar a la biblioteca, no fué posible entrar porque el humo y el fuego se lo impidieron.

En vista de que las llamas seguían devorando los libros y ardían las puertas y ventanas, se llamó al cuerpo de bomberos, pero éste no acudió. Porque en la madrugada, contestó, había apagado el incendio y, además, no tenía carros de agua.

Ante la negativa la señora Dávila acudió al depósito de agua en la azotea, hizo romper el techo de la biblioteca y de este modo se conjuró el fuego.

Al entrar los dueños en los dormitorios los hallaron vacíos, rotos los aparatos de los baños y todo lo demás robado. Y cuando bajaron al sótano, que estaba lleno de armarios con la cristalería y recuerdos de sus viajes por Sudamérica, vieron con intenso dolor que todo había sido saqueado.

En ese momento empezaban los asaltantes de la salvajada pública, a cortar los árboles frutales del parque. Ya tenían derribados dos, un naranjo y un limonero cargados de sus frutos. La presencia de los propietarios ahuyentó a los foragidos.

Pasadas las primeras horas se supo que el 19 de octubre, alrededor de las 3 de la tarde, le avisaron al inquilino doctor C. Parra Pérez y a su señora, que los iban a saquear como a los demás ministros.

Por esta razón cuando llegó la turba armada de palos y machetes ya Parra Pérez, su familia y criados, junto con sus perros y sus gatos, habían huído, llevando en sus dos carros las maletas que pudieron.

No pudo desde luego esperarlos como hombre para defender su casa de habitación. Los saqueadores en su algazara llegaron gritando,

como lo dice su defensor Casto Fulgencio López: "Muera el doctor Parra Pérez! ¿Dónde está? ¿No lo han matado todavía?"

Más adelante, en su escrito en "El Universal" del 4 de noviembre de 1945, expone: "Esta expedición organizada para los saqueos, luego de desvalijar, incendiar y destruir la vivienda de Parra Pérez se trasladó a su nombrada casa de campo situada en Baruta, a una hora en automóvil de la capital, y aún con más saña destruyó, violó y desvalijó cuanto había en la morada, cargando hasta con las puertas y ventanas y derribando a machetazos los arbustos frutales y ornamentales de la finca".

Esta relación de Casto Fulgencio López, grande y buen amigo de Vicente Dávila, prueba asaz que el ministro de Gómez, de López Contreras y de Medina Angarita era bastante odiado del pueblo de Caracas.

Ahora bien, el propietario de la "Quinta Dávila" pregunta a sus colegas, los escritores de América: ¿Qué parte de responsabilidad tiene él en los odios desatados contra su inquilino?

Si a Parra Pérez le cobraban lo que debía en política, según usanza en Venezuela, ¿por qué éste trata de evadir toda responsabilidad, que sólo le atañe al canciller de Medina Angarita?

Y siendo capitalista como es, ni paga los muebles que dejó saquear, ni paga los destrozos del inmueble en que vivía, ni trata de indemnizar la biblioteca incendiada. Con el gravamen de que cuando esto sucedió, ya no tenía "los maüsers que pudieran apuntarle al pecho", como dice el escritor López, sino que su persona estaba ya en plena seguridad en la legación belga.

Una señora, que vive cerca de la "Quinta Dávila", le contó al suscrito en Macuto, el Jueves Santo, 19 de abril de 1946, que cuando ella pasaba por frente de la casa del general Pérez Soto, que estaban saqueando, y oyó que decían: "Ahora a la casa de Parra Pérez"; ella guió su auto en esa dirección.

Y al llegar a la casa la encontró con todas las puertas abiertas, tanto en el piso bajo como en el de arriba. Sólo un gato era el habitante que allí había.

En esto comenzaron a llegar las turbas y unos hombres armados y ella, con su amiga, siguieron a su casa.

Desde la legación belga, donde se refugió Parra Pérez con los suyos, escuchó el ruido y la algazara que hacían los saqueadores al destrozar los muebles de la "Quinta" abandonada. Y esto duró dos mortales horas, de las 5 a las 7 de la tarde. Y la legación sólo dista 200 metros justos del inmueble destrozado.

Porque el incendio de los libros, en piras arregladas, empezó a las once de la noche, según testimonio del doctor José Ignacio Baldó, que colinda por el sur con la "Quinta Dávila". A esa hora una criada le avisó, que por las ventanas de la biblioteca del doctor Parra Pérez salían llamaradas de fuego. Al instante el doctor Baldó llamó al cuerpo de bomberos, que acudió, con dos carros llenos de agua. Como a las dos horas quedó apagado el incendio. Pero a las dos de la madrugada volvió a renacer. Nuevas llamadas telefónicas a los bomberos, pero en esta vez, no obstante las repetidas veces que el mismo doctor Baldó llamó, no acudieron. Por esta razón en la mañana del día 20 el incendio seguía consumiendo las piras de libros.

Toda la tragedia del inmueble indefenso, fué escuchada y vista por el inquilino fugitivo desde su nueva morada. Las dos ventanas del lado este de la biblioteca, miran a la legación belga.

Y este es el mayor cargo que pesa sobre Parra Pérez. El primero, grave de por si por el abandono de la casa, quedó superado por el segundo. Tuvo tiempo más que suficiente, para avisar al propietario que vivía en Los Caobos, a una distancia de cinco minutos en automóvil. Y tenía sus dos carros salvados en la Embajada.

Contra su cobarde proceder del primer momento, le condenan las actitudes valerosas del doctor Luis Jerónimo Pietri, que rechazó, como hombre consciente de sus puestos públicos, a las exaltadas turbas que le pedían cuentas como gobernador y ministro que fué

La señora María Teresa de López Contreras rechazó, con su palabra y la serenidad de su valor moral, a los saqueadores a las mismas puertas de su hogar; lo mismo hizo la señora Elena Pietri de Uslar, que salvó, con su coraje de mujer, la biblioteca de su hijo, el doctor Arturo Uslar Peitri. Le pedían cuenta como ministro que fué de los gobiernos derrocados.

Pero el gesto de responsabilidad que más condena al inquilino, es el que tuvo el doctor Angel Biaggini, candidato del gobierno para suceder al Presidente Medina Angarita. Habitaba, desde cuatro meses antes, la casa del doctor Perdomo Hurtado, y cuando tuvo aviso que lo iban a saquear, dejó cuatro hombres que rechazaran a las turbas y al instante avisó al propietario. El doctor Perdomo Hurtado acudió con su familia y de este modo salvó su casa. Como no era del doctor Biaggini, todos respetaron a su dueño.

El día 22 de octubre, como el inquilino salvado en su refugio no daba señales de vida, el propietario fué a la legación. Al verse con él

le dijo que esperaba, conforme al contrato de arrendamiento y al inventario de muebles que había entre los dos, le entregara su "Quinta".

El propietario, que era su colega de Academia, puesto que él lo propuso, en unión de dos Individuos de Número, como Socio Correspondiente, iba a tratarle el asunto amigablemente. Pero el infatuado inquilino no respondió a la generosidad de su antiguo compañero, y toscamente le contestó: "Tú tendrás que acudir a los Tribunales".

El doctor Gustavo Herrera, refugiado también, quien sufrió el saqueo de su casa propia y de sus propios bienes, como ministro de Medina Angarita, le aconsejó llevara al juez de Petare a fin de que le hiciese una inspección ocular de cómo quedó el inmueble. Y esta es la primera pieza del expediente.

Durante la entrevista llegó la señora Parra Pérez y llenó de insultos al propietario. Después supo que era por el suelto que "El Nacional" publicó, en estos términos: "En la mañana del sábado estuvimos en la Quinta de Parra Pérez. Prácticamente quedó destruída. La quinta no es de Parra Pérez, sino del historiador doctor Vicente Dávila. Parece ser que el ex canciller abandonó la casa sin avisar a los verdaderos dueños. La valiosa biblioteca del doctor Dávila fué incendiada por manos criminales, creyendo sin duda perjudicar con ello al doctor Parra Pérez".

La prensa de Caracas, tanto diarios como revistas, hablaron del incendio, caso único en los anales de Venezuela. Y publicaron fotografías, en visitas sucesivas a las cenizas ya apagadas, donde el doctor Dávila, sobre las piras calcinadas, dijo a los cronistas: "Lloro sobre estas cenizas de mis libros, porque sólo lo irreparable merece el llanto de los hombres".

Se sabe que en las caídas de los gobiernos de Guzmán Blanco, Andueza Palacio, Ignacio Andrade y Cipriano Castro sólo hubo saqueos de algunas bibliotecas. Y en los años de 1935 y 36, cuando López Contreras permitió que saquearan los hogares de sus compañeros de causa, y estatuyó como sistema reaccionario las salvajadas del populacho, sancionando a los ministros y gobernadores derrocados, no hubo incendios de libros.

Por primera vez asoman las llamas en una biblioteca, y fué en la Americanista del suscrito, que le costó 45 años de labor benedictina. Los directores de las turbas, y los que prepararon los libros para la hoguera en autos de fe política creían, a pie juntillas, que eran del inquilino Parra Pérez. Y le pedían cuenta de los treinta años que fué ministro de Gómez, de López Contreras y de Medina Angarita.

Publicado en "El Nacional" de Caracas, el día 3 de julio de 1946.

En confirmación de que debía acudir a los tribunales, le llegó esta nota, que se publica en clisé en este mismo prólogo:

Si todo el desastre lo ocasionó el odio que le tenían por ser ministro, es lógico que sufra la pena como causante. Nada tiene que ver el suscrito con la actuación de su inquilino en la política. Su nota de cobarde y luego de irresponsable, no lo eximen de los cargos que le hace este libro ante el tribunal de la Historia. Más tarde vendrá el expediente ante los tribunales ordinarios, según su propio dictamen.

Poco tiempo después mandó en un camión unos cuantos muebles, de los que el Gobierno había recuperado de algunos saqueadores. Venían hechos astillas. El propietario rechazó indignado, aquella infinita miseria de su antiguo inquilino.

Y con esto se delató a sí mismo, pues además de su cobardía su ser moral rayaba en mezquindad.

Esto sube de punto con el rasgo de hombría de Juan de Dios Celis Paredes, narrado al suscrito. Habitaba, también como inquilino, una casa en "El Rosal", sólo desde tres meses antes. Las turbas, que le pedían cuenta como a Gobernador y Ministro de Medina Angarita, le destrozaron los muebles, los baños y las puertas. ¡Y este ministro no escribió esa pobre carta del clisé al propietario, sino que ordenó a su señora, desde la prisión en donde estaba, que reconstruyera lo destruído antes de entregar la casa al dueño! Y debe saberse que Celis Paredes carece de bienes de fortuna, y que Parra Pérez, su conterráneo, ha logrado, en treinta años consecutivos de ser ministro, sin derroches de generosidad, acumular cuantiosas sumas de bolívares.

Además de la prensa de Caracas que censuró en vivos caracteres el abandono, el silencio y la falta de responsabilidad del Canciller, varios escritores manifestaron al dueño de la biblioteca incendiada, sus sentimientos de simpatía ante el criminal atentado.

Monseñor Nicolás E. Navarro, con fecha 9 de noviembre, le dirigió la nota siguiente: "Apreciado amigo y colega: En la sesión de ayer se dió cuenta de la carta de usted de 31 de octubre en que informa a la Academia de que en el saqueo de la "Quinta Dávila", propiedad de usted y habitada por el doctor Parra Pérez, se perdió la medalla que a usted corresponde como Individuo de Número de este Instituto, y al mismo tiempo pereció por el fuego y el robo toda una biblioteca, que usted destinaba a esta Corporación si su hijo no seguía las huellas de usted en su amor a la historia, a las letras y a los libros. En nombre de la Academia y en el mío propio manifiesto a usted el más dolido sentimiento por tan deplorables pérdidas, que han privado a usted de una parte de su patrimonio coleccionado con tanta pa-

DR. CARACCIOLO PARRA PEREZ

Caracas: 1° de Noviembre de 1945.

Sr. Dr.
VICENTE DAVILA
Presente.

Estimado amigo:

Después de nuestra reciente entrevista he rogado al Doctor Nicomedes Zuloaga, que me represente en cuanto pueda requerirse en el lamentable asunto de nuestra común desgracia por el saqueo de tu casa que ocupaba yo como inquilino. No hay duda de que el contrato terminó con ese acto de barbarie que ocasionó el deterioro de la casa y la pérdida de los muebles y libros de tu propiedad que había en ella, así como también de todo mi mobiliario, libros, notas y objetos míos y de mi familia, y de las demás personas que allí habitaban.

Aunque resulte ocioso dadas las circunstancias, sirva esta carta como notificación del término de nuestro contrato desde el día del saqueo y de que la casa ha quedado a tu disposición.

En la situación en que me encuentro, hospedado en la Legación de Bélgica, me veo en el caso de rogarte que te comuniques con el Dr. Zuloaga, si consideras que debes hacerlo de nuevo con este motivo.

Tu afmo. amigo,

ciencia y amor, y a la Academia lo mismo, ya que existían probabilidades de que sus libros pasaran a la biblioteca de ella, que por ser ese propósito da a usted las gracias más sinceras".

El escritor y Socio Correspondiente de la Academia, Luis Alfredo Colomine, le escribe: "Por la prensa supe el haberse reducido a pavesas su valiosa Biblioteca Americanista, que el bárbaro saqueo de las turbas pretendieron hacer al doctor Parra Pérez, haciendo un daño infinito a la cultura".

"En este trance, reciba usted mi palabra de simpatía y protesta, por un hecho que subleva el ánimo de los que somos los milicianos de la cultura patria".

El abogado escritor Tomás Liscano le acompañó con estas sentidas frases: "Crea, querido amigo, que padezco con usted aquella irreparable pérdida; porque mido la inmensidad de su dolor, ya que en mi biblioteca tengo mis más caros afectos, mi más entrañable delectación; es parte de mi existencia, es grande parte de mi familia".

Otro abogado, que es historiador y fué su compañero de oficina en el Archivo Nacional, Héctor García Chuecos, en nombre del Instituto, habló elocuentemente:

"Ahora me he informado con profunda tristeza y dolor de la suerte que ha corrido su biblioteca, y la destrucción de su casa a manos de un populacho ignorante. Golpe tan recio, que echa al suelo medio siglo de entusiasmo cultural, de perseverancia y de amor por cuanto enaltece el espíritu y dignifica la persona humana, es suficiente para amilanar a cualquier hombre así sea del más acerado temple.

"Afortunadamente no lo será para usted. Los que conocemos la energía de su carácter, su espíritu de iniciativa, sus afanes progresistas, su gran amor por el trabajo, su entusiasmo por cuanto signifique cultura, su tesón y su constancia, sabemos que usted no será presa del desaliento.

"Joven de espíritu, joven en las ideas, recto en el carácter, entero de ánimo, este saetazo del destino no será herida mortal para sus ideales, y quiera Dios que de ella surja, noble y grande como otras veces, una nueva obra, tan bien intencionada y tan patriótica como la anterior".

El poeta merideño E. Menotti Spósito, abogado también, le contesta: "Como un recuerdo de la salvajada de la plebe, guardaré el ejemplar que me envías, en parte destrozado por el fuego, de mi libro "Cantos Bárbaros"... Conceptúo la pérdida de la "Biblioteca Americanista" como un verdadero duelo de la cultura venezolana".

A poco llevó al "Museo Bolivariano" el bronce de Bolívar, que trajo de México para la biblioteca que consumieron las llamas. Es obra inspirada del escultor colombiano Rómulo Rosso.

Al obsequiarla, y ante el relato de vergüenza y mezquindad de su inquilino, una hermosa caraqueña allí presente exclamó: "¿Y por qué Parra Pérez no dejó allí al espantapájaros que tenía en su casa?"

Como los instrumentos de trabajo de un escritor son los libros, necesitaba formar una segunda biblioteca. Al efecto, el 1o. de enero de 1946, se dirigió a unos quinientos escritores del continente, en estos términos: "Estimado amigo y colega: Sosegada la indignación del ánimo, y en pleno dominio de mi ser intelectual, vuelvo a mis tareas literarias y escribo a mis amigos y colegas.

Con motivo de la caída del gobierno de Medina Angarita, el 18 de octubre anterior, que cayó sin ningún esfuerzo de varón ni empeño de militar, vino el consiguiente saqueo, que desgraciadamente dejó establecido López Contreras el 14 de febrero de 1936. Las casas de los ministros y algunos empleados de Medina sufrieron la furia destructora de las turbas.

Una de ellas, la "Quinta Dávila", donde habitaba el canciller Parra Pérez desde julio de 1941, fué saqueada y la biblioteca incendiada. Esta, no menos de 10,000 ejemplares entre libros, folletos y revistas del continente americano y Antillas del Caribe, fué pasto de las llamas durante unas ocho horas del 19 del citado mes de octubre.

El inquilino, desgraciadamente, al refugiarse en la legación belga, a sólo 200 metros distantes de la "Quinta", no avisó a su dueño el doctor Dávila, que vivía a cinco minutos de automóvil distante de la Legación.

El propietario vino a saber la destrucción de su casa amueblada y el incendio de su biblioteca el día 20 en la mañana, que fué cuando acudió a extinguir, con su compañera, las llamas destructoras.

Le incluyo un recorte de prensa y puede hacer el uso indicado, darlo a conocer al público. Tiene por objeto el que mis colegas de esa ciudad me envíen libros, dedicados a mi "Biblioteca Fénix", según la bautizó el historiador colombiano don Germán Arciniegas, actual Ministro de Educación Nacional. Esta la empecé en México en 1941, y tiene hoy cerca de mil volúmenes. Por correo marítimo le envío un ejemplar quemado, para que se sirva tenerlo junto con los libros del suscrito en su biblioteca".

Esta circular ha sido contestada con libros y frases de encomio, que alientan al espíritu y mente doloridos a continuar, sin desmayos, la tarea de escritor panamericano.

De Bogotá Cornelio Hispano, al lamentar con sentidas frases el hecho bárbaro, dice, aquí en Colombia no se ha incendiado jamás una biblioteca pública ni particular. Los odios de partido no han llegado nunca al que demostraron en Caracas, las turbas exaltadas, contra el ministro Parra Pérez.

De Popayán, Arcesio Aragón escribe: "Amante yo, como usted, de los libros y de toda manifestación de cultura he sentido en lo vivo (como si yo mismo hubiera sido la víctima), ese atentado salvaje contra la "Quinta Dávila" y cuanto ella contenía, sólo por estar viviendo allí el canciller del gobierno derrocado, señor Caracciolo Parra Pérez... Pero yo creo que si existe justicia sobre la tierra, usted tiene derecho a una indemnización".

El doctor Luis Jaramillo Montoya desde Manizales: "Guardaré en mi bibliooteca el libro quemado de la suya, como una joya valiosa y como un tema permanente de meditación sobre la turbulencia de las pasiones políticas...

En esa hoguera bárbara encienda usted la tea luminosa de su cultura, con la fe de que vendrán días mejores para esa bella y gran patria, en la cual ha actuado usted con tanta nobleza y con tanto brillo".

De Medellín, el doctor Emilio Robledo le escribe: "Tan pronto como se reunió la Academia Antioqueña de Historia hice leer su interesante circular y conocer de los académicos la fotografía en que aparece en toda su cruda salvajez la obra destructora de la multitud inconsciente y sádica.

"Por obra de los instintos primitivos exteriorizados en momentos de exaltación, queda anulada una de las iniciativas más genuinamente civilizadas, cual fué la tomada por usted al coleccionar las manifestaciones de la cultura americana y formar esa biblioteca que debía constituir un motivo de legítimo orgullo para la patria del Libertador.

"Como ya sin duda se lo habrán comunicado, la Academia acordó enviarle una colección del Boletín y se le remitirá todo cuanto salga de los académicos.

"Hoy publicó "El Colombiano" el suelto que le incluyo y que le indica que no ha sido inútil su clamor".

"El doctor Vicente Dávila, historiador venezolano, es una de las mayores cifras de la cultura continental por la pasión de todos los momentos y por el noble afán de una vida destinada a las solas manifestaciones de la inteligencia. Escritor agradable, autor de numerosos libros de historia, destinados en su gran parte a la hazaña de los hombres de la Independencia, ha sufrido, en los postrimeros años

de su vida, una de las pérdidas más dolodosas que puede padecer un hombre de cultura.

"Las llamas destruyeron los 10,000 volúmenes que formaban la biblioteca del historiador, fuera de las cartas históricas, de numerosos documentos de incalculable valor, y de los diplomas que la gestión intelectual había conquistado para el escritor admirable.

"No se declaró vencido por tan tremendo fracaso el doctor Dávila. Apenas apagado el fuego, vivas aún las últimas llamas del incendio criminal, se ha dirigido a todos los escritores de América a pedirles el envío de sus libros, bien de los que fueran destruídos, bien de los que aparezcan por éstos o aparecieron por los pasados tiempos.

"La petición tiene en el fondo un nobilísimo valor sentimental. Para un hombre de cultura como lo es el doctor Dávila, el incendio de su biblioteca le da fuerzas para reanudar, en el término de su vida, la reconquista del que fuera su mayor bien, su único y pobre tesoro. Una lección de optimismo y de esperanza como la que da el anciano escritor, merece de parte de los escritores de América la adecuada compensación, la satisfacción de su deseo, que es, antes que nada, el deseo de un hombre de letras, respetable por ellas cuanto por el gesto con que defiende la cultura americana al darle una lección que muy pocos serían capaces de cumplir".

El director de la "Universidad Católica Bolivariana", doctor Fernando Panesso Posada, le anuncia el envío de libros con estas consoladoras palabras: "Debidamente notificado de su justo deseo, estoy haciendo lo posible por completar una colección completa de nuestra revista, que venga a reemplazar los desastrados restos de la anterior.

"Lamento profundamente lo ocurrido, pero tengo la esperanza de que su sano optimismo será correspondido por los intelectuales de América, que se encargarán de restaurar los tesoros consumidos por las llamas".

Entre los ecuatorianos van sólo párrafos del novelista G. H. Mata: "¡Ojalá que su "Biblioteca Fénix" renazca de las cenizas de la incendiada, para consuelo suyo y provecho de la humanidad, que tanto le debe por los bienes que su poderoso y cordial cerebro ha derramado en todos los ámbitos americanos, dejando bien a Venezuela".

El doctor Carlos Arroyo del Río, escritor y Presidente no ha mucho del Ecuador, que acaba de perder su biblioteca saqueada en Guayaquil, le dice dolorido y consolador, al mismo tiempo: "Con lo hecho a usted se ha causado una grave pérdida, posiblemente sin reparo a la cultura de América, por la destrucción de sus estudios inéditos. A mí me robaron, tal es el vocablo exacto, la colección de mis discursos, que iba a editar".

El médico Baltasar Caravedo, hombre de ciencia, desde Lima contesta: "Nuestra civilización todavía está a flor de piel, por cualquier acontecimiento asoma el bárbaro. ¡Cuánto lamento lo ocurrido en la "Quinta Dávila", con todos los agravantes a que usted se refiere. El incendio de su magnífica biblioteca, donde deben haberse perdido obras de gran importancia y seguramente ejemplares raros".

Y es verdad, se anotan sólo las obras del inca Garcilaso de la Vega, de Mariano Pelipe Paz Soldán y las Tradiciones Peruanas de Ricardo Palma. Todas en su primera edición, que no las hay.

El embajador de Venezuela en Río de Janeiro, el escritor doctor M. A. Pulido Méndez, apunta esta frase: "No entiendo cómo el doctor Parra Pérez no defendió tu casa y tus libros, dada su reconocida autoridad". Y el escritor Emilio Silva, de Carinhanha, Minas Geraes, expone: "Yo, que amo intensamente los libros (mi biblioteca cuenta sólo 3,000 volúmenes), me imagino el sentimiento que tendría otro enamorado como usted, al ver presa de las llamas su querida biblioteca".

"Las publicaciones que me envió me muestran alguna faceta más de su ingenio. Las "Jaculatorias" son un libro poético muy bello, parecen miniaturas medioevales arrancadas a algún códice monacal, aunque con un suave aire de mundo muy del humanismo renacentista. Por la Hoja de Servicios de las "Labores Culturales", veo su polimorfa acción. Pocos habrá hoy en nuestra América que puedan ofrecer un programa tan lleno realizado en vida. Parece que sus fuerzas morales son hercúleas y su tenacidad para trabajar por la cultura, una tenacidad de Aquiles".

El poeta Luis Terán Gómez, de La Paz, Bolivia, contesta: "Nuestros pueblos tienen que instruirse y educarse mucho para poder respetar una biblioteca. La labor de los intelectuales de América debe ser la de inculcar en las masas amorfas el amor al libro, para que allí, donde vean una biblioteca, repriman sus instintos destructores.

"Hace quince días murió mi compatriota el ilustre escritor Alcides Arguedas, amigo suyo y de todos los escritores del Nuevo Mundo. Tengo la certidumbre de que ha de dignarse usted escribir unas pocas líneas en homenaje de don Alcides".

El historiador don Juan E. O'Leary, de la Asunción del Paraguay, manifiesta su dolorosa impresión: "El incendio de su biblioteca es un regreso a la barbarie más abominable. Vergüenza para Venezuela y para América. Mi indignación es grande. Y me figuro su dolor ante la tremenda catástrofe. Es la obra de toda su vida entregada a las llamas. Algo cruel, algo salvaje, que parecía imposible en el siglo en que vivimos.

"No necesito decirle que lo acompaño con toda mi simpatía. He de contribuir con los libros disponibles a la reconstrucción de su Biblioteca Fénix".

Dos exponentes de la intelectualidad chilena, el venerable anciano don Miguel Luis Amunátegui Reyes, casi desde las puertas del sepulcro, escribe: "Lamento muy de veras todo lo que le ha pasado, y para cumplir lo más ampliamente con el encargo que me hace sobre envio de libros para rehacer su biblioteca, di cuenta en la primera sesión de la Academia Chilena de la Lengua de todo esto, a fin de estimular a mis colegas para que le enviaran libros.

"El acta de esta sesión, que le incluyo en esta carta, se publicó en todos los diarios de la capital; de modo que hoy nadie ignora en Chile lo que le ha ocurrido a usted".

Y don Ricardo Donoso, joven entusiasta de las letras, estampa: "Tanto el que suscribe como los amigos de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, se impusieron, con honda pena y emoción, de su carta de 1o. de enero del año en curso, relativa a la destrucción de su biblioteca, como consecuencia de los sucesos de que fué escenario la ciudad de Caracas el 18 de octubre pasado.

"Todos los amigos de la Sociedad, que lo recuerdan a usted con alta estimación intelectual y viva simpatía, lamentan como propia su desgracia y desean contribuir en la medida de sus fuerzas, a la reconstrucción de su biblioteca, acertadamente calificada de "Biblioteca Fénix", por el historiador Arciniegas".

Desde Buenos Aires, en donde hay más de un centenar de colegas del autor, entre varias contestaciones se trasladan sólo las siguientes:

De don Enrique de Gandía, secretario de la Academia de la Historia: "Ha causado sensación, en Buenos Aires, el incendio de su magnífica biblioteca. Muchos amigos suyos hemos recibido su carta, y todos quedamos en hacerle llegar libros. Ya los irá usted recibiendo. Lástima grande que una biblioteca hecha con tanto amor, en tantos años, haya corrido esa triste suerte. Tenga fe; todo se rehace en la vida.

"Lo principal es la salud. Usted la tiene, y tiene, además, a su gentil señora y a sus hermosos hijos".

El director de Investigaciones Históricas, doctor Emilio Ravignani le envió más de cien ejemplares de las publicaciones del Instituto, con estos párrafos: "Profunda pena me ha causado la noticia que usted me da en carta del 1o. de enero ppdo. Usted, como muchos, en esta hora de crisis del mundo ha pagado un tributo a la barbarie desata-

da, a la desaparición de los valores morales cristianos sobre que reposaba nuestro progreso".

La admirable poetisa Rosa Claps, a quien el autor de "Jaculatorias" le debe más de una bella frase, toda emocionada le dice: "Cuanto le exprese es poco ante tal ignominia. ¡Diez mil volúmenes echados a la hoguera! Es que lo ha dicho usted, y por eso lo creo. El honorable; el incapaz de hacer mal a nadie. El hombre de disciplina y de moral. ¡Mi buen don Vicente-Hidalgo Caballero ¡Es preciso orar! Siga cantando ese quetzal que hay en usted. Siga aromando como madero perfumado en momentos de arder. Siga escribiendo rincones de almas, de pueblos, de ciudades como los de México".

Cabe aquí el juicio del periodista y literato argentino Manuel María Oliver. sobre otro libro quemado también, como los ejemplares de "Jaculatorias": "En su libro hay un capítulo, "Decálogo de Renunciaciones", que me ha llamado la atención. Lo traza usted con corazón, coraje moral, verdad absoluta. Percibo que usted vuelca allí su alma forjada en acero y ternura. Podría firmarlo Marco Aurelio o un santo, tal su ejemplar franqueza y la vibrante resonancia de su conciencia. Ojalá hablasen así todos los hombres, sin disfrazar su pensamiento, confesándose bajo la lámpara serena y melancólica del recuerdo, como un asceta que enseña, edifica y dice bien del dolor que purifica".

El diplomático novelista doctor Pedro César Dominici, quien le conoce bien como su colega venezolano en legaciones de Europa, habla desde el Plata: "Le agradezco su recuerdo (mi "Cóndor" quemado), que demuestra la delicadeza de su espíritu y la pena que usted sufre por la pérdida de su famosa biblioteca. Le veo pensativo y triste como si algo de su carne hubiese muerto asesinado. ¡Esa biblioteca reunida en largos años de paciente labor, cuán difícil es rehacerla de nuevo! La multitud misma es tal vez disculpable en su locura desenfrenada. Quiso castigar a un político que había sido cuatro años ministro de un pobre hombre, que nunca pudo soñar en ser Presidente de la República.

"El pueblo de Caracas quiso castigar a Parra Pérez por su vanidad de pavo real, y por los muchos cientos de miles de bolívares que sacó del erario nacional para sus viajes, con grandes comitivas, por toda América. Y castigó sin quererlo, a un noble escritor que era tenido más bien como adversario del gobierno derrocado. Si Parra Pérez le avisa a usted lo que se intentaba, usted vuela al lugar y salva su casa y su biblioteca".

Como el contenido de esta obra son las bellezas de México, se termina la exposición de estos juicios con el de Rosario Sansores, poe-

tisa y la mejor cronista de la capital. Ella, como mexicana, resume en sus hermosas palabras, lo que han dicho los escritores de esa gran nación. Que sería prolijo reproducir, aunque fuesen meros párrafos, los de otros escritos y de otras cartas, que condenan la actitud de Parra Pérez.

"En México residió por espacio de tres años don Vicente Dávila, escritor venezolano, cuya inquietud sólo encontraba reposo yendo de un lado a otro. Estoy segura de que pocos mexicanos conocen nuestra República como él. Cada vez que en alguna de sus excursiones encontraba un paisaje hermoso, don Vicente se detenía y plantaba su tienda. Exploraba los más secretos rincones. Tomó nota de todos nuestros balnearios, haciendo experiencias sobre la virtud de sus aguas medicinales. A su retorno traía un álbum entero de fotografías que su esposa Gloria Capriles tenía la paciencia de anotar cuidadosamente por orden, fecha, hora y sitio exacto.

"Don Vicente Dávila se interesó mucho en todo lo relacionado con nuestra historia, y escribió varios artículos en los que externó su opinión franca sobre lo que él creía bueno y malo.

"Aquí conquistó general aprecio y su casa era lugar de reunión de todos los venezolanos, que iban a saborear los riquísimos "tequeños", unos tacos pequeñitos que volaban siempre apenas se servían en las bandejas.

"Después de tres años de vivir aquí, don Vicente se trasladó a su patria para el arreglo de sus asúntos particulares.

"En Caracas poseía una de las mejores bibliotecas. Un archivo valiosísimo con muchos "incunables", y varios estudios hechos por él que no habían sido publicados. Ediciones raras y verdaderas maravillas eran su deleite espiritual y a los que él había dedicado casi toda su larga vida.

"Su "Quinta Dávila" se la arrendó al canciller Parra Pérez, y ahora, la prensa de Caracas, relata con lujo de detalles el saqueo que sufrió esta residencia debido a los sucesos políticos últimamente desarrollados en Venezuela. Las turbas enfurecidas, sin tomar en cuenta nada y sin averiguar primero de quién era el edificio, lo quemaron. Las llamas devoraron, entre otros tesoros, esa biblioteca de la que don Vicente Dávila estaba tan orgulloso. Los libros que se perdieron jamás podrán recuperarse.

"El inquilino buscó refugio en la legación belga, y no recordó darle aviso al propietario para que tratara de evitar el inicuo atropello.

"Así a don Vicente le destruyeron su biblioteca. Muchos libros suyos, cuyas ediciones estaban ya agotadas, constaban en ella. Ejemplares que no pueden ser reconstruídos.

"Y don Vicente ha vivido siempre entregado a sus estudios. Yendo de un país a otro, en busca de datos para añadir a sus múltiples conocimientos.

"Esa residencia era suya, la había adquirido con su esfuerzo, y quienes la asaltaron lo ignoraban. Creyeron que era propiedad del canciller Parra Pérez". Tomado de "Rutas de Emoción", publicadas en "Novedades", de México.

Se hace constar que la exposición presentada al Tribunal de la Historia, para que conozcan de ella los grandes hombres de letras de América, colegas del autor, tiene el valor de un documento público.

Ni una línea de más, ni una línea de menos en lo narrado. El hecho escueto, mondo y lirondo de una verdad palpable, que no ha menester de la hipérbole, ni admite ninguna falsedad.

Volviendo a estos "Rincones" elaborados durante algún tiempo, con cariño y con primor y que hoy se imprimen en libro, obedece a que en México, los Poderes Ejecutivos, acojan con benevolencia las observaciones que en él se apuntan. Son de un venezolano que ama todo lo grande y todo lo bello de esa gran nación.

¡Que la Virgen Morena del Tepeyac ilumine al nuevo Presidente hasta lograr que en sus años de gobernante, se encamine su patria por las vías de la libertad y del derecho! Que el Lic. Miguel Alemán, dada su inteligencia y su gran amistad política con el Presidente de los Estados Unidos de Norte América, hará obra efectiva de acción benéfica en su país.

VICENTE DÁVILA.

Los Angeles, Cal., 30 de abril de 1947.

Vicente Dávila dedica este libro a la "Unión Femenina Ibero-Americana" de México, cuyas damas inteligentes y bellas practican las normas evangélicas. Porque ejercen a manos llenas, en favor de los necesitados, su benéfico altruismo. Y mantienen, socialmente, los nexos internacionales con los Países Americanos, por medio de sus Representantes en la Capital. Gloria Capriles de Dávila es Socia de la Institución, y lo es también del "Hogar Americano" de Caracas; y últimamente del "Club de Damas Pan Americanas" de la "Pan American League" de los Angeles-California.

I

AGUASCALIENTES

Bien sea por la carretera México-Laredo o por Guadalajara, se llega en auto a la capital del Estado de Aguascalientes. La primera recorrida es de 1,019 kilómetros y la segunda de 1,119; ambas están asfaltadas.

La ciudad aparece en un valle con la altura de 1,884 metros. Es plana, extendida por unas calles en mucho abandono. Esto hace recordar los pueblos de Venezuela, por donde pasaba la carretera macadamizada, durante la dictadura de Gómez y los gobiernos de López Contreras y de Medina Angarita. Al entrar en ellos la única calle arreglada era aquella por donde iba la carretera. Los demás pueblos y caminos eran de tierra, piedras sueltas, hoyos y fangales. De modo que en este punto vital del movimiento diario, la Democracia personalista venezolana es gemela, o *cuate*, como dicen los mexicanos, de su Democracia obrerista.

Entre los motivos que mueven la atención del turista se encuentran la Catedral, en el mismo Zócalo, con su portada de canterás. Allí se labra hoy la piedra rosada para terminar la segunda torre que no se construyó. Esto indica que el gobierno actual tiene en su programa de administración, reparar los entuertos de la Revolución comunista que tanto menoscabó la riqueza, ornato y bellezas nacionales.

La iglesia de San Marcos, frente al parque del mismo nombre, y donde los pueblos comarcanos, siguiendo la tradición de los fundadores, se reúnen cada año para festejar el Santo Patrón. En la feria del festejo existe el canje y tráfico de artículos comerciales, juegos de azar, peleas de gallos, corridas de toros y jaripeos.

El cantar tapatío bien lo dice:

"De esa tierra de Cocula,
que es la tierra del Mariachi,
vengo yo con mi cantar.
Voy camino Aguascalientes,
a la Feria de San Marcos,
pa ver lo que puedo hallar.

Traigo un gallo muy jugado,
par'echarlo de tapado
con algún apostador,
y también traigo pistola
por si alguno busca bola
y me trata di "hablador".

El parque es un cuadrilátero rectangular, de unos 200 metros por 100. Los árboles que lo pueblan están bien tenidos. La baranda que los circunscribe es de piedra labrada y le da aspecto de cosa antigua. Hay un fresno centenario y frondoso, cuyo tronco mide cerca de 3 metros, y donde anidan centenares de pájaros que allí llaman "perros de agua". El hermoso fresno, que sirve de asilo a estos cantores alados, trae a la memoria lo que hizo en Macuto, malo y peligroso balneario de La Guayra, el poeta venezolano Andrés Mata.

Pasaba una temporada allí y en recuerdo de las palomas de San Marcos, en Venecia, trajo unas cuantas de Caracas, les fabricó sus nidos y los colgó de las ramas en ofrenda a la dama que entonces cortejaba. Hoy los extranjeros que visitan el "Parque de la Guzmania" en Macuto, ven las mansas palomas en los palomares de aquella abrupta playa. Mata fué, con Carlos Borjes y Víctor Rocamonde, la trinidad de gran inspiración de su época como cantores de Venezuela. Este fragmento del poeta más conocido de América, lo dirá:

"¿Un amor que se va?... ¡Cuántos se han ido!
Otro amor volverá más duradero
y menos doloroso que el olvido.

El alma es como el pájaro señero
que roto el nido en el ruinoso alero,
en otro alero reconstruye el nido.

Puede el último amor ser el primero.
Mientras más torturado y abatido,
el corazón del hombre es más sincero.

Tras de cada nublado hay un lucero,
y por ruda tormenta sacudido
florece hasta morir el limonero.

¿Un amor que se va?... ¡Cuántos se han ido!
¡Puede el último amor ser el primero!"

Que al leer esta nota del viajero encuentre eco en la fantasía ardiente de algún trovador de Aguascalientes, que haga con los pájaros del fresno del parque de San Marcos, lo que se hizo en la plaza de San Marcos en Venecia y en la Guzmania de Macuto. Casillas de madera para que aniden y crien sus polluelos. Tanto las palomas del San Marcos veneciano como las del balneario de Caracas, son sagradas para el público.

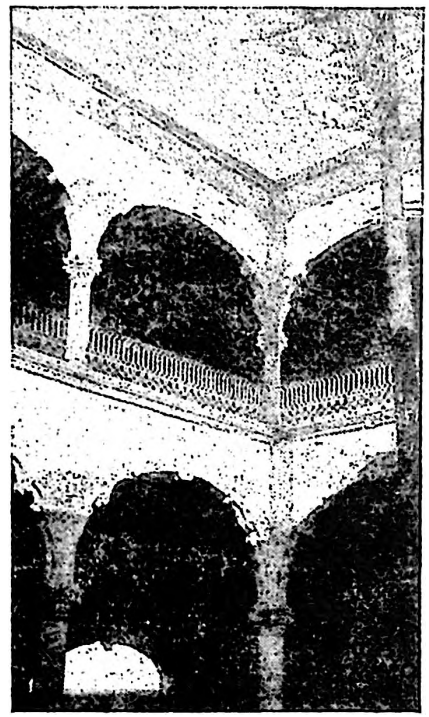
En la iglesia de la Merced, con su hermosa portada estilo barroco, lucen varias imágenes de cantera rosada dentro del marco de sus hornacinas. Adentro, columnas y arcos adolecen del mal gusto de los reformistas, que los cubrieron de grosera mezcla, en menoscabo de la belleza artística de las canterías.

Del "Conventito" contiguo sólo quedó lo del culto, que el edificio del convento una vez expropiado, pasó a la propiedad de los expoliadores que luego lo vendieron. Hoy sirve para una fábrica de sarapes. La iglesia de San Antonio ostenta en su portada y torre molduras de canteras rosada y verdosa, que hacen un juego de coloridos vistosos. En la de San Diego, aunque el interior está modernizado, el Camarín del Patrón es digno de admirarse. Tiene 16 columnas redondas, entre las cuales se cuentan varias imágenes estofadas.

Pero lo que sí es de auténtico valor en la Plaza de Armas, es el antiguo palacio de los marqueses de Guadalupe. Hace contraste con la blancura de grabados y molduras de los cinco balcones del frente, donde campean los varios escudos familiares, la piedra roja del tezontle volcánico que cubre las paredes. El escudo del centro es el principal de ellos. Este queda sobre el dintel del portón que se abre ante un zaguán de cinco metros de ancho.

Una vez en el interior se encuentra un hermoso patio claustral de doble arquería abajo y arriba y un conjunto de arabescos y molduras pétreas de cantera blanca. A estas columnas y a los arcos da realce la anchura de los corredores, de ambos pisos, con su correspondiente esbeltez en la altura. Alrededor piezas, que hoy son oficinas públicas, puesto que allí se halla la Gobernación.

Portada de la iglesia primitiva de San Marcos, en Aguascalientes.



Angulo enclaustrado del palacio del Marqués de Guadalupe, en Aguascalientes.

Fué una fortuna para la capital que los comunistas, en su implacable odio contra señores y propiedades, no hubieran arrasado este palacio como hicieron con el del conde de la Casa Rul. Hoy los visitantes tendrían poco que admirar si no existiera la casa solariega de los marqueses de Guadalupe. En el patio hay dos elegantes pinos que se están muriendo, porque no hay mano piadosa que calme la sed de sus raíces.

Una de las molduras que más llama la atención por la belleza de su talla en la blanca cantera, es la que hace esquina con la calle José María Chávez, y orna el balconcete en escuadra y los ventanales del frente y del costado. De esta familia, una de las más linajudas del reino de la Nueva España, viene don Carlos Rincón Gallardo, el IV marqués de Guadalupe y III conde de Regla, que nació en México, D. F., en julio de 1874. Hizo estudios en Inglaterra, como su padre. Al regreso llevó mejoras a sus tierras como ingeniero, construyendo una presa para el regadío.

Casó en 1897 con doña Concepción Cortina y Cuevas. Tienen hijos. Su nieto, Justo, es el heredero de sus títulos nobiliarios. Don Alfonso XIII, en 1908, le concedió el derecho de usarlos. En su larga vida, don Carlos ha sabido ennoblecer la herencia de sus antepasados. Es persona cabal, de exquisito trato social y de hábil destreza en el manejo del caballo, como maestro de la charrería. Pertenece a varias órdenes militares y es Gran Maestro de la Orden de Jerusalén. Completa su personalidad con su amena charla, ilustradas conferencias y ágil manejador del idioma de Cervantes. Escribe asuntos difíciles de lexicografía y está, no obstante su edad, en todos sus cabales físicos, morales e intelectuales. Estos ejemplares de varón honran a la especie humana y son orgullo vivo de una nación.

Doloroso contraste hacen las ruinas del antiguo palacio del conde de la Casa Rul, a poca distancia de la Plaza de Armas, que formaba esquina con una área de un cuarto de manzana. Todavía se miran las agrietadas molduras de la portada y una roseta en el corredor del derruído patio, que sostiene en el aire tres arcos. Es un primor de arquitectura, estilo del genial Tresguerras. Lo que fueron salones de la ilustre Casa Rul, hoy son cuartuchos grotescos y sucios de vecindad. El fondo es una herrería.

Aguascalientes, fundada en 1575 por el conquistador hispano don Juan de Montero, cuenta hoy con cerca de ochenta mil almas. Es, desde luego, una población bien extendida. Debe su nombre al ojo de Agua Caliente en las goteras de la ciudad. Con ella se alimentan dos albercas, una para hombres y otra para mujeres. Además, hay pequeñas piscinas familiares, un poco oscuras. El agua no tiene azufre y es ligeramente tibia.

En los alrededores existe la hacienda de Cieneguilla, digna de conocerse por sus recuerdos coloniales, pero la mala carretera no la hace visitable.

En algunas iglesias hay lienzos que atraen al turista. "La Adoración de los Reyes", del pintor mexicano Alcíbar, es uno de ellos. Es un cuadro que cubre toda una pared en la sacristía de San Marcos. Debe admirarse en la hora de la tarde, cuando los rayos del sol de ocaso entran por las claraboyas e iluminan la pintura. Sobresalen, entre los personajes bíblicos, la Virgen, el Niño y uno de los Reyes. ¡Y es un encanto el contemplarlos!

Se termina esta breve ojeada con la visita a la iglesia de Guadalupe. Está al frente de sus trabajos de ampliación el presbítero Francisco Trizcareño. Se edifica una torre y el bautisterio debajo; el maestro tallador Dionisio López es un hábil artista de las canteras.

En el altar mayor dos pequeños retablos de cedro amargo, muestran hasta dónde llegan el buril y la gurbia en manos del maestro. El encaje de la madera es tan sutil, que bien semeja el de la tela que representa.

El criterio ilustrado del presbítero Trizcareño, asesorado por el joven presbítero José Cuéllar, alegre y jovial, se denuncia en la limpieza que hizo de las columnas y arcos, embadurnados de mezcla, dejando libre la belleza de las canterías. Cuando el suscrito le observó que sería bueno dejar una muestra del mal gusto de las reformas, le señaló, en la parte alta de una columna, un fragmento del sucio enlucido. Se completa el gusto artístico de este sacerdote constructor, con el museo que tiene en la casa cural. Quien visite a Aguascalientes, trate de conocerle, que es un hombre inteligente y de cultos modales.

México, D. F., septiembre de 1941.

II

SAN JUAN DE LOS LAGOS

Hoy se llega por carreteras asfaltadas, bien por Guadalajara o San Luis Potosí, y por ambas líneas hay rectas hasta de 30 kilómetros de longitud. Cuando se entra por Ojuelos, camino de San Luis, se llega al cerrito del Calvario, donde hay una capillita antigua, la Guadalupe, con sus primitivas espadañas de las cuales cuelgan las campanas, y una más sobre las tres.

Desde ese sitio pintoresco se divisa abajo, en la cañada o valle del río, la suntuosa Colegiata de la Virgencita, que ha simbolizado durante siglos la fe religiosa de todo un pueblo. Este es pequeño, con sus malas calles de casi todos los pueblos mexicanos. Su auténtico valor y la curiosidad para el turista, es el mérito legendario de la imagen que allí se venera.

Narran las crónicas piadosas que Fray Antonio de Segovia donó a los vecinos una pequeña imagen de la Virgen, que poco a poco fué a parar a la sacristía con otros trastos del servicio religioso. Pero que allá por los años de 1600 y más, llegó una familia de saltimbanquis de San Luis Potosí, con rumbo a Guadalajara. Daba función en el atrio de la Capilla cuando la pequeñuela, de sólo siete años, en la prueba de los cuchillos cayó sobre uno de ellos y quedó como muerta. Ante la desesperación de los padres se llegó a ellos la indita Ana Lucía, mujer del sacristán, que era devota de la Virgencita arrin-

conada entre los *corotos*. Los consoló con el remedio que les iba a traer.

Al punto se presentó con una imagen más pequeña que la niña, y la colocó sobre el cuerpecito sangrante de la moribunda. Al solo contacto de la *Chihuapilli,* nombre indio dado a la Virgen del padre Segovia, la niña volvió a la vida. El hecho, de suyo milagroso, dió nombre y fama a la imagen que sería, desde entonces, patrona socorrida de aquel poético rincón mexicano.

Los acróbatas de San Luis siguieron su viaje a la feria de los Tapatíos, pero agradecidos se llevaron la Virgencita, que estaba en deterioro, para que un pintor la retocara. La tradición cuenta que entre aquellos indios el pequeño lienzo fué restaurado con pinceles taumaturgos. A su regreso a San Juan venía nimbada con la aureola de los Iconos votivos donde florecen, en los jardines de la piedad y el culto, la flor legendaria del milagro.

Primera fuente de agua y residencia de la indita Ana Lucía, guardiana de la Virgencita de San Juan de los Lagos. Allí el doctor Dávila, su hija Raquel (x) y la pintora venezolana María Luisa de Capriles (xx).

Portada de la Basílica de San Juan de los Lagos.

Y comenzó San Juan de los Lagos, en esa rica región de Jalisco, a ser más visitado por mayor número de peregrinos. En especial el 20 de noviembre de cada año, que se verifica la feria tradicional de aquel pueblo. Y la capilla también comenzó a crecer, con el auge místico de su pequeña patroncita.

En 1732 pusieron los vecinos manos a la obra para la construcción de la actual Basílica, que se terminó en 1769. Tanto el maestro Juan Rodríguez de Estrada, que dirigió la obra de mano, como el capellán Francisco del Río, que la vigiló hasta su muerte en 1765, descansan bajo la sombra protectora del santuario de San Juan.

Este tiene una altura, comprendiendo el alto de la explanada donde se cimientan las bases, de unos 65 metros por 58, en la parte más larga, y de 13 metros su mayor anchura. La portada con sus tres puertas y su juego de columnas, cornisas y hornacinas, presenta una decoración sencilla del dórico griego. Se completa con dos elegantes torres, de cuatro cuerpos cada una y coronadas por una torrecilla. Toda la obra es de cantera rosada. La balaustrada, de piedra también, casi rodea el atrio y la Colegiata por sus cuatro vientos. Tiene cuatro puertas de entrada, que son de hierro forjado.

El interior ostenta columnas acanaladas que sostienen airosas los arcos y molduras de las cúpulas y del cañón, que son canteras rosada y gris. Sólo tiene una nave. Pero aquí, como en otros muchos templos, la necedad de las reformas embadurnó, con su innecesaria pintura, la belleza natural de las canterías, que desluce más dada la elegancia de sus 24 metros de altura.

Pero lo que más atrae la atención de los simples visitantes, o del peregrino piadoso que llega a calmar la sed de sus angustias en la fuente viva de la gracia, es el Camarín de la Virgencita. Al subir la escalera para visitarlo, las paredes se hallan tapizadas de ex votos, que testimonian la fe de los creyentes. Allí, en pequeños retablos, están pintados sobre latón, madera o cartones, las demandas del beneficio recibido. Se cuentan por millares.

Tanta es la devoción del mexicano, indígena y mestizo en la mayoría, en las imágenes votivas de su culto.

Después del santuario el edificio de más significación era el hospital, de construcción franciscana, con todos los adelantos que estableció el célebre obispo don Vasco de Quiroga, el padre amoroso de los indios. Según el escritor mexicano don Vicente Riva Palacio, era un falansterio, es decir, una reunión de muchas personas de costumbres diferentes. El edificio, de bastante capacidad, tenía salas para enfermos, escuelas, talleres de obras manuales, almacenes y una

especie de sindicato industrial y agrícola. Había un depósito de herramientas y aperos de labranza. Aquello era un colmenar donde enjambres de abejas fabricaban en los panales de la industria, la rica miel de obras de caridad, de enseñanza y de labores prácticas.

En el transcurso del tiempo, además de la Colegiata, construyeron la iglesia parroquial, asilo de la Virgencita antes de poseer su hermosa Basílica.

El templo de la "Preciosa Sangre", cuyo promotor, el presbítero José Trinidad Romo Gallardo, lo supo construir sobre enormes bases de mampostería. La fachada de cantera corresponde bien a la soberbia cúpula. Suma considerable, de su peculio personal, invirtió en su obra el fundador.

Pero la obra civil de más valimiento por su construcción y comodidad, fué el Palacio Municipal, debido al benefactor de San Juan don Benigno Romo Jiménez. En los anales de esta población se tropieza el lector, en muchas páginas, con la familia Romo de Vivar, establecida allí desde fines del siglo XVII. En los siglos sucesivos hasta hoy los Romos son figuras propulsoras del progreso local, religioso, cultural y material tanto de San Juan de los Lagos como de Guadalajara.

A la feria de San Juan, acaso la más concurrida de México, legalizada por Cédula Real de 1797, y que ha venido en aumento cada año, llegan piadosos peregrinos, comerciantes, jugadores y gentes maleantes; allí, todas las actividades del espíritu humano.

Los visitantes de la feria de 1842 llegaron a cien mil, y para el año de 1942 montaron a trescientos mil. Es toda una población flotante la que se mueve en la pequeña ciudad de San Juan de los Lagos, a unos 1,800 metros de altura.

Otro sitio que debe conocer el turista, y más aún el devoto romero, es el "Pocito", en donde se levantó un brocal. Allí está la pequeña capilla y contiguo un tinglado, en cuya placa se lee: "Esta es la primera construcción de terrado que se edificó. Residencia que fué del guardián de la Ermita de Nuestra Señora de San Juan. Aquí vivió y murió en 1643 la indita Ana Lucía, de 110 años de edad". Esta fué la ya nombrada mujer del sacristán que cuidaba devotamente, en un rincón de la sacristía, a la abandonada virgencita hasta que floreció el milagro sobre el cuerpo desfalleciente de la chicuela de los titiriteros.

Esto es muy mexicano. Narran las historias que en la antigua Valladolid, hoy Morelia, cuando vino a la vida el niño que se llamó Agustín de Iturbide, fué bajo el influjo de un manto consagrado al

culto. Como el parto de la madre era asaz difícil y con visos de gravedad, el sacerdote que la auxiliaba trajo en seguida el hábito de San Agustín, cuya iglesia daba al fondo de la calle Iturbide, y lo extendió sobre la parturienta. Al conjuro piadoso la súplica fué atendida. Un niño anunció con su llanto que había llegado al mundo. Se le puso en la pila bautismal, en agradecimiento al Santo, el nombre de Agustín.

En los presentes tiempos en la ciudad de México, ante la gravedad de un eminente hombre de letras, el licenciado Alejandro Quijano, su esposa, atribulada de suyo, acudió al influjo del Divino Hacedor. Un sacerdote trajo, de la vecina iglesia, el manto de una Virgen y lo extendió sobre el cuerpo del paciente. Como por ensalmo la salud volvió al enfermo y con ella la alegría de la acongojada familia.

Al dejar el miraculoso San Juan de los Lagos, o de *Metzquititlán,* como también le llaman, se tiene un panorama hermoso donde las góticas agujas de las torres semejan pararrayos que atraen los efluvios de la Divinidad. Por la carretera asfaltada que atraviesa el pueblo de *Jalostotitlán,* que tiene un soberbio templo y dista 147 kilómetros de Guadalajara. Siguiendo la misma vía, a sólo 89 kilómetros de la capital tapatía, se topa con el poblado de Tepatitlán, que es una planicie llena de cultivo. La iglesia ostenta orgullosa cúpula y elegantes torres. Es sensible que la belleza de sus columnas de canteras esté cubierta con la burda mezcla de los pañetes.

La fiesta anual de la Virgencita es el 2 de febrero, día de la Candelaria, pero los creyentes de su taumaturgia milagrosa la celebran durante los meses de diciembre, enero y febrero. En este lapso los caminos y veredas de los Altos jaliscienses, y de más lejos aún, se encuentran llenos de la romería piadosa.

A medida que llegan al poético rincón, cuelgan sus ex votos en las paredes del templo; zahuman con el incienso y el estoraque de sus montes el ara del Icono Votivo; riegan sobre el piso hojas verdes de laurel y de la pesgua olorosa, como en los templos de Caracas, y con el alma llena de mística unción le cuentan sus tristezas y dolores.

Este bello espectáculo se tiene también en un pintoresco rincón de la isla de Margarita en Venezuela. La Virgen del Valle es la patrona de aquellos isleños, pescadores de perlas y de peces, hombres ingenuos y sencillos que casi desconocen el robo y el homicidio. Durante varios días de agosto todas las rutas y caminos que van al valle, se miran a la distancia cual si fuesen cuentas vivas de un rosario, que desgranan las divinas manos de aquella Virgen margari-

teña. En aquel rincón, como en el de San Juan, no caben en los días de la peregrinación las devotas gentes, y afanosas despliegan sus carpas, sus lonas y sarapes bajo el dombo azul del cielo. Y cuando oran, lo hacen al fulgor de las estrellas que alumbran sus cabezas.

Para esos peregrinos de la fe escribió Carlos Borges, poeta eximio de Venezuela, las bellas estrofas de su "Lámpara Eucarística":

En la calma silenciosa de las noches estrelladas
la eternal magnificencia a la mente maravilla,
al espíritu amedrenta con tremenda majestad;
más que el brillo de los soles amo yo tu lucecilla,
primorosa lamparilla,
que ilumina de la Hostia la profunda soledad.

Siempreviva del santuario, amorosa zulamita
que compartes la tristeza del amado que te cela,
y calientas con tus rayos su albo lecho virginal.
¡Cómo envidio tu ventura, vigilante centinela,
tú que cuentas siempre en vela,
los latidos inefables de su pecho paternal!

Veneración semejante, a estas dos, se encuentra en el Cristo de Equipulas, en el oriente de Guatemala, en cuyo santuario se reúnen también en romería piadosa, desde 1595. En este año el escultor Cataño lo entregó al templo. Las ferias se crearon desde entonces alrededor de dicho Cristo. Todos los pueblos de Guatemala, Honduras y El Salvador, y también de México, acuden, unos inspirados por la fe, otros atraídos por el tráfico mundano.

México, D. F., enero de 1942.

III

EL CERRO DE LAS CAMPANAS

Al llegar a Querétaro, la inmortal por sus conventos y sus tradiciones históricas, se divisa al pie de la cuesta la soberbia arquería del Acueducto, por debajo de la cual pasan los viajeros.

Han quedado allí sus arcos como si la histórica ciudad estuviera

siempre de fiestas y en espera de los que llegan a contemplar sus bellezas coloniales.

"Pasad, pasad", dicen las sombras de aquellos ilustres españoles que supieron hacer obra nacional y dejaron a la posteridad, lo que es digno de ella: Obras de arte y monumentos de cultura y enseñanza, como forjadores de la gran nación.

En los tiempos del virrey marqués de Casa Fuerte, se iniciaron los trabajos en 1726; y tocó al arzobispo virrey don Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta, terminarlos en 1735. El principal contribuyente, con cerca de noventa mil pesos de su peculio personal, fué don Juan Antonio de Urrutia y Arana, marqués de la Villa del Villar del Aguila.

Este español, hijodalgo de solar conocido, sabía bien lo que apuntó más tarde don Federico Santa María, millonario benefactor de Valparaíso en Chile. *Una gran fortuna es una gran obligación.*

La vistosa arquería tiene unos 18 metros de altura, por debajo de cuyos arcos se pasa, con una luz de 15.60 metros. Sus columnas, de piedra labrada como sus arcos, miden en sus cuatro caras unos 10 metros. El canal es de 50 centímetros de ancho por 75 centímetros de hondo. El largo de los 75 arcos es de un kilómetro con 280 metros.

Los viajeros llegan al antiguo convento de los Franciscanos, que al ser expropiado y dividido, una parte pasó, por obra y gracia del saqueo de los reformistas, a servir de hotel. Las celdas ampliadas hoy son piezas cómodas de hospedaje. Queda frente a un parque que era el viejo jardín frailesco.

Al lado está la iglesia de San Francisco, cuya portada presenta, en la parte alta, un relieve en talla de cantera con la lucha eterna entre el espíritu del bien y el espíritu del mal, que anima al hombre y mueve a la humanidad. San Jorge y Lucifer. En lenguaje moderno, año de 1945, Roosevelt y Hitler. Columnas laterales a la puerta con sus hornacinas e imágenes de piedra labrada. La torre con sus tres cuerpos, cuadrado el primero y redondos los otros. El mismo orden que hace uniformes las rosadas canterías del templo.

Contiguo un cuerpo más del viejo monasterio, actualmente Museo Queretano. El patio, claustro, con su arquería abajo y arriba. Las piedras de las columnas, al ras del piso, son cuadradas y muestran delante otras columnas acanaladas. Las cuadradas son siete piedras superpuestas. Sobre el cornisamiento de aquéllas, se miran las de arriba, redondas y acanaladas de orden dórico, con sus arcos y capiteles. Cada lado del patio tiene cinco arcos iguales. En el centro

la tradicional pila de agua, toda ella de piedra labrada con sus ángulos entrantes y salientes a manera de estrella.

Narra el profesor Germán Patiño, que tiene a su cargo la reconstrucción del monasterio, que unos bárbaros, que tuvieron allí un plantel de instrucción, a fin de hacer piezas del corredor de arriba, destruyeron una parte de las columnas acanaladas. Cosa socorrida en el Santuario de Guadalupe en Zacatecas y en San Diego de Cuautla.

Desgraciadamente en Caracas se hizo cosa igual. Después de la muerte del general Gómez, y siendo ministro el general Régulo Olivares, permitió, en mala hora, que se rompiera la armonía arquitectónica que embellecía el Palacio Federal. El ilustre americano, Antonio Guzmán Blanco, trajo de París planos semejantes, en parte, a los de Versalles. Al efecto, construyó sobre las ruinas polvorientas del convento de las monjas, en primer término, el Capitolio Federal para la reunión de diputados y senadores.

Y cuentan que este primer empeño de su hermosa construcción, duró apenas unos cuatro meses. Es decir, de octubre de 1872 a febrero de 1873. Que el 20 de este mes se reunieron allí las dos Cámaras del Poder Legislativo. Y todo el Palacio Federal quedó terminado en 1877. Los que hayan visitado las capitales de Iberoamérica, hallarán que la obra de Guzmán Blanco es gala y orgullo de cualquier país, por adelantado que esté.

Es sensible que en la biografía del "Autócrata Civilizador", que acaba de publicar el escritor andino Rondón Márquez, bien documentada y bien escrita, no haya censurado este adefesio de Olivares y demás ministros. Los caraqueños deben conocerlo en las cuatro azoteas claustrales del Palacio.

El profesor Patiño, con acendrado cariño de artista, está reconstruyendo los daños de la barbarie, y ha organizado un Museo. Reliquias antiguas, grandes alacenas de cedro amargo y de caoba, talladas primorosamente, durante el siglo XVIII, las cuales pertenecieron al convento de San Agustín. Dos roperos de madera labrada, eran de Santa Clara.

Entre los óleos se admiran tres de José de Ibarra, nacido en Guadalajara en 1688 y muerto en la ciudad de México en 1765. Estudió pintura con Juan Correa, "El Viejo", y fué colega de Miguel Cabrera. Perteneció a la escuela de Murillo por sus Madonas. Sus lienzos principales se encuentran en la Catedral Metropolitana, Museo Nacional, Escuela de Artes Plásticas, Santuario de Tepotzotlán, Catedral de Puebla, Guadalajara y otros sitios.

Los hay del nombrado Miguel Cabrera, el más fecundo de los pintores mexicanos y el más nombrado de ellos. Vino al mundo en Oaxaca, en 1695; a los 24 años se trasladó a México, donde fué discípulo de Juan Correa. Pintor de las Compañías de Jesús y de otras Congregaciones. Fundó la primera Academia de Pintores en México, y fué el primer pintor mexicano del siglo XVIII. Sus lienzos adornan muchas iglesias y museos. En Madrid se conserva uno de sus cuadros. Murió en 1768 y vivió, desde luego, el término medio de la vida del hombre, 73 años.

Hay trabajos de Cristóbal de Villalpando, mexicano puro, nacido en la capital en 1639, donde casó el 69, con una hija del pintor Diego de Mendoza. Obra fecunda la suya, llenó iglesias y conventos de México, Puebla y Guadalajara. En Tepotzotlán dejó 22 pinturas, la vida y milagros de San Ignacio de Loyola. Fué uno de los que formaron el Siglo de Oro de la pintura en la Nueva España. En 1714 terminó su vida meritoria.

Otros cuadros, en metal, como los de Villalpando en el Museo, son de Baltasar de Echave Orio, guipuzcoano nacido en 1548 y radicado en México, donde casó, el año de 82, con Isabel de Ubía. Estos fueron padres de Baltasar de Echave Ubía y abuelos de Baltasar de Rioja. Estos tres pintores abarcaron un siglo entero desde 1582, llegada del abuelo a México, hasta 1682, año de muerte del nieto. Los lienzos de los tres se hallan en Guadalajara, Oaxaca, Puebla y Tepotzotlán.

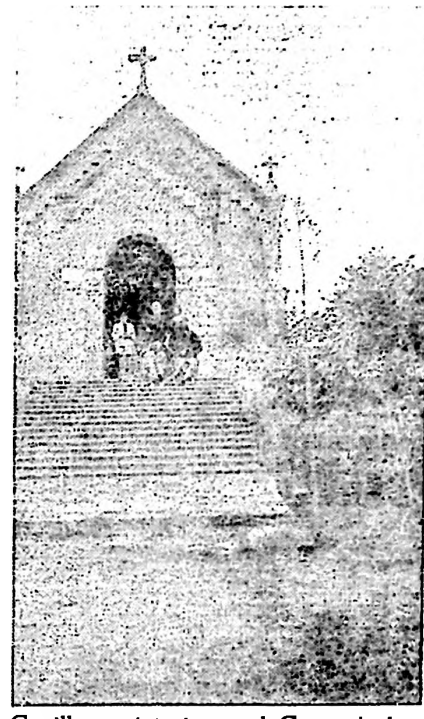
Se mira también un Cristo de la pasta de caña del maíz, que usaron los tarascos.

La Biblioteca contiene unos ocho mil volúmenes en pergamino, la mayoría perteneció a los conventos saqueados por los reformistas y demás revolucionarios. La llamada Petrología, tratado de los Santos Padres, está en latín y cuenta 221 tomos.

En el testero de este salón, "La Aparición de la Virgen de Guadalupe" en el Tepeyac al indito Juan Diego. La parte posterior es de vidrio, no tiene firma del autor.

En otro salón amplio se guardan algunos de los objetos de la tragedia sangrante del "Cerro de las Campanas". Las tres toscas cruces que colocaron en los sitios donde cayeron fusilados el EMPERADOR MAXIMILIANO y los GENERALES MIGUEL MIRAMON y TOMAS MEJIA. El cajón, también de tosca madera, que contuvo el cadáver embalsamado del emperador, con las manchas de sangre que se conservan aún.

Claustro de San Francisco convertido en Museo Queretano.



Capilla expiatoria en el Cerro de las Campanas, en cuyo sitio fueron fusilados el emperador Maximiliano y los generales Miramón y Mejía. Allí el doctor Dávila y su familia.

Varios retratos de los principales combatientes del sitio. Parece que no figuran ni el del general Leonardo Márquez, que favoreció con su ida a México la entrega de la plaza por el coronel Miguel López.

La mesa donde el licenciado Juárez, que huyendo de los sitios del combate llegó a San Luis Potosí y firmó la sentencia de muerte, impulsado por otro que huía también, el licenciado Lerdo de Tejada.[1] Esto lo pregona un óleo que se halla en el Palacio de Cortés en Cuernavaca, hoy casa de Gobierno. Las palabras del ministro, al correr la cortina, son: AHORA O NUNCA. Un reloj que dicen tenía Maximiliano en la celda de "Las Capuchinas", marca todavía las 6 horas, cuando la guardia lo sacó para el suplicio.

Después del convento franciscano que el presente gobierno reconstruye lo que restó al Estado, visita el viajero el de la "Cruz", queda en la parte alta, a la entrada. El nombre le viene de un árbol

centenario que se alza en su patio, cuyos adornos son espinas en forma de cruz latina.

Construída al principio de la conquista una ermita se amplió más tarde y fué una iglesia con su monasterio adyacente. En 1683 los jesuítas establecieron el Apostólico "de propaganda fidi" y abrieron cursos de varias materias. Estos civilizadores desde que aparecieron en la faz de la tierra se consagraron, más que las otras congregaciones, a la enseñanza. Fundaron varios colegios para gachupines y criollos. De modo que en "San Fernando" y el "Carmen" de la ciudad de México, y "La Cruz", de Querétaro, se recibía a los españoles; y en los de Guadalupe de Zacatecas y de otros pueblos, a los criollos.

El convento de "La Cruz" resultó una fortaleza, dada la construcción y el sitio de la ciudad. En 1821 sirvió de cuartel al realista Domingo Luaces, quien pactó alianza cuando en sus muros se presentó el coronel Agustín de Iturbide. Venía de proclamar como realista la Independencia Nacional de México, al firmar con el insurgente Vicente Guerrero el Plan de Iguala; Luaces se le agregó.

Más tarde, con motivo de una derrota sufrida por Miramón, el 9 de febrero de 1867, se reunió junto con el emperador y, siguiendo el funesto precedente del caudillo de los insurgentes en 1812, al encerrarse en Cuautla, se dejaron sitiar en Querétaro. Y el 13 de marzo de 1867, los imperialistas se acuartelaron en el convento de "La Cruz".

Aunque tiene condiciones de fortaleza, su posición está amenazada y dominada. Además, fué un error, pues militarmente sólo se deben defender las fortalezas y Querétaro no lo es. También encontró comodidades para su Estado Mayor y para las fuerzas, dada la amplitud tanto de la planta baja como del primer piso. Un comedor de 30 metros de largo por 8 de ancho.

Dentro de ese monasterio sufrió asedio hasta el 15 de mayo, o sea durante 64 días. Las peripecias de los ataques, de parte del general Mariano Escobedo, sitiador, y la defensa que hacía el general Miramón, son asunto de capítulo aparte. El resultado fué que el error de Maximiliano de haber dejado salir al general Leonardo Márquez con fuerzas, debilitando a los sitiados, dió motivo para que el coronel Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz y mimado del emperador, en la madrugada del 15 de mayo abriera una tronera en la muralla y nuevo Efialtes, llevase a los sitiadores al cuartel general.

La traición entregó miserablemente a los heroicos defensores en manos del general Escobedo, que hasta entonces se había estrellado inútilmente contra los muros de la fortaleza.

Los presos fueron regresados a su mismo cuartel general. Frente a éste, en la plazoleta se levanta la capilla del Calvario, edificada alrededor de 1721. Con frecuencia el emperador se paseaba allí, filosofando en su desesperada situación. ¡Acaso no pensó nunca que en ese mismo sitio empezaría su calvario!

A poco el ilustre prisionero enfermó y hubo, según prescripción médica, cambiarle de lugar. A unos 300 metros más abajo se halla el convento de las "Teresitas". Presenta un pórtico de seis columnas dóricas, estilo del templo de la Magdalena en París. La circunferencia de cada una es de 2.84 metros. Las construyó en 1807 Francisco Eduardo Tresguerras, que fué "arquitecto", poeta y pintor, y de carácter agudo, socarrón y picaresco", como dicen sus biógrafos. Nació en Celaya el 13 de octubre de 1759. En sus mocedades anduvo de la Ceca a la Meca dando traspiés, en busca de su vocación, y fué aprendiz de carpintero, grabador y agrimensor, hasta que "dió de hocicos en la arquitectura", según sus propias palabras. En ella su genio salió avante conforme lo pregonan sus principales obras en Querétaro, San Luis Potosí, Guanajuato, Celaya y otros lugares.

En la columna que levantó en su pueblo "esculpió un águila mexicana con la cabeza hacia atrás, para que ésta no viera las barbaridades que cometen los munícipes", apunta irónicamente un escritor. Dejó muchas pinturas en iglesias y conventos. Murió en 1833, a la edad de 74 años.

El interior de las "Teresitas" todo está lleno de frescos y pinturas, algunas de Tresguerras que se admiran en la media naranja del altar mayor, en la sacristía y en el coro. Este, muy espacioso, presenta sus techos y paredes con pinturas. Luego la reja, detrás de la cual oraban las monjitas cuando asistían al sacrificio de la misa.

Desde la puerta, por donde entraban aquéllas en el coro, y que hoy está murada, hasta el extremo oriental fué vendido. Las celdas que ocuparon los imperialistas presos, que son y serán siempre históricas, pasaron a ser artículos de venta. En buena ley el actual Gobierno piensa restaurar y reponer los edificios que son públicos, como los conventos que sirvieron de prisión a los héroes de Querétaro y a las víctimas de Juárez. Al fondo hay un parque, "La Alameda", donde fué fusilado el 29 de mayo el general imperialista Ramón Méndez.

Viene el monasterio de "Las Capuchinas", bien distante del an-

terior, edificado por don José de Torres y Vergara, como albacea del doctor Juan Caballero de Osío, que testó fondos para la obra. Quedó habilitado en 1721. Hoy no se puede apreciar el edificio porque está dividido y sus celdas tabicadas para cuartel. Como a ese sitio fueron trasladados Maximiliano y compañeros el 22 de mayo, los turistas buscan las celdas que habitaron. Quedan en el primer piso y dan al parque de los Naranjos, otrora florecidos.

Pero los visitantes, al entrar en la celda, que dicen hospedó a los prisioneros, tienen al punto que salir de ellas, porque la atmósfera del soldado es un tanto cargada de emanaciones no gratas.

En "Las Capuchinas", permanecieron los sentenciados a muerte hasta el 13 de junio que los incomunicaron, y el 19 del mismo mes fueron conducidos al "Cerro de las Campanas". Esta melancólica colina queda al sur de la ciudad, y se llega a ella por una rambla. Fué el primer sitio que visitó el Emperador a su arribo a Querétaro, y en la madrugada del 15 de mayo allí entregó su espada.

Era la mañana del 19 de junio de 1817, y de cara al sol, porque defendieron como valientes su causa y víctimas de infame traición, fueron fusilados. Poco antes de caer como buenos y en holocausto de los odios políticos, el emperador, en gesto generoso que honra su memoria, colocó a Miguel Miramón en el centro, a Tomás Mejía a la derecha y él se quedó a la izquierda de sus valientes camaradas.

En esta apostura sufrieron la descarga homicida de don Benito Juárez, el *Huilón* con que se moteja, en el argot caraqueño, a los que sólo saben huír en tiempos de guerra.

Por muchos años quedaron enclavadas en montones de piedras, tres rústicas cruces de madera, de los tres valerosos victimados. Después el gobierno austríaco del emperador Francisco José consiguió del Ejecutivo Mexicano, que se construyera en ese Calvario una Capilla Expiatoria. Se inauguró en 1901.

Adentro hay un altar, algunos lienzos alusivos al emperador y retratos de los principales actores del suceso. Unos heroicos, leales a su credo y a su palabra empeñada; y otros que si no están en los cartones clavados en la pared, sí flotan en el ámbito del sangriento drama. Tal es don Benito Juárez y su ministro Lerdo de Tejada, que sólo supieron ordenar el fusilamiento.

Alrededor se construye una muralla de piedra con el fin de resguardar la capilla. La piedra abunda en aquellas serranías y cuentan que, por ser sonoras, se llaman el "Cerro de las Campanas". Grande fué la sensación del suscrito cuando visitó este lugar en diciembre de 1941. Quedó satisfecho un imperioso deseo de su vida de es-

critor y de viajero. ¡Que el Dios de las Justicias inspire a los honestos historiadores mexicanos, a fin de que coloquen a cada uno de los actores del sangriento drama en el sitio que les corresponde!

México, diciembre de 1941.

IV

PUEBLA DE LOS ANGELES

Esta ciudad se encuentra en una planicie casi de una altura como la ciudad de México. Pero en ciertos meses del año soplan brisas destempladas que vienen del Golfo. En el Zócalo o plaza principal, llena de árboles y casi circundada de portales, se destaca la soberbia Catedral. Es, después de la de México, la más suntuosa de América.

Esta obra de piedra se comenzó en 1575 y se terminó en 1649. La consagró el obispo Palafox, un benefactor de Puebla. Los estilos romano, dórico, jónico y corintio prevalecen en toda la construcción, ya aislados, ya combinados. Las catorce columnas de piedra forman tres airosas naves con sus catorce capillas laterales. Las rejas doradas y elegantes, de fierro forjado, son obra de maestros. Ningún otro templo mexicano las posee, ni tan bellas ni de tanto valor.

Las columnas son canterías que pregonarán, por una larga sucesión de siglos, cómo fué de perseverante el esfuerzo de los artistas y constructores durante la Colonia. El indio fué un obrero, que trabaja hoy y trabajará siempre, sólo que bajo la dirección de los frailes y obispos coloniales, la obra fué fecunda. Porque aquellos misioneros laboraron para la eternidad. Y los instrumentos y las canteras son las mismas, no así el móvil.

Existe el Altar de los Reyes, retablo consagrado por los siglos. Es de enormes proporciones, pues ocupa todo el fondo del muro central. Las columnas, del bello y vistoso tecali, dividen los nichos dorados donde se miran las imágenes de San Luis de Francia, Fernando de España, San Eduardo de Inglaterra, Santa Isabel de Portugal, Santa Margarita de Escocia y Santa Elena, madre de Constantino. Estos monarcas están consagrados por la piedad humana. Lienzos de valor artístico completan el cuadro que embellece el Altar de los Reyes.

El ciprés central de la nave mayor es una especie de Tabernáculo donde juegan en profusión artísticos mármoles de varios colores. Es-

tatuas y púlpitos se admiran en este rico conjunto de arte cristiano. La obra fué diseñada por el escultor don Manuel Tolsa, español genial que fundó y dirigió la Academia de Bellas Artes de México.

Luego sigue, también en la nave central, el coro con sus canterías, que son orgullo de aquella época gloriosa de la fundación de pueblos en América. Las dos órdenes de asientos son de madera de cedro tallada con ricas incrustaciones que forman figuras caprichosas. Son 54 asientos arriba y 46 abajo, con sus columnillas y respaldos todos labrados primorosamente. Superiores a esta talla, el Coro de la Catedral de la ciudad de México, a y las dos, Generalito, antiguo convento de San Ildefonso de los padres agustinos. Este es considerado como lo más artístico y monumental en los tallados de madera en todo el continente americano. Ya se hablará de él en capítulo aparte.

Los costados del coro están adornados con pinturas, motivos bíblicos de pintores mexicanos. Es de advertir que los centenares de lienzos que adornan las iglesias, conventos, capillas, y los que forman los museos, están inspirados en las páginas de la Biblia. El pueblo hebreo, que sigue privando como intelectual en el mundo entero, dió, ha dado y sigue dando material para los pintores, escultores y artistas de Europa y de América.

Cuando los modernos pintores de Hispanoamérica reaccionan contra la pintura clásica y presentan sus motivos indígenas, se les van los pinceles y a veces les resultan unos mamarrachos. ¡Y falta que les hace un catálogo para que allí expliquen lo que quisieron pintar!

Tanto en las naves laterales como en las capillas, retablos con sus bellas imágenes estofadas y lienzos de pinturas místicas, llaman la atención del visitante.

En la sacristía se encuentra un juego de pinturas originales y copias de artistas famosos, que detienen la vista de quien las admira. Mesas de tecali con valiosas incrustaciones de marfil; y completan estas obras, de mérito singular, las cajoneras de cedro amargo, o mesas llenas de gavetas para guardar objetos del culto. Las tallas de estos armarios, bien merecen formar parte de las sillas del coro.

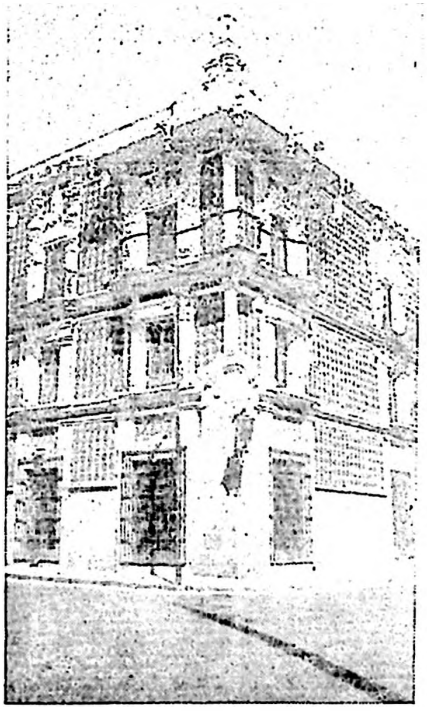
Afuera las portadas que ornamentan las puertas, con sus imágenes, columnas y arquitrabes, dan un realce a toda la obra monumental de la catedral de Puebla. Las dos torres imponentes por su altura, unos 63 metros, son de piedra labrada. Una sola, la que da al Zócalo, tiene campanas. La otra está en espera de ellas. La verja que rodea el atrio, de fierro forjado, es artística en las molduras.

Otro monumento de piedra tallada, que desafía a los siglos, porque sus obreros trabajaron para la eternidad, es la iglesia de la Compañía. La portada, los arcos y las rejas de hierro forjado, le dan un aspecto imponente que lo completan las dos torres de piedra.

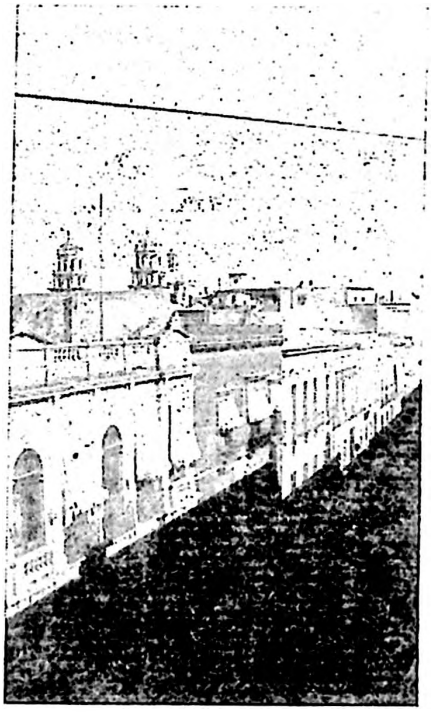
Una lápida dice al visitante: "En el principal de esta fachada estuvo colgada por orden de la Inquisición la cabeza de don Antonio de Benaviles (a) "El Tapado", por falso visitador de España. Ejecutado el 12 de Julio de 1684".

Este castigo, de acuerdo con las leyes, a un burlador de éstas, no es sino un caso aislado de la justicia, de la que se hizo en la revolución contra la propiedad y monumentos de arte colonial. Las catorce cruces, en el kilómetro 47 de México a Cuernavaca, denuncian que allí se cometió uno de los crímenes más sombríos. Fueron ejecutados porque eran opuestos al sistema de gobierno imperante. ¡Y no hubo proceso, ni fórmula ninguna de justicia!

En varios edificios de casas de Puebla se encuentran planchas con sus respectivas leyendes históricas.



La Casa del Alfeñique del Marqués de Arellano, hoy es un Museo. Puebla de los Angeles.



Torres y cúpula de la iglesia de la Compañía de Jesús, en Puebla.

Adentro de la iglesia, que es de tres naves, las columnas que las dividen son redondas, de piedra tallada. Esta obra de mano, secular, sobria, artística e imponente, en templos y conventos mexicanos, junto con las portadas, también de piedra tallada, allí se quedaron para admiración de las presentes y futuras edades de la humanidad. Porque todos los hombres, meros turistas, poetas, artistas e historiadores, tanto del nuevo como del viejo mundo, deben venir a conocer las grandezas de la nación mexicana.

Hay dos grandes pilas de ónix, de una sola piedra labrada. Es un mármol amarillo veteado, con tornasoles de luces y de sombras.

En la sacristía reposan los restos de la china poblana. Era una joven noble, llamada Mirrha, que fué arrebatada por piratas en 1618 y vendida como esclava, en Cochinchina. Dando botes y rebotes en las ondas del mar, llegó a Manila, donde fué bautizada por los jesuítas con el nombre de Catarina de San Juan. Esclava hermosa, fué comprada por el gobernador para hacerle una regalo al virrey de México. Mas no llegó a su poder porque un comprador lusitano la trajo de Manila para don Miguel de Sosa, que vivía en Puebla. La mujer de éste, doña Margarita, la trató con miramientos y salvó la honestidad de la esclava. Muerto el capitán Sosa, su viuda Margarita entró en la vida monjil de las Teresitas Descalzas.

El presbítero Suárez se encargó de casarla con su esclavo Domingo, chino como ella. Pero Catarina había ofrecido consagrarse al Dios de los cristianos, y durante catorce años que duró en matrimonio conservó su voto. Al morir su marido, que respetó su castidad, se consagró por entero en espíritu y en verdad, conforme aconseja el Evangelio, a socorrer a los pobres necesitados. Y el año de gracia de 1688, cuando acaeció su muerte, en olor y valor de santidad, era de hasta 82 años de edad. Pasó a la historia con el nombre popular de la CHINA POBLANA, pero en los anales de la Iglesia, con el glorioso de Santa Catarina de San Juan. Dejó, además, un vestido clásico en la indumentaria femenina, el de china poblana. La compañera a caballo del charro mexicano lleva ese nombre.

El convento de los padres jesuítas, unido al templo, está hoy convertido en Universidad. En otras partes los convirtieron en cuarteles y en caballerizas. En sus largos y amplios corredores, estudiantes de todo el país, en especial los del Estado de Puebla, en número de unos mil hombres y mujeres, pueblan y alegran los antiguos claustros y celdas de los frailes civilizadores.

El edificio tiene tres claustros dobles, en su planta baja y en su piso alto. La arquería es doble también. Los techos de los corredo-

res son de bóvedas sucesivas o cúpulas. Uno tiene 38 y cada cúpula es de 2 metros, de modo que mide 114 metros de largo. Son varios los corredores, porque el convento es suntuoso. Todo lo que dejaron los jesuítas en la Nueva España es grandioso, como se verá en estas páginas.

En uno de los corredores se lee: "El historiador Francisco Javier Clavijero, veracruzano, estudió aquí y luego fué profesor. Pasó a Bolonia, Italia, donde fundó un centro latino español y murió en abril de 1787". Esto indica que los jesuítas tenían sus cátedras educativas en ese convento, como en otros lugares. La biblioteca es rica en libros antiguos y modernos.

Hay un salón con asientos de madera tallada, que servía para las reuniones de los padres. El solo púlpito de madera labrada, es una joya del arte colonial. Hoy se dan allí públicas conferencias que preside la Rectoría.

Luego otro salón largo y ancho, con aparatos de física para las clases. Es de cinco cielos en forma de cañón cóncavo, cada uno con sus figuras diferentes. No están dorados, como los de la capilla del Rosario, son estucos de pasta de yeso, con sus molduras blanqueadas. El conjunto resulta artístico.

El Museo Zoológico contiene rica colección de animales disecados. Son celdas convertidas en dos salones en forma de escuadra. Los ejemplares están bien ordenados. En éstos se anotan algunos por lo raros. Tres terneritos: uno con siete patas, y el tercero con dos cabezas gemelas bien formadas. Los ejemplares de leones, tigres, panteras, osos blancos y gatos monteses, pájaros y reptiles, están bien presentados. Sólo que no hay catálogos, defecto que se nota en todos los museos mexicanos. Constituye un mal para los visitantes, tanto simples turistas como hombres de letras. En Caracas, en el Boletín del Museo Nacional que se fundó en julio de 1909 y llegó hasta abril de 1921, se publicó el catálogo. Fué su fundador Christián Witzke, alemán perito en la materia.

Entre otros templos, el de San Francisco, en la parte alta de la ciudad y cerca del río que le dió su nombre. Fué construído por los primeros frailes franciscanos que llegaron. La portada con piedra de basalto tallada, y sus hornacinas donde se encuentran unas diez imágenes. Columnas, capiteles y demás adornos de canteras, constituyen hermosas canterías a lo churrigueresco. Es bastante alta, pues tiene cuatro cuerpos la portada.

Las partes laterales son azulejos en figuras de jarrones chicos y grandes. Tiene sólo una torre, de basalto y esbelta, con sus tres cuer-

pos, como las dos del suntuoso templo de la Compañía. El convento, uno de los primeros de Puebla, sirvió de cuartel durante la revolución comunista. Da un gran dolor al contemplar el retablo, techos y molduras de la capilla, cómo fueron destruídos y ahumados por la soldadesca. Lo de techos ahumados, invención de la tropa que destruye conventos y capillas, trae a la memoria la ocurrencia de algunos ingenieros que, en Caracas, construyen cocinas de carbón sin chimenea. Los soldados lo hacen por ignorancia en su oficio; y los ingenieros, los científicos, dicen que por estética. ¡Allá ellos!

Hoy aquel lugar de oración y de arte colonial es una fragua para arreglo de carros. ¡Que los dioses que presiden el arte y la belleza que los hombres procrean, perdonen o castiguen a los que destruyeron la capilla y el convento de San Francisco de Puebla!

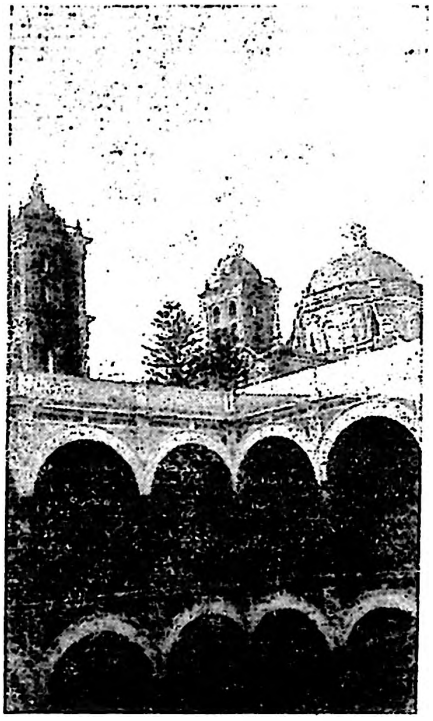
Y lo peor de todo es que el autor de este escrito, bajo la influencia de principios reaccionarios, encontró muy lógico que Miranda, en la toma de Amberes, en noviembre de 1792, convirtiera los conventos en cuarteles. Hoy que ha contemplado con indignación lo que hizo en México la torpe impiedad religiosa, comprende lo inconsulto de su opinión de entonces.

Al regreso de esta visita, en la margen derecha del río mencionado hay una pila con sus cuatro cariátides que sostienen un platón, todo él de piedra tallada. Fué construída en 1777 para el Zócalo y trasladada del centro en 1878. La plancha grabada no dice el motivo del traslado. La obra es de arte.

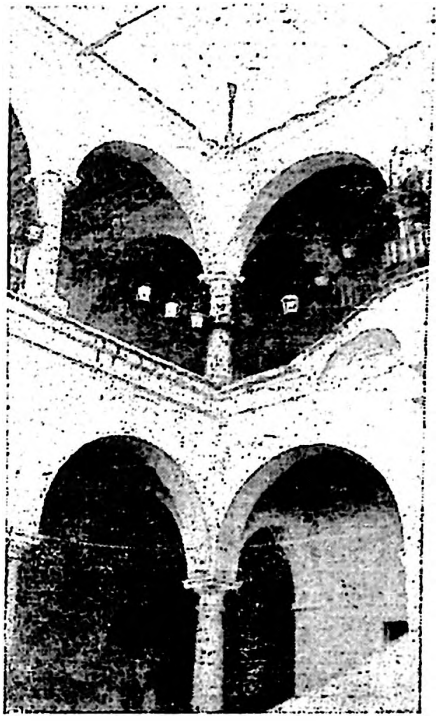
Frnte al sur se halla el Teatro Principal. El primero que se construyó en la ciudad el año de 1752. Adentro se conservan todavía ladrillos octágonos y azulejos de la época. Está dedicado a la Comedia, por eso decoran la rotonda retratos de escritores mexicanos: Sor Juana Inés de la Cruz, Rodríguez Galván y Mariano Dávila.

Algo curioso y típico se encuentra al fondo del teatro, que pertenece al antiguo edificio de las Misiones Franciscanas. Los frailes, para evitar que los arrieros formasen sus alborotos en las noches, les construyeron una especie de celda, con amplios alares cóncavos de panelas de ladrillos rojos, en número de 27. Más tarde fueron habitados por las mujeres del partido, que decía Cervantes, hasta que una ordenanza, de falsa moral, las desterró y les prohibió el ejercicio de su necesaria profesión. Sólo que requiere un juicioso y científico reglamento.

Hoy las 27 celdas son moradas de artistas, en especial de pintores. Allí encuentran los turistas acuarelas, óleos, pinturas al temple y aguasfuertes de motivos poblanos.



Vista de torres y cúpula de la catedral de Puebla, tomada desde el claustro de la Biblioteca Palafox.



Rincón de un patio colonial, con doble arquería, en Puebla.

La iglesia de San Cristóbal, arriba del templo de la Compañía, con una portada de basalto donde juegan la danza del arte columnas, racimos de uvas, frisos y varias imágenes en relieve. Adentro, debajo del coro y todo el cañón de la nave, y los techos del crucero y cimborio son barroco con tendencia al churrigueresco. En el altar mayor, el Santo con su báculo y el Niño Jesús sobre los hombros. Todo el templo es primoroso en la obra de mano de artífices españoles.

En ascenso, por una carretera asfaltada, se llega al Fuerte de Guadalupe, desde el cual se divisa el hermoso panorama de la ciudad de Puebla. En la hora de la tarde, cuando los rayos del sol se quiebran en las cúpulas y torres de la ciudad, entonces deben los visitantes conocer los Fuertes que dominan el valle poblano.

Este fuerte sirvió para la defensa cuando los franceses del emperador Maximiliano lo atacaron. El general Zaragoza, que lo defendía, triunfó de los invasores el 5 de mayo de 1862. En la capilla se exhibe un San Cristóbal gigante, de un solo tronco de madera, y su Niño Jesús al hombro. Tiene su leyenda: Toribio de Benavente, o

Motolinia, cuenta de un indito de Tlaxcala, bautizado con el nombre de Cristóbal, rompió los ídolos del padre y éste le martirizó. Su cuerpo fué enterrado allí y la estatua labrada en su nombre. En los días del sitio los republicanos la llevaron a sus trincheras donde perdió los dos brazos, que le faltan a la imagen. El fuerte es hoy un museo militar.

Esta leyenda recuerda la del Cristo Coronel de la iglesia de San Agustín en Bogotá. Los conservadores, en lucha civil con los liberales, colocaron a su Cristo, vestido con el manto rojo del ilustre prócer colombiano general Antonio Nariño, y puesto al frente de la batalla triunfó. Los conservadores, fanáticos religiosos, agradecidos, lo ascendieron a coronel.

Tal la primera visita a la histórica ciudad que guarda, con orgullo, artísticos tesoros de la Colonia.

México, D. F., agosto de 1941.

V

LA CIUDAD DE PATZCUARO

Era un barrio de recreo de los reyes de Tzintzúntzan, que tenían en esta ciudad su residencia. Cuando don Vasco de Quiroga fué nombrado obispo de Michoacán, llegó a la Capital y comenzó a construir el templo. Pero andando el tiempo se dió cuenta que el lugar carecía de amplitud, y por los años de 1539 pasó a Pátzcuaro. Su altura sobre el mar es de 2,043 metros. Pátzcuaro es corrupción de Petzatícuaro, y vale por "lugar de alegría".

Esto le ocasionó graves disgustos y una enconada oposición entre los vecinos, tanto españoles como naturales. Entre los primeros suena don Luis Dávila, conquistador, y don Alonso Rangel, regidor, de nombres iguales a los fundadores de Mérida, en Venezuela, a principios del siglo XVII.

Una vez don Vasco en su nuevo obispado puso manos a la obra. Empezó por la catedral, cuyo trazo, de grandes proporciones, comprendía cinco naves. Sólo la principal llegó a construirse. Al lado del presbiterio se ven las columnas que llegan a la entrada, tienen una altura de 16 metros. Arriba unas conchas de cantera que hermosean lo poco que se terminó. Hay seis arcos de cada lado que limitan la nave central, la que sirvió para el cuerpo de la iglesia parroquial. A eso se redujo el vasto proyecto.

A España llegaron las nuevas, y émulos y envidiosos, que nunca faltan, llamaron la atención en la Corte. Al punto ingenieros llegaron y su dictamen fué opuesto a la continuación de la obra. Pretextaron que cerca había un lago y el piso no soportaría la construcción. Esto eran meras suposiciones. Del muelle al sitio en donde se halla, al presente, "La Posada de don Vasco", hotel cómodo, hay un kilómetro, y otro más al pueblo. Suficiente terreno en firme para todo lo que hubiera podido levantar don Vasco.

Lo poco construído se completa con la portada que dejó en dos cuerpos de columnas de piedra tallada, orden corintio como el interior y allí, enmarcadas las imágenes de los cuatro Evangelistas y sus respectivos símbolos. San Mateo, con el hombre; San Marcos, con el león; San Lucas, con el buey, y San Juan con el águila. Apenas una torre achatada de cantera rosa, decora el pórtico. Algunos pinos sombrean el atrio.

La iglesia del Salvador fué la continuación franciscana de los frailes de esa orden. Luego puso sus conatos en la construcción del Seminario, que había menester para que en él se formaran los sacerdotes del culto. Hubo escuelas para la enseñanza del indio en letras, doctrinas y obras manuales. El plantel fué rico semillero de sacerdotes y de frailes, que con los dialectos indígenas ya sabidos podían adentrarse, por caseríos y jacales, catequizando al indio indómito, víctima secular del mexicano, del azteca y del mismo tarasco.

A estas obras pías sucedieron en la incansable voluntad creadora del obispo, pura misericordia, y en contraste con la tarea destructora de Nuño de Guzmán, que fué sólo de crueldad, vinieron dos fundaciones. El colegio de San Nicolás, que después pasó a Valladolid y fué, cuando le llegó su turno, la base de la Universidad de Michoacán.

Al colegio siguió el hospital, con las instituciones de tanto valimiento para la enseñanza del nativo. Todo lo útil y de provecho fué estampado en sus Estatutos.

Estos planteles se encuentran en la parte alta de la ciudad. La portada del antiguo colegio de Don Vasco es sencilla, como si fuese construcción franciscana. Hoy se miran, con tristeza, dos espadañas sin las campanas que se movían al toque de la oración, y dos hornacinas sin las imágenes del culto. ¡Que sobre la catedral, seminario, colegio y hospital, donde quedó grabada la cultura y caridad del alma justa del obispo, cayó la impiedad con todos sus rigores!

Menos mal que el colegio se convirtió en museo. En sus corredores y salas se encuentran desparramadas unas cuantas piezas históricas, que como carecen de catálogo, la enseñanza del museo, que

es objetiva, allí es nula. El parque del hospital ostenta orgulloso sus fresnos seculares.

Hay también una capilla del Cristo que los cronistas apuntan obedeció al recuerdo del sitio donde se entrevistaron el fugitivo Caltzontzin, a su regreso de Uruapan, y el capitán Cristóbal de Olid. Se le puso el nombre del *Humilladero,* porque el último rey de los tarascos tuvo que hincar la rodilla ante el conquistador. Con este nombre se designan capillitas abiertas, a la vera del camino, en Venezuela, las mismas que se encuentran en los atrios de algunas iglesias mexicanas.

Cuando los jesuítas se establecieron en este poético rincón fundaron iglesia, convento y colegio, que la enseñanza es el móvil de esa congregación. La fachada de aquélla es de cantera rosada, como sus torres, diferentes en la forma y de un solo cuerpo. Que el templo como el convento y el colegio, los reformistas de Guelatao y de Jalapa, y los comunistas de otros lugares, fueron castigados sólo porque eran centros de cultura. Hoy la iglesia se mira cerrada y lo demás está convertido en salón de cinematografía.

El parque de la Compañía de Jesús se llama "Gertrudis Bocanegra", cuya estatua, de tamaño heroico, se yergue arrogante en medio de los árboles. Fué ejecutada por los realistas en octubre de 1818, según reza la inscripción. Criolla, como hija de españoles, fué esposa y madre de oficiales republicanos que cayeron, de frente al sol, en campos de batalla. El oficial Lasso de la Vega, español republicano, fué el marido de Gertrudis, la cual en prisiones se negó a delatar a sus compañeros. En el cadalso, sostenido el ánimo por su coraje de insurgente, recomendó al sacerdote que la auxiliaba "entregara a sus hijos los objetos personales que les enviaba, y que nunca se alejasen del camino que les trazaba con su muerte".

¡Bien está allí, la heroína de Pátzcuaro, en el bronce inmortal que le ofrendan sus compatriotas!

En la iglesia del Carmen, en Morelia, a su entrada se encuentra una plancha, entre otras, donde se lee: "Prudenciana Bocanegra de Medal, mujer altruísta. 1856-1902". Esta sobria inscripción que pregona las dádivas que donó al templo, y quizás a otras congregaciones piadosas, le da un parentesco espiritual, si no lo tiene de sangre, con la libertadora de Pátzcuaro.

También Francisco González Bocanegra debe de ser deudo de estas dos mujeres que simbolizan la heroicidad y el altruísmo. Conforme se grabó en la pared de una casa de San Luis Potosí, nació allí el 8 de enero de 1824 y murió en la ciudad de México el 11 de abril

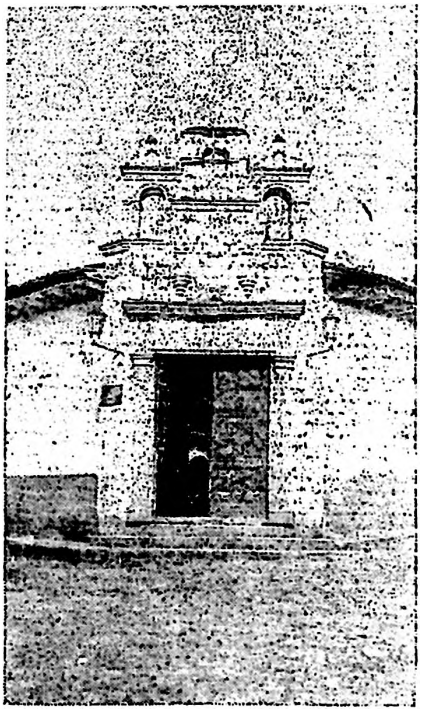
de 1861". Su obra poética fué premiada en 1854, y desde entonces se declaró oficialmente la letra del "Himno Nacional Mexicano".

Este criollo, como hijo de españoles, tuvo de emigrar a raíz de la independencia, que realizó otro criollo, el coronel don Agustín de Iturbide. Cuando regresó de España el primero supo devolver bien por mal. Y fué el cantor de las glorias nacionales.

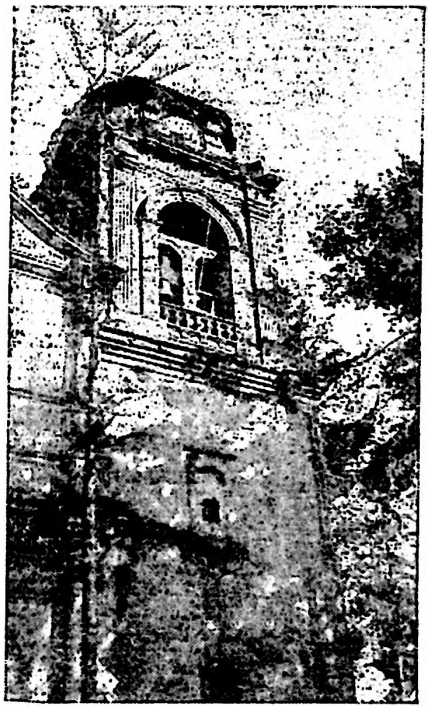
Es sensible que las columnas que tienen los portales del parque "Gertrudis Bocanegra", estén afeadas por los pañetes, cosa que desluce la talla de las canteras.

Sus calles empedradas y en mal estado, denuncian el gran descuido de los que mandan. Las aceras o banquetas, son de lajas. Pero los marcos de puertas y ventanas, como los de San Miguel Allende, son de canteras. Por fortuna para su belleza los están limpiando del tosco embadurnamiento de encalados y enlucidos.

Hay casas donde se trabaja en filigrana de plata con imitaciones de coral. Tales como la ventad e Tzaráracua, que significa cedazo, y la de Cuca-Cerda, que contiene primores.



Portada del antiguo Colegio de San Nicolás, fundado por don Vasco de Quiroga, en Pátzcuaro.



Portada de la catedral de Pátzcuaro, construida por don Vasco.

Cuando don Vasco estableció su obispado, el primitivo barrio de Tzintzúntzan sólo contaba unas diez casas, y llegó a tener cerca de 20,000 almas.

Entre las industrias de esa región hay dos que son netamente indígenas. El trabajo artístico que hacen con las plumas de variado color, de los pájaros de *Tzintzunes,* que le dieron nombre a la capital de los tarascos. Los dibujos que se ejecutan hoy día con esas plumas son primorosos y de suma delicadeza.

Hay otro, que merece especial mención como único en toda la extensión del continente, no obstante existir la materia prima. Se trata de lo que llaman los CERDAS. De la caña del maíz se extrae el corazón, algo semejante al anime o guanipol que contiene el varejón del maguey cuando el quiote florece. Con esta substancia leve y blanca fabrican en Mérida de Venezuela, pequeños animales y plantas para adornar los nacimientos o pesebres, la noche de Navidad.

En Pátzcuaro y otros pueblos de Michoacán, una vez extraído el corazón de la caña del maíz, lo muelen, y con ello hacen un engrudo o pasta que denominan *tatzintgueni,* que es liviana y consistente. Con dicha pasta han hecho los tarascos y los mestizos, dirigidos por los frailes, los Cristos que se admiran hoy en las iglesias y en los antiguos museos conventuales.

La Virgen de la Salud de Pátzcuaro, patrona que les dejó don Vasco y que aún se ve en la portada del hospital, es de ese original engrudo del maíz. El santuario adonde acuden los devotos de aquella imagen milagrosa es muy visitado, especialmente en la fiesta anual.

Ahora bien, entre los cultivos de esa rica región, además del maíz, el plátano merece recordarse. Fué uno de los muchos beneficios del obispo Quiroga, que a su regreso de España, en 1533, trajo de Santo Domingo. Fueron tres las plantas: los guineos, los plátanos corrientes o dominicos y unos más gruesos que se apellidan gordos en México y en Venezuela hartones. Desde Pátzcuaro, la bendición de este fruto se ha extendido por toda la faz de la tierra mexicana.

El cultivo del maíz, que es autóctono en el mundo de Colón, puesto que los incas se servían de él en el culto del sol, es de un precio inestimable como el primer alimento de los mexicanos. Estos, en la cocción de los granos, usan la cal y luego la muelen en sus *metates* para formar la masa. Las *tortillas* y las gordas son el pan cotidiano.

En Venezuela y en Colombia se cuece el maíz con ceniza, se tritura en la piedra de moler y la masa se extiende en ancho budare para las arepas. Este es el pan del pobre y del campesino. ¿Acaso se-

ría bueno cambiar en el cocimiento del maíz la ceniza por la cal? Esta posee principios nutritivos que utiliza el organismo, principalmente en los niños. La ceniza es inocua.

Las espigas cuando están tiernas, es decir, al empezar a brotar en la tusa los granos, que semejan perlas, se llaman con nombres diferentes: en México, *elotes;* en Venezuela, *jojotos,* y en Colombia, *chócolos*. En cuanto al cabello que sale en la punta de aquéllas, y que tiene virtudes terapéuticas, bien lo presentan los versos siguientes:

"Se despliegan al sol y se levantan
ya doradas, temblando, las espigas,
que sobresalen cual penachos jaldes
de un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote
que muellemente al despuntar se inclina;
el manso viento con sus hebras juega
y cariñoso el sol las tuesta y riza.

La mata el seno suavemente abulta
donde la tusa aprisionada cría,
y allí los granos, como blancas perlas
cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los *chócolos* se ven a cada lado,
como rubios gemelos que reclinan
en los costados de su joven madre
sus doradas y tiernas cabecillas.

El pajarero, niño de diez años,
desde su andamio sin cesar vigila
las bandadas de pájaros diversos
que hambrientos vienen a ese mar de espigas".

Este pequeño fragmento, de la "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia", Colombia, dará una idea del gran poeta antioqueño Gregorio Gutiérrez González.

México, enero de 1942.

VI

SAN MIGUEL ALLENDE

San Miguel Allende es uno de los sitios más encantadores para descanso y solaz del ánimo. Sólo le falta la carretera asfaltada que llegue a las goteras de sus aleros, porque el ferrocarril, con sus 349 kilómetros desde la ciudad de México, es penoso por la mala administración de los obreros.

El pueblo, a unos 1,950 metros de altura, tiene sus calles en declive pronunciado, de oriente a poniente. Son empedradas y las aceras o banquetas de lajas. El agua corre por las cunetas, que antes bajaba por la mitad de las calles. Estas, tiradas a cordel, miden generalmente unos 6 metros de anchura. Pero las hay de 3 metros, como el callejón de Chiquitos. Algunas son anchas.

Por la calle del Correo se asciende a una capillita donde asoman las cuatro campanas, que cuelgan de sus maderos atravesados en la rústica espadaña. Semejan aquéllas las tocas de las monjas dominicas, que adentro hacen labor espiritual y de cultura. Y cultivan entre otras flores, unas begonias de belleza incomparable por sus tamaños y vívidos colores en sus tiestos. Desde el patio, donde hay deportes para los niños, la vista se desparrama sobre el pueblo, de unas diez mil almas, con su dilatada vega al pie. Regada por el arroyo de las Cachinches, el cultivo de los frutos menores la embellecen con los matices de su perenne verdura.

Conserva su ambiente colonial sin la destrucción de sus edificios y monumentos religiosos. La furia de la revolución de 1810, respetó la tradición. Allí un día, clásico en los anales mexicanos, se juntaron en son de revuelta libertadora, el cura Hidalgo, que llegaba de Dolores, y los vecinos Ignacio Allende, José Encarnación Ortiz, los hermanos Aldamas, Narciso Loreto de la Canal, Luis Malo, Vicente Umarán y otros más. San Miguel fué cuna y semillero de héroes en la guerra de la Independencia; Hidalgo la inspiraba con su espíritu de fe, y Allende, como oficial veterano, mandaba las tropas y chusmas insurrectas.

Hay placas alusivas a los ilustres próceres: "Aquí nació el inmortal Ignacio Allende y Unzaga, 20 de enero de 1769, y murió el 26 de junio de 1811". Es su casa una esquina al costado de la Parroquia. Su vida de revolucionario fué un meteoro, fusilado en Chihuahua, con Hidalgo y compañeros, cuyas cabezas quedaron en pos-

tes de ignominia en la Alhóndiga de Granaditas. Apenas tuvo tiempo para dirigir combates en las Cruces, Aculco y Calderón.

Otra placa en el templo de La Parroquia: "Aquí oficiaron los curas Miguel y José Joaquín Hidalgo, en 1794". Lo que indica que el iniciador de la Independencia tenía un hermano sacerdote. En la calle, que sigue hacia arriba, en un portón de artísticos tallados en madera y piedra, se lee: "Casa de José Encarnación Ortiz, insurgente de esta ciudad. Año de 1791". Es de las bellas mansiones sanmigueleñas. Llevaba el apodo familiar de *Pachón,* con el cual le conoce la Historia.

Otra plancha, en la calle del Hospital, dice: "Casa de don Luis Malo Mendizábal, fusilado en Monclova el 11 de marzo de 1811". Los realistas lo ejecutaron por su apellido, que como insurgente era en puridad de verdad hombre malo.

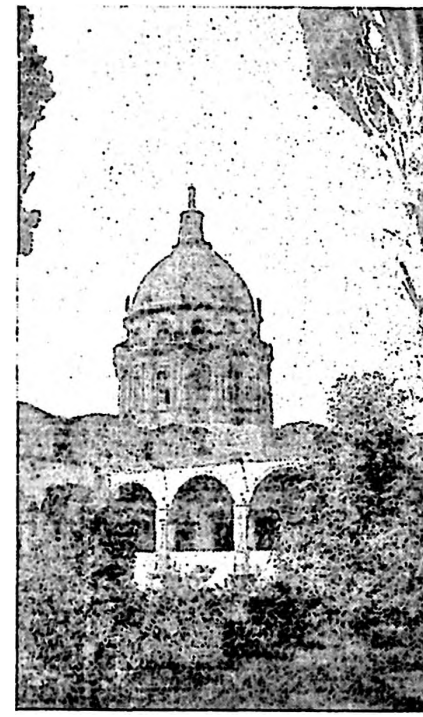
En el edificio municipal, contiguo a la "Posada de San Francisco", al pie de la Plaza Mayor, una lápida explica: "Aquí se fraguó la Independencia de la Nueva España. - 1810". Otras planchas traen nombres de beneméritos que conquistaron, con el sacrificio de sus bienes y sus vidas, la inmortalidad como forjadores de una patria libre.

En los obreros figura Juan José Martínez, llamado "El Pípila", que, nacido en casa humilde, calle de la Barraca, en 1782, supo grabar su nombre entre los inmortales. Las crónicas han tejido, alrededor de su cabeza, nimbo legendario para este elegido de los dioses.

Cuentan que al verse el cura Hidalgo en apreturas, cuando atacaba en Guanajuato al castillo de Granaditas, "El Pípila" salvó la dificultad. Cubrióse con una losa y a gatas se deslizó por las goteras del edificio. Llegóse hasta la puerta y con leños resinosos de ocote encendido, puso fuego al portón. De ese modo, arrojados los rebeldes, entraron vencedores en el castillo. El orgullo y el agradecimiento de los guanajuatenses le acaban de erigir, en una de las poéticas colinas de la ciudad, un soberbio monumento al héroe de "Granaditas". Lo construyeron con sus canteras rosadas, azulosas y amoratadas.

Abajo del palacio de los condes de la Canal está grabado un nombre de ilustre alcurnia. El doctor José María Díez de Sollano y Dávalos, que nació allí el 25 de noviembre de 1820. Tiene su estatua sobre columna de mármol que se eleva en el atrio de un templo. Cerca de éste se encuentra la casa que habitó, con su escudo episcopal, sobre el dintel tallado de la puerta, puesto que fué el primer obispo de León.

Portada de la iglesia del Oratorio de San Felipe Neri, en San Miguel Allende.



Claustro y cúpula del convento de la Concepción, hoy Museo de Bellas Artes, en San Miguel Allende.

El venezolano que conozca este hechicero rincón mexicano tendrá ante la vista del portón del obispo, un recuerdo evocador. Los arabescos y estilos son casi los mismos que tiene el portón de la casa natal de Simón Bolívar en Caracas.

San Miguel Allende, cuyo ámbito lo circunda una atmósfera sedante, invita al descanso y a la contemplación de casonas suntuosas y de monumentos antiguos. Y encarna en sí dos símbolos: el del fundador religioso y el del prócer heroico. El primero consagró su vida de luchador a colonizar indios indómitos, y el segundo se ofreció en holocausto a independizar los pueblos que el fraile fundó.

En los primeros años de la férrea conquista, Fray Juan de San Miguel trazó, en este sitio ameno y feraz, como regado por manantiales, el plan de un pueblo que se llamó San Miguel. Allí reunió y cristianó a los dispersos y salvajes *chichimecas, otomíes y huachichiles.*

Al efecto, edificó la primera capilla, dedicada a San Antonio. Su portada, rústica como la espadaña donde cuelgan las campanas, tiene

el barniz de las cosas consagradas por el tiempo. Fué el año de 1542. Ignacio Allende, insurrecto victimado, alió su nombre de heroísmo al del fraile civilizador.

Entre las construcciones de cantería que adornan y embellecen la ciudad, sobresale por su valor artístico la casa de los Canales. En el ángulo del zócalo, diagonal con la "Posada de San Francisco", hotel moderno, se yergue airoso el palacio condal. Lo construyó don José Mariano de la Canal, casado con doña Josefa de Landaeta, hija del conde de Casa Loja. El título fué concedido en 1753 a don Francisco José de Landaeta, hijo y vecino de San Miguel.

Las casas de los Landaetas, Allendes, Ortices, Aldamas, Umaranes, Malos y otros apellidos ilustres de la Colonia, son también de canteras. Pero ninguna ni más bella, ni más elegante, ni más cómoda que el palacio de los Canales. Se observa que en este lugar las casas, aun las más apartadas del centro, como la del "Pipila", lucen con los marcos de sus puertas y ventanas de piedras labradas. Desde que el gobierno, enhorabuena, decretó que San Miguel Allende quedara como "Zona Típica", empezó la limpieza de las canterías.

Entre las principales iglesias se cuenta la de San Francisco, que se erigió con el producto de la fiesta brava del toreo. La portada, estilo churrigueresco, es tan bella que parece una "fugitiva danza de piedras en la inmovilidad de aquellos encajes de canteras". Es obra del gran arquitecto Lorenzo Rodríguez, el mismo que construyó las inmortales portadas del Sagrario y Trinidad en la ciudad de México.

La torre, con sus tres cuerpos, es del mexicano genial Francisco Eduardo Tresguerras que, como Benvenuto Cellini, fué arquitecto, escultor, músico y guerrero en la Independencia. Abarcó el último cuarto del siglo XVIII y el primero del XIX. Hoy se admiran sus obras en los templos de San Miguel Allende, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Morelia y Celaya, su patria.

Detrás de San Francisco hay un puñado de templos. Es el oratorio de San Felipe Neri, que por sí constituye una riqueza arquitectónica. Este solo motivo bien vale una visita a estos campos feraces de la Arcadia mexicana. Allí las casas de estudio y oración: San Felipe, capilla de Loreto, Nuestra Señora de la Salud y el colegio de San Francisco de Sales.

En 1712 iniciaron los trabajos el presbítero Espinosa, cura de Pátzcuaro, y Fray Antonio Margil de Jesús, civilizador evangélico, este último fué un fundador de pueblos y constructor, y son orgullo de la nación mexicana. La de monumentos religiosos, que hoy en memoria del santo varón se venera en la iglesia de San Felipe.

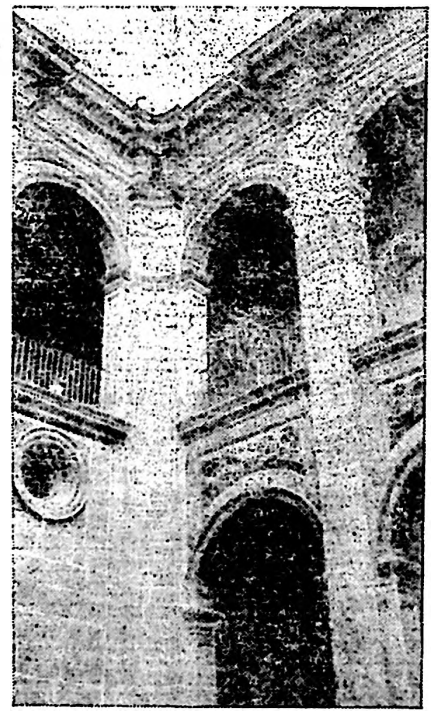
En su amplia nave unos treinta lienzos del fecundo y genial pintor Miguel Cabrera, glorifican la vida y milagros de San Felipe Neri.

Pero donde el arte y buen gusto vaciaron sus moldes y riquezas fué en la capilla de Loreto. Su fundador, don Manuel Tomás de la Canal, tenía esa devoción. Con la suma de 360,000 pesos que donó de sus caudales, se empezó la piadosa obra en 1736. Ya este benefactor había construído la capilla de Loreto en el santuario de Tepotzotlán. Narciso Loreto de la Canal se llamó el nieto del fundador.

El piso de aquélla es de azulejos y el techo contiene medallones dorados. Cortinajes costosos, óleos de valor pictórico y reliquias de santidad exornan las paredes. El altar de la Virgen es un joyel que se completa con las estatuas policromadas, en actitud orante, de los esposos fundadores de la capilla de Loreto.

Cuando el narrador de estas bellezas del arte cristiano elogia al benefactor de San Miguel y de Tepotzotlán, recuerda como por ensalmo a los tenientes de la dictadura Gómez en Venezuela, que no construyeron nada, pero que más tarde los despojaron de todo.

Claustro de una casa particular, frente a la casa de los Aldamas, en San Miguel Allende.



Angulo del patio enclaustrado de los condes de la Canal en su palacio de piedra tallada. San Miguel Allende.

Y para colmo del altruísmo de los Canales, Sor María Josefa, que heredó de su padre don Manuel Tomás la suma de setenta mil pesos, la invirtió en la iglesia y convento de monjas de la Concepción. En 1775 el arquitecto Martínez Gudiño echó las bases de la construcción. La hermosa cúpula, a semejanza del panteón de los Inválidos en París, es reconstruída más tarde, en 1842, por el maestro de obras don Zeferino Gutiérrez. El mismo que llevó a cabo la portada, estilo gótico, en el templo de La Parroquia, que se alza en la Plaza Mayor. En estas canteras rosadas los rayos del sol, en la hora de la tarde, se quiebran en las aristas de sus molduras y semejan incendios de arrebol.

El amplio claustro del convento de la Concepción, de doble arquería con sus columnas y arcos de piedra tallada, es algo que merece contemplarse. Esta donación piadosa de Sor María Josefa de la Canal, que es orgullo y ornato de San Miguel Allende, fué profanada, en días de ingrata memoria, por revolucionarios comunistas.

Hoy sirve de albergue a una escuela de Bellas Artes, dirigida por el peruano artista y escritor don Felipe Cossío de Pomar. Por de contado que faltan otros edificios coloniales dignos de alabanzas.

Basta con los pocos nombrados para dar una idea somera del valor arquitectónico e histórico de San Miguel Allende. Uno más que, aunque moderno, debe visitarse, es la casa claustral de quien fué en el mundo del arte José Mojica y hoy es en la vida del ascetismo místico, un fraile conventual. Para enero de 1944 se hallaba en el convento de San Antonio de la Recoleta, en el Cuzco del Perú. Llevó el nombre de Fray José.

Saliendo a las afueras se halla una piscina de aguas termales; y a unos 15 kilómetros, que deben de estar pavimentados, se topa, en pleno yermo, el *Santuario de Atotonilco*. Significa *Lugar de Agua Caliente*, por las que hay en varios manantiales.

Allí el padre Filipense lo edificó, a mediados del siglo XVIII, para retiro de ejercicios espirituales. En sus naves se casó en 1802, don Ignacio Allende con doña María Agustina de las Fuentes. Y de su sacristía arrebató el cura Hidalgo el lienzo de la Virgen de Guadalupe, que sirvió de estandarte a las huestes libertadoras.

Caracas, agosto de 1945.

VII

ZACATECAS Y SU CATEDRAL

Si hay un pueblo que merezca estar comprendido en la red de carreteras asfaltadas, es la capital del Estado de Zacatecas. El turista llega hasta ella por el ferrocarril de México a El Paso, pero todos los días los ferrocarriles se desprestigian por los desastres, de orden comunista, de que habla la prensa diaria. Hay, sí, un tren local y diario que, partiendo de Aguascalientes va hasta Fresnillo y pasa por Zacatecas. Es cómodo y dura tres horas en la recorrida de 120 kilómetros.

El camino es un rosario de pueblos y caseríos, algunos rodeados de milpas y con sabanas de cría. A la distancia, en las serranías por las cuales marcha el tren, se mira "El Chiquihuite", cerro que tiene la forma de una cesta o canasta, de esas artísticas que tanto abundan en el mercado de los viernes en Toluca.

Al terminar la línea férrea se contempla la perspectiva arrobadora que se abre a la vista del viajero. Abajo, en la hondonada, la vega de Zacatecas y el pueblo extenso que encierra el santuario de Guadalupe y su histórico convento. Sólo dista de la ciudad 10 kilómetros, pero por vía de tierra, no obstante ser un lugar tan visitado. Tiene en su favor que es ancha y está sembrada de pirúes, que cuando están florecidos con sus rojas frutillas, dan un encanto al paisaje. Este árbol, los eucaliptos y los álamos, deberían ser sembrados por todas las carreteras del país.

El convento Guadalupano es uno de los pocos que no fueron arrasados por la furia de los reformistas, que los destruían y saqueaban. Este posee un enorme edificio. Son varios los claustros en donde dialogaban, en tiempos de la civilizadora etapa colonial, más de setecientos alumnos que recibían allí educación, instrucción y nociones de artes manuales, de los maestros franciscanos consagrados a la oración y a la cultura.

En los largos corredores y amplios salones, enantes celdas monacales, se miran unos 440 entre grabados y lienzos, todos con motivos cristianos de artistas y pintores mexicanos y españoles. Uno de ellos, de tamaño natural, es de Fray Margil de Jesús, que tiene también una estatua de madera. Está en los claustros de la planta baja. Arriba, en el coro, junto a unos pequeños estofados y unas momias, se contempla, con alguna emoción, la cruz de madera pesada

que cargaba en sus horas de penitencia. El alma de la bondad benéfica de este constructor de pueblos flota, en el ambiente saturado de ciencia y de virtud que persiste en el convento Guadalupano. Lo mismo sucede en todos los lugares de su actividad creadora.

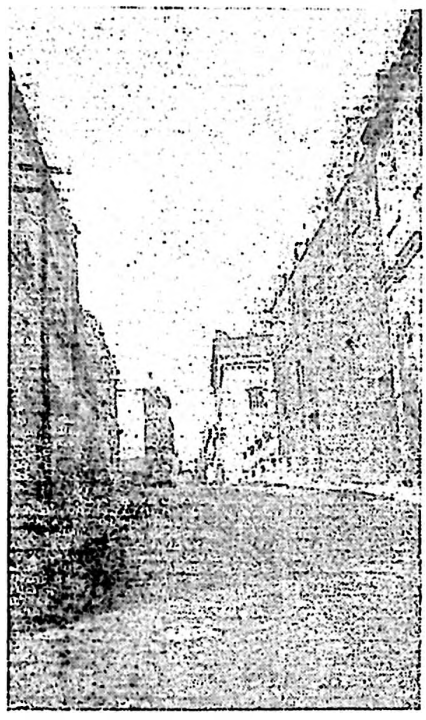
Y es tanto el poder moral que se encarna en estos seres que anima la santidad, que a veces basta su sola presencia para detener la amenaza real de un representativo armado de la fuerza bruta. Cuenta el guardián del convento, hombre de algunas disciplinas intelectuales, que el día que el revolucionario Pancho Villa pretendió acuartelar sus hordas de exterminio dentro de aquellos muros, el anciano sacerdote Rangel, de 72 años de vida, logró con su persuasión que el bárbaro retirase sus tropas del lugar consagrado a la piedad y a la enseñanza.

El patio de la planta baja tiene una cisterna que se alimenta con las aguas de las lluvias. Los corredores del claustro se encuentran tapiados, convertidos torpemente en piezas oscuras. Cosa igual hizo en Caracas Régulo Olivares, cuando fué ministro de Relaciones Interiores en 1936. Tapió, también torpemente, una parte de la azotea claustral con que el talento de Guzmán Blanco, caudillo con armadura de estadista reformador, había embellecido el Palacio Federal que construyó sobre las ruinas polvorientas del Convento de las Monjas. Mas lo peor es que otros ministros, de otros ramos, pero de la misma laya, siguieron el menguado ejemplo de Olivares.

En la portada de la iglesia se destacan columnas de cantera labrada en petatillo mexicano. Sobre el arco de la puerta tallada la Virgen del Tepeyac, sostenida en los brazos de San Francisco. Esta actitud es original, como que ella es la patrona de su convento franciscano. Al lado, en la verja del atrio, una puerta de hierro forjada, que es primorosa como obra de arte. Da al fondo con la moderna capilla de Nápoles. Se construyó de 1845 a 1866. Al paso que la iglesia fué el año de 1677 y el convento, el de gracia de 1707.

El interior de la capilla es un juego de columnas acanaladas, rosetas y estrías donde alternan, en una algarabía de colores, el amarillo oro, el rojo y el blanco. A los cuatro lados de la cúpula central, todo son conchas y molduras vistosas. La Virgen se yergue en su dorado camarín. Es sensible que las canteras de las columnas y sus arcos hayan sido pintadas con el mal gusto de los que destruyen el artístico color de las canterías. Allí suenan, entre los constructores, los franciscanos Bernardino de Jesús, tapatío, y Antonio del Castillo, español.

Portada de la catedral de Zacatecas.



Calle Lancaster y edificio del Instituto Científico de Zacatecas.

Después que se recorren las muchas dependencias culturales, durante varias horas, se admira y se venera a los que llevaron a cabo, en centenares de rincones mexicanos, la obra secular del progreso patrio a la cual consagraron toda su vida de austeridad y de pobreza. El escritor, sin la influencia de banderías políticas, siente hondo dolor al mirar que los suntuosos conventos fueron convertidos en muladares, en garajes y en cuartuchos infectos de casas de vecindad.

El turista, una vez alejado del santuario, sube y corona el cerro de la "Bufa", nombre onomatopéyico del bufido que dan los tiros de las minas en explotación. El panorama que se dilata a los cuatro vientos, desde esa escarpada colina que se asciende por escalones, en parte tallados en la roca viva, es soberbio. A la derecha, frente a la ciudad, cerros en declive y luego, a la izquierda, el pintoresco valle que se abre hacia el pueblo del Santuario. Zacatecas, en forma de casquillo, se recuesta en las sinuosas faldas de sus montes.

Los variados colores de sus tierras rojas y el verde de sus cultivos, forman una gama de alegres tonalidades. Al bajar del cerro se

tropieza con unas viejas tapias, un atrio espacioso y una pequeña capilla, que se alza en la prolongación de aquella colina. Allí la advocación de la Virgen del Patrocinio, que es la patrona de aquella población. Una concha en la portada, toda encalada, lo mismo que el interior. De una torre achatada cuelgan las campanas, que casi es una primitiva espadaña. En el exterior del cerro alongado, y frente al poblado, una torrecilla para el observatorio.

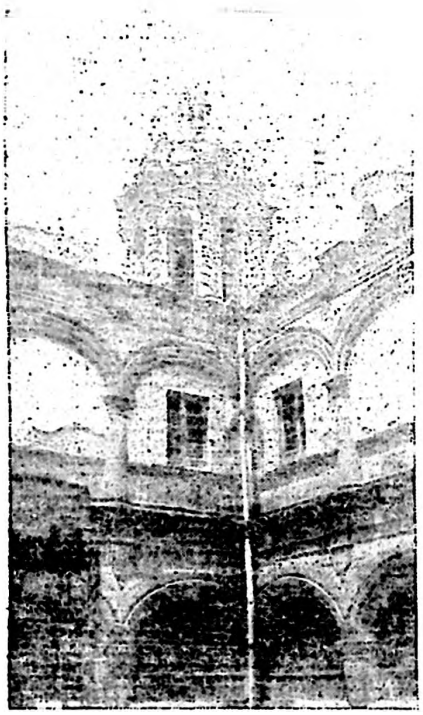
Al encontrarse en las caprichosas calles empedradas, angostas, sinuosas, en pendiente y algunas muy empinadas, se recuerda las de Taxco y Guanajuato, puesto que Zacatecas fué rica región minera. Al punto se encamina a lo más suntuoso, la catedral. La portada, sin apelar a la hipérbole, es quizás el tallado más soberanamente hermoso, en puro estilo churrigueresco. El primer cuerpo, con la puerta labrada en madera, presenta entre las columnas dos imágenes macizas de piedra a cada lado. Las columnas redondas, los arcos y las cornisas apretadas en sus molduras son hojas, ramas, frutas, conchas y querubines. Es sensible que los capiteles de estas columnas y los arquitrabes de las de arriba hayan sufrido la injuria del tiempo. Culpa de los sacerdotes que no han hecho limpiar la tierra que en ellos se deposita y luego con las lluvias se forma un lodo que agrieta las molduras. Cosa igual se observa en la iglesia de la Compañía de Jesús en Guanajuato, que es también una joya del arte cristiano.

Viene el segundo cuerpo semejante al primero. En el centro concha ojival toda ella labrada en cantera. Sobre ésta un tercer cuerpo, pero sus columnas son más pequeñas, y entre ellas figuran cinco imágenes talladas. Toda la cantería es una filigrana de piedra rosada, donde el cincel de los artistas hispanos dejaron su obra inmortal, para orgullo de las presentes generaciones y admiración de las futuras edades.

Las dos esbeltas torres completan la magnífica impresión que en el alma de los visitantes, artistas o profanos, deja la contemplación de la portada más sugerente de los churrigueros mexicanos.

Adentro las tres naves son espaciosas, en especial la del centro, que casi el área del templo es un cuadrado. Las cinco enormes columnas de cada lado son altas y gruesas para sostener la mole gigantesca de la catedral. Los calados son dibujos de estrías, pero como están pintados de color chocolate oscuro, han perdido todo el mérito del tallador. Toca al sacerdote que tiene a su cargo mantener la belleza del templo, hacer que limpien lo que pintores de brocha gorda embadurnaron grotescamente.

También merece admirarse la portada lateral que da al callejón de las Campanas y a la Plaza de Armas de la Casa de Gobierno. Los arcos del callejón llevan a un hotel, que debió ser dependencia de la catedral. En la Casa Gubernamental, bien tenida, hay una nota discordante: las columnas de cantera las tienen embadurnadas de mezcla, contra toda noción de estética. Cuadra aquí recordar que en la histórica Casa de Gobierno de San Luis Potosí, existía esa misma falta artística no ha mucho.



Angulo del claustro doble, y la cúpula del Santuario de Guadalupe, en Zacatecas.

Vista panorámica de Zacatecas, desde el cerro de la Bufa.

La observación del visitante fué atendida. En la segunda visita encontró que tanto las elegantes columnas del claustro como la portada, quedaron limpias de los sucios enlucidos o pañetes que los cubrían.

Frente al alambrado de la Plaza de Armas, que pide a grito herido que lo conviertan en una verja de hierro fundido, se sube por la

callecita Viena, angosta y pendiente. Va a morir en el costado del templo de Santo Domingo de Guzmán, que tiene abierto atrio, y su portada, de columnas griegas, que hace contraste por la sobriedad de las molduras, con la riqueza arquitectónica de la catedral. El Santo Patrón ostenta su imagen pétrea en una hornacina en la parte alta del frontispicio. Una sola torre, achatada y de azulejos como la cúpula del presbiterio.

Pero lo que sí es soberbio y fastuoso son los siete y más retablos que se hallan en las naves laterales. Son de cedro amargo, macizo y tallado, enyesado y luego dorado al fuego, con sus imágenes estofadas. Toda esta labor del cincel, dirigida por los frailes españoles y desparramada por iglesias, capillas y monasterios de la nación mexicana, no se cansa el viajero de admirar.

Contiguo al templo, en la parte alta, lo que fué el convento de los Dominicos, hoy es cuartel. Más abajo, en la calle inclinada de Lancaster, el Instituto Científico en su espacioso edificio. Allí se encuentra un rico museo de cosas antiguas y modernas. Ultimamente fueron adquiridas por el Gobierno unas dos mil piezas de tejido de los huicholes. Calados de fina urdimbre y de bellos colores que denuncian la habilidad de aquellas manos. Tejidos de hilo que enseñaron los frailes a los antiguos autóctonos de esa región, que no sabían nada de telas, puesto que andaban desnudos.

De las calles empedradas, tortuosas, estrechas y en pendiente, propias de los pueblos mineros, sólo una, la principal que es la del Comercio, es ancha. Los hoteles dejan mucho que desear, por la falta de turismo. Pronto estará la carretera asfaltada que sale de Aguascalientes, pues se trabaja en ella.

Se termina esta somera relación del sugestivo rincón mexicano, con la arquería, en el extremo alto, que perteneció al tiro de la mina San Eligio. El lugar se llama "Palomares"; mejor sería "Muladares", por la suciedad en que se halla. Son unos cuarenta arcos, miden unos 15 metros los más altos. En la elegancia se parecen a los arcos de Nuestra Señora de los Remedios, en las cercanías de la ciudad de México. Tienen de luz 5 metros, y sus columnas, de piedra labrada, miden 1.60 por 1.50 metros por lado. Por ese acueducto salía el desagüe de la antigua mina. Hoy todo aquello, que fué riqueza nacional, causa lástima y asquean las inmundicias de su suelo. Como ruinas históricas merecen atención, porque forman parte de los anales de Zacatecas.

México, D. F., 1943.

VIII

QUERETARO MONUMENTAL

A los datos de edificios conventuales que se estamparon en el escrito "El Cerro de las Campanas", se agregan los siguientes: La iglesia de San Antonio de Padua, erigida por los años de 1613, donde el Santo, al estilo de la Virgen de Guadalupe, ostenta en su Basílica sarapes, no bordados en telares, sino confeccionados con meros ex votos de oro y plata. Son los sarapes del milagro.

San Felipe Neri lleva orgulloso el nombre de la catedral por su belleza de templo. La portada sobresale por la finura de su encajería en la talla de las canteras. En sus columnas, tres de cada lado de la puerta, se admira el orden colonial que es, según el profesor Patiño, una combinación armónica de los europeos con los aztecas.

Las bases cuadradas sustentan airosamente las columnas que, separadas del cuerpo del edificio, se muestran como las del Carmen en San Luis Potosí.

Adentro, en la nave única, las medias columnas adosadas a la pared son del mismo estilo de las anteriores y de piedra también. Lo mismo que los arcos del crucero que descansan sobre sus correspondientes columnas labradas, esbeltas y en armonía con la cúpula presbiteriana. Algunas imágenes, de madera maciza, completan el decorado.

Este magnífico templo, construído a fines del siglo XVIII, fué recientemente consagrado en catedral. La sacristía moderna tiene bastante amplitud y la cúpula, de unos 40 metros de alta, muestra allá en el fondo un fresco artístico del Padre Eterno con su globo entre las manos. Nuevas columnatas sustentan la nueva cúpula.

En el altar mayor la figura del apóstol Santiago, que es el patrono de Querétaro, corona el retablo de madera maciza y dorada.

Al costado de la iglesia la portada de cantera rosada y gris, luce las tallas del buril. Entre los constructores de San Felipe Neri se recuerda a Fray Martín de San Cayetano, que actuó por los años de 1763.

El convento de las Monjas Clarisas fué edificado por Diego de Tapia, que desciende de otro Diego de Tapia. Ambos con sus otomíes, civilizados por los misioneros, se cuentan entre los fundadores de Querétaro. Parece que por los años de 1663 se llevó a cabo la construcción de este hermoso edificio, destruído en su mayor parte

por los bárbaros comunistas. Allí se ve el corte de la planta baja y del primer piso, para dar paso a unos rieles que llevan máquinas a un garaje. Carpas de gitanos se tienden en el antiguo patio monjil. El extranjero que lo contempla siente dolor ante el destrozo inútil de los grandes monumentos coloniales.

Adentro de la iglesia, porque casi todo el suntuoso monasterio fué destruído, se miran retablos antiguos de maderas al fuego, de esos que tanto admiran los turistas en el santuario de Tepotzotlán y Santa Prisca, de Tasco. Varias imágenes, de cuerpo entero, los exornan.

El púlpito es de gran fineza en el tallado, y en especial la cúpula que lo completa. Recuerda los tres púlpitos de Santa Prisca, obra primorosa de los artistas de la gurbia y del escoplo. Todos estos retablos son churriguerescos, con algo de rococó. Entre las esculturas hay una Concepción que se atribuye al célebre arquitecto y escultor, gloria de España en México, llamado don Manuel Tolsa.

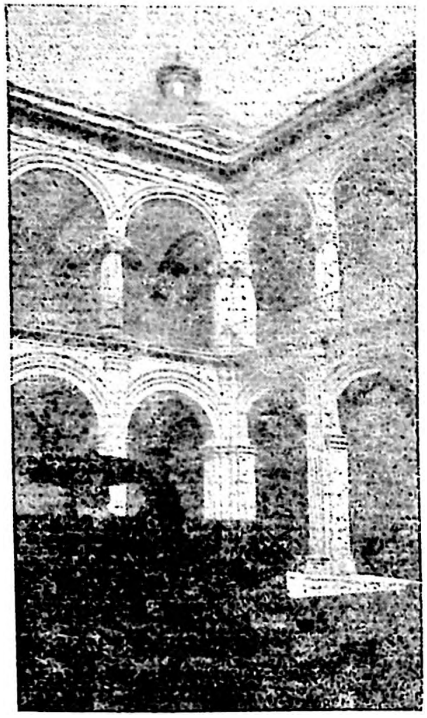
Pero lo que más llama la atención al visitante es la reja del coro, adonde las Clarisas venían del claustro para asistir a las funciones religiosas. Era doble, de fierro forjado, con espacio entre las dos de un metro, el cual espacio les servía de oratorio. Los cuadros de la reja eran de veinte centímetros por treinta. Además, había otra reja de madera que en su época se cubría, lo mismo que la del frente, con una cortina.

En el atrio se halla una pila de Neptuno, que erigió el Ayuntamiento en 1797 para el servicio público del agua. Fué construída por Tresguerras.

Santa Rosa de Viterbo, otro convento de monjas con la riqueza artística de tres retablos y muchas imágenes estofadas. Allí la barbarie revolucionaria dejó sus huellas en el destrozo que hizo al quitar el retablo del altar mayor. Alguien impidió que no fueran esos maderos rotos al fuego. Al tenerlos en la mano se da uno cuenta del valor que representan esos trozos de madera labrada, luego cubiertos con una tela, en seguida enyesados y por último recubiertos con hojuelas de oro al fuego. Es lo más valioso de la Colonia para los altares.

¡Causa dolor y suprema indignación contra las manos sacrílegas que arrancaron ese artístico retablo, del sitio donde recibía admiración y culto!

La obra en general fué a expensas, en parte, del comandante José Velázquez de Lorea, y su arquitecto el queretano Ignacio de las Casas. Se dice que el púlpito, confesonario y reloj fueron también por el mismo constructor, artista que era.



Angulo del convento franciscano, con su doble arquería, en Querétaro.

Claustro Agustino, con sus filigranas en piedra tallada. Hoy Palacio de Gobierno, en Querétaro.

El antiguo convento, hoy convertido en un hospital civil, destino cónsono con el anterior, tiene por el lado del claustro una escalera doble que da acceso a una reja lateral, para los invitados de mérito. Es una labor de arte como hierro forjado. El arco de este corredor es obra maestra de arquitectura. Pende en el aire y debe su consistencia, sin soporte y sin columna, al ajuste de las piedras labradas. La escalera también está en el aire, por debajo de ella se pasa por dos puertas, que a manera de nichos servían de confesonario a las monjas, pues el cura oficiaba desde el templo.

Junto a la reja del coro hay una pequeña por donde las monjas, ya confesadas, recibían la comunión sin ser vistas. Estas son curiosidades de la vida monjil de tiempos idos.

En el prodigio arquitectónico del arco y escaleras del convento el genial Tresguerras desplegó lo más brillante de su trabajo. ¡Bien vale una visita a Querétaro por sólo conocer el viejo monasterio de Santa Rosa de Viterbo, donde el hijo de Celaya dejó obra de alto ingenio!

De la planta baja del coro se va al descanso de la torre, que contiene en sus paredes frescos con motivos religiosos, que escaparon a la furia de los comunistas revolucionarios. Al pisar las tablas del piso se siente un vacío; es que debajo está la cripta con los restos de las veneradas monjitas.

En la pared divisoria del coro, y frente a la nave del templo, se miran en sus óvalos pintados los doce apóstoles. Esto recuerda las doce pinturas de gran valor artístico, de las doce Sibilas de la antigüedad. Este fué un regalo regio que hizo España a la Universidad, que hoy se hallan en un salón un tanto humilde, en edificio carente de las bellezas coloniales.

El púlpito de Santa Rosa es joya antigua, donde las molduras están llenas de incrustaciones de lacas y marfil. Cerca se miran las cuatro apariciones de la Virgen de Guadalupe al indito Juan Diego, y son óleos de Cabrera. Y 24 capillitas, en un cuadrado, guardan reliquias de santidad, regalo de Carlos V. Están incrustados de nácar y carey.

Arriba, en el coro, lienzos de Francisco Antonio Vallejo. Floreció a fines del siglo XVII en la ciudad de México y fué discípulo de Cabrera. Uno de sus óleos más afamados es la Muerte de San Francisco Javier, el apóstol de las Indias Orientales. Fué destinado al Colegio de San Ildefonso por los padres agustinos.

En la sacristía que presenta, como todo el edificio, muros de 1.50 metros de espesor, se ve un Cristo en medio de sus doce apóstoles, que es de madera y tiene una cosa singular. El pecho está ahuecado y allí se deposita la custodia el Jueves Santo. En el fondo un lienzo, del tamaño de la pared. Las monjas cultivan en el jardín de las virtudes, regadas por el agua de la gracia divinal, el panal celestial de rica miel. Pintura atribuída a Cabrera.

En el centro un gavetero, en mesa octogonal finamente taraceada. Estas reliquias les fueron mostradas al suscrito, por la bella monjita guardiana del antiguo convento. A tiempo de salir vino el recuerdo de la Jaculatoria dedicada a la pequeña heroína de Viterbo, cuyo pueblo se recuesta orgulloso de su Santa en la falda de los montes de Bénere y Cimino.

Se termina la sucinta relación de las principales iglesias y conventos con la *Alhambra Queretana,* llamado así el claustro de los Agustinos por los nativos del país.

¡Acaso no haya en toda la nación mexicana otro claustro conventual más artísticamente tallado, en sus arcos y columnas, que éste de los viejos frailes agustinos. Es que semeja labor de filigrana co-

mo si las canteras, de dura piedra, fuesen débiles estambres en las manos de hábiles artistas!

La sugestiva arcada la componen 16 piezas, tanto abajo como arriba; y las cariátides que sostienen sobre sus cabezas las cornisas de arquitrabes, muestran en las diversas posiciones de sus dedos, caprichos o ansiedades del arquitecto. Estos esguinces del arte, raros en verdad, obedecen a la tendencia de darle espiritualidad cristiana a la piedra, donde las posiciones digitales corresponden al sostén y firmeza que fulgura en los rostros de las cariátides.

¡Es cosa digna de contemplar ese calado pétreo, como si fuesen labores femeninas en encajes de lino!

Se completan estos brocados de canterías con los dombos en estrellas de los cuatro corredores del primer piso. Bóvedas que rematan en aristas. La escalera que se abre en el descanso en otras dos, es trabajo consono con toda la arquería. Lo mismo que la pila central.

Si no hubiera otro monumento colonial en Querétaro, que el claustro agustino, bastaría ese solo móvil para los visitantes. Cabe recordar que el amplio patio del convento de la Merced, en la ciudad de México, tiene una arcada enorme y es digna de admiración.

¡Pero, gran Dios que inspiraste a los obreros del buril y del cincel esas obras seculares, con que se embellecen las iglesias y conventos mexicanos! ¡Inspira también, a quien corresponda en este Gobierno restaurador de las bellezas artísticas de la Colonia, la conservación de las arcadas de la Merced, hoy guarida de gitanos!

Cuentan que el dictador don Porfirio Díaz, que tuvo la gran virtud de no manchar sus manos con el peculado, reconstruyó el abandonado convento de los Agustinos y lo convirtió en Palacio de Gobierno.

Contiguo está el templo cuya fachada exhibe sus ocho columnas salomónicas y sus seis imágenes, de cantera rosa. Arriba, en el tercer cuerpo del frontispicio un Cristo, también en talla de piedra. Adentro, en los cuatro ángulos del crucero, hornacinas para los Evangelistas. El retablo del presbiterio es dorado a fuego y los techos todos estriados con sus hermosas rosetas, que hacen juego con los decorados de la cúpula. Allí se venera a Santa Rita de Casia, ante la cual el autor de "Jaculatorias" recitó la suya a la vencedora de imposibles.

Un turista escritor, hijo de la gran república del Norte, preguntó al guía si recordaba a los constructores de semejante obra tan hermosa. Contestó que sí. ¿Y dónde están sus estatuas? — No existen, porque los revolucionados destructores desde 1810, han sido enemigos

gratuitos de esos obreros de la cultura española en México. — *¡Qué bárbaros y qué ignorantes!*, fué todo cuanto dijo el habitante del país más civilizado del mundo actual.

El año de construcción parece fué cerca de 1729, y figura en ella el presbítero Luis Martínez Lucio y el arquitecto Ignacio Casas.

Entre las habitaciones de particulares figuran algunas con motivos coloniales. A unos 30 metros de los Agustinos, la nombrada casa de "Los Perros", porque el agua del tejado, en tiempos de lluvia, desciende del tejado por tubos en forma de perros. En el patio de la casa una pila de metal sobre cuatro cariátides de piedra. Luego una escalera doble da acceso a un pequeño mirador, con algunos frescos de poco valor pictórico. La angosta escalera es un remedo de la soberbia, doble también, que tiene el suntuoso edificio, calle de Isabel la Católica número 44. Fué de los condes de San Mateo Valparaíso, construído en 1769 a 1772 por el maestro de arquitectura Francisco García Torres. Hoy se encuentra en él el Banco Nacional de México. La escalera, como es doble, lleva a distintos departamentos.

Convento de Santa Rosa de Viterbo, en Querétaro, con arcos y escaleras de piedra del genial Tresguerras.

Portada lateral, con sus mascarones, en el templo de Santa Rosa de Viterbo, en Querétaro.

Tiene sus cuatro columnas para sustentar los 45 escalones de piedra labrada, lo mismo que arcos, adornos y marcos de puertas y ventanas. Las conchas de los portales de arriba son joyas de canterías.

En la Plaza de Armas, Zócalo en el argot mexicano, se halla la Casa Municipal, que ocupaba el corregidor don Miguel Domínguez en 1810. El patio grande muestra tres arcos sólo por tres lados, planta baja y primer piso. En el extremo del corredor hay una puerta que lleva a una pieza grande, habitación de la Corregidora doña Josefa Ortiz de Domínguez. Sus balcones, como los del gran salón contiguo donde se reúne hoy el Concejo Municipal, miran a la plaza.

Una piedra de mármol, de cuarenta centímetros en cuadro, indica al visitante que en la noche del 13 de septiembre de 1810, golpeó en ese sitio la Corregidora, como señal convenida con don Ignacio Pérez, a la sazón alcaide de la cárcel pública. Este vivía en la parte inferior del Corregimiento. Don Miguel, en inteligencia con su esposa acerca de la insurrección, y una vez descubiertos los planes, se fué en contra de sus cómplices. Pero antes de salir quiso asegurar a su compañera, a fin de que no hablara. Cerró con llave el portón del zaguán, y presuroso, puso manos a la obra de aprisionar.

Doña Josefa, al punto, se entendió por el agujero de la cerradura con el señor Pérez, a quien envió con el aviso al capitán Allende, que vivía en San Miguel.

En volandas partió, y al amanecer del 15 se avistó con el capitán Aldama, y éste salió a llevar la nueva al cura de Dolores. Y en la noche del mismo día 15 de septiembre, el cura dió comienzo a la insurrección.

El edificio del Corregimiento fué construído para cárcel en el reinado del marqués de la Croix, en 1770. Lo dice una plancha.

En el salón municipal se veneran los lienzos de algunos benefactores de la ciudad. El marqués del Aguila, doña Josefa Vergara y Hernández, don Juan Caballero y Ossio, don Fausto Merino, La Corregidora y don Epigmenio González. Los dos últimos sufrieron prisiones y juicios por insurgentes.

En el centro de la plaza se yergue airosa la estatua de piedra del marqués del Aguila como benefactor, que dió de su dinero cerca de noventa mil pesos para la construcción del acueducto, obra que dirigió personalmente. Esta duró unos nueve años. Durante el sitio de 1867 una bala de cañón derribó la estatua, y parece que permaneció así hasta la dictadura de don Porfirio, que la repuso en su base.

En el costado occidental de dicha plaza se ven unos arcos, columnas, tres balcones con barandas de hierro forjado y un escudo

de armas. Todo es de piedra labrada. Fué su dueño don Manuel López D'Escala, Gobernador de la Provincia Independiente. En la calle Madero número 41 se admira el pórtico y el portón tallado, que sirvió de morada a la marquesa del Aguila. En el pequeño patio hay arcos de encajería tallados en piedra. El que da a la escalera exhibe una roseta central, que hace con ella un motivo de arquitectura y belleza. De cantera son también los pies de amigos, que sostienen el pasadizo de arriba y su baranda de fierro labrada.

La casa del Marqués, a unos cien metros distante, es grande. Al presente está dividida en tres secciones, donde habitan familias diferentes. Las crónicas de antaño decían, que por no avenirse bien los marqueses vivían en casas separadas, quizás por lo mujeriego que era el marido. Es el eterno martirio de la mujer de occidente, el no poder aceptar la natural poligamia del hombre, ya que en oriente las costumbres y las leyes la facultan.

La casa histórica llamada Academia de San Fernando, está consagrada por las sesiones de los dos Congresos Nacionales, el de 1857 y el de 1917. En el primero se discutieron y aceptaron los tristes tratados que impusieron los vencedores, y en el segundo se firmó la Constitución de México, con las reformas que conquistó la Revolución de 1910. Hoy se encuentra allí la Biblioteca Pública.

Y por último el parque donde se alza el monumento a la Corregidora, como heroína que es de la Independencia nacional. En bronce sonoro se yergue airosa llevando en una mano la antorcha, símbolo de la libertad, y en la otra la bandera que forjó Iturbide en su Plan de Iguala. Doña Josefa se envuelve entre sus pliegues. En los cuatro ángulos del pedestal el águila del escudo, que en actitud de vuelo agarra con sus filosas garras la bandera que cubre fusiles y cañones. Tal la relación somera de la histórica ciudad del "Cerro de las Campanas".

México, D. F., noviembre de 1942.

IX

CUAUTLA DE AMILPAS

Por la vía asfaltada de Amecameca, casi faldeando las históricas colinas del Popocatépetl, y a 103 kilómetros de la ciudad de México, se encuentra este poético rincón. Tiene el sello de etapas diferentes.

Las plantaciones de caña dulce fueron desde los primeros colonos, porque hoy se cultiva el arroz. El cafeto se da bien y las legumbres, las frutas y las hortalizas se dan en los mismos corrales de las casas, que se desparraman en una extensa área. La riqueza agrícola es un don de la naturaleza, donde además del fácil regadío, las lluvias son copiosas en su debida estación.

Hay el motivo doblemente histórico. Durante la Colonia se construyeron entre otros edificios, los conventos de San Diego y de Santo Domingo, en la parte alta el primero y en la baja el segundo. Frente a sus atrios hay dos plazas pequeñas que llevan, respectivamente, sus nombres. Sólo distan unos 300 metros el uno del otro.

El claustro del primero tiene tres arcos por lado, tanto abajo como arriba. Estos y las columnas que los soportan, son de piedra tallada que, torpemente, fueron cubiertos con la grosera mezcla por la ignorancia artística de los revolucionarios. Los techos de los corredores muestran todavía las simétricas estrías de sus artesonados. Alrededor están las celdas monjiles. Del piso alto se sube a la azotea para llegar a los dombos, que cubren la techumbre de la iglesia conventual. Tienen la forma de cruceros convexos, que responden a las concavidades del techo interior.

Allí la torrecita con sus tres pequeños cuerpos de cal y canto. Las columnas que forman el cuadrado tienen por lado 0.80 metros por 0.90. Se ven los huecos negruzcos, semejantes a bocas desdentadas, que sirvieron para encajar los maderos donde pendían las campanas. Hoy no llaman a los fieles a la oración, los badajos están silenciosos, por ausentes, y la voz de Dios enmudeció en aquel carcomido campanario. El panorama desde esos vestigios, que fueron sagrados, se extiende por un contorno amplio que abarca el poblado y los montes que lo circundan. Todo es verde alrededor.

Quien visite a Cuautla debe contemplar desde los dombos de la antigua capilla, la soberbia postura del sol por encima de las frondas de verdura que cubren la campiña. ¡Pero que no suba sin una compañera que le haga ver y sentir las bellezas del paisaje!

Al bajar se entra a lo que fué una iglesia, de una sola nave, con su techo en cúpulas achatadas. Al contemplar aquello se siente un dolor, y una profunda indignación brota del fondo del ser moral. Dolor de creyente porque en ese lugar, que fué de oración, penitencia y súplicas del alma atribulada, hoy es un depósito de fierros enmohecidos, maderas y cajones de la oficina de ferrocarriles. Y profunda indignación del que sintiendo en su espíritu alguna brizna de arte, mire lo que fueron enantes columnas y arabescos de cantera, hoy despo-

jos muertos y ahumados. Que allí la soldadesca prendió sus ocotes y carbones como si fuesen cocinas de campamento.

Una curiosidad, en completo abandono existe en un rincón del templo la entrada de un túnel por donde se comunicaba quizás con el convento de Santo Domingo. Hoy está obstruída la entrada del subterráneo.

El de Santo Domingo sirve actualmente de cuartel. En dondequiera que los monasterios abandonados se destinan a este uso, se puede hacer la misma observación. Ningún edificio menos apropiado para ser cuartel que las celdas frailescas. Así como el fraile necesita la celda para el estudio y el recogimiento, el soldado ha menester el campo abierto del tinglado, lleno de aire, de luz y de sol. La atmósfera del militar, en piezas cerradas, vulnera la higiene y las epidemias nacen y se propagan fácilmente.

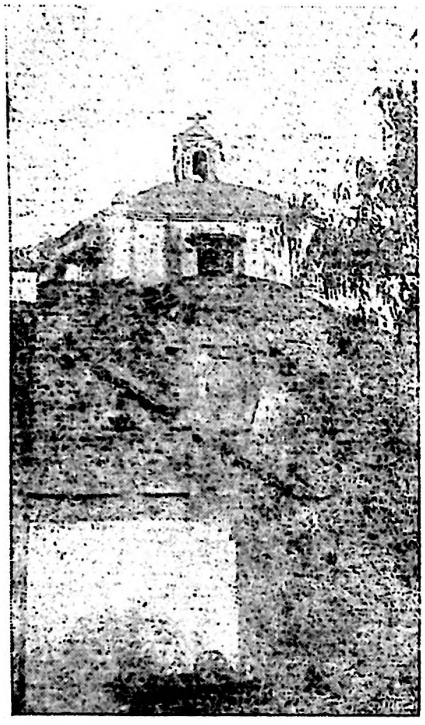
Pero el destino de San Diego es más triste. Una chusma de venduteros, no mexicanos, tiene allí su industria hotelera. Y todo lo que sirvió de asilo a seres de piedad, de oración y de enseñanza, hoy son sórdidos cuartuchos de una fonda.

Los reformistas, con su criterio malsano, imitadores de ateístas europeos, y creyéndose con ánimo de valientes, fueron contra inermes frailes y destruyeron sus moradas, que eran y son riqueza y ornato nacional.

Lo malo de aquellas profanaciones y lo peor de aquestas destrucciones fué, que si no hubo miramiento alguno para con los edificios del culto religioso, tampoco lo hubo para con las reliquias militares. Estas quedaron consagradas, en los anales de la patria independiente, con la sangre y sacrificio de los libertadores.

Hay un tercer edificio que ostenta, en parte, el sello monumental, no religioso, sino industrial, pero que también es una reliquia militar. Era un ingenio azucarero, que pertenecía a la casona de la hacienda de Bellavista. Queda a unos 300 metros al suroeste de la plaza de Santo Domingo. El agua para mover la rueda que molía las cañas llegaba, desde la parte norte, por una atarjea o cañería sustentada por arcos y columnas de mampostería. Hoy se encuentran éstos tapiados y en el patio de la hacienda aún se conservan las alcayatas de piedra, donde se arrendaban y arriendan todavía las cabalgaduras del servicio.

En el trayecto de esta arquería, cuya acequia mide 1.70 por 0.70 metros de ancho, hay unos cuantos boquetes, testigos de la profanación de aquel acueducto colonial, que más tarde sirvió de trinchera a los insurgentes.



Iglesia del convento de San Diego, en Cuautla de Amilpas.

Angulo del claustro conventual en San Diego, de Cuautla.

La altura, que es pequeña al empezar, llega a más de cinco metros en el mismo ingenio. El grueso de sus muros de cerca de 2 metros, en el patio, es de unos 4 al desaguar sobre la rueda hidráulica. Hoy apenas se ven los destrozos dentro del edificio, porque no hay agua, ni canal, ni rueda alguna. En la antigua casona, modificada, se beneficia el arroz que se cultiva en la zona húmeda de ese bello rincón mexicano.

Pues bien, un día se atrincheró en esos tres edificios nombrados el cura don José María Morelos, que acaudillaba las huestes revolucionarias. En sus correrías por los pueblos surianos, después de vencer al realista Portier en Tenancingo, resolvió parapetarse en Cuautla, posición que ya conocía y que, según su criterio de militar, era defendible, por sus arboledas y haciendas del derredor. No quiso, salta a la vista, pelear en campo raso al general Félix María Calleja, que venía de vencedor en Zitácuaro. Apeló, en contra del parecer del acometedor Hermenegildo Galeana, dejarse sitiar y quedarse a la defensiva.

Repartió los 3,500 soldados que traía en los dos conventos, en la casona de Bellavista y en los demás sitios que juzgó conveniente. El caudillo se situó en una casa cómoda y grande, al pie de la plaza de Santo Domingo y a unos 300 metros de la fortaleza del ingenio. Los arcos del acueducto le sirvieron de trinchera, al occidente del perímetro donde se apercibió para la defensa.

Por primera vez se van a encontrar los dos valores militares de aquel tiempo, el realista Calleja y el insurgente Morelos. El gachupín, como le llamaba el cura Hidalgo, recorre a caballo los alrededores del pueblo, y en la recorrida de unos 30 kilómetros, se da cuenta de que todo son árboles. No puede, desde luego, ni manejar sus cañones ni maniobrar con sus caballos; sólo le queda la infantería. El arma menos preferida de Calleja.

Pero obligado la divide al punto en cuatro columnas mandadas por el conde de Casa Rul, Juan Nepomuceno Oviedo y dos coroneles más. Morelos, a su vez, colocó a Galeana en San Diego; a Leonardo Bravo en Santo Domingo, y en la hacienda de Buenavista, a Víctor Bravo y al cura Mariano Matamoros.

Al clarear el día 19 de febrero de 1812, Calleja ordenó el ataque por la callejuela que va a San Diego. Rul y Oviedo acometieron con sus fuerzas por entre las cercas de los corrales. La lucha de estos valientes contra Galeana, no menos valeroso que ellos, fué encarnizada en el estrecho estadio de la plazuela y de la entrada a ésta. En la acometida cayeron, como bravos, el conde de Casa Rul y el coronel Oviedo. A las 6 horas de combate los realistas, destrozados, tuvieron que retirarse perdidosos.

Ante este primer fracaso comprendió el realista que el sitio era necesario. Al efecto, hace venir más fuerzas y municiones de boca y de fusil en abundancia. A Morelos también le llegaron auxilios y sus fuerzas montaron a 5,000. Las de Calleja subieron, durante el largo cerco, a muchas más como sitiador.

El 10 de marzo se repitieron los asaltos durante cuatro días, pero sin lograr nada. El 30 del mismo volvieron los asaltantes; en estas nuevas acometidas cayó, al pie de las trincheras, el joven Gil Riaño. Ya su padre, como intendente de Guanajuato, había perecido cuando el cura Hidalgo tomó a sangre y fuego la romántica ciudad minera.

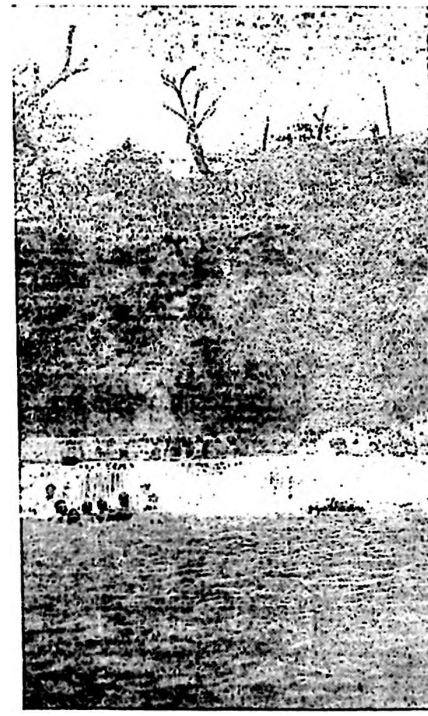
Los sitiados comienzan a sufrir hambre y pestes, y éstas diezman a militares y a civiles. A Morelos le falta el agua y acude a los pozos artesianos, de fácil construcción.

Para mediados de abril, la situación de los sitiados es desesperante, y como el 30 es capturado un convoy con alimentos para Mo-

relos, éste resuelve abandonar a Cuautla. Al efecto, el 2 de mayo, en la madrugada, el oficial Galeana marcha al frente, camino del norte. La salida, semejante a una derrota, avienta lejos a los fugitivos, que se desparraman por entre los montes que faldean el enhiesto Popocatépetl. El sitio duró 72 mortales días, desde el 19 de febrero al 2 de mayo.

Este triunfo no coronó de laureles a Calleja, porque sus principales auxiliares fueron el hambre y la peste, que no son épicos, sino macabros. Y Cuautla, la ciudad mártir, sufrió en sus propiedades y en la muerte de sus hijos. Los dos caudillos no dieron nota especial de sus talentos militares. La actuación del criollo fué pasiva, apenas de resistencia, y la del gachupín, de espera. Todo fueron pérdidas. El ejército apestado de los insurgentes quedó disperso, y el de Calleja perdió su moral en el ocio del cerco. Lo único triunfal fueron las trincheras de los insurgentes, donde los realistas se estrellaron en sus ataques. Esas murallas son sagradas; en ellas vibra el recuerdo del sitio más largo y doloroso que registran los anales de la Independencia mexicana.

Casa que habitó el cura Morelos durante el sitio de Cuautla.



Balneario de aguas azufradas en Cuautla.

Hay un cuarto edificio que hasta ayer permaneció en completo estado ruinoso; fué la casa que habitó durante el sitio el caudillo Morelos. Por fortuna el actual gobierno empezó a reconstruirla. Ya en sus amplios salones se inicia un museo. Arriba, en la pieza que era la recámara del héroe, se piensa colocar muebles que imiten la época. Ya vendrá como un deber de patria, la reposición y reconstrucción de los conventos y capillas de San Diego y Santo Domingo, junto con los muros del acueducto de Buenavista. Esos cuatro edificios, se repite una vez más, tienen dos consagraciones ante la historia: la religiosa, que pertenece a la inmensa mayoría del pueblo mexicano, y la patriótica, que es de todos.

Las calles llevan nombres de los insurgentes del sitio y de los principales acontecimientos de éste. Así la que desemboca en la plaza de San Diego, parte norte, se llama del triunfo y muerte del Conde de Casa Rul, donde están el río y los manantiales, 1a. calle de la Defensa; del Agua, donde Morelos construyó reductos. Y la que lleva un boquete de la muralla destrozada, "calle de las Víctimas de Calleja".

Este bello rincón, que es un vergel, se completa con un balneario donde la vertiente, acaso la más abundante por sus 850 litros por minuto, sólo dista del pueblo 3 kilómetros por carretera no asfaltada. El manantial tiene cloruros, sulfatos, carbonatos, ácido sulfhídrico y otros minerales más, combinados entre sí, lo que hace del balneario un sitio de recreo.

La alberca tiene unos 80 metros de larga por 20 de ancha, con su tobogán. Además, hay una pequeña para niños. A la salida del manantial, por entre rocosas peñas, el agua es de unos 27 grados, ligeramente tibia, y se riega en un pequeño estanque que luego se derrama en la gran piscina como si fuese una cortina acuática. Allí un sitio apropiado a citas de gnomos y de ondinas, donde el agua al caer se extiende en una flúida sábana, no de espumas, sino del mismo líquido transparente y vaporoso.

Este balneario, cómodo para unos quinientos y más bañistas, fué construído durante el gobierno del licenciado Emilio Portes Gil, con el objeto civilizador de crear rentas al Municipio para el arreglo de las calles de Cuautla. Pero éstas, si va a decir la verdad, cuando los turistas y visitantes las transiten a pie reciben, en tiempos de secas, una nube de polvo, como si estuviera en las inmediaciones del extinto lago de Texcoco, en los días de las clásicas tolvaneras; y durante las lluvias, baños de lodo.

Este deplorable estado de las calles concuerda muy bien con el abandono en que se hallan los monumentos que, siendo históricos, sirvieron un día de baluarte en las batallas de la Independencia y de la Libertad.

La memoria de Morelos acaba de recibir un homenaje en Caracas, con la inauguración de una redoma que lleva su nombre. Queda en el sitio de la arteria principal de las urbanizaciones del Este. Hace triángulo con los museos de Bellas Artes y de Ciencias, construídos por el gobierno del general López Contreras. Y queda frente a la avenida principal del parque de los Caobos que llevará el nombre de "Mosquera" en recuerdo del fundador de este Parque. Más tarde en el centro de esta elíptica plaza, poblada de árboles, se levantará el monumento al libertador Morelos.

Caracas, año de 1945.

X

ACAPULCO PINTORESCO

Cuando Hernán Cortés, conquistador y fundador de la nacionalidad mexicana, se entrevistó en Toledo con el emperador Carlos V, iba cargado de merecimientos de sus obras, y de calumnias y persecuciones de sus émulos y de sus envidiosos. Ante el monarca casi pesaron más las segundas que los primeros, no obstante ser inusitados.

No se le concedió lo que solicitaba con el derecho de la espada, que es el supremo don de los conquistadores. Era el gobierno de la Nueva España su empresa de audacia, coraje y sacrificios, en donde Nuño de Guzmán, Matienzo y Delgadillo, tres pequeños envidiosos, incapaces de hacer obra de aliento, atropellaban contra todo lo que era de Cortés.

El emperador no quiso atender a las justas reclamaciones del magno conquistador y dejó que otros, incapaces de ofrecer tierras conquistadas a la Corona, hicieran triza el nombre glorioso del fundador del más vasto imperio del mundo.

Le concedió el título de marqués del Valle de Oaxaca y propiedades de hasta 23.000 vasallos; y le nombró capitán general. Antes de regresar de España se unió en matrimonio con doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar. Este enlace, según el cronista Bernal Díaz del Castillo, le menguó el apoyo decidido de su gran defensora en la corte, doña María de Mendoza, esposa del Comendador Ma-

yor de León, favorito de Carlos V. Porque defraudó las esperanzas matrimoniales nacidas en el pecho de doña Francisca de Mendoza, hermana de aquélla, al calor del cortejo amoroso de Cortés.

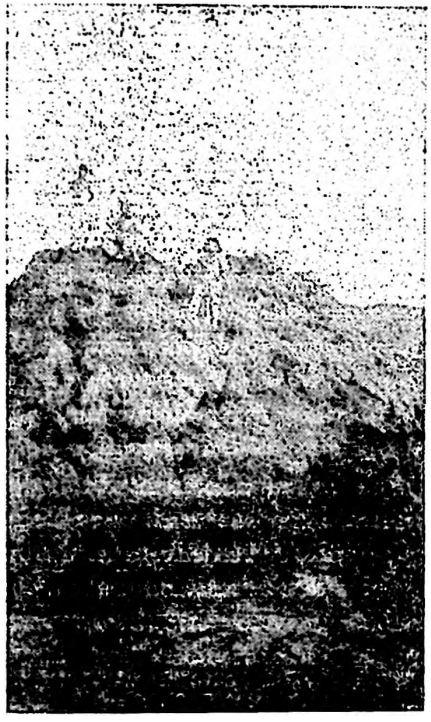
Lo cierto es que éste y su mujer regresaron a México por los años de 1530 y pasaron a vivir a Cuernavaca, tierras de su jurisdicción. Allí construyó un palacio que, junto con las iglesias, es casi lo único que visita el extranjero, con suma dificultad por sus calles tan mal empedradas y tan sucias. El palacio, que debe ostentar la estatua del fundador, sirve de Casa de Gobierno. Menos mal que en estos últimos tiempos se le han hecho algunas reparaciones.

Para llenar el vacío de su menguada autoridad dió impulso a la agricultura, cría y pequeñas industrias, pero como su vocación y tendencias no eran las de un hacendado, se enfrascó de nuevo en las conquistas. Había traído capitulaciones de la Corte para expedicionar al mar del sur. Empezó por construir navíos en los puertos de Tehuantepec y Acapulco y lanzó a las aguas a sus tenientes. Pero el fracaso le perseguía y sus naves fueron a estrellarse contra las olas irritadas del Pacífico. En 1535 resuelve ponerse él mismo al frente de la nueva expedición, en busca de tierras al occidente. Dió con las de California, adonde arribó todo desmantelado. Que de los dos barcos "San Miguel" y "San Marcos", construídos en Acapulco y salidos en la expedición con Diego Hurtado de Mendoza en 1532, ya tenía conocimiento del fracaso y pérdida de éstos.

Agarrado como el Ajax de la Ilíada a la península californiana, le encuentran las cartas de su mujer y don Antonio de Mendoza, el nuevo virrey de México. Le llaman urgentemente. A su regreso fué cuando permaneció en la selvática bahía de Acapulco. Desde allí regresó a Cuernavaca. Cortés aparece en esos años un esforzado marino en la navegación de aquellas costas surianas.

Más tarde, por marzo de 1803, otro de los grandes hombres de la humanidad, el sabio Alejandro de Humboldt, llegó a sus playas en compañía de otro sabio, el francés Aimé Bompland. El viajero alemán ante la belleza salvaje de las rocosas cumbres y de sus agrios peñascales, exclamó: "Acapulco, la más hermosa bahía del Pacífico, parece una inmensa olla tallada por la mano del hombre, en montañas de granito". De entonces para acá esta observación se confirma cada día. Para el suscrito, sólo le supera la encantadora bahía de Guanabara de Río de Janeiro, en las costas atlánticas del continente americano. Pero en las playas del Copacabana brasileiro la mano del hombre ha completado la obra del Creador.

Tamarindo que cobijó a Iturbide y a Guerrero al firmar el Plan de Iguala. Camino de Acapulco.



Peñascos en la playa de Hornos en Acapulco. Allí el autor y sus hijos Esteban Domingo y Raquel.

Allí empezó Humboldt su labor de coordinadas, que luego llevó a cabo en el territorio mexicano. Dejó un plano del puerto, que ilustran sus obras. Acapulco fué, durante la Colonia, la rada adonde arribaban los galeones que desafiaban los mares de la China, el Japón, India y Filipinas, y venían cargados de mercancías vistosas. sedas que semejaban enjambres de mariposas, lozas, jarrones y múltiples dibujos y colores; especias orientales donde abundan la canela olorosa y el incienso que zahuma el ámbito sagrado de los Iconos votivos

Todo era animación y bullicio en las polvorientas calles de aquel pueblucho de ranchos coloniales y jacales indígenas. Una que otra casa de tejas y de estrechos portales asomaba acá y allá. Quizás las mismas que hoy se ven. La escasa población de negros, inditos, mestizos y blancos se duplicaba a cada arribo del galeón. Esto constituía una feria.

Pasó la vida colonial y la República independiente, después de las refriegas sangrientas de la emancipación, dejó languidecer el comer-

cio de aquella costa. Y quedó durante más de un siglo en completo abandono de Dios y de los hombres. Ni siquiera un muelle.

Cuando el visitante recorre el centro, donde se extienden las ventas del mercado en las calles sucias mal empedradas, llenas de agua y desperdicios, le causa la más triste impresión por el desaseo y atraso de aquel puerto, que tiene por marco, para guarecer su bahía, las rocas más bellas y caprichosas del mar.

Estos graníticos peñascos, cortados a bisel de hasta 60 metros de altura, formados por desgarraduras violentas de conmociones sísmicas, en donde se cuentan más de 30 ensenadas, reclaman la atención pública de parte de los gobernantes.

Que en esa especie de valle que empieza en la conocida con el nombre de "La Quebrada", y que se alarga en declive y luego se explaya en una planicie, hasta donde la estribación de la cordillera va a morir cerca de la playa, se halla el viejo poblado.

Y no obstante el haberse iniciado una nueva fabricación de quintas en los cerros, donde sobre las enhiestas rocas cimientan los arquitectos las bases de sus construcciones, que semejan blancos palomares en los picos de la abrupta serranía, el pueblo permanece sucio, destartalado y polvoriento.

Toca al Gobierno nacional atender al llamamiento urgente de las ensenadas y bahías más caprichosas de un puerto. En primer término debería enviar un ingeniero constructor, que trace la ciudad, que comprenda todos los caseríos y que, bajando de La Quebrada, sigan por la hondonada y cerros hasta donde termina el casquillo, detrás del hotel "Papagayo".

Esta ensenada tiene unos tres kilómetros de largo por unos dos de ancho, desde la playa hasta las faldas de la serranía que la limita al norte. Abarca los muelles, el castillo de San Diego, playa Hornitos y la primera parte de Hornos. Unos pequeños morros frente a una especie de derruído torreón, limitan esta hermosa playa de los bañistas.

La mayor parte de este valle, que será el asiento de la ciudad, es plana, con pequeñas eminencias donde hay casuchas. Algunas canteras, que sirven para la construcción. Al fondo, en las faldas del cerro, la vertiente Santa Cruz, que alimenta el acueducto del puerto. Más al oriente, en una mancha de árboles, un pequeño ojo de agua. Siguiendo la serranía se pasa a la estribación que forma el casquillo por donde viene la tubería de agua potable, traída de gran distancia, para aumentar el volumen de agua del acueducto.

Convendría que, antes de trazar el plano de la ciudad, el Gobierno nacional enviase un ingeniero a hacer un estudio práctico a Río Janeiro, donde la obra del hombre científico ha trazado una población tan bella como su bahía de Guanabara.

Frente al Farallón de los Pelícanos, en "Piedras Blancas", hacia que se adentra hasta donde muere la serranía, en unos cuantos centenares de metros. La limita en el mar, el Farallón de los Alcatraces. Este promontorio pétreo evoca, en el recuerdo del viajero, de cuarenta años atrás, "El Centinela Farallón de Pampatar", puerto de la isla de Margarita. Fecundo vivero desde la Colonia por sus ricas ostras, sus preciosas perlas y sus variados peces.

¡Mexicanos, cuando viajéis por el oriente de Venezuela, acercaos a las playas de Margarita, donde en las hermosas de Pampatar hallaréis brisas saludables para el organismo y una dulce quietud para el espíritu agitado!

Frente el Farallón de los Pelícanos, en "Piedras Blancas", hacia la serranía, se estrecha la playa de modo que no hay ensenada alguna. Este escabroso terreno tiene unos dos kilómetros de largo. Pero los últimos dos kilómetros hasta la playa Icacos, donde está la base naval, vuelve una ensenada a dar cabida a la extensión de la ciudad.

De toda esta playa, en su primera parte de tres kilómetros, el ingeniero constructor bien podrá hacer algo semejante a la célebre playa de Copacabana. En Río de Janeiro, con sus cinco kilómetros de largo. Son dos grandes avenidas, Atlántida y Copacabana, con edificios de unos siete pisos, que contienen una población de más de cuarenta mil almas.

Una cosa vital en estas fundaciones de puertos es el drenaje de las aguas limpias, sucias y lluviosas. Todo este sistema debe estar no sólo trazado, sino construído, antes que los ingenieros cimenten los muros de los edificios y casas particulares.

Como las casas de La Quebrada y caseríos de los cerros hasta los muelles tienen fuerte declive, bien puede llevarse un colector principal por la calle de la entrada al centro que, pasando por frente del hotel "Las Hamacas", vaya a vaciarse en el colector central que desde allí siga orillando la playa, hasta llevarlo detrás de los pequeños promontorios que se levantan frente al hotel "Papagayo". A ese colector matriz caerán todas las alcantarillas de la nueva ciudad, para así mantener limpias las aguas del puerto y las de Hornos, que utilizan diariamente los bañistas. El final del colector debe prolongarse mar a fuera, por una tubería que vaya al fondo de la bahía. El *modus operandi* depende del sistema de cloacas que estime más con-

veniente el ingeniero constructor del puerto. Los americanos del norte en esto, como en todo lo pertinente a la higiene de las ciudades, son hábiles maestros.

El anclaje de los barcos, que custodian el castillo de San Diego, y donde el Gobierno nacional ha construído unos doscientos metros de muelles, está llamado a recibir los navíos de todo el Pacífico. Por de contado que faltan más muelles y los almacenes correspondientes, pues la obra se halla en mantillas. Hay otro sitio que se encuentra al voltear un pequeño cabo que limita al puerto principal, llamado la bahía de Santa Lucía, hoy Manzanillo, muy cómoda para un astillero. Detrás de esta enorme península de granito se hallan Caleta y Caletilla, adonde acuden los bañistas. Frente está la isla grande de la Roqueta, que forma otra entrada del mar a la bahía de Hornos, llamada Boca Chica, o La Bocana, como le dicen los acapulqueños. Esta tiene unos dos kilómetros de anchura.

Esta configuración de entradas de barcos semeja a los de Cartagena de Indias, en Colombia. Allá Boca Grande fué obstruída en parte, para los navíos de los piratas y bucaneros que infestaban la bahía. Sólo quedó libre Boca Chica, de fácil defensa por los dos castillos a su entrada. En Cartagena de Indias el viajero admira las murallas más grandes y mejor defendidas con sus castillos y caminos subterráneos, que dejaron los conquistadores en América.

Las doscientas y más quintas que se miran recientemente en los cerros, y unos cuantos hoteles en las playas, ya están en su lugar hermoseando, como blancos palomares, aquellas abruptas y salvajes rocas que circundan las diversas ensenadas. El Gobierno de la Revolución mexicana, que con su carretera asfaltada de 450 kilómetros, dió impulso a las nuevas construcciones, debe terminar la obra.

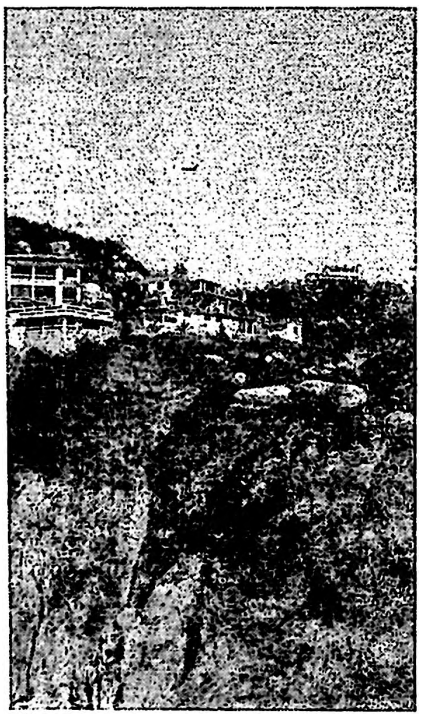
El aumento del turismo, tanto nacional como extranjero, se marca en cada año. Esto da una vida al puerto de Acapulco, cosa desconocida antes de la carretera. Tal es el valor real de las buenas vías de comunicación entre los pueblos. Pero esta vía, que es la continuación de la carretera Laredo-México, adolece de algunas deficiencias. Tanto a la entrada de Taxco como a la salida, por ser entre cumbres, las curvas son forzadas. Deben, desde luego, ampliarse, cortando las salientes en cada vuelta. También en el Cañón del Zopilote asoman de nuevo las curvas con su estrechez amenazante.

Además de las bahías nombradas hay otras ensenadas, en la parte opuesta al casquillo que forma la gran bahía. Entre las principales se nombran La Quebrada, de gigantes peñones cortados a bisel.

Desde una altura de hasta 30 metros los chamacos, ejercitados desde muy chicos, se lanzan al fondo del canal. Esta diversión de los "clavados" constituye uno de los números más pintorescos de aquella caverna, que Humboldt admiró por la estrepitosa algazara de sus olas al romperse en sus duros acantilados.

Contigua está el Abra de San Nicolás, donde la bahía de la Langosta sirve para el paso refrescante de las brisas del mar. Luego un saliente rocoso que se alarga a la manera de un diente de una rueda de granito, labrada en la roca viva por la mano del Artífice Supremo. Otra bahía, la del Patal, y así hasta dar con las playas de Caleta y Caletilla. En los salientes, que son pequeñas penínsulas, se construyen febrilmente quintas caprichosas. Muchas de ellas de centenares de miles de pesos. Entre las más curiosas se halla la de un lord inglés y la de don Manuel Clamón Acosta, hijo de la pintoresca ciudad de Zacatecas.

Peñas de 30 metros de altura, en La Quebrada, de Acapulco, donde los chamacos juegan con su vida en los *clavados*.



Quintas en los cerros de Acapulco.

Al visitarlas, semejan grandes barcos que se lanzan a las hondas bahías que casi las circundan. Sólo la proa queda unida al continente. El panorama que rodea estas quintas es no sólo atractivo, sino de un encantamiento aterrador. El ánimo, saturado de esencias marinas, se siente suavemente atraído por la desnudez de aquellas rocas y sus cortantes acantilados.

Bien cuadran sobre el marco de este gigantesco anfiteatro de cumbres, que forman la salvaje y encantadora bahía de Acapulco, las estatuas en granito de dos representativos humanos: Hernán Cortés, el conquistador, y el primer armador de buques en la rada de Acapulco; y Alejandro de Humbolt, que empezó allí sus trabajos científicos de la Nueva España.

Todo este recuento de bahías y rocosos peñascos trae a la memoria del suscrito el balneario, que bien se puede hacer en Macuto. Ayer delicioso refugio de los caraqueños, y hoy, de casi todos los venezolanos. Pero Macuto permanece inmutable, con sus mismas piedras en las orillas, sin almas, y donde se ahogan los bañistas.

México, D. F., año de 1943.

NOTA: Cuando el autor publicó en México este "Rincón", lo envió al señor Maximino Avila Camacho, a la sazón secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. Como construía una quinta, entre Caleta y Caletilla, le insinuaba la reconstrucción del pueblo de Acapulco derribando el viejo, y convertir la ensenada de Hornos en una semejante a la de Copacabana.

Tuvo la gentileza de contestar que tomaría en cuenta su plan de urbanización. Pero desgraciadamente el señor secretario murió, y parece que no hizo nada en favor del balneario, no obstante los muchos millones de pesos que manejaba.

Los Angeles, enero de 1947.

XI

OAXACA COLONIAL

Uno de los sitios que deben ser visitados por los que viven en la ciudad de México, ya sean naturales o extranjeros, es el hermoso valle que fué el marquesado del conquistador Hernán Cortés. Antes de la carretera asfaltada, que se inauguró en mayo de 1944. el viaje era por ferrocarril.

Luego de recorrer la vía que parte de la capital, se pasa a San Martín Texmelucan, convento de Huejotzingo, Cholula, con sus 365 capillas como los días del año; Puebla, relicario de México, y otros lugares, se llega a Tehuacán. Este es un balneario rico en manantiales alcalinos. La carretera asfaltada, y una de las mejores, tiene una longitud de 254 kilómetros. En algunos trayectos los árboles forman una especie de túnel vegetal.

En Tehuacán se deja el auto y se agarra, como dicen los argentinos, un ferrocarril angosto, de los que construyó el gobierno de don Porfirio. Hoy los rieles no sólo están gastados, sino que los durmientes, en algunos trayectos, a causa de las inundaciones, se han podrido. Porque los ríos El Salcedo, Tehuacán, Teotitlán y Petlapa, cuyas cuencas son paralelas al enrielado, conforme al uso de la época, ocasionan el mal estado de la vía.

Como el maquinista se detiene en las muchas estaciones y la irregularidad del itinerario, que la causa el sistema de huelgas y disturbios de los obreros en acción comunista, el viaje es demasiado incómodo. Los 236 kilómetros de Tehuacán a Oaxaca duran diez horas y a veces quince.

El trazado de los caminos de hierro y de las carreteras ha sido, en muchos pueblos de América, al margen de los ríos. Pero en Venezuela fué mayor aún este defectuoso trazado. En el de Barquisimeto a Carora los automóviles corren por el cauce saco de una quebrada, que en las lluvias se llena de agua y arrastra a los viajeros.

En un memorándum que escribió el suscrito y presentó al general Gómez en nombre de la Comisión que inauguró en 1925 la carretera trasandina, se hizo la observación del cambio de vía. En el Archivo Nacional quedó dicho estudio.

Por fortuna en México, para los visitantes, la carretera panamericana sigue rumbo diferente. De Puebla se desvía a la derecha y atraviesa los pueblos de Atlixco, Matamoros y Acatlán, hasta Oaxaca. Son cerca de 500 kilómetros de México al antiguo marquesado del fundador de la nacionalidad mexicana.

En la región de los mixtecas y zapotecas, autóctonos que se disputaban el predominio de aquel hermoso valle, y donde hoy se asienta la colonial Oaxaca, se levantan suntuosos templos. Uno de ellos, en la parte alta de la ciudad, a unos 500 metros de la plaza principal, es el templo de Santo Domingo de Guzmán. Su esbelta portada es un juego de columnas, imágenes y capiteles de canteras azulosas. Desde la entrada techos y paredes son molduras. Al ras del dintel,

y debajo del coro, el árbol genealógico del Santo se extiende en la bóveda.

Una pasta dorada, semejante a la que se admira en la capilla del Rosario de Puebla, muestra en alto relieve treinta y tres bustos de frailes, militares, reyes y reinas de la familia de Santo Domingo de Guzmán.

El cañón del templo, de una sola nave, es cónvaco y sus paredes ostentan unos cincuenta medallones que enmarcan imágenes del santoral cristiano.

La capilla del Rosario, que es parte integrante del culto al patrón, es fastuosa en relieves y medallones dorados, y adornan sus altares una profusión de objetos venerables.

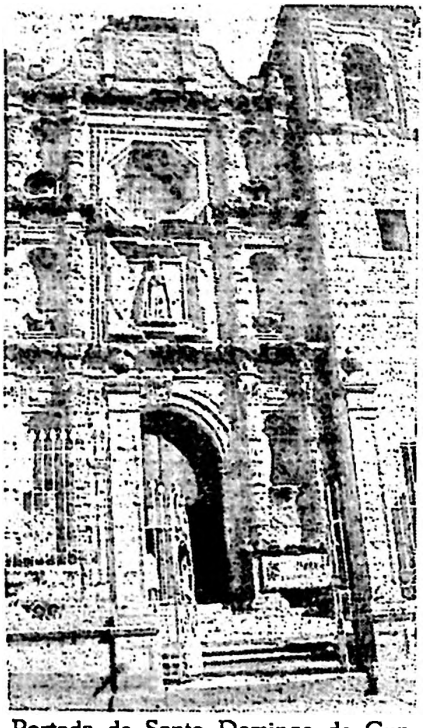
Al punto viene a la memoria del viajero conocedor de Puebla y de Tunja, ésta en Colombia, sus capillas del Rosario. Son dos joyas del arte cristiano. Deslumbrantes las dos como que son de suma riqueza por su ornamentación. En ellas el estilo churrigueresco en combinación con el plateresco, vació sus moldes, y bien pueden visitarse esas tres ciudades por sus meras capillas. ¡Y son muchos los motivos de belleza plástica que tienen para ser conocidas!

En la capilla principal de la iglesia abundan las imágenes estofadas de cuerpo entero. Que son, sin el menester de hipérbole, lo más vistoso, bello y duradero que brilla en sus altares. El buril de los místicos escultores hispanos y de algunos de México, talló en los maderos macizos del cedro amargo y la caoba, esas creaciones del arte cristiano. Las cubrieron con capa de yeso, les adhirieron tela y luego con el dorado, a fuego vivo, las vistieron con mantos de brillantes colores.

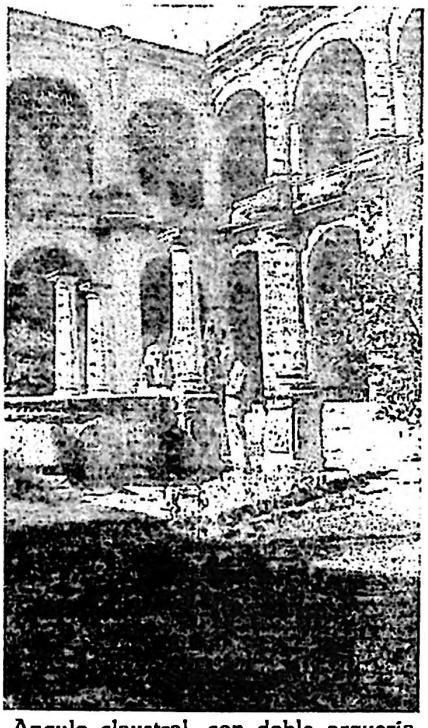
Los techos de las doce capillas laterales, con sus rejas de fierro forjado, parecidas a las nunca bien admiradas de la catedral de Puebla, añaden un atractivo más para conocer el templo de Santo Domingo.

Al subir al coro se halla que techo y paredes están exornados con diversos bustos de santos. Es curiosa la estrella que lanza sus 16 radios del centro a la periferia, aprisionando entre ellos gran número de nichos con imágenes votivas. Son de alto relieve, de pasta dorada, y algunos sostienen su cabeza en las manos, signo del martirio que consagró su santidad. Desde el coro el visitante contempla mejor las molduras doradas que fulgen en la capilla del Rosario. Las arquerías del coro guarnecen pinturas religiosas y bustos en rica profusión.

Además de todo lo anotado existe una capilla especial, tapizada con figuras de los santos padres de la Iglesia. Es tanta la obra de-



Portada de Santo Domingo de Guzmán, en Oaxaca.



Angulo claustral, con doble arquería, en el convento de Santo Domingo, en Oaxaca. Allí el autor escribiendo notas.

corativa que casi no se encuentra, en paredes y techumbres, espacios vacíos. Propio de los órdenes churrigueresco y plateresco. Esto resalta de una manera esplendorosa en el santuario de Tepotzotlán, el Carmen de San Luis Potosí, Santa Prisca de Tasco y muchos monumentos más.

A la riqueza escultural y decorativa alude una plancha que dice: "Este santuario, que está considerado como uno de los más notables de América, fué erigido por los padres dominicos, que terminaron su construcción a principios del siglo XVII". Y esto no fué suficiente para dejar de ser profanado. Pues en otro sitio se lee lo siguiente: "En el siglo XVIII estuvo destruido el altar y clausurado el templo, y cuarenta años sufrió lamentables deterioros, hasta que el ilustrísimo arzobispo doctor don Eulogio G. Gillow, con auxilio del pueblo oaxaqueño, lo compuso y volvió a decorarlo, y lo consagró de nuevo al culto el 2 de noviembre de 1902".

La destrucción tuvo lugar durante las reformas de don Benito

Juárez, el indio zapoteca de Guelatao. Las comunidades religiosas y el clero secular sufrieron el saqueo de sus conventos y de sus iglesias. No de sus propiedades, porque los tesoros que guardan esos monumentos son de la comunidad. Los frailes y los sacerdotes son meros guardianes de esa riqueza pública.

De la iglesia reconstruída al empezar este siglo XX, se entra en el antiguo convento clausurado. En la columnata de piedra labrada, tanto en las arquerías de abajo, como en las de arriba, se cuentan hasta 24 arcos en uno y en otro piso. Un motivo original, que no lo tienen los otros monasterios, son unos frescos en marco de cantera, parte interna de las columnas en la planta claustral. Son 28, de tamaño natural. Algunos sufrieron la mano brutal del hombre, puesto que sirvió de cuartel. Un reloj de piedra fué objeto de tiros al blanco.

En páginas anteriores se ha dicho y se repite en ésta, que no hay lugar menos cónsono para refugio de soldados que los conventos, pues las celdas son estrechas y sombrías, y aquéllos han menester de mucho aire y de mucha luz con abundancia de sol.

Los techos de los corredores de abajo muestran una roseta central con estrías que corresponden a los arcos. La cúpula de la escalera, o sea el plafond que conduce al piso alto, no era visitable en 1941, y está exornado con imágenes de alto relieve. Todo en este destartalado convento dominico son arabescos de canterías azulosas y rosadas, que tanto abundan en los montes mixtecos y zapotecos.

En el centro del patio, la tradicional pila de agua de los monasterios. Siempre de piedra tallada. Para un artista que cultive el género de la talla pétrea, sería motivo de algunos años el describir las pilas de los conventos mexicanos, pues aun en los derruídos éstas se conservan.

Después bien puede conocerse la catedral en la Plaza Mayor, llamada impropiamente el Zócalo. Frente a un parque se destaca la orgullosa mole de cantera.

La portada es un soberbio conjunto de 24 columnas acanaladas, piedras color azuloso que se torna en oscuro según los tonos de la luz. Allí, varios órdenes arquitectónicos con predominio del colonial, según opina el profesor Germán Patiño, que restaura los edificios religiosos de Querétaro.

Hay hornacinas con esculturas de piedras y algunos frailes dentro de sus marcos de talla. Sobre el frontispicio de la puerta mayor, una alegoría de santos y más arriba, la custodia, en relieve pétreo de tamaño heroico. Las dos torres son de un solo cuerpo, porque no alcanzaron a terminarlas cuando vino la tormenta revolucionaria de los

iconoclastas. El interior es de tres naves amplias con sus dos hileras de gruesas y cuadradas columnas, diez por lado. A la entrada, las tres primeras de cada lado forman el coro. Las capillas laterales tienen fines diferentes del culto; una de ellas contiene las reliquias de los mártires misioneros, que murieron en función de catequizar a los salvajes indígenas.

Viene luego la iglesia de la Compañía de Jesús, llamada la Concepción, con su portada de azulosa cantera y sus columnas. De las tres hornacinas sólo una encierra su imagen, las otras están vacías.

En el interior de las naves, las columnas se hallan adheridas a las paredes y son también de piedras labradas. El retablo del altar, estilo churrigueresco, es de madera maciza y tallada. La imagen de la Virgen, bajo el dombo principal, embellece el templo.

Al fondo del antiguo convento, convertido en un muladar, las celdas son ventas. La mayor, porque se juntaron varias, contiene sarapes cuyos dibujos principales son las grecas que admira el viajero en las ruinas de Mitla.

Arriba, parte alta de la ciudad, contiguo al convento de Santo Domingo, ya visitado, se halla el del Carmen, con sus grandes y variados claustros. Hoy funciona una escuela, en los espaciosos salones de las celdas reunidas.

El resto son escombros en completo abandono, pues sirvió, durante largo tiempo, de cuartel. Los soldados tienen allí graneros de maíz. El edificio fué uno de los más grandes. El piso, bajo los restos de hermosa arquería, denuncia la capacidad de aquel convento.

Una azotea, que cubre corredores y celdas en destrozo, empieza a hundirse con las filtraciones del agua. Es de observar que las azoteas coloniales están en forma de dombos, no son planas, por lo cual se defendían de las lluvias. Causa pena el contemplar tanta construcción en tan lamentable abandono, que si el gobierno de la Reforma lo destruyó, pasada la furia soldadesca, debe repararse como edificio público.

De este campo, en pleno abandono, se pasa a la iglesia de San Felipe Neri, donde la portada la embellecen imágenes de piedra entre sus columnas labradas. Desde lo alto del frontispicio el Santo Patrón luce en el hermoso juego de sus canterías azulosas. Las dos torres, de un solo cuerpo, piden la misericordia de ser terminadas, como el actual gobierno lo está ejecutando en otros templos mexicanos.

Adentro, los retablos de madera maciza y dorada, estilo Tepotzotlán, lo más fastuoso de la Colonia. Las catorce imágenes que osten-

tan estofadas y brillantes, le dan un aspecto de la riqueza escultural de los templos oaxaqueños. Los retablos laterales, llenos todos de columnas y de imágenes, completan la visión grandiosa de San Felipe Neri.

La iglesia de la Soledad, con sus dos portadas, debe conocerse. La principal da a la calle Unión, que está en pendiente; la que es lateral, da a una gradería de piedra, frente a la calle Independencia, donde está la casa familiar de don Porfirio Díaz. El lujo de la principal es por sus veinte columnas, nicho para sus santos exornados con sus ramazones y sus flores, todo un esplendor de sus canteras.

El atrio es grande, lo cubren las frondas de sus añejos árboles. Bajo la verdura de sus toldos acampan los indígenas, que para esa época había una feria regional.

Si se continúa la calle de la Unión arriba, se topa con la pequeña iglesia de San José, donde su convento sirve impropiamente de cuartel. Más arriba la capilla del Calvario, son todo ruinas.

Cerca de éstas una fábrica de tejidos, donde en la urdimbre de sus hilos pintados se tejen manteles primorosos. La fábrica sólo tiene unos ocho telares, entre grandes y pequeños. Los operarios duran en un mantel grande hasta tres días. Con un salario de un peso por jornal junto con la comida. Como se ve, la obra de mano es barata. Por eso la mercancía lo es.

Se termina el primer cuadro de la visita a Oaxaca con los apuntes sobre un jaripeo. En un circo, como de toros, entran en juego jinetes en potros sin amansar y en toretes en pelo, prendidos sólo de un lazo fajado al cuerpo del bruto.

Una de las pruebas que más llaman la atención del extranjero, son las reatas. Estas consisten en dar vueltas simétricas, sobre la arena o de pies sobre su caballo, con la soga que llevan prendida en el arzón de la silla vaquera. Es una habilidad eso de pasar la soga en vueltas continuas por debajo de sus pies, que lo hacen hasta de rodillas. Entre los varios saltos de acrobatismo en sus caballos hay el de la muerte, que se hace en plena carrera, en el redondel, y se pasan de un caballo a otro sin arneses ni monturas. Es bastante peligroso, y desde luego muy emocionante para el público.

La reata, o sea el manejo de la soga en espirales con suma destreza, es un espectáculo de la charrería que en América sólo se conoce en México.

México, D. F., diciembre de 1941.

XII

MONTE ALBAN

A 9 kilómetros de la ciudad de Oaxaca, subiendo por una carretera de tierra, pero ancha, se llega al cerro histórico que tiene el valle del marquesado de Hernán Cortés.

La vista desde aquella acrópolis y necrópolis, al mismo tiempo, se desparrama a los cuatro vientos. Por doquiera se ve el intenso cultivo, pues son sus faldas de colinas y vegas el granero de la ciudad. Arriba, en la cumbre, todo son montículos que guardan, avaros, tumbas y altares de zapotecas y mixtecas, que durante siglos se disputaron el dominio de aquella hermosa región.

El arqueólogo Martín Bazán, que tiene unos 15 años de estar en las excavaciones, supone cerca de 50 kilómetros la extensión del terreno que oculta tanta reliquia histórica. Lo cual comprende el cerro y las faldas en todas direcciones. El sitio hasta 1941, el mejor estudiado, es amplio y pertenece al Teocalli que estaba dedicado al Dios Tigre (Teocalli viene de *Teoth* Dios, y *Calli*, casa, es decir, Casa de Dios).

Se sube por ancha gradería de unos 30 escalones, con tres hileras de piedra superpuestas, que según el arqueólogo corresponden a tres épocas, conforme se sucedían las dominaciones de las tribus en constante lucha. Delante de las escalinatas hay una plaza grande en cuadro. Al subir aquéllas se llega a una plataforma rectangular con tres pasadizos, según lo indican los redondeles. Estos denuncian las bases de las columnas, que debían de sostener techos; por allí se bajaba al templo del Dios-Tigre. Otros escalones servían para ello.

Lugar de adoración que se alzaba en el centro de otro cuadrilátero, más pequeño que el anterior. Los pasadizos nombrados eran dos anchos y uno angosto, conforme lo indican las señales. Alrededor del templo hubo edificios de piedra, pero sus techumbres de madera perecieron y la mano del tiempo, en su obra secular, los cubrió de tierra y monte. Esos edificios, se dice con probabilidad, eran capillas donde se mantenía el fuego sagrado de los dioses.

En otro sitio se descubrieron grandes piedras, unas caídas y otras recostadas a las paredes. Sus grabados son toscas líneas, con figuras humanas barbudas y jorobadas que representan ancianos. Otras piedras sólo muestran meros símbolos. Arriba de las dos hileras de piedras sueltas, otras más, que son parte de un segundo piso del edi-

ficio en escombros. Sus petroglifos denuncian, por lo tosco del tallado, la primera edad de la civilización zapoteca.

Las piedras de la segunda etapa son grifos que indican la conquista. Están en un edificio cuadrado, de dos pisos, en cuyo centro hay tumbas y un templo. Se miran gradas que llevan al basamento. Dos hileras de piedras superpuestas, con grabados, que en símbolos dicen de los nombres de los caciques y de los pueblos sojuzgados. Algunos con la cabeza hacia abajo; esto indica el vasallaje.

Se cuentan hasta cincuenta de estas piedras, que narran conquistas zapotecas. Sólo un grifo denuncia a una mujer, lo que se traduce por un pueblo, o tribu, donde imperaba el matriarcado. Estas tallas, con los trofeos de los vencedores, recuerdan al visitante la Columna de Trajano en Roma, cuyo grabados pétreos son el monumento de sus victorias entre los pueblos bárbaros.

Cerca de estos tesoros hay, en los límites de unos montículos, un petroglifo rectangular con una cara llena de figuras talladas. La piedra está rota. Por la belleza de las esculpiduras se juzga pertenecen a la tercera época, cuando la conquista acrecentó la ciudad. Luego vino la consiguiente decadencia, y entonces el mexicano conquistador los invadió. Dejaron, a su vez, las huellas de su dominio. Opina el arqueólogo Bazán, guía del suscrito, que las faldas del cerro piramidal estaban todas habitadas. Las casas llegaban hasta las estribaciones de los vecinos montes.

Entre las tumbas descubiertas las más interesantes son las marcadas por los exploradores, con los números 7 y 104. Todas se encuentran debajo de los Teocallis. La número 7 queda al extremo de la carretera y a la derecha, subiendo. Bien distante del centro.

Una vez descubierto el altar, y limpio el lugar de las malezas, se dieron a la tarea de las excavaciones, al pie mismo del altar. En seguida tropezaron con piedras labradas en forma de techo, y al levantarlas apareció una fúnebre oquedad, semejante a un pozo. La luz de las antorchas les mostró las riquezas allí ocultas. Se supone tenían siglos de estar ocultas. De acuerdo con las creencias indígenas, la persona que profanase aquellos lugares sagrados, o moría al punto o quedaba embrujada por los espíritus de sus antepasados. Era el castigo por la profanación de los sepulcros.

Presenciaron el hallazgo el director Alfonso Caso, Bazán y otros. Al bajar por gradas de piedra hallaron, entre la tierra suelta, en un plano en declive hacia el altar, y en el espacio de siete metros de largo por dos de ancho, siete montoncitos separados unos de otros.

Tuvieron de remover cuidadosamente la tierra para sacar cuentas y piedrecitas valiosas. Esas reliquias sagradas de los zapotecas, suponen se ocultaron allí para resguardarlas de sus enemigos los mixtecas. Al ser clasificadas se llevaron al Museo Nacional, de México, pero a poco tuvieron que volver, al ser reclamadas, a su provincia.

Hoy se hallan en el Museo Regional de Oaxaca, artísticamente colocadas en sus vitrinas. Están debidamente custodiadas por el profesor don Félix Martínez Dolz.

El museo es el antiguo edificio colonial que sirvió para colegio de niñas. Se hace una breve descripción de las principales piezas halladas en la tumba No. 7. Diademas de oro en un cráneo con su pluma natural. Brazalete, cuentas, calabacito, orejeras y unas pinzas, también de oro.

Adornos de obsidiana y 9 cuentas con huesos. Un mango de abanico y un collar de muelas, ambos de oro. Otro collar con muelas de tigre, que era uno de sus dioses.

Pectorales de oro. El dios *Xochipilli,* patrono de las flores, llevaba yelmo y cabeza de faisán, el pájaro que más abunda en Yucatán, que llaman la tierra del faisán y del venado.

Huesos de jaguar con jeroglíficos, y un árbol genealógico formado con éstos que por su rareza atrae la atención de los visitantes.

Una mascarilla de oro, representa el dios de los joyeros, que llegaron a un progreso no igualado en el resto del mundo antes de la conquista.

La cabeza de Quetzalcóatl, hombre divinizado que barría los vientos y preparaba las lluvias. Recibía ofrendas, como las demás divinidades, de víctimas humanas. Otra cabeza del dios Sol, llamado Tonatiuh.

Unos broches de oro, semejando la araña tejedora. Discos de oro y plata, sin soldadura, como las piedras de las ruinas de Mitla, encajadas unas dentro de otras. Luego un trabajo con representación de un eclipse. Y unas figuras más, semejando huellas digitales. Si en verdad lo son, esto demostraría gran adelanto, de valor inestimable, dado el que tiene hoy para la identificación de las personas.

Brazaletes anchos de oro y cuentas de jade para adornos del pecho, narigueras y orejeras. Petos de cuentas de turquesas, jade, coral, conchas marinas, perlas y cabecitas figurando serpientes. Un vestido de sacerdote mixteca y flechas de las dos tribus combatientes y rivales.

Uno de los objetos de más estima es la copa vaciada en un pedazo de cristal de roca. La dureza de esta piedra hace suponer instrumen-

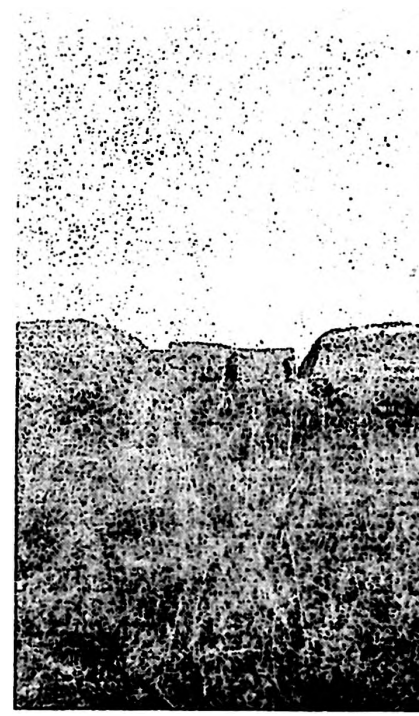
tos más fuertes todavía. Que hoy se vacian, en vasijas semejantes, el ónix y los tecallis en Puebla. Allí se ahuecan esas piedras con escoplos de cantería y gurbias, hasta convertirlas en jarras de agua. Las que se nombran *pimpinas* en Caracas, chiriguas en las alfarerías de Capacho del Táchira y *polcas* en Puebla.

A propósito de estos utensilios del hogar, ya en Caracas hay una venta de ellos, traídos desde Capacho. Su precio no es alto, no obstante lo costosa que es la mala carretera trasandina, por falta del macadam.

Unas orejeras de obsidiana, metal volcánico azuloso y verde oscuro, que se miran como si fuesen trabajadas en torno. Pero este instrumento no fué conocido por los indígenas de Oaxaca. Sorprende dicha labor dada la fragilidad de la piedra que es vítrea. Las orejeras son un juego de 7 piezas.

Otro, de ámbar de variado color, que es una resina fósil, de origen animal y color amarillento. Hay una vajilla de obsidiana, de gran valor artístico, que es uno de los objetos de más valía en el museo.

Exploración de tumbas en Monte Albán, de Oaxaca.



Pirámide que cubre varios montículos, no explorados, en Monte Albán.

Aparecen también unos protectores de las uñas, que se suponen de mujeres, puesto que hoy las usan las artistas de cine. Son de oro y plata. Y se halla del mismo metal una sortija, de esas que se usan hoy en los esponsales de matrimonio.

Esta somera relación, donde apenas asoma lo principal de las joyas del museo oaxaqueño, demuestra claramente hasta qué punto llegó el arte de la platería en el fino manejo de metales y piedras preciosas.

Luego se visita, en salas de primera planta, ídolos y utensilios de cerámica en las etapas de la civilización indígena.

Esto por lo que atañe a los tesoros del hallazgo en cuestión. Que la que lleva el número 104 es de valor arqueológico. Se halla también debajo de un templo y se desciende por escalones de piedra .

Los exploradores dieron con una piedra cuadrada y doble que servía de losa funeraria. La cara inferior muestra grabados, que son atributos del sacerdote zapoteca, cuyo es el esqueleto del cadáver allí enterrado. En posición supina, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Tiene en signos, que eran la escritura, las fechas de nacimiento y muerte: 5 turquesas y 8 venados, respectivamente, según la división del calendario azteca.

Los tres muros de la tumba se miran con sus jeroglíficos pintados en rojo. Por el símbolo del sacerdote se ve que pertenecía al culto del dios Tigre, y que vistió la piel desollada de una víctima.

Las pinturas en rojo vivo, bien conservadas, sirven de *Códices* y en ellos se descifra lo que dejaron escrito en aquella tumba.

Además, se encuentran seis nichos en sus paredes, con vasijas de barro y objetos de uso del sacerdote. Es probable, con visos de certidumbre, que esos utensilios domésticos contenían alimentos para el largo viaje al país desconocido.

No hubo joyas en este entierro. Se nota que las inscripciones de la piedra funeraria estaban hacia adentro. Contrasta con lo usual, siempre al exterior.

En otros sepulcros se han hallado jades y algunas piedras quemadas; esto muestra que servía de ofrenda, al estilo de sahumerios.

El arqueólogo Bazán agrega que la piel que vestía el sacerdote era por el advenimiento del nuevo siglo, que equivalía a 52 años de la era cristiana.

Las víctimas eran generalmente humanas, aunque en Oaxaca había también de animales. Amén de las ofrendas de oro y piedras preciosas. La turquesa y el jade formaban parte del ritual religioso y cons-

tituían, por su rico valor, adornos exclusivos de los reyes y señores. La primera era muy usada en joyerías, y el segundo, piedra dura que se utiliza como instrumento.

La exploración de Monte Albán, en su amplia superficie, es para largo tiempo. En esa gran extensión estaba la ciudad centro de zapotecas y mixtecas, cubierta por sus montes seculares.

A la entrada de la tumba en referencia se mira la figura del dios de la muerte. Trabajo de porcelana de suma fineza y arte, lo más acabado hasta 1941. Que las exploraciones en esta zona arqueológica empezaron en 1933.

A estos datos personales se agregan algunos de los que trae don Alfonso Caso en uno de sus libros. Habla del saqueo que sufrieron las tumbas y supone que fueron antes de Cortés. Advierte que en las vasijas está marcada la época de cultura de los naturales. Ha tropezado con cinco etapas, que se distinguen por la forma y pulimento de la cerámica.

Se encuentra, tanto en los zapotecas como en los mayas, que cubrían sus edificios, sin destruirlos, con la nueva construcción, a causa de una nueva conquista de mayor cultura.

En la tumba número 80 se halló un cráneo con trepanaciones y dientes orificados, signo de ciencia quirúrgica y de arte en dentistería.

Fuera de Monte Albán hay otras zonas arqueológicas en Oaxaca, como en *Yucinta* y *Nochixtlán*.

Las vasijas del cerro *Yucañudahui* muestran la influencia de Teotihuacán y Aztecas sobre los zapotecas. A menos que por cerámica tengan sus semejanzas, como sucede en las costumbres de las tribus. No se conocen y, sin embargo, unas tienen de las otras. En nuevas excavaciones de Monte Albán hallaron hasta 60 piedras con sus esculpiduras en grifos.

El pájaro serpiente, el célebre Quetzalcóatl, que es el dios de los vientos y que al mismo tiempo es el "gran héroe nacional de Centroamérica", se halló en piedra tallada. Los mayas, aztecas y zapotecas lo reverenciaron mucho.

En una olla, donde guardaban las ofrendas a sus muertos, encontraron 33 cabezas de piedra verde, 16 pendientes, 15 cuentas y 28 discos. Todo esto en relación con la vida del enterrado allí.

Algo muy socorrido en estas ruinas y en las de Yucatán son las alfardas, especie de grandes pasamanos en las barandas pétreas de las escaleras. Generalmente son serpientes de tamaño gigante.

La colocación de planos diferentes en las excavaciones, llamada estatigrafía, denuncia la justa posición de las épocas que marcan los grados de cultura a que llegaron.

Aquí, en estos escombros, reaparecen los tres colores que predominan entre los mayas. El azul, amarillo y rojo, que son los primordiales del arco iris, y los que tomó Miranda de la "Guardia de los Burgueses", en 1788, en Altona de Hamburgo.

En la tumba número 100, con vasijas del tipo de cerámica de la III época, dieron con el dios *Xipe Tótec*. Tiene la cara cubierta con la piel del prisionero desollado que lleva por los cabellos.

Fray Bernardino de Sahagún trae, que este dios, nacido a orillas del mar en Tzapotlán de Jalisco, era patrono de algunas enfermedades. En sus fiestas, correspondientes al segundo mes del calendario azteca, se llamaban *Tlacaxipehualiztli*, el primer día estaba dedicado a ese dios.

Las víctimas, cogidas por los cabellos, las subían por las escalinatas hasta ponerlas de espaldas sobre el *Tajón*. Era la piedra del sacrificio cruento, bárbaro y cruel como ninguno. Allí los agarraban cinco hombres, uno a uno, por brazos y piernas, y el quinto por la cabeza. El sacerdote oficiante le rompía, con su cuchillo de pedernal, el tórax y hundía inmisericorde la mano hasta arrancar el sangrante corazón de las entrañas, que luego era ofrecido en holocausto.

Los cuerpos los echaban a rodar por las escaleras, y al caer a la plataforma, nuevos sacrificadores lo desollaban. Las pieles servían para cubrir los cuerpos de los sufrientes de ciertas enfermedades, a las cuales era propicio el dios. Así vestidos, con tan singular ropaje, salían por las calles implorando limosnas.

Este cuadro de crueldad litúrgica se completaba con el reparto de la carne de las víctimas, entre los adeptos del dios. La especie de comunión mística no dejaba de ser la mera y repulsiva antropofagia.

En la piedra de la tumba 104 estaba esculpido el dios del maíz, llamado *Pitas Cozobi*. Adorno con plumas del quetzal, narigueras, orejeras, mascarilla y cabeza de tigre.

En otros lugares las pinturas, o sean los escritos de sus *Códices*, traen al mismo Pitao, que también es patrono de los joyeros y de la Primavera. Sería demasiado prolija esta relación si se tratara de dar cuenta de los muchos hallazgos en Monte Albán.

México, D. F., diciembre de 1941.

XIII

LA CIUDAD DE MORELIA

Camino de esta capital, y por carretera asfaltada, se llega a Turandeo, que a 195 kilómetros se asienta en un hermoso valle. Porque el caserío se recuesta al pie de sus peñascales. Luego se atraviesa un río, el que le da su nombre al pueblo. Su cauce es profundo y más abajo la vega con sus milpas del preciado maíz. Los humildes jacales son de lo más primitivo. Como esos ranchos que se llaman en Venezuela de vara en tierra, por lo pegados al suelo. La ruta continúa por cumbres y allá, bien arriba, al empezar el descenso se divisa la colonial Valladolid, hoy Morelia, en homenaje al caudillo insurgente José María Morelos, nacido allí. Dista de México 314 kilómetros.

Una vez en la ciudad se recorren los concurridos portales que por tres lados de la suntuosa catedral se alargan. El que se mira al frente de ésta se divide en dos cuerpos, y cada uno tiene 16 arcadas, con tres mayores en el centro. El de la calle principal cuenta 25 arcos, todos iguales: el que corresponde al otro costado de la Plaza Mayor y del templo, está formado por cuatro partes, cada una con siete arcos. El ancho de estos pórticos, como se llaman en otros pueblos, es de unos 6 metros y la luz, de columna a columna, tiene cinco metros. Estas son redondas, de sillería y de orden dórico.

En el segundo pilar, de los tres arriba nombrados, se lee en una plancha: "Por haber defendido la Independencia de México, fué fusilado en este lugar, el día 3 de febrero de 1814, el cura Mariano Matamoros". Fué el compañero de Morelos en el desastroso sitio de Cuautla el año de 1812.

En estos portales, como en todos los que se encuentran en otros lugares, se trafica con los artículos que son especiales en cada pueblo o ciudad. En el largo portal de los 25 arcos es la venta de la rica variedad de *ates*, o sea la dulcería que se fabrica con las frutas.

La magnífica catedral, con su atrio enorme, al estilo de las otras catedrales y templos suntuosos, con su elegante reja de fierro forjado y artístico, se alza imponente con sus torres y cúpulas por sobre todos los edificios de la catedral michoacana. En una plancha del costado, que da a la calle Allende, se miran grabados los nombres de fusilados en ese sitio. Pero como fueron en 1830, durante las guerras civiles, no tienen el prestigio histórico de las víctimas insurgentes.

De la portada de la catedral, que mira al parque, tiene sus gran-

des puertas talladas en madera. Columnas, cornisas, capiteles y estatuas, todas de canteras. El sitio que ocupa es una manzana rectangular, y la reja la ampara por tres lados. Por su construcción, riqueza interior y belleza de sus altares, imágenes y retablos se considera como la tercera basílica, después de Puebla y la ciudad de México.

Para los enemigos de la propiedad, que los hay siempre en todos los climas y políticas del mundo, la riqueza de esta catedral, aun siendo de la nación, por ser un edificio público, atrajo la voracidad de las fuerzas que mandaba el general Epitacio Huerta y arrebataron, profanando el lugar, la gran cantidad de plata maciza de la crujía. Con motivo de este robo escandaloso, el satírico poeta Pepe Sosa improvisó ante un grupo de conservadores, según lo apunta don Teodoro Torres, el siguiente sexteto:

Yo brindo férvido,
con este líquido,
por los canónigos
que desterró,
el más impúdico
gobierno cínico,
que a la República
prostituyó.

Pero como en el propio local se hallaba el mismo Huerta, le obligó, amenazándole, a que repitiera el brindis. Sosa, sin inmutarse, puesto que dominaba el impromptus, exclamó:

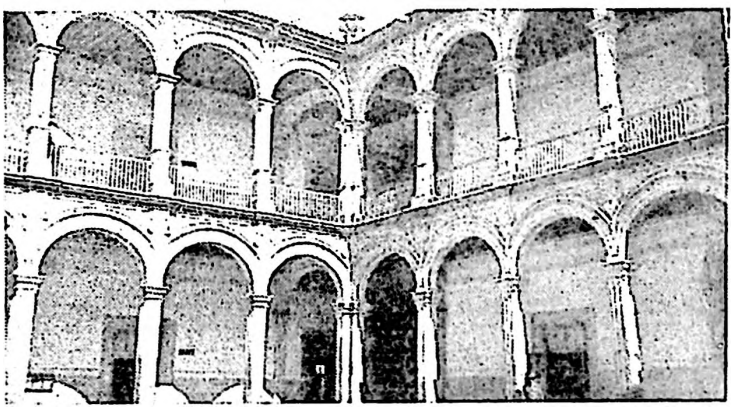
Yo brindo férvido,
con este líquido,
por los demócratas
que a la nación,
serán los únicos
que al pueblo mísero,
darán magnífica
Constitución.

El talento de Pepe Sosa dejó corrido al militar al hacer gala de su ingenio poético y burlón.

En el jardín Ignacio Altamirano, calle Nigromante, se encuentra el antiguo convento de los jesuítas que sirve hoy de Escuela Técnica. El patio del viejo claustro, con sus siete arcadas por lado, suman 28

en el cuadrado de la planta baja. Los corredores, anchos y altos, corresponden a la amplitud del edificio. La escalera central que conduce al piso alto, es toda de cantera, lo mismo que las columnas y arcos claustrales. La cúpula que la corona, es digna de que la conozcan todos los visitantes de Morelia. Ella indica la grandeza que cabía en el ideal de los constructores de tantos monumentos esparcidos en la faz de la nación. Fueron las distintas congregaciones religiosas que civilizaron a los aztecas y redimieron al indio de la crueldad religiosa de éstos.

Arriba, sobre cada arco murado, hay una ventana, lo cual denuncia que hubo allí, en ese convento, en manos de los expoliadores, el mismo mal gusto de tapiar los corredores como lo hicieron en el santuario de Guadalupe en Zacatecas. Cosa semejante ejecutó en el Palacio Federal de Caracas Régulo Olivares en 1936, según se ha dicho en otro lugar.



Arquería de piedra tallada en el convento de las Capuchinas, hoy Palacio de Gobierno, en Morelia.

La cúpula de San Ignacio se ilumina de sol a través de los vidrios de un octágono, y cuando los rayos solares se rompen en manojos de luz, llenan el ámbito de un bello colorido. ¡Era que aquellos humildes religiosos, además de arquitectos, conocían los efectos artísticos de la luz y sus colores!

En un salón espacioso se encuentran en actitud de presidir los trabajos de una escuela, los retratos al óleo, tamaño natural, de Fray Juan de San Miguel quien primero logró, ya en conocimiento del tarasco, evangelizar a los michoacanos. Como vivían en sus riscosos montes se adentró hasta sus guaridas, y en su dialecto les persuadió que debían bajar a los valles para reunirlos y congregarlos. De salvajes desnudos, sin leyes racionales y bajo el culto de sangrientos e

inhumanos dioses, consiguió civilizarlos. En las escuelas que creó aprendieron las primeras letras, se cristianaron y llegaron a ser artistas de la gurbia y del cincel. Echó los fundamentos del colegio en Valladolid, uno de los primeros de América.

Claustro del antiguo convento de los Jesuítas, y su clásica pila de agua, en Morelia.

Patio, con su ciprés centenario, en el convento de Santa Catalina de Sena, en Morelia.

El otro retrato es de don Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España, por haber ordenado que la parte distante de los dos ríos, que riegan el fértil valle de Guayangareo, se fundase la ciudad. Fué el 18 de mayo de 1541 cuando llegaron a tomar posesión, en cumplimiento de un mandato, los comisionados Juan de Alvarado, Juan de Villaseñor y Luis León de Romero. Cortaron las consabidas ramas, se pasearon por el perímetro que creyeron propio para los cimientos de los principales edificios, y luego, ante escribano público y testigos, quedó consagrado el sitio de la nueva fundación.

Y allí llegaron los Villaseñores, los Hurtados de Mendoza, los

Rices, los Rodrigos, los Bocanegras y otros que fueron los primeros pobladores de Valladolid. En 1545 vino la Real Cédula elevándola a ciudad, y en 1553 obtuvo su escudo de armas.

Don Antonio, el virrey, nació en Granada de España, a fines del siglo XV, y murió en Lima, en 1552, lleno de merecimientos y adornado con varios títulos de nobleza. Desde esta ciudad virreinal envió a México el árbol del Perú, llamado pirúl, que sombrea y embellece varias carreteras mexicanas.

La ciudad está a 1,950 metros de altura, y contaba, para 1940, con cerca de 40,000 almas. Se advierte que en estos achaques del Censo Nacional, lo mismo México que Venezuela, en tiempos de Gómez, jamás coincidían las cifras anotadas con la realidad.

El tercer óleo es de Fray Antonio de San Miguel, obispo de Michoacán, que fué el constructor de la arquería que llevaba el agua a la ciudad. Es la obra arquitectónica que sorprende gratamente al viajero que pasa por debajo de sus elegantes arcos. Son en número de unos 230 de piedra labrada. Es sensible que para el banqueo de la carretera hayan tenido que rellenar el piso hasta sepultar muchos de los arcos. Apenas los del centro y el final se encuentran a la altura de más de seis metros. La base de éstos es de 1.75 metros por lado.

El obispo civilizador lo hizo a sus expensas, con la ayuda del Ayuntamiento el año de 1788. Fué reconstruído en 1884. Hoy es uno de los más pintorescos adornos de Morelia. Cuadra aquí la frase del chileno don Federico Santa María: "Una gran fortuna es una gran obligación". Cuando éste murió en París, donde hizo su capital en operaciones financieras, dejó *ochenta millones de pesos chilenos* para la fundación de la Universidad Técnica de Valparaíso.

Junto a la Sala de los retratos, que deben tenerse con veneración cual se hace en Guadalajara con los obispos Cabañas y Alcalde, ante los cuales se mantienen lámparas votivas, como grandes civilizadores que fueron, se pasa a conocer la Sala donde se reunían los delegados de la Inquisición, según dicen crónicas antiguas.

Calle abajo de este Convento se topa, porque allí termina la vía, con la hermosa portada de la iglesia de Santa Catalina de Sena, fundada en 1593. Adentro hay tres retablos de madera maciza, tallados con su capa de yeso y su tela, y luego dorador al fuego, que son primorosos como obras artísticas. En el piso alto, que servía de coro y desde el cual y a través de una reja doble, de madera y de fierro,

era donde las monjitas asistían a los oficios divinos. Además, en su época, colgaban un velo que cubría el rostro de las Catalinas, de cualquier mirada indiscreta. Los cuadros de la reja de hierro miden quince centímetros por lado, para mayor seguridad del recato monjil.

En el interior queda el convento con su claustro doble, que cuenta siete y seis arcos por los lados del rectángulo, tanto abajo como arriba. Con un total de 52 arcos. Los corredores corresponden a la belleza de sus columnas y arquerías de piedras labradas. En un rincón se yergue un pino centenario, testigo de la desnudez y abandono del solitario lugar. Mide su tronco 2 metros con 16 centímetros de grueso. La puerta, con sus columnas y maderas talladas, da al "Jardín de las Rosas", que los destructores del convento le pusieron nombre diferente.

Un tanto cerca está la iglesia del Carmen, con sus construcciones no comunes en la diversidad de capillas y de templos coloniales. La rodea un espacioso solar con sus pórticos y arboledas. En la parte más interna un claustro, de una sola planta. Es pequeño, apenas en el cuadrado y rectangular se le cuentan diez arcos, es decir, tres en cada lateral y dos en cada uno de los opuestos. Aquí las columnas son de 12 piezas superpuestas, labradas y acanaladas, lo que les da un aspecto de rareza al cotejarlas con otras de los demás patios conventuales. Las columnas miden 4 metros de separación y los corredores, uno de 3 de ancho, pero con 6 metros de altura. Arriba no hay columnas ni corredores, sólo se mira una humilde espadaña, de San Francisco, de la que pende una campana. Este artístico rincón es poco visitado.

A poca distancia asoma la silueta de San José con el solo primer cuerpo de una torre, sobre una portada que merece sus dos esbeltas torres. Por fortuna el presente gobierno que sabe es un deber completar los edificios públicos, que son el ornato de las ciudades, ha permitido que se termine la torre empezada y se construya de un todo la segunda. Con piedras de la cantera Rincón Tepacote, que labran actualmente obreros tallistas, se termina la piadosa obra. Son de un color blancuzco y esto da un aspecto de enyesado.

El costado derecho, que muestra su pequeña portada, también de cantería, da a la calle Belisario Domínguez, el realista de Querétaro, que a impulso de su mujer doña Josefa, la heroína del 16 de septiembre de 1810, se hizo insurgente y ayudó a la causa de los criollos.

México, D. F., 1942.

XIV

EL POETICO URUAPAN

Por la carretera asfaltada de Morelia a Guadalajara queda el ramal que conduce al poético lugar que baña con sus aguas el Cupatitzio. En el itinerario se encuentra Toluca, capital del Estado de México, y célebre por sus mercados del viernes, a 64 kilómetros; Zitácuaro, uno de los valles más encantadores de Michoacán, a 164; Curungueo, Los Alzatis y a 182 el desvío a los baños de San José Purúa; Tuxpan, con su hermoso templo y el río que le da su nombre y recoge las quebradas del balneario.

En Ciudad Juárez, pueblo grande a 212 kilómetros, se visitan varias iglesias y el claustro del antiguo convento de San José. En éste, como en muchos otros, la reforma de Juárez, el indio zapoteca, al cubrir sus arcos y columnas con enlucidos, deslució la belleza de las canteras. El visitante, al indicarle al curita José Cianca el entuerto artístico, se indignó, porque él no recibía lecciones de nadie. ¡De todo hay en la viña del Señor! Pero lo que hay más típico en esa población son las calles coloniales con sus piedras, tierras y yerbas por donde se mueven muy bien los cascos de los jumentos.

Allí comienza el ascenso a uno de los lugares de belleza increada, conjunto armonioso de cumbres, picos y hondonadas. Allí la naturaleza despliega, a los cuatro vientos, la magnificencia de un ostentoso panorama que, al contemplarlo con honda emoción, suspende el ánimo de quien lo admira. ¡Son las cúpulas azulosas de las Mil Cumbres, en cuyos picachos parece como si una algarada silenciosa de las tonalidades de montes y montañas, danzase en torno del viajero! El sitio único, en esa vía, queda a 244 kilómetros, y a unos 8,000 pies de altura. Todavía se asciende más, hasta los 9,000 pies, donde empieza a descenderse para llegar a Morelia, capital de Michoacán.

En esta hermosa y amplia ciudad todo es colonial. En los templos, monasterios y palacios se respira el ambiente de los frailes y grandes señores que construyeron los soberbios edificios de entonces. La catedral, que puede considerarse como la tercera de la nación, es una joya de arte y de belleza. Morelia está a 314 kilómetros.

Se continúa el rumbo por Quiroga, que lleva el nombre de uno de los varones ejemplares de más relieve en la civilización de los tarascos; desde allí a la izquierda, se toma el camino para el lago y pueblo de Pátzcuaro. Luego asoman Tiríndaro, con la vista de las cinco islas

del lago, que parecen barcos flotantes en sus ondas; Zacapu, con su rico mercado de frutas, legumbres y granos, a pesar de la destrucción, en parte, de la agricultura por los agraristas; y a 430 kilómetros está Carapan, el desvío a Uruapan. Por buena carretera y atravesando algunos pueblos como Urapicho, Paracho el de las guitarras sonoras y Capácuaro, con sus jacales de tejamanil, el auto entra en Uruapan. La vía son 72 y los 430 kilómetros dan 502 kilómetros en total.

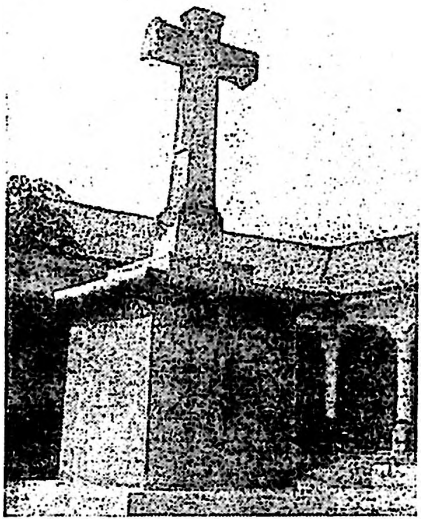
Capácuaro será célebre una vez que se termine la carretera que el Gobierno Nacional está construyendo para visitar cómodamente el nuevo volcán, que el 20 de febrero de 1945 cumplió su segundo año de fecunda existencia, como fenómeno digno de conocerse por propios y extraños. Parece que ya terminó sus continuas erupciones, en su primer período.

El 15 de marzo de 1943 amaneció la ciudad de Fray Juan de San Miguel con una leve capa de cenizas metálicas en las calles y tejados. Al norte una espesa neblina cubría el horizonte; eran las lavas de arena del Paricutín, que la víspera había comenzado a vomitar, y que el viento del sur las traía hasta la ciudad.

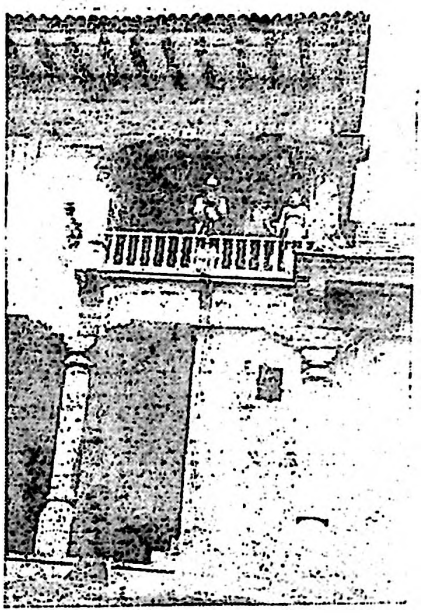
Desde el 20 de febrero anterior, que hizo la erupción de sólo piedras rojas, era la primera vez que arrojaba de sus antros arenas calcinadas. Para los turistas que venían a contemplar, con emoción de supremo terror, la gigantesca erupción del monstruo, aquella llovizna metálica completaba el cuadro no común.

El pueblo, que trazó y formó en 1533 el fraile franciscano Juan de San Miguel, en uno de los rincones más pintorescos de Michoacán, tiene sus calles rectas y largas con su plano inclinado. "El Parque Nacional" se halla a la cabecera que es la entrada. Y en el zanjón de la arboleda corre rumoroso el Cupatitzio, que como dice su nombre tarasco es "río que canta" en sus cascadas. Este valle bien podría llamarse de *Carisín* de los artífices.

La avenida principal baja hasta la capillita vetusta, y un tanto en deterioro, de San Francisco, el patrono en la fundación de muchos pueblos de América. Pero lo que encarna un gran significado histórico es la primera capilla, en la cual el fundador dió comienzo de enseñanza a los inditos, sus hijos espirituales. Es pequeña, está ubicada en un ángulo de la plaza principal donde se levantan los fresnos que ya son centenarios y miden hasta cinco metros de gruesos. Al lado interno de la capilla un corredor que da al patio y encima una celda. Desde el ventanal abierto de ésta vigilaba el fraile su obra pía.



Cruz de piedra que plantó Fr. Juan de San Miguel en la Guatapera de Uruapan.



Celda donde vivió y murió Fray Juan de San Miguel, al costado de su iglesia en Uruapan.

La portada de la tosca capilla ostenta sus molduras de cantera rosada y arriba, en su pequeña hornacina la imagen del Fraile, que con sus manos extendidas hacia el parque bendecía la congregada muchedumbre. Adentro un óleo de cuerpo entero del santo misionero. Es lo único que resta en el lugar donde oficiaba.

Un gran patio con su cruz de piedra en el centro. Corredores en los dos lados resguardan las piezas internas. Unas servían de estudio, otras para guardar aperos de labranza, otras para las semillas, y una, más grande, de hospital. El fundador enseñaba al indio montaraz nociones de cultivo, de primeras letras, los doctrinaba en un culto contrario al sanguinario de ellos y los curaba con sus mismas manos de caridad.

En la parte sin portales, se empezó, cosa de medio siglo, la catedral, pero la Revolución comunista la estancó. En ese sitio había otra capillita y al pie de su altar fué enterrado el fraile. Cuando se derribó, los restos se sembraron donde está hoy la cruz de piedra.

Bien está ahí en el centro de la Guatapera, como llamaban los tarascos a la escuela hospital de su maestro.

Arriba, en la celda, hay una plancha que dice: "En este sitio por tradición se sabe que murió el inmortal misionero Fray Juan de San Miguel, fundador de Uruapan y de este edificio". La pieza mide siete metros ochenta centímetros de largo por tres con cuarenta de ancho. Altura proporcional. El portal abierto, con su baranda y dintel de madera, un tanto ruinosos, le servía para atalayar a sus feligreses que se movían en la Guatapera. Tiene de luz 3.20 metros por 2.50 metros de alto.

La revolución destructora que predicaba, por boca de sus corifeos, guerra a muerte a la cultura colonial, instaló en la capilla una venduta de artículos de madera. Era la casa de Dios donde el santo varón que fué todo abnegación, sacrificio y caridad civilizó al indio. ¡El látigo de Jesús que expulsó indignado a los mercaderes del templo, debe caer sobre las espaldas de los que convirtieron en pulpería la casa de oración!

Pero donde dejaron su grotesca huella los esbirros fué en la irrisoria colocación de los lienzos, del pintor uruapense Sánchez, con la vida y milagros del Taumaturgo. Los colgaron en las paredes de la sala de los billares, con el objeto de que el hampa del vicio insulte con sus vocablos de cuartel a la figura humilde del franciscano.

Ya vendrán, en estos tiempos de reparaciones patrias, las valorizaciones históricas, y darán, conforme a la sentencia de Jesús, "al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

La capilla volverá a cumplir su misión y los fieles rendirán su culto al santo varón que los cristianó. Ya volverá el humo del incienso a sahumar de nuevo el ámbito sagrado, donde oficia de hinojos la plegaria. Y los dos lienzos, que todavía insultan los profanos, servirán en las paredes para invocar la vida y milagros del fundador de Uruapan.

Además de las capillas nombradas existen las de San Pedro y la Magdalena, pequeñas y rústicas como la franciscana. La población es grande y sus calles angostas, como en todos los pueblos, y en abandono. Sus tres parques los sombrean hermosos árboles. Todo el plano de la ciudad fué delineado, con sus calles a cordel, y puesto en obra por el fundador.

El suscrito ignora si estas calles mal empedradas son uno de los triunfos reales de la Revolución comunista, que de ser así, es bien menguado dicho triunfo.

Aquí la industria que tiene un atractivo para turistas y visitantes

es la de charolas y lacas. Una fábrica, en la calle Mirador, prepara las bateas en su misma carpintería, y luego pasan a las manos de los operarios. Casi todos son mujeres. Al agarrar la batea, de una madera especial llamada aguacate, recibe una mano de aceite de linaza hasta que se impregna bien la madera. Luego se le restriega un polvillo que se recoge en un lienzo. Este manipuleo de los dedos lo ejecutan las obreras dos y más veces, y lo completan con el lustre y brillo que le dan con las partes carnosas de la mano, que se nombra *tenar* e *hipotenar*.

Son un asentador que no se gasta nunca. Todas las piedras, por más duras que sean, y todos los metales, aun los más finos, se gastan con el uso y con el tiempo, pero la piel del hombre no, por más fuerte y constante que sea el frotamiento. Esto bien se puede observar en el lustre de las lacas. Labores únicas en el país, son las que trajeron los españoles de la China y del Japón para enseñarlas a los indios de la Nueva España. Los tarascos fueron de los primeros.

Mirando esta laboriosa tarea de los inditos y mestizos uruapenses, vino a la memoria el recuerdo de aquella Sara inteligente del Táchira que le decía a un cortejador: "si la naturaleza te hubiese dado una epidermis que se gastara con el uso, ya tus labios habrían terminado la función del beso y serías un monstruo. ¡Dale gracias a tu Dios de que los labios no se gastan nunca en lo que llamas, heréticamente, tu comunión pagana!"

Una vez brillante y firme el color oscuro, amarillo o azul, según el polvillo que se frotó a la pieza, se le dibuja con un estilete o instrumento cortante lo ya pulido hasta llegar a la madera. En seguida se pinta lo vaciado con los colores que se le quiere dar a las bandejas, y se termina la operación puliendo lo reciente que se ha incrustado. Allí vuelve la talla del tenar e hipotenar con el manipuleo de la sola mano. Este oficio tan manual es lo que da tanto valor artístico y duradero a las finas lacas de Uruapan. Porque las charolas que son pintadas, se fabrican en muchos lugares.

Hay varias casas de expendio para la venta de estos artículos de arte que se modelan en este bello rincón mexicano, donde las brisas del Cupatitzio susurran, en la caída de sus cascadas, canciones acuáticas de ninfas desnudas en las selvas.

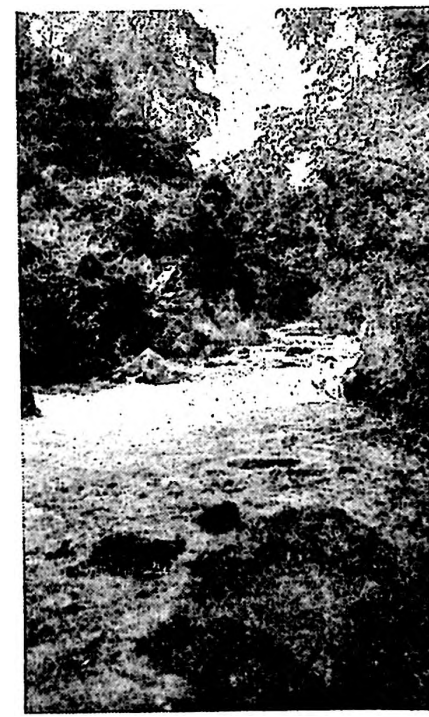
La "Casa Luna" presenta curiosidades de estos artículos, lo mismo que la de "Cucacerda", con sus muchas variedades de tejidos, fuera de charolas y de lacas, que atraen al turista. En los corredores de ésta hay algo que no se vende, porque es una belleza de sus ties-

tos, que son las begonias que ostentan tamaños y colorido de sus pétalos, que son una gracia. Iguales a las que cultivan, en el antiguo convento dominicano en San Miguel Allende, las monjitas que educan a un grupo de huérfanos. ¡Que Dios bendiga su santa y maternal misión, ya que los corifeos de la Revolución comunista las han maldecido en sus programas!

Pocos lugares tan fértiles y poéticos en sus alrededores, como si el alma de aquel varón ejemplar se hubiese disgregado en el ámbito de Uruapan, y por medio de un sortilegio embrujador hubiera quedado perennemente difundido en sus contornos.

Pero algo grotesco, que le da más valor y realce a la memoria del humilde franciscano que se consagró en espíritu y en verdad a civilizar al indio, es la estatua de tosco barro de un revolucionario destructor. Parece que dice el letrero: Emiliano Zapata. Nada más simbólico que la estatua de quien ignorante de suyo, sólo supo con el arma homicida al hombro segar vidas de sus hermanos y destruir la hacienda de ellos, a su paso de Atila por la tierra.

Arco antiguo a la entrada de la iglesia de la Parroquia de Uruapan.



Cascada en el río Cupatitzio, que fecunda las vegas de Uruapan.

Allí están frente a frente. El franciscano vestido de tosco sayal y armado de todas armas: un Cristo, un cayado y un breviario construyendo pueblos y cristianando salvajes. Y el caudillo revolucionario, con la espada ensangretada y el hachón del incendiario, destruyendo cuanto a su paso halló. ¡Son el anverso y el reverso de la medalla nacional. El que edifica en nombre de Dios y el que destruye renegando del Creador

Se terminan estas meras pinceladas con el nuevo atractivo que existe en Uruapan para el extranjero. El volcán Paricutín. Como el suscrito lo dirá más adelante, que conoció la erupción de aquél en sus comienzos, en esta página dirá cómo ha crecido el gigante en los siete meses de su monstruosa existencia.

Por el camino de Uruapan a San Juan Parangaricutiro, lleno de hoyos, pero no de polvo, porque las cenizas que ha dispersado el volcán lo impide, se ven los tarros que se colocan en las incisuras corticales de los ocotes. Esto tiene por objeto recoger en ellos la trementina que lagrimea, pero en esta ocasión la cosecha fué de cenizas metálicas.

Al llegar a San Juan, donde también ha llovido arena, se deja el auto y el viaje se continúa a caballo durante una media hora. Pero el regreso, que siempre es de noche, es bastante divertido a causa de que las damas, ajenas al deporte hípico, forman con los sustos y sus gritos alegre algazara, que irrumpe estrepitosamente en la densa oscuridad. El jefe político del pueblo dijo que la nueva carretera, que parte de Capácuaro, está en sus trabajos. ¡Lástima que sea tan lenta la marcha de los caminos!

Una vez frente al volcán en la hora de la tarde, el turbión de humo oscuro, a veces blancuzco, es de una intermitencia tal que casi se mira permanente. Es que una columna se sucede a la otra, anunciada siempre por un ruido sordo, aterrador, que sale de las ígneas entrañas del gigante que vomita sus piedres incandescentes a toda hora. Pero, durante el día, sólo se percibe la humareda.

Todas las colinas de los cerros vecinos, enantes pinares llenos de resinas olorosas, hoy se miran con tristeza cubiertos por las pardas cenizas que van calcinando aquellos campos.

Las montañas de piedra que circundan el volcán, eran antes la planicie donde los vecinos sembraban sus milpas. Parecen, por su capa de arenas, como si fuesen antiguos peñascos desnudos de árboles y yedras.

Hacia la izquierda del observador la colina se ha ido extendiendo de un modo gigantesco, derribando los pinos con las enormes piedras

de la incesante lava. Y por la derecha, camino del pueblo de Paricutín, las piedras han formado enormes peñascales. Y los pinares, en general, a unos cuantos kilómetros a la redonda, cubiertos de cenizas.

Pero si hoy esas tierras son estériles, mañana, cuando las arenas calcinadas no vuelvan a caer, entonces sus campos feraces compensarán, en sus cosechas, los años de escasez.

En la noche los penachos son luminosos porque todo son piedras rojas, lanzadas muchos metros arriba del cráter. Y luego ruedan con estrépito, como bólidos de fuego, por las faldas de las pirámides que circundan al coloso. El abanico que se extiende por sobre la boca gigantesca ha ido en aumento desde su nacimiento. ¡Y es grato contemplar este abanico de fuego que se desbarata al caer, prendido de los brazos de una hermosa!

Para los geólogos hay una interrogación abierta. ¿Cuándo y cómo terminará esta prolongada erupción de piedras y cenizas?

Mientras que el volcán responde a la pregunta, como único que sabe el secreto, se publican unos cuartetos de la inspirada poetisa mexicana María Boettiger de Alvarez. Los escribió frente al soberbio espectáculo.

"El volcán se levanta
soberbio y altanero,
y un gran rugido fiero
brota de su garganta.

Y el volcán se embellece
y todo el campo dora,
y el cielo resplandece
con celajes de aurora.

Sube al cielo la flama
y viértese en la altura,
y es rayo que fulgura
con resplandor de llama.

¡Y como inmensa tea,
y con gesto iracundo,
Paricutín flamea
iluminando al mundo!"

México, D. F., agosto de 1943.

XV

FERIA DE OAXACA

Son casas que merecen visitarse la marcada con el número 6 de la calle de la Independencia, frente a la gradería de la iglesia de la Soledad. La prolongación de dicha calle es la avenida que termina en la estación del ferrocarril.

El frente es alto con ancho zaguán, y seis grandes ventanas de barrotes de hierro, tres a cada lado. Adentro dos galerías de piezas. En la primera de la derecha nació don Porfirio Díaz, el 15 de septiembre de 1830. Es lo que reza una placa en uno de los rincones. Que la del portón fué reemplazada por el anuncio de una escuela.

La otra casa es la del presbítero Salanueva, y en la cual vivió por espacio de 10 años su pupilo don Benito Juárez. Que nació en la parroquia de San Pablo de Ixtlán, montes de Guelatao, de padres indios zapotecas. Nacido en marzo de 1806 muere el 18 de julio de 1872, siendo Presidente de México. A los 12 años se fuga de la protección de un tío porque era huérfano, y llega a la casa cural. Allí permanece de 1818 a 1828 y de sirviente entra en la escuela, y en seguida en los colegios, donde se hace hombre y sale licenciado.

La casa del cura, su protector, queda ubicada en la 6a. calle de Libertad, parte alta, frente a los paredones del convento, en ruinas, de las Carmelitas Descalzas. Todavía en mayores escombros se halla la iglesia de San Francisco, en lo bajo de la ciudad, en donde oficiaba el cura que tuvo el dolor quizás de ver en ruinas su iglesia, a causa de la persecución religiosa de su pupilo.

La pequeña casa cural, hoy convertida en "Museo Juárez", es de un solo piso como la de don Porfirio, sólo que ésta es grande. Tiene unas pequeñitas piezas a los lados del angosto patio. La pieza del fondo, un poco larga, con sus ventanas al patio, contiene varios retratos de don Benito y de su mujer Margarita Maza, de la cual tuvo varios hijos, conforme se lee en el árbol genealógico, que acaso lo inventara don Vicente Rivera Melo. Los que se han ocupado de asuntos genealógicos saben lo difícil que es para las gentes de las ciudades. Que en los montes escasean los datos. Lucen también retratos de sus hijas Soledad Juárez de Luchichú y Josefina Juárez de Dublán.

Se encuentra en ese proyecto de museo una silla y una mesa que

fueron escritorio de don Benito, gobernador de Oaxaca. La mascarilla del cadáver luce también. Cuando murió era de 66 años de edad.

Una placa en la pared dice: "Esta casa dió abrigo al benemérito de las Américas Benito Juárez cuando salió de Guelatao y fué recogido por el padre Salanueva - 1818 a 1828". Y cuando se hizo hombre y gobernó al país pagó a Salanueva, hospedaje y educación, con lo que tenía. Persiguió al clero, expropió las propiedades de las iglesias, destruyó conventos y saqueó los tesoros de los templos. ¡Que lo diga la catedral de México!

Arriba, en la colina, desde la cual se despliega hermosa vista panorámica sobre el valle de Cortés, se yergue airosa una estatua del indito. Hoy su nombre llena el ámbito de la ciudad, y ha eclipsado el de su conterráneo don Porfirio.

Más alto se halla el monumento a la bandera. Oaxaca se extiende en una especie de hemiciclo que rodea al Fortín. La carretera panamericana, ya construída hasta la ciudad, pasa al pie de la colina donde se erigió la estatua. Tiene una base de mal gusto, es de cal y canto, en una tierra tan rica de canteras. Siquiera han sembrado laureles de la India en la escalinata que conduce a la colina.

Al pie de ésta se construyó el acueducto moderno de filtros. El agua viene del cerro de San Felipe, de un manantial a 15 kilómetros de distancia, y de otras vertientes, Vista Hermosa y Guoyapan, a unos 30 kilómetros. Pero el acueducto resultó deficiente, según la queja de sus habitantes al Ejecutivo Federal, de mayo de 1944. Dicen que el agua la reciben con suma escasez, pues no alcanza a las necesidades del servicio ordinario.

Al descender al Zócalo o Plaza Mayor, se encuentran los Portales del palacio gubernamental, que eran las Casas Consistoriales, o los antiguos Ayuntamientos. Derribados en parte por terremotos, fueron labradas de cantera las nuevas columnas. En el interior todavía asoman los escombros, que se unen a la iglesia de la Compañía en ruinas.

Los arcos de estos portales son en número de siete por lado, que en el centro sobresalen tres, que sirven para sostén del piso alto donde se asientan las oficinas del Gobierno. Las canteras son azulosas que tanto abundan en los vecinos cerros. En estas arquerías una plancha recuerda los nombres de los héroes don Felipe Tinoco y don José María Palacios, muertos en 1811.

Por los portales de la plaza desfilaron los diversos grupos étnicos que integraron la "Feria Indígena" regional del mes de diciembre de 1941. Centenares de visitantes acudieron de todo el país a la ex-

posición. Toda clase de productos naturales y de labores manuales, enseñados por los conquistadores y que son su patrimonio, fueron exhibidos en esta feria.

Unos treinta grupos de nativos, en la mayoría de indios puros, pero otros de mestizos y criollos, ostentaron diversos vestidos. Con ellos cubrió su desnudez el fraile civilizador, doctrinero y cultor de pueblos en formación; y son los trajes de una variedad pintoresca, pues cada región conserva el suyo lo mismo que la banda de instrumentos modernos. De sus antiguos, de cuando erraban desnudos y salvajes por sus montes, no presentaron ninguno.

Cada grupo traía su estandarte, distintivo de su región geográfica. De ahí lo pintoresco del desfile que arrancaba aplausos del público, cada vez que pasaba ante su vista. Pero un gran número de indígenas, sucios, desarrapados y de pata en el suelo, que seguía a los bien vestidos, acusaba el sumo atraso del interior oaxaqueño. Sus rostros asustadizos denunciaban que, acaso, era la primera vez que salían de sus montes para visitar la capital. Muchos sólo se entendían entre sí en sus bárbaros dialectos.

Sus danzas primitivas y sus vestidos orientales y españoles presentan en su mestizaje un colorido especial. Allí estaban las principales tribus: zapotecas, mixtecas, yalaltecas, trique, tlacoluleños y huastecos. El alma melancólica y pasiva de todos ellos, bien se traslucía en sus acompasados bailes, dando un ritualismo místico en la fusión de la barbarie de sus cultos y de la cristiana enseñanza. Los sones se acentúan por su dulzona y triste monotonía, dada la simplicidad monocorde del indio americano.

Los oaxaqueños conservan, como los mexicanos, los que son netamente indígenas, su tradición y sus costumbres. En esta región la *Guelaguetza* es característica de ellos. Consiste en la donación. Cuando un nativo se casa, todos los vecinos y los más de los cercanos montes, acuden al nuevo hogar con las manos llenas. Cada quien se esfuerza en la ingenuidad de su regalo: le ofrendan desde el jacal hasta los vestidos. Esta costumbre es autóctona, se remonta hasta los mixtecas, que implantaron también el *Tequio*. Este se extiende a la comunidad. Su acción abarca todo objetivo que beneficie la cosa pública.

La Feria Indígena se inició con la *Guelaguetza*. Por eso tanto el gobernador como los representantes del Ejecutivo Federal, recibieron toda clase de frutos, de los que se cultivan en huertos y huertas de aquella comarca. Que son muchos y variados. A la ceremonia de los regalos siguieron las danzas regionales.

Tehuana vestida ricamente con su traje típico, en el desfile regional en Oaxaca.

Músicos tocando sus instrumentos y luciendo sus trajes regionales en Oaxaca.

La *Tlacolula,* que consiste en sostener en sus cabezas al son de la música y manteniendo el compás, las enormes coronas policromadas. Sus vestidos, chaquetas y pantalones bordados, son vistosos. Y como representan personajes célebres: Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, la Malinche, Moctezuma y Cuauhtémoc, se apellida "La Danza de los Conquistadores".

Vienen luego los "toritos", donde las mujeres disfrazadas de estos animales, embisten y tratan de cornear a los toreros. Juntos andan con los *Tigritos,* de cuyos compases imitan al felino en acecho de su presa. Demuestran su agilidad en sus asaltos rítmicos. En la danza de la tribu *Mije,* en cuya tradición se mantiene la idea falsa de que no fué vencida por los españoles, su ritual de danzante es sostenido por sus cortos pasos. En los huipiles las danzarinas ostentan listones de colores llamativos.

Las *Yacatecas* en sus bailes no puede apuntarse que taconean sus compases, sino que los talonean con sus carcañares desnudos.

Llevan en sus cabezas un trenzado negro al estilo hindú llamado *Tlacoyal,* de madejas postizas como los enormes peinados de hoy, que semejan avisperos.

Los *Jardineros* con sus arcos en vez de flechas envenenadas, como los usaban los indios en sus Guazábaras, durante la conquista, al presente los llevan de flores. Porque vienen del pueblo de San Marcos, donde se cultivan los jardines, tal cual se hace en Xochimilco. Bailan al son de violines y guitarras españolas.

La presentación de las *Chinacas,* cantando y danzando la *chilena,* es ruidosa por el roce de sus amplias y almidonadas enaguas de vivos colores. Es la *Samacueca* de los chilenos. Los movimientos de esta danza son marcadamente sensuales, que vienen de las costas donde el salobre mar incita al deleite. Se advierte que las danzas mexicanas en general, son más artísticas que lúbricas. No tienen el sabor voluptuoso de las tropicales.

Por sobre las anteriores se alzan los *Quetzales,* que con sus penachos de plumas en la cabeza bailan sus complicados compases, que consisten en diversas figuras. Chirimías y atambores los acompañan, y sus vestidos son de payasos. Llevan el nombre del pájaro más bello de México y Centroamérica. Y Guatemala lo ostenta como símbolo de su escudo. Cuentan que no pueden retenerlo enjaulado, porque al perder su libertad se muere de tristeza. Sus nidos tienen dos puertas, una para entrar y otra para salir, pues su enorme cola se rompería al regresar por la misma entrada.

Las tribus de los triquis y tloculeños se acompañan, al danzar, de flautas y de atambores; llaman a éstos huéhuetls.

Se termina esta sucinta relación de algunas danzas con la *Sandunga,* de las hermosas y esbeltas *tehuanas.* Vienen del istmo de Tehuantepec y aventajan a las anteriores, que son criollas o mestizas. Bellas y agraciadas, todas hablan español y sus vestidos son los mejor confeccionados. Es lujoso el atavío de sus trajes, y es variado también. En sus colores predominan el amarillo, el rojo y el azul de los mayas, que los oaxaqueños estampan en sus tejidos y cerámicas.

Esto recuerda la sensación de patria del visitante, cuando en una de las columnas del Templo de los Guerreros, en las ruinas de *Chichén Itzá,* de Yucatán, vió los tres colores de la bandera mirandina. El tocado de las tehuanas se completa con una cesta muy especial que llevan en la cabeza. Es el *xicalpextle,* que es una jícara grande pintada de flores y llena de frutas, que cubren con banderolas multicolores. Sus manos las emplean en sostener airosamente el jícaro

florido y en agitar el olán de sus encajes, cual si fuese un abanico que tuviera sus hermosas piernas por varillaje.

Tanto los istmeños como los chiapanecos tienen sus *Sandungas* los primeros y los segundos sus *Zandungas* también, pero con *Z*. A esta diferencia de escritura le dan distintos valores los unos y los otros en su origen, en sus sones y en la letra de sus cantos. Aquéllos son melancólicos con sus variantes, que los nativos saben apreciar.

Refiere Amalia Millán, en su Tesis para obtener el título de profesora de Folklore, que la *Sandunga* zapoteca, tuvo su origen de tristeza y melancolía en un joven estudiante, que regresó a todo trotar de su caballo porque su madre se moría. Y cuando llegó desolado a su jacal la halló sin vida. El dolor se tradujo en versos que inmortalizó el sentimiento filial del poeta.

El estudio de la más interesante de las folkloristas mexicanas, es una pieza de apunte de gran valor descriptivo, de las danzas y costumbres oaxaqueñas con motivo de la Feria Indígena de 1941.

La autora que la presenció deja en su tesis una obra de belleza y de utilidad folklórica. El suscrito, que aprecia en alto grado las dotes artísticas de Amalia Millán, se ha servido de su estudio para completar este cuadro de su "Rincón Mexicano" de Oaxaca, que visitó en esos mismos días. Para terminarlo reproduce los hermosos versos, que son un elogio a la mujer del Estado de Chiapas en el pueblo Valle de Zintlalapa. Son la letra de la Zandunga chiapaneca:

Son tan bellas sus miradas
de fulgores tan brillantes,
que parecen llamaradas
de esmeraldas y diamantes.

Y su boca purpurina
con sus perlas orientales,
la sonrisa peregrina
de las hadas inmortales.

Y su pecho palpitante
va entonando la romanza,
voluptuosa y embriagante
del amor y la esperanza.

Hiere el suelo con capullos
de la rosa embalsamados,
tan brillantes cual cocuyos
de la noche enamorados.

La ondulante curvatura
de su cuerpo torneado,
pinta airosa la hermosura
de su cuerpo inmaculado.

Es la luz en los colores
en el verso idea tangible;
es la esencia de las flores
y la gloria inmarcesible.

México, 1941.

XVI

LAS RUINAS DE MITLA

Del histórico ahuehuete de Santa María del Tule, a unos 37 kilómetros de la ciudad pintoresca de Oaxaca, se encuentra la iglesia de Tlacolula.

Es grande y ostenta sus dos torres, de un solo cuerpo cada una. En el atrio extenso se miran, en sus cuatro ángulos, cuatro capillitas abiertas llamadas humilladeros.

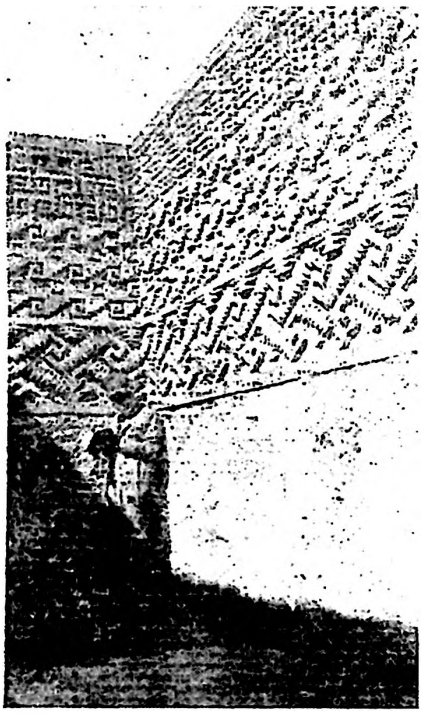
Adentro hay hermosas tallas de madera en las paredes y en los techos; un poco bajos, brillan dorados antiguos. Los estilos barroco y churrigueresco se suceden en las molduras. Imágenes, en alto relieve, forman cuerpo con las paredes. El color de unas y de otras, lo mismo que los techos, es de un rojo oscuro.

Se continúa la carretera hasta llegar a las ruinas de Mitla, que distan de Oaxaca 52 kilómetros. Aquí termina la serranía que limita, por ambos lados del camino, el hermoso Valle de Cortés, porque son tierras que pertenecieron al marquesado del descubridor y fundador de la nación mexicana.

Da la sensación como si detrás del teocali se cerraran los cerros, y fuera toda la hondonada una enorme presa. Pero hay una abra estrecha donde se rompe la cerrazón. Por allí entra la carretera panamericana que viene de Puebla y de la ciudad de México.

Una vez el viajero, ávido de conocer los tan nombrados escombros zapotecas, empieza a contemplar las paredes, aun en pie, llenas de grabados con embutidos de piedra como si fuesen bordados de mujer.

Arriba, de un lado, un corredor que tienen los arqueólogos por habitación de los sacerdotes zapotecas. Mide 9 metros con 65 centímetros de largo por 9 metros de ancho. Es casi un cuadrado completo. Los pisos, en parte, conservan la roja argamasa que los revestía. Es tan consistente esta mezcla, que no obstante los siglos de abandono, a plena intemperie, todavía se hallan en buen estado.



Grecas del respaldo de las ruinas de Mitla, la mejor conservada. El autor, en el ángulo de las dos paredes.

Portada de piedra tallada de lo que se supone fué una gran sala en Mitla.

El contorno de la antigua habitación y el salón contiguo, que suponen fué para recepciones, muestran en gran parte en sus paredes, sus molduras que semejan calados de encajería. Son piedras pequeñas que en cuadriláteros alongados se encajan en las ranuras de sus paredes.

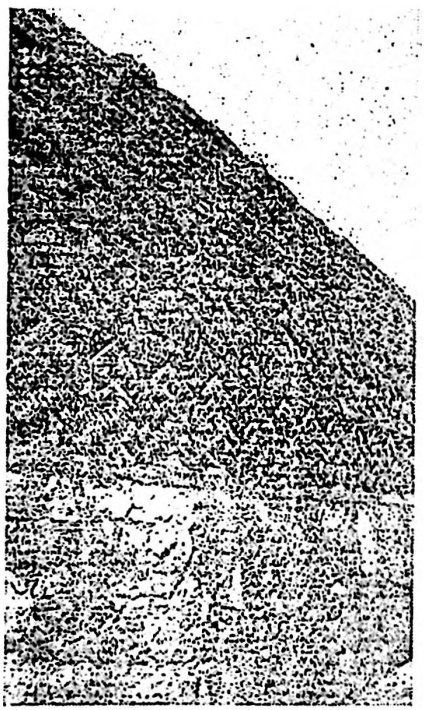
Las franjas de estos encajes y bordados forman tres grupos, dados su tamaño y colocación. Estos adornos, que llaman grecas, han servido a los alfareros y a los tejedores oaxaqueños para los dibujos de sus lozas y los colores de sus vistosos sarapes.

La base del teocali, salas y demás departamentos son de cal y canto, y las paredes donde se clavan los adornos son de argamasa.

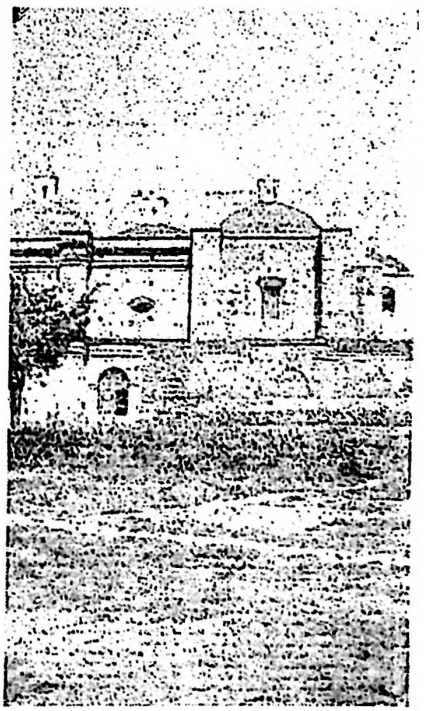
En el largo salón se miran seis columnas cilíndricas, más gruesas en la parte inferior, imagen fiel de las palmas, o chaguaramos, que debieron de sostener la techumbre del edificio. El salón a todo lo largo de éste da a un patio que es grande y cuadrado. En el centro se halla el Teocali. A los dos lados de éste, los sepulcros de los reyes y de los sacerdotes.

En la parte alta de la tumba mayor se ven todavía los dinteles de las puertas, que son de un solo bloque de piedra tallada. Miden 5 metros con 80 centímetros de ancho, y 1 metro con 15 centímetros de alto. Se les calcula un peso aproximado de 25 toneladas.

Causa admiración el pensar la traída de semejantes piedras, estando a gran distancia de las canteras. Y son varios los dinteles de esas dimensiones.



Otra variedad de grecas, que son fragmentos encajados en la pared, Mitla.



Capilla cristiana de tres cúpulas, construída con las piedras de Mitla.

Hay algunos rotos que los hispanos, torpemente, los fragmentaron para la construcción de las iglesias y de casas adyacentes.

Las dos tumbas cruciformes de piedra tallada, que una de ellas mide 7 metros de largo por 2 de ancho y 2 de alto, dan una idea de aquella clase de escultura pétrea. El Teocali en general fué destruído por los maestros de obra de la conquista para edificar en el centro mismo de las ruinas de Mitla.

Sólo el costado de éstas, el que mira al abra de entrada del Valle, se encuentra intacto. Allí sí se puede admirar la belleza de aquella encajería de piedra, adorno pétreo de sus paredes. Especialmente en la parte alta que decora la cornisa.

El templo cristiano, construído con los despojos del Teocali, es de gran tamaño y ostenta varias cúpulas. El retablo del altar mayor, de cedro amargo, tallado y dorado al fuego, fulge en artísticas hornacinas que guardan imágenes estofadas.

Detrás existe un antiguo cementerio católico, y en el atrio los cuatro humilladeros, muy común en los pueblos mexicanos.

Circundan el templo otras ruinas de teocalis, por lo que se deduce que la erección del primero fué en el centro de las construcciones indígenas.

Se completa el paisaje de aquel sitio de atracción turística, que fué adoración del paganismo zapoteca, y luego culto simbólico del cristianismo, con una gradería que conduce a un fortín.

El caserío del rincón de Mitla, en su mayoría meros jacales, está cercado de cardones. Que allá, como en los cardonales de los terrenos estériles que orillan la carretera asfaltada de Acapulco, semejan órganos de un templo.

Hoy, con la carretera panamericana que atraviesa el Valle de Cortés, las ruinas tendrán mayor prestigio, y se hará de ellas un museo para su conservación. ¡Que son muchos los extranjeros, y también los mexicanos, que gozarán al conocerlas y admirarlas!

México, 1942.

XVII

MORELIA COLONIAL

A los 314 kilómetros de recorrida, por carretera asfaltada, se llega a la antigua Valladolid. El ambiente de esta hermosa capital de provincia es todo colonial.

Sus monumentos son suntuosos, como que ellos constituyen el poema de las canterías. El visitante sale, después de recorrer la típica ciudad y admirar sus edificios, lleno de unción cristiana. Ante el arte y la belleza del muro de la piedra, que dejaron allí los humildes fundadores, se descubre reverente.

Al partir de la ciudad de México para conocer a Morelia, se asciende por el Paseo de la Reforma, que en puridad de verdad debería llamarse Paseo del Emperador, puesto que Maximiliano fué quien lo trazó; se atraviesa las Lomas de Chapultepec en los 14 kilómetros desde la plaza de la catedral, para llegar al pueblecito de Cuajimalpa, que tiene una altura de 2,600 metros. Dista 20 kilómetros de la capital.

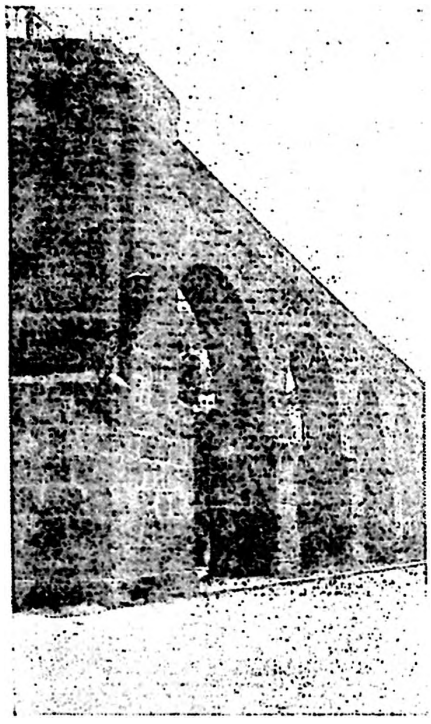
En sus campos, en laderas, se cultiva el maguey, que produce el pulque. Luego La Venta, caserío largo de 2,800 metros y a una distancia de 22 kilómetros, que a los 25 se encuentra, a mano izquierda, el desvío para subir al antiguo convento de Monte Carmelo, apodado "Desierto de Los Leones". Toda esa boscosa región está poblada de oyameles y ocotes, pinos resinosos en especial el segundo. Los inditos los ahuecan y sacan pequeñas astillas que venden en los mercados, en manojitos de a *cincos* y *dieces*. Esto se entiende que son centavos de pesos.

Más arriba, a 3,100 metros, se corona La Sierra, cuya parte más alta dista unos 30 kilómetros. Desde allí se comienza a descender hasta el río Lerma y llegar al pueblo que le da su nombre. A los 65 kilómetros se entra en Toluca, capital del Estado de México, con sus 26,000 y más habitantes. Se extiende en una planicie con cerca de 2,600 metros de altura, la misma que tiene Bogotá en Colombia.

Esa región está azotada por la epidemia de robos, asesinatos y asaltos en plena carretera. Este flagelo social es secuela de la última Revolución, según dicen los documentos publicados recientemente. Se continúa por la asfaltada ruta y se pasa por una alongada calle de Zitácuaro, poblado que se desparrama, en uno de los hermosos valles del poético Michoacán. Queda a 164 kilómetros.

Desde allí comienzan los panoramas cada vez más intensos en belleza, dado el prestigio que le dan sus valles, ensenadas, colinas, cumbres y montañas. Además, por toda la ruta, como en otras más, hay una atracción de un encanto único en los caminos de América, con las capillas y las iglesias que elevan sus torres y sus cúpulas en reconocimiento de un Dios que sólo demanda inciensos y plegarias.

Uno de los mejores edificios de Morelia es la Casa de Gobierno, donde asienta el Gobernador del Estado su sede de mando. Contiene



Arquería del acueducto colonial, a la entrada de Morelia.

Patio con arquería doble en el Palacio Municipal de Morelia.

dos inmensos patios, que eran los viejos claustros conventuales, donde las arcadas son dobles. Cada una cuenta con 32 arcos en cuadrado, lo que suman 32 por 4 que son los pisos. Este juego de 128 arcos de cantera en pura talla sobre sus esbeltas columnas, es una galería de hermosa piedra labrada. Es la obra de los frailes que embellecieron a Valladolid. Aquí estaba el convento de las Capuchinas.

El envigado de los corredores, que son largos y amplios, es del corazón del pino rojo, que por la juntura de las vigas, su labrado y color caracterizan las construcciones coloniales. Igual techumbre se admira especialmente, en el convento franciscano de Huejotzingo, y en el agustiniano de Actopan.

Y a este de las Capuchinas parece que se trasladó el colegio de San Nicolás, fundado por el obispo Quiroga en Pátzcuaro, pues en sus aulas había algunas dependencias culturales en la época. La azotea, de vasta amplitud en su cuadrilátero, se encuentra rodeada de almenas de piedra tallada y algunas en forma de torrecillas. Desde este sitio central la vista se desparrama sobre la histórica Valladolid

y los valles y las colinas que la circundan. Bien merece que el visitante goce de esa poética perspectiva. El enorme oratorio de las monjas, en la misma azotea, hoy sirve de Archivo gubernamental.

Todo el plano de la obra ha quedado hasta el presente con algunas modificaciones, como la sala de baño del Gobernador, con los aparatos modernos de aseo personal. Esto recuerda dos sanitarios públicos: el de la vieja Gobernación de Caracas, en la misma Plaza Bolívar, que estaba en el fondo de un corredor del piso alto. Era de tablas y se tenía como lugar *infecto*. Siquiera sirvió para hospedar al moribundo Eustoquio Gómez, deudo de don Juan Vicente, al final de una vida llena de maldades. A ese sitio *mal oliente* fué a parar el hombre que bien merecía este juicio: "Don Eustoquio Gómez puede ser juzgado por los crímenes que castiga el Código Penal Venezolano, menos el del suicidio". Era la sentencia del abogado José Rosario García, deudo del dictador.

Los mexicanos encuentran en los anales de la conquista un malvado muy semejante, Nuño de Guzmán, por los años de 1530 y más.

El otro sanitario es una legión, que se visita en el Palacio Policial de Guatemala, de solas oficinas para el ramo. El dictador Ubico, honesto administrador del Tesoro Público, dotó a aquel edificio, que tiene cinco pisos, con 236 sanitarios donde pueden asearse, en un mismo tiempo físico, unas 300 personas. Si va a decir la verdad, el suscrito no ha visitado hasta hoy, en Iberoamérica, cosa parecida. Por eso se apunta arriba que es una legión de sanitarios.

El solo hecho de haber pasado el convento de las Capuchinas de Valladolid, por obra y gracia de la expropiación, a servir de Palacio de Gobierno en Morelia, demuestra a lo vivo la grandeza de las construcciones conventuales.

De modo que las congregaciones religiosas, tan escarnecidas y profanadas por los reformistas y revolucionarios mexicanos, sirvieron en la Colonia para construir los palacios que hoy son orgullo de esos mismos revolucionarios convertidos en Gobierno.

Un poco más de sentido humanitario y lógico ante los hechos irrefutables de la historia. La memoria del padre que procreó hijos de carne, de piedra o de letras debe honrarse, siempre que el descendiente corresponda a la grandeza del progenitor. ¡Que en esos patios deben colocarse monumentos tallados en las piedras de las mismas claustrales, cuyas canterías testimonian la calidad y mérito de la obra, canteras, con el nombre de aquellos silenciosos fundadores que supieron laborar edificios seculares de arte, de utilidad y de belleza!

El Palacio Municipal, antigua Factoría del Tabaco, fué construído en 1781. El patio es un octágono, con arquerías simétricas donde sus ángulos, en forma de cruceros, se sostienen en la misma traba. Este es un ingenioso alarde del arquitecto. Todo son canteras talladas. Este es uno de los patios que más llama la atención del turista, por su singular belleza constructiva.

Al subir la escalera, donde continúa la talla de la piedra, un gran escudo en la pared detiene las miradas del visitante. Es el de Valladolid. Allí, grabados en piedra, se encuentran tres personajes: Carlos V, Felipe II y Maximiliano, hermano del primero. La escalera se abre en dos ramas. El techo, con la clásica altura de los edificios y casas coloniales, es también de cedros rojos. Cortados en los vecinos montes del Punhuato, que cuando se baja por la carretera de las Mil Cumbres, se divisa allá a lo lejos. Son distintos de los ocotes resinosos y de los oyameles, siempre verdes, en que su tronco es más recto y sus ramas sólo nacen en la parte alta de aquél.

En el comedor del primer piso hay una plancha con esta inscripción: "Al ilustre don Melchor Ocampo, que nació en este lugar". Y más tarde, agregan las crónicas fué vilmente asesinado en la hacienda de Caltingo, del hacendado de "Pomoca", el 4 de junio de 1861. Lo ejecutaron cobardemente los guerrilleros Márquez y Zuloaga. ¡Acaso sea el mismo Leonardo Márquez, responsable, en parte, de la tragedia del Cerro de las Campanas, en Querétaro!

Ocampo, el gobernador de Michoacán, inició la guerra contra la propiedad, y como se contagió en Francia con la impiedad de algunos escritores, aconsejó al dócil don Benito para decretar las leyes de Reforma. Estas sirven para cohonestar el robo de las riquezas nacionales que custodian en los edificios públicos, de iglesias y conventos, el clero secular y regular.

En las cartas que escribió a su compadre el señor Juárez, se apuntan hechos. No quería ir al Congreso, que le llamaba con urgencia, hasta no enviar trigo y maíz de sus *propiedades,* el enemigo de las ajenas, para asegurarse en la capital sus medios de vivir, *no queriéndome atener a las dietas, cuyo pago me parece muy incierto.* Y esto se lo decía nada menos que al Jefe del Gobierno.

En otra apunta el envío de unas cajas para la señora Juárez, que temía se perdieran, pues *"en aquellos días, robaban en grande por el Monte de las Cruces".* En los tiempos que corren todos son *Montes* y todo son *Cruces.* Una cosa curiosa, a don Melchor le llamaban la atención los robos en los caminos, y no caía en la cuenta que el

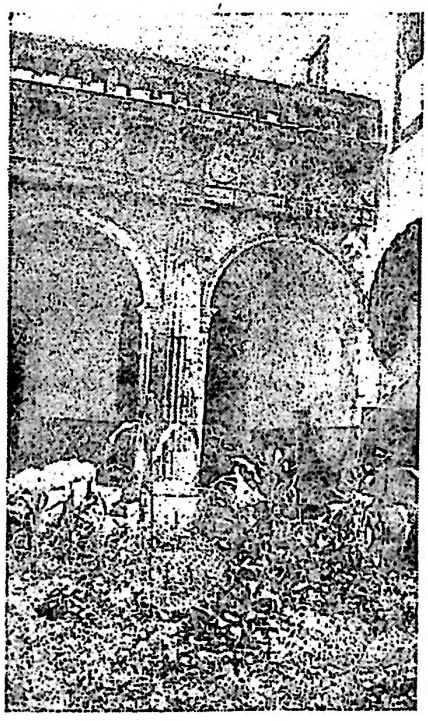
saqueo de las iglesias y conventos era un robo público, aconsejado por él a don Benito.

Pocos días antes de ser victimado por el guerrillero Márquez al enviarle a su compadre y jefe una caja de *chirimoyate,* le decía: "ya no dirán que sólo el *guayabate* es la industria de Morelia". Hoy de todas las frutas se hacen ates.

Al terminar sus días trágicamente en Tepeji del Río y en una encrucijada alevosa, quizás sólo tuvo tiempo de encomendar su alma al Diablo, puesto que "se jactaba de ser ateo y murió sin querer prepararse religiosamente". Así concluye el cronista el sucinto perfil del Consejero de las Reformas. ¡Paz a sus restos!

Fué el célebre Ministro del Presidente Juárez. Cuentan que éste huía de los sitios donde se peleaba, pero sin abandonar ni un momento el Poder, del cual supo agarrarse hasta que murió.

Según narra don Teodoro Torres, hubo coplas satíricas, ilustradas con caricaturas, sobre este motivo del *huidizo* Presidente, como le llamaban algunos mexicanos.



Patio con sus columnas de piedra tallada, en la casa del canónigo Balaunzarán, en Morelia.

Angulo de los arcos que fueron el soberbio acueducto de Morelia.

En la ingeniosa obra de Torres "El Humorismo y la Sátira en México", recuerda el pasquín que le pusieron en su casa al canónigo de la catedral: "Belaunzarán! Belaunzarán!, que se te sale la casa por el zaguán". El canónigo, que gastaba también el ingenio, escribió al pie: "Que se salga por el zaguán, o se me salga por la ventana, yo hago en mi casa lo que me da la gana".

Al escribir estas páginas es sensible de todas veras, estampar la noticia dolorosa para el suscrito, de que el autor de la mencionada obra acaba de morir en México, por septiembre de 1944. Don Teodoro Torres, hombre a cabalidad y modelo de padres de familia, es un representativo de las letras mexicanas.

Su pluma maestra, siempre enfrascada en los clásicos españoles, dejó libros de erudición y crítica. Manejó acertada y justicieramente la historia. Uno de sus mejores estudios fué la biografía del célebre bandido durangueño Doroteo Arango, conocido en los fastos revolucionarios con el apodo de *Pancho Villa*.

Quien desee saber lo que fueron los caudillos que sucedieron a don Porfirio, que lea la Vida de Pancho Villa, por don Teodoro Torres.

Las revistas "México al Día" y "Saber" bastante difundidas por el país y conocidas también en el extranjero, que Torres dirigía, contienen lectura amena y variada. Honran el periodismo de su patria. Don Teodoro pertenecía a la Academia Mexicana de la Lengua.

La casa del canónigo fué construída en 1690, y tiene un patio interior con arcadas caprichosas. Las columnas de orden dórico se hallan antepuestas a unos arcos romanos, con sus capiteles de frisos combinados: metopas, triglifos y cabecitas de toros enflorados. Los arcos son apenas cuatro.

Cuentan los cronistas que desde la azotea de esta mansión, el conservador Leonardo Márquez, acaso el matador de Ocampo, peleó por diciembre de 1863 en defensa del Imperio, y que allí conquistó una herida. Pero el 23 de mayo de 1867, salió con fuerzas del sitio de Querétaro, pretextando que iba a buscar tropas a México, y como fué derrotado en Puebla, sin orden alguna coadyuvó a Miguel López en la entrega pérfida de Maximiliano.

Se termina este bosquejo de una de las ciudades más bellas, saturada aún del ambiente colonial, que se enorgullece de las construcciones antiguas, con señalar dos casas. La una del cura Morelos, el caudillo de la Independencia, y la otra de don Agustín de Iturbide, el libertador realista de México. De ambos se hablará en capítulo aparte.

Caracas, junio de 1945.

XVIII

VALLE DEL OBISPO PAGAZA

Por los años de 1530 el franciscano Gregorio Jiménez de la Cuesta, acompañado de otros religiosos y de indios otomíes, llegó a un hermoso valle. Los mazahuatls, indígenas bravíos, al verse invadidos tocaron el *teponaxtle,* instrumento bélico, y acudieron a la guerra.

El franciscano Gregorio, al ver heridos a sus compañeros, con los brazos abiertos en cruz se lanzó sobre los agresores, y ante el gesto heroico del misionero, que iba en son de paz, abatieron sus carcajes y sus hondas.

Unidos todos, bajo el pendón de la Cruz y a la sombra de un frondoso pino, dieron comienzo los religiosos a la fundación del Valle. Allí empezó el barrio de Santa María de Aguacatlán. La población fué creciendo hacia arriba. Pueblo minero, sus calles son estrechas, tortuosas y empinadas. Tales como las de Tasco y Guanajuato.

Se procedió a construir una ermita cerca del pino, la cual sirvió de eje y centro como en toda fundación cristiana. Junto a la capilla se levanta un templo de portada, columnas y arcos de cantera. La fábrica se ha atrasado a causa de la revolución comunista, que fué contra iglesias, monasterios y culto religioso. En la antigua ermita se venera un Cristo de color negro. A su alrededor las leyendas piadosas han tejido la tela secular del milagro. El color de estos Cristos mexicanos, según explicación de algunos, obedeció al propósito de facilitar la conquista espiritual del indio, dándole el color oscuro de su piel.

El pino se eleva a unos 25 metros de altura, en lujuriosa fronda de ramas y de hojas. El grueso de su tronco mide 10 metros 20 centímetros. El obispo poeta, doctor Joaquín Arcadio Pagaza cantó a su compatriota el árbol milenario:

¡Fresno gigante, prócer avellano,
abeto erguido, plátano eminente,
callad, parleros, y humillad la frente;
Callad delante del atleta anciano!

De la protervia de Aquilón tirano,
de los horrores de la escarcha urente,
de las tormentas y del rayo ardiente,
ya os defendía envejecido y cano.

Sobre vosotros tiende la mirada
arrogante y magnífico, severo
su ademán, la mejilla sonrosada.

El os miró nacer, y fué el primero
que al anunciarse aquí la fe sagrada
cobijó con su sombra al misionero.

Subiendo de sur a norte desde la ermita por la sinuosa calle que lleva el nombre de Pagaza, por haber nacido allí el poeta, se llega al Calvario. Es una iglesia en la parte alta del poblado. Desde esa pequeña planicie se divisa el valle. Pintoresco por sus tonalidades según la clase y tiempo del cultivo. Semeja un cáñamo tejido a mano, con sus cuadros y figuras de colores diferentes. Las cintas de plata, canales de riego, son del río Salitre. Esto da al valle una feracidad perenne.

Los cerros que lo circundan, a manera de un marco granítico y montañoso, se elevan hasta por tres veces. Una hilera de cumbres más bajas, limita en sus faldas el valle; otra más alta, se levanta detrás de la primera; y una tercera alza su cabeza detrás de las anteriores hasta limitar el horizonte.

Este cuadro es digno de un pintor, ya que tuvo su poeta en el que fué obispo de la Diócesis de Veracruz durante 23 años. Cantor bucólico, de estilo virgiliano, dejó versos de clásico sabor campestre. De su ameno valle dijo:

Entre estos montes de feraz verdura,
entre estos riscos y húmedos bajíos,
el lenguaje entendí del aura pura
y la voz ronca de impetuosos ríos.

. . . . . .

Ante tus selvas de oloroso pino,
¡oh fértil valle! y silbadora caña,
y aquellos llanos que el Salitre baña
con linfa azul de murmurar divino.
Tus abetos de plácida memoria
guardan aún grabada en la corteza
de mi niñez la peregrina historia.

. . . . . .

Y los mirtos que pueblan tu maleza
con sus hojas cubrieron mi cabeza.

Cascada del río del Molino, cerca del antiguo puente de cal y canto, en Valle del Obispo Pagaza, llamado Valle de Bravo.

Calle típica, en el fondo del santuario de Santa María de Aguacatlán, en Valle Pagaza.

Este rincón de poética verdura que desde 1898 lleva el nombre de Valle de Bravo, en homenaje a un prócer de la Independencia, ha debido, en buena ley, llamarse "Valle Pagaza". El general Bravo no fué hijo de este pueblo ni combatió en las colinas de sus montes, al paso que Pagaza fué una figura ilustre de la iglesia y un poeta, como pocos, en el Parnaso de esta gran nación.

El sitio más admirado y el cual merece ser conocido de propios y extranjeros, es la célebre *Peña*, corazón y centro del valle. Su ascenso es fácil. De la plaza principal se llega a pie, en menos de una hora. Se sube por colinas de poca pendiente y con amplios descansos. Al coronar la cumbre se ve que terminan las piedras en una especie de mamelones acanalados, semejantes a los cactos, de esos que apenas se alzan del suelo.

Entre las enormes rocas se encuentra una gruta, de paredes labradas, que convida a tejer un idilio amoroso bajo su sombra protectora. Parecen los canales de estas graníticas creaciones, como si

caídas de agua, durante siglos, las hubieran burilado. Se llama "La Gruta del Amor".

A pocos pasos y grabado a cincel, en la roca viva, se lee un soneto de Pagaza a "La Peña":

De un monte el dorso rispido y serrado
tiene por trono, y la escarpada cumbre
su corona de laurel, y su techumbre
las nubes son, y el éter azulado;

por cetro empuña verde y arriscado
monolito de enorme pesadumbre;
las colinas su regia servidumbre
son, y su imperio el valle dilatado.

Se embellece mirando en el bruñido
y líquido cristal su faz severa.
Su airoso porte y su ademán temido;

y su música dulce y placentera
son el trueno del rayo y el graznido
del águila salvaje y altanera.

Se grabó allí el día que los nativos festejaron el centenario del nacimiento del prelado poeta. Estas inspiradas estrofas dicen por sí solas de la magnificencia de aquella peregrina cumbre. Y el soberbio panorama que se despliega alrededor emociona el ánimo y exalta la mente.

Pocos lugares en un país en donde abundan tantas bellezas naturales, tienen un encanto más sugestivo al contemplarlo. Todo allí es grandioso. Las piedras acanaladas, como si la mano de un artista con su gurbia hubiera trabajado en ellas. A las plantas del coloso la vega en cultivo, con una exuberante vegetación; porque son varios los ríos que la fecundan. Y a lo lejos las colinas de sus riscosos montes.

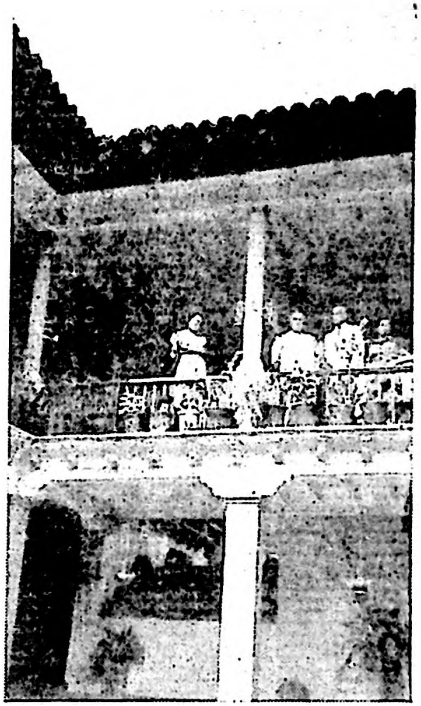
Otro lugar que el turista debe visitar es el río del Molino. Al sur, más allá del pino y de la ermita, se pasa por el puente que se tiende en arco sobre estribaciones en las mismas rocas y se sube bordeando su boscaje sombrío. Todo el cauce es de pequeños saltos por entre piedras que cubren árboles frondosos, helechos de variadas hojas

menudas y lanceoladas, adornan sus orillas. Una vez arriba se llega a la caída de las aguas en forma de una gran cascada. El torrente es atronador, pero majestuoso. Bien merece el trabajo del ascenso.

Al regreso se busca el camino que va al occidente al pie de la población y se atraviesa un puente sobre el río que ahora tiene el nombre de "El Salitre". Se llega al margen de la colina, que es umbrosa, hasta la Rinconada de San Juan. Lo tupido del dombo, que forman los árboles, no deja penetrar los rayos del sol. Es la bóveda un templo de techumbre natural. Después de la Gruta del Amor, allá en La Peña, ningún pasaje del Valle Pagaza más propicio al dúo pasional de una de esas parejas que andan por la vida enredadas en los cabellos dorados del travieso Cupido.

En recuerdo de esa visita se anotan dos nombres: el del presbítero José Castillo y Piña, hijo del Valle. La casa de sus padres, que se conserva aumentada y reformada, es una de las mejores de ese lugar. El gran salón está lleno de libros y de objetos curiosos.

"La Gruta del Amor", en la cumbre de "La Peña", en Valle Pagaza. El autor asoma en la puerta de piedra.



Patio enclaustrado del Pbro. Castillo y Piña, con el autor y la intelectual Esther Herrera. En Valle Pagaza.

Que su casa en la ciudad de México contiene uno de los mejores museos particulares, donde hay tantos; y su biblioteca es una joya de ilustración. Allí hay curiosidades artísticas antiguas y modernas; y sus libros, manuscritos y periódicos en ordenados anaqueles.

Ha publicado obras que le dan nombre y fama al escritor en su país. Poesías, cuestiones sociales, viajes y asuntos históricos. Son unos diez tomos, que desde 1935 no cesa de dar al público. Es un incansable trabajador intelectual.

En tiempos duros e ingratos de la Revolución comunista, donde se fusilaba a los sacerdotes, estuvo en capilla. Lo salvó su sangre fría y su carácter escudado en la fe religiosa.

Fué el guía ilustrado que tuvo el suscrito en ese hermoso valle.

El otro nombre es el de una de esas damas que son todo abnegación y sacrificio en aras de la caridad cristiana. Ha fundado un pequeño asilo de mujeres abandonadas y sostiene una escuela de niños pobres. Ella misma los asiste en ciertas horas, no obstante ser persona del mundo social mexicano.

Porque Esther Herrera Tagle vive consagrada a las benéficas obras de carácter social. Devota y señorial, ciñe al cuerpo el humilde cordón franciscano y cultiva la vida intelectual.

Tiene preparada una novela, donde acaso ella es la protagonista, de cuando andaba por el mundo social y diplomático dentro y fuera de su país.

En una de las poéticas colinas del Valle Pagaza leyó al suscrito y a su compañera varios de los capítulos. Y le observó: "Le diré lo que le dije a Teresa de la Parra, cuando ésta me hizo conocer su novela "Ifigenia": Publique su obra, que ella le dará nombre y fama".

Tan presto como se cubran de asfalto los dos tramos de carretera que conducen a este paradisíaco rincón, los extranjeros harán de él uno de sus lugares favoritos. Y bien sabido es que no hay mejor industria para un pueblo que el turismo. Y México está llamado a ser por sus encantos naturales, por sus tesoros arqueológicos y por sus palacios, templos y conventos coloniales, la Meca del turismo continental.

Valle Pagaza queda más allá de Toluca. El primer tramo se toma a la izquierda cerca de San Miguel Zinacantepec; desde allí, por carretera amplia, de vistosos panoramas y de intenso cultivo, pero sin asfaltar, se llega al valle. El trayecto es de unos 70 kilómetros.

El otro tramo se desvía a la izquierda en el kilómetro 126 antes de Zitácuaro. Unos 50 kilómetros, también sin pavimento.

Las calles del pueblo, que son incómodas para peatones, autos caballos y burros, sólo las arreglarán cuando los turistas las visiten. Tanto el Gobierno Nacional como el del Estado y el Municipal y las personas de influencia deben, a una, conservar ese poético valle tal cual lo encontraron los conquistadores.

Que si la industrialización tratase de convertirlos, por medio de mercaderes, en otra cosa distinta de lo que es, todos sus habitantes deben oponerse.

JACULATORIA

¡Oh genio de los bosques, colinas y valles, protege este rincón mexicano de toda aviesa intención!

¡Que la soberbia perspectiva que se contempla desde la cumbre rocosa de "La Peña" no sea rota nunca, y el cultivo del valle sea siempre el granero de sus habitantes!

¡Que nunca el ánimo mercenario trate de destruir la obra maravillosa del Creador, cuando ésta es de belleza y poesía!

¡Que no sólo de pan vive el hombre, como decía Jesús a las turbas que le seguían, sino también de todo lo que viene del espíritu y es belleza y poesía!

México, octubre de 1942.

XIX

LA OPULENTA GUANAJUATO

Esta visita fué por rieles, pues para diciembre de 1941 no había carretera que llevase a los turistas desde México.

Los pueblos principales que se encuentran por vía férrea son Tlalnepantla, Tultitlán, Cuautitlán, Ixtacalco, y así hasta contar 41 lugares. Ya para llegar se pasa por Celaya, célebre por haber dado al pintor Francisco Eduardo Tresguerras.

En Silao, a 382 kilómetros de tren, se deja el de trocha ancha por uno local de angosta. Y a 409 kilómetros se llega a Guanajuato. Viaje molesto por las muchas estaciones y falta de orden en el itinerario. Como en todos los ferrocarriles mexicanos desde que los obreros regulan la marcha.

Entre los monumentos coloniales sobresale por su construcción el templo de los jesuítas llamado La Compañía. El atrio está en el al-

to, pues el plano de la población es todo en terreno quebrado, como que fué trazado en las bocas o tiros de las minas.

La portada, toda de cantera, con sus columnas y sus nichos para imágenes de piedra. Los encajes de algunas de sus cornisas están rotos. A la observación del suscrito le apuntó don Antonio Pompa y Pompa, secretario de la Academia "Antonio Alzate", que era debido al estiercol de los pájaros y a la lluvia, durante muchos años. Aquí no es el polvo acumulado, como en Zacatecas, porque Guanajuato carece de aire polvoriento.

En el interior las columnas de piedra tallada, con sus arcos, son de enorme dimensión. Hay dos hileras de aquéllas, pues la iglesia tiene tres naves. Un día de 1807 y de consternación para sus habitantes, vinieron al suelo presbiterio y las columnas cercanas. Un arquitecto guanajuatense, deudo del secretario Pompa, levantó lo derruído y construyó elegante cúpula. Los visitantes admiran la belleza y solidez de lo reconstruído.

Es rica en lienzos. Los hay de Miguel Cabrera, el máximo pintor colonial. Tienen por motivo la vida y milagros de San Felipe Neri y el triunfo de los jesuítas.

El suelo del convento contiguo es una especie de escalinata con amplias bases de graderías. Contiene siete pisos dada la desigualdad del terreno. En 1744 se creó allí una escuela, luego pasó a Colegio de la Purísima Concepción, y desde 1828 lleva el nombre de "Colegio del Estado".

La fundación de esta casa obedeció a la munificencia de doña Josefa Teresa de Bustos y Moya, hermana del marqués de San Clemente, que donó su residencia y le creó rentas con la hacienda de Aguas Buenas. Fué aumentada con lo que regaló don Pedro Bautista de Retana, el cual dejó, además, otros bienes para cátedras del colegio.

Con motivo del segundo centenario del título de Ciudad, concedido el 8 de diciembre de 1741, se verificó una exposición adonde concurrieron artistas con sus lienzos, acuarelas, dibujos, aguasfuertes, caricaturas y esculturas. Fueron premiados, entre otros, Manuel Leal, guanajuatense, por sus valiosas acuarelas. También las caricaturas de Luis Calvillo, apodado "Mustafá" por su indumentaria y sus excentricidades.

Al instante surgió la figura original de Vito Modesto Franklin, conocido en Caracas con el mote del *Duque de Roca Negra*. El cual también, por su vestido y extravagancias, algunas rayanas en actos

no loables, enriqueció el argot caraqueño con los vocablos *vitoco, vitoquismo* y *vitoquiar.*

La nota más sobresaliente fueron los cuadros que llevó de México María Asúnsolo, de Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, corifeos de la pintura revolucionaria. Sus excesos de líneas y colores son aplaudidos por los partidarios de esa escuela. Otras firmas, de artistas más comprensibles y más encajados en los moldes naturales, como Roberto Montenegro, María Izquierdo y Raúl Anguiano estuvieron allí también.

María Asúnsolo, especie de musa inspiradora de pintores, músicos y pensadores, mantiene a su alrededor un ambiente de entusiasmo por las Bellas Artes. Sus perfiles de mujer son del clásico helenismo. Sus adornos son la sencillez, pues nunca ha menester de afeites y cosméticos mujeriles. Y el tocado de sus cabellos son las solas clinejas o el airoso moño de la estatuaria antigua.

Al visitarla en su departamento, adornado con lienzos de sus pintores favoritos y el grupo alegre de sus admiradores, se diría que es una Aspasia sin Pericles. En el cuadro, de cuerpo entero de Siqueiros, lucen sus divinas formas a través de una gasa sutil. Es el mejor de los muchos retratos de la diosa.

Pertenece a una familia norteña que cuenta a Dolores del Río, estrella del cine mexicano, y a Ignacio Asúnsolo, quizás el mejor de los escultores actuales. Por eso fué un error el haberle excluído del concurso para las maquetas del monumento al libertador Simón Bolívar. Lo mismo que al colombiano Rómulo Rosso, radicado en México, y bastante conocido por su Bolívar en el destierro. La culpa de todo la tuvo un tal César González, que representaba al Gobierno de Medina Angarita en México.

Hubo también tallados de cedro rojo y de nogal, que merecieron premios.

Otro número del programa fué la apertura de los museos de Minerales y de Historia Natural. Estuvieron a cargo de dos científicos: el licenciado Manuel Cortés, subdirector del colegio, y el profesor don Fulgencio Vargas, erudito en cosas de Guanajuato.

Entre las curiosidades se muestra un cazar de los simbólicos quetzales de Guatemala; un *ornitorrinco,* que es la transición del pato nadador al mamífero roedor; y otro ejemplar del plumífero al lanudo, como el *Aptéryz* australiano.

Los cuarzos y piedras preciosas abundan en la exposición, puesto que las entrañas de esa tierra son ricas en minerales de toda especie.

El profesor Vargas cuenta que en el sitio del Museo Zoológico, estuvo la primera capillita que tuvieron los salvajes otomíes, ya civilizados por los frailes para 1550.

El antiguo convento de los Jesuítas es curioso en su interior, pues obedece a los altos y bajos del terreno. En sus corredores asoman las columnatas de sus ricas canteras. Y en el séptimo piso, donde se alza el Observatorio, la vista se difunde por los cerros que lo circundan, y por los bajíos que se miran en el fondo de los barrancos que terminan la ciudad.

Por esta razón geológica cuando el visitante se riega por sus calles va tropezando por callejas angostas, que se tuercen y se quiebran en recodos que terminan en paredes.

En cada rancho o jacal de un minero se levantó una casa, lo mismo que en la boca o tiro del mineral. Lentamente fué creciendo este aglomeramiento irregular de construcciones, al capricho de cada quien, surgiendo así el típico poblado.

Ciudad pintoresca de callejuelas y zanjones, algunos sin salida. De 30 metros de largo y de dos de ancho, se encuentran varios. Hay pequeños rincones que son miniaturas para la paleta de un pintor. En la Avenida Juárez, cerca del jardín principal, en el sitio de los tres arcos, hay una puerta que se abre sobre un cerro. Tono de luces y colores, en un fondo verde rojo y cortes en la tierra. Desde el mismo sitio, el ángulo que forma la torre de la parroquia con sus muros y pies de amigo, que sostienen los arquitrabes y columnas de costado del templo, dan motivo para una acuarela.

Hay una población semejante, la de Tasco, pero ésta se perfila en las cumbres, entre picachos y cortaduras de las rocas. El gobierno la declaró zona típica, a fin de que se conserve tal como se construyó. Lo propio debería hacerse con Guanajuato, cuyos caracteres de belleza única, por lo irregular y caprichoso, debe quedarse tal como nació. La figura más gráfica es la de *un pliego de papel arrugado,* conforme la trae el historiador guanajuatense.

La plaza principal, que es un cuadrilátero alōngado dice bien de la disparidad de sus calles. La ciudad queda enclavada en una especie de recipiente. De ahí la inundación que tuvo lugar el 1o. de julio de 1905. La parte baja fué víctima del sucio turbión de aguas, que llevó desordenada tribulación a sus habitantes, con la consiguiente pérdida de vidas y de bienes.

Planchas de metal indican el nivel hasta donde subieron las aguas. A 4 metros 50 centímetros llegaron en algunos sitios.

Desastre semejante a un incendio, a un terremoto o al saqueo de las turbas que condujo el cura Hidalgo por septiembre de 1810.

Con motivo de la inundación el gobierno de don Porfirio ordenó la construcción de canales subterráneos, capaces de contener toda la cantidad de aluvión de lluvias torrenciales. El peligro, pero que hasta hoy no se ha presentado, es el que las compuertas no se pudieran abrir durante un fuerte aguacero.

Sólo por la amplia Avenida Juárez transitan los autos. Empieza en el jardín de la Unión, frente al teatro Juárez. Era éste el antiguo convento franciscano, que las reformas de 1861 lo destruyeron y levantaron un hotel. Acaso debido a que el Reformador estuvo allí en 1857, cuando huyendo de los combates declaró a Guanajuato asiento de su Gobierno.

En 1873, a poco de su muerte, se convirtió el hotel en un teatro, inaugurado en 1903. El pórtico lo adornan ocho estatuas de las nueve musas griegas, pues falta una. Adentro su construcción es artística y obedece a un conjunto amplio y bien decorado. Es una obra de arte de la cual los habitantes están orgullosos.

Al cruzar la avenida, después de un largo trecho, se topa con el mercado nuevo. Es una elegante armazón de hierro, pero de techumbre de zinc, que en sí es mala.

Frente por frente se admira la portada de la pequeña iglesia de Belén, con sus columnas, hornacinas y sus imágenes, todo de canteras.

Al empezar la avenida queda la Parroquia, hermoso templo que se edificó de 1671 a 1696. Es digno de contemplarse el fastuoso nicho de plata donde fulge, con nimbos de leyenda, la Virgen de Guanajuato. Se remonta al año de 1557, cuando llegó de Granada de España. Adjunta se halla la capilla de Santa Faustina, que custodia, como reliquia curiosa, el cuerpo del célebre guerrillero, el cura español Celedonio Domerco de Jarauta. Fué fusilado en Valenciana, donde tiene su estatua.

Arriba, en la parte alta, camino de las Presas, se levanta airosa la iglesia Valenciana. La construyó el primer conde de ese nombre, llamado don Antonio de Obregón y Alcocer. Dos soberbias torres se trazaron, sin terminar la segunda por mandato eclesiástico. Sólo tenían derecho a dos las catedrales. Esta era una capilla en la boca del tiro de la mina. Adentro brilla el oro de los retablos y el de los vestidos de las imágenes estofadas. En tanta riqueza y profusión que casi iguala a los de Tepotzotlán.

Ostenta su prestigio secular, pues se empezó en 1760 y se termi-

nó en 1788. Fruto de la devoción de los condes que adquirieron allí su título. El visitante elogia la talla de las puertas, principal y lateral, que no mengua en nada de la obra maestra de sus torres y retablos. Los colores vivos de sus canteras: azuloso, rosado y oscuro morado, allí brillan cuando la lluvia los hermosea y aviva.

La visita a Guanajuato, aunque fuera con el solo intento de conocer esta capilla, bien vale la pena de hacerla en su penosa vía férrea. Es sensible que el claustro del convento esté en estado tan ruinoso.

Toda esta obra de arte colonial recuerda la bonanza del mineral, cuyo viejo tiro se topa a pocos pasos. Hoy todo son escombros, y fué, según expresión de Humboldt, cuando lo visitó en 1803, la empresa más atrevida del laboreo mundial, conocida por él.

Don Lucas Alamán, el más sensato y sabio historiador de la Revolución de 1810, que tenía su casa en el centro de Guanajuato, habla de las minas. Las de Cata y de Mellado, del marqués de San Clemente, pasaron a los condes de Valenciana.

En plena bonanza produjeron durante diez años de explotación, de 1788 a 1798, cerca de ocho millones de pesos. Libre de todo gasto. Y cuentan las historias que en las minas del petróleo en Venezuela, muchos tenientes y amigos del dictador Gómez, también en ese lapso de diez años, explotaron la misma suma, libre de todo gravamen y sin trabajo alguno.

De la casa condal salieron los condes Pérez Gálvez y de la Casa Rul. De esta rama son las ruinas que se encuentran en Aguascalientes.

De las residencias opulentas de estos títulos, quedan algunas casas transformadas. Que de la mansión arquitectónica de la Casa Rul y Valenciana, construída por el celayense Tresguerras, donde se alojó el barón de Humboldt en 1803, no queda gran cosa.

La de los marqueses de Rayas, condes de Pérez y Gálvez y otras, que sirvieron en el mismo año de hospedaje al virrey don José de Iturrigaray, sólo quedan meros recuerdos. También se conocen las casas donde nacieron don Lucas Alamán y el cronista de las calles de México, don Luis González Obregón. El primero, el 18 de octubre de 1792 y el segundo, el 25 de agosto de 1865.

Pero de todos los edificios de este Rincón Mexicano, el más célebre es la Alhóndiga de Granaditas. Obra del civilizador intendente don Juan Antonio de Riaño y Bárcena. Es un cuadrilátero, en la parte alta y central de la población. Su objeto fué guardar las semillas de sus muchos campos de cultivo, que fomentaban la opulencia de sus minas y sus laboriosos hijos.

El patio principal tiene doble columnata, abajo y arriba, siete a lo largo y sólo dos a lo ancho. Son de las canteras azulosas y talladas en redondo. Se empezó a construir en 1798 y se terminó en 1808, y costó 207,828 pesos.

Del lado sur, que da a una barranca, tiene tres pisos, y al norte, donde la calle se estrecha, sólo dos pisos.

En la portada, que es un óvalo de piedra labrada, figuran cuatro metopas, o sea el espacio entre dos triglifos del friso dórico. Son mazorcas de maíz talladas en piedra. Por eso el pueblo decía que era el palacio del maíz. Se asienta en la loma llamada Cata.

El día que el insurgente Hidalgo, cura de Dolores, cayó con sus veinte mil indios sobre la ciudad, los realistas no encontraron otra defensa que encerrarse en la Alhóndiga. Fué una mala medida militar, pero su defensor, el intendente Riaño, no encontró otra. Lo propio hizo más tarde el cura Morelos en Cuautla, como insurgente.

El intendente en persona se subió al cerro de San Miguel, con los caudales públicos y los papeles de su cargo. Su hijo dirigió, como ingeniero militar, las fortificaciones que apenas tenían una entrada, la puerta del norte. Hoy se mira al frente de ésta la estatua del cura Hidalgo.

El 28 de septiembre, después del saqueo de la ciudad, según la sanguinaria y lacónica proclama del insurgente: "Degüello de gachupines, saqueo de sus propiedades, viva la Virgen de Guadalupe", pidió en oficio la rendición de la fortaleza.

El intendente distribuyó las pocas fuerzas que tenía entre la azotea y las que él mismo comandaba. Subió al efecto por la cuesta de Belén, y al llegar a la puerta cayó de un tiro de fusil al pie del edificio que él mismo construyera. Desde ese instante todo fué confusión y desaliento de parte de los realistas; pero el populacho de la ciudad, en unión de las turbas insurgentes, cayeron a fusilazos y a pedradas sobre los conturbados defensores.

Como sólo había la entrada por el portón y era trinchera, la multitud, enardecida con la muerte de Riaño, acudió al menester de las astillas del ocote resinoso y con ellas prendió fuego. El defensor Barzábal, criollo de Oaxaca, al verse al descubierto, se atrincheró en el patio donde murió peleando, acribillado de heridas y envuelto en las banderas de su regimiento. No fué partidario de quedarse a la defensiva dentro de la Alhóndiga.

Pero la imaginación de don Carlos Bustamante inventó la leyenda del "Pípila" de que, por orden de Hidalgo que no estaba en el combate, con ocotes en la mano, cubiertas las espaldas con una losa

y a gatas por las goteras, había prendido fuego a las maderas del portón. Meras invenciones dice don Lucas, que se hallaba ese día en su casa de Guanajuato.

La historia ha tomado en serio el asunto, y al desconocido muchacho de San Miguel el Grande, llamado Juan José Martínez, le ha convertido en héroe. La ciudad le erigió, en la parte alta y con la vista a las cumbres, un monumento. La poesía callejera le ha ensalzado, y el mito hecho carne se ha concretado en piedra labrada, con su losa a la espalda y hachones encendidos en las manos. Las canteras, con sus colores, regionales, azuloso, rosado y amoratado, le cantan el poema de su triunfo que inventó la fantasía de un escritor.

Las paredes de la Alhóndiga conservan todavía las cicatrices del combate, como la faz de un picado de viruelas, según expresión popular. Y en los cuatro ángulos del cuadrado se vieron por muchos años las escarpias públicas, de donde pendían las jaulas con las cabezas descarnadas de los insurgentes Hidalgo, Allende, Juan Aldama y Mariano Jiménez. En castigo, pregonaban los edictos realistas, del saqueo, degüello y toma del reducto.

El 14 de octubre de 1811, luego de ser fusilados en Chihuahua, quedaron sus cabezas de vencidos allí enclavadas, hasta el 28 de marzo de 1821.

Si al cura de Dolores le hubiera sido posible ver su testa tonsurada desde algún punto del espacio, en infamante picota, habría recordado lo que acaso leyó en la Biblia: "Pedro, mete tu espada en la vaina, porque el que a hierro mata, a hierro morirá". Sentencia de Jesús, casi siempre cumplida, la cual se lee en el Evangelio de San Mateo, Capítulo XXVI, versículo 52.

Cuando el emperador Maximiliano visitó a Guanajuato en 1864, y vió el mal estado de la cárcel, ordenó que los presos pasasen a la Alhóndiga. Y desde ese día quedó convertida en prisión.

Luego de conocer la histórica construcción del instituto Riaño, se pasa al Panteón Municipal. En la parte alta del Cerro Trozado, que desde 1861 sirvió para la siembra de cadáveres. Como una condición del terreno produce la espontánea momificación. En la galería subterránea se depositan, en dos filas recostadas a las paredes, más de cien momias de adultos; hay también unos doce niños. Propiedad de este sitio, que en el cementerio más antiguo no se verifica el fenómeno. Desde allí se mira el cerro de la "Bufa", nombre dado por el bufido de la mina en explotación. Semejante a la de Zacatecas. La cantera que da la piedra azulosa que ostentan los edificios, son de esa rocosa cumbre.

En el camino a la antigua mina de Cata, todavía en explotación, se visita la alfarería de San Luisito. Sus objetos, color verde, son especiales del lugar. Como eran días de fiesta y grupo de indios, casi desnudos, bailaban por las calles, uno de los acompañantes, con humos del mezcal en la cabeza, hablaba del comunismo. Se apuntó ésta por la justeza de la frase: "El estudiante que no estudia es el comunista, porque pretende tener conocimientos sin estudio. Lo propio le pasa al que quiere tener propiedades por obra y gracia del socialismo, sin trabajo ni ahorro de muchos años".

Los turistas, antes de alejarse de aquella ciudad que fué opulenta hasta 1810, visitan las Presas, uno de los pocos adelantos de la República.

La de la Olla, según proyectos de don Marcelino Rocha, llevó el agua en junio de 1852 a la Plaza Mayor. Luego, en 1938, se aumentó con la presa de La Esperanza. La cortina de ésta, de cal y canto, tiene 120 metros de longitud por unos 6 de ancho.

Este adelanto de los acueductos es uno de los mayores beneficios que se le puede hacer a un pueblo. Y la típica ciudad de los cerros, con entrañas de plata ya lo tiene.

Se termina este bosquejo con la frase de Humboldt: "La gran ciudad de Guanajuato está colocada en una quebrada, cuyo fondo está algo más bajo que el nivel de los lagos del valle de Tenochtitlán".

México, D. F., 1942.

XX

BALNEARIO DE SAN JOSE PURUA

¡Extranjero, purifícate! Aquí están las aguas de la fuente Castalia, adonde acudían los antiguos griegos a rejuvenecerse. Ellas, como las del Jordán, lavarán impurezas del espíritu y la carne. Y como en la piscina de Betsaida, un ángel bíblico te dirá: "Estas aguas te devolverán el don divino de la salud. Entra y purifícate en sus ondas"!

El sitio donde tienen su asiento estas vertientes milagrosas, es por demás encantador. Enormes peñascos, unos con sus faldas y jacales de tejamanil en tierras de cultivo; y otros, cortados a pico, semejan derruídos torreones de viejos palacios, derribados por volcanes milenarios.

En los agrios peñascales, por donde el sol asoma, brotan varias vertientes de aguas termales que dejan una capa amarilla; es el óxi-

do de hierro. Y allá, en el fondo de los barrancos, por estrecha y sinuosa cuenca corre el Tuxpan, que fertiliza la angosta vega que cultivan los ribereños. Más abajo del cauce encajonado se explayan sus orillas. En el sitio Agua Blanca una represa alimenta una planta, generadora de fuerza eléctrica. En la falda occidental la amplia vega sirve de huerta a los vecinos de *Jungapeo,* nombre del sonoro tarasco que significa *piedra en el agua.*

Hermosos plantíos de cañas de azúcar se divisan a lo lejos; son los de *Picuaro;* porque los de *Ocurio, La Florida* y *Laureles,* como los de San José Purúa, sufrieron el reparto destructor de los agraristas.

A unos dos kilómetros al pie de rocosa peña, hay una vertiente abundante, que antes de pasar de manos del fundador Vélez a uno de los líderes revolucionarios, estaba en abandono silvestre, como las que existen en Aguascalientes del Táchira venezolano.

Hoy se levanta en San José Purúa, sirviendo de núcleo esa fuente del milagro, el balneario más hermoso y mejor construído de los varios que tiene la nación. Esta abunda, como tierra volcánica, al estilo de Chile, en termas medicinales.

Es una especie de anfiteatro romano, donde en un terreno quebrado se desenvuelven los diferentes pabellones del hotel y balneario. De aspecto caprichoso el edificio tiene la forma de oblonogo casquillo de piedra volcánica.

El departamento reciente, que mira a la cuenca del Tuxpan, es de cinco pisos con el subsuelo. Tiene, al extremo donde están los búngalos o cabañas, espaciosos salones con paredes de vidrio, que permiten gozar del panorama agreste durante las lluvias.

Actualmente el hotel puede hospedar, cómodamente, hasta 150 bañistas. Todo el año está visitado, porque a 1,577 metros de altura hay para las estaciones frías un ambiente grato. El mínimo de temporadistas es de 30 diarios.

A la belleza agreste del paisaje se agrega, que en las colinas que rodean al balneario hay la siembra de naranjales de Valencia y otros lugares del Mediterráneo. Para mayo de 1944 el plantío del naranjo llegaba a unas 21,000 plantas, algunas de ellas ya fructificando. También se plantan eucaliptos, árbol balsámico llamado alcanfor y muy socorrido en México, Colombia, Venezuela, Chile y Argentina.

Al interrogar al médico del balneario se expresó: "Estas aguas, en cualquier hora del día y de la noche, y bajo las cuatro estaciones, su temperatura es uniforme al salir de la vertiente, 32 grados centígra-

dos. Se manifiesta ostensiblemente el óxido de hierro, y entre otras materias se halla el arsénico".

Desde 1675 se conocen como curativas, y su primordial virtud obedece a su acentuada radioactividad, que escasea en las muchas fuentes medicinales del país.

Se recomienda especialmente en todas las afecciones del artritismo, de la anemia, cansancio mental, trastornos del tubo intestinal y neurastenia. Algunos diabéticos han logrado la salud, lo mismo que en la tensión arterial. Como la región es volcánica y todo son pendientes, no hay charcos y el anopheles no se cria. Por eso no hay casos de paludismo.

Piscina al aire libre en el balneario de San José Purúa.

Cuenca del río Tuxpan, que recibe las aguas del balneario Purúa.

Pero lo que más encanta y atrae con mayor frecuencia al visitante es la distribución de las piscinas. El ingeniero constructor unió a su buen gusto su estilo de artista. Las hay familiares e individuales. En un perímetro de 16 metros cuadrados hay, en el fondo, una piscina semicircular, a la cual se baja por gradas. Al borde del medio círculo mide unos 5 metros y el agua, que entra y sale sin interrup-

ción, llega a una altura de ochenta centímetros. Es mesotermal, al calor del cuerpo humano. El agua que burbujea cubre de perlas la blanca desnudez, que ostenta un colorido y suavidad de rosa. El agua se siente pesada por su radioactividad, sus dosis de hierro y de los otros metales que contiene. Al salir del baño, que no debe pasar de quince minutos, se recuesta cada uno en una camita, que hay a uno y otro lado en cuartitos cerrados, y bien envueltos en su toalla permanecen por unos cinco minutos. El cuerpo absorbe el agua, dada la virtud medicinal de ella.

De esta clase de piscinas hay doce. Están indicadas para las parejas donde el idilio amoroso teje la tela inacabable del cariño. Pero si hay unos que pretendan divorciarse, se les aconseja que, antes de intentarlo, se bañen unas cuantas veces en sus aguas. Luego de pasar una temporada en ese balneario, quedan capacitados para resolver lo que más les venga en voluntad. Y para aquellos novios que, teniendo todo listo, prolongan en demasía el casamiento, que se bañen en las poéticas piscinas familiares. Después, o rompen la monotonía de un noviazgo largo, o construyen el nido. Las individuales son en número de 26, y como lo dice su nombre, son para sólo un bañista. Gozan de las mismas comodidades que las otras. Para cada persona se lava la piscina.

Las albercas son tres. La grande, con sus trampolines, tiene 32 metros de largo por 18 de ancho. Luego una pequeña para niños, y en la tercera se bañan los adultos que no saben nadar. Se vacían y lavan todas las noches. El agua entra y sale constantemente, que el manantial que las alimenta es copioso. En estos estanques el agua se pone amarilla; es el óxido de hierro que se descompone con el aire.

El volumen del chorro que sale de la peña es abundante, tibio y de un sabor de hierro. Allí se bebe el agua viva, que a distancia pierde sus virtudes curativas. La superficie de este pequeño estanque, cubierto para el resguardo del agua, se llena de burbujas que brotan de agujeros que taladran el piso. Por ellos surgen también pequeños grumos amarillos, que forman un depósito que es ungüento medicinal.

Este sí fué el beneficio real que sucedió a la destrucción del ingenio, pues son por centenares los visitantes que acuden durante el año a San José Purúa. Que ni los medieros o conuqueros del antiguo ingenio, que hoy trabajan en el balneario, ni el personal del hotel, participan en las ganancias de la industria. Allí no tiene cabida la doctrina comunista que se aplicó a la hacienda de cañas de don Pedro Vélez. Porque es propiedad de un antiguo líder comunista, hoy rico hacendado.

Un balneario semejante bien puede llevarse a término en Aguas Calientes de Ureña. Que allá, en ese poético rincón de la patria chica y en un radio de menos de un kilómetro cuadrado, ese balneario, al estilo de San José Purúa, sería una bendición para los habitantes de la frontera del Táchira y Santander.

México, 1944.

XXI

TZINTZUNTZAN

Más allá de Morelia está Quiroga, a 356 kilómetros de México, D. F., donde se deja la carretera que conduce a Guadalajara y se desvía a la izquierda para costear el lago de Pátzcuaro. Y son 23 kilómetros de vía también asfaltada hasta la ciudad de este nombre.

A la derecha, el antiguo pueblo de Tzintzuntzan, que era el asiento de *Tzintzicha*, que ofreció su alianza al conquistador Cortés. Los naturales venían de los toltecas y los acolhuas, y en las orillas del lago se alzaba el palacio del rey de los tarascos. Reinaba, cuando llegaron los españoles, el anciano Siguangua. Tenía cuatro hijos: Tzintzicha, Hatzinche, Tanimarascu y Cuyne.

El primero debería llamarse Tangaxhuan II, pero los purépechas, gentilicios de los habitantes de Michoacán, le clavaron el mote de *Tzintzicha* por su voz atiplada. Los mexicanos le decían *Caltzontzin*.

El tercero era valiente y gustaba de la guerra, de la cual el primero se distanciaba por lo afeminado. Un día, al regreso de cazar, le sorprendió en extremo la belleza de una dama. Al punto sabe que es otra esposa de su padre, que los palaciegos le ofrecieron a su rey. Pero esta doncella, como la Sunán en el lecho del rey David, apenas alegró los ánimos herrumbados del monarca envejecido.

Por este tiempo llegan a la corte mensajeros de Moctezuma, que le pide auxilios para combatir a los extranjeros. Pero Siguangua no tiene fe en la palabra de los mexicanos y cree es una artimaña. Entretanto los odios, a causa de la rivalidad de los hermanos por el trono, se aviva con la manzana de la discordia que ha traído la belleza de la nueva esposa. El legítimo heredero, según las leyes, es el primogénito, pero carente del sello varonil lo desprecian los súbditos. En cambio el tercero, que ama la guerra y las mujeres, las cacerías y las expediciones en busca de cautivos, es aclamado.

La muerte del rey, contagiado con la epidemia de la viruela que trajo a México el negro Francisco Eguía, diezmó a los tarascos y llevó el luto a la corte. El anciano, antes de morir, designó por heredero a Tanimarascu el valiente. Estaba en sus manos hacerlo. Pero hubo oposición entre los ministros que sostenían que la fiebre de la enfermedad había enloquecido al rey. Y se cumplió la tradición. *Caltzontzin* heredó todo: palacios, súbditos y esposas de su padre. Entre éstas iba la bella Sesángari, que venía tejiendo su romántico idilio con Tanimarascu, el arrogante mancebo de la corte.

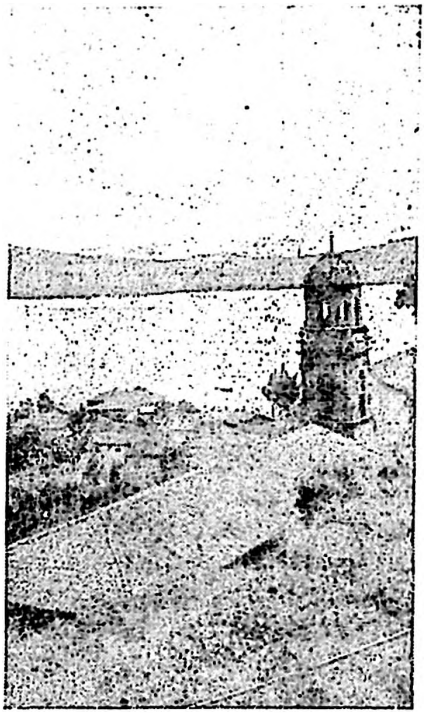
El nuevo rey ante el desprecio, casi a la vista, de muchos de sus vasallos, de la rivalidad amenazante de sus hermanos, y en especial los celos que sentía en sus entrañas contra Tanimarascu, resolvió, allá en sus adentros endiablados, asesinar a sus hermanos. En efecto, un día amanecieron en palacio los tres cadáveres.

Todo fué desolación y un odio y un desprecio mayores al fratricida, que cobarde y alevoso dió muerte a los hijos de su padre. Estando en la conmoción de la tragedia llegaron a Tzintzuntzan los emisarios de Cortés, en solicitud del reconocimiento de la conquista azteca. El Tzintzicha la acepta. Los sacerdotes tratan de celebrar la nueva alianza en el templo de la diosa *Charatanga,* que es la luna. Pero sólo tienen prisioneros para el sacrificio del *Caheracóscuaro,* que es el dios de las estrellas. El *Tzintzicha,* enemigo de expediciones, no había cazado indios salvajes para los nuevos sacrificios. Los purépechas, como los aztecas y mexicanos, se proveían de esclavos para la matanza religiosa.

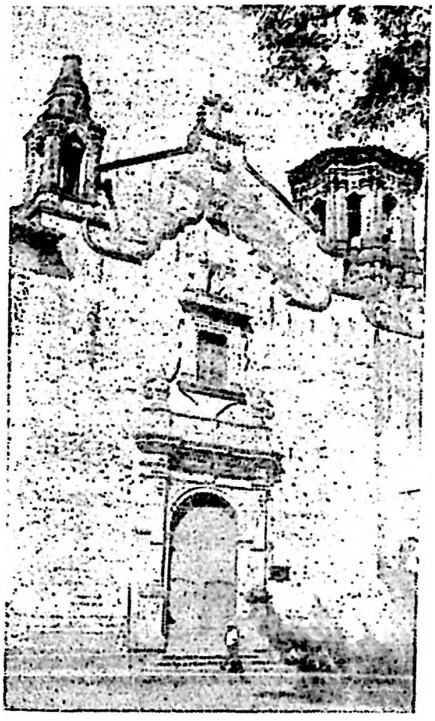
Cortés envía al capitán Cristóbal de Olid, desde Coyoacán, a expedicionar a Michoacán. Lleva 200 españoles y centenares de tlaxcaltecas y mexicanos, aliados y sometidos. Era el año de 1522. Los tarascos, capitaneados por Nanuma, fueron derrotados en los campos de Taximaroa, en los valles de Guayangareo. Ante el desastre el afefinado Caltzontzin, ataviado con sus vestiduras reales, se puso a bailar la danza de la muerte. El *checata,* aguardiente destilado de la caña de maíz, le sirvió para embriagarse.

¡Los pobres de espíritu, faltos de alientos viriles y herrumbados los resortes del ánimo, se entregan a cualquier vicio para ahogar las penas! Luego huyó por el lago y fué a reventar a Uruapan. Desde allá le hizo regresar Olid para imponerle la servidumbre.

Según la crónica legendaria la virgen Eréndira, que pretendía el militar Nanuma vencido en Taximaroa, fué apostrofado por su cobardía. ¡Como no supiste vencer ni morir, en la servidumbre que te espera aprenderás oficios de mujeres!



Capilla y caserío en la isla de Janitzio, del lago de Pátzcuaro, que baña a Tzintzuntzan.



Portada de la iglesia de San Agustín, en Pátzcuaro, que sucedió a Tzintzuntzan.

Y fué verdad la maldición, por ausencia de las tarascas que huyeron de Tzintzuntzán, tocó moler el maíz en los metates a los prisioneros, entre los cuales se contaba Nanuma.

Los españoles dieron gracias al Todopoderoso por sus triunfos, en el mismo sitio donde los tarascos sacrifican a los infelices otomíes y chichimecas, traídos de sus montes a título de vencidos. Hallaron que el Sol, a quien adoraban bajo el nombre de *Huriata,* "que todo lo abrasa con su lumbre", tenía su imagen en un disco de oro, que llamaban *Curicaueri,* "El Luminar".

El autor dice que los españoles, al escribir u como v pronunciaban *Curicaveri,* que no era lo que es. Cosa semejante sucedió en Venezuela con la gran tribu de los *Araucos,* durante la conquista. Al escribirla en castellano dijeron *Arvacos,* que tampoco era el vocablo indígena.

A la dominación siguió la búsqueda de oro y piedras preciosas. Todo el lago y los recovecos de sus islas fueron registrados. Olid envió a Cortés el botín de guerra de la expedición.

Poco tiempo después Caltzontzin se entrevistó con Hernán Cortés en Coyoacán, a tiempo que llegaban los franciscanos que venían a evangelizar a los nativos. El gran conquistador salió con sus capitanes, el rey y los acompañantes tarascos a su encuentro. Al verlos echó pie a tierra, hincó las rodillas y besó las manos de los misioneros. Fué la lección objetiva que dió Cortés a españoles y naturales en cuanto estimaba a los humildes frailes, que venían a cimentar las bases de la conquista. Caltzontzin y sus amigos regresaron con una profunda admiración y un gran respeto para aquéllos, que consideraron superiores a los bravios militares de la espada, del fusil y del caballo.

Pero todo cambió con la llegada a Michoacán de Nuño de Guzmán, a las crueldades innecesarias de este perverso español, los habitantes de las orillas de Pátzcuaro abandonaron sus lares y se internaron en las selvas. Sediento de oro sacrificó a cuantos alcanzó su avaricia. Luego salió en busca de los que creía aliados de Caltzontzin, y como ya había sufrido martirios tuvo que ser conducido en hamaca. Y por cuanto no le diera más oro le hizo amarrar a la cola de un caballo, que corría con su jinete encima. Así despedazado sufrió para morir el garrote vil de los ajusticiados. Su cuerpo fué lanzado a la hoguera, y al ver que sus vasallos recogían las cenizas, mandó, en su refinamiento de su ingénita crueldad, echarlas a un río cercano.

Semejante suplicio al último rey de los tarascos por el malvado Nuño de Guzmán, fué inútil como los muchos que llevó a cabo un perverso deudo del dictador Juan Vicente Gómez en Venezuela. En los anales patrios, desde 1909 hasta 1924, tanto en el castillo de San Carlos del Zulia, como en el Táchira, de Castellano y Presidente, dejó sus huellas sangrientas en centenares de muertes alevosas. El suscrito pide respetuoso la venia de aquellas víctimas para estampar el nombre del verdugo: EUSTOQUIO GOMEZ. No hubo castigo corporal para el malvado. Una bala le arrebató la vida, y apenas tuvo tiempo de encomendar su alma al diablo, pues no creía en Dios. Discípulo anticipado del bárbaro alemán.

De Tzintzuntzan nada queda. Todo son ruinas. Una pequeña iglesia con sus lienzos, de grandes pintores, es cuanto puede visitar el turista. "El Descendimiento" se le atribuye al Tiziano, original o copia, era digno de conservarse. Pero una mano criminal prendió fuego al lienzo y quedó reducido a cenizas. Ni la corte de los tarascos, ni los primeros religiosos dejaron, en esa antigua ciudad del lago de Pátzcuaro, la huella de sus fundaciones. ¡Paz a la memoria de los

que movieron sus pasos por la tierra en aquel histórico rincón de los purépechas, donde aún se miran olivos centenarios que plantó la mano de Quiroga!

México, D. F., año de 1944.

XXII

RUINAS DE CHICHEN-ITZA

El turista que durante los años de la guerra mundial de 1942 al 45, deseaba conocer la blanca ciudad de Mérida, tenía que hacerlo por avión. Ni ferrocarriles, ni carreteras le conducen al lugar. Por vías terrestres está Yucatán aislado del resto del país.

Los vapores del Golfo, antes en servicio, habían perdido la ruta a causa de los submarinos nazis, destructores criminales de vidas no beligerantes.

Después de cinco horas de viaje se llega a contemplar el suelo calcáreo de Yucatán y los rastrojos del henequén con sus troncos dispersos, donde antes el cultivo del oro verde cuajaba los campos. El campo de aterrizaje queda a unos 12 kilómetros de Mérida.

Como al viajero, hombre de letras o simple turista, le interesa ver las célebres ruinas, sale en seguida de su arribo.

Al llegar a Chichén-Itzá, después de 124 kilómetros por mala carretera, los árboles sombrean el paisaje, hermoseando el histórico lugar. En el hotel Mayaland su constructor meridano, deudo de los Peones del Valle y de Regil y hombre de empresas, ha sabido reunir lo rústico de los jacales, al arte maya y al confort moderno.

Allí se hospeda el viajero en bungalows separados por jardines arbolados. Techos de paja y de ángulos redondos como las construcciones mayas. Puertas talladas con motivos artísticos de sus ruinas. Y amueblados con exquisito gusto y comodidad.

La impresión que da el hotel, sus parques y jardines, y lo esmerado del servicio, predisponen el ánimo para recorrer los escombros de mayores sorpresas arqueológicas.

Los bungalows invitan a tejer la urdimbre de un idilio amoroso. Las parejas enamoradas bien pueden entonar el himno del amor divino, a través de los sentidos, cuando el fuego sagrado de la vida funde, en el rojo crisol del cariño, el espíritu y la carne.

¡Bungalows de Mayaland, cuyo recuerdo aviva en la memoria sensitiva del viajero, las emociones más bellas de la vida!

¡Que ellas despiertan, allá en el fondo de las entrañas, aquellas no menos hermosas que surgieron un día, en la piscina lustral del milagro, sobre las tibias aguas de San José Purúa!

Se comienza la visita según el itinerario del arqueólogo Erosa Peniche, guía especial de los monumentos. Para 1937 que publicó su estudio había, en exploración, 16 lugares históricos.

En el centro de la zona arqueológica, que mide cerca de un kilómetro cuadrado, se levanta airosa desafiando la furia destructora de los siglos la gran pirámide truncada o Castillo, como se le llama generalmente.

La base cuadrangular de éste es de 55 metros por lado, cada uno son terrazas superpuestas, en número de 9 y corresponden a la división del tiempo. El que mira al norte, dirección al Cenote Sagrado, constituye la fachada. Una cámara con sus columnas de serpientes, sus luces, puertas y jambas dan a una galería que viene a unirse con los tres lados restantes. Las jambas, que sostienen los dinteles, presentan grabados en su calcárea piedra.

La altura total del edificio es de 29 metros, de los cuales 24.50 pertenecen a las escalinatas que llevan a la Cámara, que servía de adoratorio. Las alfardas, nombre que se les da a las barandas achatadas, del lado principal, terminan en dos grandes cabezas de serpiente.

Las nueve terrazas, divididas por una escalera de ascenso forman, en cada lado, 18 cuerpos, que es el número de meses del año maya y también azteca.

Como las ocho primeras plataformas terminan en tres tableros lisos, y las escaleras centrales en dos, dan un total de 13, que multiplicados por 4 lados forman 52. Esta cifra equivale a los 52 años que tiene el ciclo maya-tolteca.

Cada una de las cuatro escalinatas tiene 91 tramos, son desde luego 365 escalones, los días del año maya, azteca y cristiano. Más el tramo de la terraza, que es común a los 4 lados.

Dadas las conclusiones que se hace con los números de esta ciclópea construcción de piedra, los arqueólogos suponen que en él se rendía culto al Sol.

Esta descripción corresponde a la parte visible de la Pirámide, cuyas dos caras, norte y poniente, se han reconstruído ya. Las otras dos se hallaban para 1942 cubiertas de tierra y monte. Como lo estaban para la conquista.

Debajo de toda esta superficie había para 1923 otro edificio sepultado, pues las excavaciones las empezó el gobierno mexicano en

dicha época. Se comenzó a perforar un túnel con la dirección de la escalera central del lado sur. Se tropezaron con una caja de turquesas, jades, coral y otras piedras preciosas. Hoy adornan éstas los museos arqueológicos de Mérida y de la capital.

Luego se descubrió la escalera del templo allí encubierto. Son 61 escalinatas que dan a una terraza que tiene 1.63 metros de ancho. Fué el año de 1934 cuando se descubrió esta cámara con 10.60 metros por 2.36 metros.

Para dar con ella hubo que hacer excavaciones con sumo cuidado por el peligro de quedar sepultados los trabajadores.

Para esto fué preciso extraer todo el relleno de mampostería que cubría el templo inferior, pues encima se encuentra la inmensa mole del Castillo.

Vaciada la cámara, se vieron los estucos y pinturas en el buen estado en que se hallan. Un caso semejante se encuentra en las excavaciones de las ciudades sepultadas por el Vesubio. Estas duraron cubiertas por montículos, donde pastaban sus ganados los habitantes de Roma, durante unos 19 siglos.

El túnel de entrada, de un metro de alto por ochenta centímetros de ancho, es de una difícil y peligrosa excavación por el peso que soportan sus paredes. Pero la ímproba tarea fué recompensada, una vez al descubierto los 62 peldaños, con el hallazgo de una cámara.

Fué un Tigre Rojo, que desde siglos atrás custodiaba el tabernáculo de aquel templo desconocido. Se mira con las fauces abiertas, donde atisban sus dientes y colmillos de pulido pedernal, que lleva pintados en la expresión de su rostro, pues se halla en actitud de acecho.

Las manchas de su piel son 74 finos discos de jade. En la cola, que corresponde a su actitud de amenaza, se hallan seis incrustaciones también de jade. Pero en este *Chacmool* lo que más sobresale es el disco de turquesas sobre el lomo, que servía de plato para las ofrendas. Discos semejantes tienen los demás chacmooles que se han hallado en estas ruinas. El fuego del copal parece que hubiera incinerado el joyel de turquesas allí ofrendado. Junto había una cabeza humana de jade. Dos hileras de huesos humanos incrustados en la pared, contemplan el extraño adorno en la cámara del Tigre Rojo.

Los arqueólogos consiguieron que el Gobierno Nacional dejara en su sitio el hallazgo más valioso, hasta entonces, en las ruinas de Chichén-Itzá.

La talla de este monolito, en piedra calcárea y dura, quedó como un exponente de la escultura maya. Que tanto sus ojos como las 74

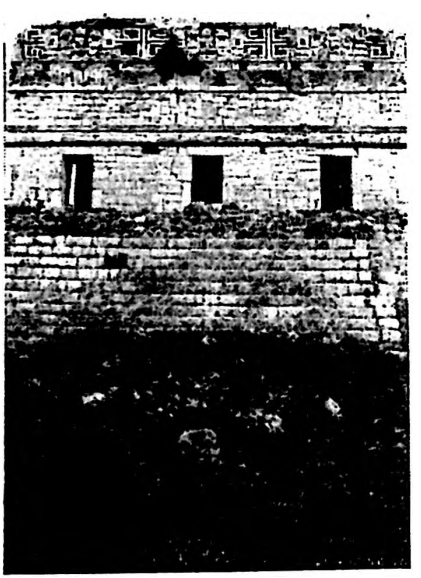
manchas del cuerpo, son esculpiduras de jade. La misma cola, en actitud agresiva, tiene incrustaciones de la misma preciosa piedra.

Aparecen estas reliquias de un culto que fueron allí sepultadas, como símbolo de un pueblo sometido por otro vencedor, que no quiso fuesen destruídas.

La noche de los tiempos sigue cubriendo el misterio de los mayas, cuya civilización, esculpida en piedra, es todavía el enigma escrito en jeroglíficos, que los arqueólogos apenas comienzan a descifrar.

Del Castillo se pasa al Juego de Pelota, que se encuentra cerca y en dirección al noroeste. Es un estadio con sus dos muros paralelos, que distan entre sí 36 metros. Las piedras murales están llenas de esculturas alusivas a los jugadores.

En la parte central, y en lo más alto del tablero, se mira un disco de piedra esculpido, adonde tendían los guerreros. Y representan dos personajes ataviados con insignias militares, uno ahincadas las rodillas y decapitado, y el otro ostenta en una mano la cabeza, y en la otra el cuchillo sacrificador. La sangre que mana de la herida fluye en forma de serpientes. ¡Acaso jugaban con la vida los jugadores



Edificio de piedra llamado Chichán-Chol, en las ruinas de Chichén Itzá.

El Cenote Sagrado, boca del río subterráneo en Chichén Itzá.

vencidos, cuyas cabezas eran los trofeos del vencedor! ¡Bárbaras edades, pero mucho menos que las presentes de civilizados alemanes!

Cada muro, arriba en el centro, muestra un anillo que lo ornamentan dos serpientes entrelazadas. Por este agujero en la piedra pasaban los jugadores la pelota.

Pero lo que sí es un fenómeno raro de acústica, es que puesto debajo del anillo y adosado contra la pared, el grito que se lance al espacio lo repite el eco varias veces. El ímpetu de la voz da la graduación. Y a medida que se camina a los extremos del muro, el eco va disminuyendo hasta llegar a cero.

En la parte norte y sur del estadio hay tribunas. Si desde las terrazas de ellas, que son también de piedra, con símbolos esculpidos en sus columnas y paredes, se deja caer una moneda, el sonido del metal repercute en la opuesta tribuna. Y son 147 metros de distancia. El visitante observa en relieve la figura de un hombre barbado. Lo que hace suponer a los arqueólogos en la tradición del hombre egipcio o asiático, que tuvo relaciones con los mayas. Bien sabido es que los indios que encontró Colón no tenían barba, como han continuado sus descendientes.

La tribuna del sur, un poco más amplia, tiene en su terraza siete columnas, donde campean figuras de guerreros. *Chac,* el dios de las lluvias, se halla esculpido en la base de la columnata.

Los muros tenían en sus terrazas pequeños templos, que hoy son escombros. Una escalera corrida a todo el largo, con serpientes en sus balaustradas. Está en buen estado la Casa de los Tigres, con sus frisos y molduras pétreas. Las dos serpientes de la capilla alta tienen enlazadas sus cabezas y sus colas, y forman con ellas capiteles y molduras de sus columnas. El peso de estas serpientes es de miles de kilogramos. Algunos cálculos los llegan a 25,000.

En el interior de esta cámara se encuentran frescos de tigres, animal sagrado en profusión al par que las serpientes emplumadas. También hay pintadas chozas, como los presentes jacales, y mujeres en sus labores domésticas. Y guerreros que atacan con sus lanzas y se defienden con sus escudos. No obstante el abandono secular de las pinturas, están bien conservadas.

En la pieza o capilla, a ras del suelo, del lado oriente y en el extremo del muro, las columnas cuadradas se miran con relieves de guerreros. El dios *Chac* origina con sus lágrimas el mar, y de éste surge la vida de los animales marinos. Luego vienen las serpientes y por último el hombre. Tiene semejanza al Génesis creador de Moisés.

Tanto el muro interno como la bóveda, están decorados por una

gran serpiente emplumada, que adoran los guerreros. Es el símbolo del conquistador *Kukulcán.*

Al oriente del Juego de Pelota, los escombros de un templo en los cuales se ven relieves de calaveras entre águilas y serpientes. Esto ssímbolos de los náhuatls, suponen fueron dejados allí durante el dominio de los antiguos toltecas. El nombre de el *Tzonpantli,* que tiene esta construcción delata su origen mexicano.

En otros muros, de otras ruinas, hay águilas devorando corazones, y de allí su nombre *El Templo de las Aguilas.*

Al Cenote Sagrado, a unos 500 metros al norte del Castillo, se llega por una antigua calzada. El diámetro de su borde es de 50 metros, y su profundidad de 24, del nivel de sus orillas a la superficie del agua.

Se perciben, entre las malezas, los restos de un derruído templo donde oficiaban los sacerdotes, en los días solemnes del culto, cuando imploraban al dios *Chac* el beneficio de las lluvias para la cosecha de sus milpas. Y este lugar dió el nombre a la región: *Chichén-Itzá.* Esto significa en maya: *el brocal del pozo de los Itzáes.* Una de las familias fundadoras del imperio maya.

Algunos exploradores han extraído del fondo de este pozo ofrendas de los suplicantes. Que son objetos de arte útiles para los arqueólogos. Hay leyendas, que éstos no han confirmado, de que al Cenote Sagrado se lanzaban vírgenes en demanda de lluvias, cuando la sequía amenazaba las sementeras.

Al norte, y bien cerca de la Pirámide, se topa el visitante con la tumba de *Chacmool,* nombre compuesto de *chac,* rojo, y *mool,* garra, es decir, roja garra. Que en maya, como en inglés, el adjetivo precede al sustantivo. Estos ídolos son figuras humanas recostadas sobre sus espaldas e inclinada la cabeza sobre el mismo lado. Llevan en el pecho un disco, acaso para el sahumerio de las ofrendas.

Los arqueólogos suponen que estos monolitos tallados son de origen maya, porque sólo se han encontrado en esta zona. De ellos hay en México cinco ejemplares, y uno en el Museo de Puebla.

Es sensible que el templo de este ídolo haya sido tan destrozado por el francés Le Plongeon, un mal exporador allá por los años de 1870.

En la parte occidental del Castillo, que es el punto de referencia en esta visita, está el grandioso Templo de los Guerreros, con sus mil columnas. La restauración ha sido obra de la Institución Carnegie de Washington. Parece que en estas ruinas han hallado tres etapas diferentes de civilización, por sus construcciones superpuestas.

La más baja es semejante a la subterránea del Castillo, pero más pequeña; encima, el templo con la cámara de las pinturas; y por último, el Templo de los Guerreros. En las cuatro aras de sus muchas columnas, erguidas aún, hay guerreros esculpidos. Todas son de piedra.

Al sur, al nivel del suelo, una galería de columnatas, que tal vez sirvieron para salón de actos públicos. Un altar tallado y cerca de él la figura humana de *Chacmool*. La piedra de éste da un sonido metálico y se observa que tiene varias capas de pintura, que denuncian épocas diferentes.

Al edificio de arriba se sube por escalinatas con balaustradas que son serpientes, y en la plataforma otro *chacmool*. En la cámara, un altar sobre cariátides de facciones artísticas bien grabadas. El estucado de las paredes está muy borroso.

Por el norte se baja a la Cámara de las Pinturas, donde los relieves de sus columnas abrillantan los cortes y perfiles de los cinceles por lo vivo de sus pinturas. En una de estas columnas, con tallas de guerreros, fulgen a la vista del visitante los tres simbólicos colores de la bandera que ideó Miranda: amarillo, azul y rojo. Son los mismos que usaban los antiguos mayas, y que los alfareros y tejedores de Oaxaca llevan hoy a los dibujos que graban en sus vasijas y en sus telas.

Contiguo a estas ruinas se halla un montículo con unas cuantas mesas talladas, que sostienen severas cariátides de piedra.

El Mercado, enorme cuadrilátero, sembrado todo él de columnas truncadas, que debieron de sostener la desaparecida techumbre. Restos de un altar decoran el destrozado edificio.

Al lado sur de la Pirámide se encuentra otra serie de monumentos en reconstrucción, como "El Osario", que muestra al bajar al pozo, carcomidas osamentas.

En el *Chichén-Chab* se admiran, en la fachada de su cuadrangular terraza, tres rudos mascarones pétreos. Dan entrada a tres cámaras, en buen estado de conservación. Frisos con jeroglíficos apenas deletreados, pero no bien leídos.

La crestería del techo semeja palomares; de allí este nombre que le han dado.

La Casa del Venado, por la pintura que hubo en su interior de este histórico animal. ¡Qué falta hace un fresco con faisanes, pues a Yucatán lo apellidan "la tierra del faisán y del venado".

De estos escombros se sigue a los del Caracol. En el cuadrado de su terraza se yergue el Observatorio Astronómico. En las balaustradas

de sus escaleras, dos enormes serpientes enroscadas, juntan sus cabezas a su colas en la extremidad de las alfardas.

La construcción de todo este original edificio, que tiene la forma de un caracol, es de suma belleza arquitectónica y de suma solidez. Los bloques de la obra, de una sola pieza, desafían el abandono y la intemperie de los siglos. Hay a su alrededor otras construcciones complementarias.

Nuevas ruinas con el nombre de Retablos, por los tableros jeroglíficos que aguardan impacientes la interpretación de su misteriosa escritura.

Al suroeste de la zona la Casa de las Monjas, por las numerosas cámaras y celdas que la constituyen. Las cuatro fachadas son ricas en ornamentación, que encierra un simbolismo que trae en cavilación a los estudiosos del ramo.

Idolos, jeroglíficos, serpientes, cornisas enflecadas llenas de lucientes policromías y diversos mascarones, son los principales adornos que la embellecen y con los cuales atraen la atención de los turistas.

Al subir a la terraza todo son canterías y estucados. *Chac,* el dios de las lluvias, se reproduce por doquiera. Era el tormento de los habitantes, que les obligó al abandono de ciudades y de pueblos en esa comarca de terrenos secanos. Esta hermosa construcción fué también como la tumba del Chacmool destruída, en su parte occidental, por el nombrado Le Plongeon. El Departamento de México y la Carnegie lo han reconstruído.

Se termina este bosquejo de los monumentos en ruinas de Chichén-Itzá con la vista del llamado *Akab-Dzib,* que significa escritura en jeroglíficos. Lo que demuestra que la mayor parte de grabados e inscripciones permanecen indescifrables todavía.

Pero antes de abandonar con tristeza, por el difícil retorno, la rica zona arqueológica de los Itzáes, se visita el *Cenote Xlotoc,* que proveía de agua al servicio doméstico de aquel pueblo. Casi tan grande como el Sagrado, y tan en abandono como éste.

Si el Gobierno mexicano invirtiera unos cuantos millones, de los muchos que maneja, en una carretera asfaltada que partiendo de Oaxaca, Córdoba o Veracruz fuera a dar a Mérida, le haría un gran servicio público a Yucatán. Y así compensaría en algo la destrucción comunista de sus fincas henequeneras. Esta vía terrestre traería como consecuencia forzosa la reconstrucción sistemática de las ruinas de Chichén-Itzá.

México, D. F., enero de 1942.

XXIII

INGENIO DE SAN JOSE PURUA

Cuenta don Pedro Vélez que hace unos veinte años llegó de España con ánimos de trabajar, y al punto empezó en ese campo la fundación. Que para 1938 tenía cerca de 400 hectáreas de caña dulce, las cuales molía en zafra de ocho meses. Y los azúcares los vendía en los mercados de México. Cultivaba, además, arroz y frutos menores en todo el año.

Trajo por una atarjea o cañería, el agua del río Tuxpan, a más de diez kilómetros de distancia. Y fueron cerca de 300 hectáreas de estas nuevas plantaciones, donde el plátano abundaba. Y a fuerza de trabajo personal convirtió aquellos eriales en tierras de regadío, y como son negras su feracidad es asaz productiva.

Pero un día de aquel año, de maldición para el ingenio, cayeron sobre éste los mismos *medieros,* o conuqueros, que trabajaban en los plantíos y beneficiaban las cañas, tremolando pendones del extranjero agrarismo. Hoy continúan aún en ruinas, que testimonian la barbarie de los hombres.

Luego el caudillo improvisado, o líder de las nuevas doctrinas europeas, repartió las tierras cultivadas.

Amedrentado todavía, narra don Pedro cómo eran de verse los rostros descompuestos, unidos al vocabulario torpe y grosero y a los puños amenazadores, de los pacíficos labriegos de la víspera, que se amotinaron contra él. Salvó la vida, ya que no los intereses, huyendo del campo de batalla donde el enemigo de los agraristas eran, no molinos de viento, sino maquinarias de la industria y hermosos edificios. Y el botín de guerra, 400 tablones de caña dulce.

Para cohonestar el violento despojo se construyó, cerca de los escombros, tres pequeñas casas. Una, la más grande, sirve de salón de escuela con sus bancos, donde a veces se hospedan los soldados; otra, la más chica, hoy es un basurero, y la tercera, de ocho metros de frente por seis de fondo y de mala construcción, está dividida en tres piezas.

En la pared de afuera se lee este pompoco letrero: "Liga femenil de lucha social". Y sobre el dintel de las tres puertas: "Molino para mixtamal", "Tienda de la Cooperativa" y "Costurero". En la primera muelen el maíz cocido de las indítas, que andan muchas de ellas con la pata en el suelo como en la Colonia, y pagan cinco centavos

por una medida de poca monta. En la segunda, al presente sólo hay aperos de labranza; y en la tercera, no hay costureras, sino una cantina.

Contiguo al salón escolar se halla una piscina, o alberca, pero el agua es de aspecto cenagoso, puesto que sólo se lava el estanque cada quince días. Este fué el triunfo social que implantó la revolución agraria en 1938 en San José Purúa. Ahora, lo eficaz queda a dos kilómetros abajo, en la construcción del balneario.

Luego del asalto, con los mismos machetes, azadones y picas del campesino, y una vez destruídos ingenio y edificios, pasaron al repartimiento del botín, en premio de la épica jornada. Este caso de San José Purúa, fué repetido en muchas de las haciendas que enriquecían el suelo mexicano.

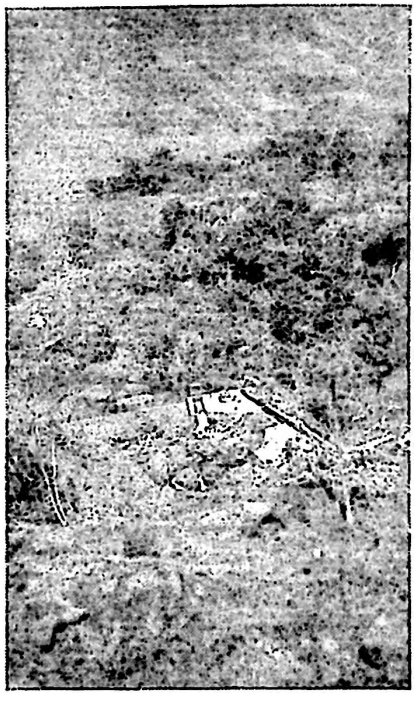
Los jornaleros, al verse dueños de tres o cuatro hectáreas en cultivo, creyeron ingenuamente que tenían asegurado el pan y el vestido de sus familias. Pero una vez cortada la caña y vendida a menos precio, por falta de trapiche para el beneficio, se quedaron con la zoca y en espera de diez meses para nuevos cortes.

Unos diez de los ochenta jornaleros del ingenio en ruinas, continuaron el cultivo de la caña; otros, incapaces para ello, están sembrando frutos menores, pero mientras llega la cosecha van a trabajar a jornal, como antes de la revolución, en otras haciendas o en la fábrica del hotel; y los restantes, que son los más, perezosos de suyo y sin el acicate del mayordomo o del capataz, dejaron que sus parcelas se convirtieran en rastrojos. Y aquel rico ingenio, que formaba parte integrante de la riqueza nacional, hoy son meros despojos. Apenas asoma el *chácuaro,* que en tarasco significa chimenea, señalando una injusticia.

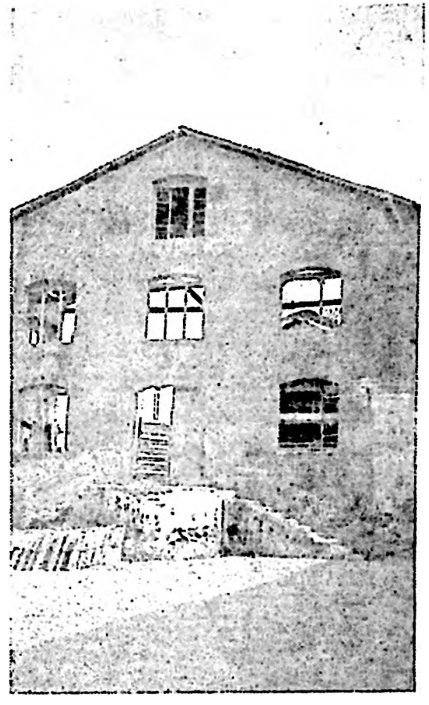
El suscrito, que visitó en varias ocasiones los jacales de tejamanil en campos y caseríos, los halló tan míseros como de antes. En muchos una pieza baja, algunos de vara en tierra al estilo de ranchos colombianos y de rucas chilenas, sirven todavía para albergar a la familia indígena en promiscuidad con animales domésticos.

Tal es el error fundamental de los agraristas en México, al creer que los campesinos son capaces de crearse su vida independiente, por el hecho de cultivar tres o más hectáreas de tierra en propiedad. No tomaron en cuenta que la mayoría de los hombres son incapaces de valerse por sí mismos. Forzosamente tienen que acudir al capacitado que funda haciendas, al que fomenta las fábricas industriales, crea el comercio y dirige los pueblos.

Prueba al cántaro. Hace siglos el pueblo judío ensayó el comunismo en las leyes de Moisés, que repartió en una época las tierras por



En las faldas de Jungapeo, quinta construída por el destructor del ingenio azucarero.



Ruinas del ingenio de San José Purúa; queda antes de llegar a este balneario.

igual. Pero al revisar el año décimo, que llamaron del jubileo, las fortunas de los agricultores, hallaron los jueces, que unos habían perdido sus parcelas; otros las tenían disminuídas; algunos las conservaban íntegras; unos pocos las habían doblado; otros decuplicado, y los menos en número, pero los más hábiles y esforzados como trabajadores incansables, las habían centuplicado.

Y como en cada año del jubileo era siempre el mismo resultado, se dió por caduca la ley, y desde entonces el judío, por toda la faz de la tierra, hace su fortuna material conforme lo ayudan sus naturales disposiciones.

Jesús, en una de sus parábolas, pone de relieve la desigualdad humana, en el manejo de los caudales. Dice: un padre dió diez talentos a cada uno de sus cinco hijos y los dejó en libertad. Andando el tiempo los llamó a cuentas. El primero los había perdido todos y estaba en la miseria; el segundo, temeroso de perderlos, los había enterrado; el tercero traficó con ellos, pero torpe en los negocios, apenas conser-

vaba la mitad; el cuarto, duplicada tenía su fortuna; pero el quinto la había centuplicado.

Estos dos últimos recibieron la bendición paterna, premiando así su habilidad adquisitiva.

El que desee ver esta parábola en la práctica, vaya a México y hable con los agricultores que recibieron parcelas cultivadas de las haciendas que repartieron los agraristas.

El ingenio de San José Purúa queda más allá de Zitácuaro, uno de los valles más hermosos del Estado de Michoacán, camino de Morelia. Al llegar al kilómero 182 se desvía a la izquierda, y por un corto trayecto en declive, se llega al antiguo trapiche. Pocos años atrás era un emporio de la riqueza nacional, hoy son meros despojos. Su carretera es toda asfaltada. Los mexicanos dicen que el responsable de estos ataques destructores, de la riqueza nacional, fué su Presidente Lázaro Cárdenas. Efecto de su política agrarista.

México, D. F., 1942.

XXIV

RUINAS DE UXMAL

De Mérida de Yucatán a este histórico sitio hay una carretera, mejor que la ya conocida por mala a Chichén-Itzá. Tiene sólo 78 kilómetros. La palabra Uxmal viene de *Ox* y *Mal,* tres veces santa, según unos, y para otros intérpretes *tres veces edificada.*

Parece que por los años de 1007 de la era cristiana, los tutul-xiú conquistaron esos lugares, y durante cuatro centurias construyeron los monumentos arquitectónicos, de piedra labrada, cuyas ruinas causan la admiración de la gente. También levantaron a su alrededor las importantes ciudades de Kabal, Labna y Sayil.

Las primeras noticias de esta zona arqueológica se deben a Fray Antonio de Ciudad Real, que las publicó en 1586. Fueron relaciones de los indígenas que consultó y estudios que hizo.

Otros cronistas dicen que *Ahcuitok Tutulxiú* pobló a Uxmal, y durante diez épocas reinó, estando en auge las ciudades de Chichén-Itzá y Mayapán. Años de 936 a 1176.

Los arqueólogos, dada la ausencia de ríos y cenotes, han supuesto que la construcción de lagos artificiales y de cisternas, para embalsar el agua de las lluvias, fué obra de largo tiempo.

No son posibles las presas ni los pozos artesianos, debido a la falta de montañas y de agua en el subsuelo.

En un espacio cerca de un kilómetro cuadrado se hallan enclavados más de diez edificios en escombros. Estas dos civilizaciones mayas, de *itzáes* y *xiúes,* la primera al oriente de Mérida y la segunda al sur, difieren en sus respectivas características.

El guía, además del escritor Erosa Peniche, es un explorador meridano que empezó por "El Adivino", nombre a causa de una leyenda un tanto mal urdida. El montículo donde se asienta es de forma cónica con sus cuatro cuerpos que descansan en terrazas. La escalinata que conduce a la superior tiene una altura de 25 metros. El total es de 31. El frente principal, al oeste, ostenta varios mascarones tallados que dan a otras tantas piezas. Aquí los dinteles son de madera y las jambas de piedra, como en todos los demás edificios.

Se observa que en las ruinas de Mitla, en Oaxaca, los dinteles son de piedra tallada y de enormes tamaños.

En las cornisas del "Adivino", la ornamentación son relieves de serpientes y grecas estilizadas. Luego una serie de jarrones y piedras cilíndricas, éstas encajadas entre sí como las vértebras de las serpientes en el suntuoso edificio de las Monjas.

Esta parte fué rellenada y se cubrió con una escalinata, que contiene más de cien peldaños de peligrosa subida. El compañero explorador advirtió al suscrito, que era preciso subir en zig-zag, a fin de no fatigarse en la ascensión; y que al bajar, para no sufrir un accidente, debe mirarse sólo y cuidadosamente la grada que se pisa. Es decir, que el campo visual debe reducirse al escalón siguiente.

La pendiente escalera, de angosta gradería, conduce a un templo que su pórtico son mascarones, grecas y serpientes entrelazadas. Tiene un largo de 21 metros por 4 de anchura, y está dividido en tres cámaras. Toda esta construcción son columnas, listones de piedras lisas y serpientes diversas.

Este edificio es el más semejante al Castillo de los itzáes, con la diferencia de que no son construcciones superpuestas, ni hay, en cámaras sepultadas, ofrendas de joyas valiosas, ni chacmoles, ni trigres de garra roja.

Aunque una nueva escalera recientemente descubierta, hace suponer que sí hay construcciones superpuestas. Pero esto era para 1942, apenas una mera sospecha de los exploradores. Porque las excavaciones y reconstrucciones van lentamente en esa zona de los xiúes.

El suscrito tuvo la oportunidad de escalar, con su acompañante, a un montículo donde se hacía una exploración. Allí vió cómo las raí-

ces de los árboles y arbustos se encajaban por las cornisas y molduras del edificio sepultado.

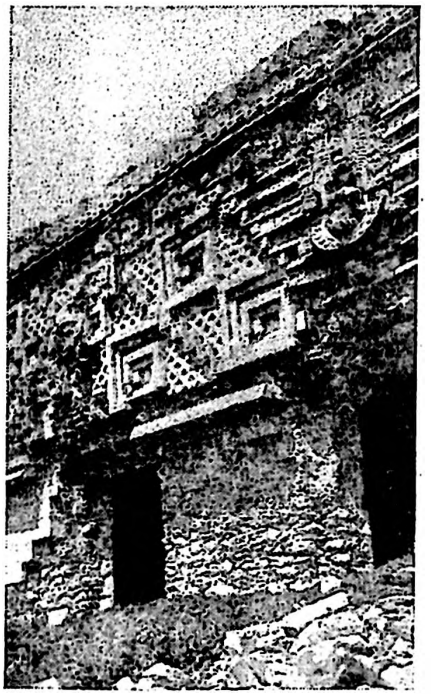
Al oeste del Adivino, y muy cerca, se halla la soberbia construcción de Las Monjas, por suponer los arqueólogos servía para las vestales del culto maya. Ellas mantenían encendido el fuego sagrado de los dioses, así como las romanas el de la diosa Vesta.

Cuatro grandes edificios la componen, con sus portadas hacia el patio cuadrangular. La entrada única, bajo un arco, pertenece al del sur con vista al palacio del Gobernador. Como una curiosidad mira el visitante, en la bóveda del arco, manos rojas pintadas.

Según los cronistas, esto proviene de que a la muerte de Itzamal, civilizador de estos pueblos, se le erigió un templo con el nombre de *Itzamatul,* donde fué adorado. También se le llamó *Kabul,* "mano celeste u obradora" a causa de los beneficios públicos que ejecutó. Y en su memoria se estamparon allí esas manos rojas.

La construcción oriental mide 48 metros de largo por 10 de ancho y 8 de alto. Dimensiones que pregonan la suntuosidad del edificio.

Serpientes aladas y molduras pétreas, en el claustro de las Monjas, en Uxmal.



Otros motivos de piedra tallada en el mismo edificio de Uxmal.

'Por eso la fachada interna tiene 5 puertas. La central lleva a una cámara espaciosa que se comunica con otra en el fondo. Están en buen estado y llevan a 4 pequeñas habitaciones. Por las 4 puertas restantes se entra en otras tantas dependencias.

Esta fachada se encuentra tapizada toda ella, de piedras labradas en columnillas, listones, cornisas y mascarones. Son relieves altos, incrustados en la pared.

Entre las columnas hay algo, característico en Las Monjas, seis trapecios, tres por lado de los mascarones, y cada uno formado por ocho serpientes bicéfalas; y sobre cada trapecio una figura con plumas de ave. Coronan la cornisa otras serpientes también de doble cabeza.

El edificio está edificado en una terraza de cerca de 3 metros de altura y la escalinata es de 46 metros de longitud.

Restos de otras construcciones, entre estos dos edificios, se hallan dispersos por el enyerbado suelo.

Lo construído al poniente tiene un largo de 53 metros, y 7 puertas que dan entrada a otras tantas salas. Hay columnas de mascarones en la principal. Pero lo que más resalta en estos relieves pétreos, son las serpientes emplumadas que entrelazan sus cabezas y sus colas en el extremo del muro. Las vértebras son piedras lisas oscuras, de unos veinte centímetros de espesor, encajadas simétricamente unas dentro de otras. En el centro del cuadrado, que hacen los cuerpos de las sierpes, lucen grecas y una figura humana. Las vértebras, labor de filigrana de gruesas piezas, son más de treinta para cada ofidio.

El lado norte del cuadrilátero monjil es otro edificio, que tenía dos pisos. Al presente todo son escombros, que aún no se han reconstruído, siquiera en parte. Las bases del piso alto miden 81 metros de largo por 8 de ancho. Lo enorme de él son las 11 puertas que apenas se denuncian. Dan entrada a crujías dobles, en destrozo. El pórtico, que mira al patio, ostenta columnas con mascarones y sobre dinteles de madera estilizaciones de chozas y otros mascarones. Estos adornos murales, donde el cincel ofidiano labró en piedras chozas indianas, en Chichén-Itzá son estucos en pinturas indelebles.

Otra moldura que asoma con frecuencia entre las columnas son las grecas, adorno principal en las ruinas de Mitla. Se le agregan estilizaciones de pájaros y figuras humanas con cabezas de serpiente.

El edificio del lado sur, frente al norte del Gobernador, es el único que tenía entrada al patio de Las Monjas. El interior de él presentaba 8 puertas en una extensión de 70 metros.

En el frontón de este pórtico juegan cornisas, mascarones y sobre

los dinteles chozas de paja estilizadas. Vocablo moderno muy socorrido entre pintores y escultores, para significar la espiritualidad de pinturas y esculturas.

La construcción de mayores alcances, y de más imponente suntuosidad pétrea, es la Casa del Gobernador. Tiene sus bases sobre otras tantas terrazas. Una, con 153 metros, corresponde al frontispicio norte; la más larga, de 181, es la del frente oriental. Es de forma cuadrangular, y se eleva a una altura de 12 metros.

La segunda terraza es de 122 metros de longitud, 27 de ancho y 7 de alto, con escalones que la comunican con la primera. Una más pequeña, sobre la segunda, de sólo un metro de altura para subir al portentoso edificio. Que se extiende en un largo de 98 metros, por 12 de ancho y unos 9 de alto.

Entre las cornisas, columnas y sus vestíbulos sobresale una gran serpiente que rodea la mole arquitectónica del Palacio. Los centenares de vértebras de este colosal ofidio, semejantes a las cuentas de un rosario, le dan un carácter especial.

El centro del frontispicio oriental es un semicírculo, con una serpiente escamada y bicéfala, como las que tienen las Monjas. Encima de esta moldura un cuerpo de hombre, al cual le arrancaron la cabeza, y luego piedras emplumadas y los consabidos mascarones.

Toda esta labor de encajería de piedra descansa sobre un trapecio cuyos lados son serpientes bicípites.

Por este lado hay tres puertas por las cuales se entra en el gran Salón del Gobernador, que se abre en sus 19 metros de largo por 6 de ancho. Se comunica con una sola posterior.

Las molduras que no son cornisas, serpientes y mascarones, lucen con sus grecas, cuadradas en forma de dados y piedras lisas.

Las esquinas de estas cámaras están ornamentadas con sus columnas, y en los extremos los simbólicos mascarones.

Es de notar tanto en este edificio como en el de las Monjas, que son los principales de Uxmal, que no hay superpuestos como se encuentran en los de Chichén-Itzá. Ni tampoco columnas labradas con figuras de guerreros ni de sacerdotes.

En el espacio comprendido entre estos dos grandes monumentos, está el llamado "Casa de las Tortugas", de unos 29 metros de frente por 7 de fondo.

El basamento son piedras lisas que sostienen entablamentos, también de piedra, y otras varias molduras. La del medio da cabida de trecho en trecho, a esculturas que son tortugas finamente talladas y ajustadas entre sí.

Del Juego de Pelota, junto al anterior edificio, quedan los dos muros paralelos a una distancia de 21 metros. Su longitud es de 35. De los anillos centrales y los jeroglíficos murales en relieve, apenas restan pequeños fragmentos. Parece que las tribunas de los nobles, guerreros y sacerdotes eran las terrazas de los palacios del Gobernador y las Monjas, que dominaban el antiguo estadio de los Xiúes.

Al suroeste del primero se ven escombros. Uno de éstos, con paredes en pie, es llamado Casa de las Palomas. Las puertas se hallan en los frentes norte y sur.

Sobre el derruído muro que muestra restos de cornisas hay torres triangulares, de trecho en trecho, que semejan palomares. De ahí el nombre dado al ruinoso edificio.

Hacia el occidente de éstos se encuentra, sobre una terraza no muy alta, el Cementerio. Lo componen cornisas de piedras y salientes, acaso para sostener figuras simbólicas de la muerte. El frente oriental con sus tres puertas y sus dinteles de madera, todavía intactas, por las cuales se entra a los restos de una cámara. Las escaleras, para subir a la terraza, casi no existen.

Cerca de los restos de una pirámide, que por sus adornos de calaveras y canillas humanas con jeroglíficos y relieves alusivos, puede suponerse que servía de osario.

Al suroeste de la Gobernación, que sirve de punto de referencia en esta zona arqueológica, la pequeña terraza para la "Pirámide de la Vieja".

Alrededor todo son despojos pétreos. En pleno campo se ve un ídolo que es un Phalo, como en Pompeya, donde se adoraba al dios fecundador. Es de un metro de largo.

En el extremo sur, a unos 400 metros distante de la Pirámide de la Vieja y en plena ruina, se halla el Templo de los Phalos. Sólo en la segunda cornisa se ve, labrado en piedra, el símbolo de la fecundidad. Según lo que está en pie, que tiene unos 10 metros de frente, se deduce lo grande que fué el templo de este pagano culto.

Lo sensible de las ruinas de Uxmal, acaso las más grandiosas del Nuevo Mundo, según opinan algunos arqueólogos, es el estado de abandono en que se hallan.

Sería un beneficio público, como creación de fuentes rentísticas para el Estado yucateco, la reconstrucción de las ya exploradas. Y puesto que hay varios montículos que denuncian monumentos sepultados, continuar las excavaciones de esta rica zona.

Estos trabajos darían estímulo para levantar un hotel, al estilo

de Mayaland. ¡Qué bien merecen ser visitadas estas ruinas por todos los extranjeros que conozcan a México!

Por ese solo motivo el Gobierno nacional haría un gran negocio, si se mira especulativamente, con la prolongación de la carretera hasta Mérida. El auge del Estado compensaría las calamidades anteriores.

México, D. F., 1942.

XXV

LAGO DE PATZCUARO

La antigua ciudad de Tzintzuntzan tiene hoy unos 200 habitantes, y dista de la ciudad de Pátzcuaro cerca de 16 kilómetros. Si se continúa recorriendo la circunferencia del lago, se encuentra, a otros 16 kilómetros, el pueblo de Erongarícuaro con su convento; luego, a distancia de 27 kilómetros, se topa el de San Andrés Isirondaro, y bien cerca, cosa de 3 kilómetros, se halla San Jerónimo Purenchécuaro, los dos conservan sus monasterios. A 16 kilómetros, el de Santa Fe Retorasgo, con su catedral. Sigue el rumbo de circunvalación lacustre, y a 11 kilómetros se divisa a Cocupao, en sitio ameno, con su iglesia; y al recorrer 5 kilómetros más se llega al punto de partida, la capital que fué de los tarascos. Todo el perímetro del lago son unos 48 kilómetros.

El fondo es profundo y en él sepultaron los indios sus joyas y sus ídolos de oro y otros metales, a fin de sustraerlos al pillaje de los conquistadores. Menos mal, porque éstos rapiñaban sus riquezas, al paso que sus amos y los aztecas los aprisionaban para sacrificarlos.

En todo el centro está enclavada la isla más grande, la de San Pedro Jarácuaro, con su magnífica iglesia. Como sitio de recreo es muy visitado. A los alrededores hay otros lagos y lagunas, todos abundantes en pescado blanco, que es la delicia de los turistas. De ahí que Michoacán en tarasco equivale a la "tierra del pescado".

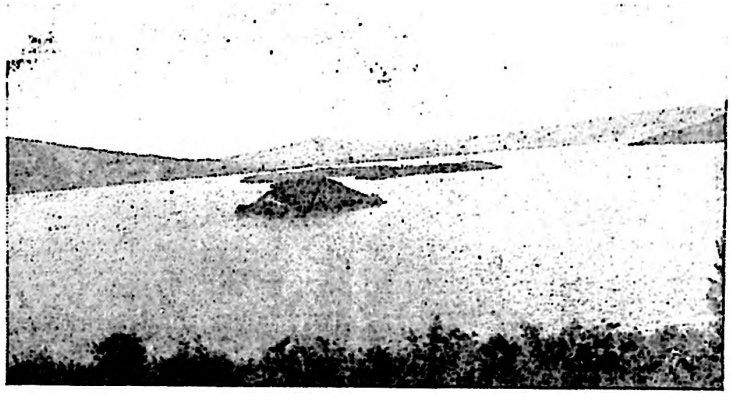
En alguno de los montes que los circundan crecen, además de los hermosos pinares, encinas coposas, ébanos frondosos y el tapinzirán, negro y resistente como el mismo ébano. El llamado ayaquecuéramo, es asaz curioso y por sus vetas parduzcas al corte, lo utilizan para hacer las cruces.

El español encontró al nativo de esta provincia con mucha disposición para las artes, de modo que los conocimientos que trajeron

los conquistadores donde más cundieron y se enraizaron fué entre los tarascos.

Para recorrer el lago y visitar sus islas, en primer lugar la de Janitzio, hay lanchas de gasolina, cómodas y seguras. Desde el muelle a dicha isla es cuestión de unos 30 minutos. Se recomienda la hora de la mañana, cuando la superficie de las ondas está tersa, como si fuese un espejo. En la tarde se irisan y se encrespan los tumbos, y entonces el *tumberío,* como dicen los marinos del lago de Atitlán, en Guatemala, mueve demasiado las embarcaciones.

Es un bello espectáculo el ver cómo surcan veloces las curiaras y canoítas, movidos sus canaletes por manos de pequeños y pequeñuelas. Es la calle ancha que los lleva, de las islas y pueblos de sus márgenes a la ciudad. Bien cuadra la expresión de Rómulo Gallegos, el gran novelista venezolano, ante la inmensidad de las llanuras patrias: "Tierra ancha y tendida, toda horizonte como la esperanza, toda caminos como la voluntad".



Vista panorámica del lago de Pátzcuaro, desde la isla de Janitzio.

Al pisar el muellecito de Janitzio, se encuentra el visitante entre los pescadores. Las redes, siempre se hallan tendidas al sol para secarlas, porque las atarrayas se echan de noche. En los jacales de las orillas venden curiosidades de tejidos, maderas y caracoles.

Luego se visita la iglesia de San Jerónimo con su torre alta, de tres cuerpos, que los cipreses del atrio y las redes extendidas forman la rusticidad de la capilla.

Se comienza el ascenso por las escaleras de piedras toscas, enclavadas en tierra, colina arriba, hasta la base del monumento. Son cerca de 280 peldaños. A la llegada se encuentra amplia plataforma, especie de plazoleta en el cono truncado de la isla.

Sobre esta planicie se levanta una mole de concreto armado, que representa la estatua del libertador Morelos.

Es semejante por la estructura tosca y carente de arte, al Monumento a la Revolución comunista, erigido en la ciudad de México. Para la construcción de éste fué preciso derribar las bases, y algo más, de la obra empezada por don Porfirio Díaz para el necesario Palacio Legislativo, que no lo hay en la capital.

Y el sitio adecuado para ello, según opinión de los arquitectos que saben, es el trazado por el gran caudillo que fundó en México una de las más honestas, progresistas y ordenadas dictaduras de América. La estatua, desde su asiento, tiene unos 46 metros de altura. Y en la plancha que mira al frente, especie de libro abierto y en páginas de bronce, se mandó a grabar una proclama que dicen era de Morelos. Trata del derecho de ser libres y de los tres poderes del gobierno: Legislativo, Ejecutivo y Judicial, y termina: "Los bienes de los ricos y los tesoros de las iglesias deben destinarse a los pobres y a los gastos de la causa insurgente".

Al leer el texto, que es una amenaza permanente, debe advertirse que los tesoros de los templos son propiedad de la nación, como lo son también los objetos de los museos y bibliotecas.

Los sacerdotes, directores y bibliotecarios son meros guardianes. Ninguno de ellos puede disponer, por ningún motivo, de esos objetos, obras o curiosidades artísticas que tienen bajo su custodia.

Es craso error, que implica suma ignorancia, el disponer *manu militare*, de esos tesoros que forman el patrimonio de los abuelos, tanto espirituales como artísticos y científicos. ¡Quien lo haga comete un crimen de lesa patria, porque va contra la riqueza nacional!

En cuanto a que los bienes del clero "deben destinarse a los pobres", es programa de toda revolución para halagar a los desarrapados, a los *sans culottes* de París y cohonestar las destrucciones.

Pero una vez terminado el desorden y enriquecidos los caudillos, directores y líderes, se cambia el programa. En el caso concreto ahí está el puño amenazador de Morelos, en la estatua de Janitzio, recordando a los nuevos ricos que sus bienes pertenecen a los pobres. Y como éstos, hoy son más que ayer, y hambrientos y desnudos andan por campos y ciudades, el reparto es imperativo conforme a la proclama de Morelos. ¡Máxime cuando los caudillos de la revolución comunista se apropiaron la ordenanza como si fuese de ellos!

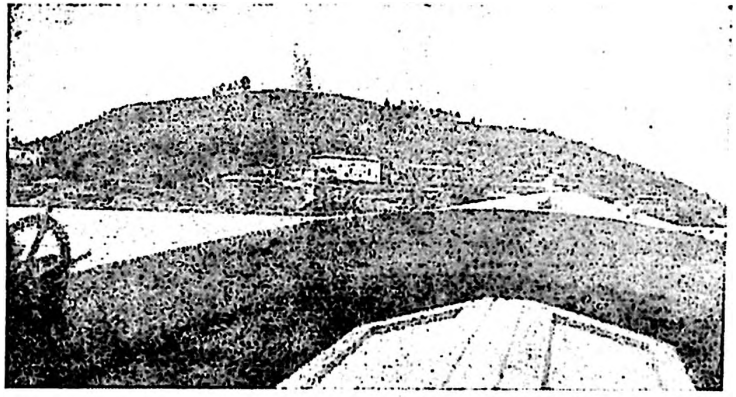
A este respecto, apuntado en la plancha del monumento, el historiador don Lucas Alamán, el más discreto narrador de los acon-

tecimientos de la Independencia nacional de México, al publicar los documentos del cura Morelos, asienta todo lo contrario.

En el decreto, firmado en Tecpan, el 13 de octubre de 1811, entre otros puntos toca el siguiente:

"Que no siendo como es nuestro sistema proceder contra los ricos por razón de tales, ni menos contra los ricos criollos, ninguno se atreverá a echar mano de sus bienes por muy ricos que sean; por ser contra todo derecho semejante acción, principalmente contra la ley divina, que nos prohibe hurtar y tomar lo ajeno contra la voluntad de sus dueños y aun el pensamiento de codiciar las cosas ajenas".

"Que aun siendo culpados algunos ricos europeos o criollos, no se eche mano de sus bienes sino con orden expresa del superior de la expedición, y con el orden y reglas que debe efectuarse por secuestro o embargo, para que tenga el uso debido.



Vista del pueblo de pescadores en Janitzio y el monumento a Morelos en la cumbre.

"Que los que se atrevieren a cometer atentados contra lo dispuesto de este decreto, serán castigados con todo el rigor de las leyes; y la misma pena tendrán los que idearon sediciones y alborotos en otros acontecimientos que aquí no se expresan por indefinidos en los espíritus de malignidad, pero que son expuestos a la ley de Dios, tranquilidad de los habitantes del reino y progreso de nuestras armas".

Como se ve, estos párrafos desmienten históricamente al Presidente comunista que los hizo grabar como si fuesen de Morelos. El enemigo de la propiedad ajena, de cuando no era rico, quiso apoyar su doctrina falsa y destructora en documentos inventados. Los mexicanos saben quién fué este presidente.

El interior de la gigante estatua es una pirámide cuadrada, dividida en cinco pisos y en cuyas paredes hay unas sesenta pinturas murales al temple.

Es decir, doce en cada uno. Se sube a estos pisos por una escalera con descansos alrededor, a fin de contemplar bien los cuadros y leer el historial de cada uno.

Ramón Alba de la Canal, pintor de Pátzcuaro, estampó en las sesenta pinturas la vida y milagros del caudillo de la Independencia. Allí están narrados todos desde su nacimiento en Valladolid, el 30 de septiembre de 1756, hasta su muerte en patíbulo sangriento en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815. Todo cuanto atañe a la vida ejemplar y heroica del presbítero José María Morelos y Pavón, dibujada quedó para enseñanza de los visitantes de Janitzio. Es una lección objetiva y útil que deben recibirla los estudiantes, en especial los militares. El artista duró en sus trabajos desde 1935 al 40.

Al terminarla se sube por una escalera angosta que tiene el brazo ahuecado hasta llegar al puño del guerrero. Y son 160 peldaños, con los veinte de la base, para gozar del paisaje espléndido del lago. Las varias islas que hermosean la superficie, están cubiertas de árboles y cultivos. Las ondas salpicadas de algas y plantas marinas, que dificultan la navegación a los bañistas, brillan con la luz solar y presentan en gama multicolora, las tonalidades del agua removida por los vientos.

Al descender, la vista panorámica del pueblo de pescadores, que se recuesta en los montes y colinas de Janitzio, completa el encanto del lacustre paisaje.

Al conversar con aquellos rústicos marinos, viene el recuerdo del venezolano Pérez Bonalde, el gran cantor de "Vuelta a la Patria".

"Allá van los humildes pescadores,
las redes a tender sobre la arena;
dichosos, que no sienten los dolores
ni la punzante pena
de los que lejos de la patria lloran;
infelices, que ignoran
la insondable alegría
de los que tristes del hogar se fueron,
y luego, ansiosos, al hogar volvieron.

Son los mismos que un día,
siendo niño, admiraba yo en la playa,
pensando en mi inocencia,
que era la humana ciencia
la ciencia de pescar con la atarraya.

Bien os recuerdo, humildes pescadores,
aunque no a mí vosotros, que en la ausencia
los años me han cambiado y los dolores".

México, septiembre de 1942.

XXVI

MERIDA DE YUCATAN

Según los arqueólogos, entre ellos el americano Sylvanus Griswold Morley, el antiguo imperio maya tuvo su principal centro de civilización en Petén de Guatemala.

En las ruinas cercanas a Mérida, los exploradores han encontrado cultura en la piedra, cerámica, artes, textiles y mosaicos. La astronomía y los jeroglíficos, en nada inferiores a los egipcios, con una cronología de millares de años.

El suelo calcáreo, impropio para el cultivo de los frutos, fué propicio a la arquitectura por sus tres elementos constitutivos: piedra, ripio y cal.

Parece que la ciudad se asienta sobre una extensa capa calcárea, que cubre un enorme recipiente de agua. Este se manifiesta por aberturas naturales llamados *cenotes*. Los molinos de viento, que baten sus aspas por todas partes, proveen de agua a sus habitantes, Y como la familia Molina ha dado hombres ilustres a la comunidad, Mérida la titulan la ciudad de los Molinos y de los Molinas.

El maíz, el principal alimento, es sagrado. En el Génesis de los mayas, que es el Popol-Vuh, el hombre y sus dioses se originan de ese fruto. Aunque el ciervo fué la carne preferida, el aborigen no es carnívoro. Sus pieles, muy socorridas, las utilizaban en la industria; que las del jaguar, animal divinizado, servían para el vestido de sacerdotes y de nobles.

Se supone que el antiguo imperio maya, cuyos primeros habitantes vinieron de Guatemala, comenzó en su decadencia a principios del siglo X de la era cristiana. La ocasionó la escasez de maíz, cuyo cultivo no fué suficiente para el crecimiento de los pueblos.

Las estelas, piedras con inscripciones en jeroglíficos, halladas en las ruinas, han confirmado nuevas sospechas. Deducen, que los fundadores de Chichén-Itzá y Kukulcán, a cuyas ciudades dieron sus nombres, vinieron del oeste. Y que luego, uno de ellos, al regresar a su planicie mexicana, fué divinizado con el nombre de *Cezalconatl.*

Por este tiempo aparece la Liga de Mayapán, en la cual dominaban en Chichén-Itzá, los itzáez; en Uxmal, los xiúes; y en Mayapán, los cocomes. Fué el esplendor de estas tres ciudades.

Las guerras trajeron la destrucción de la Liga, y como decayó el laborioso cultivo del maíz, las hambres y las pestes, secuelas de aquéllas, aventaron lejos a los pobladores.

Por eso los conquistadores hispanos sólo hallaron, de lo que fueron ciudades de esplendor y belleza, meros montículos de yerbas, de arbustos y de árboles.

Restos de una muralla defensiva, con una extensión de 8 kilómetros rodeaba un área de tres kilómetros y medio. Con una altura de 2 metros por 4 de base. Dentro hubo hasta 17 cenotes que daban el agua suficiente a los Itzáes. Que los xiúes y cocomes carecían de ellos.

Los cronistas fijan el siglo XV como final de estas civilizaciones que destruyó la guerra, el hambre y la peste.

La conquista duró más largo tiempo que la de los aztecas y mexicanos, y se aprovecharon de la tradición que se dice existía entre los mayas, de los nuevos hombres y de los nuevos dioses. Tal como la había en el Perú.

Por los años de 1517 aparecieron los hombres blancos por las costas de la península, que bautizaron Yucatán por corrupción de voces indígenas. Francisco Hernández de Córdoba, partido de Cuba, descubrió las costas de Campeche y peleó con los nativos.

En 1526 a Francisco de Montejo, compañero de Hernán Cortés y Juan de Grijalva, se le encomendó la conquista de los indios mayas. Tuvo que combatir con peches y cheles en el norte, que por el centro le tocó al capitán Alonso de Avila. Allí se encontró con los xiúes, los vencidos en Uxmal, antes de llegar los españoles.

Con auxilios del virrey de México funda Francisco de Montejo a Campeche, en 1540; y el 6 de enero de 1542 echa las bases de la hermosa ciudad de Mérida. Pobladas con sólo españoles, lo mismo que Valladolid y Salamanca de Bacolar.

A causa de los piratas que comenzaron a infestar las costas de los nuevos dominios hispánicos, en 1564 se creó la Gobernación y

Capitanía General de Yucatán, para defenderse mejor de los filibusteros.

La colonización empezó con los frailes que llevaban el Evangelio a los indígenas y suavizaban, en lo posible, la aspereza y crueldad explotadora de los súbditos del rey. Los franciscanos fueron los obreros civilizadores en la capital yucateca.

Durante los trescientos años del régimen monárquico se destacaron como escritores, entre otros, los frailes españoles Antonio de Ciudad Real, Luis de Villalpando y Diego de Landa; criollos yucatecos Pedro Sánchez de Aguilar, Cosme de Burgos y Vasco Martín; y mayas Nakuk Pech y Gaspar Antonio Chi.

Asoman como edificios coloniales la catedral, con su elegante portada de columnas y cornisas sencillas, todas ellas de piedra labrada. Las dos puertas laterales son pequeñas; y sobre la ojiva de la central, que es grande, se miran entallados escudo y mitra obispales.

Adentro tres naves amplias y largas con su columnata redonda. La arquería que descansa sobre ésta, lo mismo que los relieves del plafond, son canterías. La rotonda del crucero es arquitectura de elegantes trazos.

Las columnas de las naves son círculos tallados, de piedras superpuestas, y se cuentan hasta 21 en cada una de ellas. El alto de cada piedra es 0.45 metros, lo que da una altura de 10 metros. No entran aquí ni la base ni el capitel. La circunferencia de ésta mide 6.35 metros.

Adosadas a las paredes laterales, de entrada y fondo, se hallan medias columnas en número de 20.

Y como de cada una de las doce centrales parten cuatro arcos, suman 48 que, numerados conjuntamente con los cuadrículos del techo, dan una armónica y variada cantería.

Es desde luego una fronda de piedra tallada todo lo que la vista extasiada contempla en el interior de esta suntuosa catedral.

Los meridanos se sienten orgullosos de su basílica cristiana. Se advierte que la misma ciudad da gentilicios diferentes. Emeritenses, la Mérida de España y merideños, la de Venezuela.

El coro lo soportan también columnas de piedra, pero más delgadas. El visitante siente la emoción del arte, aunque sea profano. Tal como la sintió ante los fragmentos de columnas, capiteles, vértebras de serpientes emplumadas y mascarones de las ruinas sagradas de los itzáes y de los xiúes.

La capilla de la izquierda contiene una reliquia, el Cristo negro de las ampollas. Refiere la tradición que al incendiarse la capilla

donde antes estaba, las llamas perdonaron la imagen, pero le dejaron, en recuerdo, manchas lustrosas en los brazos y en el pecho. Desde ese día las leyendas miraculosas prestigiaron al Cristo salvado del incendio.

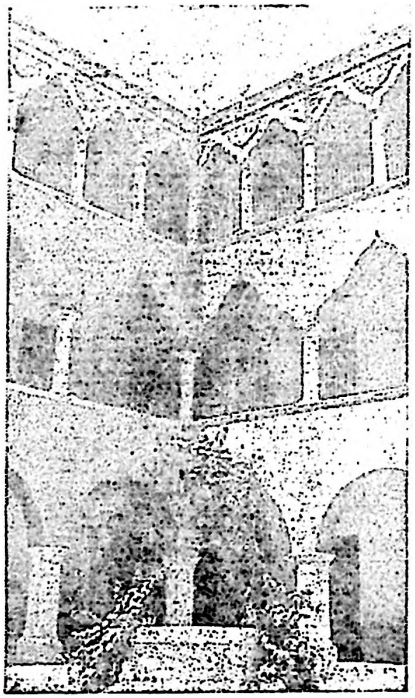
A su alrededor, enmarcados, se leen los siete Dones del Espíritu Santo. De izquierda a derecha del visitante: Don de Sabiduría, Don de Entendimiento, Don de Consejo, Don de Fortaleza, Don de Ciencia, Don de Piedad y el 7o., Don de Temor de Dios. En la práctica todos ellos pueden sintetizarse, reducirse a uno solo: *el Don de la Salud,* tanto moral como intelectual y corporal. Para lograr esta simbólica realidad, hay que poner en juego todos los dones que acompañan al Cristo en la Cruz de la capilla meridana.

La iglesia de la Tercera Orden franciscana es también tallada en piedra. Cerca se halla una plazoleta con el monumento moderno del general Manuel Cepeda Peroza, porque fué un benefactor yucateco. Así lo pregona la biblioteca pública que lleva su nombre. Y una de las más visitadas por lectores, de todas las bibliotecas de provincia de México.

En la antigua Plaza de Armas, llamada hoy de Independencia, abundan, como una bendición de los dioses los frondosos laureles de la India. Alrededor del cuadrilátero hileras dobles de este árbol bienhechor extienden sus ramajes. Y como la ciudad está a 8 grados sobre el mar, la frescura del parque refrigera a los que se guarecen bajo sus frondas. Es uno de los sombríos más hermosos en las plazas públicas de la nación.

Los laureles de Cuernavaca, como los de Tequila, son coposos, llenos siempre de hojas y de ramas verdes, pero no en gran número como los de Mérida. ¡Por fortuna para ellos los gobernantes arboricidas no han descargado sus iras de leñadores! Que en La Victoria, Mérida y Caracas, como en la Guatemala de Ubico, hubo destructores del ornato más bello y útil de una plaza pública. ¡Que Dios les ayude, como decía Dolores Montilla, cuando recordaba en Madrid las maldades que el doctor Paúl aconsejaba en Caracas al pacificador don Pablo Morillo!

Unos escaños, curiosos y llamativos como los más, se encuentran en el centro del parque. Son 16 pares de puro cemento, como dicen los mexicanos. En la hora del crepúsculo, cuando los rayos del sol apenas dibujan siluetas de parejas enamoradas, los bancos reciben las confidencias de los que bien se aman. El viajero, ante ellos, evocó uno de los más bellos idilios de su primera juventud. ¡Y en ese sitio embrujador servía de paladium Sainte Génevieve, la Patrona de París!



Antiguo claustro de los padres Agustinos, hoy Universidad de Mérida, de Yucatán.

Arcos y jardín de la casa Peón de Regil, en Mérida.

En la calle 63 llama la atención del extranjero unos grabados, que son el historial de la hoja de servicios del coronel Pablo González. Los prestó en la guerra de Castas de Yucatán, en 1847. En 9 cuadros se lee la relación de los combates de aquella destructora revuelta. El caso es por demás curioso, acaso único en los pueblos de América.

En la misma Plaza Mayor, como es natural, está ubicada la casona del fundador Montejo "El Mozo". Sobre el dintel de la puerta principal, el escudo de armas de los Montejos. Junto a las jambas columnas de piedra tallada, de orden corintio, que sostienen el capitel. Y sobre aquéllas, soldados con armaduras de conquistadores. Arriba de un balconcete, que soporta el dintel, el escudo con sus 4 cuarteles y el consabido morrión. En la misma piedra grandes alabarderos en alto relieve que orlan grabados relativos al guerrero. Todo está en deterioro, que son cuatro centurias. ¡Y el tiempo carcome hasta los símbolos de la gloria!

Los cuatro frontones de los cuatro ventanales, que son de cal y canto y que se hallan sostenidos por cariátides de piedra, no lucen su antigüedad. Han sido retocados.

Los Atlantes llevan una mano a la frente, en actitud de pensativos, que de la otra cuelgan sendas guirnaldas. Todas estas molduras son de alto relieve, pero carecen del mérito de la piedra tallada.

El cornisamiento de la casa de los Montejos en sus 25 metros de largo, lo adornan lagartos y coyotes (zorros), con cabezas de serpientes. Hileras de ricas piñas completan las molduras.

En el interior vivía para 1942, don Manuel de Arrigunaga, español vascuence, casado con doña Aminta Peón, descendiente del fundador. Como no dejó varón, el apellido Montejo no continuó en Yucatán. Se transmitió por línea de mujer. No tuvo el talento oportuno de don Sancho Briseño, en Trujillo de Venezuela, lo que se le ocurrió a causa de un mayorazgo que tenía en Aragón. En el matrimonio de su hija Ana Briseño Samaniego, hizo estampar la cláusula que su apellido se antepondría al Bastida de su marido, el capitán Francisco.

La señora de Arrigunaga, de palidez de lirio, muestra en la tersura de su piel los distintivos de la raza blanca.

La antigua casa de sus abuelos, los conquistadores y fundadores de pueblos, tiene algo de su construcción primitiva en algunos de sus techos. Allí la madera redonda y labrada, de hace 400 años. El escritorio es también de esa época. Y conservan con cariño, como reliquia histórica que es, el escritorio de madera tallada que usó la emperatriz Carlota cuando estuvo en Campeche, de donde fué traído.

En la casa inmediata a la de Montejo se hospedó la esposa de Maximiliano, del 23 de noviembre al 5 de diciembre de 1865, durante su visita a Mérida. Ciudad que no conocieron los dos emperadores del México independiente.

Era una de las mejores casas coloniales, y pertenecía al señor Darío Galea. Todavía ostenta las 26 columnas y sus respectivas arquerías. Pero la mansión solariega quedó reducida a piezas de comercio, especie de casas de vecindad mercantil.

Durante su estancia la emperatriz visitó asilos y oficinas públicas, a los que benefició con dádivas. Diagonal con dicha casa se encuentra el palacio arzobispal, expropiado por los gobiernos reaccionarios. Hoy convertido en moradas de sórdidos abarroteros. Lo que era suntuosa mansión del clero, semeja al presente una guarida de gitanos. La ciudad perdió un ornato público.

Así duró mucho tiempo la Alhambra, joya del arte árabe, convertida en madriguera de la gitanería andaluza. Actualmente en la ciu-

dad de México, uno de los viejos claustros cuyas columnas y arcos son finos brocados y encajería de piedra, son refugio de grotescas gentes. Tal el antiguo convento de las Mercedes, frente con frente del mercado mayor.

Hay otras casas coloniales que existen sin modificaciones modernas. La de Pilar Peón de Regil, dama de tradicional abolengo. El zaguán ancho y su patio lleno de flores, árboles y arbustos. La escalera y los arcos, que llevan al piso alto, son de piedra tallada. Decoran los corredores y las amplias piezas, cuadros con motivos franceses. El piso de ellos son mármoles de Italia. Es que las familias pudientes de Mérida han viajado siempre a Europa. Con más frecuencia que a la misma capital del país.

La cocina, que es casi un salón, ostenta varias chimeneas. La adornan azulejos de las viejas alfarerías de Puebla. Cuando el suscrito se topa con las clásicas cocinas, recuerda que en Caracas, algunos de los ingenieros modernos las hacen ciegas. Entonces el humo sale por donde puede, y ahuma paredes y techos de las otras habitaciones. Como en Mérida la emperatriz halló muchas familias de tradición, nombró algunas damas para su corte. La ya citada doña Aminta Peón, descendiente del fundador Montejo, y doña Julia Fajardo de Regil y Peón, y doña Eduviges Peón de Hermida. Y entre los hombres, como chambelán del emperador, a don Antonio Peón.

En la galería de yucatecos notables, que desfilan en la biblioteca de la Universidad, figura el poeta José Peón Contreras. Dió su nombre al teatro de Comedias, edificio fronterizo al anterior. Y diagonal se levanta otro, construído por don Fernando Barbachano Peón. Puede desde luego llamarse este crucero de calles, la esquina de los Peones.

La Universidad de Yucatán funciona en el antiguo convento de los jesuítas, igual que la de Caracas, en los claustros y celdas franciscanos. Los corredores amplios, tienen su juego de columnas redondas y su correspondiente arquería, Todos de piedra labrada. El primer piso es semejante a la planta baja. Recientemente se le agregó un segundo piso. Esta modificación hecha en 1938, dió más capacidad y comodidad para las clases. Hay un salón de conferencias, donde el suscrito habló del libertador Simón Bolívar. Tiene unos doscientos ocho asientos, con sus pequeñas mesitas que sirven para escribir. Que en la Escuela Libre Preparatoria su conferencia fué sobre el precursor Francisco de Miranda.

Hay edificios modernos. El Hospital del Niño, que construyó el

gobernador Canto. Pero no crea, dicen los meridanos al visitante, que es canto de los pájaros, no; es el de las piedras sin tallar.

Y cuentan que una viuda tenía un terreno sembrado de árboles frutales, que luego de cedido al gobierno se derribó el hermoso parque. Sobre los despojos se fundó el Hospital. Esto ha podido hacerse en terrenos vecinos, no cultivados, agregan los habitantes llenos de indignación.

El doctor La Valle, médico del instituto, sirvió gentilmente de cicerone. Hay varios salones donde se hospitalizan hasta veinte enfermitos en cada uno. Llegan del interior, en ruinoso desmedro físico, dada la carencia de alimentos. Se reciben desde recién nacidos hasta doce años de edad.

En tres cunitas juntas había unos trimochos, o *triches*, como le dicen los yucatecos. El personal del hospital es de diez médicos, cuatro farmacéuticos y un cuerpo de veintiséis enfermeras. La construcción es reciente, de 1940.

Lo que se muestra de más significación es el consultorio externo de unas 150 consultas diarias para adultos. En el salón de espera, con la capacidad dicha, cada paciente conserva su número que corresponde al que se ilumina en el tablero. Al punto pasa a un largo corredor, donde es atendido conforme a su dolencia. Todo esto en silencio.

En otro lugar se visita el Jardín de la Infancia; por fortuna no hubo necesidad del hacha de los leñadores. Era un erial. Allí acuden a jugar los niños bien de la ciudad. En los mosaicos y paredes todos son pinturas de números, pájaros, plantas y hasta motivos de cuentos infantiles. El moderno sistema del kindergarten: enseñar a través del juego.

El Campo Olímpico, de reciente creación, tiene piscina de gran capacidad y cancha para muchos deportes.

El aspecto de la ciudad yucateca es atrativo por su limpieza. Su clima cálido da alegría y permite el mejor aseo. Tal como se ve en el blanco vestido regional de la mestiza. La mayor parte de las casas son de un solo piso; y algunas de sus ventanas, al ras del pavimento de las aceras, con rejas largas y anchas. Son semejantes a las que se encuentran en Tehuacán, y a las que tienen las ventanas en Cartagena de Indias de Colombia. Convidan a tejer en ellas idilios voluptuosos.

En algunos de sus parques y avenidas florece el *flamboyán*, árbol simbólico de los mayas, de flores rojas como el bucare venezolano.

Uno de los principales rasgos que distingue a sus habitantes de los otros Estados, es su cultura.

El periodismo, que es intenso, se difunde por toda la extensión lugareña. "El Diario de Yucatán", quizás el decano de la prensa provinciana, es un vocero de los derechos en esa región del rico henequén. Su fundador, don Carlos R. Menéndez, ha mantenido izada la bandera de sus principios. Es un representativo intelectual del Estado yucateco.

Se terminan estas breves pinceladas de la Mérida mexicana con la visita a la "Casa Cámara". El hermoso y rico edificio se encuentra en la espaciosa avenida que se llama el "Paseo Montejo". El hotel es una moderna mansión de mármol, de una familia española que se arruinó con la destrucción comunista de las haciendas henequeneras.

La Casa Cámara ostenta una escalera suntuosa, que junto con las ocho columnas de mármol de Carrara, presenta toda ella un estilo soberbio de antiguos palacios italianos. Quien visite a Mérida debe conocer este hermoso edificio en el Paseo Montejo.

México, D. F., 1942.

XXVII

NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS

Por la calzada que va al Hipódromo de las Américas, y desviando un poco a la derecha, se llega al pueblo de San Bartolo Naucalpan. Su antiguo templo muestra al costado las ruinas de un convento, que testimonian elocuentemente la furia inútil de los perseguidores de la iglesia.

La portada se dice se construyó en 1599. Es, desde luego, reliquia histórica y orgullo de sus habitantes. En la sacristía se halla un lienzo de San Bartolomé desollado, según mandato de Astiages.

Este mandarín de Armenia es, a través de los siglos, uno de los troncos espirituales de todos los perseguidores religiosos. Ya sean revolucionarios mexicanos o bárbaros civilizados como Hitler. Este se ha ensañado contra la raza trabajadora y pacífica de los judíos, pero el teutón será, a la postre, la causa única y eficiente de la destrucción de Alemania. Esto se escribió en México por julio de 1943.

A 15 kilómetros del centro de México, y sobre el lomo de una colina, asoma su esbelta cúpula el santuario de los Remedios. En su espacioso atrio la estatua del Divino Jesús, de cantera labrada, se

yergue imponente en su apostura de Cristo Rey. La apostólica imagen del Redentor mide catorce metros. Como esta colina era un *cu* de adoración azteca, allí se refugió Cortés a curarse de la herida que recibió la Noche Triste, en la derrota que sufrió. Fué el 30 de junio de 1520. Por eso se construyó allí una iglesia cristiana.

Desde ese sitio la perspectiva es de cerros, cañadas y colinas donde el cultivo ofrece frutos en abundancia. Una presa, que aprisiona los flancos de la serranía, sirve para el regadío.

Una romería de suplicantes, que se inició en la Colonia, ha continuado hasta hoy en su visita al camarín de la pequeña virgencita. Muchos llegan de rodillas, ante el ara viva de la gracia, en busca del pan del milagro, impulsados por la fe.

Los ex votos que cuelgan de las paredes y tapizan los muros, pregonan las leyendas milagrosas. Lo mismo que los cuadros, especie de sarapes que adornan el camarín. Son hechos con pequeñas piezas de plata y de oro, que los fieles han dejado en agradecimiento del beneficio recibido. Pero lo más ostensible son las muletas y camillas de cojos y paralíticos que escucharon, en sus mentes enardecidas, las palabras de Jesús: "Lázaro, levántate". El techo del camarín son molduras, estilo barroco, como las que adornan en profusión la capilla del Rosario de Puebla.

La Virgen de los Remedios es diminuta, con su pequeñín en brazos, ambos de madera. De tosco e ignorado escultor. Generalmente las Vírgenes y los Cristos de leyendas piadosas, no son obras de arte.

Saliendo del templo se encuentra una plazoleta al costado; allí se ven las piedras dislocadas de lo que fué una pila. El agua, según antiguas inscripciones en verso, salía por la boca de un león de piedra, por los años de 1724.

Desde una naciente, en el sitio llamado El Pedregal, fué canalizada durante el virreinato del marqués de Cruillas, gran devoto de la Virgen de los Remedios. Esto aconteció en 1765, que es lo más verosímil que se tiene para la llegada del agua a la pila de aquel vecindario.

A causa de un gran zanjón que separa la colina donde está la iglesia de la vertiente, fué precisa la construcción de un acueducto sobre esbelta arquería.

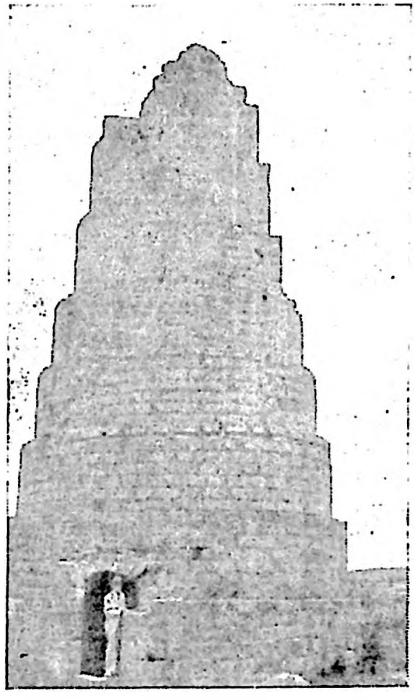
Esta consta de 48 arcos y 7 metros de luz, de columna a columna, que son cuadradas de 2.20 metros por de fuera y 1.80 metros por de dentro. Con una longitud de unos 450 metros. La altura en el arco central, que es la mayor, mide 15 metros.

Tanto las columnas como los arcos son de piedra labrada, con un espesor cada una, de 25 centímetros. Arriba, por donde corría el agua, el espacio del muro es de 1.80 metros, y la canal de 40 centímetros de hondo. Hoy lo atraviesan, a pie enjuto, los que quieren darse el lujo de una acera larga y elevada.

Es una de las más vistosas arquerías que construyó la Colonia civilizadora, para conducir el agua en beneficio público. Acueductos semejantes se encuentran en muchos lugares de la República. Pero ninguno más elegante ni más majestuoso que el de los Torreones.

Son dos construcciones en los extremos del acueducto. El primero queda a unos 400 metros de la pila, y a unos 100 de la arquería. Sobre enormes basamentos de mampostería se levanta la mole orgullosa. La forman diez tambores de piedra labrada, como la de los arcos. El primer tambor mide de grueso 27 metros por 1.60 de altura. Los demás disminuyen el espesor, y aumentan en altura, gradualmente. Es sensible que hayan destruído los tres últimos.

Portada del antiguo santuario de Nuestra Señora de los Remedios.



Torreón de piedra labrada en el acueducto de Nuestra Señora de los Remedios. El autor asoma a la entrada de la escalera.

La subida es por escalones en el interior, de piedra, demasiado gastados, lo que prueba el mucho uso de ellos. Construídos en forma de espiral, por lo cual se les llama caracoles. Es cómodo el ascenso, tiene 80 centímetros de ancho por 2 metros de altura. Las paredes y bóvedas están llenas de nombres y de frases de cariño. Lo que indica que allí, en esos soberbios torreones, han tejido unos cuantos idilios parejas de enamorados. La belleza del sitio invita a gozar el encanto del paisaje, más comprensible por el hombre cuando la mujer ilumina y alegra los senderos de la vida.

El otro torreón, semejante al primero, también está destruído en sus últimos tambores y se yergue airoso, entre los riscos, a unos 200 metros de la arquería.

En cuanto al uso de los dos opinan algunos ingenieros que servían de sifones, con el fin de que el agua pudiera subir a un lugar más alto que el acueducto. Que para la época no se conocían los sistemas hidráulicos que se emplean en los acueductos modernos. Otros juzgan que se utilizaban de vigías para otear, en aquellos contornos, a bandidos y ladrones que por allí se aposentaban.

Hoy son meros testigos del empeño que los hombres de la Colonia ponían en la conquista del agua. Y han quedado como obras de ornato por la belleza y solidez de su construcción. El Gobierno debe declararlos, junto con la airosa arquería, monumentos nacionales.

Las perspectivas que se despliegan ante la vista desde los torreones, tan parecidos en la figura a la torre inclinada de Pisa, pero sin su característica inclinación, son de los que admiró el general Francisco de Miranda, precursor de la independencia americana, en sus viajes por Europa en los años de 1785 al 89.

A estos apuntes se agregan algunos datos. Narran los historiadores que cuando el cura Hidalgo, el insurgente de Dolores, se acercaba con sus turbas a la capital, el virrey de México ciñó la espada a la Virgencita de los Remedios. Que el coronel Torcuato Trujillo salió con mil soldados realistas, llevando al frente a la consabida imagen. La batalla tuvo lugar en el Monte de las Cruces, cerca de la ciudad de Lerma. El cura Hidalgo conducía más de 30,000 indios. Un obelisco testimonia el triunfo del ejército español.

Al año siguiente, por enero de 1812, el general Félix María Calleja ataca a Zitácuaro, que defendía el insurgente don Ignacio Rayón, que a pesar de la buena posición militar fué derrotado, y agregan los cronistas que aquel día se dejó ver en el cielo una nube que se prolongaba por larga extensión en forma de palma. Calleja, dirigiendo la palabra al teniente coronel don José María Echegaray, que man-

daba los dos escuadrones de caballería que le acompañaban, le dijo: "Echegaray, vea usted la palma; nuestra es la victoria". Esta voz circuló por todo el ejérrcito y los soldados, aclamando "vivas" a su general, esperaron con la confianza el éxito feliz de la próxima batalla. De este accidente, en el que parece que Calleja se aprovechó con habilidad de un fenómeno natural, se hizo un milagro que el padre Díaz Calvillo de San Felipe Neri, atribuyó a la Virgen de los Remedios, protectora de las armas españolas.

Según tradición colonial los españoles o gachupines, como les llamaban, tenían por patrona a la Virgen de los Remedios; y los criollos, indios y mestizos, a la Virgen de Guadalupe. De ahí la relación de estos dos hechos legendarios, los cuales traen a la memoria el de un abogado de Maracaibo, en Venezuela, Enrique Acosta, que tuvo la costumbre, durante más de veinte años, de llevar en la mano izquierda la imagen de la Inmaculada Concepción. La traía encajada entre el dedo pequeño y la palma de la mano. Su inmensa fe, rayana en fanatismo, le ha servido de fuerza en las luchas de la vida.

México, D. F., 1944.

XXVIII

GUADALAJARA

Fué fundada por Juan de Oñate en la mesa de *Nochistlán,* el 5 de enero de 1532; en julio del 33 se trasladó a *Tonalá,* y en marzo del 35 a *Tlacotlán.* Nuevo cambio sufrió por febrero de 1542, al valle de *Atamajac,* donde quedó en definitiva. Cosa semejante sucedió con el asiento de Trujillo en Venezuela.

Sus moradores se llaman *tapatíos,* que significa que cada uno vale por tres. Está a 1,540 metros sobre el mar, con una población de 250,000 almas. Es la segunda ciudad del país y capital del Estado de Jalisco. Se llega en auto, desde la ciudad de México, por dos carreteras asfaltadas: la de Morelia, que tiene 681 kilómetros, y la de San Luis Potosí, cortando la de Laredo en Antiguo Morelos, que es un poco más larga.

Entre los monumentos dignos de conocer se destaca en primer término la catedral, esquina del Zócalo, con sus elevadas torres, de cerca de 70 metros, estilo gótico y construídas más tarde, porque la portada fué en 1716. Todo es de cantera, pero el pésimo gusto de los reformistas, que la embadurnó con gruesos enlucidos, afeó su elegante frontispicio que hoy se descascara todo. Los granujas arrancan

los *pañetes,* que fué preciso para pegarlos picar, injuriosamente, el pulido de las canteras.

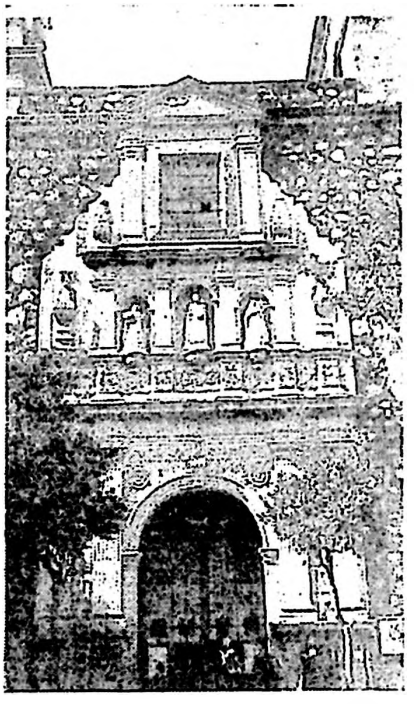
Adentro las tres amplias naves que dividen dos hileras, de siete columnas cada una y de gruesas dimensiones. Son redondas y acanaladas, pero una capa de pintura las priva de su pulimento natural. Cosa igual hicieron con los arcos y estrías que parten de sus molduras en forma de rosetas. La pintura, en parte, se mira dorada. Pero lo que sí es digno de admirar son las bases de las catorce columnas, que son de bronce y granito. Este brillante cerco es único, no lo hay en las otras catedrales de la nación. La soberbia e imponente columnata requiere que se despinte para el lucimiento de sus canterías. No es posible hablar de las tantas riquezas artísticas de esta suntuosa catedral. Quien la visite se dará cuenta de ellas.

Diagonal se halla el que fué palacio arzobispal antes de la expropiación. El patio es un claustro con sus arcadas de piedra tallada. Al subir la escalera, del mismo material, se mira una cúpula en forma de mitra episcopal. Una placa, entre otros datos, apunta: "Durante el reinado de Carlos V y el virreinato de don Antonio de Mendoza, del cual era Teniente de Gobernador el Capitán Cristóbal de Oñate y Justicia Mayor el Alcalde Miguel de Ibarra, se fundó este Palacio. Año de 1539". Cuando el Gobierno lo expropió, a mano armada, lo disfrazó con encalados y pinturas y lo destinó a oficinas públicas.

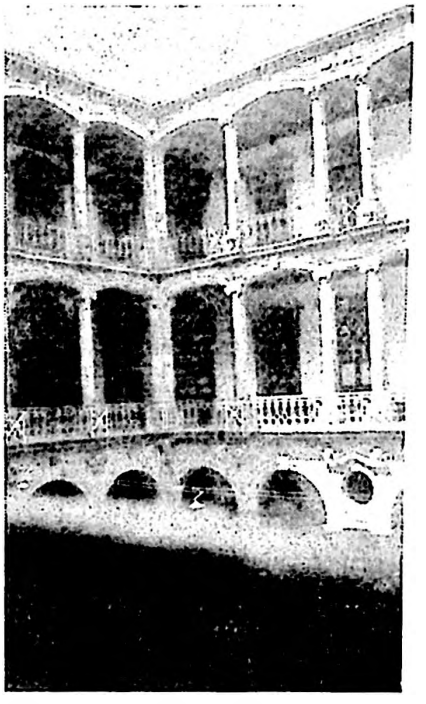
En el zaguán del fondo hay una pieza que servía tiempo atrás para la exposición de los cadáveres no identificados, a fin de que sus deudos pudieran reconocerlos. Especie de *La Morgue* que en París exhibe los muertos anónimos. Hoy en Guadalajara ya no se exponen.

Entre otros templos se cuentan el de San José con su pórtico de columnas dóricas y romanas. El campanario es de cinco cuerpos y el área es de una media manzana.

La iglesia de Santa Mónica, llama la atención por su portada de piedra tallada, que es un fino churrigueresco, donde sus columnas están cubiertas de molduras que son viñedos con sus hojas, racimos de uvas y sarmientos. Es un estuche de encajería. En la esquina hay un San Cristóbal con el infante sobre sus hombros, y toda la escultura es de cantera. Trae a la memoria la estatua del mismo santo, hoy patrono de los choferes, que tallado de un solo trozo de madera, exhibe sus atléticas formas de combatiente en la histórica colina de Puebla, donde el fortín de la defensa se convirtió en museo. Su hermosa cabeza, de tamaño heroico, está nimbada con la aureola de los héroes, porque su manquedad, como la de Cervantes, la conquistó en el propio campo de batalla.



Portada del santuario de las Mercedes, con sus imágenes talladas, en Guadalajara.



Arcada de piedra en el convento de Santa Mónica, hoy Seminario Jalisciense.

El antiguo convento de Santa Mónica, que es un enorme edificio, el gobierno protector de don Porfirio, que supo fusilar homicidas y ladrones en resguardo de la sociedad, lo tuvo de Seminario. Fué un monumento de la Colonia, consagrado a la institución de la enseñanza católica, que las destructoras leyes de la Reforma lo llevaron a cuartel, con lo cual ennegrecieron lo que antes era blanco. El Gobierno porfirista restauró y amplió los juegos de columnas y de arcadas, donde lucen las piedras rojas. Actualmente hay allí oficiales de una zona militar.

Cerca se topa a San Felipe Neri, que ostenta portada, torre y cúpula de cantera, estilo gótico romano, lo mismo que el techo.

El portal del templo de Jesús María, de piedra tallada como los demás, da entrada al sitio donde se rinde culto a la Virgen del Rayo, llamada así porque la chispa eléctrica que cayó cerca de ella, apenas la tocó sin lastimarla, como dicen los mexicanos. En el viejo convento hay un internado de niños tapatíos.

Uno de los más hermosos templos de la ciudad es el de San Francisco. La vistosa portada se enorgullece de sus columnas enlazadas con espirales, que son encajes petrificados de cuando los artífices coloniales bordaban en piedra y en madera. Una torre elevada prolonga, en cierto modo, las filigranas de aquellas encajerías del frontispicio franciscano.

Adentro, de una sola nave alta con sus columnas, adosadas a la pared y sus arcos de piedra. Tenía lienzos de gran valor pictórico y retablos macizos, enyesados y dorados a fuego, que fueron consumidos por voraz incendio el 14 de abril de 1936. Hasta las columnas de cantera sufrieron con el fuego.

Para la fecha, va muy avanzada la reconstrucción por los diligentes y eficaces franciscanos. Los retablos son también de piedra, con el fin de evitar un segundo incendio.

Cerca se levanta airosa la célebre capilla de Aranzazu, como la de San Luis Potosí. La portada es obra de fina cantería. Adentro, donde hay retablos de valor artístico, se venera un San Roque rodeado de ex votos naturales. Son pequeñas calabacitas que le traen sus devotos, los inditos de Tlapa.

El nombre de esta advocación trae el recuerdo de don Juan de Dios Aranzazu, natural de Antioquia, en la Nueva Granada, hoy Colombia. Fué insurgente en 1810, luego tribuno del Parlamento, hombre de letras, y ocupó la presidencia de su patria. Tuvo una virtud rara entre los políticos, entró rico y salió pobre. Esto se llama en Venezuela necedad y en México tontera; no lo usaron los tenientes de Gómez, que de *pelados* supieron amasar millones de bolívares durante aquella dictadura. Y parece que aquí sucede otro tanto, con los jefes y líderes de la Revolución mexicana, que de pelados también han logrado acumular fortunas.

El cuarteto del castizo don Tomás Carrasquilla, coterráneo de los Aranzazus de Medellín, ha confirmado el vocablo:

"Cuando el carriel se me pela,
nada en sus antros encuentro;
si pelado está por fuera,
más pelado está por dentro".

El antiguo claustro de San Agustín, en completo abandono estuvo hasta 1940. Desde esa fecha el maestro Nicasio González empezó a reconstruir lo injuriado por los hombres y por el tiempo. Se contempla una doble arquería de doce columnas de cantera, con un jue-

go de cuatro arcos en cada uno de los ángulos del cuadrado. Adentro, en la vetusta iglesia, se mira un magnífico altar de piedra tallada. En la distante capilla expiatoria, en estos días de bondad y tolerancia, se reedifica lo destruído.

Un poco fuera de la ciudad en el amplio convento del Espíritu Santo se continúa la obra piadosa de los fundadores. Tiene dos grandes claustros con su columnata, que para quitarle el sello de fábrica, según criterio infantil en asuntos de estética, de los Juárez y Lerdos de Tejada, encalaron las pilastras. Allí funciona una escuela del Ejército donde los niños reciben enseñanza de letras y de artes nacionales. Esto último es de gran utilidad práctica en la vida. Es lo que los gobiernos de Iberoamérica deberían llevar a sus programas escolares, de secundaria y preparatoria.

En ésta de Guadalajara los hijos de oficiales y soldados, tanto activos como fuera de servicio de aquella zona tapatía, aprenden prácticamente un oficio en sus diversos talleres. Los hay para niños y para hembras. De los 6 a los 14 años de edad, allí se hospedan y tienen toda la protección del Gobierno.

El horario está bien reglamentado para los 400 y más alumnos del plantel, entre las letras y los talleres. Cada hora de trabajo y de estudio tiene un pequeño descanso que se emplea en los deportes, en los dos patios conventuales. El sábado es para el aseo general del establecimiento. Como es de rigor, ellos mismos arreglan sus cuartos, y esto los disciplina en el orden.

El edificio de la antigua Universidad, frente a los bulliciosos portales, tiene en su portada cuatro soberbias columnas cerca de diez metros en su cuadrado, todo cantera gris. Arriba, sobre el abandonado cornisamiento, crece la inculta yerba. Adentro, oficinas en abandono.

El estilo de este pequeño pórtico es el mismo de las Teresitas de Querétaro, obra las dos de Tresguerras, el genial arquitecto de Celaya. ¡Acaso inspirado en las magistrales columnas del templo de la Magdalena en París!

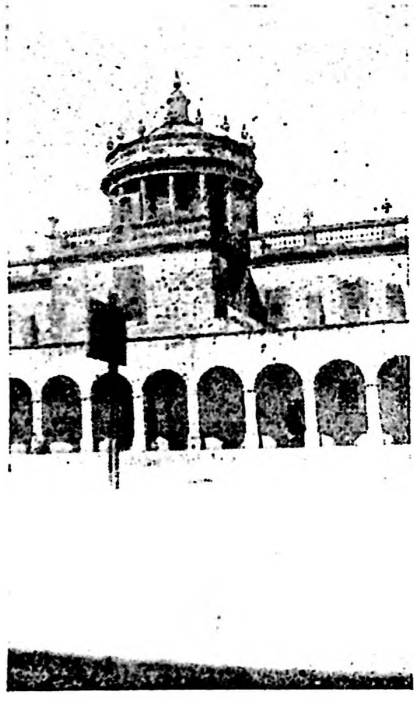
La nueva Universidad de Guadalajara tiene un moderno edificio, que abarca una manzana con sus jardines arbolados. Es de dos pisos para las distintas dependencias culturales y científicas. El Paraninfo, Salón de Conferencias en la planta baja, está decorado por el pincel revolucionario-comunista de José Clemente Orozco. Las figuras que componen el fresco mural son unas, hambreadas y esqueléticas, y otras, de hombres grotescos, armados de todas armas: puñales, pis-

tolas, rifles y algunos libros, donde despunta el espíritu destructor de Carlos Marx, célebre alemán enemigo de la propiedad del que la tiene, en beneficio de los que carecen de ella por ineptos o por vagos.

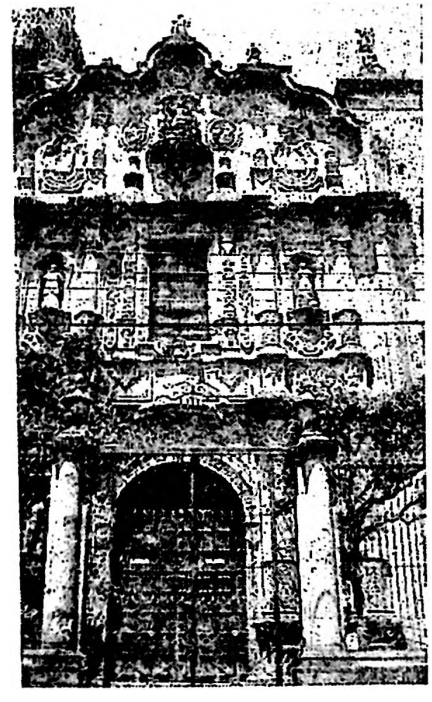
En otras pinturas del maestro Orozco en el Palacio de Gobierno, al subir la escalera, en el techo se destaca la figura central del cura Hidalgo, repartiendo cuchilladas a destajo, contra endriagos y demonios que eran, en su concepto de insurgente, los blancos de la Colonia, españoles, criollos y mestizos. De otras pinturas se hablará en capítulo aparte, titulado "El Hospicio Cabañas".

También se visita el panteón de Santa Paula o Panteón Civil, construcción de otro obispo ejemplar, monseñor Alcalde, que será motivo de otra página.

El "Teatro Degollado", hermoso templo del arte que ostenta en el pórtico sus diez elegantes columnas, estilo corintio. Todo es cantera labrada, que es la suprema belleza artística de los monumentos coloniales de la Nueva España.



Claustro y cúpula del hospicio Cabañas, en Guadalajara.



Portada de la iglesia de San Francisco, con sus canterías primorosas, en Guadalajara.

Una plancha en el hall, o salón de espera, dice: "La creación de este teatro se debe al general Santos Degollado, quien colocó la primera piedra el 5 de marzo de 1856; y se inauguró el 13 de septiembre de 1866, con la representación de "Lucía de Lammermour", por la cantante mexicana Angela Peralta. La obra fué del arquitecto jalisciense Jacobo Gálvez". El patio contiene unos 550 asientos y cinco hileras de palcos lo circundan.

Otra visita de gran interés para el hombre de letras, o simple turista, es la del Museo. Queda detrás de la catedral, en el edificio destinado a la enseñanza de los seminaristas, semillero cultural del sacerdocio. El terreno fué donado por el presbítero Pedro de Ascaranzo, y bajo la advocación de San José. En 1696 empezó la obra el obispo Chávez y Pineda, y terminó en 1701. Sufrió varias reconstrucciones en los años subsiguientes. En 1810 sirvió de cuartel para las turbas que seguían al cura Hidalgo, y de ese local sacó algunos presos políticos que fueron fusilados.

El claustro, de doble arquería, encierra uno de los más bellos patios frailescos, sembrados de flores, arbustos y árboles. Todo el cuerpo cuenta con 24 arcos superpuestos y sostenidos, abajo y arriba, por sus columnas dóricas de piedra. Los corredores son espaciosos con sus 25 metros de longitud por 5 de anchura. En los salones, varios y extensos, se encuentra toda clase de objetos históricos: precortesianos, coloniales y republicanos. Allí fueron a parar reliquias de iglesias y conventos cuando el saqueo de los reformistas. Entre los millares de piezas hay algunas de mención especial: el traje de la diva Peralta, que llevaba la noche de la inauguración del "Degollado". Pero el que más llama la atención es el brazo descarnado de Primitivo Ron, el asesino del general Ramón Corona, muerto alevosamente el 11 de noviembre de 1889, en una calle de Guadalajara. Como el homicida se suicidó a los pocos días en la prisión, las crónicas de entonces lo tienen por un desequilibrado. Corona, gobernador de Jalisco, era un militar que había representado con honor a su país en cortes extranjeras y no estaba, desde luego, catalogado entre los militares incultos y bárbaros, que tanto abundan en Latinoamérica. El brazo de Ron se halla entre varias piezas del vestido ensangrentado de la víctima.

Pero el rico Museo de Guadalajara, que se inauguró en 1910, al cumplirse el centenario del movimiento independiente, carece, como todos los museos del país, de un catálogo. No deben ignorar los que dirigen esos centros de historia objetiva que sin un guía escrito, como son los catálogos, los visitantes se encuentran desorientados. ¡Oja-

lá que el licenciado Núñez y Domínguez, poeta y escritor que ordena y dirige actualmente las reliquias del pasado en el Museo de Historia Nacional, en el castillo de Chapultepec, logre la publicación del catálogo respectivo.

En el mismo edificio, en la calle que hace ángulo con el Museo, se encuentra bien instalada la Biblioteca del Estado, refugio de los centenares de obras piadosas y científicas de los conventos destruídos. Hay muchas en viejos pergaminos.

Algo de gran vida, como que es el *Rendez-vous* obligatorio de los tapatíos y turistas, está en los animados portales que circundan las dos manzanas contiguas en el corazón de la ciudad. En ellos, que son ocho, se encuentra gran parte del comercio y los mejores restaurantes. El extranjero halla en la ciudad buenos hoteles de confort moderno. Su clima es acogedor, pues su altura es de 1,500 metros. El plano de esta capital es amplio y muchas de sus calles son anchas, sólo que carecen, como la mayoría de las poblaciones mexicanas, de buen pavimento. Ya los 250,000 habitantes de la capital de Jalisco piden por Dios, a quien corresponda, atender esta súplica de un viajero conocedor de los rincones más bellos de la nación, que pavimenten con asfalto el piso de sus calles.

Para el turismo hay otros poderosos atractivos, como son el de admirar y cortejar a sus bellas mujeres, escuchar sus alegres canciones y danzar al son de sus mariachis. Que bien lo dicen sus cantores:

"¡Ay, Jalisco! ¡Jalisco, Jalisco!,
tú tienes tu novia, que es Guadalajara,
muchacha bonita, la perla más rara
de todo Jalisco, es mi Guadalajara.

Me gusta escuchar sus mariachis,
cantar con el alma sus lindas canciones,
oír cómo suenan esos guitarrones
y echarme un tequila con los valentones".

Otro encanto más efectivo para los extranjeros, son las diversas industrias, que merecen capítulo separado.

Se termina esta sucinta relación de las cosas principales de Guadalajara, con la ida al santuario de la Virgen de Zapopan, que dista unos ocho kilómetros de la capital. Carretera no buena. La iglesia tiene un atrio espacioso y su alta reja de balaustres de fierro fundido.

A los lados de la portada se miran nueve arcos y sobre ellos grandes ventanales cuadrados; y los tres cuerpos de aquélla corresponden a los de sus elegantes torres, labor de piedra tallada. En el centro del frontispicio, y en medio de columnas y arabescos de cantería, un San Francisco. Estilo churrigueresco ese que no deja vano alguno, porque todo son molduras.

La villa de Zapopan fué fundada en 1541 por Fray Antonio de Segovia, y el santuario fué consagrado a la Guadalupe en 1730. La nombraron patrona contra rayos y epidemias. Hacia su visita anual a Guadalajara, con motivo de ser la Patrona de las Aguas, por el mes de junio, época que deben de caer las lluvias en esa región jalisciense.

También sufrieron los tallados de Zapopan las groserías de la burda mezcla. Que si lo hicieron los reformistas de Juárez, el de los montes de Guelatao, no causa extrañeza; pero que lo hayan hecho curas y clérigos, eso sí da coraje, según la expresión mexicana.

El viajero trae a cuento, que no lo tiene porque es verdad, la indignación de los bogotanos ante la irreverencia de un curita de misa y olla que encaló y pintó paredes y puertas de la iglesia de San Diego, la más típica de la antigua Santa Fe de Bogotá. ¡Y eso que no fulge la belleza del arte en sus portadas porque no hay columnas, ni arquitrabes, ni volutas, ni plintos, ni encaje de cantería!

Romeros que cuelgan sus ex votos en el altar de la Virgen, cada vez aumentan más, porque la de Zapopan es una de las alabadas en el vasto plantío de tradiciones y leyendas de los conquistadores hispanos en el suelo tapatío.

México, D. F., 1943.

XXIX

VALLE DE ORIZABA

Luego que se llega a Puebla de los Angeles, por una carretera asfaltada desde la ciudad de México, con sus 140 kilómetros, se continúa por plena llanura.

Se van dejando pueblos en sus orillas: Tepeaca, con sus iglesias y conventos, los últimos en ruinas; y en el punto que marca el kilometraje el número 176, se encuentra, a la izquierda, el desvío para Jalapa y Veracruz, también asfaltada la vía.

Se sigue la ruta y a poco un pueblo grande, Tecamachalco, y no

obstante ser el terreno blancuzco, malo para el cultivo, los sembradores aguardan las lluvias para sus milpas.

El caserío de Tlacotepec con sus capillitas, una de ellas se perfila, allá lejos, en la cresta de un monte. Semeja esbozo de un pintor, teniendo por marco las colinas con un fondo azul celeste.

La planicie se explaya al llegar cerca del balneario curativo de Garci-Crespo, cuyas aguas alcalinas se venden en casi todo el país. Desde ese calizo lugar al valle se cuentan 69 kilómetros. El Pico de Orizaba, llamado Citlaltépetl, se divisa más y mejor en su penacho de blancura.

Dejando atrás en el recorrido los pueblecitos de Chapulco y Azumbilla, se llega a lo más alto, a 2,600 metros sobre el mar. En seguida se empieza a descender al feraz valle que orea las ondas rumorosas de Río Blanco. Apenas faltan unos 40 kilómetros.

Vienen las temidas vueltas de Acultzingo, uno de los tramos de curvas más forzadas. Son en número de 55 que se desenvuelven en un trayecto de diez kilómetros. Tienen una altura de cerca de 1,200 metros. En algunas partes hay aviso de que sólo se puede andar a razón de diez kilómetros por hora.

Y si el viajero le toca cuando la neblina envuelve la cumbre, entonces el andar es lo mínimo de cinco kilómetros por hora. Se recomienda no zigzaguear las vueltas de tarde y menos de noche. Siempre en la mañana o en pleno mediodía. Para gozar de la variada perspectiva, que es única en esas regiones que llevan al Golfo. ¡Porque del lado opuesto se baja por tren las vueltas de Maltrata, pero su desarrollo en espiral, sobre rieles, es diferente.

A los lados se miran las faldas de la serranía, y a la izquierda entre las cumbres asoma la cabeza el imponente Citlaltépetl, y abajo, en la hondonada del hermoso valle, los campos de cultivo.

El caserío que le da el nombre a las vueltas, está al pie del empinado cerro y en la cabecera de la hondonada. Que son sólo 30 kilómetros, lo que falta a la jornada. Y con éstos se completan los 315 que hay desde México.

El "Hotel Diligencias" de esta rica ciudad veracruzana, queda en la avenida principal. Desde la Colonia en él se aposentaban los viajeros que venían del puerto, en las diligencias de entonces. El inmueble es alto, de piezas espaciosas como salones, sobre todo en el segundo piso. Entre los huéspedes ilustres se recuerda a los emperadores Maximiliano y Carlota.

Recientemente un ciclón del Golfo derribó los techos ocasionando enormes desastres. La población es de 50,000 habitantes, con una

altura de 1,236 metros sobre el mar. Goza desde luego de una temperatura templada. La alegría es la característica de sus vecinos.

Entre los monumentos coloniales, que son los mejores adornos, se destaca la iglesia de San Miguel, que es el patrono de la ciudad. Está en la Plaza Mayor con su atrio espacioso y su reja forjada, fuera de la cual comienza el mercado. La torre, que es alta, se sostiene en un cuadrado de siete varas de cimiento y se empezó en 1732, según reza la plancha allí colocada.

La cúpula del templo la adornan almenas laterales, que miran al lado del parque. Bajo un tinglado, construído al efecto, funciona la Lotería Municipal que faculta el Gobernador. El pretexto del juego, crear rentas para la beneficencia pública. El ejercicio de los vicios, cohonestado con fines benéficos, es patentado como industria en casi todos los pueblos.

En esta ocasión iba contra un Decreto del Gobierno Nacional, que prohibió las casas de juego y los prostíbulos. Pero esto no corrige ni morigera; sólo el consecuente reglamento trae utilidad a los habitantes, que estos vicios no son invenciones, sino manifestaciones del ser humano.

Esta lotería cantada empieza los días de labor de 7 p. m. a 2 a. m., y los feriados, a las 12 meridiano. El número de cartones llega a unos doscientos y más, casi siempre en mano. Las apuestas son de diez centavos hasta un peso; cada cinco minutos se canta lotería. La Municipalidad cobra garita de 35% al ganador. El proceso de cada partida dura unos 15 minutos. La ganancia del Municipio es completa y redonda, y al final de cuentas es el único ganador.

De este negocio a través del juego y de la diversión social porque son familias casi todas las jugadoras, la utilidad para la Beneficencia la saben los directores. El suscrito sintió no tomar parte en esa mesa alegre y bulliciosa, pero la prohibición del facultativo filósofo, que sofrena sus pasiones y sus vicios, se lo impidió.

Al extremo de la avenida principal, rumbo a Fortín de las Flores, se topa el visitante con la iglesia de los Dolores. Del demolido convento de los Josefinos, sólo quedan en pie una torre, la cúpula y unos ventanales. Y en las paredes de los escombros se dibujan, apenas en borrosas sombras, los frescos que enantes embellecían el sagrado lugar.

Más abajo la de Santa Gertrudis, con su cúpula y torres enhiestas aún. La portada, estilo churrigueresco, es de cal y canto con encalado amarillo.

Arco de Escamela, la antigua alcabala de Orizaba. El autor toma unas notas.

Portada con su torre en la iglesia de Santa Gertrudis, en Orizaba.

Cerca se halla el panteón del pueblo, que guarda un petroglifo, grabados toscamente un conejo y otros animales de escaso valor tallado.

Regresando al centro del poblado se conoce la iglesia de San Felipe Neri, construida en 1742. Portada churrigueresca con columnas acanaladas que por estar embadurnadas se ignora si tienen valor artístico. Aunque en esa región la talla de piedra y de madera escasea mucho, tiene una torre que ostenta la elegancia de sus tres cuerpos, sobre una base que es de piedra.

El convento no sufrió la furia demoledora; fué convertido en hospital y manicomio. Siquiera en esta vez tuvo un destino cónsono con el objetivo útil y altruísta de sus constructores.

La del Carmen, con su antiguo convento, del cual quedan algunas hileras de columnas, del doble claustro, que eran de piedra tallada. El resto de los escombros es de mampostería.

El templo de San José es uno de los mejores del lugar, aunque su portada es lisa, pero su torre, de tres cuerpos, goza de esbeltez.

Adentro hay tres naves y las dos columnatas son cuadradas, mas como están pintarrajeadas de cal, se encubre lo que son. El crucero, con su cúpula central, luce por su altura.

El convento no fué demolido como los otros, y hoy utilizan las celdas frailescas en oficinas públicas.

Algo muy típico caracteriza a Orizaba. Son las muchas vertientes que brotan cristalinas de la roca viva. La urbe recuesta su flanco izquierdo sobre sus peñascales generosos, que la bañan sin cesar.

En el extremo más abajo a 12 kilómetros, y seis antes del Fortín de las Flores, está el "Rincón Brujo". Es una alberca cuyas ondas se renuevan incesantemente porque el vertedero de la roca es continuo. Allí se baila, que es un centro de diversión.

El "Ojo de Agua", más arriba, donde el líquido brota en una larga extensión de unos 40 metros. Este balneario en toda forma, tiene sus casillas y una piscina de 70 por 30 metros, lo que le da gran extensión y por eso se verifican regatas. Está al servicio de los bañistas desde 1940.

Las aguas de estas albercas reunidas, van a mover un pequeño malacate de una planta hidráulica, antes de caer en el torrentoso Río Blanco.

En las cabeceras de la ciudad hay otra vertiente, cuyas aguas forman una presa que se utiliza en las industrias y maquinarias de tejidos. Es la planta de "Santa Rosa", burgo de obreros.

El "Rincón de las Doncellas", como está lleno de árboles sombríos, el lugar es propicio a las travesuras de Cupido, el muchacho travieso, seductor y burlador. Y cuentan las crónicas sociales que son muchas las que, según decires maliciosos, dejaron enredado en las ramas del boscaje el velo sacro de su encubierta doncellez.

Veinen a la mente los versos de don Andrés Bello que "en los zarzales del camino deja — alguna cosa cada cual: la oveja — su blanca lana, el hombre, su virtud".

Más arriba aún, cerca de Acultzingo, que limita al pie de las curvas asfaltadas la fértil vega, se entra en grandes salones de verdura. Cuatro hileras de frondosos laureles de la India forman una especie de portada a la vieja casona de la hacienda Tecamalucan. Hoy son ruinas lo que otrora fueron riqueza y abundancia de frutos, que afluían a los mercados de la ciudad.

En el primer patio los escombros denuncian los departamentos que servían de graneros a las opimas cosechas. En el otro patio, cuyos corredores dan a lo que fueron habitaciones de la familia, sólo restan paredones carcomidos por las lluvias.

Y de la capilla de la hacienda, sólo el campanario con su campana que dejó de ser la voz de Dios, cuando congregaba a sus moradores a la oración. Fragmentos de columnas dispersas por entre las malezas y espinas que se miran por todas partes.

Sirvieron a los viajeros de gentiles cicerones los esposos Ernesto Tarragó, médico homeópata, y su espiritual compañera Victorina Rodríguez, los dos veracruzanos. Tienen ya unos diez años de estar radicados en Orizaba. Como los dos son de espíritu artístico, y además altruístas, han fabricado su nido donde calientan al calor de su acendrado cariño, a sus cuatro pequeñuelas.

Su hogar, construído bajo la dirección de los dos, tiene las comodidades y un encanto acogedor. En el piso alto, junto a las habitaciones, una capillita de madera tallada, que es una joya y una monería. A la entrada de la casa está la clínica.

Nada falta a ese hogar, que bien puede servir de modelo a tantos hogares descarriados, a causa de los vicios que se estilan como adelantos modernos. Lo que es falso, porque todos los vicios y sus correspondientes virtudes son tan antiguos como el hombre. Nacieron el día que en los diversos génesis del mundo, se dijo: hay una pareja humana sobre la haz de la tierra.

Vaya este recuerdo a la pareja veracruzana que ha sabido fabricar su nido como los pájaros, con trocitos de madera aglutinados con su misma savia pacientemente, con solícito interés paternal. Cada nueva pieza ha sido el resultado de un esfuerzo de trabajo y de ahorro diarios.

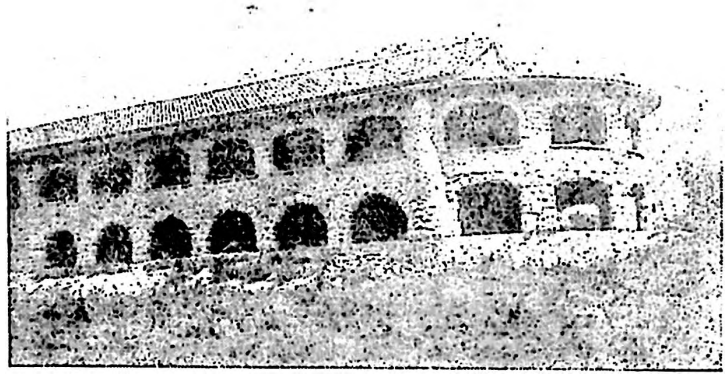
Desde el corredor de entrada del derruído caserón se goza de una vista que no cansa nunca, por lo hermosa: la blanca cimera del Citlaltépetl por sobre los verdes copos de los laureles. Entre éstos descuella un soberbio ejemplar de un árbol, semejante al pirú en sus hojas, de los mismos que hermosean el parque, jardín y estanque de la casa Borda en Cuernavaca. Como en esta cómoda mansión se hospedaron, en más de una vez, los emperadores Maximiliano y Carlota, su sombra bienhechora los cobijó con sus ramajes. El tronco del árbol, de la hacienda de Tecamalucan, mide unos cinco metros, lo que denuncia ser centenario.

En otra recorrida hacia abajo se pasa por debajo del arco de Escamela, donde se cobraba el derecho de las alcabalas durante la Colonia. A poca distancia, a la derecha, se entra para luego bajar y conocer la planta eléctrica. Por entre naranjales, limoneros, platanales y otros árboles frutales del trópico, se llega al pueblo de Iztazotitlán, que tiene su pequeña capilla, pero de buena escultura. La torrecilla con sus tres cuerpos, es de tipo exagonal. Todo aquello que es

de cal y canto, demuestra que fué de las primeras construcciones franciscanas.

Más adelante se encuentra el Malacate por donde bajan y suben los trabajadores a la planta de Orizaba, que abajo en el fondo está el río. La perspectiva que se abarca desde este sitio es de una belleza digna de un pincel. Los orizabeños la muestran orgullosos a sus visitantes, porque en la hora de la tarde todo cuanto la vista alcanza es de un sortilegio embrujador.

Por otra entrada, la de Tuxpango, se va al malacate de este nombre. En un carro grande, rodado sobre rieles anchos, se baja a la gran planta que genera la luz de Puebla, que es abundante y excelente; la del puerto de Veracruz y más distante la que mueve la fábrica de papel de San Rafael, cerca de Amecameca, no muy lejos de las faldas del Popocatépetl.



Fundación Mier y Pesado, en Orizaba. Hospicio para ancianos, construcción de piedra.

El cable de acero que mueve el carro se enrolla sobre su enorme carretel para subir los pasajeros, y luego se desenrolla a medida que baja. Tiene una longitud de un kilómetro y se recorre en diez minutos. Al llegar al caserío hay que andar a pie cerca de 400 metros para visitar la generadora de fuerza eléctrica.

En las vegas del río que trae siempre abundantes aguas, en toda estación, el cultivo es intenso y sirve de granero a los mercados.

El aparato malacate que se emplea en estos lugares, es el mismo indígena que usaban los autóctonos en sus telares para la urdimbre de sus tejidos.

Debe saberse que la feracidad de estas tierras, de que se ha hablado, obedece a la abundancia de sus aguas. El río Orizaba atraviesa la ciudad transversalmente y va a desembocar en el Blanco, que

viene desde bien arriba, recibiendo en sus caudales rumorosos las muchas vertientes de sus agrios peñascales. Fuera de esto, durante el mayor tiempo del año llueve, por lo cual sus habitantes la llaman "Pluviosilla".

Antes de abandonar este vergel mexicano, se visitan las fábricas de los tejidos en los caseríos arriba: Santa Rosa, Nogales y Río Blanco. Forman colmenas de trabajadores y uno de los mayores sindicatos de obreros reside en esa región. Más de cinco mil se hallan agremiados, y las ventajas adquiridas las pagan bien caras, pues los líderes viven de la miel de ese colmenar.

Ya desde 1836 el gran historiador mexicano don Lucas Alamán, hombre de empresas y de política, había iniciado con los señores Ledrand Hermanos, una compañía para establecer una fábrica de hilados y tejidos de algodón. Fué preciso todo un siglo para que el pensamiento industrial del civilizador se viera realizado.

La otra visita es a una obra pía. En las goteras del poblado, camino a Córdoba, la "Fundación Mier y Pesado", que tiene su asiento en la ciudad de México, dispuso construir un asilo para ochenta y más ancianos. Todo el edificio es de concreto armado, con bases de piedra en toda la plantación.

Los techos en general son de un envigado de concreto, no así el comedor, y otras dependencias que son obra limpia. El cedro amargo y la caoba son en México, como en Venezuela y otros pueblos de América, los maderos por excelencia. La carcoma los respeta.

Los tejados, cuyas tejas bien moldeadas tienen el color rojillo de la arcilla, presentan una vista que habla en favor del maestro constructor. Sobre una placa de concreto y con la inclinación debida, no hay lugar a la amenaza de las goteras. Se cometió un error, que en Caracas se comete con frecuencia, el colocar mosaicos en la azotea. Habrá siempre, dada la dilatación del cemento, las consiguientes ranuras. El suscrito recomendó panelas de barro cocido, y si es doble, mejor. Pero que tenga la corriente necesaria.

Para mediados de 1944 estaba ya terminado el Asilo, cuya construcción duró cuatro años con más de un millón de pesos en su costo. Que más parece un castillo, dada la solidez de sus fundamentos y el espesor de las paredes de cal y canto, que forman el sótano, que la última morada de unos ancianos.

La distribución consiste en cuatro pabellones, tendidos a los cuatro vientos, y cada uno dividido en veinte celdas, o departamentos, donde el recluído goza de todas las comodidades. Bien desconocidas para la mayor parte de los huéspedes. Doña Isabel Pesado de Mier, nacida en Orizaba, dispuso que los ancianos hombres y mujeres allí reco-

gidos, gozasen en sus últimos años de los bienes que proporcionan las riquezas.

Cada cuatro celdas tienen en el comedor un lavabo y más adentro un baño con sus piezas sanitarias, y agua fría y caliente. Los corredores son largos y de gran anchura, que bien semejan galerías.

Las piezas del sótano a lo largo de los pabellones, están destinadas para graneros y los útiles del laboreo de las tierras que rodean el asilo.

La cocina, la despensa, enfermería y farmacia concuerdan, en sus dimensiones, con la capacidad total de la piadosa obra.

Estos rasgos de altruístas en beneficio de los que sufren, han sido muy socorridos entre los mexicanos, tanto en la Colonia como en la República. En esta última han venido a compensar, en algo, la destrucción inconsciente de los centenares de conventos, iglesias y palacios.

En Venezuela despuntan muy rara vez estos brotes generosos de caridad evangélica. Ultimamente, a la muerte de don Pedro Dávila Gabaldón, comerciante que supo hacer millones, dejó su fortuna a sus hermanas. Delia, que murió quizás el año de 1944, donó doscientos mil bolívares para un hospital antituberculoso en Mérida, su patria; y parece que una suma igual para otro instituto benéfico en la misma ciudad.

En Caracas acaba de testar el doctor Maximiliano Sosa Báez a tiempo de morir, y dejó de su capital varias mandas piadosas. A la "Asociación Antituberculosa de Caracas", la suma de 480,000 bolívares, para que con sus intereses se sostengan, permanentemente, diez camas de enfermos.

A la "Sociedad de Conferencias de San Vicente de Paul", la cantidad de cien mil bolívares, destinados a construir un hospital en la antigua Urbanización de los Chorros. Deja encomendadas a su sobrino Gustavo Adolfo Basalo dos donaciones, una de 300,000 bolívares para edificar una capilla en la Urbanización del Caribe; y otra, de cien mil bolívares, con el objeto de levantar una escuela, que si se hace de artes y oficios, es mucho mejor.

El extinto pertenecía a una familia caraqueña de hombres de negocios, empresas y agricultura donde han sabido conquistar, a fuerza de trabajo y de ahorro, fortunas materiales.

¡Loor a Delia Dávila Gabaldón y a Maximiliano Sosa Báez, campeones del altruísmo en una tierra donde campea tanto el estéril egoísmo!

Caracas, agosto de 1945.

XXX

VERACRUZ DE LOS JAROCHOS

Por la vía de Puebla a Tehuacán se topa, a la altura del kilómetro 176, la entrada, a mano izquierda, para Jalapa y Veracruz. Capital y primer puerto, respectivamente, del Estado de Veracruz.

Y desde allí comienza a divisarse, a la derecha, el pico nevado de Orizaba, o Citlaltépetl. A 187 kilómetros el pueblo de Acatzingo, con líneas rectas. Planicie llena de cultivo de milpas. El mercado en los martes, en pleno campo bajo su toldería, aunque los portales le son útiles.

En este trayecto, con algunas curvas, se van encontrando los pueblos de La Candelaria, El Seco, Zacatepec, Alchichica y Limón. En todos ellos la capilla hermosea siempre el paisaje. En el último, una presa recoge las aguas de lluvia para el regadío.

A 280 kilómetros se llega a Perote, nombre dado por el español Pedrote. La iglesita, en el mero zócalo, dedicada a San Miguel el patrono. El lugar se llamaba antes Pinahuizapan, que vale tanto como *agua escondida,* por ser el terreno arenoso. En las afueras, algo muy típico, el castillo que servía en la Colonia para depositar el dinero que llevaban las diligencias, porque allí había soldados.

Es una construcción de piedra de un tamaño enorme, para mantener una fuerte guarnición. No fué posible visitar el interior porque servía de campo de concentración de alemanes, italianos y japoneses enemigos de México.

Vienen unos pueblos más: Las Vigas, La Joya, Acajete y Pajarillos. Todos con sus iglesias, torres y cúpulas.

Se llega a Jalapa a 334 kilómetros de vía. Aquí se hace jornada para continuarla. Este rincón mexicano, junto con Coatepec, serán motivo de otra página.

A la salida de Jalapa el cementerio todo enyerbado. Al punto surgió en la memoria del suscrito el de su parroquia de Capacho. Lleno casi siempre de monte. Todo un poema del niño y después del hombre cuando cubría con claveles rosados, blancos y salpicados, la tumba que cubre los despojos de sus padres y abuelos. Allá en las faldas de sus montes andinos.

Sigue la ruta ensombrecida por naranjales y cafetales. El terreno es sinuoso y se acentúan las curvas. Pero sin peligro alguno, porque las colinas no son peñascales, apenas pequeñas eminencias en su declive hacia el mar.

En el kilómetro 372, en Plaza del Río, los fuertes aguaceros han roto el asfalto a causa de su mala calidad. Luego se atraviesa el río "Pescado" por un puente que es una obra maestra colonial. A los 400 kilómetros queda el Puente Nacional. La obra más útil de cuantas hay en esta carretera. El río es profundo y en época de lluvias demasiado abundante y torrentoso. El puente es largo y su construcción de arcos le da una gran solidez. Sus bases son enormes y tan fuertes que han resistido a muchas inundaciones en los 300 y más años que tiene de construído.

A pocos kilómetros, en el "Paso de las Obejas", otro puente de mampostería, consagrado por sus muchos años. Más pequeño que el anterior, pero también necesario en la viabilidad de aquella ruta, por donde venían en diligencia los viajeros de Veracruz a la capital.

A los 416 kilómetros se pasa por Tolomé y luego por Tierra Colorada, donde las palmeras, dando al viento sus hojas desflecadas, anuncian que el puerto se avecina.

A 443 kilómetros se llega a la región de las Ciénagas, donde se cría el tule, que en Venezuela se llama enea y en Argentina totora. Esta larga y flexible paja entra en la confección de esteras, el colchón del pobre, y en aperos para las bestias de carga.

El desvío para la playa de Mocambo queda a los 449 kilómetros Aquí empieza, a la izquierda, una frondosa avenida que lleva al puerto. Con Veracruz pasa un caso curioso, como el declive de sus montes es un poco inclinado no hay un cerro desde el cual pueda divisarse el mar. Y sólo al salir de la avenida frondosa se encuentra el viajero con la sorpresa del puerto.

Es sensible que los pocos monumentos coloniales, como iglesias y conventos, hayan caído bajo la picota demoledora de los comunistas, desde las Reformas del indito de Guelatao.

Con la nomenclatura de las calles también se desató el empuje violento de los inconscientes revolucionarios. Los nombres de aquéllas son nuevos, y carecen de relación entre la tradición antigua y el moderno personaje.

Una obra de suma utilidad pública, con la cual se ha compensado la barbarie destructora, es la llevada a cabo en los muelles. Antes, desde la Colonia, aquélla era una amplia zona de pantanos, criaderos de la fiebre amarilla y del paludismo. De pocos años para acá aquello se transformó. La construcción de un muelle enorme, ancho, pues el espacio para los almacenes así lo indica, ha venido a transformar el pútrido manglar en terreno seco y firme. El primer muelle frente al castillo de San Juan de Ulúa, tiene 150 metros de largo. En él pueden

atracar varios trasatlánticos, de los que llegan a Veracruz. La draga limpió el mar y la entrada y salida es cómoda.

Otro muelle, haciendo escuadra con el anterior, tiene de longitud 200 metros, y está dedicado a los barcos nacionales y cabotaje del Golfo. Y en ángulo agudo se desprende otro de 150 metros de largo, allí atracan las goletas y todos los buques de vela.

Durante la guerra aquel primer puerto mexicano era un cementerio. No se veía siquiera el humo de una chimenea. Con el tiempo ya empezarán las obras de almacenaje, cuya área está lista para la ejecución.

Estos muelles, obra de primera necesidad, son semejantes en su construcción, amplitud y terrenos propios para almacenes, a los que realizó el general López Contreras en Puerto Cabello durante su gobierno.

Para el turista amante de las cosas antiguas, el motivo de más atracción es el castillo de San Juan de Ulúa.

Tocó a Juan de Grijalva, que descubrió las costas de Yucatán y de Campeche, arribar a las islas del fondo del Golfo. Junto a la de Sacrificios, halló un islote que puso su nombre de Juan, y como escuchara de los intérpretes que eran órdenes del cacique *Culúa*, le agregó el de Ulúa. Esto acaeció en junio de 1518.

Por abril de 1519, Hernán Cortés tomó posesión, en los médanos frente al islote, de las nuevas tierras. Clavó la cruz y lo hizo en nombre de Carlos V, Imperator-Rex. Y llamó la playa conquistada Villa Rica de la Vera Cruz. Fué un mero presentimiento de las riquezas que iba a encontrar en los nuevos dominios.

En el islote se empezaron a construir casas de mampostería, barracas y un muro de piedra para atracar los barcos. Pero como se viera el puerto infestado por filibusteros ingleses, holandeses y franceses, el gobierno procedió a levantar, para su defensa, un castillo.

Por 1582 se dió manos a la obra de fortificación. Al efecto se utilizó una piedra caliza que abunda en el mismo islote. En los primeros tiempos se levantaron la Cortina del Sur, el palacio del Gobernador y los baluartes de San Pedro, San Crispín y Santiago.

En 1633, ya en su palacio el castellano don José Gallardo, se erigió otra cortina. En 1707, siendo el castellano don José Ramírez de Arellano, se construyeron el baluarte de la Trinidad, una tercera cortina, una batería, el Caballero Alto, la Torre del Homenaje y el Vigía de la Fortaleza.

Para 1762, durante el castellano Crespo Ortiz, fué levantada la cuarta cortina. De 1778 al 79 se construyen los baluartes de Nuestra Señora del Pilar y de Santa Catarina. Y a fines del siglo XVIII el

Tribunal del consulado coronó las obras de la fortaleza, con la erección de un faro para los navegantes.

De modo que fué preciso el enorme espacio de 214 años para dar fin a una obra de tan recia construcción. Se empezó en 1582 y se terminó en 1796. El costo total fué unos cuarenta millones de pesos.

La figura de este castillo es la de un paralelogramo, cuyos cuatro ángulos son otros tantos baluartes. En el centro, amurallada, la Plaza de Armas. y en un costado la Casa del Gobernador.

Un ancho foso, donde el agua del mar entraba y salía libremente, hoy está obstruído en parte. Faltan los puentes levadizos que servían de unión con los baluartes.

Detrás estaba el reducto de la Media Luna, defendido por un semicírculo lleno de baterías. El reducto lo constituían casamatas y polvorines, convertidos durante la República en prisiones políticas.

El servicio que prestó en tiempos de la Colonia fué la defensa contra los barcos de piratas, y servir de castigo a presos y encarcelados.

Cuando la Independencia, allí se sostuvo el último esfuerzo del realismo español. En 1821, don Juan O'Donojú, postrer virrey, en él se hospedó. Y luego de concluídos los tratados en Córdoba con Iturbide, el comandante de las fuerzas españolas, don José García Dávila y sus sucesores, allí sostuvieron izada la bandera de la monarquía. El 15 de noviembre de 1825 se rindió el castillo. Fué el último sostén del realismo, como el castillo de Puerto Cabello en Venezuela y los muros del Callao en el Perú.

Después siguió sosteniendo en sus artillados parapetos las armas mexicanas. Pero con tan mala suerte que en noviembre de 1838, contra la armada francesa, por asuntos de reclamaciones, tuvo que arriar la bandera trigarante. Los vencedores rapiñaron el fuerte y se llevaron, como botín de guerra, 61 cañones de las 150 bocas de fuego que tenía para su defensa.

En marzo de 1847 nueva agresión extranjera atacó sus cortinas y baluartes, y tuvo que rendirse al americano invasor. Se ve que toda la fortificación del castillo fué capaz de rechazar los barcos de los filibusteros, pero de todo punto ineficaz contra las escuadras de las naciones poderosas.

Durante la dictadura de don Porfirio sufrió dos injurias: una, el desmantelamiento de varias piezas de artillería; la otra, el haber convertido varios almacenes en prisiones para las torturas corporales.

Desde entonces la costosa fortaleza, orgullo de la Colonia, es una ruina que el tiempo y los vendavales del mar cada día la derrumban más y más. En 1915, a raíz de la revolución contra don Porfirio, ordenó don Venustiano Carranza reparar el Palacio de los Castellanos,

y él mismo se trasladó allá. Y el castillo terminó su triste misión de ser el antro dantesco del dolor y del tormento.

Allí habían gemido sus angustias y sufrido en aquella humedad de las tinajas, toda clase de dolores físicos y morales, entre otros, fray Melchor de Talamantes, don Lorenzo Zabala, don Carlos María Bustamante y fray Servando Teresa de Mier. Este clérigo, rebelde a las cosas divinas y humadas, fué huésped hasta por tres veces. Don Agustín de Iturbide los mandó allí cuando desconocieron su desvencijado imperio.

Otro mexicano, el especimen más curioso por lo espectacular y farsante, con una seducción entre los hombres públicos única, como el político más hábil de su tiempo. Envió al castillo a muchos de sus enemigos y él mismo, en una de sus muchas caídas, fué huésped de las lóbregas mazmorras. Este fué el general Antonio López de Santa Ana, su Alteza Serenísima, como se hacia acordar por el Congreso y aclamar en algazaras populares. Su pata de palo no le menguó sus visos y sombras de majestad.

Las ruinas de lo que fué el castillo de San Juan de Ulúa, cuya distancia de los muelles se salva en cinco minutos en lancha de vapor, constituyen la más instructiva visita que se puede hacer a este rincón de los jarochos.

La mayor parte de las celdas han sufrido transformación. En las que servían de prisión y se conservan como de antes, se observa que de todo el techo gotea agua sin cesar. Esto mantiene en constante humedad el piso y las paredes. Son una especie de filtros. De ahí el nombre de *tinajas*, que le ha dado el pueblo. Se refiere a las que usaban los vernegales, que eran húmedas por todas partes.

La piedra porosa llamada *múcara*, que se utilizó para los techos en forma de bóveda ahuecada, era un repiciente que contenía las aguas de las lluvias. El agua allí recogida filtraba gota a gota y era un verdadero filtro. Y de esta manera original el tormento del infeliz encarcelado era a toda hora del día y de la noche. Los que allí entraban, si no morían quedaban locos o enfermos, casi siempre tuberculosos.

En ese antro sepultaron en vida, el año de 1767, a los sentenciados en San Luis Potosí por el visitador don José Gálvez. Fueron unos 46 a prisión perpetua y más de 70 a ocho años de reclusión. Venían de las minas de plata, unos porque pedían aumento de salario, y otros porque protestaron contra la expulsión de los jesuítas.

Este cruel español, en premio de sus condenas inhumanas, fué ascendido en Madrid a Ministro de Colonias. Por los años de 1783 cayó en sus garras el venezolano Francisco de Miranda, que actuaba

en Cuba como edecán y secretario del gobernador Juan Manuel de Cagigal. Y fugitivo fué a recalar a los Estados Unidos, donde empezó su obra de emancipación de las colonias hispanas.

Las tinajas grandes son semejantes a las celdas que hay en el castillo de Bocachica, en Cartagena de Indias, sólo que éstas no son filtros. Mantienen, sí, la consiguiente humedad salina, que es malsana. Pero la entrada, que es por el patio, es abierta, con bastante aire y luz.

Hay las tres *Tinajas* de la Divina Comedia. Se entra por una pequeña salita a una celda angosta y obscura, pues sólo recibe aire y claridad por una claraboya que en forma de cuña, atraviesa el grueso muro que da al mar. Se llama el Infierno.

La nombrada el Purgatorio, más amplia, recibe luz por dos claraboyas. Y la Gloria, con más luz, es menos dura que las anteriores. Se llenaban de encarcelados.

Gradas de piedra en el castillo de San Juan de Ulúa, en Veracruz.

Entrada a una celda, llamada "La Tinaja", en San Juan de Ulúa. El autor escribe sus notas.

Los huéspedes del Infierno, tenidos por más culpados, los pasaban a la sala de los tormentos donde tenían que confesar culpas imaginadas por los mismos verdugos. En las paredes hay todavía enclavadas unas estacas para amarrar de ellas las muñecas de las víctimas. El látigo inclemente caía sobre la desnudez de aquellos cuerpos húmedos y salitrosos hasta sangrar. Agonizantes eran llevados a un camastro, de cal y canto, en la celda mortuoria.

Ante tanta crueldad innecesaria, el alma del visitante, de rodillas, elevó una plegaria al Ser Supremo. ¡Dios de infinita justicia, que presidís los destinos de la patria, no permitáis nunca que vuelvan aquellos duros tiempos de la dictadura!

¡Que si la voluntad firme y consciente del general López Contreras fundó, contra viento y marea, esta era de libertad y garantías ciudadanas, que el general Isaías Medina ha sabido continuarla amplia y serenamente, que no se vea nunca torcida por el avieso personalismo de los tiranuelos!

Cerca del Departamento de la Maestranza hay una tinaja pequeña, con su duro jergón de mampostería, donde el último huésped fué un célebre bandido llamado Jesús Arriaga, apodado "Chucho el Roto". Este vocablo es el mote al hombre humilde que viste traje de gente acomodada, debido a los disfraces que usaba para sus robos.

El caso de Jesús Arriaga, hábil ebanista, fué que tuvo que hacer unas reparaciones en casa de la familia de Brizac. Allí entró en amistad con Matilde y vino lo que sucede en casos semejantes. El ebanista se prendó de amores de la señorita de Brizac y fué correspondido. Hubo la fusión de almas y de cuerpos. Pero sucedió lo irreparable. El fruto del pecado delató los amores bastardos, y una niña acusó la torpeza pecaminosa de los padres. En especial del genitor.

Desde ese punto todo fué un desastre, tanto en el humilde hogar del obrero como en el de la opulenta dama social. Arriaga se creyó con derecho y raptó a su hija, pero la madre lo persiguió. Fué arrojado del taller como un vulgar *plagiario*. Dan este nombre a los robadores de niños buscando dinero para su rescate.

Cuando fué preso estaba en el trance más doloroso de un hijo, velaba a la anciana madre que venía de morir. A la moribunda le había ofrecido que sería el amparo de su hija y que trataría de castigar, por su cuenta, la injusticia que él juzgaba se le había hecho.

Porque el día que Matilde, su amante, le dijo de su preñez, él le propuso matrimonio como una solución. La dama no lo aceptó, y aquello fué una ofensa para quien había violado las leyes sociales al fecundar un hijo bastardo en dama de la clase alta.

Por esta causa al fugarse de la prisión, donde estaba como plagiario, se lanzó a cometer toda clase de asaltos y de robos. El creyó, erradamente, que era una obra de reivindicación social, sólo porque robaba a los ricos y repartía entre los pobres, empezando por su hija.

En su nuevo oficio de bandolero demostró ingenio, audacia y sangre fría hasta que al cabo de unos doce años, cayó en poder de la justicia ordinaria. Todo herido y maltrecho fué a parar al duro jergón de cal y canto en una tinaja de San Juan de Ulúa.

Sus camaradas le prepararon la fuga, pero delatado por uno de ellos, cayó de nuevo preso y le remataron, conforme a las medidas crueles de la época, a palos. Ya en su lecho de moribundo vinieron Matilde y su hija Dolores, que vivía con ella, traídas por Lupe, la hermana de Arriaga. Allí escuchó su hija la confesión dolorosa del bandolero que fué su padre.

La sociedad castigó a quien no supo respetar sus fueros y se puso fuera de la ley. El castigo fué más allá de lo humano, porque los hombres se han exagerado en él, creyendo que a fuerza de crueldad se corrige al delincuente. Hoy mismo el zumo de la crueldad ha estado en ejercicio en manos de los poderosos dictadores, tratando de reivindicar la humanidad al estilo de "Chucho el Roto".

Por fortuna hay pueblos donde los hombres tienen una idea diferente de lo que es la justicia humana y de lo que son los fueros y derechos de los individuos como seres racionales, dueños de sus vidas y de sus intereses.

Al dejar aquel antro dantesco se sale con el corazón apretujado y con angustia en el ánimo, ante aquellas *tinajas* de San Juan de Ulúa, únicas en el continente de Colón.

De allí se pasa al derruído baluarte de Santiago, que tenía su puente levadizo, pues los muros estaban rodeados de agua. Al subir una rampla, por donde rodaban las cureñas, se llega a las garitas, hoy meros escombros. Más arriba está la azotea, donde sólo se miran restos de la muralla que servía de defensa.

Abajo, en el sótano, una pieza para oficiales de la Marina, pero en estado de abandono.

Las calles en general son anchas, las hay de 20, de 30 y hasta de 40 metros. Esto da un alegre aspecto al primer puerto de la República.

Un teatro nuevo lleva el nombre de Salvador Díaz Mirón, acaso el poeta más vibrante y sonoro de los mexicanos. En sus versos aparece el gran lírico socialista, como cuando escribe: "Nadie tendrá derecho a lo superfluo, — mientras alguien carezca de lo estricto".

Y luego es el irreverente, con ribetes de impiedad, cuando en "Los Parias" exclama:

¡Oh Dios! Las gentes sencillas rinden
culto a tu nombre y a tu poder;
a ti demandan favor los pobres,
a ti los tristes piden merced;
mas como el ruego resulta inútil,
pienso que un día, pronto, tal vez,
no habrá miserias que se arrodillen,
no habrá dolores que tengan fe.

Esto psicológicamente es falso, porque va en contra de la esencia misma del ser humano, como animal religioso que es. Díaz Mirón, el sublime vate jarocho, echa por tierra, con su misma mano, sus líricas reivindicaciones sociales cuando arrebata la vida de un personaje. De modo que no supo respetar lo más sagrado que tiene el hombre: el derecho de vivir.

Esta observación se completa con lo escrito al pie de la estatua de don Benito Juárez, que se alza frente a los escombros de un convento que destruyó como reformista. "El respeto al derecho ajeno, es la paz". Es la más sangrienta ironía de lo que es el derecho sagrado de la propiedad.

Estos tres ejemplos de hombres y asuntos diversos, que se hallan en Veracruz, demuestran con evidencia el injusto empeño reivindicador de Jesús Arriaga, que se hizo bandolero en contra de los que poseían bienes; el vate veracruzano, que desmintió el altruísmo de sus valientes versos eliminando la vida de un hombre; y del reformista Juárez que destruyó edificios públicos y saqueó tesoros de las iglesias, burlando su lema "que el respeto de la propiedad ajena es la paz".

Se termina esta breve visita al puerto de la Vera Cruz, con el grupo de los turistas en las extensas y seguras playas de Mocambo. A unos cinco kilómetros del puerto se encuentra un gran hotel para una temporada, con todas las comodidades de un atrayente balneario.

Playa arenosa donde los bañistas se entran mar adentro, unos cuantos metros, carentes de peligros. También hay otra playa en el mismo puerto. Pero las más hermosas de México, donde los bañistas gozan del beneficio de sus ondas sin la amenaza de sus vidas, son las de Acapulco.

Cuando un viajero, conocedor de algunos balnearios marítimos del continente americano, le toca bañarse en cualquier sitio del litoral, entre Naiguatá y Puerto Cabello, siente amenazada su vida por falta.

de una playa artificial. Dada la escasez de playas naturales, que sirvan de balneario sin peligro alguno.

En las primitivas de Macuto, donde el oleaje es fuerte y la poca arena está cubierta con piedras, los que se bañan son atropellados contra éstas. En algunos casos si el aporreado de las olas, tiene alguna afección cardíaca, paga su imprudencia con la vida.

En otros lugares, junto al derruído malecón de los viejos baños construídos por Guzmán Blanco, y que la dictadura Gómez dejó destruir sin construir nada, hay un peligro real. Allí tristemente un remolino homicida se ha tragado unas cuantas vidas.

El suscrito, no obstante que ha venido escribiendo sobre la necesidad de una playa artificial, cometió la censurable imprudencia de bañarse allí. Sin darse cuenta, la corriente se lo llevó al remolino, y ya en un triz de ser devorado, acudieron los salvavidas oficiales y le salvaron la vida.

El choque de las olas y el esfuerzo le causaron un traumatismo físico y moral. Como una enseñanza del duro trance, *suplica encarecidamente a su familia que por ningún motivo humano vuelva a bañarse en ese peligroso litoral, en tanto no se construyan playas artificiales.*

Que a los peligros anotados hay también los tiburones, que devoran impunemente a los que allí se bañan.

En estos últimos tiempos las homicidas playas del litoral han devorado vidas de pacíficos y alegres bañistas. El 19 de abril de 1946, un Viernes Santo, encontró el suscrito tendidos bajo los árboles de Tanaguarena, a una dama y a cuatro hombres, en trance de ahogados. Todos volvieron a su conocimiento después de unas cuantas horas de auxilios.

Pero el 29 de junio siguiente, en esa misma playa se ahogó el joven doctor Víctor C. Oberto, empleado público. Luego, el 15 de septiembre, entre esa playa y la de Caribe perecieron, también ahogados, los señores Octavio González, Francisco Alesio y Santiago Delgado. Y más tarde, el 6 de octubre, el excursionista Fernando José Yanes, pagó con su vida plena de juventud, el tratar de bañarse en la playa de Catia La Mar.

Estos casos que comentan los cronistas de Caracas, sin contar otros más, prueban asaz que esa costa del Caribe en su litoral ya nombrado, es de todas veras homicida.

Que ya la pluma viril de Pedro María Morantes o *Pío Gil*, otro andino del Táchira, denunció el caso en su inmortal novela "El Cabito". Habló de un tragadero o remolino, entre la Guayra y Maique-

tía, llamado "El Cantil", que devoraba, como un monstruo marino, a los turistas.

Porque Juan, el protagonista de su obra, que trataba de eliminarse y "conocía la región del mar de la cual huyen los nadadores y pescadores, y guiado por los rugidos del sumidero marino, iría hasta él". Esto lo escribió Morantes, grande amigo y camarada del suscrito, en 1900.

De esta somera exposición de víctimas se concluye, dolorosamente, que entre los centenares de venezolanos que han llegado a ser presidentes, ministros y gobernadores del Ejecutivo, no ha surgido uno que supiera de playas artificiales, cuando se carece de las naturales.

A López Contreras le apuntó el diputado Dávila, desde Buenos Aires en 1939, lo que era el Mar del Plata, playa construída artificialmente con sus diez kilómetros de larga. Pero el heredero del gobierno dictatorial de Gómez, repleto de millones, no quiso acoger la idea salvadora porque estaba engolfado en la persecución de sus compañeros de causa. Los libros del académico de la Historia, doctor Pedro Manuel Arcaya, tratan de esta persecución y de la falla del sujeto como administrador.

XXXI

FUNDACION MIER Y PESADO

Cerca de la Basílica de Guadalupe, hay un suntuoso edificio que cuenta unos doce años de construído.

Al subir unos ocho escalones de piedra labrada se llega a un gran salón de espera, con una capacidad para 200 personas; tiene unos 30 metros por 15. En un testero hay un medallón de bronce donde se lee: "La construcción de este templo de la Humanidad fué ideada por la altruísta mexicana doña Isabel Pesado de Mier, y realizada en 1933".

En el otro testero nuevo medallón, también con su leyenda: "Con el caudal heredado de doña Isabel Pesado de Mier y con lo que ella heredó de su marido don Antonio de Mier, se constituyó en 1917 el Patronato". Los dos medallones son de don Antonio y de doña Isabel, los fundadores.

En el frontispicio de este orfelinato debería inscribirse en letras doradas, lo que los hebreos ponían en casos semejantes: "Esta casa es sagrada porque en ella vive un niño huérfano". Los mercaderes que pasaban se descubrían reverentes y dejaban su óbolo a la puerta.

El edificio da cabida a 300 huérfanas, de la clase media. En un área de dos hectáreas el ingeniero don Manuel Cortina García, levantó la obra. La llenó de los cuatro elementos necesarios: agua, aire, luz y sol.

La verja circundante es de hierro forjado y de sobria sencillez artística.

En los extremos del salón, ya nombrado, se hallan las oficinas de Dirección y Administración. Más adentro una gran sala para la proyección de cintas con asuntos educativos. Los 650 asientos pregonan su tamaño.

El patio, más bajo que los corredores, es elíptico. Dentro de aquél un estadio que es un óvalo, sembrado de grama, mide 60 metros por 28. Al lado, junto al pretil, una alberca de natación de 20 metros por 10. Paredes y fondo de porcelana.

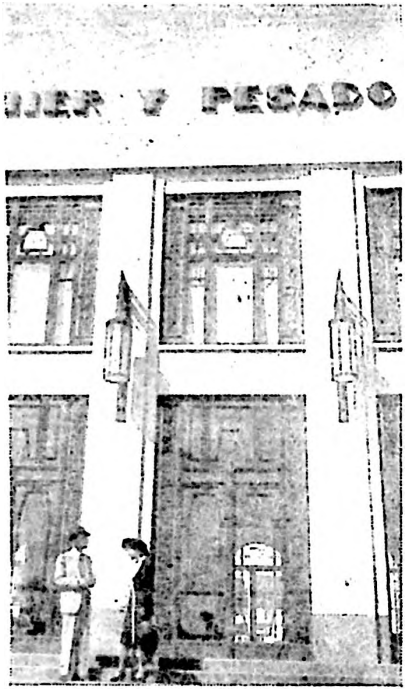
Alrededor del enorme patio amplias galerías y de ellas parten radios a los cuatro vientos de la elipse. En número de diez son los salones de estudio de las distintas asignaturas. Se hallan separados, unos de otros, por tantos patios, en forma radiada. Por allí reciben aire, luz y sol.

Tanto las puertas como las ventanas de estas salas de clases son de acero, la madera no entra en la construcción. La capacidad es sólo para 30 alumnas, no importa la edad de las educandas. Los de talleres, en especial para las alumnas de comercio, contienen instrumentos, máquinas, aparatos para costura y repostería. También reciben nociones de primeras curas, vendajes y los primeros cuidados del niño al nacer. Por eso hay un Departamento sanitario o de enfermería.

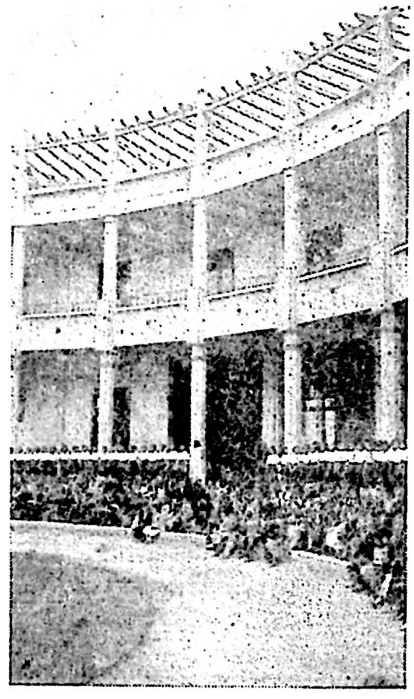
Hay dos espaciosos corredores con mesitas para seis niñas. La cocina, a vapor y a electricidad, tiene dos salas para los menesteres del servicio. Los aparatos de metal inoxidable son de primera calidad, como lo son todos los que presentan los dos recientes hospitales en la ciudad de México, el Militar y el del Niño, de las fábricas alemanas antes de la guerra. Pronto volverán, pues esa nación civilizada, homicida y suicida al mismo tiempo, sólo tiene derecho a ser industrial y agrícola en primer término.

Del lado sur del estadio enormes departamentos, dos para los menesteres del aseo.

Del lado norte hay tres salones de estudio para el cuarto año de primaria, y 5o. y 6o. de primaria superior. Allí queda la sala circular donde se hace cada año, la exposición de los trabajos escolares. Arriba otro salón semejante que se comunica por el centro, para otra exposición.



Portada del orfelinato Mier y Pesado, en la Villa de Guadalupe. El autor con Lola Banda Pesado, deuda de la fundadora.



Claustro doble del patio y piscina de este colegio para huérfanas, en la Villa de Guadalupe.

La planta baja se completa con un departamento para el gimnasio y otro de regaderas frías y calientes, pues hay una generadora de vapor en la cocina. Las regaderas son individuales.

En el piso alto, en primer término, un salón para actos y de cine, que corresponde al de abajo ya dicho.

Los departamentos dormitorios son diez, justamente sobre los estudios, construídos unos y otros en los diez radios de la estrella elíptica. Cada uno tiene cabida para 30 niñas. Una recámara, con paredes de vidrio, sirve para la inspectora que vigila cada dormitorio. A la entrada, en los anchos corredores, un departamento con diez lavabos; otro, con anaqueles corridos y sus compartimientos para cada alumna. Son 10 baños individuales para las 30 educandas. Todos estos compartimientos, como tienen patios de lado y lado gozan de aire, luz y sol.

Los diez dormitorios para las 300 huérfanas son semejantes.

Hay el departamento del profesorado con sus habitaciones, que está ubicado en el centro del edificio, con sus salones para recreo y lectura.

En un segundo piso alto la enfermería, todo es blancura, con su instalación eléctrica adaptable al objetivo. A la entrada, el consultorio médico. La sala de operaciones con instrumentos es lo más acabado. Nada falta en estos salones para el buen servicio clínico y quirúrgico.

La dentistería está dotada de aparatos modernos, lo mismo que la clínica de los ojos, oídos y garganta. Mejores aparatos no los hay en otras clínicas de la ciudad.

Hay una serie de salones para pacientes de enfermedades contagiosas; para enfermos casi curados y para los que deben estar aislados. Gozan de baños individuales. Las enfermeras tienen sus departamentos especiales. Y por último, arriba, en la terraza, un salón para los convalecientes. Hay plantas y gozan de una vista espléndida alrededor.

Se completa con una hermosa pérgola, la perspectiva de los volcanes y el soberbio valle de México.

Al bajar se desciende al sótano donde está al descubierto toda la tubería del edificio, de las aguas que entran y salen. Todo de fácil arreglo en cualquier accidente.

La despensa es un almacén con todo lo necesario para 400 personas que son las que componen el personal del orfelinato.

Hay un pozo artesiano para proveer de agua el edificio.

A todas estas dependencias se agregan dos frontones, en un patio o jardín exterior. Por consiguiente, al asilo de la Fundación no le falta nada para su misión humanitaria.

Las huérfanas que llegan son traídas bajo una selección, cerca de cinco años de edad. Allí reciben enseñanza y educación hasta los 18 años, que salen ya graduadas de maestras en Comercio. La Junta Directiva del Instituto les solicita colocación comercial. Además, a las que ganan premios en sus estudios se les regala una libreta de ahorros con algunos centenares de pesos, que les servirán de núcleo para sus ahorros en la vida que emprendan.

Los jardines exteriores, siempre con su reja, tienen timbres de alarma por si acaso sufren las educandas algún accidente.

La fundación ostenta el nombre místico de San Antonio y Santa Isabel, en memodia de los dos fundadores.

Una vez en vacaciones anuales, de diciembre a enero, regresan a sus hogares, generalmente humildes, de privaciones y de trabajo. Esto tiene doble motivo. El descanso para los profesores y maestras

y el resto del personal; y, además, hacer que pasen esos dos meses con su familia y sientan la rudeza de su vida pobre y de trabajos, para que no olviden con las muchas comodidades del plantel, su origen de pobreza.

Eso mismo deberían hacer los padres cuando cometen el error de enviar a sus hijos menores a estudiar a Europa o a Norteamérica, traerlos en las vacaciones para que vengan a vivir la vida de su pueblo, y estén cada año, durante aquéllas, en contacto con su familia.

El Concejo Municipal de Orizaba daría, en justicia, un acuerdo creando la avenida que pasa frente al edificio con el nombre de Isabel la Fundadora. Así como México tiene su calle Isabel la Católica, y en Río de Janeiro habrá otra, Isabel la Redentora. La hija de don Pedro II, emperador del Brasil, lleva este nombre por haber dado libertad a los esclavos.

Se termina esta sucinta descripción del orfelinato para las huérfanas con el justo recuerdo de la familia de los fundadores. Doña Isabel Pesado de la Llave nació en Orizaba el 31 de enero de 1832, es hija de don José Joaquín Pesado, que nació en Puebla y fué literato y poeta, el cual casó con doña María de la Llave, nacida en Córdoba.

Doña Isabel casó con don Antonio de Mier y Celis, duque de Mier en México, donde residió muchos años. Nombrado ministro de México en Francia, residió unos 20 años en París donde murió. Ocupó sus ocios de gran señor escribiendo sobre sus viajes por Europa.

Su viuda siguió en París hasta que el 13 de enero de 1913 dejó de existir. En su testamento dejó ordenado que tanto sus restos como los de su marido fuesen trasladados a México. Y en efecto, al pie del altar de Nuestra Señora de Guadalupe, en la suntuosa Basílica de la Villa, se encuentran.

Su fortuna la dejó para la creación de obras pías. En consecuencia, con el nombre de "Fundación Mier y Pesado" quedó constituída una Junta que presidió primero doña Trinidad Pesado, viuda de Rubín, como hermana de doña Isabel. Una vez desaparecida la señora Rubín, le sucedieron las señoras Isabel Rubín y Pesado y Guadalupe Rubín y Pesado de Mondragón. Doña Isabel está casada con Jorge Joel Salazar, que actúa de presidente. La señora de Mondragón es intelectual; ha escrito comedias teatrales de gran cultura, como educada en París, donde ha vivido muchos años. Es sensible que su delicado espíritu de artista se mantenga en constante intoxicación, a causa de la nicotina que le proporciona el cigarrillo. Estos pequeños envoltorios de unas hebras de picadura enrolladas en papel, parece

que la agarraron tan fuertemente que sólo la muerte la librará del pulpo.

El suscrito para esta amiga mexicana de su predilección y cariño evoca la misericordia del Todopoderoso, porque lo humano, que es la voluntad, no responde al influjo benéfico de la salud.

Esta página, del orfelinato mejor construído y de mayores comodidades en Iberoamérica, se escribe para el álbum de Lolita Banda Pesado, espiritual dama mexicana. A su amistad debe el suscrito el conocer la familia Mier y Pesado, que constituyen esta Fundación.

Esta piadosa obra trae el recuerdo del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en La Grita, del Táchira, fundado por monseñor Jesús Manuel Jáuregui.

Durante más de veinte años se educaron allí, bajo su sabia dirección, centenares de jóvenes de los tres Estados andinos y algunos de Maracaibo.

Fueron muchos los que se graduaron en sus aulas de bachilleres en Filosofía, y un grupo notable de sacerdotes salió a ejercer el culto divino de su ministerio.

Pero el significado que lo distinguió de los demás planteles de educación, dirigidos por particulares, y lo acerca más a esta institución mexicana, fué su funcionamiento. Generalmente los que estudiaban para sacerdotes en su internado, no pagaron nada. Era gratis la enseñanza y la alimentación, pues casi todos fueron gente de escasa fortuna.

Los demás, unos pagaban la pensión completa, muy moderada; otros, la mitad, y algunos pequeña cosa. Monseñor Jáuregui ejercía esa misión de misericordia educativa e instructiva, porque ponía en beneficio de su obra pía, sus muchos valimientos.

Las gentes de los vecinos pueblos, aldeas y campos, que eran agricultores, acudían a él como a su padre espiritual en solicitud de amparo y de consejos. Y siempre tendía los brazos a sus feligreses con ternura paternal.

Agradecidos, todos le traían parte de sus frutos, con los cuales sostenía, en mucho, su colegio. Por esta razón pudo llevar a cabo su apostolado durante casi un cuarto de siglo.

Un grupo considerable de sus discípulos, como el suscrito, que luego tomaron participación en la cosa pública, en las letras y en las artes venezolanas, y que han ejercido sus profesiones, añoran aquellos alegres tiempos de su internado, bajo la suprema dirección de su querido maestro.

México, D. F., 1944.

XXXII

LA PINTORESCA JALAPA

Esta región es rica en aguas. En las faldas del monte *Macuiltépetl* los *totonacas* tenían cuatro grupos de jacales: *Xallitic,* agua sobre arena; *Techacapan,* agua sobre rocsa; *Tlamecapan,* agua con lodo; y *Tenahuapan,* río de bestias feroces. A todos esos lugares de feracidad, luego de sojuzgados por los aztecas, se les dió el nombre de Xallapan.

Cortés, camino de Tlaxcala, pasó por allí en agosto de 1519. Al establecerse los españoles fundaron el convento fortaleza de San Francisco. Y allí clavaron una cruz alta hecha con los mástiles de las naves que el conquistador ordenó quemar en Veracruz.

Por varios siglos convento y cruz se erigieron como bandera de civilización, hasta que un gobernador los destruyó. El parque allí sembrado lleva hoy el nombre de Juárez, reformador y destructor.

Desde 1720 Jalapa fué centro de ferias, que era el intercambio comercial en la Colonia, y que en muchos lugares se ha prolongado hasta el presente.

Dadas sus muchas fuentes de agua la ciudad, que es la capital del Estado de Veracruz, es toda ella parques y jardines. Cuenta con unos 36,000 habitantes. Sus anchos aleros protegen a los transeuntes de las lluvias; en algunas de sus antiguas casonas se miran aún las caladas cancelas andaluzas.

Desde la terraza del parque "Juárez" se contempla, abajo en el valle, el enorme estadio con su pintoresco panorama. Tiene la forma de un casquillo con su graderia cubierta, que la otra, entre jardines, se recuesta a las colinas que rodean ese moderno anfiteatro.

En dicho parque donde están la Catedral y el Palacio de Gobierno se alzan orgullosas dos Araucarias que por su altura y grueso de sus troncos revelan ser centenarias.

Las calles muestran un piso malo, pues ni las principales están bien pavimentadas.

Hay algunos edificios modernos por ausencia de antiguos. Palacio de Justicia, Escuela Normal y Escuela Preparatoria. En ésta, como en la de México, el ensayo de promiscuidad de estudiantes para bachillerato no ha sido beneficioso. Todo lo amoral que se quiera. La promiscuidad de sexos cuadra mejor en el Kindergarten y en enseñanza primaria, en los primeros años como en la Argentina. En la

Universidad, estudio de ciencias para doctorarse, es lógica la mezcla de unos y de otros.

En la biblioteca de la Preparatoria hay los originales de la "Historia Antigua de México", obra de gran valor literario. Su autor veracruzano es el sabio jesuíta Francisco Javier Clavijero.

El Palacio de Justicia fué construído durante la gobernación de don Teodoro Dehesa, que figuró en tiempos de don Porfirio. El ingeniero constructor se inspiró en el viejo Palacio de Gobierno. Fué inaugurado en 1905.

El Colegio de los Jesuítas, que era edificio colonial, fué derribado para amplitud de una calle. Esto hace contraste con el respeto a las cosas antiguas que existe en Colombia.

En la carrera 7a. de Bogotá, que es la principal, su amplitud frente al parque Santander, se ha detenido por no destruir una parte de la iglesia de San Francisco.

Jalapa, con su variada perspectiva de cerros, colinas en cuyas faldas se despliega toda una gama de tonalidades de las hojas de los árboles y arbustos que la pueblan, es un don de la naturaleza.

Entre las iglesias, aún en pie, la que más se destaca es la de San José, que fué construída de 1568 a 1580. Allí la pila bautismal donde fueron cristianados algunos de sus ilustres hijos. Los hermanos Díaz Covarrubias, uno científico y poeta y escritor el otro; el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, que de Presidente de México siguió las huellas destructoras de don Benito, y los generales José Joaquín Herrera y Antonio López de Santa Anna, ambos Presidentes de la República. El segundo apenas lo nombraron once veces con dicho cargo.

Se conocen las casas donde nacieron los dos últimos, lo mismo que la habitada por don Diego Leño, que estaba en el plan de 1808 del virrey don José de Iturrigaray, para proclamar a México independiente de España. Fracasado, Leño fué perseguido.

La ciudad sirvió de blanco para el insurgente Nicolás Bravo, que la atacó, como oficial del cura Morelos; y fué teatro de Santa Anna en varias ocasiones. En 1821, cuando se pronunció por Iturbide y su Plan de Iguala; pero al año siguiente desconoció, desde la misma plaza de San José, su bamboleante imperio.

Y el 24 de noviembre de 1847, en el mismo lugar, los jalapeños presenciaron llenos de terror el triste espectáculo del fusilamiento de los vencidos Antonio Alcalde y Ambrosio García. El general Winfield Scott, que venía de vencer a Santa Anna en Cerro Gordo, ordenó la ejecución.

En esta pintoresca ciudad se han hospedado importantes personajes. Muchos virreyes y los dos emperadores Iturbide y Maximilia-

no. Ya derrocados, el primero pasó por sus aleros y el segundo en su caja mortuoria.

En 1854 tocó el turno a don Benito Juárez cuando salía en destierro desde Oaxaca, expulsado por el gobierno de Santa Anna. La casa donde habitó tiene su placa.

El poeta doctor Joaquín Arcadio Pagaza, que fué obispo de la diócesis veracruzana, cantor virgiliano del poético valle donde nació, tuvo estrofas inspiradas para los atardeceres jalapeños durante cantó en las Araucarias de la antigua plazuela de San José:

"Lento desciende el sol y se reclina
en nubes de ámbar, rosa y escarlata;
y resuélvese en lluvia de oro y plata
de los montes lejanos la neblina!..."

En los alrededores, en el poético barrio de los Berros y en la quinta Santa Rosa, el rebelde bardo jarocho, ya en su desgracia y en decadencia su musa, escribió unas cuantas composiciones. En 1896 cantó a las Araucarías de la antigua plazuela de San José:

"¡Bien hayas, himno verde, que sublimas
en estrelladas y soberbias rimas
triunfante numen, y a cantar animas!
. . . . . .
¡En ti mi nombre que grabé se mezcal
¡Tal vez lo guardarás de que perezca!
¡Sólo así podrá ser que dure y crezca!"

Allí duró varios años, pues en 1899 al escribir Díaz Mirón en el álbum de Julia Zárate, su musa evoca la inspiración de su primera juventud:

"En la Venus de Médicis el arte
previó cuanto hay en ti, menos la túnica,
irreprochable desnudez imparte
al mármol gracia vencedora y única.

No te des al acaso, Dios no envía
la suprema beldad a cualquier gusto.
¡La manda para ser en la porfía
botín al fuerte y galardón al justo!"

Más allá de los Berros, a 12 kilómetros de Jalapa, el pueblo de Coatepec. Todo él es un jardín, pues la naturaleza dotó a ese rincón con los dones de la fecunda Ceres. Toda la vía son árboles frutales, por entre los cuales se contempla el nevado pico del Citlaltépetl.

En el parque principal, que sombrean los árboles y embellecen las flores, se contempla un medallón de bronce. Al pie se lee: "A María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereyra. Hija predilecta de Coatepec. Insigne poetisa y novelista genial. 1934". Este fué el año del homenaje que le hicieron sus conterráneos.

Cerca del parque, en la calle principal, está la casa donde nació; una plancha así lo indica. Es la compañera del fecundo historiador don Carlos Pereyra, hijo ilustre del Saltillo, actualmente capital del Estado de Coahuila. Consagró más de la mitad de su vida a las letras y al morir en Madrid en 1944, cargado de merecimientos, dejó a su cara amiga en doliente viudez. Las publicaciones de esta pareja mexicana llenan todo un tramo de una biblioteca.

Portada con la torre de la catedral de Jalapa.

Portada de la parroquia en Coatepec, cerca de Jalapa.

Es posible que el gobierno de su país haya ordenado ya que la poetisa y novelista, gloria de las letras nacionales, regrese a pasar sus últimos días al lado de sus compatriotas.

Entre los muchos jardines de Coatepec, el llamado flotante es un rico semillero de parásitas. Una industria para este cultivo se inventó de la palma llamada *malquique*. Los troncos, en los sitios donde nace silvestre, sólo servían para el fuego. Hoy se fabrican del leño fibroso vasijas para las flores. Como son porosas mantienen las plantas en frescura. Además, del tronco se hacen juguetes que compran los turistas por lo curiosos.

En el poblado existen algunas iglesias coloniales carentes de belleza arquitectónica.

Al regresar a la histórica Jalapa se continúa la ruta hacia el puerto. Las orillas de la asfaltada carretera están salpicadas de notas históricas de gran valor en los anales patrios. El trazado de ella, como casi todas en México, siguió con pocas variantes el antiguo trajín del camino real.

Cuando era de recuas y diligencias en invierno era tan malo, que en algunas ocasiones duraba el viaje del puerto a la capital de México hasta 15 días.

Al salir de Jalapa se pasa por la hacienda de Las Animas, propiedad de una cofradía, y se sigue a la ranchería de Pajaritos. Sitio de triste celebridad por haberse fusilado allí, en octubre de 1821, al coronel Manuel Concha, el mismo que al hacer preso al cura Morelos en Texmula, el año de 1815, lo entregó para ser fusilado.

A unos cuantos kilómetros la hacienda de "Lanceros", propiedad que fué del general Santa Anna desde 1842. En esa su residencia, casado en segundas nupcias con doña Dolores Tosta, el fastuoso Presidente dió más de una recepción. Venía de Turbaco, alrededor de Cartagena de Indias, cuando quiso habitar en los mismos lugares que habitó, en 1830, el Libertador de Colombia. Entre las muchas chifladuras que tuvo el cojo Santa Anna ésta fué una: colgar su hamaca en las mismas argollas donde la colgó Simón Bolívar.

Antes, en 1807, el virrey Iturrigaray desplegó sonada maniobra de sus tropas, en el lugar donde el soldado de Cortés, por su venta de lencería se llamó "Lencero" y por corrupción "lancero". Entre la comitiva del virrey figuraban los oficiales Iturbide y Allende, ambos célebres en las luchas de la independencia.

Bien abajo, en el caserío de Cerro Gordo tuvo lugar, el 17 de abril de 1847, la descabellada función de armas del Presidente Santa Anna. El invasor norteamericano, general Scott, le hizo morder

el polvo de la derrota. Y fué tan completa que cayó en poder del vencedor todo el parque, la caja de la plata con las raciones del ejército y hasta la misma "pierna de palo" de su Excelencia, como dice el cronista de "Estampas Veracruzanas".

En el mismo histórico lugar, el 20 de abril de 1858, el general Miguel Negrete se pronunció a favor del general Félix Zuloaga, gobierno conservador de México.

Bajando un tramo más de la carretera se topa el poblado de Plan del Río. En él construyó don Fernando Miyares un fortín, para defensa de las armas realistas. Allí el voluble Santa Anna derrotó al coronel Mauliáa, que defendía a Iturbide. Derrota de malas consecuencias para el desmantelado imperio.

Siguiendo la ruta se llega al Puente Nacional, antes Puente Real, donde los insurgentes Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria combatieron en más de una ocasión al gobierno realista. Como el sitio es encajonado y cerros alrededor, la defensa del paso se hacía con guerrillas. Desde 1811 a diciembre de 1815 fué baluarte de los revolucionarios. Pero el general Fernando Miyares desalojó de aquellos muros al insurgente Victoria.

En las márgenes del río se miran los escombros de los fuertes "Fernando VII" y "Concepción", construídos por el mismo Miyares. Este brigadier español debe ser el que actuó en Caracas como Gobernador, y el cual dejó grata memoria.

El viajero debe visitar, a orillas de la carretera en este lugar, unas ruinas históricas que despiertan ideas encontradas en la mente de los hombres de letras mexicanos. Es la antigua hacienda "Manga de Clavo", mansión del poderoso general Santa Anna.

Las columnas truncas en los corredores y los techos caídos, dan paso a lujuriosa vegetación que cubre lo que en un tiempo fué esplendor del ostentoso jalapeño. En esa rica mansión vivió por algún tiempo con su primera esposa, doña Inés García y su hija Guadalupe.

Al calor bullanguero de los apostadores de gallos, diversión favorita del caudillo, y en los rincones de sus grandes salas, se fraguó más de una asonada y uno que otro asunto especulativo del gobierno. ¡Acaso allí se concertó también la venta del territorio mexicano, en cuya miserable negociación intervino el tristemente célebre Presidente Santa Anna!

A pesar de esto, o por ello mismo, esas ruinas deben ser reconstruídas. "Manga de Clavo" es una histórica mansión que forma parte de los anales de la patria. Santa Anna es uno de los hombres más representativos de México. Valiente, fanfarrón, formó parte activa de todos los partidos y luego los traicionó. Organizó con gran actividad

ejércitos bien avituallados, y en horas de un mal combate los perdió. Al regresar en completa derrota, en vez de un juicio militar como un pésimo capitán, el Congreso lo premia con la Presidencia. Este hecho, repetido hasta por once veces que fué jefe del Ejecutivo, explica con harta evidencia que Santa Anna es un auténtico ejemplar mexicano. Donde no, ha debido ser fusilado no una vez sino varias. Por estas razones el maestro Justo Sierra le define: "un patriota a su manera, que trató a la patria no como a una esposa, sino como a una concubina".

Al descender un trayecto más se encuentra el viajero en "Paso de Ovejas", pueblecito pintoresco que en el fondo del valle se recuesta en las estribaciones de sus colinas. Un puente, obra colonial, salva el abismo del torrente. Santa Anna, como nacido en Jalapa, se creía con derecho a poseer las ricas propiedades de su exuberante región. Por eso en 1840 compró la hacienda de "Paso de Ovejas", pero don Benito, su rival en el mando, se la expropió.

En 1817, cuando los insurgentes se vieron perdidos en todo el territorio nacional, muchos se acogieron al indulto del virrey don Juan Ruiz de Apodaca. El oficial Guadalupe Victoria se ocultó en esta posesión.

Desde allí a poco andar el auto entra, como de sorpresa, en el puerto de la Vera Cruz.

México, D. F., 1943.

XXXIII

FORTIN DE LAS FLORES

Cuando el viajero sale de Orizaba rumbo a Córdoba hace una recorrida por entre verduras de zona tropical. El trayecto de 12 kilómetros, al Fortín de las Flores, es todo de un encantador paisaje.

A la derecha, allá abajo, la vega amplia en cultivo de Río Blanco. La exuberante vegetación denuncia su clima templado. El viajero venezolano, conocedor de las márgenes del Albarregas, Milla, Mucujún y Chama, que rodean a Mérida, bien podría imaginarse que se hallaba en ese poético rincón andino.

Al llegar al sugerente Fortín, que el conquistador Cortés construyó para defensa del lugar, el turista encuentra todo, menos cañones de antigua fortaleza. Los parapetos de matanza se han convertido en reductos de gardenias, rosales, camelias, azaleas y gladiolas, cus-

todiados por gigantes palmeras con sus penachos amarillos de vistosas flores.

Las elegantes araucarias y los tupidos naranjales que revientan en olorosos azahares para luego cuajarse en pomas de dulzura, alegran aquella meseta montada en un extenso morro de tierra negra, propicia al cultivo de flores y de frutas.

No ha mucho tiempo aquello era una mera estación del ferrocarril Mexicano, con un recuerdo histórico. La Quinta de las Animas, que pertenece a la hacienda del mismo nombre. Tiene su capilla que se conserva en buen estado porque su dueño actual don Antonio Ruiz Galindo, la ha salvado de la barbarie comunista reformadora. La pequeña torre le sirve sólo de adorno, porque sus campanas están mudas. La portada ostenta imágenes de piedra enmarcadas en sus hornacinas, también de piedra. Luce todavía como un símbolo de la conquista espiritual del misionero evangelizador.

Esa Quinta conserva el recuerdo de que hospedó a Maximiliano y a Carlota, cuando hicieron su entrada triunfal camino de México.

Y como motivo histórico, en ese lugar acaeció el primer encuentro de las tropas nacionales contra los franceses que traían los emperadores. Hay un pequeño monumento donde se lee:

"Aquí fué iniciada la guerra nacional por el bizarro general Félix Díaz, la cual terminó en el Cerro de las Campanas".

El esfuerzo del emprendedor Ruiz Galindo llevó a cabo un soberbio edificio con una piscina, parque y jardines y todas las comodidades para huéspedes que llegan en busca de un descanso a sus labores.

Alrededor del hotel ha surgido el adelanto material del Fortín de las Flores, que al presente es un pueblo que crece cada día más.

Pocos rincones más poéticos y de mayores encantos para unos días de tranquilidad y descanso físico, moral y mental, que este del Fortín. Su clima es benigno, por eso cuando los mexicanos de la capital se encuentran molestos con el frío de la estación invernal, se refugian en este rincón. Desde los corredores se contempla el paisaje, que jamás cansa, del Citlaltépetl. Que a unos mil metros sobre el mar la temperatura es apenas templada. Viene de *Citlal,* estrella, y *tépetl,* cerro —el cerro de la estrella— quiere decir.

Como los malabares, o gardenias según las llaman, son de un cultivo intenso, la alberca o piscina del hotel se cubre, en parte, con la blancura de esa perfumada flor oriental.

Las bañistas se complacen en cubrir sus desnudos cuerpos con las ondas así floridas, semejando ninfas que surgen de estanques llenos de blancos nenúfares.

Al dejar este evocador jardín, y a pocos kilómetros, se llega a Córdoba. "La Heroica", que así la llaman los veracruzanos.

Cuenta la tradición que, como estaban infestados los sitios de Tatutla, Palmilla, Tumbacarreta y Fotolinga por negros cimarrones, que asaltaban a los viajeros que conducían tesoros al puerto, vino la idea de la fundación.

Los asaltantes los despojaban de cuanto llevaban, dejándolos en cueros y a veces sin vida, allá por los años de 1617. Tal como viene acaeciendo al presente en los alrededores de la capital nacional. De modo que ese espíritu de bandidaje de los cafres cimarrones de hace más de trescientos años, aún subsiste. Con la diferencia que no son negros comprados a bozal, sino indios, mestizos y algunos criollos los que asaltan en plenas carreteras asfaltadas.

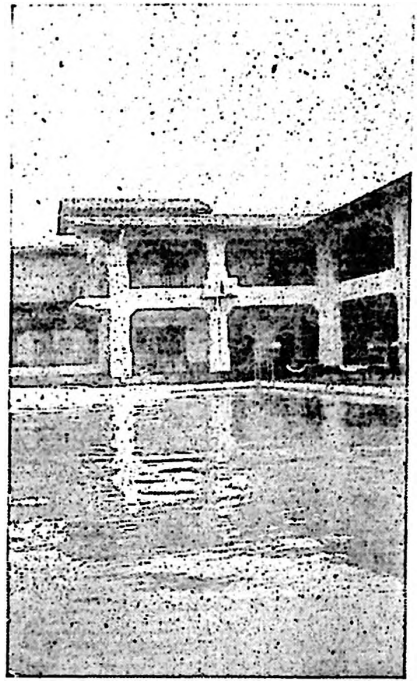
Treinta blancos, vecinos de San Antonio de Huatusco, encabezados por Juan de Miranda, García de Arévalo, Núñez de Illescas y Diego Rodríguez, solicitaron fundar un poblado, con el nombre de Córdoba, que era el apellido del virrey de entonces. Este accedió y en las Lomas de Huilango, donde abundan las palomas, el 26 de abril de 1618 quedó fundada la nueva población.

A una altura de 924 metros el clima es casi templado, con unos 21,000 habitantes. Sus calles, tiradas a cordel, muestran sus casas con amplios patios llenos de flores. Los aleros de sus techos, que llaman "boleados", son tan anchos como sus banquetas. Bajo ellos los peatones se guarecen de la lluvia.

A poco de fundada, el español Juan Antonio Gómez de Guevara introdujo plantas útiles. El cafeto, tabaco, naranjos, plátanos, caña de azúcar y los mangos de Manila. Estos son los más dulces de todo México, donde hay tantas clases de este árbol frutal. En una plancha fija en los portales de la Plaza Mayor, está grabado el nombre del benefactor Gómez de Guevara. Que los primeros naranjos de la Nueva España fueron sembrados por Bernal Díaz del Castillo, cronista del conquistador Cortés.

El primer ingenio para el beneficio de la caña dulce lo construyó el alcalde don Juan García Valero, el año de 1642. Este civilizador hace contraste con el guerrillero comunista Emiliano Zapata, que destruyó unos cuantos ingenios azucareros, en las ricas haciendas mexicanas por donde pasó con sus hordas saqueando, talando y destruyendo.

Entre las casas antiguas figura la de don Juan Ceballos, en la cual se firmaron los célebres Tratados de Córdoba el 24 de agosto de 1821. Allí las firmas de don Juan O'Donojú el último virrey de Mé-



Piscina llena de magnolias en el Fortín de las Flores.

Iglesia parroquial de Córdoba.

xico y don Agustín de Iturbide, el proclamador de la Independencia en Iguala. El virrey reconoció el nuevo Estado independiente de España y a Iturbide como a su libertador.

La casona transformada en parte, como hotel que es hoy, conserva los principales rasgos de su antiguo esplendor.

Entre los modernos edificios se destaca el Palacio Municipal en la Plaza "21 de mayo", nombre dado a la Mayor en recuerdo de la jura del Plan de Iguala, el año de 1821. Sus columnatas y arquerías son de cantera, lo que le da un aspecto de solidez y de bella arquitectura. Se inició en 1904 durante el gobierno en el Estado de Veracruz del civilizador don Teodoro Dehesa. No pudo terminarlo. Tocóle a don Manuel Aguilar en su gobierno de 1917, pero siempre el que empieza una obra tiene el mérito mayor.

Por la defensa que hicieron sus vecinos en 1821 cuando se declararon independientes, el realista Hevia atacó la ciudad. Duró varios días el asedio y a la muerte del sitiador sus tropas se retiraron perdidosas. La ciudad conquistó el título de Heroica.

En noviembre de 1914 don Venustiano Carranza, huyendo de las hordas de Pancho Villa, se refugió en Córdoba, adonde llegaron unos cuantos jefes del partido constitucional. El señor Carranza organizó de nuevo un aparato de gobierno y salió en busca de sus numerosos enemigos.

Entre los templos antiguos figura en primer término la parroquia, construída a fines del siglo XVI. En su fachada, de dos cuerpos, predomina en sus columnas el estilo dórico. Hay que admirar en su recia construcción sus enormes muros y contrafuertes que ostentan, en su pátina, la pintura de los siglos.

La de Lourdes muestra su fachada trunca por la ausencia de las torres, que tal vez la barbarie de los reformistas derribó. En los tres cuerpos de aquélla sus molduras, pilastras, festones, alados serafines y medallones de bajorrelieves son una ostentosa floración de Churriguera.

En el "Parque Madero" la iglesia de San Sebastián con sus dos torres y su cúpula, muestran su esbelta construcción.

En la plazuela de San Miguelito los fundadores sembraron en 1618 un cedro, que fuese testigo del nacimiento de una nueva población. Ese corpulento cedro cuenta hoy 327 años.

¡Que manos arboricidas no descarguen despiadadas el hacha del leñador!

Córdoba es el centro de una región donde la agricultura está en plenitud. Los mercados de México se llenan de sus dulces naranjas, de sus sabrosos mangos de Manila, únicos en su dulzor, y de sus variadas clases de plátanos.

Son muchos los frutos y las frutas que llegan de ese rincón mexicano, donde la mano del hombre encallecida por el constante manejo del arado y del azadón, extrae de la madre tierra la bendición de sus ricos alimentos.

¡Que no venga el desorden de los camioneros y rieleros a impedir, con sus huelgas contrarias a la misma Economía Nacional, que los frutos veracruzanos no lleguen a los mercados de México!

¡Porque no sólo es doloroso, sino criminal también, que se pierdan millares de naranjas, de mangos y de plátanos, labor de muchos honrados agricultores, sólo porque el interés de los líderes así lo disponga!

Entre los sitios de una exuberancia tropical, en los contornos del Fortín, se encuentra el barranco de Metlac. El tren atraviesa dos túneles a la entrada y salida del puente que mide de largo 105 metros, y como es un arco la curva tiene 98 metros de radio.

El viajero mira, con hondo estupor, los barrancales abajo de unos 27 metros de profundidad.

Estos lugares se comunican con Veracruz por una carretera de 106 kilómetros. Sólo que para fines de 1944 no tenía asfalto. Y es de suma necesidad el terminarla.

Tales los principales rasgos del Fortín de las Flores y de Córdoba, que merecen ser conocidos por los extranjeros que residan en México, amén de los mismos mexicanos.

México, D. F., 1944.

XXXIV

CHAPALA

A los 52 kilómetros al sur de Guadalajara, por una carretera de asfalto mal tenida, y donde hay sabanas de cría sin alambreras en sus orillas, se llega al lago, si no el más poético de México, sí el más hermoso por lo grande.

A 23 kilómetros de la estatua del gobernador Ramón Corona, muerto alevosamente a manos del desequilibrado Primitivo Ron, y por lo cual le erigieron ese monumento en el Paseo Independencia de la capital, se encuentra la entrada al Salto.

A la izquierda un letrero dice: "El Castillo", y por una carretera de 12 kilómetros se llega a los dos pueblos de El Salto y de Juanacatlán. La vía es plana y recta, con el peligro ya mencionado de la falta imperdonable de alambrados en tierras de cría, y con el gravamen del piso que es de tierra.

¡Cuándo se convencerán los que mandan en los pueblos de América, que las carreteras de tierra son muy buenas para los caballos y los burros, pero muy malas para los automóviles! Son como los hombres de guaraches, alpargatas, cotizas o quimbas y en mangas de camisa, o con la pata en el suelo como la mayoría de los indígenas de América, que no andan mal por los caminos empolvados; pero si van vestidos con zapatos y bien trajeados, entonces se manejan penosamente por esas rutas de tierra, de baches y pantanos.

Al final de los 12 kilómetros, se topan dos pueblos unidos por un puente de mampostería con sus 150 metros de largo por 6.50 metros de ancho, con una luz de 7.50 metros. Por allí pasa el agua de

(1) Estampas del Estado de Veracruz, por Luis Velasco y Mendoza. Y Córdoba, el Fortín y sus aledaños. — Mario Talavera. — Año de 1939. México. D. F.

una presa construída para mover las maquinarias de una industria en grande, de tejidos. Fué reparada, según reza en letras grabadas en piedra, en 1901. Allí se encuentra el Salto de Juanacatlán, producido por la caída del agua que sobra de la que mueve el tren de las hilanderías. Todo el volumen de agua sobrante se desparrama en unas 16 caídas. que embellecen las rocosas piedras negras, más oscuras en tiempo de lluvias. La altura de estas pequeñas cataratas artificiales no pasa de unos 10 metros. Claro está que no tiene la belleza, ni se encuadra con el agreste paisaje del Salto Verde, como el de San Luis Potosí, ni canta el poema del agua en sus cascadas como el Salto de Pilmaiquén, entre Osorno y las Termas de Puyehue, República de Chile, ni el ruido ensordecedor de la cascada del Salto de Tequendama en Colombia, pero en cambio el Salto de Juanacatlán mueve factorías industriales.

Al regreso de éste se continúa la carretera hasta llegar al pueblo de Chapala, que es grande, con su buena iglesia, sus calles mal empedradas. Sólo está asfaltada la de los autos; lo mismo sucedía en Venezuela cuando Gómez, López Contreras y Medina Angarita. El parque de la playa ostenta dos frondosos laureles de la India, que como es pequeña forman una rotanda vegetal. Miden de grueso hasta 4.75 metros. La basura molesta la vista y el olfato de los visitantes que acuden especialmente los sábados y los domingos a gozar de las brisas del lago.

Este problema está en las carteras de los ministros o secretarios del Ejecutivo en los pueblos hispanos de América, que no han podido resolverlo de una manera decente, para que no continúen los botes y tinacos, repletos de suciedades, a la vista del público.

El pueblo de Chapala se recuesta poéticamente en las colinas de sus montes, como si fuese un enamorado rendido en las faldas de su amante.

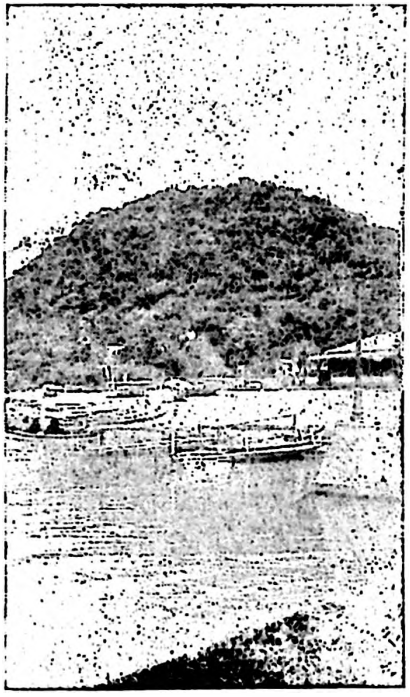
Cuadra aquí el saludo del poeta venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde a su regreso del destierro, en su sentido canto "Vuelta a la Patria":

"¡Caracas! ¡Allí está!", dice el auriga,
y súbito el espíritu despierta
ante la dicha cierta
de ver la tierra amiga.
¡Caracas allí está, sus techos rojos,
sus blancas torres, sus azules lomas,
y sus bandas de tímidas palomas
hacen nublar de lágrimas mis ojos!

Caracas allí está: vedla tendida
a las faldas del Avila empinado,
odalisca rendida
a los pies del sultán enamorado".

Del pequeño muelle, en la extensa playa, frente a los restaurantes donde se baila, y en una lancha de motor se costea las orillas de la derecha, donde se miran varias quintas y la capillita blanca y azul allá entre los árboles. Levantan sus enhiestas copas, y desparraman sus frondas, las palmeras o chaguaramos, los álamos, sauces llorones y los elegantes sauzales.

Allí la Quinta "El Manglar", del dictador don Porfirio Díaz, que aparece en los anales mexicanos como el estadista administrador y severo guardián del territorio, semejante al dictador Antonio Guzmán Blanco en Venezuela. La Quinta de don Porfirio pasó a manos de un vecino de Guadalajara que al reconstruirla le agregó un nuevo piso.



Playa principal de Chapala.

Salto de Juanacatlán con sus 16 caídas.

Se conoce el pueblecito de San Andrés. Allí con su iglesia, sus torres, su cúpula, que en aquella humildad de sus rústicos habitantes es, como la casa de Dios, la que atrae la atención de los turistas. Sus calles, como es natural, mal empedradas y peor tenidas.

Al desembarcar se pisan unas piedras sueltas, entre algunas estacas; la rusticidad de este mísero muellecito, trajo el recuerdo de otro semejante. El de las Salinas de Araya, en Venezuela, frente a la ciudad de Cumaná, cuna de Antonio José de Sucre. Este, como teniente de Bolívar, peleó en Pichincha y libertó al Ecuador, combatió en Ayacucho y selló la independencia de Colombia, Perú y Bolivia, y por último derrotó, en el Portete de Tarqui, a los peruanos invasores. Fué el gran Mariscal de Ayacucho.

Las Salinas de Araya, como fuente rentística del gobierno, daban en 1935, cuando el suscrito las visitó, cerca de ocho millones de bolívares anuales. Su explotación se hacía por obreros que metidos hasta el pecho en agua tibia y salobre durante varias horas, rompían con picas las planchas de aquella mina salitrosa cerca de 10 centímetros de espesor. Tiene una extensión de más de dos hectáreas. Los fragmentos salen sucios por la tierra que las cubre. Es que las lluvias la arrastran de sus orillas por falta de una muralla protectora. Luego de lavada la acarrean las mujeres en unas cestas a las pilas para blanquearlas al sol.

Pues bien, cuando la medida de unos 20 kilos no está completa, el pesador injusta y cruelmente la arroja a las pilas sin pagar el acarreo. Este es de unos cinco centavos. Las pobres negras, desconsoladas, regresan a llenar de nuevo sus canastos vacíos. A esto se agrega el desamparo en que tiene el gobierno a estos trabajadores. En Araya, orillas del mar, reina todo el año un calor infernal y aquellos hombres y mujeres trabajan a pleno sol tropical. No hay techo, ni siquiera de toscas palmas. Y cuando los que resquebrajan los planchones salen con sus cuerpos agrietados en busca del agua dulce para lavarse, casi nunca la encuentran, puesto que la traen de Cumaná. Cosa sensible que ni siquiera había, en aquel tiempo, una lancha de gasolina para llevar el agua, que en los barcos de vela era cuestión, durante la calma, de más de un día. Se completa el cuadro con la conducción de la sal, a lomo de burros, hasta el rústico muelle de piedras y de estacas.

Como en Caracas se hablaba tanto de lo poderoso que era el Ministro de Relaciones Interiores, doctor Pedro Rafael Tinoco, el suscrito al regreso de Cumaná acudió a darle cuenta de las necesidades que había visto en las Salinas de Araya. Esto, a título de historiador

patrio. Y cuando le narró la triste ganancia de aquellas mujeres, la injusticia del pesador, la falta de agua dulce por carecer de una lancha, la ausencia de techo, las arrias de burros y la vergüenza del muelle, le contestó textualmente: "que el gobierno del general está ahorrando, y no puede atender a nuevos gastos". Y conste que había en el Tesoro Nacional cerca de *ochenta millones de bolívares,* fuera del Presupuesto.

Hablando de esto en México ante un grupo de venezolanos en 1943, apuntó el ingeniero Enrique Jorge Aguerrevere, entonces representante de Venezuela allí, que cuando fué ministro de Obras Públicas en el gobierno de López Contreras, los problemas vitales de las Salinas de Araya quedaron resueltos. Ya en Caracas el suscrito leyó en "Páginas para la Historia Militar de Venezuela", del general López Contreras, que durante su gobierno "dejó casi terminadas para la explotación de esa rica mina de Araya, las obras de utilidad administrativa".

Pero esto no resultó, durante el gobierno de Medina Angarita, que por su mala administración escasearon los principales artículos de alimentación; se llegó, caso inusitado en Caracas, a carecer de sal. Y conste que en Venezuela, fuera de las ricas Salinas de Araya, hay las de Margarita, Coro y Maracaibo.

La travesía por las encantadoras riberas de Chapala hizo olvidar los tristes recuerdos, de cuando recorría el ámbito de la patria con el móvil de darse cuenta de su atraso. ¡Que fué inmenso durante aquellos duros y penosos tiempos! Era el año de gracia de 1935, y se contaban 125 de independencia y 27 justos de la última dictadura venezolana, que la primera, tan larga como ésta, se encarnó en 1826 en el alma del ínclito llanero, general José Antonio Páez, ilustre prócer de la Independencia Nacional.

México, D. F., 1943.

XXXV

TLAXCALA

Cuando Hernán Cortés avanzó sus huestes de la conquista a Tlaxcala, en ésta se reunió el Senado de los cuatro señoríos y discutieron el caso de guerra. *Tlahuexolotzin,* el jefe del primer señorío, llamado Tepcticap, expuso que como estaban en guerra con los mexicanos,

huejotzingas y cholultecas, no podían oponerse a los nuevos invasores.

El segundo senador reinaba en Ocotelulco; era *Maxixcatzin,* nombre que viene de *Machicatl* manos fuertes, y de *tzin,* vocablo reverencial. Fué partidario de los conquistadores.

No así el anciano *Xicoténcatl,* que imperaba en el tercer señorío de *Tizatlán.* Derivado de *tizatl,* piedra blanca, y de *tlán,* adverbio de lugar.

El hijo de este senador, con el mismo nombre del padre, era el jefe supremo de los combatientes tlaxcaltecas.

En el cuarto señorío gobernaba republicanamente, como en toda Tlaxcala, el senador *Zitlalpopócatl,* palabra compuesta de *zitlal, estrella,* y de *popócatl,* humo. Fué también partidario de la alianza. Sólo a cuatro kilómetros distaba el palacio de este senador del centro gubernativo. El sitio se llama *Quiahulxtlán,* cerca del río Tetolac, que nace en los cerros que circundan el lugar.

De los cuatro palacios, en las cercanías de la ciudad, hoy se miran apenas los cimientos amontonados de lo que fué orgullo de sus moradores. Derribados por los españoles, sus despojos sirvieron para la construcción de templos y mansiones de cal y canto.

Cortés, sabiendo que eran enemigos de los mexicanos, impetró su alianza. El joven *Xicoténcatl,* militar valeroso, contestó con las batallas.

Por la ruta que los invasores llevaron a las albarradas, de piedras sueltas de Tlaxcala, iban encontrando caseríos en donde blanqueaban calaveras y canillas. Doña Marina, o sea "La Malinche", de Tabasco, y los indios aliados de Cempoala, le explicaban a Cortés que esos huesos humanos eran de los indios, que se robaban unos a otros, para el sacrificio.

En los campos por donde iban, muchos de ellos en planicie, se veían rastrojos de milpas y las hileras de sus verdes magueyales. Estos producen el pulque, la bebida refrescante y también embriagadora de los nativos de entonces y de hoy.

Como los tlaxcaltecas recibieron a los españoles en son de guerra, vinieron a las manos y fueron derrotados. Con los prisioneros envió Cortés nuevas misiones de paz, pues bien sabía por doña Marina y cempoales, que eran enemigos de los mexicanos.

El 5 de septiembre de 1519, volvieron a pelear. Los 400 españoles y sus caballos, a pesar de hallarse algunos heridos, tuvieron que combatir fuertemente, pues el enemigo se contaba por millares. El mismo cronista Bernal Díaz del Castillo recibió una pedrada de los

honderos y un flechazo de los arqueros. Los indios sufrieron nuevas derrotas, pero Xicoténcatl, el joven, aguerrido y valiente, no cejó en la defensa de su patria.

Otro combate presentó el guerrero con un asalto de noche, pero apercibidas como estaban las huestes hispanas, tercer descalabro hubo para los tlaxcaltecas. Este nuevo triunfo capacitó al vencedor para ofrecer la paz y solicitar, una vez más, la alianza de los vencidos.

Fué aceptada por Xicoténcatl "el viejo" y por Maxixcatzin, el senador de Ocotelulco, junto con los otros dos senadores y el mismo general. Este sólo se avino al reconocimiento al ver que Cortés devolvía sus emisarios de guerra con las manos sangrantes y desmochadas.

Al punto fueron senadores y generales al campamento castellano. Iban unos en sus andas, otros en hamacas y los más a espaldas de sus indios. Allí combinaron la entrada en la ciudad, que tuvo lugar el 23 del mismo septiembre. Los señores llevaban sus capas y libreas de algodón y de henequén. Este se trabaja con la fibra de un maguey. En la ciudad de Mérida, de Yucatán, hay al presente la industria de este agave, que sufrió la furia de Cárdenas, el destructor de las propiedades.

Algo desagradable vieron los conquistadores: Sacerdotes de largas túnicas, cabellos desgreñados, uñas largas y sucias, y en la faz rastros de sangre. Era que venían de sacrificar sus víctimas humanas en el alto de los *Cúes*.

Según el ritual de refinada barbarie, luego de arrancar el corazón palpitante sobre la piedra del sacrificio, era llevado al brasero, donde se consumía ante el dios de los combates.

Y completaban el cruento holocausto devorando, en baquete antropófago, la carne de las víctimas. Los teponaxtles guerreros y los copales y resinas olorosas inundaban el ámbito del santuario. Los unos con sus marciales sones y los otros con sus perfumes de místicos zahumerios, cada vez que invocaban el auxilio de sus devoradoras deidades.

El asombro subió de punto al contemplar las jaulas donde cebaban a los indígenas caídos en cautiverio. Allí los engordaban para el sacrificio.

Los senadores Maxixcatzin y Xicoténcatl "el viejo", para cruzar su raza con los Teules, que juzgaban superiores, les ofrecieron sus hijas. Las princesas *Matlaxcápatl* y *Tecuelhuatin,* con otras más, también nobles, sirvieron de nexos vivos en la alianza y fusión de las dos razas.

En el Teocalli, el templo de Ocotelulco, se verificó la ceremonia. Se convino en bautizarlas con los nombres cristianos de Elvira y de Luisa. Y fueron donadas a los capitanes Juan Velázquez de León y Pedro de Alvarado. Las otras, a Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila. Ellas amantes y esposas, al estilo de la conquista, siguieron a sus valientes amos y señores en todas las aventuras del vivac y del combate.

Doña Elvira fué a caer herida de muerte sobre el cadáver de Velázquez de León, allá en la calzada de Tenochtitlán. Fué en la Noche Triste del 30 de junio de 1520, cuando Cortés lloró su desventura bajo las ramas piadosas del histórico ahuehuete de Popotla.

Doña Luisa, que logró salir con vida junto con doña Marina, "La Malinche", y regresar a Tlaxcala, le dió hijos al capitán Alvarado que fueron, andando el tiempo, grandes señores de Iberia.

Aquí empezó el noble mestizaje de la Nueva España.

Por la Malinche no tomó Cortés ninguna de las doncellas ofrendadas por los senadores de Tlaxcala. Como gran político no quiso disgustar a su amante, de suma utilidad en la conquista, como el mejor intérprete con los mexicanos. A su lado le defendió en más de un peligro en los combates, y le dió un hijo, que llevó el nombre de su abuelo, Martín Cortés.

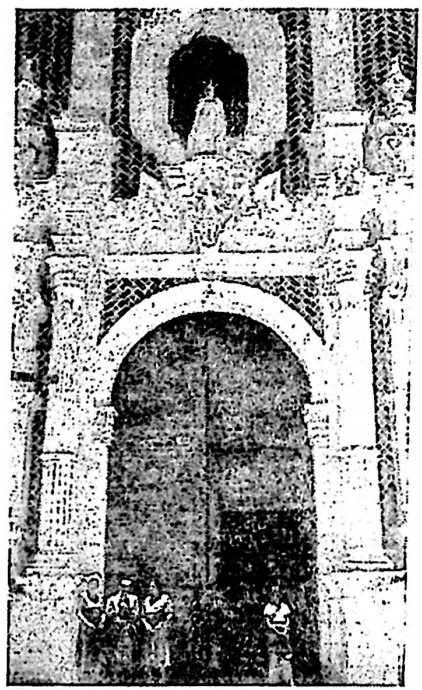
Una vez pactada la unión ofensiva y defensiva con los senadores, se resolvió la visita solicitada a Moctezuma, con quien venía Cortés en tratos por medio de emisarios de ambas partes.

En conocimiento de que Cholula era la ciudad sagrada y súbdita de México, se enrumbó con sus aliados por esa vía. Unos 500 de los cempoaltecas y cerca de 5,000 tlaxcaltecas. Los españoles no pasaban de 500. La salida fué a mediados de octubre de 1519.

Apoco de estar entre los cholultecas tuvo aviso, por sus aliados, de la traición que allí se fraguaba de acuerdo con Moctezuma. Al punto, confirmadas las sospechas, el español castigó severamente la perfidia en ciernes. Murieron centenares de cholultecas, pues el combate fué recio. Los de Tlaxcala tomaron parte activa, como sus enemigos que eran.

Cortés aprovechó, hábil político que era, para hacer cargos a los representantes del monarca azteca, y fusionar alianza entre Cholula y Tlaxcala.

Luego siguió el derrotero de su conquista. Acampa en Huejotzingo, de donde sale el 1o. de noviembre para trepar la cumbre. Sólo los tlaxcaltecas lo acompañan, pues los de Cempoala regresan. Trasmontan las faldas de la serranía y van a parar por una ensenada, en-



Portada de la iglesia de San José. El autor con su familia, en Tlaxcala.

Arcos y columnas de piedra en los comedores del convento en ruinas de San Francisco, en Tlaxcala.

tre el volcán Popoctépetl, que se halla en plena erupción, y el Iztaccíhuatl, coronado de nieve. En el sitio del paso hay un pequeño y humilde monumento, recientemente construído, en memoria de la proeza.

Bajaron las opuestas colinas y cayeron en la planicie de Amecameca, Tlalmanalco y Chalco, tributarios de México. En la subida y descenso de los escabrosos montes, los aliados le fueron de suma utilidad para el transporte de la artillería y almacenes del ejército por carecer de acémilas. Todo iba a cuestas del indio.

A medida que avanzaba por la meseta del Anáhuac, los emisarios del azteca le salían al encuentro. Cacama, rey de Texcoco, y luego Cuitláhuac, el cacique de Ixtapalapan, hasta llegar a la calzada del lago. En Xólac, empalme de ésta con la que lleva a Tenochtitlán, le esperaba en sus ricas andas el fastuoso Moctezuma.

Al llegar a Totelulco, en la que fué Plaza Mayor, Cortés y sus huestes se hospedaron en el palacio del minarca Axacáyatl, padre que fué de Moctezuma. Los tlaxcaltecas conocieron por primera vez

la tan temida y odiada Tenochtitlán, pues sólo en compañía de Cortés, lograron esto. Como vencedores jamás la hubieran conocido. Su alianza fué puesta a prueba en junio de 1520, cuando Cortés y sus menguadas fuerzas llegaron a sus murallas en completa derrota.

Venían de la "Noche Triste", donde cayeron en las zanjas de la calzada de Tacuba, unos 700 españoles y millares de tlaxcaltecas.

Y no obstante ese ruidoso fracaso los senadores le auxiliaron como antes. Cortés obtuvo, una vez más, todo lo que tenían a mano y millares de indios para la reconquista.

Con ellos reparó en un todo el descalabro sangriento y pudo entrar en la bien defendida laguna, en junio de 1521, y tomar cuenta a los mexicanos de la derrota infringida el 30 de junio de 1520.

Como en la invasión que hizo por las aguas, la principal arma de combate fueron los trece bergantines, precisa saber dónde se construyeron. La madera fué de los montes de Tlaxcala. En la ruta que va de ésta a Santa María de Chiautempan, hoy la presa de San Buenaventura, que sirvió de astillero. Allí, durante varios meses, los carpinteros españoles y obreros indígenas, bajo el mando del maestro Martín López, labraron las tablazones, aparejos y jarcias, con los materiales de fierros traídos de Veracruz. Pertenecientes a la armada de Cortés dada al través en las aguas de Cempoala.

Por febrero de 1521 millares de tlaxcaltecas, custodiados por otros tantos en armas, llevaron a cuestas todo el material listo para armar trece bergantines, en aguas de Texcoco. Fué una ayuda poderosa de estos aliados para la reconquista de la amurallada ciudad de México.

En la visita que se hace al presente a Tlaxcala se llega primero a San Martín Texmelucan, poblado a 90 kilómetros de México. Se deja la carretera asfaltada que sigue a Cholula y se desvía a la izquierda.

Viene un puente de hierro angosto, como la vía. Toda es una planicie de intenso cultivo. Las colinas se ven pedregosas. Semeja esta ruta al valle de Valparaíso a Santiago de Chile. Entre los campos de trigo y de maíz, se encuentra el pueblo de San Diego Socoyuca. Luego sigue la carretera, asfaltada toda en la actualidad. A lo lejos capillitas con sus cúpulas y sus torres, que hermosean el paisaje.

Se marca, entre otros, el caserío de Panotla con sus techos rojos en medio de arboledas. El Atoyac se desliza en las goteras, y a los 22 kilómetros de San Martín Texmelucan se entra en Tlaxcala.

En el marco de la antigua plaza las ruinas de una iglesia. Sólo queda la portada un tanto derruída. Piedras talladas con sus co-

lumnas y una puerta que fué bien labrada, cuando entraban los fieles a orar. Restos de las torres con el reloj solar en una de ellas. Incrustadas en las paredes de cal y canto partes de dos escudos de fina cantería.

En sus cuatro cuarteles, en forma diagonal, hay dos torres y dos leones rampantes coronados por el águila bifronte de Carlos V. Las variantes son, en uno, dos hombres desnudos y de perfil, sosteniendo con una mano el escudo y con la otra un ramo de rosales florecidos. En el otro escudo, las columnas de Hércules con los peñones de Gibraltar y Ceuta y la divisa *Plus Ultra*.

Estos bajorrelieves están muy destrozados, como toda la portada. Los escombros pertenecen a la Capilla Real, que fundaron los padres franciscanos de la primera misión que vino en 1524, presidida por Fray Martín de Valencia, de grata memoria.

A los oficios religiosos concurrían los descendientes de los senadores, los aliados de Cortés, que siguieron con el mando de Tlaxcala, hasta que los reemplazaron los gobernadores españoles.

Pero la construcción no pudo resistir el peso de los siglos, y en 1796 empezó a derrumbarse. Lograron sacar todo lo que era de valor y las ruinas fueron azotadas por el ciclón de 1864. La demolición, en vez de la reconstrucción, había empezado en 1828 utilizando los materiales en los fundamentos del puente sobre el río Zahuapan.

No hubo piedad para la reliquia histórica de la Colonia, y hoy es una sucia pesebrera de burros cargueros de pulque. Esta es la bebida embriagante de los antiguos y modernos nativos.

En el mismo contorno de la Plaza Mayor se empezó la construcción del Palacio de Gobierno en 1525, año de la Capilla Real.

La portada del balcón central que da a San José, tiene un frontispicio colonial en la parte alta. Dos columnas salomónicas, cortinas de argamasa y molduras con remate de flores, estilo barroco, rodean la figura heráldica.

En el interior del edificio, escalinata y balaustrada del 2o. piso son de granito. Frescos murales de códices indígenas adornan las paredes de los corredores altos.

El Salón Rojo debe ser conocido, dado el buen gusto del artista que lo decoró. Tanto sus paredes como el plafond y los mosaicos de madera del piso, de fresno y nogal, denuncian una obra de suma exquisitez.

La iglesia La Parroquia, consagrada a San José, tiene en el frontispicio columnas acanaladas y grandes rosetas. Como están encaladas no se sabe del mérito de ellas. Toda está llena de azulejos,

lo mismo que las torres. Este gusto chillón demuestra que es moderna. En el interior, en cambio, hay retablos de cedro macizo tallado y dorado al fuego. Dos grandes piedras labradas sirven de pilas a la entrada.

Alrededor del templo un mercado en el suelo y descubierto, pero abundante en frutas, granos y legumbres, pues sus huertas abundan en los contornos de la ciudad.

En camino hacia arriba se encuentra en una plazoleta, frente al teatro Matamoros, la airosa estatua, tamaño heroico, del guerrero Xicoténcatl, representativo de su raza. Fué hijo del senador del mismo nombre. Peleó al frente de sus soldados en los tres combates contra Cortés, de donde éste salió vencedor. Hizo alianza con el español, pero de mala gana. Porque más tarde, cuando fué con sus soldados a la reconquista de México, como aliado de Cortés, lo acompañó hasta Texcoco. Refiere el cronista que al botar en el lago los bergantines, por abril de 1521 para el empeño de la lucha, el guerrero indómito desapareció.

Como esto implicaba un peligro, se ordenó la captura y el castigo del desertor. Desgraciadamente fué preso y ejecutado en las cercanías de Texcoco. La memoria del soldado sufrió mengua, pues era un valiente en los combates. Pero su conducta defraudaba la causa de su padre. El Viejo Xicoténcatl y los otros senadores, cuyo enemigo secular eran los mexicanos.

A la izquierda una calle amplia y empedrada bajo el sombrío de fresnos centenarios. Se sube al derruído convento de San Francisco, que sustituye al sangriento *Cu* de los sacrificios indígenas. Fué obra de los primeros misioneros, que lo empezaron en 1524.

Al coronar la pendiente se pasa por debajo de tres arcos de mampostería altos y gruesos. Uno, especie de túnel, sirve para el paso del convento a la torre, que es un torreón agrietado que amenaza ruina. La vista desde ese lugar sobre la ciudad y contornos de la cultivada planicie, es de una hermosa perspectiva. Sus campanas llaman a la oración, puesto que todavía ofician en el desmantelado templo de los antiguos franciscanos.

En el atrio, que es una plazoleta de extenso panorama, se mira un descascarado pedestal que ostenta el escudo de los conquistadores. Fué erigido en 1629 para celebrar el centenario de la edificación conventual.

Al lado del pórtico que lleva al interior, había el hospital convertido hoy en cárcel pública. Siquiera lo utilizaron y no lo derriba-

ron como en otros lugares. Se atraviesa un corredor que era el descanso de los peregrinos cuando visitaban el santuario.

Tres arcos de cantería adornan esta entrada. En los relieves de sus columnas quedó grabado el cordón franciscano, símbolo de la Orden Terciaria. Algunas mexicanas, que ejercitan su creencia en obras de caridad cristiana, llevan ese torzal sobre su cuerpo a manera de cilicio.

En el claustro, columnatas que sostienen las arquerías de abajo y de arriba.

Una vez pasado el cancel salta a la vista el coruscante artesonado, serie de figuras geométricas incrustadas en artísticas combinaciones, como pequeños romboides, estrellas poligonales y otros adornos que semejan rosas. El estilo es mudéjar o mozárabe. Todo está labrado en cedro rojo y en ocoyolote, llamado así el corazón del ocote, el pino más resinoso de las selvas mexicanas. Ambos maderos son resistentes al tiempo y finos para el taladro. El ebanista español que caló esta techumbre dejó una obra secular, que sirve de estudio a los letrados y de admiración a los turistas.

En las paredes encaladas asoman, un tanto borrosos, trozos de frescos murales. En el retablo del altar mayor, talla de cedro amargo y dorado a fuego, se nota la ausencia de imágenes en algunas hornacinas.

El tallador de madera dejó también una reja en la capilla guadalupana, cuyos barrotes torneados dan vistoso aspecto al calado que sustenta. En el medio punto luce la letanía lauretana, y enlazando las invocaciones litúrgicas hay ramazones artísticas. Trabajo de orfebrería que completa los del fino artesonado.

El labrado de la piedra no es menos sugerente. La pila bautismal es de un solo bloque ahuecado hondamente y de amplio borde. Allí se cristianaron los senadores, en caución de su alianza con los hispanos, lo mismo que sus hijas y sus deudas, todas nobles, cuando fueron donadas a los capitanes de Cortés.

En un escrito sobre el muro, bastante descalabrado ya, se leen los nombres de los bautizados, padrinos y sacerdotes.

Frente a este bautisterio, cuatro veces centenario, se halla el primer púlpito erigido en América en 1520. Todo él es de piedra tallada. Desde ese sitio el fraile cristiano inició la prédica del Evangelio, en completa oposición al culto cruento y antropófago del indio.

¡Y en verdad que provoca hablar, desde la altura de ese púlpito sagrado que el amor y la piedad consagró durante siglos, lo que fueron las Misiones frailescas entre los tlaxcaltecas, náhoas, tarascos y otomíes!

Y como esos monumentos se hallan en abandono, es un deber patrio su reconstrucción. Son los primeros del continente y son, además, joyas de arte en la talla de la piedra y del madero.

La Junta Conservadora de los Monumentos Nacionales del México Colonial, que preside el sabio arqueólogo don Alfonso Caso, pronto dejará caer su influencia protectora sobre ellos.

México, D. F., 1943.

XXXVI

TEXCOCO

Terminada la conquista de Tepeaca y demás pueblos comarcanos, que eran tributarios de Moctezuma y que ahora pasaban a Cortés, éste regresó a Tlaxcala. Encontró que los bergantines estaban casi prestos para transportarlos en piezas a la distante laguna.

El nuevo ejército, aumentados los restos que pudo reunir después de su derrota, con los españoles que llegaban a causa del triunfo sobre Pánfilo de Narváez, sumó unos 540 soldados, 40 caballos y 80 ballesteros. Lo encontró suficiente para reconquistar a México.

El 28 de diciembre de 1520 salió de Tlaxcala, con unos millares de indios de combate, fuera de los cargueros o *tamemes* que conducían bastimentos y fardaje. Vivaqueó en Texmelucan; la segunda jornada fué en la cumbre, por entre fragosos montes. La misma ruta que llevó anteriormente.

El tercer vivac fué en la planicie, en Cuauhtepec, cercana a Texcoco. El 31 le salieron al encuentro emisarios o *farautes,* con banderas en barra de oro que enviaba *Coanococh* en señal de paz. Este rey era sobrino del mexicano.

Al llegar Cortés a sus reales le hizo cargos por los 35 españoles, 5 caballos y 300 de sus aliados sacrificados allí, cuando regresaron de la derrota de México. El rey se encontró mal y huyó con los suyos a México. Al punto Cortés hizo proclamar rey de Texcoco a Ixtlixóchitl, hermano de Coanacoch. Aquél le facilitó todo cuanto estuvo a su alcance: alimentos, maderos, materiales de guerra, soldados y trabajadores.

El fin del que huyó fué trágico. Cuando los españoles entraron vencedores en México, cayeron en su poder Cuauhtémoc y su huésped. Más tarde, en 1525, fueron los dos, desventuradamente, a pe-

recer por orden de Cortés en ignominioso patíbulo, en las Hibueras de Centro América, Cacama, otro rey de Texcoco, prisionero también de Cortés, cayó en la huída de éste en la hecatombe de la "Noche Triste".

En tanto se combatía en los pueblos que rodeaban al lago, tratando el conquistador de subyugar a los súbditos del monarca azteca, hubo en Texcoco conato de rebelión. Lo fomentaron oficiales amigos de Narváez. Al tener el hilo de la conspiración, sólo se ejecutó al español Antonio de Villasaña, o Villafaña, como apunta el cronista.

Los demás fueron silenciados. Probó Cortés que era hombre de Estado, pues no le convenía que se supiese que eran muchos los conjurados. Una sola ejecución fué suficiente.

En la capital se hallaron muy bien los hispanos; era grande y la casa donde se alojaron capaz de contenerlos.

Sandoval, el capitán más facultativo, salió a dirigir el arriesgado transporte de los materiales para armar los bergantines en aguas de Texcoco. Por el mes de febrero de 1521 llegaron las tablazones y aparejos, a cuestas de los indios y custodiados por los mismos.

Una vez descargados comenzó el laborioso esfuerzo para armarlos. En la orilla de la baja laguna se puso manos a la obra. Hubo necesidad, cuando estuvieron a punto, de abrir hondo y ancho canal, de modo que pudieran navegar los bergantines y entrar en la gran laguna.

Todos los texcocanos, desde el rey hasta las naborias, mucamas en Argentina, estuvieron en plena actividad, pues los aliados, que allí vivaqueaban, eran millares.

Al fin el 13 de mayo de 1521 se hallaron listos, y se verificó en ceremonia militar y religiosa la botadura de los 13 bergantines. Ya contaba cada uno con su capitán, sus remeros y soldados de pelea. Y salieron a ocupar sus puestos los capitanes de tierra.

Las peripecias del sitio de la ciudad lacustre, con toda su tragedia de muerte y desolación duró, casi sin tregua, hasta el 13 de agosto. En estos 90 días la imperial capital azteca fué destruída. Los soldados de Texcoco y de Tlaxcala pelearon al par de los conquistadores.

Se advierte que Cortés, uno de los grandes capitanes del mundo, probó a los agüeristas que el número 13 no encarna mala fortuna. Los tres mayores acontecimientos en la reconquista del imperio llevan esta marca: 13 fueron los bergantines que dieron el triunfo; el 13 se inició el sitio y el día 13 se tomó definitivamente la ciudad.

En Venezuela el general Juan Vicente Gómez, hombre de fortuna como el que más, desde el 23 de mayo de 1899 hasta el 17 de

diciembre de 1935, su buena estrella no palideció ni un día. Y llevó consigo un anillo cifrado con el número 13. Y una de las últimas casas que construyó en las playas de Macuto, tuvo por nombre el Número 13. Después se le quitó esta plancha. En principio histórico deben conservarse las dos cifras en la portada de la "Quinta Bolívar". Fué la voluntad del supremo Dictador, porque el 13 le sirvió de amuleto. Así lo expuso en más de una ocasión.

En cuanto a Cortés se rastrea en las páginas de sus cronistas más personales, Díaz del Castillo y López de Gómara, a qué obedeció. Pues sería curioso saber si lo usó como mascota, o fué una simple coincidencia. Pero el hecho quedó grabado en la conquista de México.

Entre los pueblos que primero recibieron la acción benéfica y constructora de los conquistadores, tanto de la espada como del Evangelio, se encuentran Tenochtitlán, Tlaxcala y Texcoco.

Hoy se visita el último saliendo de la ciudad de México por la vía de Puebla. Al llegar al kilómetro 19 se desvía a la izquierda y se

Capillita de San Antonio en Texcoco.

Claustro en ruinas, doble arquería, del convento y hospital de San Juan de Dios, en Texcoco.

continúa por una planicie, que la limitan a la derecha pequeñas colinas. La carretera, un tanto curvada, va sobre tierras salitrosas que fueron el lecho del antiguo lago de Texcoco. Son unos 50 kilómetros hasta llegar a la Plaza Mayor, que sirve de mercado público.

La ruta adolece, como otras muchas mexicanas, del inconveniente de los ganados vacuno, caballar y lanar que pastan sin tener cercadas las orillas. En algunos trozos de aquélla los pirules, llenos de sus rojas frutillas, bordean el camino.

Al llegar al pueblo de Chimalhuacán, hay un desvío, a 5 kilómetros antes de Texcoco. Allí, en la antigua hacienda de Chapingo, está fundada la Escuela de Agricultura, que hace honor al Gobierno Nacional.

Toda la meseta es un extenso campo desierto y solitario, con una que otra milpa. Desde hace varios años se desecó el lago, por el peligro de las inundaciones en México en épocas de lluvia. Pues el recipiente carecía de un dique defensor.

Con la supresión de las aguas apareció el terreno salitroso que contiene un polvillo el cual, durante las secas, las tolvaneras lo arrojan en la ciudad. Todos los días el polvillo se deposita menudamente en los muebles y útiles de los hogares. En consecuencia, hay un gran número de enfermedades en las vías respiratorias, a causa del aire viciado.

Y los gobiernos no administradores, sino meros políticos, tienen en abandono punible ese problema de vital importancia. Y tan fácil el remedio, sembrar dichos terrenos de mezquites, de provechosa industria. Sus frutos son azucarados y contienen harina que es comestible. Las cortezas de los ya viejos, dan una goma semejante a la arábica. Además, su madera recibe el pulimento.

También en Cumaná de Venezuela, existe el problema de las tolvaneras que llevan el polvo salitroso de Caigüire a la ciudad. Este es una playa de pescadores al oriente de la población, que cuando estaba poblada de cujíes no sufrían el azote del polvo. Parece que la Municipalidad, de épocas malhadadas, permitió la destrucción de las arboledas protectoras y desde entonces existe la invasión de las sucias tolvaneras. En Caigüire, en ciertas horas del día, se admira el fenómeno del espejismo propio de los desiertos sembrados de arena.

La prensa, en días pasados, dió la noticia de que la siembra del sisal iba a resolver el problema del polvo en dicha playa. ¡Ojalá que esto sea un hecho real!

Se advierte que el sisal no es el nombre de los agaves, conocidos generalmente con el de los magueyes, siendo uno de ellos el henequén.

En un tiempo en México, de donde es oriunda esta planta, se le llamó sisal por el puerto por donde salía la fibra de sus pencas desflecadas. El vocablo aludido no se usa hoy en México.

El Gobierno de Venezuela haría un gran beneficio trayendo las semillas, o mejor los hijuelos del henequén, que es la fibra que se exporta en Yucatán. En Venezuela hay muchos terrenos calcáreos, pedregosos y secanos donde se producen bien todos los agaves.

Una vez en Texcoco el viajero sale a conocer los edificios que construyó el fraile a raíz de la conquista. Se topa con la iglesia principal de una fuerte construcción, según lo demuestran los estribos de piedra, sostenes del templo, que parecen se prolongan en almenas alrededor de la cúpula. La luz entra por claraboyas ojivales.

Al lado está el convento de San Francisco, cuya entrada son arcos y columnas, de fuste cilíndrico, sosteniendo arquitrabes dóricos. El arco grande, con el techo que soporta, sirve para el descanso de los peregrinos. Por el arco pequeño se entra hoy en las ruinas del monasterio.

Corredores con arquería de canteras, ruinas del convento en Texcoco.

En el patio del claustro está la pila con sus ángulos entrantes y salientes, brocal y zócalo todo de piedra tallada. Las columnas en cuadro de piedras ajustadas con sus pañetes y mano de cal. Hay 16 columnas en cada uno de los dos pisos, que son de ladrillos y simétricos. El barandal también es trabajo de ladrillos encalados.

Las columnas de los ángulos, de cuatro soportes, sostienen cuatro arcos de los respectivos corredores que están en escombros. En los techos, que aún restan, se miran las vigas cuadradas de maderas sin carcoma. Son pinos rojos y corazón de ocote que han podido resistir la injuria del tiempo y la incuria de los hombres.

Los corredores de arriba muestran los óleos de las 14 estaciones del Via Crucis. Más al interior otros corredores sin columnatas dan a las celdas en pleno abandono. Por esos largos pasillos, por donde discurrían los silenciosos frailes, hoy vagan parejas de enamorados en busca de una celda para sus cuitas de amor.

Antes estaban santificados, unos y otras, por la piedad, la oración y el amor divino de aquellos civilizadores; pero al presente es el amor humano que se esconde bajo esas techumbres de escombros. Parejas de golondrinas que gustan posarse en un día de sol y primavera, en los poéticos aleros de las ruinas.

Al salir al cuadrilátero franciscano se admiran tres portadas. Una, en la capilla de la Tercera Orden Seráfica, que sombrean los árboles del parque. La puerta, enmarcada entre columnas redondas cuyos arabescos y cornisas rematan al primer cuerpo. El segundo, muestra erguido aún en su hornacina, entre columnas, especie de jarrones a los lados, al fundador de la Orden.

Más arriba, con una claraboya octagonal, rodeada de nuevos arabescos, se completa la simbólica portada.

Frente por frente, con fresnos centenarios de por medio, la pequeña capilla de San Antonio. Enmarcan también la puerta de entrada columnas de bajorrelieves y arabescos, que sobre el dintel son ramos de frutos que sostienen dos alados querubines. Sobre los arquitrabes columnas salomónicas hacen el marco de una hornacina, con su concha por techo y donde se nota la ausencia del patrono. Se termina la pequeña moldura del nicho con una claraboya estrellada.

Se completa la visita de este rincón franciscano con la contemplación, en silencio devoto, de la capillita con sus finas columnas salomónicas y sus arquitrabes de altorrelieves. Coronan esta portada cuatro almenas que custodian la espadaña, donde cuelga de su madero la primitiva campana. La cruz, emblema de la conquista espiritual, luce más alta aún. En una plancha de cobre se lee, junto a las pequeñas columnas cuadradas de abajo: "Para la perpetua memoria de la enseñanza que del idioma castellano impartió en este lugar, y por primera vez en el continente, fray Pedro de Gante". Año de 1522.

Adentro, el pequeño altar todo en carcomas, está en la sacristía. Una pareja, luego de orar ante el ara en abandono, se colmaba de caricias. Ellos se creían, embelesados en su romántica pasión, que nadie se daba cuenta de su cuita amorosa. ¡Bendita sea la juventud del alma, no importa la edad de los sentidos!

Del parque franciscano se sale a recorrer los contornos de la ciudad, donde los visitantes echan de menos los monumentos a Hernán Cortés, por lo que significó Texcoco en la reconquista de México.

México, D. F., 1943.

XXXVII

MONTE CARMELO

Estábase en los afanes piadosos de fundar, en pleno yermo de la selva, un convento para los Carmelitas Descalzos. El Prior del de Puebla, fray Juan de Jesús, era el iniciador de la obra.

Por este tiempo llegó el acaudalado español don Melchor de Cuéllar, que tenía en mientes entrar en el monjío de aquella comunidad. Entendido con el Prior, resolvió proteger la fundación, casado que era pero sin hijos.

Buscando el sitio adecuado, dieron con los montes de Santa Fe, a 30 kilómetros de México. Llegaron a la tupida selva dos frailes y un indio de guía. Hallaron el sitio propio para el intento y rodeado de manantiales.

Una vez obtenido el apoyo del Virrey, Marqués de Montesclaros, más el auxiliar monetario del señor Cuéllar, pusieron manos a la obra.

A principios de 1605 los frailes Juan de Jesús, José de la Anunciación y Andrés de San Miguel con los indios necesarios, se internaron en los montes, cordillera del Ajusco.

Construídos los jacales y apercibidos contra las fieras, pobladoras de la intrincada selva, comenzaron la tala de los gigantes pinos. Traída la piedra empezó la talla para las columnas y capiteles.

Pronto llegaron los inconvenientes. Los cabildantes de la capital, cuya jurisdicción tenían sobre el lugar, se oponían, porque los indios necesitaban los árboles para la industria del carbón.

En aquella época, con 340 años atrás de los presentes tiempos, no causaba extrañeza que el mismo Ayuntamiento protegiera la tala de los bosques, protectores del agua. Pero que hoy continúe en la ciudad de México el servicio de las cocinas alimentadas con leños y carbón vegetal, es cosa que causa dolor por lo que ello significa.

Las medidas, de estos últimos años, en favor de las cocinas de gas, de kerosene y de otros combustibles, diferentes del árbol, no han sido suficientes. El negro carbón continúa ardiendo en la gran

mayoría de los hogares. Y hay que tener presente que la ciudad de México cuenta hoy con cerca de millón y medio de habitantes.

También fué contra los frailes que iniciaban las bases de Monte Carmelo, la reclamación del IV Marqués del Valle de Oaxaca, por ser tierras heredadas de Hernán Cortés, el fundador.

Vencidos los inconvenientes, a Fray Andrés de San Miguel, que tenía conocimiento de la arquitectura, se le encomendó la obra. Para 1611 quedó casi terminada.

Como el convento estaba en la cumbre, a 3,220 metros de altura, y todo el perímetro era montaña, se vieron precisados a rodearse de una muralla. Las fieras eran sus continuos enemigos. Cerca de quince kilómetros tuvieron los muros de la defensa, alrededor del monasterio. En algunos puntos se miran estos cimientos todavía.

Sólo una puerta daba entrada en el recinto sagrado. Camino de Cuajimilpa, con una calzada de piedra de tres metros de ancha y sus pretiles a los lados.

El portón por donde se entraba, existe, pues el muro no fué destruído. En el pórtico, una hornacina entre columnitas en relieve. El Santo Patrono fué arrancado de su sitio por los destructores. La crónica habla de una pintura al traspasar los umbrales. Un Carmelita descalzo en crucifixión, sangrando el cuerpo por los cilicios que llevaba en las manos. Sobre la boca el candado del silencio.

Este fresco del terror concuerda con el sótano, que se va a encontrar en el subsuelo del claustro principal.

Pasada la puerta se llega a un patio donde hubo árboles, hoy apenas flores y algunos arbustos. Luego se entra en los corredores que van al claustro. Las celdas de la derecha son escombros.

Llegado el visitante al cuadrilátero mayor que fueron corredores, con sus columnatas en cuadro, se encuentran bloques de columnas y capiteles destrozados. La furia de los bárbaros mexicanos fué contra la piedra. Se ignora, dicen los cronistas de aquel tiempo, por qué el odio de los revolucionarios contra las canterías. El perímetro de este hermoso patio mide 37 metros lineales por lado.

En un ángulo, frente a ermitas en escombros, hay una escalera de piedra que conduce al sótano. Justamente concuerda con un corredor de arriba. Hay que llevar luminarias por lo oscuro. Allí, en ese húmedo pasadizo, era el lugar de los suplicios, según lo reza la pintura que estaba a la entrada del convento. Al terminar el subterráneo sombrío una fuente de agua fría, pues a la altura de 3,220 metros lo es en extremo, como lo comprueban los visitantes.

Los azotados en ese antro debieron ser los mismos carmelitas, pues esta congregación no fué inquisidora. Este oficio de crueldad religiosa, contra la libertad de la creencia que no la había en tierras españolas, lo desempeñaron los hijos de Santo Domingo de Gúzmán en la ciudad de México.

Al contemplar estos sitios del tormento en los anacoretas del Desierto, con sus mismos cuerpos no pecadores, por carencia de toda tentación, se concluye tristemente que el hombre lleva en su organismo un fermento de crueldad. Los muy elevados como los hombres de santidad, se martirizan a sí mismos. Pero los hombres vulgares, como los mandarines de todos los tiempos, degüellan y martirizan a sus compatriotas. Y cuando los mandones se enloquecen por ideas de dominio y poder sobre los demás pueblos, entonces la crueldad se convierte en carnicería. La reciente guerra que promovió Alemania en Europa confirma este aserto. Ampliando este criterio bien se puede concluir con un canto popular que dice:

"al final del cuento
todos somos locos".

Al salir del subterráneo se encuentran de nuevo las altas paredes que son el costado del templo. Al ras del piso una especie de cripta dentro del muro. No quedan señales de lo que contuvo. Luego la cúpula redonda, de piedra con su pintura gris que es la pátina del tiempo, la corona un cimborrio octagonal con sus ocho ventanas. Al extremo, que da al parque de los elegantes pinares alineados, la espadaña con la ausencia de la campana. Que en este Monasterio todo fué completo: destrucción y saqueo.

Como una curiosidad, respetada por la soldadesca, quedaron las cuatro celditas de los cuatro cartujos. Cada una tenía su patio pequeño para el cultivo. Y por la sola puerta se va a uno mayor, donde cultivaban en común las hortalizas.

En la parte posterior de estas ruinas se halla una capillita abierta, especie de humilladero con su pórtico almenado. Todas las gruesas paredes, de cal y canto, dan al fondo del presbiterio alto, con su cúpula y cimborrio.

Los pinares que rodean los escombros, algunos de ellos centenarios, están en ringleras que prestan simetría de arte y de belleza a las poéticas ruinas del convento.

Ermita de fina acústica en el convento de Monte Carmelo. En la portada la pareja García Dávila, sobrinos del autor.

Paredes de la iglesia de Monte Carmelo, destruida por los reformistas y en reciente reconstrucción.

Por entre hileras de estos árboles se llega a una gruta elíptica de gruesas y encaladas paredes y de ancha entrada sin puerta alguna. Arriba del arco una hornacina de ladrillo y argamasa, con enlucidos o pañetes encalados. El abandono ha descascarado las columnas. La imagen que había desapareció. Esta capilla goza del fenómeno de la acústica. Lo que se dice en un rincón en voz baja se escucha en el otro. Acústica diferente a la del "Juego de Pelota" en las ruinas de Chichén-Itzá de Yucatán, que es a campo abierto, de muro a muro.

En Monte Carmelo, que se llama comúnmente en México Desierto de los Leones, hay muchos lugares propicios a coloquios de amor. Allí acuden parejas de novios y de amantes, pero de casados, muy pocos. Porque son bastante escasos los esposos que puedan tomar como propios los versos de un bolero recientemente cantado en Caracas:

"Si quieres que esta unión
tenga ternuras, deseos, devoción
y un gran amor,
debemos darle aspecto de aventura
y no de obligación para los dos.

Así ni tú ni yo nos cansaremos
y a cambio de un placer tendremos tres,
pues con nuestro cariño lograremos
ser esposos y novios
y amantes a la vez".

El Gobierno está reconstruyendo las ruinas, a fin de conservarlas en el mejor estado posible. Es un lugar a donde acuden, en tiempo de las secas de noviembre a junio, los turistas extranjeros que llegan a México.

Se sube por el Paseo de la Reforma, camino de Toluca, y a los 25 kilómetros se cruza a la izquierda y a los solos cinco kilómetros se lleva al vetusto monasterio.

Uno de los mayores beneficios de los Carmelitas Descalzos fué la reunión de los manantiales en los montes del Ajusco, que ellos vigilaban. Que ese acueducto del Desierto, hoy habitado, era de unos 4,400 metros de longitud, sumando los conductos parciales.

La superficie de esos montes de tantos ojos de agua, era de unas 1,500 hectáreas productivas. Además, había unas 30 de terrenos gredosos, donde quizás estaban las ermitas de estos anacoretas. Una de ellas, a 3,890 metros de altura, la mayor de estos contornos.

En este arbolado los cálculos etadísticos dan unas 600 unidades por hectárea, término medio. Los más que abundan son los oyameles y los ocotes resinosos, con sus cinco variedades los últimos.

Al cabo de 200 años les renovaron las antiguas demandas y hubieron de abandonar el claustro. En 1814 lo entregaron al Gobierno de México, y para 1845 el Ayuntamiento heredero del convento, lo convirtió, torpemente, en una fábrica de vidrio.

Los contratistas destruyeron la iglesia, que era una joya artística, para su industria, y como el negocio no dió resultado, quedó al poco tiempo abandonado el ya ruinoso convento.

Luego vinieron los reformistas, célebres en los saqueos de templos, monasterios y capillas. Es que todo el instinto del salvaje que tiene la bestia humana, sale a flor de tierra en cada etapa revolucio-

naria de los pueblos. Las bibliotecas, que eran el tesoro intelectual de aquellos benedictinos, fueron saqueadas unas, incendiadas otras.

Más tarde, a la caída de don Porfirio, aparecieron las hordas de los caudillos que fueron contra las haciendas, como comunistas que eran, y se las apropiaron. Los dueños que lograron salir con vida, huyeron con sus familias y se radicaron en México con lo poco que les quedó.

Por fortuna para estos escombros de Monte Carmelo y otros del país, el gobierno del general Avila Camacho ha empezado su reconstrucción.

La barbarie que se desató contra los Carmelitas Descalzos, trae el recuerdo histórico de lo que hizo Simón Bolívar, a raíz de la batalla campal en el puente de Boyacá.

Narra don Ramón C. Correa, Secretario Perpetuo del Centro de Historia de Tunja, la visita del Libertador a las Carmelitas Descalzas de Leiva, y al efecto publica el siguiente documento: "Cuartel General de Leiva, a 25 de setiembre de 1819. — 9o. Al Señor Vicepresidente de las Provincias Libres de Nueva Granada. He visitado en mi tránsito por esta Villa el Convento de Nuestra Señora del Carmen, y me he informado de la escasez y miseria a que están reducidas estas pobres religiosas por falta de fondos. Para aliviarlas he dispuesto que de la renta de aguardientes de esta Villa se le contribuya mensualmente con cien pesos, entre tanto restablecen sus rentas a un pie que les pueda proveer la subsistencia. Y lo participo a V. E. para su inteligencia y cumplimiento. Dios guarde a V. E. muchos años. — Bolívar".

El Libertador de Colombia protege a las monjitas, y los reformistas mexicanos destruyen las moradas de los frailes civilizadores. Porque las vertientes que ellos llevaron al acueducto del Desierto de los Leones sirvieron, más tarde, para las aguas potables de la ciudad de México.

Cuando el gran poeta José Santos Chocano, cantor de Bolívar, visitó las ruinas de esos anacoretas, pulsó su lira y entusiasmado les cantó:

"Sombras de frailes; ecos de oraciones, hileras — de cirios, procesiones fantásticas; vidrieras — en que estallan, florones de claros regocijos; — luciente, en que, encima de palabras austeras — ponen su amarillento marfil las calaveras — y sus amoratadas carnes los crucifijos....."

.....

Claustros sin columnatas, capillas sin altares, — mudos los campanarios, inmóviles los sillares, — el convento es fatiga y orfandad y abandono; — cruje con la solemne decrepitud de un trono; — y así, parece un cuadro de sepulcros abiertos, — de los cuales un día se escaparan los muertos..."

XXXVIII

HUEJOTZINGO Y CHOLULA

Por una de las mejores carreteras mexicanas se va a la capital del Estado de Puebla, que tiene cerca de 1.200,000 habitantes. La ciudad alrededor de 120,000, y su altura sobre el nivel del mar de 2,150 metros.

El panorama del trayecto es de árboles, cumbres y volcanes; las planicies y los valles son de cultivo y cría de ganado.

A los 19 kilómetros se desvía la ruta a la izquierda, para ir al pueblo de Texcoco. A los 38 kilómetros, se comienza el ascenso hasta llegar a 3,000 metros de altura, pues México está a 2,268. Menos que Bogotá, que se halla a 2,600 metros sobre el mar. Caracas sólo alcanza a 900.

A los 62 kilómetros se encuentra Río Frío, plena cumbre cubierta de pinares, adonde los escolares vienen en días de vacaciones durante el estío. A los 90 kilómetros, ya en la planicie, el pueblo de San Martín Texmelucan, desvío a la izquierda se hace para seguir a la célebre región de Tlaxcala. Se advierte que muchos lugares llevan el nombre español unido al indígena. Esto es lógico en la conquista, pues con las dos razas, la europea y la indígena, se formaron las naciones iberoamericanas, en gran parte.

En este pueblo de Texmelucan, de alguna extensión se visita la iglesia antigua, con su portada de arabescos y columnas, pero de cal y canto. Adentro la capilla de la Dolorosa, y en el crucero molduras doradas, tanto en las paredes como en los techos. La capilla del Sagrario con sus columnas, también doradas. Hay dos torres con sus tres cuerpos cada una, pero de cal y canto.

Luego se conoce el antiguo convento de las Magdalenas, obra de los frailes franciscanos. En el atrio de la capilla las 14 estaciones

del Vía Crucis. Adentro hay retablos de madera maciza, y nichos dorados con imágenes estofadas, que son de un valor artístico no igualado hasta hoy. El convento está destruído.

A los 106 kilómetros, el hermoso convento de Huejotzingo, construído por los franciscanos, como de los primeros. En el cuadriláterо tapiado hay fresnos centenarios. Uno mide 7 metros alrededor del tronco y hermosea el lugar. En cada ángulo, del espacioso atrio, se ve una capilla abierta, que llaman humilladero, donde se doctrinaba al indio. Dos capillitas a los lados del corredor de entrada, servían para oficiar en los días solemnes al aire libre.

Ya en el comedor comienza a sentirse la mano de la barbarie, cuando la Reforma del indio zapoteca, el licenciado don Benito Juárez, inició el ataque a los conventos. ¡Acaso porque éstos le civilizaron, donde jamás hubiera pasado de ser un indito de las cejas del monte de Guelatao, que forman linderos naturales al célebre Valle de Oaxaca!

No quiso saber que la civilización mexicana se debe, en su mayor parte, a las congregaciones religiosas. Trató de olvidar que todos los monumentos de piedra, que hoy son gloria y orgullo de México, fueron la obra exclusiva de los frailes españoles. Porque los monumentos, también de piedra tallada de los aborígenes, estaban en su época, como están muchos todavía, en ruinas y sepultados bajo tierra a manera de montículos que apellidan pirámides.

Los frescos, que adornaban y embellecían las gruesas paredes de los claustros, fueron entapizados con groseros enlucidos. Actualmente se raspan y se ha encontrado, como se ve en las paredes de Huejotzingo, que éstos fueron picados por los albañiles de la Reforma, para que el empañetado, como se dice en el Táchira de Venezuela, agarrara mejor.

El claustro tiene dos cuerpos de arcadas y columnas de piedra redonda, con sus naranjos, que eran simbólicos en los conventos. ¡Acaso costumbre árabe, como se halla en el histórico patio de los naranjos en el Alcázar de Sevilla! El tronco de un naranjo en este convento, mide noventa y dos centímetros, lo que indica que es centenario.

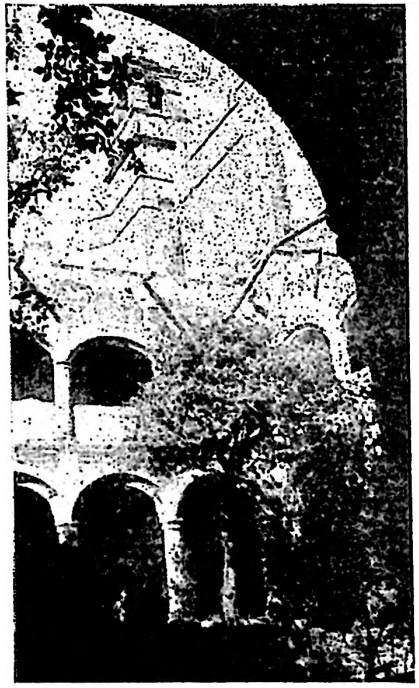
Los techos son de corazón de oyacahuete rojo, y el cuadrado de estas vigas denuncia el grueso de aquellos árboles. Pero una de las cosas que más se admiran en la construcción del convento, es la escalera de la torre que conduce a las cúpulas redondas de la techumbre del templo. Son bloques de piedra labrada, con sus ochenta es-

calones. El eje de esta escalera en espiral y en donde encajan los peldaños, es también de piedra en forma de columna.

Una vez el visitante sobre las cúpulas, que tienen cerca de un metro de espesor, en los días sin nublados se contempla en todo su esplendor los tres volcanes. Al frente el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl y a la espalda, a lo lejos, la Malinche. La fantasía ha tejido poéticas leyendas. Una de ellas dice: el primero era un guerrero que tenía por novia una princesa azteca; y por amante a la Malinche. Los celos pasionales la enloquecieron y de una pedrada dió muerte a la princesa. La piedra del crimen, enorme peñasco, se mira a los pies de la Iztaccíhuatl, que significa la *mujer blanca*. Y como el cadáver, bajo el sudario de nieve que la cubre, está intacto, el pueblo le dice *la mujer dormida*.

El guerrero, al morir, consiguió de los dioses, en premio de su amor, seguir custodiando el cadáver de su amada. Y fué el Popocatépetl, que significa *monte que humea*, como volcán que ha tenido sus erupciones. Es el fuego del cautivo corazón que arde en el pecho del apasionado combatiente.

Portada del convento de Huejotzingo, con la puerta llamada "Porciúncula". Allí los dos hijos del autor.



Claustro con doble arquería en el convento franciscano de Huejotzingo, que sufrió el saqueo reformista.

La Malinche, que fué la amante e intérprete del conquistador Cortés, noble india que le siguió en las guerras de vasallaje, dió el nombre al volcán de la leyenda azteca. En castigo quedó convertida en un nevado, a la vista siempre de la pareja enamorada.

La iglesia, que tiene unos 56 metros de largo por unos 15 de ancho, es de una sola nave que se eleva a 24 metros. Se hace constar que tanto en los conventos como en las iglesias de la nación mexicana, la elegancia en la altura de los techos es característica en todos ellos.

Hoy el convento es un Museo con objetos curiosos de la época y su biblioteca contiene libros con pasta de pergamino, obras de liturgia y de música sagrada. La altura de la meseta, de más de 2,000 metros, conserva los libros intactos. La polilla del trópico no los destruye, como sucede en Venezuela.

El retablo del altar mayor merece toda la atención del visitante, pues contiene catorce estatuas de santos, estilo estofado, que tuvo su origen durante la Colonia en Guatemala. Son de cedro amargo, todo macizo, y una vez tallado se cubre con una tela y sobre ésta una capa de yeso; que luego con hojuela de oro policromada se le da el vestido que le corresponde. Es lo más bello, vistoso y duradero. Estas imágenes, y los centenares que hay en los millares de retablos en México, son de una belleza única y su duración es centenaria. Parece como si acabasen de salir del taller de los artistas españoles, durante la fiebre de producción colonial. La República apenas las conservó, en abandono, y la Revolución pretendió destruirlas, y algunas lo fueron.

En un salón largo que era para la meditación y que se apellida el de *Profundis,* se leen los nombres de los doce franciscanos que llegaron en misión a estos yermos el año de 1524. Fuera de éstos hay los frailes que vinieron con los conquistadores. Los franciscanos de la misión son: Juan de Pablos, Francisco Jiménez, García de Cisneros, Toribio de Benavente, llamado después por los indios *Motolinia,* a causa de su pobreza; Francisco de Soto, Martín de Valencia, Miguel de Jesús, Antonio de Ciudad Rodrigo, Juan de Rivas, Juan Juárez, Luis de Fuensalida y Andrés de Córdoba. Este venía como lego. Tales los primeros zapadores que llegaron a la Nueva España en su noble y heroico empeño de civilizar a los indios, que no eran sino tribus que se destruían y se comían entre sí, y ofrecían víctimas humanas a sus dioses bárbaros.

Afuera, del lado norte, la puerta de la Porciúncula que sólo se abría el 2 de agosto de cada año. Los que pasaban por allí ganaban indulgencias. La puerta del perdón en San Pedro de Roma, que se

abre cada 25 años, concede mayor número de indulgencias a los que logran pasar bajo sus dinteles sagrados.

En la plaza del pueblo, que se formó al calor del Convento, como casi todos los otros pueblos, villas y caseríos, se halla la venta de los sarapes, tejidos de lana de diversos tamaños y colores.

A los 117 kilómetros está Cholula. En todo el distrito, que es una hermosa planicie, estaban diseminadas 365 capillas, que con sus torres y sus cúpulas anunciaban el viviente calendario cristiano donde cada santo tenía la iglesia de su devoción. Caso único en la cristiandad. De las muchas que aún quedan en pie, decorando el panorama, se deduce la belleza del paisaje en los días de los tiempos coloniales, cuando se oficiaba en cada una de las capillas.

Desde hace algunos años se está en las excavaciones de una gran pirámide indígena. Hay varias galerías que hoy se visitan, y allí se ven los escalones para subir al templo. Tienen al descubierto unos cien metros de largo. En una galería, que se sube por gradas estrechas, se encuentran dibujos murales, de color rojo y de grabados simbólicos, de tan firme color que aún se conservan intactos. ¡Acaso fueron pinturas de votivo altar! Por eso una atmósfera saturada de efluvios místico-voluptuosos parece que llena el ámbito de aquel lugar sagrado. ¡Quizás parejas de enamorados acudieran en tiempos ya distantes, ante el ara de sus dioses, implorando piedad para su amor! ¡Que sus cuerpos y sus almas fuesen como el ocote resinoso de sus montes, para que nunca se extinguiera!

Al salir de las excavaciones se sube a una pequeña colina; en un plano de ésta se miran unos cimientos, ya descubiertos de la tierra que los cubría, que eran base de altares. Cerca hay una tumba con dos esqueletos, de piernas encogidas y con las rodillas sobre el pecho. A los lados se ven instrumentos de uso doméstico, que los acompañaban al morir. El cadáver de uno está con la cabeza más levantada. Un tubo de loza parece como si hubiera servido de respiradero. La tumba tiene, en el borde superior externo, tres cráneos de arcilla. El espacio que ocupa es pequeño: 1 metro y 40 centímetros por lado, y 1 metro y 20 centímetros de altura. Otros cadáveres que se encontraron cerca fueron al Museo.

Más arriba de esta especie de necrópolis existe la capilla cristiana de los Remedios. Corona la cumbre del cerro, que es la pirámide indígena. Como en toda la conquista hispana, sobre los templos de los paganos se construían los nuevos templos del culto español. La vista desde la iglesia se extiende por la planicie que constituye la región de Cholula, la de las 365 capillas y capillitas, una para el ofi-

cio de cada día, conforme reza el calendario del martirologio cristiano. Allí, oteando por aquella verdura, apenas se mira un centenar de aquellos joyeles de piedra, que elevan al cielo sus cúpulas sagradas. La imaginación y el pensamiento admiran el desafío perenne, de esos relicarios del culto, a la inclemencia del tiempo y a la incuria y barbarie de los hombres.

Al bajar del cerro, que bien merece el esfuerzo de treparlo, se entra en la Iglesia de las siete naves. Tiene un largo de 52 por 60 metros de ancho. Las siete naves tienen una separación de 7 metros de una a otra. Hay desde luego 49 columnas redondas, de piedra labrada con un diámetro de dos metros. Hay, además, unas cinco capillas de cada lado, lo que da la mayor anchura del templo. Desde el atrio de Los Remedios se han visto las 49 cúpulas del hermoso templo, que corresponden siete para cada nave.

Este ejemplar es único en los millares de capillas y de iglesias, que la cristiandad regó por toda la faz de la Nueva España.

Del pueblo de Cholula se sigue a Puebla donde se llega a los 138 kilómetros. La ciudad es plana, sus calles pavimentadas y su alumbrado, en las calles principales, con gran profusión de luz. Los muchos monumentos y reliquias históricas, de este RELICARIO de México, no permiten describirlos en este solo artículo.

Se advierte que los turistas y visitantes en general, que disponen de poco tiempo, tratan de conocer a Puebla, y lo que se halla en el camino en un solo día. No es posible hacerlo. Sería preciso salir temprano de México, y regularmente se sale tarde. Si los visitantes desean conocer todas las bellezas de Puebla, necesitan por lo menos cuatro días.

México, septiembre de 1943.

XXXIX

MOLINO DE FLORES

A sólo 5 kilómetros al norte de Texcoco, y por una mala carretera, se encuentra este hermoso sitio, cuyo edificio y departamentos son escombros.

Paseo favorito los días feriados, tanto de los vecinos de México como de sus alrededores, por la poesía de las ruinas y la topografía del lugar.

Un arco de mampostería sobre el cual se lee, en letras grandes, "Molino de Flores". Al punto vino a la memoria lo escrito en los escombros del ingenio de beneficiar café, de los hermanos Peñuelas en Rubio de Venezuela. Destrucción del bárbaro Eustoquio Gómez. El letrero decía: UNION, PAZ Y TRABAJO, el lema del Dictador. Que el pueblo de Caracas glosó: UNION, en las cárceles; PAZ, en el cementerio; y TRABAJO, en las carreteras.

Al pasar el arco, las paredes de los dos lados son cascajos donde crecen el cardo y las ortigas. Todavía el empedrado de la entrada está sin escombrar. Pues los dueños de la hacienda, asqueados con la infinita miseria de los hombres, no han querido reconstruir la propiedad.

Al continuar el segundo patio se ven a la derecha las habitaciones de la familia. Dos puertas, sin maderos, dan acceso al interior. Un gran salón con cinco ventanas, también sin hojas y sin marcos. Una escalera de subida peligrosa, por la falta de peldaños, lleva a lo que fué el primer piso. Toda la tablazón de éste fué desclavada y conducida lejos del lugar.

En la pared, al subir los destrozados escalones que eran de madera, se lee lo siguiente: "Habla el molino. — A mi señora la Duquesa de Alburquerque. — Desde hoy tendré, señora, más heridas, — pues tus bellas luces me han mirado, — Terpsícore, mis piedras han llorado".

Es posible que estas sentidas palabras de enamorado trovador, fueron escritas después de la barbarie zapatista.

Desde esos dormitorios de la duquesa se va por un corredor, con sus columnas cuadradas de cal y canto, a una pequeña azotea que conduce al Coro de la capilla familiar. Acaso desde allí asistían los dueños al sacrificio de la misa.

De las molduras del coro en escombros se desprenden fragmentos, uno de éstos conserva el visitante entre sus piezas de museo. Está formado de pedazos de ladrillo y argamasa con su cordón dorado. Las parejas de enamorados se dan cita en este rinconcito, donde su antiguo ambiente místico, que aún flota, convida al idilio amoroso.

En el interior de la capilla todo está destruído. Del hermoso retablo, de madera tallada y maciza, las imágenes del culto desaparecieron de sus hornacinas. Al bajar, por entre fragmentos de trozos de mampostería de los gruesos muros, se sube al sitio del tinacal. No quedaron ni aros ni duelas de las tinas, donde fermentaba el aguamiel para el pulque.

Escombros de la hacienda "Molino de Flores", destruída por el agrarista Zapata. Allí el autor y sus hijos.

Piso escombrado en la misma hacienda. Los hijos del autor y amiguitos mexicanos.

Lejos del industrioso lugar se admira la portada de la capillita que dejaron los saqueadores sin deteriorar. Columnas cuadradas y redondas que enmarcan los dos cuerpos, con su puerta y claraboya, ésta en forma estrellada.

Las rosetas y molduras que adornan la obra de arte la coronan dos torres, de un solo cuerpo con sus ocho columnitas redondas, terminadas en airosos capiteles.

Entre las columnas del segundo cuerpo se miran fragmentos de las imágenes, dejados en sus grutas por los salvajes iconoclastas.

Al despedirse de estos destrozos queda angustiado el espíritu, al contemplar la ingénita barbarie del hombre que rompe como el niño, por el solo placer morboso de la destrucción.

Se recorre en seguida la parte exterior del edificio, llena de poesía agreste, donde se halla la capilla y panteón de la familia.

A unos cuantos metros, en el fondo de la mansión ruinosa, se atraviesa un puente de madera sobre un río que corre impetuoso, saltando de piedra en piedra que cubre con su blanca espuma.

Cuentan que en épocas de lluvias el ruido es tan ensordecedor que aturde, por lo encajonado de su cauce.

Pasando el puente se entra en artística capilla, pues el Cristo, que allí se venera, está pintado en la roca en medio de las dos Marías. Lo circundan sarapes formados de ex votos, como los que lucen en la sacristía de la suntuosa basílica dedicada a la Virgen de Guadalupe, la Patrona de América. La fachada es de una elegante sencillez por sus molduras. A cada lado de la puerta dos pares de pilastras redondas, estilo jónico, y en medio imágenes en sus hornacinas. En el segundo cuerpo, en el centro de la claraboya estrellada, un Cristo rodeado de ocho pequeños bustos de santos, en sus medallones de altorrelieves.

En medio de columnas salomónicas y pareadas, dos pequeños nichos superpuestos en sus figuras intactas. Arriba tres espadañas de donde penden las campanas, que llaman todavía a la oración. El viajero que viene del escombrado edificio, se admira de encontrar sin descalabros la capillita del Cristo.

Quizás obedece a que allí acudían los vecinos de la hacienda, que probablemente se unieron a las turbas saqueadoras de Zapata.

Forma parte de la iglesita el panteón, que se recuesta en la roca viva que le sirve de pared. La entrada por tres puertas de rejas, fierro fundido y labrado. Arriba, el escudo de los fundadores. Las tumbas resguardadas por las rocosas peñas, tienen al pie el torrentoso río.

Toda esta agreste belleza, no obstante contener los sepulcros de nobles titulares de México, fué respetada por los destructores.

Al entrar, en una lápida se lee: Joaquina Estamillo de Cervantes, con esta inscripción: "Mientras anime tu infeliz esposo, — Mientras calor vital tengan tus hijos, — Aquí, en su dolor eterno, siempre fijos, — Sólo en llorarte buscarán reposo".

Luego otra: "Restos del general José María Gómez de Cervantes y Velasco. Fué el duodécimo Conde de Santiago de Calimaya; Marqués de Salinas del Río Pisuegra. Miembro de la Junta que declaró la Independencia de México en 1821 y Consejero de Estado. Murió en 1856. El año de 1894 trajeron sus restos a este panteón".

Cerca hay un púlpito de piedra tallada y luego un mausoleo de mármol "A la memoria del Excmo. Sr. Dn. Miguel Jerónimo Gómez de Peralta, Marqués de Salvatierra. Firmó el Acta de la Independencia y llevó la Orden Imperial de Guadalupe que fundó Iturbide; y fué Gral. de Brigada. Nació en México, en 1789 y murió allí en 1864".

En otro lugar se mira un escudo en relieve de mármol, y en sus dos cuarteles un caballo y una yegua, emblema del noble caballero Gonzalo Gómez de Cervantes, y de la noble dama doña Catalina Tapia Carvajal. Parece que ésta fué la fundadora de la hacienda "Molino de Flores", hoy en escombros y rastrojos.

Su hijo Iván Cervantes Cassaux, que fué Caballero de la Orden de Santiago, heredó en 1670 la fundación de sus genitores.

Cuando un extranjero, evocador del pasado a través de los dolientes escombros, visita las poéticas ruinas de este "Rincón Mexicano", sufre al contemplarlas. Y a tiempo de alejarse, deja caer una lágrima sobre lo que fué enantes riqueza y alegría.

El escritor mexicano, Pbro. José Castillo y Piña, que acompañaba al suscrito en junio de 1944, contaba que Zapata fué el guerrillero comunista que más haciendas de cañas destrozó. Se le conoce por antonomasia como el "Destructor de Ingenios".

¿Y en Venezuela qué narran las historias sobre estos motivos? Durante la dictadura el bárbaro Eustoquio Gómez, además de los ingenios de beneficiar café, arrasó el pueblo de Pregonero, saqueando e incendiando las casas y llevando a sus vecinos al Castillo.

Años después tocó el mando de Venezuela al ministro de Guerra y Marina, surgido del seno del Gabinete conforme al precepto constitucional.

En el tomo X, pág. 462 de la "Historia de América" publicada en Buenos Aires bajo la dirección del doctor Ricardo Levene, dice el suscrito: "El general López Contreras se inició contra la dictadura tolerando el saqueo de casas de habitación de ministros, deudos y amigos de Gómez. Error político que dañó el espíritu del pueblo".

México, D. F., 1944.

XL

EL PARICUTIN

En tierras del agricultor Dionisio Pulido, llamadas Quitzocho, en las cercanías del caserío Paricutín, perteneciente a San Juan Parangaricutiro, cabecera de Municipio, hizo erupción el volcán de ese nombre.

El 22 de febrero de 1943 araba en su campo para la siembra de la milpa, cuando le sorprendió el calor que allí había. Como éste au-

mentaba se retiró a su jacal lleno de susto. Los vecinos se alarmaron. En la madrugada del 23 se sintieron varios temblores y luego, con el más fuerte, vino la explosión del volcán. Como las casas son de madera con techo de tejamanil, especie de listones delgados, en todos los contornos de Quitzocho no sucedió terremoto alguno.

El vecindario, lleno de pavor, huyó al pueblo inmediato de Parangaricutiro, y allí se refugió. Pasados algunos días volvieron a sus jacales.

Desde el día 23 el espectáculo fué soberbio. Una romería empezó a visitarlo. Cerca de Uruapan se arregló un primitivo camino para los carros, en un trayecto de unos 30 kilómetros, hasta la planicie del nuevo volcán.

Desde la ciudad de México, por la carretera de Guadalajara, se llega a Carapan, a 430 kilómetros. Luego se desvía a la izquierda, y en ruta de 72 se va a Uruapan. Los 502 kilómetros son asfaltados. Pero de Uruapan al volcán hay que ir en camiones de carga, sentados sobre unos tablones angostos y agarrados a unos mecates y a la intemperie. No se puede ir en los autos particulares, porque el camino improvisado que lleva al volcán es sólo para recuas.

En tres horas se recorren los 30 kilómetros de Uruapan al Paricutín. Antes de llegar comienza a divisarse el penacho permanente de humo y a verse, si es de noche, los resplandores de la fulgurante lava del incendio que vomita el cráter.

Una vez frente al grandioso espectáculo, manifestación al rojo vivo de las fuerzas interiores de la tierra, se escucha un rumor sordo, atronador, que precede al turbión de lavas ígneas y pétreas, que en forma de un ramillete sube hasta un centenar de metros. Arriba se abre en forma de abanico luminoso y cae como flores de incendio. La brillantez alumbra la noche de roja intensidad en el ámbito del coloso de fuego.

Estas erupciones suben por tres bocas, y a veces se confunden entre sí. Entonces los tres ramilletes de flores enrojecidas, amarillas y casi blancas, forman un solo y gigantesco abanico que, cayendo a las tres cumbres, de las tres pirámides, ruedan como una pedrería celeste. El ruido que se acompaña es sonoro y retumba alrededor de aquel brillante anfiteatro.

Las erupciones son sucesivas. Este juego de luces, como si fuesen de Bengala en las fiestas patrias, sólo tiene intervalos de segundos. Delante de las tres bocas, y de sus respectivas pirámides de lava ya petrificada, hay una muralla, especie de colina formada toda ella con las piedras que vomita el monstruo.

De pronto el espectador, sorprendido, ve rodar por la falda de aquélla una bola de fuego. Se acerca, sin temor, y reconoce es una piedra incandescente. Algunas tienen hendiduras, y adentro el fuego es brillante y blanco. Alborozado por lo inusitado de la visión, la contempla hasta que lentamente se va enfriando. Pero en algunas de estas piedras el fuego se conserva hasta por mucho tiempo.

Como toda ignición produce cenizas, éstas caen sin interrupción en todo el espacio de aquella soberbia escena dantesca. Ni el panorama, ni el estruendo aterrador, que anuncia la ascensión luminosa de la incesante lava, cansa la atención de quien contempla semejante espectáculo.

Nada puede compararse con la magnificencia que despliega la erupción del Paricutín, al vomitar el fuego de las entrañas del planeta. ¡Es imponente, aterrador y fiero!

Quien tenga la fortuna de contemplar entusiasmado en una noche el incendio del volcán, tendrá para narrar a sus nietos, en las noches frías de su vejez, el grandioso fenómeno del Paricutín.

Penacho oscuro de humo en el Paricutín de México.

El autor sobre un promontorio de lava, cubierto por la arena volcánica del Paricutín

Hasta el presente el volcán ha tenido tres fases. La primera empezó el lunes 23 de febrero, en la madrugada, y duró, en la forma ya descrita y tal como la admiró el suscrito y su familia, en la noche del 14 de marzo siguiente. Que en la madrugada del 15 cambió las bellezas de sus abanicos de fuego, por lluvia de cenizas, cada vez más molestas y perjudiciales. Estas cayeron por primera vez en Uruapan, que dista unos 30 kilómetros al sur.

La segunda fase trajo días nublados y llenó los campos labrantíos de una gruesa capa de cenizas metálicas, causando graves daños a la agricultura. La fragua de aquéllas deja un polvo más sutil, que estuvo cayendo sucesivamente en varios poblados. Hasta en la ciudad de México, que dista unos 500 kilómetros, cayó durante algunos días.

El 18 de abril, domingo de Ramos, cesó la molestia de esa lluvia y volvió de nuevo a su primera etapa. Fuego y lava en noches despejadas y luminosas. Fuertes temblores anunciaron la mudanza del escenario. De las tres bocas que había antes sólo vomita, su incesante lava, por una sola. Es lógico que la muralla que existía para el 14 de marzo haya crecido enormemente.

Para visitarlo se ha dificultado más, a causa de que las cenizas llenan las cercanías del volcán. El camión llega a San Juan Parangaricutiro, unas dos horas por mal camino, y luego una hora a caballo para ir al Paricutín.

Bien hicieron los que lograron conocer el espectáculo más grandioso de la naturaleza. Que allá, frente al penacho luminoso y escuchando el ruido atronador, las parejas de enamorados se perdían entre los pinares aún en pie.

Con algunos intervalos de calma, en las cuales sólo el penacho de humo daba manifestaciones de vida, el volcán ha vuelto a tronar y a vomitar su lava de piedras incandescentes.

Esta actividad ha comenzado en pleno incendio, como en febrero de 1943, en marzo de 1946. En todo este año no ha tenido días apagados. Que cuando no aumenta sus montañas de piedra, iluminando en las noches con el resplandor de sus erupciones todos sus contornos hasta San Juan Parangaricutiro, las lluvias de cenizas cubren sus campos y caseríos.

Todavía en diciembre del 46, según dice "La Opinión" de Los Angeles, el volcán continúa su actividad de montaña en erupción. ¡Y son ya cuatro años que este "Encédalo", el gigante encadenado de que habla Virgilio, se remueve aún en el fondo del nuevo Etna de Michoacán, en México!

¡Americanos del Norte, cuando visitéis al gran país de los antiguos aztecas, no perdáis la ocasión de conocer el fenómeno más portentoso de la naturaleza: EL PARICUTIN de los tarascos!

Del historial de los varios volcanes que han hecho explosión en las privilegiadas tierras de este país, no puede deducirse nada que tenga visos de verdad científica. El más semejante es el Jorullo. Hizo su erupción el 29 de septiembre de 1759, en la hacienda de don José Andrés Pimentel, a unos 50 kilómetros de Pátzcuaro. Los temblores lo anunciaron en aquella región, desde junio de dicho año, y cuando hizo explosión fué con lava fangosa y llena de azufre. Por muchos días con sus noches las cenizas cubrieron los campos y caseríos.

Todos aquellos sitios, especie de planicie con sus ondulaciones y montes alrededor de la hacienda, quedaron sepultados por la sucia lava que vomitaron las entrañas removidas de la tierra.

De los varios estudios que se han publicado acerca del Jorullo se toman los datos siguientes, que dan una idea de aquella gigante erupción, que dicen fué de corto tiempo. La superficie es de 3,000 metros de larga por 2,800 de ancha, o sea un poco más de ocho kilómetros cuadrados que se quedaron, para siempre cubiertos de lava petrificada.

La erupción se hizo por cuatro bocas que pertenecen al Jorullo, propiamente dicho, y a tres volcancitos. Su eje mayor mide 520 metros y el menor 385. La altura de la pirámide que formó el cráter es de 132 metros. Esta medida se hace sobre la corteza, de lava petribicada, que cayó sobre el plano de la hacienda, que el fondo de dicho cráter es de 1,171 metros.

Las otras tres bocas pertenecen a "Tres Volcancitos", que acompañaron al principal en su tarea devastadora. Se elevan, desde la planta de siembra de los antiguos frutos hasta sus respectivos conos, a más de mil metros cada uno. Estas solas dimensiones, sin comentarios, dan una idea cabal del espesor de la corteza de lava que cubrió, en 1759, la hacienda de don José Pimentel.

Los Angeles, California, enero de 1947.

XLI

PARQUE DE NETZAHUALCOYOTL

Camino de Texcoco, y a unos diez kilómetros de México, se encuentra, a mano izquierda, los "Baños del Peñón". Sus aguas, un tanto salinas, tienen 46 grados centígrados de temperatura. Precisa mezclarlas con agua fría para atemperarlas conforme a las indicaciones médicas.

Se recomienda para todos los dolores del artritismo. Las formas agudas que ocasiona el ácido úrico apenas reciben alivio.

Al presente hay unas 27 piscinas de inmersión; cada pieza tiene la comodidad de una camita para el descanso del paciente. Un largo corredor da acceso a las casillas. El agua se extrae por medio de una bomba del fondo del subsuelo. Que no brota de las peñas como en el balneario de San José Purúa, sino de abajo, como los dos grandes borbotones de Ixtapan de la Sal.

Fué durante el mando de don Porfirio, que llevó a los mexicanos orden y tranquilidad con su gobierno férreo, cuando los antiguos "Baños del Peñón" tuvieron esta comodidad. Los aztecas usaban de sus aguas medicinales, pero silvestremente, al aire libre, como están todavía las fuentes milagrosas de Aguascalientes.

Los gobiernos de López Contreras y de Medina Angarita, conocedores de la región, no quisieron ocuparse de aquellas fuentes de salud y de prosperidad del Táchira, su terruño venezolano.

El suscrito le envió al primero, desde Bogotá, en 1937, el estudio que hizo de las "Aguas Calientes" de Ureña, para la construcción de un balneario. Que si él no lo realizó, ha podido indicarlo a quien lo sucedió en el mando.

Las aguas del Peñón mexicano llevan ya tres vertederos, pues los dos anteriores se agotaron. Este lugar fué teatro de luchas encarnizadas durante la conquista. Los indios se defendieron con valor y habilidad contra los soldados de Cortés.

A cinco kilómetros más adelante se halla la "Alberca Olímpica", inaugurada en 1936. Allí se practican otros deportes, como el frontón, tennis, básquetbol, patinaje y columpios para niños. La piscina tiene cincuenta metros de largo por dieciocho de ancho. La temperatura es uniforme, de 36 grados centígrados. Como los días feriados concurren centenares de bañistas de la capital, hay más de doscientas casillas para desnudarse.

Se completan estas diversiones con un gran salón para danzar y su respectivo restaurante. Otra de las conquistas, durante el gobierno de Avila Camacho, son los baños públicos, la mayoría termales, que encuentra el turista por todas partes. Se recuerda una vez más que Venezuela en este asunto, no le debe nada ni a López Contreras ni a su colega Medina Angarita. Ni baños termales, ni playas artificiales en el peligroso litoral de Macuto, dejaron estos dos gobernantes andinos. El dictador Gómez siquiera dejó las termas de San Juan de los Morros.

Se enriquecen las vertientes de la "Alberca Olímpica" con otra llamada "Cúnex", que se utiliza como agua medicinal. Es rica en fosfatos, calcio, magnesio y otros minerales con sus aplicaciones terapéuticas.

Luego se perfila el pueblo de Santa Marta y detrás la serranía que lo respalda, el de Santa Catarina. Allí asoma el "Cerro de los Escudos", porque los aztecas fabricaban de sus canteras las rodelas de combate. Continúan las cumbres de la Caldera. Chinanguahe y la Estrella, o sea el Citlaltépetl. Denominado así porque desde esa eminencia anunciaban los indios, por medio de fogatas, la llegada de la Primavera.

El convento de los padres Camilos, hoy Escuela de Agricultura, lleva el nombre de Chapingo. Los reformistas del *indito de Guelatao, don Benito Juárez,* saquearon todos los bienes, destruyeron el convento, y aventaron los libros de su rica biblioteca.

En la Colonia los conventos eran los semilleros de cultura y civilización cristiana. Y hubo monasterios en todos los rincones de la Nueva España.

A los cincuenta kilómetros se atraviesa por la calle principal de Texcoco y a los cinco más adelante se entra en el parque de los Ahuehuetes, cerca de los antiguos jardines y baños de Netzahualcóyotl.

Según las crónicas de la conquista, este rey fué legislador, poeta y guerrero. Dejó ordenanzas útiles que penaban con severidad a los borrachos y a los ladrones. Sus leyes fueron adaptadas no sólo en Texcoco, su patria, sino en Tenochtitlán y Tlacopan, que constituían la triple alianza de los aztecas.

Reinó de 1431 a 1472, y en tanto envejecía se alejaba más y más de las cosas de la vida que llamaba en sus poesías, como el Salomón de los judíos, vanidad de vanidades. Heredó el señorío de su hijo Netzahualpilli, que en guerra con sus vecinos sólo logró, menguado en los combates, perder una gran parte del territorio que no supo conservar.

Tronco de un ahuehuete cinco veces centenario. Parque Netzahualcóyotl. Allí los esposos Dávilas.

Otro ahuehuete del mismo parque, ahuecado en trípode por una centella que lo hirió. El autor con amigos mexicanos.

El gigantesco parque donde aún quedan en pie trescientos ahuehuetes o sabinos, embellecen la región, distante unos 55 kilómetros de México. Es un cuadrilátero de 200 metros por cien. Contados fueron uno a uno por el suscrito. Hubo 120 a un lado, el más tupido. En los tres restantes están enrarecidas las hileras y dan el total de 300, no obstante el abandono secular.

Los troncos han engruesado tanto, que al juntarse unos con otros forman como si fuese un solo árbol. Hasta cuatro se han juntado. Semejan paredes vivientes con su techumbre en frondas de gajos, de ramas y de hojas. Algunos troncos aislados miden hasta catorce metros.

Este parque abarca una extensión de más de veinte mil metros cuadrados, y como belleza forestal merece ser conocido por turistas y amantes de la naturaleza que visitan a México. Algunos tienen protuberancias que deforman su corteza. Semejantes a los tumores del

Cohihue, en los montes que rodean al Nahuel Huapy, el lago más grande y caprichoso de Argentina, en la frontera de Chile.

De tales excrecencias fabrican los nativos objetos de arte, que son recuerdos gratos de los viajeros que atraviesan los lagos argentinos y chilenos.

Entre los trescientos ahuehuetes, alineados en las cuatro ringleras que forman el cuadrado del parque, se observan dos que están ahuecados. Y hoy son grutas de madera donde se refugian los enamorados para contarse, en voz baja y temblorosa, sus cuitas y coloquios. Las formó la chispa eléctrica durante una tempestad que, cayendo sobre la elevada copa, calcinó el corazón del árbol.

Se cuenta que en ese parque fueron sembrados otros árboles, arbustos y flores de la meseta del Anáhuac. Hoy apenas quedan uno que otro que hacen compañía a los gigantes que sombrean el hermoso rincón mexicano. El Tapoyán, árbol pequeño, tiene sus hojas lanceoladas y de dos colores, uno verde y blancuzco y felpudo el otro. Diversos pinos embellecen con su verdor perenne las avenidas. El terreno mantiene agua en el subsuelo porque el ahuehuete, como el sauce, necesita mucha humedad en las raíces. Son plantas sedientas.

De los baños apenas quedan restos, pues el abandono secular acabó con ellos. El gobierno actual comienza a cuidar esa arboleda indiana, que es un adorno de aquella región.

Este bosque de gigantes trae el recuerdo de la "Avenida Roosevelt", formada por dos hileras de laureles de la India, donde cada calle tiene 60 árboles. El ancho de la avenida con su túnel vegetal, es de seis metros; y la distancia de un laurel a otro es de diez. La longitud de toda ella mide 600 metros.

Una vez atravesada se llega a una escalinata, y al subir sus cien y más gradas se encuentra el viajero en una amplia plataforma. Esta pertenece al soberbio edificio de la Administración del Canal de Panamá. Desde allí por sobre la frondosa copa de los laureles, se divisa el hermoso paisaje de las antiguas tierras colombianas.

¡Plague a los dioses que manos arboricidas no lleguen nunca a dejar caer el hacha del leñador, ni sobre los troncos de los ahuehuetes de Texcoco, ni sobre los frondosos laureles del Canal de Panamá!

México, D. F., 1944.

XLII

IXTAPAN DE LA SAL

Dista de la ciudad de México unos 140 kilómetros con rumbo a Toluca, la capital del Estado de México. Al llegar el auto al pueblo de Lerma se toma a la izquierda. Este primer trozo es por carretera asfaltada y tiene unos 59 kilómetros.

Se continúa por camino de tierra un trayecto de 45 kilómetros, hasta Tenancingo, y luego una recorrida de 36 por vía de las peores de la nación. Comparable sólo a la célebre cuesta llamada "La Conora" que hay en Guatemala rumbo a la frontera de El Salvador. Allá los carros viajan por sobre piedras y pendientes peligrosas.

Por noviembre de 1943 se recorrían estos 140 kilómetros en más de seis horas, cosa que en buena carretera se hace en la mitad del tiempo. En ese año ya estaba trazada la vía asfaltada, que a la fecha está tan mala como antes. Que el gobierno de Avila Camacho no puso empeño en este ramal de su administración.

Y en el presente caso es vital. Porque la virtud curativa de las aguas de Ixtapan, bien merece ese servicio a los dolientes que buscan el alivio a sus dolores en aquel rincón mexicano.

Luego de pasar por Lerma se llega al pueblo de Metepec, que es grande, con sus casas de tejas, calles de tierra y su mercado el día lunes. Bien surtido de granos, legumbres y frutas, como en casi todos los mercados de México. En los poblados que encuentra el viajero que el día lunes es de mercado, recuerda al punto el de su parroquia en los Capachos del Táchira. Nombre sonoro y único, pues este apellido hispano, sólo quedó en ese picacho de los cerros andinos. Donde el nativo templa su carácter en los ventisqueros. Que lo diga Cipriano Castro, deudo del suscrito.

La capilla de Metepec, con sus 60 escalones para subir al atrio, tiene su fachada de piedra roja y junturas blancas. Dos pequeñas torres y cúpula octagonal. El panorama que se despliega, es de hermosa perspectiva. A lo lejos, la planicie y el cultivo de sus milpas.

Hay otra iglesia, la Parroquia, más grande que la anterior. Sus torres y cúpula dominan todo el paisaje.

En el trayecto se atraviesan pueblitos como San Lucas, Mexicalt-

zingo, San Andrés y otros más. Sus casas son de adobes y de tejas. Pero el polvo molesta a los viajeros.

En Tenango del Valle la Plaza Mayor tiene sus portales, o corredores, tan útiles para los mercados públicos. Aquí la iglesia ostenta sus columnas, molduras y hornacinas con sus santos, todo de cantera rosada. Para la fecha citada ya lucía su belleza natural la talla de las piedras, raspados los pañetes o enlucidos, de los ignorantes reformistas del indito de Guelatao.

En la puerta de madera, tallada también, se admiran pequeñas imágenes de altorrelieve, que hacen juego artístico con las otras en sus nichos.

Aquí empieza el acercamiento de los cerros, disminuyendo así la extensión de la planicie. Las milpas alternan con la siembra del trigo. La vía encajonada muestra abajo, en la hondonada, un riachuelo. Los ocotes picados en sus troncos por los indígenas, para la industria de las astillas que sirven de lumbre, ocasionan la muerte del pino más resinoso de aquellos montes.

Cada vez que el viajero tropieza en los caminos mexicanos con los ocotes astillados, recuerda la frase de Rosa Claps, al leer sus "Jaculatorias": "Su libro es como usted, como su obra, como su vida misma, leño de resina olorosa siempre encendido".

Ayer, al remover las cenizas de su biblioteca incendiada en la "Quinta Dávila" de "Caracas Country Club", halló unos fragmentos del poema de Rosa Claps. Es un canto a los hombres fuertes donde se asienta el ánimo. Seguramente que en este canto no se incluía el alma cobarde del inquilino Dr. C. Parra Pérez.

Habla de la tragedia de la guerra europea:

"Y en esa humareda
del siniestro infierno
que así manejaban
las fieras humanas,
vi el horrendo cuadro
de cómo morían
tantos nobles hombres
envueltos en llamas,
por la red funesta
de la cobardía".

. . . . . .

¡Hermanos!... Hermanos!...
Alta la cabeza
que la vida es nuestra.
Llegan por el llano
en veloz carrera
aquellos que intuyen
la vida de todos".
.....
"Hermanos del cielo,
hombres en la tierra,
que triunfan surgiendo
con el alma limpia".

Lo demás del poema fué quemado en el incendio.

Se continúa la ruta, que es mala, y se entra en Tenancingo, pueblo importante. Tiene dos industrias, una de vinos de todas las frutas de la región, y otra de rebozos y tejidos de colores, todos de hilo.

Sus calles angostas y empedradas van algunas, en ascenso, a las faldas de la serranía sobre la cual se recuesta la población. Como figura de pesebre, una pequeña iglesia asoma arriba entre los árboles que sombrean la ceja del monte.

Al final de una calle pendiente, empedrada, queda la iglesia del Calvario, en sitio, por lo poético, frecuentado por los vecinos del lugar.

La arboleda de la Plaza Mayor es de fresnos seculares, altos y frondosos. Uno de ellos mide en su tronco cerca de cuatro metros.

La Parroquia, que es el templo más antiguo, en su atrio se alzan muchos árboles y algunos miden hasta 5 metros de gruesos,

Al dejar este lugar se comienza el trayecto peor de la jornada. Se baja a zanjones y se suben pendientes con piedras rodantes. En toda la vía corre el agua de los vertederos, que reunidos en presa serían útiles para el cultivo. Hoy se pierden y perjudican el piso.

Al fin después de fuertes y prolongadas sacudidas, el viajero descansa en uno de los varios hoteles de Ixtapan de la Sal. Este nombre significa en el dialecto otomí *sobre la sal*, es decir, de *donde se saca la sal*.

Es de suponer que con el término de la carretera asfaltada, que empezó hace dos años, habrá buenos y cómodos hoteles. Lo que antes era como la carretera, que sólo se podía transitar en carros viejos de los que llaman en México *carcachas*.

El antiguo pueblo es grande, un poco distante del balneario. En la Plaza Mayor es el mercado, los domingos, y da al costado de la iglesia del Perdón. Este mercadito es bastante pobre, a causa de la esterilidad de las tierras vecinas por el salitre que contienen.

Lo importante de la región son los baños. Desde antiguos tiempos son visitados por los pacientes. Dada la riqueza de sus aguas minerales, toda la gama del artritismo hasta la gota aguda, la hipertensión arterial, nefritis, anemia, fatigas y agotamientos reciben alivio y algunas veces la curación.

Hay un barro jabonoso de gran eficacia curativa en las enfermedades de la piel. Lo mismo que en los esguinces, dislocaciones y torceduras de las articulaciones.

El balneario lo constituyen tres albercas, la grande mide 10 metros por 30, con una temperatura de 37 grados centígrados. Las dos pequeñas, no son hondas, reciben directamente y por separado, cada una un borbollón a 40 grados. Miden apenas cinco metros por diez.

Vista del balneario de Ixtapan de la Sal, al pie de una colina.

"Laguna Verde", rodeada de árboles, en Ixtapan de la Sal. Semeja el cráter de un volcán.

Se recomienda no recibir el golpe del borbollón más de tres minutos, aunque algunos abusan por la falta de facultativo. El baño en general no debe pasar de 30 minutos, que lo más de este tiempo sobra. Y sólo dos baños al día con intervalo de cuatro horas por lo menos; y nunca después de las comidas. Que bañarse, montar en silla o en pelo, sacar cuentas y leer conviene hacerlo siempre ayuno.

En las condiciones de las albercas, de aquel entonces, era propicio coger resfriados, en especial en la hora de la tarde, que ventea con frecuencia. Precisa cubrirse el bañista, al salir de la piscina, con su toalla. Y una vez en la casilla, un tanto rústica, permanecer varios minutos.

Que si la carretera ya llegó al balneario, tanto éste como los hoteles han cambiado. Es el resultado efectivo de ellas. Los pueblos se benefician en seguida. Por eso los gobernantes que al presente descuidan la buena vialidad, cometen un grave error en su administración.

El modelo de los balnearios lo tienen los mexicanos en el de San José Purúa. ¡Cuánto ganarían las "Aguas Calientes" de Ureña, en el rincón pintoresco del Táchira, frontero al Departamento Norte de Santander, con un balneario semejante!

El suscrito, que se benefició, hace más de 45 años, con la virtud medicinal de esas aguas milagrosas, ha tratado en varias ocasiones sobre la construcción de un balneario allá. En la época del dictador Gómez habló con dos ministros condueños de las tierras donde brotan esas aguas.

Eran a la sazón, como ministros del gobierno andino, poderosos en todo. Pero no se logró nada. Parece que a los hijos del Táchira no les ha importado nada la urbanización de esos silvestres montes de "Aguas Calientes" de Ureña.

Los dos borbotones que surten de agua las albercas de Ixtapan de la Sal, contienen la enorme cantidad de unos 70 metros cúbicos en una hora. La suficiente para contener en constante renovación las tres piscinas. De las 60 y más aguas minerales de la nación mexicana, en explotación, parece que es la más abundante.

En una peña, cerca de los baños, hay unas vetas del barro jabonoso que se aplica a la piel.

Y a unos 500 metros distante otra vertiente, llamada "Laguna Verde" por el color de sus aguas. Como está rodeada de un bosquecillo, en una pequeña meseta, sirve de citas a las parejas de enamorados que visitan el idílico lugar.

La extensión de aquélla es de unos 50 metros por 40. Es elíptica la superficie lacustre. Semeja agua estancada, pero brota en el centro y tiene su salida allí mismo. Las aguas verduzcas sirven para la cura de úlceras rebeldes. Los que entran en ellas deben hacerlo con tiento porque es profunda.

El balneario de estas ricas aguas está a 1,800 metros sobre el mar, y se encuentra rodeado de pequeñas colinas.

Se visitan los pueblecitos comarcanos a caballo, por los caminos de recuas. En el de Tecomatepec abundan los hornos, de pequeñas alfarerías, para vasijas y utensilios alcoholados. El de Tonatico se distingue por su iglesia y la industria de sal. Nuestra Señora de Tonatico es asaz miraculosa, lo atestiguan los centenares de ex votos que cuelgan de las paredes a la entrada del templo.

Esto recuerda los millares de ofrendas que hay en la sacristía de San Juan de los Lagos. En la Colegiata de la Virgencita esos dones irradian luz y esplendor, para el sufriente que confía en la fuerza de su fe.

Cada ex voto, de los muchos que adornan los templos mexicanos, es un aliento a su esperanza y un consuelo al martirio de sus dolencias.

Caracas, noviembre de 1945.

XLIII

SAN LUIS POTOSI

Es uno de los lugares que el hombre de letras y el turista deben conocer, dada la suntuosidad de sus edificios coloniales. Dejando las vías férreas por incómodas, peligrosas y mal atendidas, se llega por dos carreteras asfaltadas. La de Laredo, que a la altura del kilómetro 542 de México, se cruza a la izquierda, en Antiguo Morelos hasta San Luis, y la que viene por el camino de Guadalajara.

A 32 kilómetros el viajero se desvía a la derecha para visitar el "Salto Verde", llamado así a causa del color de sus aguas. Antiguamente tenía el nombre huasteco de *Tanloquen*. Es una de las bellezas naturales que deleita la vista de quien la contempla.

La caída, o catarata, tiene unos 15 metros de altura por cerca de 20 de ancho. Debe visitarse en las horas de la mañana, con sol despejado, para que los rayos al romperse en las brisas de las ondas al caer, produzcan el arco iris. Esto da al paisaje agreste y selváti-

co, un aspecto encantador. Es sensible que los 11 kilómetros que dista de la carretera asfaltada sean rompedores de llantas. Y también que el sitio del Salto, que pertenece al Estado de Tamaulipas, esté en pleno abandono.

La población, que es un centro comercial desde que se fundó, lleva el nombre de San Luis Potosí por el virrey don Luis de Velasco y por la riqueza de sus minas, semejante al Potosí peruano. Sus calles están embaldosadas con adoquines de piedras aplanadas, pero son angostas, de banquetas anchas y con la molestia de los postes. Las carreteras llevan cada día mayor número de automóviles.

Entre los edificios que atraen al turista, se encuentra el Palacio de Gobierno. Se cuenta que el visitador don José Gálvez ordenó su construcción en 1770, la cual se terminó en 1816. El intendente Calleja, más tarde virrey de México, fué el primero que lo habitó. Luego sucedieron el coronel Agustín de Iturbide, en 1815, que el 22 fué coronado emperador; en diciembre de 1835 llegó el general Antonio López de Santa Anna, que iba a someter a los separatistas texanos. San Luis lo auxilió con 1,500 reclutas y dineros, y logró reunir 6,000 soldados. Mas sólo alcanzó el 21 de abril de 1836 en San Jacinto, cerca de Gálveston, en Texas, dejar destruir tristemente 1,200 soldados por 800 de Houston, y caer prisionero. Santa Anna ni siquiera tuvo tiempo de combatir. En ese malhadado desastre perdió México el Estado de Texas.

El Presidente Anastasio Bustamante, estuvo en 1839; los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, en los años de 1855 y 1866, respectivamente. Santos Degollado en 1859 envió, desde el histórico San Luis las leyes de Reforma de Juárez, para destruir lo que él no supo construir. Este se refugió en dos ocasiones, huyendo de los lugares donde se combatía, y la declaró capital de la República en 1863 y 1867. En mayo de este año, en el salón de recibo escuchó la súplica de la princesa Inés Salm-Salm, que le imploró de hinojos la vida del emperador Maximiliano. Venía éste de caer prisionero en Querétaro, a causa de la traición del coronel Miguel López, según narran escritores mexicanos.

Es de observar que el Palacio de San Luis dió acogida, en distintas fechas, al ejecutor Juárez y a dos de sus víctimas, fusilados en el histórico Cerro de las Campanas de Querétaro, Miramón y Mejía.

El claustro y portada del Palacio gubernamental, que ostentaba con orgullo sus canterías, sufrieron la injuria de verse un día embadurnadas con la grosera mezcla de sus pañetes o enlucidos.

Salto del Río Verde, camino de San Luis Potosí.

Portada con las torres de la catedral de San Luis Potosí.

Frente a éste se mira el actual Palacio Municipal, que ha tenido empleos diferentes. Allí fueron, en 1603, las Casas Reales, luego sirvió de Parián y cuando el eminente hombre de letras don Ignacio Montes de Oca y Obregón, fué elevado a obispo de San Luis, lo reconstruyó y embelleció. La furia insana de la revolución comunista cayó sobre aquella joya artística de la ciudad y la saqueó. Pero quedaron en pie las columnas rosadas de sus canteras, la escalera, que es un primor arquitectónico y los cinco gobelinos que trajo el obispo de Italia. Algunos dicen que son pinturas del italiano Eroli. Por fortuna, después de rodar por las calles volvieron a lucir en el plafond de la Sala de Recepciones. Los visitantes, amantes del arte, admiran en ellos pasajes de la Biblia y de la Mitología griega. Josué, cuando dijo: "Sol, detente en Gabaón, y tú, Luna, en el Valle de Ayalón"; Júpiter, en el Olimpo, en Asamblea de Dioses; Eneas, fugitivo, consolado por Dido en su Odisea; la Barca de Caronte, atravesando las estigias aguas que custodian el Cancerbero; y Godofredo de Bouillón, al frente de las Cruzadas.

La Biblioteca, rica en libros selectos, y muchas obras de arte, desaparecieron del Palacio Episcopal. Pero quedaron para gloria de la patria y orgullo de las letras americanas, sus helénicos cantares y sus versos inspirados que ofrenda a la memoria de Carlota y Maximiliano, los emperadores que dieron lustre y brillo al trono de los aztecas.

Contigua está la soberbia Catedral. Se empezó a constituir en 1670 y se terminó en 1718. Los mineros de San Luis vinieron en su ayuda. Se dice que los bellos retablos ,de madera maciza y dorados al fuego, sobre telas enyesadas, fueron destruídos en 1840.

La portada, de barrocas canterías, con sus elegantes torres, es uno de los atractivos de la ciudad. Adentro, a la entrada derecha, el mausoleo de Montes de Oca, primer obispo de Tamaulipas y IV de San Luis Potosí. Nació en julio de 1840 y murió en marzo de 1921. Fué uno de los valores representativos de la Iglesia y de las letras. Noble cuna, talento ilustrado, prestancia y ese orgullo innato de los que valen por sus conocimientos de hombres y de pueblos. Bien se le puede aplicar la frase que el Obispo de Amberes, en 1792, le dijo al venezolano Francisco de Miranda: *"Que mores hominun multorum vidit et urbes"*.

A la izquierda la tumba, también de mármol, de los cuatro obispos anteriores. Y frente al Coro, sin pompa de ostentoso mausoleo, los restos de monseñor Miguel M. de la Mota, V obispo de San Luis. Sobre esa humilde losa las gentes sencillas queman incienso, riegan flores, prenden cirios y rezan sus plegarias.

Pinturas de José Páez, de Juárez y del italiano Eroli, son unos veintidós lienzos los que adornan la catedral.

Viene en suntuosidad el templo del Carmen. Según documento del archivo don Nicolás Fernando de Torres y doña Gertrudis Maldonado, fueron los donantes en 1732 para su construcción. Es grato apuntar los nombres de los benefactores de pueblos, puesto que, con el mismo criterio de imparcial narrador se dirá de aquellos destructores de monumentos, de haciendas y de hombres.

La portada del Carmen, estilo churrigueresco, y especie de retablo de piedra tallada, ostenta su lujo de columnas, que siendo salomónicas tienen petatillo y una faja de cordón franciscano los rodea en espiral. Los querubines están circundados de hojas, de flores, de frutas y demás productos de la tierra. Esto, parece fué en obsequio de los donantes que eran hacendados. Dicha portada, maravilla de las canteras rosadas de San Luis, arrebata el ánimo cuando se contempla con la emoción sagrada del arte y la belleza.

El claustro del convento adyacente, construído por los años de 1770, fué grotescamente destrozado, hasta en los lienzos de sus paredes, según mandato de las Reformas en 1858. Ordenanzas dictadas sólo para destruir y apropiarse de lo ajeno.

El interior de la iglesia se halla tapizado con pinturas de Vallejo, Tresguerras y otros. Unos 65 lienzos son la riqueza pictórica del Carmen. No se cuentan, en verdad, las que despedazó la jauría reformista.

La capilla de la concha dorada tiene varias imágenes estofadas, que son el orgullo de los templos coloniales. Pero lo que sí es labor de artistas es la portada de esta capilla. Toda ella es blanca, churriguera, con figuras diversas sin un vacío de continuidad entre ellas. Es de cal y canto, pero la cubre un estuco bien pulido. En los altares predominan los retablos, que recuerdan la gloria del dorado en Tepotzotlán.

A esta iglesia sigue San Francisco, en cuyo interior hay nada menos que cien óleos. Allí lucen sus pinceles grandes pintores mexicanos. Miguel Cabrera, Antonio de Torres, José Aguila, Francisco Martínez, Juan Correa y José Guerrero. Pero lo que más admira el visitante, nacional o extranjero, es la Sacristía, única entre los centenares de iglesias mexicanas. Todo en ella son tapices de pintores. Algunas acomodadas a los ángulos entrantes y salientes del plafond y las paredes. Entre ellas figura una dama, que debe de ser la esposa del alcalde don José de Erraparaz, que tiene su retrato. Fueron, con su dinero, propulsores de la iglesia, sacristía y convento. Bien cuadran allí sus óleos.

Las columnas, que rematan en unas conchas sobre capiteles, forman con sus arcos un cuadro de canterías, digno de contemplarse horas tras horas. En especial cuando los rayos del sol en el ocaso, al entrar por las ojivas, se quiebran en las conchas rosadas de sus columnas.

Al llenarse los huecos de aquéllas, parecen manos de piedra y rosa que ofrecen a los visitantes, en copa de luz y de gloria, el poema pictórico del arte cristiano.

Cosa semejante se mira en la Cúpula de los Inválidos de París, en la hora del crepúsculo vespertino, cuando el sol se derrama en lluvia de oro sobre el lienzo del Cristo y de San Luis que protegen la tumba de Napoleón, el vencedor de los germanos.

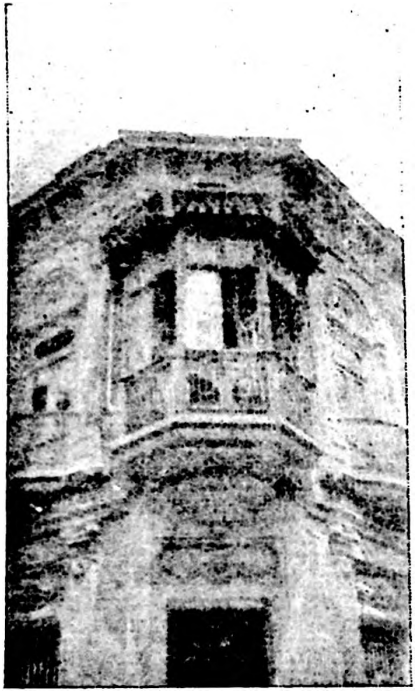
Ante la contemplación arrobadora de esta sacristía debe evocarse los nombres de Arlegui, Abasolo y Bocanegra, los frailes constructores de la obra.

La iglesia de San Agustín, al frente, presenta una floración en los encajes de sus tallados. El barroquismo de sus columnas, capiteles y demás molduras tanto de la portada como de la esbelta torre. es un motivo de orgullo colonial. Y más todavía cuando se sabe que la construcción de la torre se hizo con lo recaudado, en las solas tres calles agustinas habitadas por mineros. ¡Tanta era la riqueza de sus minas!

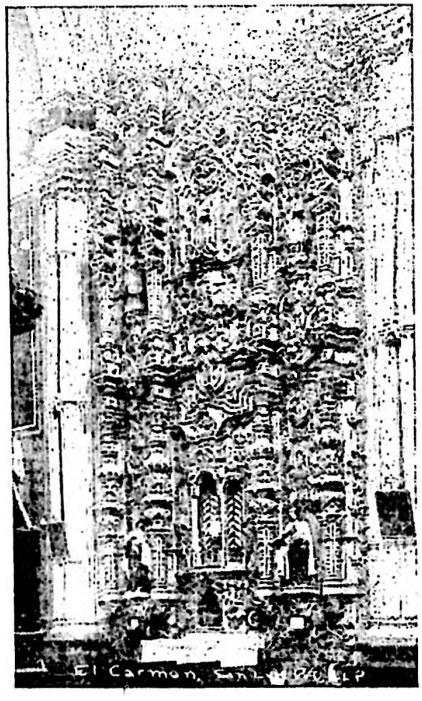
Entre los once lienzos del interior figuran los frailes fundadores Pedro de Castroverde y Diego de Basolenque.

La Compañía de Jesús construyó su iglesia y su convento que fué un colegio según costumbre de estos civilizadores. Con el legado de don Juan de Zabala y Fanárraga, de cincuenta mil pesos, se empezó la obra en el antiguo sitio de *Tangamanga*. Hoy se encuentra allí la Universidad de San Luis Potosí.

Entre las casas particulares se hallan algunas con motivos de belleza arquitectónica. Los dos balcones, de baranda corrida, que des-



Balconcete en la esquina de Zaragoza con Iturbide, en San Luis Potosí. Cerca el balcón corrido del Virrey Calleja.



Portada, una de las más bellas de todo México. Iglesia del Carmen en San Luis Potosí.

cansa sobre dos cariátides de cantera rosada. Son únicas por su rara construcción. Se miran en la calle la de Zaragoza, que desemboca en la Plaza de Armas. Perteneció, según crónicas, a la mansión de Féliz María Calleja, que fué virrey de México; éste casó con la potosina doña Francisca de la Cándara, y fué la única criolla que tuvo ese rango.

En la calle de Iturbide hay dos balcones, cada uno con cuatro ventanas de la casa conocida con el nombre de "Las Piñas". Debajo de los balcones las molduras son piñas. Fué construída en 1780. El portón tiene bellos motivos tallados en madera.

La Alhóndiga, almacén de semillas y de granos, se construyó en 1771 a 1775 bajo el gobierno del Marqués de Sonora. Hoy forma parte del Municipio como fuente rentística.

En las afueras, camino del Santuario de Guadalupe, la Caja de Agua, obra de Tresguerras, el hijo genial de Celaya. Es de cantera y todavía se tejen idilios entre los aguadores. El Santuario ostenta su hermosa portada, entre juegos de columnas doradas, capiteles y hojas de acanto y de laurel. San Miguel y la Virgen del Tepeyac custodian la encajería de sus tallados, en el mismo estilo de las dos elegantes torres. Todo es una floración de sus canteras.

A los monumentos arquitectónicos de la Colonia se agregan edificios modernos. El teatro "La Paz", construído en la era progresista de don Porfirio, que dejó obras dignas de la posteridad. La portada es semejante al Convento de las Teresitas, en Querétaro, y ambas, estilo del templo de la Magdalena en París. Son fruto del genio inspirado de Tresguerras. Desgraciadamente un incendio consumió el escenario, y así se ha quedado.

En esa misma zona, que pertenecía al Convento del Carmen, se alza el teatro Alameda, del que los potosinos se sienten orgullosos por su capacidad y belleza de construcción. El Parque Alameda del frente, abarca un espacioso campo poblado de árboles. Era la antigua huerta de los frailes.

La "Sociedad Potosina", que fué antes "La Lonja", hoy es centro social de amplios salones, en especial el de arriba donde se baila. Tanto el plafond como los muebles, estilo Luis XV, le dan un aspecto de elegancia que dice bien de los potosinos. Hay una biblioteca y sitios para deportes, que el edificio es grande y capaz. Fundada en 1870 cuenta con más de 400 socios, que mantienen con brillo aquella sociedad.

Entre las cosas de utilidad pública se encuentra la Presa de San José, a 10 kilómetros al occidente, pero por ruta de tierra mala

para el turista. El sitio es rocoso y encajonado entre sus agrios peñascales. La cortina de la presa tiene unos 30 metros de alta por unos 80 de larga y cerca de 6 de ancha. Arriba se percibe olor de azufre y en las piedras por donde desagua el depósito, se nota la huella del hierro. Aguas fuertes servían sólo para el regadío, pero el uso de filtros las hacen utilizables en los hogares.

En el ambiente de San Luis, ciudad señorial, rica en las entrañas de sus montes y severa y recatada en las costumbres de sus hijos, flotan leyendas y se narran tradiciones de sus fundadores.

México, D. F., 1943.

XLIV

BIBLIOTECA PALAFOX

Al costado sur de la catedral de Puebla hay un gran edificio que fué el antiguo Seminario Palafox, expropiado por el Gobierno en nombre de los mismos principios que sustentaba el alemán Adolfo Hitler, en los pueblos sojuzgados de Europa.

Fué fundado junto con la biblioteca palafoxina cerca de 1648, por el eminente civilizador don Juan de Palafox, obispo y virrey de México.

El antiguo claustro cuadrangular es de 20 arcos, arriba y abajo, con sus esbeltas columnas de basalto, que no hay otra clase de canteras. Estas se ven cuando se sube al Fuerte de Guadalupe. Una pila de piedras talladas adorna el centro del patio.

La escalera que conduce al piso alto es de piedra con sus barandas talladas. Desde los corredores se contempla, con arrobamiento de arte, las cúpulas y torres de la catedral. En algunas placas se leen nombres ilustres de escritores y científicos que allí se educaron.

La Biblioteca Pública del Estado funciona en un salón del piso de arriba. Toda la rica estantería de cedro rojo y tallado, en dos cuerpos, se admira alrededor de la enorme pieza. La mayoría de los libros son clásicos en griego, latín y lenguas vivas. Como las obras americanas modernas escasean, los lectores son pocos.

Al revisar los autores griegos y latinos el visitante recordó un armario con libros clásicos en su biblioteca del "Caracas Country Club", que estaba bajo la custodia del doctor C. Parra Pérez, inquilino desde julio de 1941 de su casa amueblada y de sus libros. que cobardemente dejó incendiar el 19 de octubre de 1945.

En el fondo hay un retablo de la Virgen de Trápana, oriundo de Sicilia, en Italia. El resto del edificio colonial, de cien metros de largo, era el Palacio Arzobispal. Hoy se encuentran allí las Oficinas de Hacienda.

La antigua casa del Marqués de Arellano, solterón empedernido que siquiera construyó, en su egoísmo contra el hogar honesto, una hermosa casa. Es conocida con el nombre dulce y popular, del Alfeñique. Los arabescos y molduras, de la portada y alares, son blancos y se continúan adentro. Al visitarla se admira la elegancia de su altura, que era el estilo colonial. Tenían los arquitectos de entonces la noción del espacio, que no cuesta nada. Esta, en mala hora se ha perdido últimamente entre los ingenieros y constructores de casas en las urbanizaciones de Caracas. Da dolor ver la mayoría de las quintas achatadas. En los fraccionamientos, como llaman en México las urbanizaciones, se ve el mismo defecto. Casas de techumbres bajas.

Más parecen jaulas de pájaros, que habitaciones de familias. Sin corredores y sin ningún sitio especial para los niños.

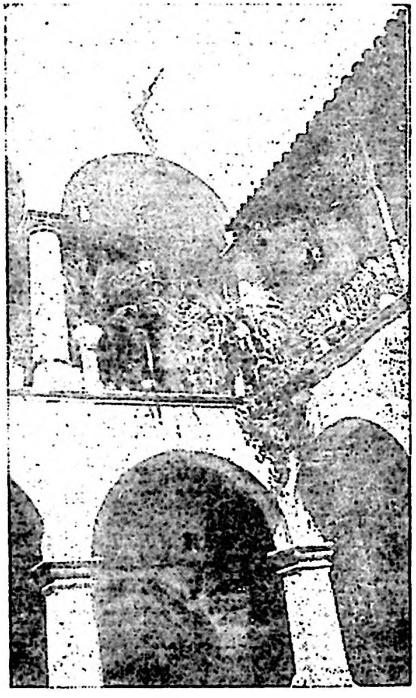
La casa del Marqués sirve hoy para el Museo del Estado de Puebla. Grandes salones, ya en la planta baja, ya en el piso alto, contienen piedras labradas con ídolos indígenas; piezas de alfarería, industria en la cual sobresalieron sus moradores, y otros objetos de arte primitivo. Los hermanos Mariano y Rodolfo Bello, tienen salones especiales. Estos, además, en sus casas particulares han reunido, desde tiempo atrás, ricas colecciones de piedras talladas, vasijas de cerámicas y objetos artísticos de la Colonia.

Hay salones de recuerdos meramente coloniales y otros son retratos, bustos y estatuas, éstas de cera, de los hombres de la República.

Allí se muestra una cama que según el guardián, fué de la China Poblana; pero otros indican que fué de una de las amigas del solterón Arellano. Aquí vuelve a notarse la falta del catálogo, pues el visitante no sabe a qué atenerse. Y muchos de los ejemplares allí reunidos pasan a su vista como si no fuesen.

La capillita es una joya primorosa de arte. El pequeño retablo, de madera dorada a fuego, provoca levantarlo de allí y llevarlo uno a su casa. Como lo hizo el escritor Enrique Larreta, autor consagrado por "La Gloria de don Ramiro", que tiene en Buenos Aires en su rica mansión, un pequeño altar que adquirió en España. Casi todo lo que en aquélla encierra son objetos de arte y cultura española.

Parte lateral de la catedral de Puebla, tomada desde el claustro del Colegio del Obispo Palafox.



Patio enclaustrado de casa particular, frente a la Biblioteca Palafox.

El baño y cocina de la casa del antiguo Marqués son dos curiosidades de la época. Y en un pequeño salón con dibujos y fotografías de templos de la comarca se miran, las que restan de la Iglesia de San Francisco de Acatepec, una de las 365 capillas de Cholula. La indignación del visitante, que se interesa por las obras de arte, sube de punto cuando el guardián le dice que esa capilla, joya del arte cristiano, fué reducida a cenizas.

Mano sacrílega, movida brutalmente por la diabólica doctrina de los nazis, fascistas o comunistas, la incendiaron el año de 1939. Los que pretenden defender a sus adeptos sostienen fué un descuido, como el que ocasionó el incendio de la capilla, regalo del señor Contreras, en la iglesia del Convento de San Angel, en México; o el que destruyó el altar mayor de San Francisco en Guadalajara; o el formidable incendio en el templo de la Compañía de Jesús en Santiago de Chile. Este sucedió un 8 de diciembre, y los estragos del templo atestado de fieles fué una verdadera catástrofe.

Y el incendio de la Biblioteca Americanista del suscrito, la noche del 19 de octubre, que al ser abandonada la "Quinta Dávila" por el inquilino doctor C. Parra Pérez, las turbas redujeron a cenizas los diez mil volúmenes que contenía. Creían que era del Ministro de Gómez, de López Contreras y de Medina Angarita.

Hay otras casas coloniales que se mantienen tal como fueron construídas. Una de éstas pertenece al señor Francisco de Velasco, caballero que conserva el señorío de sus abuelos. No obstante los 76 años cumplidos para el año de 1942, sus facultades intelectuales se hallaban en plena actividad. La casa fué fundada por don Dionisio de Velasco y Gutiérrez del Valle y su esposa doña Pilar Carvajal y Romay.

Es benefactor de Puebla, pues en 1909, como alcalde de la ciudad, instaló el servicio de agua potable con su correspondiente drenaje. La revolución de 1910 le respetó en la reacción contra los elementos del porfirismo.

Su madre fué dama de honor de la emperatriz Carlota, y la postrera visita de ésta a Puebla, cuando regresó a Europa en 1866, fué para ella. Don Francisco muestra con orgullo dos cuadros: uno con el nombramiento de dama de honor del imperio, y otro con el diploma que tiene la condecoración de la Orden del Libertador Simón Bolívar. Le fué adjudicada como civilizador de Puebla y tiene la firma de Manuel A. Matos, que fué ministro de Juan Vicente Gómez, Presidente de Venezuela, por los años de 1910.

La arquería del patio es de cantera de basalto, lo mismo que las columnas redondas del piso alto. El basalto es casi tan firme como el granito, y es la única piedra que hay en las canteras de esa región. Por corredores y piezas se miran recuerdos de familia. Sirve de tapiz un bordado con hilos de plata, un tanto en deterioro por lo antiguo. Se llama jorongo, poncho en Argentina, ruana en Colombia y cobija en Venezuela.

Otra casa con sus arcos achatados, construcción de valor arquitectónico, la cual recuerda, al visitarla, el histórico Arco Achatado en los escombros de la iglesia de Santo Domingo en Panamá.

El patio de la antigua casa de ejercicios de la Concordia de los Padres Capuchinos donde los mosaicos de Talavera, en forma de losangos con sus columnas, todavía llaman la atención del visitante. La incuria y la ignorancia se confabularon contra esos cuadros de paredes vistosas, y una casa sucia de vecindad ha destruído el rincón de belleza colonial.

Otra vieja casa, que fué residencial, situada en el ángulo del atrio de la Catedral, se halla también convertida en casa de vecindad. El pequeño patio es una monada en sus ángulos. Un rincón, que pide acuarelas como todo el cuadrado, tiene una escalera con sus cuatro arcos abajo y arriba. Otro rincón, de balconcetes corridos, en forma de escuadra, sustentados por mochetas de piedra. La injuria del encalado a las columnas, les trató de quitar el mérito de la talla. Allí están todavía las argollas de piedra para arrendar las mulas y los caballos en tiempos ya idos.

Otras casas como las del alguacil mayor de Puebla, la Casa Cural de la parroquia La Cruz, con sus patios de arcadas de cantería oscura y firme, en la cual la obra de mano fué demasiado lenta y laboriosa. Al entrar por los portones de las antiguas casonas, cuyas hojas son de madera labrada, se siente la impresión de los artífices del hierro, de la piedra, de la madera y del estuco que supieron dejar obra secular.

Cerca del templo de la Compañía el antiguo Hotel Diligencias, más grande que el de Orizaba. El patio cuadrado, con sus corredores abajo y arriba y sus columnas labradas de basalto. Una hermosa pila que es un adorno hoy, servía para el agua del servicio. La escalera amplia con su mascarón en el barandal, todo de piedra en talla. Es tan firme la piedra, que el uso secular en los escalones, pues tiene la fecha de 1708, no ha logrado gastarlo como se nota en las piedras de sillería.

Los corredores de arriba, son tan anchos que parecen salones. La capilla pequeña, con su retablo y sus imágenes de madera dorada, recuerda la que se visita en la casa del Alfeñique. En la cocina grande, con bastante luz y aire, hay lo que falta a muchas de las casas modernas de Caracas, chimeneas. Pues tiene cinco pequeñas y una grande. Hoy el edificio está convertido en un sanatonio para mujeres.

En 1904, se construyó una Casa de Maternidad espaciosa, pues tiene un enorme patio, planta baja y piso alto. Pero lo más bello son las delgadas y elegantes columnas cilíndricas de basalto. Aquí se ve a las claras la firmeza de las canteras poblanas. Todo el edificio es una doble arquería, en un claustro rectangular. En las arquerías alternan los ladrillos rojos y las piedras oscuras y labradas, sostenidas por finas columnas y oscuras también. El efecto a la vista es de buen gusto.

Entre otras tantas cosas dignas de visitarse hay dos que merecen detenerse en ellas; las fábricas de azulejos, traídos de Talavera

de la Reina, España, y la cerámica de las alfarerías. Son varias las fábricas. El procedimiento para preparar la arcilla hasta que sea pasta moldeada es obra de mano. La arcilla la traen de sitios especiales. Puebla los posee desde antes de la conquista. Una vez preparada la mezcla, semejante a la harina de trigo y de maíz presta para moldear el pan los obreros, ya indígenas o mestizos, fabrican las piezas. Todo es a mano y para los dibujos varios como sus colores, no tienen a la vista estampa alguna; todo lo llevan en la memoria. Por eso en un juego de cien piezas los grabados son semejantes, pero con sus diferencias, como obra de mano que son. Tal es el mérito de los azulejos y cerámicas de Puebla. Da gusto ver la habilidad y ligereza de estos operarios.

Uno de ellos, que hace unas 500 piezas pequeñas en un día, de ocho horas, gana dos pesos por cada cien. Todo dibujo, por difícil que sea, al punto lo trasladan a la arcilla y lo graban en las varias piezas de los azulejos. El suscrito llevó el Escudo de Venezuela y quedó en platones, de los azulejos de Puebla, con un traslado fiel.

Las piezas, al estar listas, se llevan a hornos de altas temperaturas, hasta que la cocción fija los colores en las lozas, vasijas y jarrones que salen de sus alfarerías.

En la misma calle alta de la ciudad, en 18 Poniente, se encuentra una de las mayores curiosidades de la Colonia, el Convento de Santa Mónica, descrito en capítulo aparte.

Y para dar fin a esta segunda visita, se va a los talleres donde las piedras brutas de ónix y del tecali son vaciadas y luego pulidas, como si fuese talla de madera. Da gusto ver la obra de mano que hacen estos obreros, para labrar una polka con un vaso, o damajuana, que en Venezuela se llama pimpina o chirigua; o bien cofres o alhajeros, de alabastro transparente, que es un primor.

Con estos objetos completa el turista los que haya adquirido en las fábricas de cerámicas y azulejos de Talavera.

Caracas, Venezuela, diciembre de 1945.

XLV

VILLA DE GUADALUPE

En las últimas exposiciones de artistas en el Palacio de Bellas Artes, hay dos que bien pueden llamarse geniales. Las del pintor José María Velasco y la del grabador José Guadalupe Posada.

El primero vino a la vida en Temascalcingo, Estado de México, el 6 de julio de 1840, y murió en la Villa de Guadalupe el 26 de agosto de 1912.

Cuando se estableció en la ciudad de México, se casó con Luz Sánchez y tuvieron 13 hijos. Hoy sobreviven seis. La descendencia es numerosa, unos cincuenta bisnietos y dos tataranietos. Y como los lienzos del pintor llegaron a unos mil, bien puede dársele el título de patriarca de familias y pinturas.

El Gobierno le envió en 1889 a la Exposición de París como jefe de la Misión Mexicana. Allá visitó sus ricos museos. Luego pasó a conocer los de Italia, España, Londres, y también estuvo en Alemania.

Al regreso se instaló con su familia en la Villa de Guadalupe, casa que reconstruyó, pues tenía nociones de arquitectura.

Cuentan sus hijas que el pintor salía temprano a los cerros que rodean la Villa: el Tepeyac, Guerrero, Santa Isabel, Chiquihuite y otros, y en ellos pasaba todo el día copiando los distintos paisajes del valle de México. Hoy se tiene como el más fecundo y formidable paisajista, no sólo de México, sino quizás del continente americano.

Cuando quiso pintar los montes de Guelatao se trasladó a Oaxaca, donde sufrió contratiempos por los malos caminos de entonces. Pero trajo la pintura de los campos donde nació y se crió el indígena don Benito Juárez, que luego fué acogido, durante diez años, en la casa del cura Salanueva, en tanto recibía instrucción en Oaxaca.

El paisaje que trajo de las montañas zapotecas es de bello colorido. Las hijas, que viven rodeadas de muchos lienzos del célebre pintor, muestran llenas de doloroso orgullo el último boceto que pintaba el 26 de agosto de 1912, cuando la muerte, súbitamente, le arrebató la vida. Puede bien decirse que murió a los 72 años en su labor de artista.

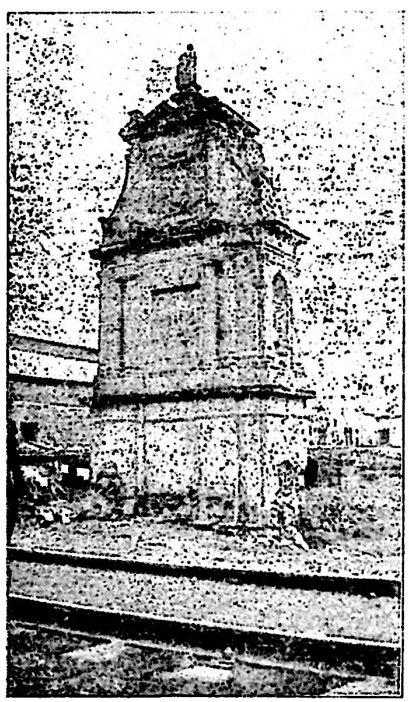
Este nombre de José María Velasco es familiar para un venezolano del Táchira, nacido en los Capachos. Allí la familia Velasco, durante un siglo y más, supo fincar sus dominios por sus ímpetus y arreos militares. En su bridón de guerra los capitanes Velascos se pasearon vencedores por cumbres, colinas y hondonadas de aquella abrupta región andina.

La otra exposición, que actualmente se visita, es la de José Guadalupe Posada, cuyos grabados sirvieron para ilustrar cuentos, canciones populares, comedias, periódicos y hasta cartas amorosas y plegarias.

Nacido en la ciudad de Aguascalientes, el 2 de febrero de 1852, se trasladó a León, de Guanajuato, en 1873, donde se casó. Allí inició su vocación de grabar en madera, hasta que la inundación de 1887, lo obligó a venirse a la ciudad de México. Este acontecimiento recuerda que Guanajuato fué también víctima de otra inundación en 1905. Esta ciudad, paética como Tasco, y acaso de más caprichos constructivos en sus tortuosas, estrechas y empinadas calles, sufrió lo indecible. En planchas colocadas en lugares públicos, se marca el nivel a que las aguas subieron ,en algunos sitios hasta cuatro metros.

Guanajuato, dada su belleza de clara ciudad colonial, bien merece que sea declarada Zona Típica, al estilo de Tasco y San Miguel Allende. Para que las generaciones venideras la conozcan, tal cual fué en pretéritas edades.

Que allá, en uno de sus cerros, se alza imponente "La Valenciana", monumento del arte cristiano. Sus portadas, de canteras y mármoles rosados, sirven de modelo para una catedral junto con sus



Uno de los quince altares en torreones en la Calzada de los Misterios que conduce a la Basílica de Guadalupe.

Vista desde el Tepeyac de la Basílica de Guadalupe

dos soberbias torres. Y Clamando están, la ciudad y sus monumentos a los poderes públicos, una carretera para que se conozcan sus bellezas; y una piadosa atención, para detener el deterioro de la joya más artística de Guanajuato, "La Valenciana".

Una vez en la capital mexicana, el hijo de Aguascalientes continuó su tarea, sin desalientos ni fatigas, hasta la muerte, acaecida el 28 de enero de 1913. Y fueron cuarenta años de consagración al arte de grabador en su país. Según cálculos, de dos al día, no fueron menos de unos veinte mil grabados los que hizo.

Los empezó en madera de cedro amargo y los continuó en metal. En la exposición se vieron muchos de los segundos, y unos pocos de los primeros.

Fué compañero de los Vanegas Arroyo, padre e hijo, descendientes del tipógrafo don José María Vanegas. En Posada se halla el mestizo de dos razas esencialmente artísticas: la española y la aborigen. Es un exponente del hombre nuevo de América. Y fué también colega de labores del oaxaqueño Constantino Suárez, poeta además, y del grabador Manuel Manilla. Todos ellos hacen época a fines del siglo XIX y principios del XX.

Ante la rica y variada exposición de Posada, que manejó los dos sistemas, el de madera o lexigrafía, y el de plomo, se recuerda al escritor merideño, de Venezuela, don Tulio Febres Cordero. Grabó en madera las ilustraciones de sus obras históricas, durante medio siglo. El mismo, con su familia, imprimió sus libros. Y Leoncio Martínez, caraqueño, que responde al seudónimo de Leo, en una labor de casi un cuarto de siglo, cultivó el género festivo de caricaturas en su revista "Fantoches". Allí dejó grabada en metales toda su genial factura de artista.

Tipos de grabadores opuestos los dos: el merideño culto y suave fué un completo venezolano en su hogar fecundo, en el cultivo del campo y en las letras patrias. Durante medio siglo fué en Mérida, junto con monseñor Antonio Ramón Silva, arzobispo de Los Andes, dos cumbres altas de la docta ciudad andina.

Leo fué desenfadado, vicioso y de figura con visos y sombras de Cuasimodo, pero de caricaturas que serán siempre modelo de estilo picaresco, con perfiles y tendencias a lo grotesco.

Tanto Posada como Leo, inspirados en su libre impulso de artistas, sufrieron persecuciones y cárceles por las dictaduras reinantes en su tiempo.

Al publicar este rincón, escrito en México en junio de 1943, cuan-

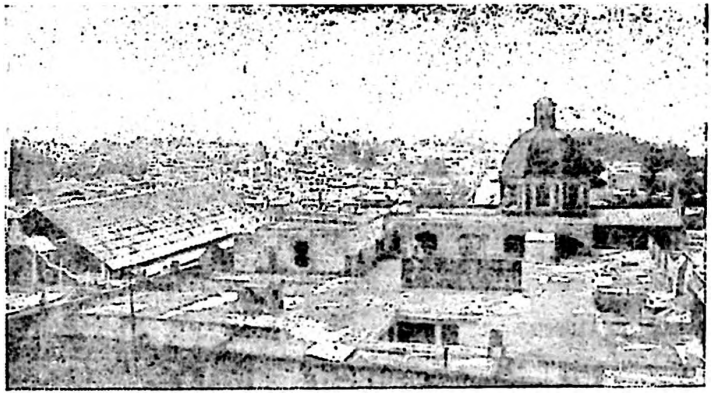
do el viajero conoció y trató a dos hijas del paisajista José María Velasco, se renovó en ellas el dolor de la pérdida irreparable.

Las obras de don Tulio y del arzobispo Silva, junto con su correspondencia de muchos años con motivos de hechos históricos de Mérida, fueron pasto de las llamas cuando las turbas incendiaron, la noche del 19 de octubre, la Biblioteca Americanista en la "Quinta Dávila".

Estaba bajo la custodia del inquilino doctor C. Parra Pérez que, al refugiarse en la vecina Legación Belga, dejó abandonada cobardemente la casa que habitaba desde cuatro años atrás.

Las cartas aludidas estaban catalogadas, en los trece archivadores de la Sección Venezuela. Toda la correspondencia, con escritores de América hasta julio de 1941, constaba de sesenta archivadores. Hoy quedan los ganchos, retostados por el fuego.

Del célebre caricaturista Leo, de cuyos Fantoches había más de 20 tomos empastados, queda uno, todo maltrecho.



Vista panorámica de la Villa de Guadalupe.

Contiene del No. 244 al 272; éste trae la sentida muerte del poeta Ismael Urdaneta. Grande amigo y compañero de labores literarias. ¡Tú también, querido Ismael, sufriste la injuria del saqueo que fundó, desgraciadamente, en Venezuela, López Contreras, el heredero de la gran fortuna del formidable dictador!

En Posada hallarán los visitantes una sección especial, las Calaveras, en las cuales quedaron para siempre grabados muchos de los mandones de la época.

Ante la exposición desfilaron gran cantidad de mexicanos y muchos de los extranjeros que hay en México, pero la mayoría solicitaba para darse cuenta de los grabados, el catálogo de éstos.

Esta falla primordial es de todos los museos mexicanos, tanto en la capital como en las provincias. Y ante el tesoro artístico de todos los tiempos, desfila la caravana, sin comprender bien lo que ha visto.

En nombre del arte nacional se suplica a los directores, que tienen a su cargo tantos valores precortesianos, coloniales y de la República la impresión de catálogos, como el complemento de los museos.

Otra súplica, a quien corresponda atenderla. En el convento de los Padres Agustinos, obra inmortal de piedra tallada, que debe conservarse intacta como un monumento de arquitectura nacional, hay una joya única: "El Generalito".

Este consiste en la sillería de los antiguos frailes civilizadores que dejaron, para orgullo de los mexicanos y admiración de los extranjeros, tallados en madera muchos de los versículos del Antiguo y Nuevo Testamento. Fueron en sus principios unos 254 pasajes de sólo el Antiguo. La barbarie reformadora por los años de 1861, desarmó torpemente la Sillería, y luego, por andar de la Ceca a la Meca, más de cien grabados se perdieron.

Hoy en el salón del Generalito reciben clases algunos estudiantes de la Preparatoria. No está cónsono lo uno con lo otro. Esa joya artística debe estar allí, como si fuese salón de un museo. Más tarde, ante esta observación, se suspendieron las clases y hoy es salón de museo.

El Gobierno actual, en su loable misión de restaurar los desaciertos anteriores, ordenó, por medio de la Universidad Nacional, interpretar los pasajes bíblicos de la Antigua Sillería Sanagustiniana, y un hermoso álbum, de unas 180 láminas fué el resultado. Merece un aplauso de los amantes del arte. Que complete la obra dejando definitivamente al Generalito que sirva sólo de exhibición como obra de arte y de cultura.

México, D. F., junio de 1944.

XLVI

TASCO

Vía de Cuernavaca que se encuentra distante de México 75 kilómetros. Todas sus orillas son de cría y de agricultura. A los 110 kilómetros un plantío de caña dulce, un puente de hierro en Puente de Ixtla, y a los 114 el ingenio y la capilla del caserío.

Otro pueblo con su iglesita, a los 127, y se atraviesa el río de Huejuitlán, que lleva bastante agua, aun en tiempos de sequía.

Viene la estrechez de los cerros y las curvas se acentúan más en sus cuestas y bajadas. Una cumbre montañosa, de cuyo cerro se extrae un metal, que se exportaba con fines bélicos.

Así se continúa hasta trepar los picachos, cortados por la carretera asfaltada, y a los 160 kilómetros recorridos se llega al pueblo de las platerías. El último trayecto es demasiado peligroso, a causa de las acentuadas curvas todavía muy estrechas.

Entre cumbres, laderas, riscos y escalones naturales se asienta esta población, que empezó con las bonanzas de las minas.

Desde el "Hotel Victoria", el más alto, se divisa un hermoso panorama que lo forman la techumbre en gradería de sus casas, en cuyo centro lucen las torres y cúpulas de Santa Prisca.

Se remonta en el auto, por calles a modo de escuadras hasta la plaza principal, sombreada por frondosos laureles de la India. Antes de llegar al zócalo, las platerías son varias, que este pueblo, que es todo industria de la plata, vive como si estuviera en bonanza de sus minas.

De allí se sigue por la única calle recta, la Real de los Mercaderes, donde las ventas de objetos artísticos, en especial de plata, se hallan en todo el trayecto. Al final, la Plazoleta de San Juan, donde una pila sustituye una mala estatua del cura José María Morelos y Pavón, caudillo de los insurgentes.

Para 1929 la población tenía unos 3,500 habitantes. En esas cumbres rocosas el clima es templado y seco, sin grandes variantes porque las montañas protegen el azote del viento. Sus lluvias caen de mayo a septiembre, lo que no impide ser visitado en dicha estación.

La región, llamada Tlachcotecapan, pertenecía al señorío de los mexicanos, que fué sometido por Moctezuma Ilhuicamina. Pagaban tributo en mantas de algodón. El nombre de Tasco es corrupción española de *Tlachco,* y se escribe así, como vocablo náhoa.

El conquistador Cortés halló en sus peñas estaño, y con esta explotación empezó su auge. Pronto llegaron los mineros y se dieron a las labores del blanco metal. A mediados del siglo XVI vino la bonanza de las minas.

Pero la llegada de los hermanos Bordas dió fuerte empuje a la industria metalúrgica. En 1708 Francisco de la Borda plantó su tienda de explorador, y a poco se casó con doña María Verdugo Aragonés. En 1744 murió el marido, dejando a su mujer sin hijos, mas con la mina "Lajuela", de poca producción.

Esta, en manos de su hermano don José, asoma vetas del rico metal. Aquí empieza la obra de este varón ejemplar, nacido en Jaca, de España, en 1699, siendo hijo de don Pedro de la Borda y de doña Magdalena Sánchez, y uno de los hispanos más fecundos en labor útil.

Llegó a Tasco en 1716, y en 1720 contrajo matrimonio con la hermana de su cuñada. A la sombra de Francisco se inició en el trabajo, pues sólo tenía 20 años. Tlalpujahua, Zacualpan, Real del Monte, Chontalpan, Tezicapan y Zacatecas fueron lugares que recibieron el esfuerzo asiduo del minero.

Pero donde estuvo el beneficio mayor fué en la mina de San Ignacio, de Tasco. Ella le permitió la construcción, a toda costa y minción, como rezan los documentos de la conquista, de la iglesia de Santa Prisca. Uno de los templos más bellos y más ricos de la Nueva España.

Cuando el viajero viene de México, lo primero que ve, al dejar la carretera de Acapulco, es la Glorieta de Ramonet, construída por el prefecto de ese nombre en 1880; luego, en su altura, que domina a un barranco, la capilla del Señor de Chavarrieta, dueño del Cristo de este nombre, y edificada en 1796.

Por la calle torcida se llega a la plazuela del convento de San Bernardino de Sena, que fué de los dieguinos, fundado en 1592. Iglesia y convento fueron quemados en 1805 y reconstruídos en 1824. El cronista no dice quiénes incendiaron estos piadosos edificios, pues la Revolución de 1810 no había llegado con su cortejo de saqueos, incendios y degüellos.

El viajero sigue recto, por entre la tortuosa ruta, hasta la plaza de la Veracruz. En este corto trayecto se halla el Hotel de los Arcos y la casa que habitó, en abril de 1803, el Barón de Humboldt.

Son de admirar en ésta su estilo barroco en los relieves de la fachada, que son de argamasa, y el tallado de puertas y ventanas. Las columnas y arcos del patio del mismo estilo. Perteneció, por los años de 1700, a la familia Villanueva.

La corta estada del sabio alemán le dió celebridad que aún perdura y durará siempre. México le debe trabajos científicos que no serán nunca igualados. La nueva edición de sus obras, sobre México, está prolongada por un hombre de letras, el historiador Vito Alesio Robles.

El prologuista dice que el viajero enfrascado todo él en sus estudios científicos, no se enredaba ni en amoríos ni en amores reales.

Costado de la iglesia de Santa Prisca, en Tasco, y los toldos del mercado al pie.

Casas de Tasco en la parte alta del mercado.

Olvidó la más bella de las sensaciones humanas, la que el hombre pasional hace brotar del alma y sentidos de la mujer enamorada.

No obstante esto se le atribuyen algunas simpatías femeninas. La marquesa Calderón de la Barca recogió en México, por los años de 1840, ciertas leyendas.

Una de ellas se refiere al idilio del sabio con Ignacia Rodríguez. la bella güera Rodríguez, como llaman en México a las rubias, que en Venezuela son catiras.

El cortejo del hombre de ciencias o de letras, generalmente no pasa del salón. Es meramente espiritual.

Se sale de la casa Humboldt por calle en zig-zag y pendiente a la Plaza Borda, centro del típico lugar. Allí hay ventas todos los días, pero el mercado principal es el domingo. Los frondosos laureles, árbol siempre verde que resiste a todas las estaciones con su vestido de hojas, es muy socorrido en parques y plazas mexicanos.

Todo alrededor del pequeño cuadrilátero es histórico. La casa

Borda, construída en 1759 por el benefactor de Tasco, don José de la Borda, fué su morada. Su hijo Manuel la donó a la iglesia en 1782.

El ángulo, entre dicha mansión y la torre, sirvió de rincón para el fusilamiento de realistas en 1811. Que el insurgente Morelos, como el cura Hidalgo, ejercieron el triste oficio de ejecutores de prisioneros, purgando ellos mismos, en el patíbulo, su crueldad revolucionaria. Bien se cumplió en ellos la sentencia del Evangelio: "El que a hierro mata a hierro morirá".

El monumento que encierra todo el renombre de un pueblo histórico, se yergue soberbio al oriente de la plaza. Es la iglesia de Santa Prisca. En sus comienzos, desde 1634 a 1753, durante más de un siglo, no pasó de ser una capilla. Con la rica explotación de las minas, creció la obra portentosa de piedras y maderas talladas en artística profusión. Don José llevó a cabo la construcción de 1753 al 58. Allí Diego Durán y Juan Caballero fueron los maestros de Arquitectura. El entallador de los suntuosos retablos fué Isidoro Vicente de Valvás, hijo del escultor.

La fachada, de cantera rosada, muestra sus columnas y arabescos, junto con su imponente puerta, toda tallada. Tiene ésta por marco los basamentos de las dos torres, que se alzan esbeltas. Se componen de dos cuerpos: el bajo, de columnas pareadas, y la puerta con su arco de medio punto, sobre el cual se mira en relieve el escudo papal. Dos Evangelistas, de piedra labrada, lucen sus figuras en los intercolumnios. El segundo cuerpo, de columnas salomónicas y hornacinas que enmarcan a los patronos Santa Prisca y San Sebastián. Se remata todo este conjunto con una ventana que la adornan el escudo de las armas españolas.

La portada lateral mira al sur, donde en terreno quebrado se escalonan los techos de las casas y los toldos del mercado público. Tiene, como una curiosidad del artífice tallador, un anillo que ciñe a los fustes de las columnas, en forma de "guaje", simulando una acacia. Hay, además, otras dos portadas, la del Bautisterio y la del Cuadrante. Ambas ostentan pilastras, estilo corintio, y medallones de altorrelieve. Siempre fulgen las aristas de las canteras.

En el atrio, que lo cerca una reja de fierro forjado, se alzan dos pequeños monumentos, dedicados a la Cruz y a San Miguel. Parecen guardianes pétreos, custodiantes de las bellezas que aprisionan las piedras de Santa Prisca.

Si el visitante sube por una escalerilla del costado norte, contemplará el reloj solar, las primitivas espadañas y los *perillones* de

la balaustrada. Que las torres, formadas de dos cuerpos, completan la belleza tan característica de este hermoso templo. Quien lo haya visto y mirado, siquiera una vez, no olvidará jamás la impresión que produce en el espíritu de quien lo ha contemplado con arrobamiento y entusiasmo de admirador.

En las torres las ménsulas, sobre las que descansan los campaniles, semejan enormes mascarones de piedra. Y los cuerpos altos de las mismas, muestran en sus pilatras profusión de esculturas en finas canterías.

La cúpula, como si fuese grueso atambor octagonal, con su casquete estriado por nervios exteriores, luce azulejos de varios colores que abrillanta la luz solar. La corona el capulín con su linterna y su cruz.

Al entrar en el interior de Santa Prisca, el oro deslumbra en la suntuosidad churrigueresca de sus retablos. Los altares de Santa Lucía, San Isidro el Labrador, el Pilar y San Juan Nepomuceno alternan en belleza y en su fina escultura, con los óleos inmortales de Miguel Cabrera. Allí los martirios de Santa Prisca y San Sebastián. Son joyas pictóricas que los turistas admiran cuando visitan el rincón de los picachos tasqueños.

En otros retablos las imágenes de San José, Nuestra Señora de los Dolores, están rodeados de una especie de casquillo de conchas doradas.

El púlpito principal y los dos *Ambones* para cantar, junto del altar mayor, la Epístola y el Evangelio, son todos de talla fina sobre caoba y cedro amargo. Allí cerca se admira el Tenebrario que sirve, durante las tinieblas del Viernes Santo, para incendiar en él las luces apagadas. El visitante subió al púlpito a fin de contemplar las bellezas de las muchas imágenes estofadas, que decoran los retablos.

El mayor se ha dado el lujo, el más artístico de los templos mexicanos, de fulgir los múltiples colores que abrillantan el oro en sus veintiocho imágenes de tamaño natural. Amén de unos diez angelitos y unas cuantas cabecitas de querubines. Todas estas figuras se hallan enmarcadas entre seis clases de columnas con motivos diversos.

Los retablos laterales ostentan sus juegos de molduras y sus estofados, que sólo pueden competir con ellos las que enjoyan el Santuario de Tepotzotlán.

Se completa esta breve ojeada de la tan alabada iglesia tasqueña, con la visita a la sacristía, donde se enriquece el templo con las pinturas de Miguel Cabrera. Son tenidas como las mejores del

celebrado pintor oaxaqueño, que vino al mundo en 1695. Todas son referentes a la Virgen María.

Además, el viajero, artista o profano, se complace en admirar las cajoneras talladas, donde se guardan los ornamentos del culto. Son tan célebres como las que hay en la catedral de Puebla. El armario con su espejería y su Cristo, y los tres sillones de talla, merecen un poco de atención.

En la Sala Capitular se guardan varios retratos al óleo, de figuras célebres en su época. Entre ellas la vista se detiene, ávida de recoger las impresiones de tanto colorido de pinceles maestros, en los del fundador don José de la Borda y de su hijo don Manuel, que supo continuar, en parte, la obra grandiosa de su genitor. Allí también el lienzo del taumaturgo don Juan Ruiz de Alarcón, que algunos escritores opinan que nació en Tasco. Aunque los más lo tienen por mexicano de la capital.

Quien se haya detenido siquiera un par de horas, que es poco sale de aquel majestuoso templo lleno de una sensación de belleza

Calle típica de Tasco, donde vivió el sabio Humboldt, queda al bajar la casa de Borda.

Portada de la iglesia de Santa Prisca, en Tasco, que edificó Borda en 1758.

escultórica. Es un baño espiritual que se dan los artistas, poetas, historiadores y literatos cuando penetran, devotamente con unción cristiana o artística, en esa iglesia de la cristiandad mexicana.

Un voto de gracias, que sale del fondo del alma, para el piadoso constructor que supo gastar millones en algo de suprema utilidad pública, para la creencia y gozo del ser moral.

¡Bendito sea, por los siglos de los siglos, el altruísta acaudalado que se conoce en los anales mexicanos con el nombre de don José de la Borda! Porque él bien sabía "que una gran fortuna, es una gran obligación", cómo apuntó aquel chileno, millonario también, que se llamó don Federico Santa María.

Se sigue rumbo al oeste por la empedrada calle, como todas las de la ciudad, según decreto Ejecutivo que declaró "Zona Típica" a Tasco. Esto con el fin de que se conserve la población tal como salió de la Colonia.

La calle corta, que es la principal y por donde pueden andar los carros, está llena de ventas de objetos de arte allí fabricados. La especialidad son las platerías, cerca de treinta, que son la industria secular.

Al llegar a la plazuela de San Juan, ya nombrada, se visita la antigua casa de los Gobernadores, que hospedó al caudillo Morelos. Hoy es venta de artículos pequeños. En esta calle de los Mercaderes Coloniales, se conoce la Biblioteca Pública.

Al final de la vía se tuerce a la derecha y se comienza a subir por entre callejas torcidas, pendientes y pedregosas, hasta el atrio de la capilla de Guadalupe. Sólo los jóvenes y los viejos flacos de corazón sano, suben a estos picachos sin fatiga alguna. Para el suscrito, que pasó su niñez en las cumbres y ventisqueros de los Capachos, fué un placer el recuerdo de sus nativos montes. Ya un tanto *grandecito,* como llaman en México galantemente a los hombres de edad.

El panorama que se extiende a la vista es de lo más hermoso. Los techos se miran como graderías de un gigantesco Coliseo. Y a lo lejos los lugares de Tehuilatepec, los escombros de las escuetas minas de Borda; y más allá, en la llanura, el pueblo de Iguala, famoso por el Plan de Iturbide y la bandera trigarante de México independiente. La capilla, hoy casi en abandono, la construyó una Cofradía en 1735.

Regadas en el perímetro de esta accidentada ciudad minera, se encuentra la capilla montada en un cerro. En su tiempo se clausuró a causa de las gentes maleantes que la avecindaban. Hoy a las mujeres del partido, como diría Cervantes, sólo se les exige boleta de Sanidad, que debe ser revisada cada ocho días en beneficio público.

Volviendo a la plazuela de San Juan se toma la calle, un tanto recta, y por donde pueden andar autos; a la izquierda se contempla abajo la toldería del mercado, al pie del costado sur de Santa Prisca. El efecto visual es bastante singular. Se sigue la vía y se topan las capillas de la Trinidad, que es la más antigua, siglo XVI, que se adorna en su abandono con dos lienzos de Barragán. Y la de San Nicolás, que fué quemada por manos de malvados.

Sobre los incendiarios de iglesias, museos y bibliotecas, riquezas públicas y sagradas, hay leyendas entre los mexicanos. Se dice y se cree en el pueblo a pie juntillas, que las manos de esos perversos con el tiempo se atrofian. Esto obedece a castigo del cielo, aseguran los creyentes; y la ciencia lo explica por el constante recuerdo de semejante maldad punible. Los miembros así enjutos, quedan como garranchos en testimonio del crimen de lesa cultura patria.

Se termina el recorrido de este poético rincón, entre abruptos peñascales, en la capilla de San Miguel, siglo XVIII, en cuya portada de cortes finos y elegantes, se alza una torre con sus dos espadañas, donde cuelgan las campanas. La puerta tiene un bello entablamento que se conserva intacto.

Tales son los principales sitios que atraen al turista al pueblo de Tasco.

Caracas, diciembre de 1945.

XLVII

TEPOTZOTLAN

A unos 42 kilómetros de la ciudad de México se levanta este santuario del arte cristiano, orgullo de la nación.

En el trayecto se encuentran varios pueblos, donde los frailes españoles dejaron las huellas de su civilización en capillas, iglesias y conventos.

La descripción de todos ellos será motivo de estudio separado, del que se emprende de Tepotzotlán, que vale tanto como "Cerro Jorobado de fierro". El sitio, que es un yermo, se halla rodeado de cumbres y colinas. Los franciscanos eligieron este yermo para su convento. Que muy pronto llegaron los jesuítas y continuaron la obra evangélica.

Al llegar el visitante entra en un jardín y parque, que tiene unos 75 metros de frente la muralla que lo resguarda. El jardín es bas-

tante espacioso. El muro, de unos 40 centímetros de espesor, lo rematan unos 40 torreones. Alrededor se miran las 14 estaciones del Vía Crucis, donde oraban los catecúmenos.

Se entra en el salón que sirve de portería, cuyas paredes están adornadas con cuadros de los principales padres de la Compañía de Jesús. Se sube la escalera que hay allí, y al terminar sus escalones se divisa un patio claustral que servía para hospedar a los peregrinos en su visita al santuario.

La vista contempla la cúpula octagonal de la capilla del Espíritu Santo, las torres y las almenas del convento. Fuera de los muros, en un cortijo de frutas y hortalizas, una retorcida higuera levanta sus gajos y ramas desparramadas, que los sostiene un tronco de 3 metros con 20 centímetros de grueso. Es árbol centenario.

Se regresa por los peldaños de la escalera y se pasa a los corredores del claustro principal. Son 33 metros de largo por 3.50 de ancho. Lo más amplio. De las paredes cuelgan 22 grandes cuadros de 4.00 por 2.32 metros, con "escenas de la vida y milagros de San Ignacio de Loyola", el fundador de la orden docente y militante más que contemplativa.

El pintor Cristóbal Villalpando es célebre en los anales del arte mexicano. Según Agustín Velázquez Chávez, es mexicano. Nacido en la metrópoli en 1639, casó allí con María Mendoza, hija y deuda de pintores. Floreció en tiempos de Juan Tinoco, Juan Correa "El Viejo", y Baltasar Echave Rioja. La obra de Villalpando fué fecunda. Iglesias y conventos de las ciudades de México, Puebla y Guadalajara se enorgullecen con sus lienzos.

Los solos 22 cuadros de este monasterio de jesuítas son para dar nombre y fama a un pintor. Como murió en 1714, de provecta edad, tuvo tiempo de prolongar su obra.

Se dejan las escenas de Loyola y se pasa al patio de los Naranjos, donde el tronco seco y carcomido recuerda sus tiempos de verdura y frutas a los monjes. Se evoca allí el naranjo que sembró el cura Morelos en su casa de Valladolid, antes de la Independencia. Se halla también en ruinas de sus ramas y hojas. Se trae a la memoria que en el interior del monumento a Morelos en Janitzio, lago de Pátzcuaro, están en pinturas murales la vida y milagros del caudillo.

Al salir de este patio se conoce la pieza que servía de refrigerador para mantener frescas las bebidas por medio del frío ambiente. Allí las cavas mantenían, durante todo el año, sus barricas de añejo vino, siempre refrescantes.

Fachada del santuario de Tepotzotlán, todo tallado en piedra.

Puerta lateral, con sus gradas, en este santuario.

Cerca, en la planta baja, se visita el patio de los Algibes, donde hay dos. Se hallan unos árboles y vestigios del viejo jardín. En sus corredores. llenos de columnatas, las cuatro crujías conducen a celdas y a un patio más interior, rodeado de celdas, donde se castigaba la más pequeña infracción al severo reglamento monjil.

Adentro del santuario hay varias capillas. La Guadalupana muestra su altar donde el retablo de madera tallada y dorada a fuego es una joya. El trono de la Virgen, todo recamado de oro, queda al lado del Evangelio.

Que el opuesto, el de la Epístola, ostenta el lujo artístico en el altar de San Ignacio de Loyola.

Siguen dos altares más, el de San José y la Virgen de la Luz. Todas estas imágenes son estofadas, lo más bello y vistoso en los templos mexicanos. Talladas para la eternidad.

A todo esto se agregan los cuadros del inmortal Miguel Cabrera, la gloria más alta de los centenares de pintores de la Nueva España. Al lado del cancel, puerta principal del templo, hay dos óleos: María y el Cristo.

Cabrera dejó su obra en catedrales, templos y museos. De vida longeva, tuvo tiempo de ampliarla. Fundó academia de pintura y enseñó a centenares de alumnos. Uno de ellos, José Alcíbar, fué de los más aventajados. Sus cuadros, que se admiran en la Profesa de México, en el Museo de Guadalajara y en Puebla, figuran también en Tepotzotlán.

A la entrada de esta capilla hay dos lienzos de San Francisco de Regis y de San Nicolás Tolentino. El primero tiene la firma de Francisco Martínez, año de 1920. Y al pie rasgos biográficos del santo.

El visitante pasa luego a la capilla de Loreto, que tiene en la portada alegorías y pinturas que la embellecen y sirven de marco a la tallada puerta.

Ocupa la capilla un paralelogramo que remata en cúpula octagonal. Es una fiel reproducción de la Santa Casa de Loreto, que se encuentra en Roma. El arco de la entrada tiene ángeles de bello colorido. Las donaciones piadosas de don Manuel de la Canal, Caballero del Hábito de Calatrava, que fué fundador de la de Loreto, en San Miguel Allende, su patria, se cuentan en la construcción de la capilla. También fueron generosos protectores de ella don Jacinto García Rojas y don Francisco Ruiz de Contreras.

La Virgen de Loreto luce en su nicho lleno de molduras, su brillante ropaje de estofado. Y la rodean, haciendo guardia de honor, el arcángel San Miguel y estatuas de sacerdotes. Todas son esculturas de madera tallada y dorada, con su transflor, pintura de verde sobre oro, plata, estaño y otros metales.

Los reflejos de cuatro espejos adornan más el conjunto artístico. Y dan realce a los calados de madera, que bien semejan bordados de filigrana en manos de hábiles artistas de la gurbia.

Hay lienzos de San Ignacio, San Francisco Javier, padres fundadores, y San Luis Gonzaga, el Cisne de Mantua. Se completa con el del iluminado patrono Evangelista San Juan.

Detrás de la hornacina, donde fulge la Virgen, dos pequeñas esculturas de los padres de ella: San Joaquín y Santa Ana. Apenas miden aquéllas 18 centímetros de altura.

La cúpula es obra primorosa. La sostienen ángeles en actitud de vuelo al infinito. Los rayos del sol, al romperse arriba, forman regueros de luz como si lloviese polvo de oro.

El Relicario de San José, contiguo a Loreto, es también paralelogramo, pero de pequeñas dimensiones. Lo más llamativo son las esculturas en la piedra viva.

El retablo pequeño contiene adornos en su talla, que son mera reproducción de los grandes del retablo mayor del santuario. El escultor esculpió lo que imaginó su rica imaginación, en el amplio y variado estilo churrigueresco. Es el predominante en Tepotzotlán.

En los medios puntos de los asientos hay tres pinturas murales, que se atribuyen a José Ibarra, con motivo de la Huída a Egipto, muerte y coronación del Santo Varón.

Y así son en verdad los tres óleos, con los mismos motivos, que hay en otra capilla. José de Ibarra floreció durante el primer medio siglo del XVIII. Nació en Guadalajara en 1688; en México fué discípulo de Juan Correa "El Viejo", y colega del gran Miguel Cabrera. Sus lienzos son muchos y notables, y fundó escuela como corifeo del murillismo. Murió en 1756.

En las catedrales de México y de Puebla, en el Museo Nacional, en Guadalajara, en Oaxaca y en el Museo de Arte de Filadelfia, sus lienzos son alabados.

En la capilla del Espíritu Santo, de un dorado policromo, donde el estilo churrigueresco cubre todo, no queda en su retablo ni un sitio vano que no esté ocupado con molduras.

Si de estas capillas, que son estuches de policromía, se pasa a la sacristía, el viajero se llenará aún más de nobles emociones de belleza. Lo primero que se admira es una fuente incrustada en la pared, donde el labrado de la piedra son esculpiduras dignas de admiración.

Allí nuevos cuadros de Cabrera, cuando Jesús estatuye la Noche de la Cena Pascual en el Sacramento de la Eucaristía.

Tanta línea armónica y hermosa en telas de pintores, en leños de escultores y piedras cinceladas, refrescan el espíritu y alivian la mente de quien las mira con devoción artística. Los amantes de la plástica belleza se dan un baño de emoción divina. Porque el arte y la belleza son emanaciones de la divinidad.

De este plano se baja a la cripta donde se leen inscripciones en lápidas, de hombres notables que fueron benefactores en la vida de este santuario.

Luego se asciende por una escalera de fierro forjado, y de las tres crujías que tiene se pasa a un amplio salón, que comunica con 15 celdas. Más arriba una terraza cubierta. Desde ésta se contempla la soberbia construcción del monumento, y el extenso panorama que lo rodea por todos los cuatro vientos.

Al entrar se dejó aprisionada entre los muros la fachada de cantería, que es una de las más hermosas de la nación mexicana. Es casi

un cuadro, comprendiendo el basamento de la torre, los 23 metros de altura por 25 de ancho.

Los tres cuerpos en que se divide están llenos de columnas, arquitrabes, rosas, hojas y rostros de ángeles. En los intercolumnios se levantan estatuas en sus hornacinas. El segundo cuerpo tiene la ventana que da al Coro, continúan las mismas molduras de abajo y ostenta la figura de San Miguel en su nicho. El tercero, remata en almenas. Todo es un juego de cantería.

La torre sube su linterna, que corona su cúpula hasta 42 metros con sus mismos bordados de piedra que muestra la portada. Generalmente esta puerta permanece sin abrirse. Sólo en las grandes fiestas se entra por ella.

El interior del templo, que es de una sola nave, mide 43 metros de longitud por 13 de anchura y 21 en los cruceros, y hace gala de un ostentoso retablo. El trabajo de talla en los maderos es, como el de afuera, estilo churrigueresco. Todo es dorado a fuego vivo. Y parece, según algunos, que la madera es corazón rojo del ahuehuete. Este árbol, oriundo de México, es tan resistente como el cedro amargo, y se prolonga reverdecido en miles de años. Llega hasta cuatro mil, según lo observó el sabio Humboldt.

Los estofados en sus nichos los enmarcan las columnas y los adornan las molduras diversas que lo pueblan.

Se acompañan con óleos de artistas afamados en homenaje a las imágenes de santos.

En el retablo de la izquierda del crucero, todos son figuras, medallones, columnas, hojas de una fina argamasa. Como el estilo es de Churriguera, se ha cubierto en general de molduras.

En el retablo del frente, derecha del crucero, lucen de cuerpo entero en sus hornacinas, los tres grandes patronos de las órdenes, quizás las más militantes de la Cristiandad: Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, y San Francisco de Asís. Los tres retablos bien pueden competir en belleza de arte cristiano.

En el patio de los Naranjos, ya dicho, algunos cuadros exornan las paredes de los corredores. Son del pincel celebrado de Javier Juárez, familia de pintores, pues se conoce a Luis y a José Juárez, que actuaron en el siglo XVII.

Cerca se halla la Biblioteca con obras, en su mayoría de Filosofía y Teología. El óleo del arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, adorna el testero del salón, como benefactor del monasterio. También figura, con este honroso título, el Excmo.

don Pedro Ruiz de Ahumada y Mendoza, deudo que fué de Santa Teresa de Jesús, que era Sánchez, Cepeda, Dávila y Ahumada.

El cronista de Tepotzotlán, al hablar del santuario, apunta: "Donde hay un templo, hay una historia; donde hay una historia, hay un museo; donde hay un museo, hay una biblioteca; y donde ésta existe fuerza es que haya civilización".

Caracas, enero de 1946.

XLVIII

CUERNAVACA

Por la calzada de Tlalpan, y cerca del río Churubusco, que da su nombre al antiguo convento hoy museo de guerra, se toma la carretera de asfalto para ir a Cuernavaca.

A la izquierda el camino que conduce al poético rincón de Xochimilco. Todo está lleno de cultivo, en tierra feraz. Allí la vía es bastante ancha. Se empieza el ascenso en curvas, cada vez más ampliadas, hasta el Cantil, a 27 kilómetros.

El panorama que se despliega desde ese mirador, sobre los canales de Xochimilco, es arrobador. En días despejados los dos volcanes muestran toda su esplendorosa blancura. Se continúa el viaje y se corona el Ajusco a 36 kilómetros, que es pleno páramo. A los 40 comienza el descenso de la cordillera. El Ajusco fué un volcán que hace siglos llenó de lava pétrea las colinas occidentales de la capital. Se conoce con el nombre del Pedregal. Hoy lo atraviesa la Avenida de los Insurgentes, que tiene unos 30 kilómetros de largo y más de 40 metros de ancho.

A los 47 kilómetros, después del caserío de "Las Tres Marías,", se cuentan, a la vera del camino, las 14 cruces de las víctimas del caudillo Plutarco Elías Calles. Allí, en ese descampado sitio, fueron ejecutados cruel e inhumanamente, el 3 de octubre de 1927, los alzados contra el Gobierno, una vez caídos prisioneros.

Pagaron con sus vidas el general Carlos Vidal, licenciado Otilio González, Alonso Capetillo, licenciado Rafael María de Escobar, general Miguel A. Peralta, coronel Daniel R. Peralta, capitán Ernesto N. Méndez, Antonio L. Jáuregui, capitán Octavio Almada, general Mariano Ariza, Enrique Monteverde, jr., José Villa Arce, Augusto Peña y el jefe de ellos, general Francisco Serrano. Se publican estos nombres en el orden de las cruces.

Estos fusilamientos sin fórmula legal, en las personas de los caídos en desgracia, siempre serán una mancha del enemigo vencedor. Y es sensible que el general Calles no haya sufrido la sentencia evangélica: *con la vara que mides, serás medido.*

Más abajo del trágico lugar, a los 64 kilómetros, se divisa Cuernavaca, la ciudad tan visitada por el turismo. Los ocotes resinosos de la cumbre son reemplazados por eucaliptos, que despiden aroma de alcanfor.

Antes de recorrer la primera calle a los 7 kilómetros se visita la capilla de Nuestra Señora del Milagro, en Tlaltenango, donde los ex votos pregonan los beneficios que la fe alcanza. Se miran en forma de sarape, como en otras iglesias. Frente, en la plazuela, el busto tosco de cemento del guerrillero Emiliano Zapata, célebre destructor de los ingenios de azúcar.

En la ciudad se encuentran dos épocas, la colonial y la moderna. La primera tiene, digno de conocerse, el cuadrilátero de la catedral, la casa del conquistador Cortés, morada y parque del benefactor José de la Borda, y en las afueras motivos históricos.

El pueblo antiguo apenas posee algunas casonas, hoy hoteles. Sus calles empinadas, torcidas y llenas de piedras sueltas, por lo mal empedradas, demuestran, a la simple vista, el abandono gubernativo. Que tanto en México como en Venezuela, todo el esfuerzo de sus gobiernos se les ha ido en la política, a expensas de la administración.

Lo que más atrae a los turistas, son las ventas de objetos artísticos y útiles fabricados en el país. Además, el clima es grato, pues la altura de 1,524 metros sobre el nivel del mar, lo hace acogedor. Cuando el frío aprieta en México, de noviembre a marzo, los hoteles y casas se llenan de huéspedes.

Que en la parte moderna, camino a las grutas de Cacahuamilpa y vía de Tasco, hoy encuentran, desparramadas y alegres quintas de veranear las gentes acomodadas de fortuna.

Allí las tienen algunos corifeos comunistas enemigos de las propiedades ajenas, según su credo político, pero amantes de las suyas propias luego de convertirse en hombres de gobierno. ¡Que no son de espíritu franciscano los ambiciosos de mando y de poder!

El Palacio de Cortés está construído de piedras labradas, según se ve en las columnas de los dos pisos, tanto en la portada como en el fondo. Este da al barranco. El edificio, que data de 1531, está enclavado en el centro del pueblo. El alcázar fué habitado por doña Juana, esposa del fundador de la nacionalidad mexicana. Alrededor de los

muros corren leyendas. Hablan de la sombra de la *Malinche,* la célebre amiga e intérprete indiana de Cortés.

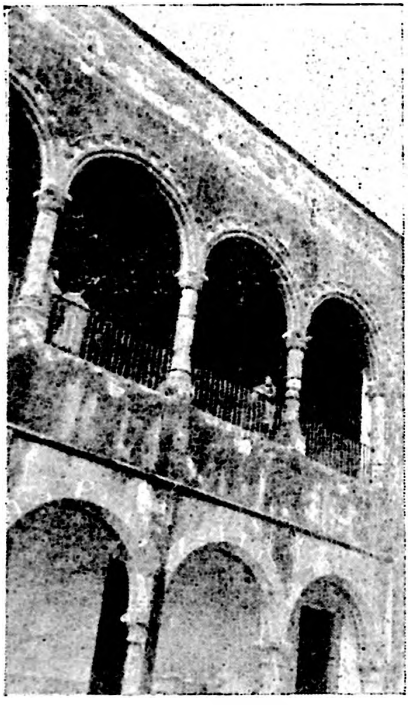
Más tarde allí estuvo prisionero de guerra, en noviembre de 1815, el caudillo Morelos, camino del cadalso en San Cristóbal Ecatepec.

Por los años de 1866 la municipalidad lo ofrendó a los emperadores Maximiliano y Carlota; y cuando cayó el imperio pasó a los gobernadores de México. Pero hoy es casa de gobierno del Estado de Morelos.

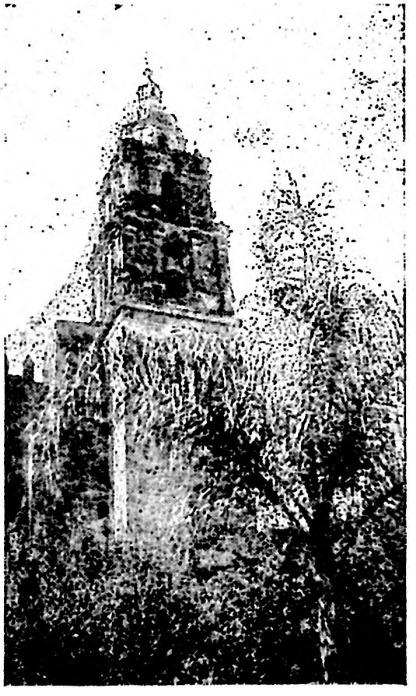
Don Porfirio adornó los salones con tapices que hoy no existen. En cambio, lucen, en el Salón de la Legislatura, retratos de ilustres próceres de la Independencia nacional.

Al subir las escaleras del primer corredor se atraviesa un pasillo y en las paredes del corredor interino, admiran los turistas pinturas murales de Diego Rivera.

Sobre la antigua azotea se alza el moderno observatorio, que luego de subir 64 escalones, se contempla una hermosa perspectiva, en todos los cuatro puntos. Merece la pena del ascenso el panorama.



Arquería de piedra labrada en el Palacio de Cortés, en Cuernavaca.



Torre de la catedral de Cuernavaca, y el bosquecillo del atrio.

El visitante, al bajar, puede salir a conocer los alrededores. En el sitio de Chapultepec el Ojo de Agua que alimenta la piscina, donde la cascada de San Antón, hermosea el paisaje. Los bañistas acuden a divertirse. Cerca de un ahuehuete centenario, con su tronco de 7.40 metros de diámetro, ofrece refrescante sombra.

Por mal camino se pasa a las ruinas o pirámides de Teopanzalco, semejantes a las de San Juan Teotihuacán, pero más pequeñas.

De frente las escaleras de 21 gradas, son de piedra tallada. como todo el teocali. Luego hay dos rampas y en el centro de éstas otra, ahondada en la pared. Que detrás del muro grande hay otras escalinatas con sus rampas.

La parte del muro arriba, donde estaban antes el altar y las piedras de los sacerdotes indios, mide 23 metros por 9.20. Todo esto se encuentra rodeado de fosos. Allí se marcan tres compartimientos con sus adornos. El muro, que mira al oriente, es largo, de 44 metros, y los de norte a sur miden 27. El espesor de ellos es de 3.70 metros. La base de frente es de 31.

La construcción de estos muros es en plano inclinado. Desde este templo en ruinas se contemplan las excavaciones inmediatas, que corresponden a los edificios aztecas, de aquel teocali.

Es también digno de visitar las ruinas de la quinta que fué de Maximiliano en Acapatzingo. Todo está destruído, apenas quedan unas paredes, pues los techos ya no existen. Algunas columnas, de cal y canto, indican que allí fué el comedor. La capilla, frente a lo que fué morada imperial, se conserva mejor, pues la torre aún está en pie. Este sitio queda a sólo 3 kilómetros de la ciudad.

Una vez en ésta se entra en la casa que habitó Borda el minero civilizador. A los departamentos de la mansión se agregan el parque y el jardín, que en su época fueron lo mejor del pueblo.

Como Maximiliano y Carlota amaban el clima templado, esta mansión fué habitada por ellos. Está dividida en dos grandes departamentos por un patio. A la entrada estaban las piezas de la emperatriz, y las del emperador, daban, por un largo corredor, al jardín.

Un terraplén central divide el parque en dos. Tiene pavimento con sus asientos en el mismo pretil, de los dos lados. Llegan hasta la banda del fondo del parque, que es una barranca.

En una de las esquinas de éste hay una glorieta con su terraza. Debajo una pequeña puerta por donde entraban, según dice el biógrafo José Luis Blasio, amigo y secretario de Maximiliano, las damas que tenían cita con el monarca. Parece que el hogar de los dos esposos no andaba en buenas migas de coloquios de amor.

Pirámide en las ruinas de Teopanzalco, alrededor de Cuernavaca.

Escombros del castillo del emperador Maximiliano, cerca de Cuernavaca.

En el parque hay todavía un estanque donde se remaba en las noches festivales. Hoy la casa suntuosa de don José Borda, que alcanzó a los tiempos del imperio, está convertida en un hotel.

Contigua hay una capilla que forma parte de la vieja casona colonial. La plaza principal del pueblo está sembrada de corpulentos laureles de la India, donde se alza, bajo las verdes ramazones, una estatua. Es pedestre, del manco Carlos Pacheco, que perdió el brazo derecho en la batalla de Puebla contra los franceses, el 2 de abril de 1867.

Queda frente al Palacio de Cortés, que ostenta, además de lo ya nombrado, en la portada, cuatro arcos con sus columnas de canteras de granito también.

Se recuerda a los visitantes el conocer en el Salón de Maximiliano la sillería, con su respaldo de talla. Alrededor de las paredes, en madera labrada, los escudos de los Estados de México. El techo cóncavo, con sus pinturas muy deterioradas. Pero hay óleos en buen estado. Uno, en los jardines de Borda, donde aparece Maximiliano; otro,

es Carlota, que desciende de su berlina. Y el más histórico. el Presidente Juárez, tiene a sus pies, hincada de rodillas, a la bella Inés, princesa de Salm-Salm, que le impetra llorosa la vida del emperador. Venía de caer prisionero en Querétaro, a causa de la traición de Miguel López.

En el cuadro aparece, entre las cortinas del salón de Gobierno en San Luis Potosí, el rostro del ministro Lerdo de Tejada, y más odioso que lerdo le apunta: "Ahora o nunca". Ante la voz de su director, el indito de Guelatao se niega a la súplica y Maximiliano cae, acribillado a balazos, en el Cerro de las Campanas.

El visitante regresa a conocer la catedral junto al antiguo convento que es hoy Seminario, con casi un centenar de alumnos del Estado de Morelos. El claustro tiene cinco arcos de oriente a ocaso, cuatro de norte a sur, lo mismo abajo que arriba. Las columnas fueron groseramente embadurnadas de mezcla, estilo de los reformistas. Los corredores altos que lucían frescos en sus paredes, sufrieron también la injuria de los pañetes.

En la iglesia, cerca de la sacristía, se leen en una lápida los nombres de los primeros franciscanos que vinieron a Cuernavaca por enero de 1529: Martín de Lúa, Francisco Martínez, Luis Ortiz, Juan Cerro, Francisco de Soto, Andrés de Córdoba, Juan de Juárez, Juan Motolinia, Fernando de Leiva y Francisco de Leiva.

Los frailes Leivas empezaron la fundación de la catedral, conjuntamente con el convento, a la raíz de su llegada. El sitio donde se erguía el teocali indígena fué el apropiado, según usanza de los frailes. Fué donación de doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, la esposa de Cortés.

Toda la construcción con tezontle, que son piedras del volcán, está coronada de almenas. El interior, de una sola nave y de fuertes muros, termina en una bóveda estilo franciscano primitivo y plateresco. Afuera la sostienen contrafuertes de mampostería.

El convento y catedral se hallan unidos a la capilla de las Dolores, por medio de un amplio portal que servía de hospedaje a los peregrinos. Allí se levanta la enhiesta torre que forma cuerpo con lo demás, en una base de 25 metros. Es de cal y canto. A sus dos cuerpos antiguos se le agregó un tercero, lo que le dió una altura de 60 metros. Exhibe arriba el reloj más viejo de las iglesias mexicanas y fué regalo de Carlos V al conquistador Cortés, cuando lo hizo marqués del Valle de Oaxaca. En esa época le quitó la gobernación del nuevo reino que fundó con su espada de valiente.

El interior de la basílica se adorna con hermosas estatuas de santos. Y en un tiempo, apunta el profesor Higinio Vázquez de Santa Ana, hubo el lucimiento de obras de los primeros pintores: Cabrera, Ibarra, Villalpando, Juárez y otros; hoy los cuadros ya no existen. Fueron saqueados sin dejar el rastro del sacrilegio.

A la entrada, en el extenso atrio de la catedral, a mano derecha, se levanta la capilla de la Tercera Orden franciscana. Portada, que es de piedra tallada, y los altares con sus hermosas imágenes, de madera tallada y dorada al fuego, son estilo plateresco. Todo es arte y armonía entre las diferentes piezas que adornan el interior. Se construyó por los años de 1728 al 35 por frailes franciscanos.

En el costado, frente a la torre, hay una concha de canterías, que responde a la belleza de la portada y retablos de los altares. Allí, junto al columnario, reposan los restos de la que fué en vida ordinaria Amanda Fontanes, muerta en Cuernavaca, el 19 de mayo de 1880, a donde llegó en busca de salud. Pero en la vida literaria de la novela mexicana, quedó inmortalizada por su novio Pedro Castera con el nombre de Carmen.

Los escritores, poetas y artistas que visitan a Cuernavaca, dejan allí su ofrenda de flores en homenaje a la memoria de la mujer que supo amar, y fué una heroína de la pasión humana y divina al mismo tiempo.

Se termina la breve reseña de este rincón mexicano pasando un final de semana en el hotel La Selva, a la entrada de la ciudad, o en Chula Vista, a la salida, con rumbo a Tasco.

En el primero hay un gran salón que sirve para baile en los días de fiesta y en los Carnavales; tiene búngalows cómodos para una familia. El segundo, con alegre paisaje sobre la ciudad. Allí también todo es moderno. Y como la temperatura es templada, son muchos los que se hospedan en ellos, huyendo de los fríos de la capital.

Caracas, enero de 1946.

XLIX

TEPOZTLAN

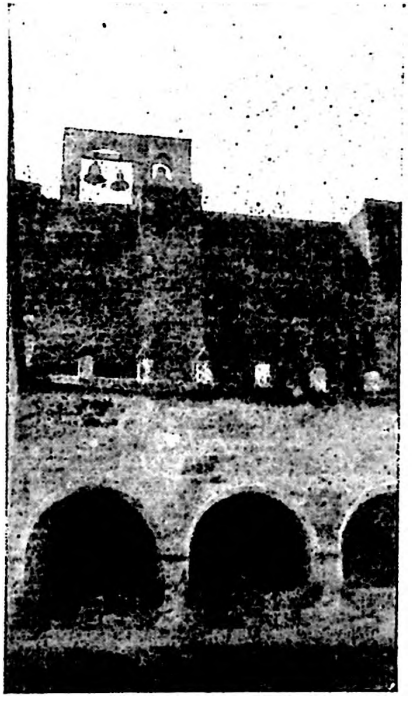
Antes de llegar a Cuernavaca, viniendo de México, en el kilómetro 69 se desvía a la izquierda. En un letrero se lee allí que este nombre significa *orilla de la arboleda,* dado por la tribu *tlahuica.* Es la capital del Estado de Morelos, y cuenta unos 7,000 habitantes.

En los tribunales de Cuernavaca hay algo curioso, como innovación malsana, origen comunista que aún persistía para 1944. Ya en otros lugares se ajustó ese adefesio al criterio jurídico cristiano. Es la inmoralidad del divorcio, en una forma ilegal en otros pueblos. La prensa mexicana se ha ocupado de ese desorden en las costumbres y leyes nacionales.

Cruzando el citado kilómetro se continúa la ruta, por carretera asfaltada, hacia el convento de Tepoztlán, que se halla a 18 kilómetros. En el tercero se encuentra la capilla de Jocotepec, fundada por los franciscanos.

Tiene piedra de talla en la portada que ostenta imágenes en sus nichos. Un laurel de la India, frondoso, cubre casi todo el pequeño atrio. Los inditos dicen que no es centenario, sino que crece y engruesa pronto. En el corral, a un lado de la capilla, sombrea un árbol llamado "flor de corazón", que mide su tronco 3.90 metros. Este sí es centenario, y es semejante a la magnolia, hermosa flor perfumada del trópico.

Capilla en Jacotepec, camino del convento de Tepoztlán.



Arcos y muros de piedra labrada en Tepoztlán. Arriba la rústica espadaña franciscana.

La torre, aunque pequeña, presenta sus tres cuerpos que se estila en todas las torres, no importa su altura. Su construcción es de cal y canto.

El trayecto muestra a los lados tierras de cultivo y de cría, respaldadas por morros que parecen torreones. Como si fuesen castillos que el tiempo derrumbó, o el Popocatépetl, que se mira al fondo, hubiese derruido. El caserío San Miguel, con su capillita y su torrecita quedan en las goteras del convento.

Este se halla rodeado de paredes, y en un extenso atrio los humilladeros están en ruinas.

La portada con sus torres, una más alta que la otra, son canterías acanaladas. Su estilo es romano, sobrio de molduras, y una Virgen en su hornacina luce con dos ángeles arrodillados, en el centro y arriba de la puerta.

Adentro la nave del templo en forma de cañón con su cúpula alta. El espesor de sus paredes es de un metro, que el grueso de las divisorias con la sacristía son de 2.50 metros. El ábside, con sus estríaas son, como toda la construcción, de cal y canto.

La entrada al abandonado convento se hace por la izquierda. El claustro de cuatro columnas con sus respectivos arcos, tanto abajo como arriba, son tallados. En las paredes lucían antes los frescos, pero los reformistas los cubrieron de grosera mezcla, lo mismo que a las columnatas y a las arcadas, donde la talla es un primor. Don Benito Juárez dió sus leyes de Reforma contra la propiedad en los años de 1859 al 60, desde Veracruz.

Los ángulos de los corredores, bajos, en el techo, son de estrías con sus enervaduras. Estilo no usado hoy.

En este convento de frailes dominicos son dignas de observarse las celdas, las más grandes de los muchos monasterios que hay en escombros en México. Desde los ventanales se divisa el amplio panorama, amurallado por vistosos cantiles. Y también las bases del campanario de cal y canto, que miden por lado 4.40 metros.

Las azoteas que cubren las celdas son bóvedas convexas, puesto que los techos de aquéllas son cóncavos. El cuerpo de las torres, a ras de los techos, tienen casi el grueso de la base, de 4 metros.

Para subir y recorrer las cúpulas del cañón, en azoteas convexas, hay que trepar por 21 escalones de piedra. Una vez arriba el visitante se extasía en la contemplación, a los cuatro vientos, de los morros cortados a pico, que da un carácter especial al yermo de Tepoztlán. Especie de enorme anfiteatro construído por la misma naturaleza.

Las almenas de las cornisas, remate de los arcos claustrales, tie-

nen de largo cada lado, 35 metros por 35, pues el claustro es un cuadrilátero, las cuales almenas, en sus ringleras de cada lado son en número de cuarenta, con un total de 160. Semejan una compañía de soldados en facción de centinelas. Como si fuesen guardianes de aquel antiguo lugar del silencio, la oración y la enseñanza.

Para subir a las torres y al dombo del templo, precisa escalar 35 peldaños más, de una escalera angosta.

Arriba el dombo redondo, corresponde al ábside del templo. Está casi rodeado por sus almenas, que en número de 40 marcan sólo tres lados. En el centro se alza un pequeño pabellón sostenido por 4 columnas, como si fuese un nicho, pero sin imagen. ¡Quizás desapareció!

Tiene, además, 5 torrecillas y cada una 4 columnitas. Desde allí se admira bien el trabajo ciclópeo de estos frailes, que lo empezaron en 1550 y lentamente, a través de los siglos, lo terminaron en 1880. Desgraciadamente en la América hispana esta continuación de las obras públicas sólo se observa en las congregaciones monásticas. Porque los gobiernos, por sistema político, las dejan empezadas.

Alrededor de este formidable convento, donde todo revela a las claras que fué construído para la eternidad de las cosas humanas, se miran capillas donde sus torres y cúpulas se confunden con los murallones acantilados.

Ningún sitio más cónsono con la misión civilizadora de los frailes en América, que el de este monasterio. La temperatura es templada. Las gruesas paredes tienen un doble objetivo, contra el calor y contra el frío. Además, los paredones naturales lo mantienen aislado de los vientos y rachas del frío norteño.

Se completa con las dependencias de la planta baja, refectorio, salón de profundis y biblioteca.

El nombre de Tepoztlán significa *lugar de fierro,* que debieron de encontrar los indígenas en las escarpaduras de sus peñascos.

Quien visite a Cuernavaca, que no deje de conocer el antiguo convento de los dominicos. Está casi como lo dejaron sus moradores.

Caracas, enero de 1946.

L

GRUTAS DE CACAHUAMILPA

Pasando Cuernavaca, rumbo a Tasco, se toma a la derecha. Sus orillas las sombrean pinos, pirules y eucaliptos. Los jacales entre vistosas campanillas azules y blancas, como la bandera argentina.

A los 92 kilómetros se van juntando los cerros; y en el 98, un sembrado de flores rojas alegra el paisaje. Al llegar al 100, en Alpuyeca, se toma a la derecha, que lleva a las de *Xochicalco,* porque abundan por allí las flores blancas. Un desvío de tres kilómetros, por mal camino, conduce al antiguo teocali azteca.

La pirámide está reconstruída en sus 14 gradas, con 17.50 metros de anchura. Del lado oriental las molduras pétreas, son superiores al opuesto, que mira al lago inmediato de Coatetelco. Los demás están llenos de grabados simbólicos. Se sube por la gradería del norte, que muestra figuras alusivas al culto cruento y bárbaro. El panorama, desde ese promontorio, es soberbio.

Al regreso se costea el lago Coatetelco, donde los vecinos recuerdan, con susto aún, el paso de Emiliano Zapata, el guerrillero destructor de haciendas.

En Miocatlán, caserío de las orillas, llaman *casahuates* a las flores blancas, al despojarse los arbustos de sus hojas. El venezolano que pasa por allí, entre estos altares florecidos de blancura, evoca sus poéticos búcaros cuando se cubren sólo de flores rojas.

Al llegar al kliómetro 24, se entiende desde Alpuyeca, se miran los escombros de un antiguo monasterio. Y muy cerca el pueblecito de Tetecala con su iglesia, cúpula y su torre. A la izquierda el río que le da su nombre. Empiezan los cultivos de bananos y caña de azúcar, donde el ingenio reconstruído recuerda a Zapata, su enemigo.

Un plantío de papayos anuncia el caserío de Ocotlán con su iglesia. Allí el nombre evoca el hermoso santuario cerca de Tlaxcala.

En el 45, los cerros se juntan más y un río se divisa abajo, en la cuenca, el que viene de las grutas. Al llegar a éstas una plataforma construída junto a la oficina de los guías da fácil acceso a los visitantes. Estos, en su mayoría, son mexicanos. Llegan por centenares los jueves y los domingos. A las dos de la tarde empieza la visita. No son necesarias las linternas, pero si se llevan es mejor. Hay alumbrado eléctrico. El gobierno no cobra nada por el buen servicio de los guías, sin el cual no es posible conocer las grutas.

La entrada es amplia. El primer salón, luego de atravesar las escaleras del pórtico, tiene figuras con los nombres de lo que semejan. La gota de agua carbonatada, al constante caer durante siglos, va formando caprichosas formas. De allí los nombres, el Baño de las Hadas, el Pedestal de los Borregos, la Torre Chinesca, el Casco del Centurión, las Fuentes, el Dios Buda.

Son las principales figuras que nombran los guías oficiales. Unas son las estalactítas que penden de la techumbre rocosa y húmeda;

otras las estalagmitas, que suben del suelo hacia arriba. En ocasiones son columnas, al juntarse las que bajan con las que suben. Los conos de estas concreciones calcáreas son invertidos, las primeras hacia el piso, y las segundas hacia el techo. El primer salón acaso mide unos 40 metros de altura.

El segundo, llamado El Alhajero, o sea cofre de alhajas por su belleza. Allí una lámpara china, trompa de elefante, perro pequinés, con sus colmillos de elefante, y el paso del águila.

En el tercer salón se admira la torre de caracol, un árbol, un globo gigante, un águila con sus alas desplegadas y una persona en actitud orante.

El cuarto contiene un juego de cortinas y una terraza, que el guía nombra turca.

En el quinto se imagina el visitante ver una plaza de toros, con sus coronas y la silueta de quien preside la corrida. Hay esbozos de tronos: del Rey, Reina y Príncipe, una lámpara, un árbol, el Ahuehuete, el de la Noche Triste de Cortés, donde lloró su derrota el 30 de junio de 1521. Luego un púlpito con su calavera al pie, y algo que semeja fuego sagrado. El paso al siguiente salón es jabonoso, porque el agua lo mantiene así. Es peligroso al pisar.

El sexto se llama Panteón por similitud con las tumbas. Una portada de querubines; Tasco, por sus techos en escalones, y terminan las principales figuras con un nacimiento o pesebre. Como tiene buen alumbrado, el símil se ajusta al nombre.

En el séptimo se encuentra el bosquejo de una Plaza de Armas. Las dimensiones de éste son 52 metros de altura por unos 35 de ancho. Este ancho, con poca diferencia, es el de todos los salones. Se divisan dos torres. La bóveda, un poco plana, es casi circular. Se perfilan también la silueta de una lámpara de fina filigrana y una sombra de un mantón de Manila.

El octavo salón lleva el nombre del volcán Popocatépetl, y tiene las figuras del Caballero Aguila, Mefistófeles y del manco Obregón.

En el noveno hay una especie de pedregal que se denomina del Muerto. Porque hace unos 75 años allí murió un explorador atrevido. Entró con su lámpara de carburo, y al apagarse ésta no pudo salir. Al cabo de dos años allí se encontró el esqueleto de un hombre.

El décimo, dedicado al Dante, porque una de las estalactitas semeja al inspirado de Beatriz vagando en el Infierno de los réprobos.

En el décimoprimero se perfila como principal figura el nopal con sus pencas llenas de tunas. Los mexicanos que lo visitan recuer-

Entrada a las Grutas de Cacahuamilpa. El autor con su familia.

Otro motivo en la entrada de estas grutas. El autor, su familia y los guías oficiales.

dan al punto los versos que Jorge Negrete canta en una de sus películas:

"Guadalajara en un llano,
México en una laguna,
Me he de comer esa tuna
aunque me espine la mano.

L'águila, siendo animal,
se retrató en el dinero;
y pa subir al nopal,
pidió permiso primero".

Cantar esto en esta honda concavidad de las rocosas peñas, sería cosa digna del artista mexicano, dado lo sonoro del lugar y la prolongación del eco.

El décimosegundo salón son las Pagodas, por la semejanza con los templos hindúes; y también se pretende ver la figura de un hombre-orangután.

En el décimotercero aparecen unos cirios. Este salón se estrecha para continuar al siguiente. Se pasa por dos estrecheces, la de los agachados y la de los jorobados, a causa de la manera de atravesarlos. Para un venezolano, conocedor de la Cueva del Guácharo en el Estado Sucre, viene al punto su recuerdo. Al terminar el gran salón, a 800 metros de profundidad y entrar en el del silencio hay que arrastrar el cuerpo por la estrechez de la abertura. Tanto las Grutas de Cacahuamilpa como la Cueva del Guácharo, diferentes en sus dimensiones, merecen ser conocidas.

El americano que recorra a España debe visitar "La Cueva de Altamira", en la provincia de Santander. No está llena de las creaciones calcáreas de la gota de agua milenaria, sino de pinturas murales en la roca viva, de utensilios y restos humanos. Las páginas de Emiliano Aguilera en "Las Maravillas del Universo", deben ser leídas por los viajeros amantes de la naturaleza.

En el décimocuarto salón, tan amplio como los primeros, muestra en sus caprichosas figuras una botella de champagne, y dos elegantes torres que llama el guía Santa Prisca de Tasco. Allí una pequeña cuesta pedregosa titulada del Calvario.

En el décimoquinto, un lugar llamado La Lagunilla, que trae el nombre del mercado en la ciudad de México, de cosas *chuecas,* que en el argot del bajo pueblo son los objetos robados. En este salón el nombre es porque se llena de agua. Los demás apenas son húmedos. Es uno de los más altos, cuyo techo llega a unos 50 metros con una anchura de más de 30. El salón más grande, en la Cueva del Guácharo, apenas mide 23 de ancho por 26 de alto.

El décimosexto salón, con sus palmeras, por semejantes las estalagmitas a los troncos de aquéllas sin sus ramas. Allí un ascenso, por sobre piedras, un tanto molesto. Tiene cerca de cien metros de largo para llegar al árbol de Santa María de Tule. Enormes moles de calcáreas petrificaciones. El pensamiento se pierde en calcular los millones de gotas de agua y los centenares de años, para semejante concreción.

Se recuerda que el ahuehuete de Tule mide en su base cuarenta metros, fuera de las entradas y salidas del tronco, que son doce metros más.

En el décimoséptimo se mira, casi en realidad, un oso blanco en-

trando en su cueva de nieve. La impresión que da al visitante es de gran efecto.

En el décimooctavo, llamado de las coliflores, porque hay plantas de hortaliza. En éste se ve bien cómo es la caída de la gota, que deja su cal y el agua libre escurre al suelo.

El décimonoveno se conoce como el histórico salón de la Emperatriz Carlota, pues llegó hasta él en su visita a mitad del año de 1866. En una roca dejó su nombre, que todavía perdura. El biógrafo de Maximiliano, su secretario José Luis Blasio, confirmó el dato. El emperador no visitó las grutas, como tampoco fué a la bella Mérida de Yucatán, que Carlota sí conoció.

El año 66 no estaba descubierto el salón vigésimo, que se denomina La Gloria. Hay un palacio de cristal, que bien semeja la cal petrificada. El Capitolio de Washington, los órganos, como se llaman cierta clase de cactos en México, las pirámides de Teotihuacán y, por último, una campana, porque es sonora al golpearla, aunque sea con la sola mano empuñada.

Para el año 41 había, sin alumbrar, seis salones más. El recorrido de los veinte es cuestión de unas dos horas. Al contemplar con alguna atención aquellos centenares de molduras, columnas, arquitrabes, volutas y todo cuanto el arte arquitectónico ha creado en los grandes monumentos mexicanos, la admiración crece y crece más ante la obra de la naturaleza.

Las grutas de Cacahuamilpa son una lección objetiva de la suprema inteligencia creadora. Allí, todo cuanto una imaginación calenturienta de artista creador pueda concebir, se halla en concreto con carbonatos de cal, de una blancura impecable.

Esa gota de agua, cayendo sin cesar y sin intermitencia alguna, y en silencio labora sus caprichosas y múltiples figuras, es una imagen real de lo que puede la constancia humana. Una virtud formadora de genios y de las obras que más alaba el pensamiento humano.

Si el gobierno mandara a los pintores paisajistas a copiar todo cuanto tiene cada salón, para luego estamparlo en postales y en álbumes, haría la mejor propaganda a semejantes maravillas.

Cada visitante compraría un recuerdo, como hace el turista en todos los sitios históricos que visita. Al salir se contempla con cuidado, a manera de un descanso, la entrada. Tiene cerca de 20 metros de altura por unos 40 de ancho.

Estas cavernas milenarias fueron descubiertas en 1833, porque un fugitivo se refugió allí por un tiempo, y al abandonar la cueva dió aviso de ella. Desde entonces las grutas de Cacahuamilpa, que en

indígena significa *tierra de cacahuetes,* que es el maní tropical, han sido visitadas por mexicanos y extranjeros. Y sólo distan de Cuernavaca 75 kilómetros.

Se termina este Rincón con el canto de la colombiana Josefina Pla.

"La mágica caverna
de las estalactitas, que alonga en sombra eterna
su columna feérica, me contó su secreto:
—Yo fuí, desnuda y mísera, la vulgar espelunca,
la grieta siempre hambrienta
de sol, donde la luz no penetraba nunca.
Fuí la lóbrega arteria en donde el agua lenta
mordiéndome la carne tenebrosa corría
al reclamo imperioso y constante, hacia el mar.
(Y esa agua, como un llanto, llegábame al pasar).
La fiera me buscaba y el hombre me temía.
En mi seno santuario hizo el pavor;
toda bestia de sombra y de tristeza, mía
fué. Matriz irredenta de las supersticiones,
mis bóvedas sangraban sin descanso aquel agua,
royente como el llanto de las desolaciones.
¡Así, por mucho tiempo! Pero al fin, lentamente,
aquel llanto en silencio, incansable y paciente,
cuajó en la enorme gema de las estalactitas
y en las estalagmitas se irguió resplandeciente.
Cada lágrima, en sombra, hizo faceta;
cada gota fué chispa de maga luz inquieta.
Ellas me han hecho bella, y en la sombra precita
me erigieron la lámpara de una fiesta exquisita.
. . . . . .
Soy obra de unas lágrimas en la sombra lloradas".

LI

SANTUARIO DE OCOTLAN

Camino de Puebla, en el kilómetro 46, se halla un grabado en la roca viva "Peña del Gato", que dice que en 1926 Plutarco Elías Calles, presidente comunista, inauguró la carretera.

Al punto el viajero recordó que durante el año de 1927, en el sitio "La Peña de Mora", inauguró el dictador Gómez la carretera de La Guayra. Llevó la palabra Carlos Borges, uno de los talentos más brillantes de la patria.

Al recorrido de 90 kilómetros se llega a Texmelucan, y a los 115 a Tlaxcala. Los campos entre estas dos poblaciones están llenos de cultivo. Los cerritos que hermosean la vía asfaltada, se miran coronados de artísticas capillas. El clima de la región es un tanto templado.

Al llegar al zócalo de Tlaxcala se toma una ancha calle a la derecha y se sube por carretera de tierra. Es una curva muy forzada con la forma de una "C" bien cerrada.

Al coronar la cumbre del santuario se divisa, a la izquierda, la planicie donde se extiende la ciudad de los antiguos tlaxcaltecas, aliados del conquistador Cortés. El panorama es de una belleza propia de los rincones mexicanos.

La portada del templo, a cuyos lados se alzan imponentes las dos torres es toda estilo churrigueresco, que habla tanto a la fantasía.

En la concha principal, que corona el segundo cuerpo del frontis, se encuentra un ventanal que sirve de nicho a San Francisco. Sobre sus hombros soporta el peso de tres globos; son las órdenes monásticas que fundó. A sus lados juegos de columnas y molduras, que vienen de las que enmarcan la puerta de entrada. Sobre la concha, un reloj.

Las dos torres elegantes continúan la base que son de ladrillos limpios. Cada torre tiene dos cuerpos con frisos, columnatas y arquitrabes, todo de ladrillo y argamasa. El estilo de toda la hermosa portada es churrigueresco puro. El interior es de una sola nave, y en dos de sus ángulos se alzan las figuras de San Pedro y San Pablo. Luego varios altares donde lucen imágenes entre columnas.

La bóveda es un artesanado todo él en estuco de hojas y rosetas blancas. Y la cúpula que remata la obra es una hermosa alegoría donde se entrelazan volutas, hojas, escudos, guirnaldas y conchas doradas.

En el retablo del altar mayor son de admirar las esculturas de San Juan, San Mateo, San Joaquín y San José, que rodean a la hornacina central, donde fulge la imagen aparecida de la Virgencita de Ocotlán. Es de notar en esta talla lo atrevido de los santos en relieve, que parece como si fueran a desprenderse de su retablo.

La leyenda que rodea de un halo luminoso a la aparecida del Santuario, dice que allá en 1670 en la loma de Ocotlán, donde se levanta el templo, sucedió un hecho. El indito Juan Diego, nativo de Santa Isabel Xiloxostla, de Tepeyanco, bajó al río de Zahuapan, que desagua en el Atoyac, que va rumbo a Oaxaca, y allí tuvo una visión. Se advierte que

en las orillas del río flotaba el milagro, porque sus aguas eran curativas contra la viruela, que tanto azotó a la raza indígena.

Por esa razón el indito, al pasar por el cerro de San Lorenzo, cuyas faldas las humedece el milagroso Zahuapan, vió la imagen de la Virgen y le habló de una fuente medicinal al pie del ocote. Hoy se encuentra allí un pocito de aguas curativas.

El indio Juan Diego escuchó estático que la visión le ordenó que fuera adonde los franciscanos, a fin de que éstos llevaran la Virgen del ocote que ardía, y la consagraran en una capilla en San Lorenzo.

Al efecto, los frailes hallaron el pino resinoso que ardía, y en él la imagen. La misma que sigue ardiendo en llamas de fe, fuente viva del milagro. Que al santuario de Ocotlán acuden los creyentes, de toda la comarca, a implorar de hinojos el beneficio de la gracia.

Cada vez que el suscrito se encuentra con este pino tan útil y legendiario por sus virtudes, evoca la poética figura que le hizo Rosa Claps. Esta inteligente argentina dice al autor de "Jaculatorias" al referirse a la sintética "Biografía de Miranda": "Su libro es como usted, como su obra, como su vida misma, leño de resina olorosa siempre encendido". El escritor colombiano Luis Eduardo Nieto Caballero, al referirse a la misma Biografía, escribió: "Y el pequeño folleto queda ardiendo, como lámpara diminuta e inextinguible, ante la sombra gloriosa de Miranda".

Coincidencia histórica. Los papeles de Miranda, de donde sacó el autor ese folleto biográfico, estuvieron arrestados en la Concergerie de París en dos ocasiones en 1793; y luego en La Guayra, en Venezuela, en 1812, fueron llevados a Londres, donde permanecieron ignorados hasta 1927, que regresaron a Caracas. La "Biografía" estuvo arrestada al final de la dictadura de Gómez, en el gobierno de López Contreras y al caer el de Medina Angarita, y quemada la biblioteca del suscrito, creyendo las turbas que eran de Parra Pérez los ejemplares que allí había, quedaron casi todos en cenizas.

Al salir del santuario, donde flota eso que la razón ignora, y que los partidos totalitarios de Europa, en marcha al fracaso, trataron de borrar de sus programas como en México, el alma llena de unción musita plegarias de amor, de fe y de esperanza.

Y más aún, en épocas duras, donde las locuras pasionales de los hombres han enturbiado las ideas.

Al regreso se atraviesa la histórica Tlaxcala, y si el turista llega a Santa María Chiautempan, admira la pequeña iglesita en la plaza del mercado el día domingo.

La sencilla portada de petatillo, calado indígena, es de cal y canto encalada como sus dos torres. La alta con sus dos campanarios; y la pequeña con sus tres arcos, a manera de rústicas espadañas, de donde penden las campanas.

El pequeño mercado es rico, como todos los mexicanos, no importa su tamaño, en flores y frutas. Entre éstas hay las guamas lisas, como las de Venezuela, que allá denominan simplemente vainas. El viajero recordó las muchas que fructificaron cuando López Contreras recibió, en plena paz, la herencia portentosa del dictador Gómez.

En Santa María Ciautempan hay venta de sarapes, de todos tamaños y de diversos colores, que ningún turista desdeña la adquisición de ellos.

De allí se continúa la carretera asfaltada, en unos cinco kilómetros más, hasta el pueblo de Apizaco. Es una estación del Ferrocarril Mexicano, la mejor línea cuando estaban los rieleros en orden.

En Apizaco hay la venta de bastones labrados en relieve artístico, y otros muchos objetos manuales. Porque en México, nación de arte, como la más en el continente americano, cada pueblo o sitio tiene su especialidad en labores artísticas. Por eso se repite una vez más que México es la Meca del turismo americano.

Caracas, enero de 1946.

LII

SILLERIA SANAGUSTINIANA

Los padres agustinos llegaron a México en junio de 1533, en número de 7, presididos por Fray Francisco de la Cruz. Les precedieron los franciscanos, en 1524, y los dominicos, en 1526.

Con los agustinos vinieron arquitectos, que ejecutaron obras más acabadas. De ahí la suntuosidad de su convento, de piedras talladas, donde se encuentra hoy la Biblioteca Nacional. Pero el mismo director, don José Vasconcelos, sostenía que era inadecuada para esa institución.

La iglesia en construcción duró de 1541 a 1587, pero desgraciadamente se incendió en 1676. El techo era una joya de madera tallada. El cronista no dice que la incendiaron. Sucedió lo mismo que en la capilla de San Miguel, cerca de México, y en la Iglesia de San Francisco en Guadalajara. Acaso descuido de una luminaria de los devotos. ¡Que no es de suponer siquiera, que fueron manos sacrílegas!

No acaeció lo mismo con la Biblioteca del suscrito, que sí fueron manos incendiarias de lesa cultura, las que prendieron fuego, una vez abandonada por el inquilino doctor C. Parra Pérez, canciller del régimen medinista.

Los padres agustinos, con el ánimo puesto en Dios y las manos en la obra, reconstruyeron lo incendiado y levantaron un suntuoso templo. ¡Que el espíritu que animó a aquellos civilizadores, anime también al autor de "Jaculatorias" en la formación de su "Biblioteca Fénix". ¡Con este nombre simbólico, al enviar varios de sus libros, la bautizó su amigo y colega el historiador colombiano don Germán Arciniegas, al presente Ministro de Educación Nacional.

Fué entonces cuando artífices de la gurbia tallaron la Sillería del Coro. Toda ella de nogal y en estilo barroco, sin mezcla de otro alguno.

No se conocen los nombres de tan artística escultura, aunque el profesor don Manuel Toussaint supone, con buenos datos, fueron los mismos que labraron la Sillería del Coro de la Catedral, Juan de Rojas, Andrés de Roa, Tomás Juárez y Joaquín Rendón, grandes tallistas del siglo XVII.

Cuando la Reforma del indito de Guelatao, azotó con sus leyes destructoras la civilización cristiana, la iglesia y convento sanagustinianos sufrieron sus iras iconoclastas. La sillería desarmada, en castigo de su belleza artística, fué a parar en premio de sus tableros tallados, a los rincones del templo abandonado. Desde 1861 hasta 1895, o sus cercanías, perecieron allí las 254 piezas de la obra. Y cuando volvieron a juntarlas sólo hallaron 153. Las demás desaparecieron.

El antiguo convento de San Ildefonso, con sus dos grandes claustros de tres pisos y sus columnatas y arquerías, todas ellas de piedra labrada, fué convertido en la Escuela Preparatoria. El director logró que trasladaran los tableros sueltos de la castigada Sillería a un salón llamado "El Generalito".

Allí el 17 de septiembre de 1895, en la celebración de las fiestas patrias, el antiguo ornato del Coro de San Agustín, lució de nuevo sus pasajes bíblicos. Más tarde, en 1933, al profesor de escultura don Guillermo Toussaint, se le encomendó la restauración de varias sillas. Que siendo salón de cátedras los estudiantes, cosa natural, iban destruyendo muchos de los pasajes que constituyen las molduras.

Todavía, en 1942, cuando el suscrito visitó por vez primera ese templo del arte, encontró que allí se daban clases. ¡Y las molduras sufrían el deterioro estudiantil! Hizo observaciones al director sobre el valor artístico de aquella Sillería, única en el mundo americano. Y

grande fué su satisfacción cuando de nuevo volvió a "El Generalito" y halló que el salón servía sólo de museo.

Del valor de aquellas tallas bien lo dice el director Toussaint: las figuras del asiento, respaldo y copete son de tan abultado relieve, que parece como si en realidad se saliesen del cuadro. Y en efecto, mirados con detención se encuentra que Adán y Eva, desnudos en su pecado, se salen del Paraíso; que los animales, en vísperas del diluvio, se atropellan por entrar en el Arca de Noé; que Abraham, en su obediencia servil a Jehová, el caudillo de su pueblo, aun contra su misma sangre, levanta el cuchillo para el sacrificio de Isaac, su hijo. Pero donde más se admira el alto relieve de las figuras bíblicas, es en los Jinetes del Apocalipsis de San Juan. Estos, sobre sus bestias aladas, parece que vuelan por el espacio.

Los detalles del vestido, del movimiento, de la expresión del rostro, añade Toussaint, son tan vivos que los pasajes bíblicos se ponen en acción.

El tiempo sobre la madera del nogal les ha dado un barniz, que aumenta la precisión de los personajes en todas las entalladuras.

Las manos de los artistas que cortaron los tableros al labrarlos, dejaron en sus cortes la firmeza de sus trazos. De modo que las nuevas tallas se conocen al punto, al fijarse en ellas con alguna detención.

De los cuadros, ya encajados en sus respectivas sillas, faltan unos 18 tableros que se encuentran en el Museo Nacional, instalado hoy en el Castillo de Chapultepec. La dirección está a cargo del conocido hombre de letras y de artes doctor José de Jesús Núñez y Domínguez.

Tocó al Instituto de Investigaciones Estéticas de México, llevar a cabo un empeño de altos alcances. Labor encomendada a don Rafael García Granados, de identificar los pasajes bíblicos de los 160 y más grabados. Los tableros en sí no tienen nada que indique lo que representan para los profanos. Se procedió a fotografiarlos. Dos artistas de la cámara oscura tomaron vistas, doña Dolores Alvarez Bravo y don Luis Márquez. La casa de éste es un museo de arte. Ha recorrido gran número de pueblos del interior de donde ha traído objetos y vestidos, que caracterizan cada región. Y son un centenar de trajes con que vistieron los colonizadores a los indios. Las fotografías de Márquez, tienen tal valor que ha ganado medallas en exposiciones en los Estados Unidos del Norte.

Una vez retratados los dibujos de la Sillería, vino la identificación de paisajes y personajes bíblicos. El maestro García Granados llamó en su auxilio como intérprete a la señora Martínez de Henestrosa, marquesa de Cilleruelo, al R. P. González Brown, al arquitecto señor

García Pimentel. Todos ellos competentes en el conocimiento de las Sagradas Escrituras.

Los 153 grabados que se interpretaron cabalmente constituyen dos tomos de láminas. El primero contiene 47 versículos del Génesis; unos 33 del Libro de los Reyes; y 16 del Libro de los Jueces. Del Nuevo Testamento sólo grabaron los escultores de la burgia unas 20 del Apocalipsis. Cada lámina teine un buen tamaño para álbum 24 por 18 ctms. El segundo cuenta con unos 90 versículos del Pentateuco, libros varios y de algunos profetas. Todos del Antiguo Testamento.

Con estos 153 grabados, reproducidos en otras tantas bellas láminas, se tapizan muy bien las paredes de una biblioteca. Y son un adorno único, porque no hay otro igual en América y porque el tallado es de suma belleza.

Cada fotografía presenta en el centro el motivo del versículo creador, encuadrado en un marco, todo él tallado con sus columnas, arquitrabes, rosetas, hojas y caritas de querubines. Estos dibujos son semejantes, pero como son a mano todos se diferencian entre sí. Y al pie de ellos la respectiva leyenda bíblica. Los intérpretes optaron por la traducción de Torres Amat, como la mejor de todas.

Allí permanecen inalterables las múltiples enseñanzas del libro sagrado. Pasan los siglos y Caín continúa matando a su hermano Abel, los hijos de Lot se avergüenzan de la embriaguez de su padre y su esposa, por mirar atrás, se convierte en estatua de sal. Toda la vida humana con sus vicios, sus virtudes y pasiones desfila por esos versículos, grabados en leños inmortales para la Sillería de los frailes agustinos.

Quien visite a México, venga de donde viniese, y salga de donde *salgare*, como decía burlonamente Samuel Darío Maldonado, debe conocer el salón llamado "El Generalito". Se encuentra en la Escuela Preparatoria, que es el antiguo convento de San Ildefonso.

Caracas, febrero de 1946.

LIII

SAN AGUSTIN ACOLMAN

En la ruta sanagustiniana, que empieza en el salón del Generalito, en el antiguo convento de San Ildefonso, se encuentra el convento de Acolman. La ruta termina en Ixmiquilpan, a 159 kilómetros de México.

Es la vía asfaltada que lleva a Pachuca, capital de Hidalgo, y donde se halla una calzada que detenía las aguas de lluvia. Estas caen en el gran canal, que arrastra perezosamente las aguas sucias de la ciudad hasta desaguarlas en el río Tula.

Al terminar el terraplén, donde se abrían las compuertas, se llega a San Francisco Ecatepec, donde fué fusilado el 22 de diciembre de 1815 el caudillo Morelos. En recuerdo hay dos monumentos con sus respectivas inscripciones. La casa hospedaba a los virreyes antes de entrar en la capital. Hoy es un museo con los documentos relativos a la vida pública del héroe allí sacrificado.

En el patio existe un pozo artesiano construido en 1864 con fondos del Ministerio de Fomento, continuación del Consulado. Surtía de agua potable a los moradores de la antigua posada.

Al dejar el histórico sitio se atraviesa un soberbio puente de hierro de doble vía sobre el canal de aguas malolientes. Los mexicanos, enfrascados en su política del obrerismo, cada día se atascan más, según los decires de la prensa. Por esa razón han abandonado el problema del canal del desagüe, que es de suma trascendencia.

Al llegar el turista a la Venta de Carpio, se cruza a la derecha, hasta dar con el convento de Acolman. Unos 45 kilómetros. El vocablo es náhoa, y significa *brazo con hombro*. Tiene su leyenda, que recogió Fray Andrés de Olmos. Una flecha de sol, al clavarse en la tierra, se convirtió en el primer hombre de esa región. Este sólo tenía brazos, hombros y cabeza.

Los habitantes que salieron de este *Aculmaite* sacrificaban a su dios guerrero, llamado *Tezcatlipoca,* víctimas humanas, hasta que la conquista los civilizó.

Es curioso el tributo que pagaban al encomendero: en plata, tejidos de henequén, frutas y legumbres en todo el año.

La fundación del monasterio data de 1539, siendo Fray Jorge de Avila el provincial de los Agustinos constructores. Durante una serie de años la tarea continuó. En 1548 tocó al ábside y a la crucería de la bóveda su terminación; y en 1560 quedó lista la portada, de puro estilo plateresco.

Todavía en 1735 se trabajaba en la iglesia. Como el sitio está en la zona que forma el Lago de Texoco, la planta baja fué inundada y permaneció azolvada por mucho tiempo, en cerca de 2 metros de altura. Fué preciso que la Inspección General de Monumentos viniera en 1920, en plena revolución, a restaurar los deterioros del convento sanagustiniano. Hoy se miran, desde el segundo piso, todos los desastres en columnas, arcos y molduras del claustro bajo.

Lo primero que admira el visitante es la cruz de piedra, fuera de los muros y frente a la entrada principal. Es obra del siglo XVI. La parte alta, estilo renacentista, ostenta una cabeza de Cristo en el cruce de los brazos. El corte del trazado denota vigor y fuerza creadora de la mano que la esculpió. Todo el cuerpo de la cruz muestra, abajo y en los brazos, símbolos de la pasión. Al pie de la peana hay una Dolorosa, una calavera y otros signos. El cuadro del INRI, en piedra también, es de admirable corte.

Como la rodean árboles y arbustos llenos de un varillaje entrelazado, el conjunto, de una belleza agreste, predispone bien el ánimo para conocer todo el monumento colonial.

La impresión, una vez en el atrio, que deja la original fachada con sus tres espadañas, es de sugerencia artística. A los lados las almenas en que termina la pared frontal.

La puerta es un arco de medio punto que lo encuadran columnas pareadas con un frente decorado. En los intercolumnios las estatuas

Cruz de piedra labrada frente al convento de San Agustín Acolman. El autor y su sobrina la señora García Dávila de Guzmán Blanco.

Fachada, torre y puerta cerrada y rota en la capilla del pueblo de Acolman.

de San Pedro y San Pablo. El friso muestra tritones, cabezas de león y ángeles. La cornisa donde remata el columnario, tiene molduras y hombres con cestas de frutas. Sobre la cornisa central tres pequeños nichos con ángeles y una figura decapitada. Más arriba una ventana, tipo plateresco, como la puerta, con sus columnillas. A los dos lados escudos incrustados en la pared.

En el interior del templo resalta la bóveda del coro con sus nervaduras de argamasa, trazando figuras geométricas. En las paredes de la nave única hay retablos churriguerescos sobre el muro. Menos costosos que los tallados en madera y dorados al fuego.

Pero también los hay de madera como el de la Anunciación. Se apunta que el arco que divide la capilla mayor del resto del cañón, forma con la nervadura y la crucería una estrella octagonal.

La capilla mayor luce en sus muros grandes frescos de santos, papas, cardenales y otros personajes ilustres de la cristiandad.

Hay puertas, ventanas y molduras reconstruídas, pues la inundación de la presa ofendió en gran parte tanto el convento como la iglesia.

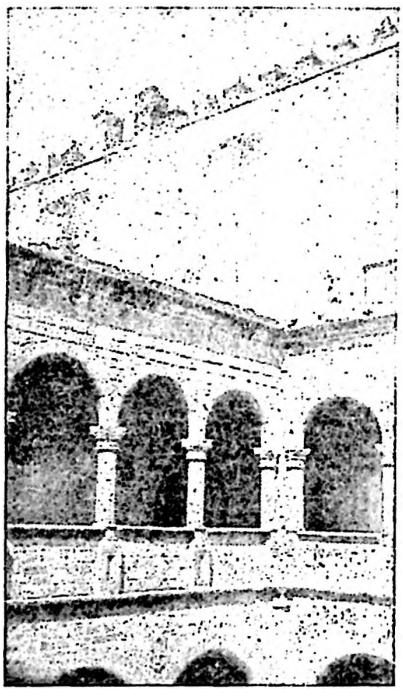
El claustro mayor, planta baja, estilo renacentista que es sobrio y bello, presenta destrozos que hizo el azolve o cieno, al romper columnatas, arcos y molduras.

Del refectorio, rico en frescos, se llevaron modelos para pintarlos en la Universidad Nacional de México. Allí se marca la tribuna donde un fraile leía durante las comidas. Práctica igual había en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús en la Gruta del Táchira, que fundó monseñor Jáuregui, sacerdote de grata memoria.

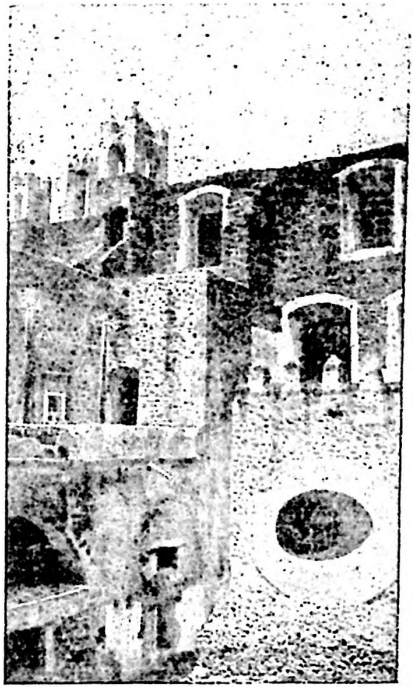
Contiguo al Salón de Profundis, donde se reunía la comunidad para deliberar, está el claustro pequeño. Se distingue por sus arcos, cornisas y arquitrabes más toscos. Y en el centro una cruz de piedra, sin molduras.

Por suntuosa escalera, de piedra tallada, se sube al claustro alto. Allí todo es más esbelto y acabado, en el elegante estilo renacentista, que es el predominante.

Los frescos de sus paredes son escenas de la Pasión y del Juicio Final. Grandes letreros dorados explican los cuadros murales. Allí los artistas, muchos de ellos indios y mestizos, que venían de la escuela de Fray Pedro de Gante en el convento de San Francisco, dejaron sus dibujos, sus pinturas y sus frescos aprendidos con los frailes.



Doble arquería y columnata de piedra tallada en el convento de San Agustín Acolman.



Interior del convento, todo de piedra, en San Agustín Actopan.

Al lado está el Salón de la Biblioteca, que sólo contiene libros antiguos de Teología en latín. No obstante, se trata de conservarlos como una reliquia de la cultura frailesca del siglo XVII.

En dos largos corredores que forman escuadra, se abren las puertas que llevan a las celdas. Las ventanas opuestas dan al huerto.

Todavía hay dos galerías más tapizadas de frescos y pinturas. Uno de aquéllos de más fama, por los trozos de sus figuras y lo bien conservadas sus líneas, es el Calvario, en los corredores altos. El Cristo en cruz y las tres Marías llorosas al pie del madero, constituyen un atractivo para el turista. Los dibujos del marco que lo encuadra tienen vida y color.

Al extremo se halla una capilla, que estaba tapiada. El ingeniero McGregor, que intervino en el arreglo de los tableros desarmados de la Sillería Sanagustiniana, dió con ella. Hoy está restaurada, y con ella se completa el plano superior del Convento de San Agustín Acolman, que es una obra de bella arquitectura.

Los mexicanos, expertos en monumentos coloniales, lo presentan como uno de los más puros en su estilo. No obstante las injurias del lodo durante las inundaciones del lago de Texcoco. Toda injuria a las obras de cultura las hace el lodo de los elementos o el de los hombres.

Este monasterio, casi en la zona arqueológica de San Juan Teotihuacán, es la segunda etapa de la ruta sanagustiniana, como la apellida el inteligente hombre de letras don Rafael Heliodoro Valle. Fué experto guía en la visita que hizo el suscrito a estos lugares sagrados de la oración, del arte y la cultura.

Caracas, febrero de 1946.

LIV

SAN AGUSTIN ACTOPAN

Por la carretera asfaltada de México a Laredo, luego de atravesar el puente de hierro de San Francisco Ecatepec, se deja la vía que va a las Pirámides y se continúa hasta Colonia, que son 84 kilómetros.

Se desvía a la izquierda, dejando a la derecha la carretera que lleva a Pachuca, y un poco adelante está la entrada, por mal camino, a las excavaciones arqueológicas de Tula.

A los dos lados de la ruta se miran rastrojos y magueyes, que restan de los antiguos plantíos, antes que los gobiernos comunistas los repartieran torpemente entre los agricultores. Que unos resultaron perezosos y otros inhábiles para el lento cultivo de los agaves.

A los cien kilómetros, terrenos blancuzcos de cascajales calcáreos, estériles para la siembra de frutos menores. Luego, adornando el inculto paisaje, la capilla del Cristo de las Maravillas, orlado con el nimbo legendario de los milagros. En el pueblecito del Arenal, que dista de México 112 kilómetros, está la iglesita.

Poco después la majestuosa y oscura mole, patinada por el tiempo, de San Agustín Actopan, a 119 kilómetros.

Aquí se ven huellas del saqueo y destrucción de la iglesia y convento, que dejaron las hordas reformistas de don Benito Juárez. Hombres *valientes* contra frailes armados de cruces y breviarios, y contra retablos de imágenes votivas.

El abandonado y monumental edificio sirvió de cuartel, en casti-

go de haber sido antes casa de estudios y de oración. Más tarde se estableció una escuela de Artes y Oficios, que tanto han menester los mexicanos. Pero este rasgo de cultura duró poco tiempo. El edificio continuó en abandono. .

Se advierte que don Benito no llegó nunca al saqueo de las casas familiares de sus enemigos, y mucho menos de sus amigos. Todo su *épico coraje* fué contra los hombres del culto, y los tesoros de las catedrales.

También se observa que durante la revolución comunista, contra la ya caída dictadura de don Porfirio, no hubo en las entradas de caudillos vencedores en la capital, saqueos de casas de familias. Y eran nada menos que Alvaro Obregón, Victoriano Huerta y Pancho Villa, los jefes de las montoneras.

Pero sí lo hubo; con todas las agravantes del caso, en las casonas coloniales de casi todas las haciendas del país. En ellas los caudillos entraron a saco, destruyeron una parte y lo más se lo robaron. Ya se verá este enorme saqueo en la vida y milagros de uno de ellos, Pancho Villa, cuyo nombre de pila era Doroteo Arango.

Este triste privilegio lo conquistó en Venezuela el heredero universal del dictador Gómez. La consigna de los oficiales a los *corajudos* destructores de inmuebles pacifistas, *saqueen con orden, pero sin incendios,* es gemela de la frase del mismo López Contreras en Miraflores, *Calma y cordura.*

Pero en México lo malo de la Reforma fué que al destrozo de los conventos y saqueo de sus obras de arte y bibliotecas, embadurnaron con encalados y pañetes los frescos y pinturas de sus paredes. Esto último fué enseñanza de los frailes conquistadores, que lo hicieron con todo lo que atañía al culto de los dioses conquistados.

La lección venía de España cuando Fernando el Católico mandó cubrir con argamasa las bellezas árabes de sus templos y palacios, a raíz de la conquista de Granada.

La portada ostenta sus dos cuerpos. El principal tiene la puerta de entrada que la encuadran dibujos de alto relieve, a modo de columnas donde resaltan grabados simbólicos de la orden sanagustiniana. Sobre los arcos de punto dos medallones del fundador. Y encima de la cornisa una pequeña puerta del coro, enmarcada con relieves de columnas. La fachada despunta en almenas.

A la derecha del visitante tres arcos y la entrada en un salón tapizado de frescos, tanto en las paredes como en el techo. Entre las pinturas del templo en abandono, San Antonio el Ermitaño.

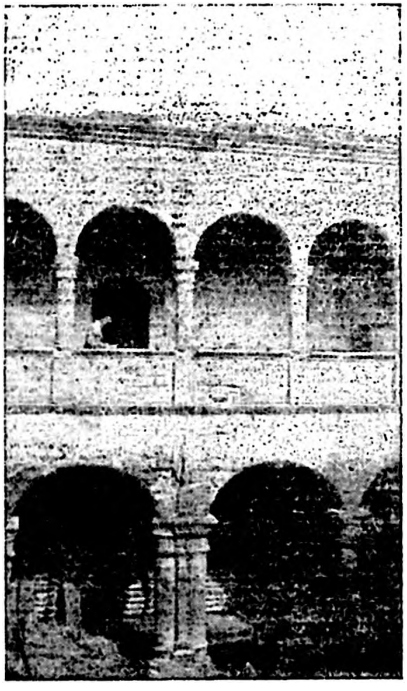
La torre, del lado opuesto, se yergue airosa con sus tres cuerpos donde cuelgan campanas antiguas.

Las almenas, que coronan y rodean parte del monasterio, semejan capillitas de piedra como si fuesen pequeños humilladeros, abiertos a los cuatro vientos, arriba sobre el cornisamiento.

Adentro las paredes son gruesas, de dos metros con 20, como la mayoría de los conventos. El corredor que sigue al vestíbulo mide 30 metros de largo por ocho de ancho. En el patio, de donde arranca una escalera para subir a una galería de arcos y columnas, hay dos piscinas, una contiene agua y la otra está en reparaciones. Esta columnata y sus respectivos arcos son de piedra, pero están encalados.

Otro claustro, de columnas y arquerías, muestra en parte, todavía en pie, los corredores de arriba amplios. Con un largo de 50 metros por 5.50 de ancho. La ringlera de columnas delgadas, de piedra, son redondas con su base cuadrada, que se encaja en el pétreo barandal. Todo lo que cubren los arcos hasta el cornisamiento, son

Galería de arcos y columnas en el corredor principal del convento de San Agustín, Actopan.



Arcadas del patio y corredor, en piedra tallada, en San Agustín, Actopan.

piedras cuadradas en juntura con argamasa. Esta larga columnata contiene unos diecisiete arcos.

En el fondo las puertas de las celdas monjiles que tienen cuatro metros por cuatro, son las más grandes de los conventos. Enormes ventanas, por donde entra luz, sol y aire, mantenían a los monjes en perenne comunicación con un panorama que se pierde en el horizonte.

Los arcos de abajo en menor número por lo más anchos, descansan sobre columnas dobles, que llevan en el centro un nervio cuadrado también de piedra.

La escalera principal que conduce a las celdas, la ornamentan frescos de los padres agustinos. Hay unos veinte en sus actividades peculiares de estudio y meditación. La obra del raspado para descubrir esas pinturas, ha sido de cuidado y destreza. Ya se han descubierto unas cuantas. Entre ellas están Fray Martín de Acevedo, don Juan Inica Atocpa y don Pedro Axcuicuillapilco, los dos últimos fueron caciques de los otomíes. Es la tribu de esa región.

El artesonado de los corredores es obra maestra de gusto y solidez; pero donde los artífices se esmeraron más fué en el locutorio. Está compuesto de rosetas ahondadas en el centro.

Cuando el visitante se pone a contemplar con alguna atención, el convento de Actopan, siente dentro de sí algo de la grandeza que flota en el ambiente de esa soberbia construcción.

Bien se comprende que ellos, en su afán de constructores, tenían en la mente la divinidad de su Dios y el objeto de la obra debía corresponder a la suntuosidad del culto. Por ello el monumento es todo de piedra tallada, que es el material que encarna en sí lo imperecedero, lo que nunca se acaba y resiste a las injurias del tiempo y de los hombres.

Antes de alejarse de aquellas canterías, donde vibra el poema de la piedra inmortal, se admiran algunas imágenes. Cristos de cañas de maíz, ligeros de peso y de gran duración. Parece que la carcoma no los ataca.

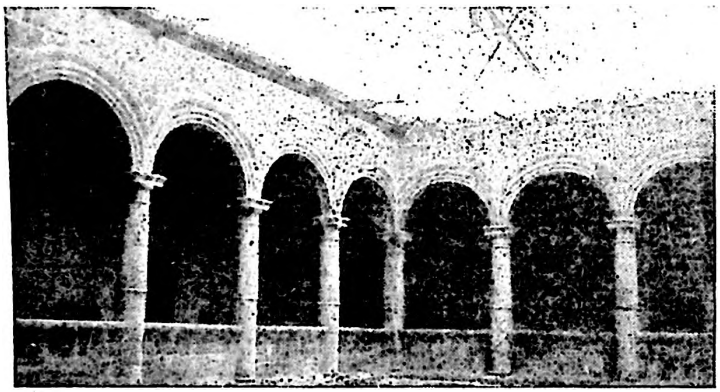
Un letrero en su placa dice: "Este curato, de Actopan, se fundó en julio de 1546, y la conquista de la ciudad de México se llevó a cabo el 13 de agosto de 1521, y fué secularizado en 1750". Pero faltó algo de suma importancia histórica: *y fué saqueado y destruído por las leyes de Reforma del licenciado Juárez en 1860, y reconstruído durante el gobierno de Avila Camacho como monumento nacional.*

Frente a este coloso de piedra está la plaza del mercado del día miércoles, donde se levanta, en tosca columna, la estatua del cura

Hidalgo. Los mexicanos festejan su memoria como el símbolo de la Independencia. Que el caudillo es Morelos, que supo pelear y no saqueó pueblos, ni conventos, ni catedrales. Ni tampoco predicó el despojo de las haciendas, ni el degüello de los gachupines.

El piso de la plaza es de tierra y se convierte en lodo cuando llueve. Los inditos tienen que tender sus ventas en el mismo charco. Este cuadro se completa con una glorieta de mal gusto, de latón y de hierro oxidado, que el gobierno haría bien en suprimirla.

Al continuar el viaje se llega al kilómetro 152, donde se extiende Lagunillas, con su pequeña iglesia. Que en todos los caseríos de la región mexicana, por pequeños que sean, el templo ha servido de célula nuclearia.



Angulo de la galería superior en Actopan.

Que en este valle se asienta el caserío, donde los vecinos extraen de las vainitas del mezquite un poco de alcohol, al fermentar el azúcar que ellas contienen. También extraen algo de añil. Es un árbol semejante al cují venezolano, que nace espontáneo en terrenos sin regadío y hasta salitroso. Esto último se observa en Texcoco de México y en Caigüire de Cumaná. Se recomienda su cultivo para evitar las tolvaneras en los meses ventosos, que cubren de polvo a México y a Cumaná.

Esta planta tiene también el nombre de Aromo, por el perfume de sus florecitas amarillas. Es familia de las leguminosas y especie de las acacias. Se da mucho en climas cálidos.

En Lagunillas hay una escuela al aire libre con escaños debajo de los mezquites. La mayoría son otomíes y hay algunos mestizos. Todos vestidos de andrajos y con las patitas en el suelo, usanza indígena. De esta clase de escuelas se gloría la Revolución Mexicana. Lleva el nombre de *Teatro Tzilacatzin,* uno de los caciques de la tribu.

Vuelven, en ambas orillas del camino, los terrenos pedregosos no apropiados al cultivo. Y a los 159 kilómetros, el poblado polvoriento de Ixmiquilpan, con su convento, el último de la ruta sanagustiniana.

En la plaza, sobre columna de piedra amarillenta, la estatua de don Diego Alarcón de Ocaña, en homenaje de haber llevado agua, en 1558, a los campos estériles. Por este solo rasgo fué un civilizador.

En las orillas del Tule, que lleva las aguas sucias de la metrópoli al mar, crecen gigantescos ahuehuetes. Que éstos, a estilo de los sauces y saucedales, han menester de agua constante en las raíces.

La portada de la iglesia, lo mismo que la torre, son de piedra tallada. Adentro, los claustros con sus arquerías descansando en sus columnatas y en las bóvedas de sus corredores, cuyo artesonado son obra limpia en los cuadros de sus maderas, como en el de Actopan.

Las paredes, con el fin de salvar los frescos, sufren el raspado de sus groseros encalados y pañetes. En algunas, ya limpias, se asoman las escenas bíblicas, con sus vívidos colores que surgen de nuevo a la vida del arte.

En una placa se lee: "Primera capilla doctrinal en 1543". Ni este factor de cultura, en beneficio del indio ignorante y salvaje, les valió a los frailes para salvar su obra de civilización secular.

Tal la ruta, que empieza en la Sillería del coro de San Ildefonso, y termina en San Agustín Ixmiquilpan.

Caracas, febrero de 1946.

LV

BELLO EN JIQUILPAN

Por la carretera asfaltada que va de México a Guadalajara, en el kilómetro 524 está el pueblo nombrado. Pertenece al Estado de Michoacán, y como allí nació Lázaro Cárdenas, que fué Presidente de México, le hizo algunos beneficios.

Construyó una pila pública con sus pilares y sus arcos para las aguadoras. Queda junto a la plaza del mercado que tiene sus portales útiles. La iglesia de la parroquia y la catedral que se yerguen una cerca de la otra, ostentan árboles que sombrean a los habitantes.

En el sitio donde tiempo atrás estaba el jacal de tejamanil donde, según los vecinos, nació Cárdenas, hoy se levanta un suntuoso edificio con frente a la plaza y a la carretera.

Como en los pueblos mexicanos no existe la costumbre de saquear las mansiones de los políticos, aquél no ha sufrido la injuria soez de las turbas destructoras.

Cerca se destaca la Biblioteca del Estado, adelanto del mismo Cárdenas. En las paredes hay pinturas murales del pincel del célebre José Clemente Orozco. Su manquedad no le ha impedido ser un pintor afamado. Sus frescos, como los de Diego Rivera, son revolucionarios. Algunos de ellos, fraguados en su sola imaginación, son difíciles de comprender.

Necesitan explicación para los profanos, que son los más. Desgraciadamente no la tienen, como sucede en los museos que carecen de catálogos.

El viajero es gratamente sorprendido con la puerta principal. Allí se hallan grabados en bronce bocetos de hombres representativos de América. Es un homenaje que honra al escultor mexicano Guillermo Ruiz y al Presidente Cárdenas, que protegió la obra. Tuvo lugar de 1940 al 41.

Sobre el dintel de la puerta el medallón de Tomás Alva Edison —1847-1931—. Célebre físico norteamericano. El segundo medallón corresponde a José Martí, el apóstol cubano, héroe y mártir de su independencia. Luego Alejando Petión, que apoyó como presidente de Haití la expedición de Miranda en 1806, y las de Bolívar en 1816. Y el escritor Enrique Gómez Carrillo, que representa a Guatemala, su patria.

Los incrustados en las hojas de la puerta comienzan con Francisco Morazán, caudillo de Centro América, cuyo medallón está por Honduras, donde nació. Alberto Masferrer, por el Salvador; Amador Guerrero, el primer presidente de la República de Panamá; y por Santo Domingo la escritora Salomé H. Ureña, familia de intelectuales.

Al llegar al cuadro mexicano aparece don Benito Juárez, indígena zapoteca de Guelatao, autor de las Reformas, de 1859 a 1860, y destructor de los conventos y de algunas iglesias, los grandes monumentos coloniales. Al pie de su medallón se lee: "Esta biblioteca guarda lo más selecto del pensamiento americano. Su afán de libertad y de justicia en la formación de una cultura propia".

En el cuadrito siguiente aparece el representativo intelectual de Venezuela: don Andrés Bello. Su nombre encarna poesía, literatura, arte y ciencias, y es un símbolo del pensamiento americano. Su nombre lo lleva en Colombia el antiguo pueblo de Hato Viejo. Lo dió Marco Fidel Suárez en homenaje al gran escritor, porque nació allí.

Los visitantes a Medellín acuden a conocer la choza humilde, del humanista y presidente de la República.

Le sigue el medallón de don Juan Montalvo, de cuyo nombre no sólo se enorgullece Ambato del Ecuador, sino la América de habla castellana.

Asoma el de Ruy Barbosa, que no obstante su pequeña estatura, a lo San Pablo de Tarso, su nombre es grande en la diplomacia brasilera. Junto a éste el de Paraguay, Silvano Mosqueira.

El ancho rostro del lírico Rubén Darío anuncia su pequeña Nicaragua, cuya fama de poeta inmortal tanto engrandeció.

A Costa Rica representa Mauro Fernández, y a Chile la poetisa, escritora y maestra de escuela Gabriela Mistral, quien acaba de recibir en Estocolmo el Premio Nobel de Literatura. Es el supremo homenaje a un intelectual. ¡Loor a la insigne chilena vencedora! Actualmente vive en Los Angeles, California.

El novelista Jorge Isaac entre tantos hombres de letras colombianos muestra su medallón. La tumba en Medellín, como la de Musset en Pére Lachaise de París, casi siempre tiene flores frescas de sus admiradores.

La pequeñuela Raquel, hija del suscrito, regó sobre esa tumba y en la choza de Marco Fidel Suárez, las azaleas simbólicas de los antioqueños, en el año de 1927.

Un nuevo representativo de México, el consejero del licenciado Juárez que se glorió de morir impenitente en su materialismo ateísta, fué don Melchor Ocampo. En la margen de su cuadrito está este pensamiento: "Los pueblos de América son grandes por la expresión de su espíritu. México, como los demás pueblos libres, está conquistando su destino".

La figura trágica de José Santos Chocano, peruano ilustre que enalteció la lírica épica. Venezuela le debe su canto de epopeya a Bolívar a quien llamó "El Hombre Sol". Y cantó también "El Ubero de Macuto" que cobijó, en más de una ocasión, a Juan Vicente Gómez, el formidable dictador.

René Moreno anuncia a Bolivia; y el Uruguay a José Enrique Rodó, cuya prosa hermana de la de Montalvo merece el homenaje. Este quedó cerrado con Domingo Faustino Sarmiento, que con Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi, constituyen la trinidad augusta de acción y pensamiento que dió grandeza al pueblo argentino. Desgraciadamente la implantación de ideas extrañas a aquel suelo ha menguado al presente la patria de San Martín.

A unos ocho kilómetros de Jiquilpan se recuesta en las colinas la población de Sahuayo, distante de la carretera. Tiene su templo grande, la parroquia, construcción de piedras.

Las torres reconstruídas a causa del temblor de 1937, están pintadas de blanco, y por ello perdieron la pintura natural de los años.

Al extremo de la calle Rafael Picazo está una pequeña iglesia. Queda arriba, en toda la pendiente. Semeja una de esas casitas de anime que parece cuelgan de las cejas del monte en los pesebres merideños en tiempos de Navidad.

Caracas, febrero de 1946.

LVI

PACHUCA

La explotación de los metales preciosos en San Juan Pachuca, queda en la cabecera de la ciudad. El tiro de ella es de 240 metros. Para 1941 decía el subdirector, Mr. Henry E. Mijens, que los nuevos procedimientos, de 20 años acá, han dado un gran rendimiento. Tenía para entonces unos 15 años de estar al frente de la empresa.

Una vez con sombreros protectores de las piedras que suelen caer, se baja en ascensor al primer piso de las excavaciones. Allí hay galerías de los túneles que va dejando la explotación. Luego, a un segundo, a un tercero; éste queda a 225 metros, y por último al cuarto, que es el fondo de los 240 ya anotados.

Allí está la plena actividad de los mineros, las líneas férreas traen el material de las diversas minas de esa jurisdicción. Las antiguas de Real del Monte, iban hace más de un siglo a los hornos de Santa María Regla. A éstas se agregan las varias de la Diputación de Pachuca.

Por todas las galerías subterráneas, de este plano, corren los vagones llenos de fragmentos rocosos de esta enorme zona donde prospera la metalurgia.

La tierra y piedras que traen chispas de plata, oro, hierro y otros metales son vaciadas de sus carros, en grandes cajas que llaman *tolvas*. Las piedras grandes que se quedan en estas parrillas piramidales, son trituradas para vaciarlas de nuevo. Todo esto llega a un depósito de donde parten para recogerlas en cajones que los suben, cada 55 segundos, a la torre central. Esta, a su vez, los vacía en la canal que

va, en plano inclinado, a los hornos donde se beneficia la plata. En esta última operación el cianuro tiene la propiedad de aislar los metales para luego fundirlos.

Abajo, en las galerías, hay instalación eléctrica y un buen tiro de aire, en varios puntos, de modo que hay completa ventilación.

La compañía explotadora de Pachuca tenía, para 1941, unos 7,000 obreros. Estos trabajan en tres turnos, de ocho horas cada uno. Las máquinas no paran nunca, pues no hay días feriados.

La clase de labor en estos subterráneos acusa accidentes de muertos y de heridos. Según el director, en este año hubo unos 25 de los primeros y un centenar de los segundos. Hay, como es lógico, servicio de teléfonos y hospitales para las primeras curas. Es un campamento militar. El mayor peligro es la caída en una tolva, que es mortal. Los trenes van a los cuatro vientos, dada la amplia zona del laborío.

En la roca donde se trabaja se miran los filones de las vetas, con las chispas brillantes del metal. No todo son filones, que entre veta y veta, en algunas peñas, todo son tierra y piedras limpias.

Por ese tiempo la empresa contaba unos 700 kilómetros de vías férreas subterráneas, algunas de ellas llegaban hasta 15 kilómetros. El costo de ésta es de millones. Y es una de las mejores fuentes rentísticas del gobierno, porque durante la Colonia era la mejor y casi la única. Como el petróleo en Venezuela, en época del dictador Gómez y sucesores.

El director dice que es la primera mina productora de plata, y de mayor intensidad, que hay actualmente en el mundo. La zona abarca varios kilómetros cuadrados. La compañía norteamericana lleva unos 30 años de laboríos de los metales de Pachuca. Y apunta que cerca de 400 toneladas de material triturado de esas minas hay que beneficiar diariamente para el buen resultado de la empresa. Que ellas dan por término medio, unos dos kilos de plata y tres gramos de oro. Y cuando los filones son ricos, producen, esa misma cantidad, hasta tres kilos del mismo metal.

Por ese tiempo, en el mercado de Nueva York fijaron precio alto con el fin de atraer la plata y comprar al gobierno mexicano, hasta 6 millones de onzas mensualmente. Esto indica que el país abastecedor de dicho metal en el norte es México.

Por eso toda la actividad de esa región son sus minas. De ahí que no haya otra cosa de más significación para el turista. En la plaza principal un gran reloj, como si fuese una torre con sus tres cuerpos, pero sin campanas. Sobre ellos, especie de cimborrio, un cuerpo de bronce, combinación de mal gusto. Obra moderna de la Revolución.

La torre del reloj público en Pachuca, la ciudad de los metales.

Arriba de Pachuca, Santa María Regla, con la portada de su garita.

De las riquezas de sus metales habla el Barón de Humboldt, en su cuadro general de las minas de México. Las divide en su estudio entre doce intendencias, que abarcan la mayor parte del territorio. Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí, México, en éstas se encuentran enclavadas las de Pachuca y Tasco; Guadalajara, Durango, Sonora, Valladolid. Oaxaca, Puebla, Veracruz y Antigua California.

En cada Intendencia había gran número de sitios de explotación que llegaron a unos 437. Tal la enorme riqueza nacional para el año de 1804, en que dejó Humboldt el país. Esta fortuna estaba en manos de todos.

En la descripción que hace de las minas se marcan en las rocas *vetas, mantos y cúmulos,* que son los que denuncian la mayor o menor cantidad del mineral. Halló que en las explotaciones de ese año había unas cinco mil vetas. Son las que abundan, porque los mantos y cúmulos escasean.

Por los filones metalíferos, que se ven en la estratificación de las rocas, es difícil fijar la dirección de las vetas en cada mina. Y la

formación de las rocas es diversa en cada distrito del suelo mexicano. Las de Acapulco son de granito, que no abundan en las norteñas. En general los pórfidos, que contienen oro, carecen de cuarzos. Estos se caracterizan por el sílice, con su brillo vítreo, hasta el cristal de roca. Pero hay también ahumados.

Las minas de Pachuca, Real del Monte y Morán son las más antiguas, y contienen gran cantidad de feldespato, mineral blancuzco y menos duro que el cuarzo. Son las más ricas en vetas, lo mismo que las de Guanajuato y Zacatecas.

Tasco, al estilo de Pachuca, que fueron de las primeras explotadas, han continuado hasta el presente. En aquéllas hay el recuerdo del conquistador Cortés, cuando rompió, al inaugurar la explotación, la mica de pizarra.

En el centro basáltico del Cubilete, región de Guanajuato, se hallan los hoyos más antiguos, desde 1548. La rica producción bien la da este solo dato: en 5 años, de 1785 a 89, y en once tesorerías distritales, recogieron las cajas reales diez millones de marcos.

El sabio alemán se detiene en la Valenciana de Guanajuato, que estaba dando, en los primeros 40 años, poco rendimiento. Pero a la llegada de Obregón, activo hispano, que encontró la mina *emborrascada*, es decir, escasa de metales, empezó un eficaz laborío. Para ello se unió al mercader de Rayas, llamado Otero, y desde 1767 empezó la *bonanza*, que llaman los mineros la época de buena producción.

El filón de plata, para 1804, venía dando hasta dos millones ochocientos mil pesos anuales. Era la gran riqueza de un pueblo.

Cada uno de los hijos de Obregón, fundador del condado de la Valenciana, poseía un capital de un millón trescientos mil pesos fuera de la renta anual de ochenta mil.

El tiro de la misma, que está cerca del soberbio templo que parece una basílica por su ornato y construcción, llegó a tener una profundidad de 500 metros. Los visitantes pueden ver los oscuros y profundos huecos que dejó aquella enorme explotación.

A la muerte de los dos socios, grandes civilizadores que con su esfuerzo y trabajo dieron bienestar a centenares de familias, con los metales que extrajeron de la tierra, dejaron rica herencia. El conde diez barras, o acciones, a los suyos; Otero, doce barras, y dos para los Santanas.

Guanajuato, agrega don Lucas Alamán, tenía para 1800 unos 70,000 habitantes, y el solo barrio de la Valenciana, en la parte alta, contaba 20,000 personas, familias de los mineros. Había un florecimiento comercial y agrícola, y bienestar para todos.

Aunque el principal comercio estaba en manos de los nativos de España, los criollos, que eran sus hijos y sus deudos, gozaban del buen tiempo.

En esta bonanza general apareció en los pueblos comarcanos, el 24 de septiembre de 1810, el cura Hidalgo, al frente de las turbas revolucionarias. El Intendente Riaño, en lugar de salir a combatirlo, a campo raso, hizo lo peor, se refugió en la Alhóndiga de Granaditas. Edificio de piedra que construyó él mismo para depósito del maíz y demás granos.

A su refugio llevó los dineros y papeles de la Intendencia. Los comerciantes y vecinos pudientes, al verse abandonados por las fuerzas, se refugiaron también en la Alhóndiga. Cerca de tres millones de pesos entraron en el edificio.

El 28 de septiembre llegó el cura Hidalgo hasta las trincheras, con sus indiadas sedientas de botín. El cura abrió la cárcel y armó a los presos, que cumplían sus condenas. Desgraciadamente para la ciudad, Riaño murió en los primeros tiros, y todo fué desorden entre los sitiados en Granaditas. A pedradas los rindieron. Una vez adentro las turbas, mataron a los rendidos y saquearon la Alhóndiga.

Los indios de los cerros y el populacho de la ciudad, se unieron a los vencedores y comenzaron el saqueo, destrucción y muerte de los guanajuatenses. Varios días duró el destructor e inútil saqueo de los negocios y casas de familias. Luego empezó el robo de las barras de plata, hecho por el mismo Hidalgo. Los sirvientes fueron premiados, o amenazados, para que delataran a los dueños. Todo fué una ruina general.

Al pie de la letra cumplía el insurgente Hidalgo su proclama de muerte y exterminio. Saqueo y robo con los bienes de los ricos y degüello con los gachupines, que eran los españoles. Esta barbarie del hombre del altar, que flameaba por estandarte la imagen gloriosa de la Virgen de Guadalupe, llevó la destrucción y el hambre a los pueblos y campos por donde pasó.

Una vez destruída toda la riqueza de la ciudad, la chusma embriagada de pulque, de saqueo y de matanza pasó a las ricas minas de la Valenciana, y allí destrozó todo cuanto estuvo en sus manos. ¡Desgraciados, que arruinaban su propio bienestar como obreros de aquella gran industria!

Tal la jornada épica del cura de Dolores en la toma de la opulenta Guanajuato. Sólo ruinas, miseria y dolor dejó a su paso el vencedor.

Ante esta dolorosa y verídica relación de los hechos, relatados por el gran historiador don Lucas Alamán, se siente profunda indig-

nación. La misma que se desprende de las páginas del libro. El historiador es hijo de Guanajuato, y presenció todas las maldades de los hombres, en su plena juventud. Tenía 18 años de edad.

El suscrito contaba a sus colegas de México, los que presenció en su país. Uno, en la campaña de 1902 cuando el general Gómez permitió el saqueo del almacén, en la hacienda de Hueque del Estado Falcón. Todo lo robado fué cayendo a las orillas del camino, en las marchas de los soldados por las montañas corianas. ¡Inútil robo!

Los otros fueron en Caracas. Venía de heredar la gran fortuna política, militar y económica del dictador, el Ministro de Guerra y Marina. Pero desgraciadamente, López Contreras permitió los saqueos, en las casas de las familias de sus amigos y compañeros de treinta años atrás.

Y el autor de "Rincones Mexicanos" jamás pensó, ni siquiera por un momento, que más tarde tendría que contar a sus colegas de América lo que a él mismo le pasó.

Se le hizo el mayor mal que se le puede hacer a un hombre de letras. Uno de sus colegas de Academia, el doctor C. Parra Pérez, que fué durante más de cuatro años inquilino de su casa amueblada y de su rica biblioteca, la dejó incendiar.

Ante tamaña desventura, el sentimiento herido del escritor sólo tiene una frase para su antiguo inquilino, la célebre de Dolores Montilla para el asesor consejero de las maldades de don Pablo Morillo en Caracas: "¡Que Dios le ayude!"

Caracas, marzo de 1946.

LVII

XOCHIMILCO

A sólo 25 kilómetros de México queda este lugar, el más visitado por turistas el día domingo. Hay tres sitios con este nombre: el de las chinampas, el del mercado y el de las vertientes. Xochimilco significa *lugar de flores*.

El primero lo constituyen los canales por donde se deslizan, al son de los mariachis, las canoas adornadas con flores que llevan nombres de mujer, hechos también de flores.

Hay un canal largo y ancho, cuya travesía completa, en círculo, es cuestión de dos horas. Se recorre al compás de los golpes del remo

que corta el agua, al grito de las vendedoras de ramos de flores y de los marchantes que ofrecen artículos de comer y de beber.

Es todo alegría, fiesta de cantos y de música de los mariachis, que brindan sus canciones jaliscienses.

Todo el canal lo embellecen las trescientas y más góndolas xochimilquenses, llenas de visitantes que buscan la expansión del ánimo. En las dos márgenes las flores y las hortalizas que pueblan las chinampas, y los saucedales que enmarcan los cultivos. Una que otra quinta señorea el paisaje.

Cuentan los inditos cómo preparan sus tierras de labor, que en este bello rincón hay más que en ninguno otro. Hallado el *cimiento,* que es el suelo poco hondo y de alguna extensión, se comienza a llenar de capas de tierra negra y de césped hasta que la superficie de este relleno queda a unos 0.25 metros sobre el nivel de las aguas. Las estacas del sauce, que encuadran el terreno así abonado, lo consolidan y limitan. El césped, traído a las ciénagas, lo forman plantas acuáticas como el lirio y la ninfa.

Las chinampas varían de extensión. Las hay pequeñas, de 5 metros de largo por 3 de ancho. Pero las grandes llegan a centenares de metros de longitud por hasta seis de anchura. Esto obedece a que la filtración del agua debe hacerse en todo el terreno del cultivo. Por eso no debe tener más de seis metros de ancho.

Esta es la razón por qué hay flores, legumbres y hortalizas todo el año, Antiguamente, añaden los cultivadores, viajaban en las canoas, junto a lanchas de los turistas, chinampas flotantes.

A este bello y encantador paisaje se agregan las ventas, al aire libre, de artefactos curiosos que traen de los pueblos comarcanos, para la venta. En amplios restoranes se baila y se canta, y artistas con sus números teatrales, amenizan las comidas.

Este poético rincón ha servido para más de una película, dada su extraordinaria riqueza de panoramas, de coloridos y de movimientos. Desde el puente, llamado de los Suspiros, como el del canal de Venecia, la vista sobre el desfile a uno y otro lado, de sus canoas llenas de flores y pasajeros, no cansa nunca. En el pueblo de Xochimilco, cerca de sus canales, se conoce la iglesia principal y su convento, enantes majestuoso, hoy escombrado. Es un triste recuerdo de las Reformas del indito de Guelatao, asesorado por su célebre inspirador, don Melchor Ocampo, el ateísta impenitente.

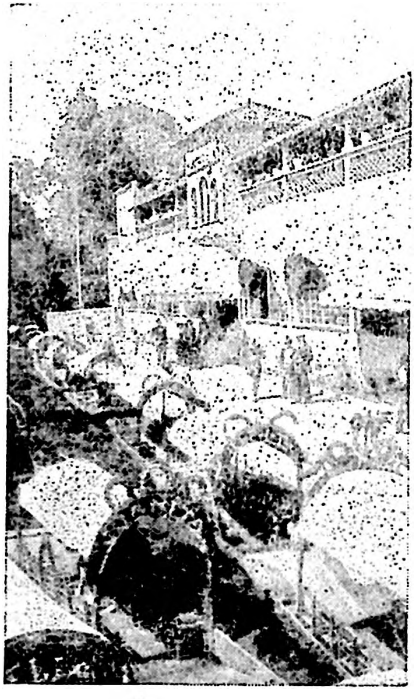
La portada es grande, de pocos grabados, casi lisa, que remata en almenas. Es la sencilla construcción franciscana. De la espadaña, entre aquéllas, penden las campanas que llaman a la oración y al reco-

gimiento de los fieles. Dos columnas rosadas, de alto relieve, enmarcan la puerta .El campanario esbelto, con sus tres cuerpos, está unido al frontis por una especie de puente de cal y canto.

Adentro hay una sola nave alta, que tiene seis grandes nichos donde se admiran retablos antiguos de madera tallada y dorada al fuego. El retablo del altar mayor, ostenta en sus intercolumnios imágenes votivas. A los lados del centro de la nave unos palcos con su baranda, donde escuchan la misa determinadas personas.

Fuera del templo se pasa a los corredores del convento en ruinas, tanto en las arcadas de abajo como en las de arriba. Los padres franciscanos fueron arrojados de sus celdas, que eran su propiedad, al descampado. El abandono trajo la consiguiente destrucción de las cornisas, arquitrabes, arcos y columnas.

Arriba, como un reproche a tamaña e inútil maldad, asoma una espadaña con sus campanas enmudecidas, porque eran del convento. Y al terminar el largo y grueso pilar que sirve de sostén, una horna-



Vista del canal de Xochimilco desde el Puente de los Suspiros.

Claustro del convento franciscano en ruinas, adjunto a su iglesia, en Xochimilco.

cina con su pequeña imagen de piedra. Parece triste porque su casa, donde era bendecida diariamente, está abandonada.

Distantes de estas bellas ruinas se halla la capillita del Rosario, con su puerta y cúpula de mosaicos azules y amarillos, que abrillantan los rayos solares, y los de la luna se quiebran sobre aquéllos, como si fuesen ondas de un lago azul amarillento.

La torre tiene cuatro cuerpos, que van disminuyendo hacia arriba. Adentro un púlpito, tan pequeñín que el predicador casi se confunde con sus oyentes.

En el extremo de esta calle otra capillita, que nombran la Santa Crucecita por su tamaño. Se dice que en la Colonia había tantas iglesitas, como barrios tenía el pueblo. Eran unas 17.

Esto en cuanto al pasado, que al presente se han construído la casa de gobierno, con sus portales, que dan al mercado, y sus corredores dentro.

Cerca hay dos plazoletas, la del cura Hidalgo, donde se yergue su estatua de mármol blanco. Al pie se lee: "Al Padre de la Patria. La Municipalidad de Xochimilco". En la otra al cura Morelos, de simple terracota.

Y un busto de bronce a don Benito Juárez. Su frase irrisoria está grabada allí: "El respeto al derecho ajeno, es la paz". ¿Qué entendió, como jurista que fué, por la destrucción de los conventos y saqueos de las catedrales? Don Francisco Bulnes, su primer biógrafo, explica el atentado.

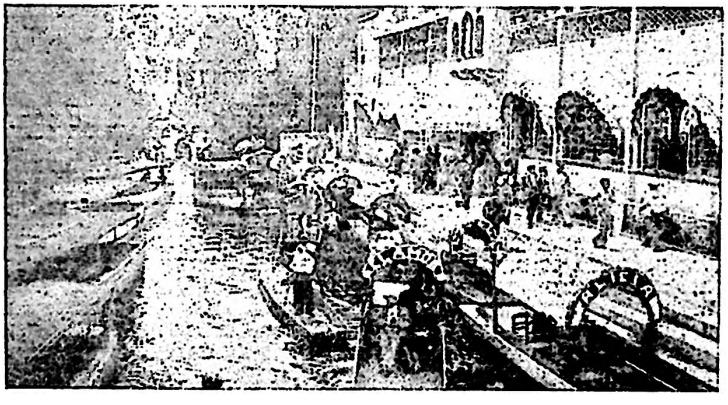
Pero el edificio que hace honor a los xochimilquenses, es el del mercado público. Abarca toda una manzana, cuyas viejas casas fueron compradas por el Municipio y demolidas. Todo es de concreto armado y casi toda el área está cubierta. Es alto con sus pilares elegantes. Muchas mesas de concreto para las ventas y todo el piso es de cemento. Mangueras de agua facilitan la limpieza al terminar, en la tarde, el tráfico del día.

En la planta baja todo está libre. No hay paredes divisorias. Están demás. En el piso alto, oficinas y sanatorios; en un extremo para las mujeres, y en el otro para los hombres.

Como casi todo está cubierto y el piso es de cemento, es un mercado modelo. En el poblado pequeño de Xochimilco, no se castiga ni a los vendedores, ni tampoco a los compradores. Se evitan los fuertes rayos del sol, el agua de las lluvias que moja, las charcas del mal piso que enlodan y la polvareda, que injuria el rostro en los días ventosos.

¿Su costo? Unos cincuenta mil pesos y más. Y es un beneficio diario para todos los vecinos. Cuando el suscrito visitó y tomó datos de este adelanto real lo hizo con su colega el doctor Diego Carbonell, representante de Venezuela en México. Y hablaron los dos de la belleza y comodidad del mercado y tuvieron triste añoranza de la falta de mercados iguales en Caracas.

Como este sencillo y útil edificio, bien pudo el gobierno de Medina Angarita haber construído uno en cada parroquia de la capital. Hubiera dispuesto de un millón de bolívares, de los cuarenta millones que dijo, en su último mensaje que había producido la renta del capital. Que al fin no se supo a dónde fueron a parar esos cuarenta millones declarados.



Canal de Xochimilco lleno de canoas con nombres femeninos en flores.

Con un solo milloncito, si hubiera tenido ministros constructores de mercados, se habrían edificado unos diez. Cien mil bolívares para una casa tan necesaria, no es nada. Construcción ligera y libre de paredes, de techos altos, bien altos, para que entre a borbotones la luz y el aire, pisos de cemento, buen alumbrado y mangueras de agua. Con oficinas y sanitarios, arriba, como en Xochimilco. Lo que esto representa para las parroquias de Caracas, es de suma belleza y de utilidad práctica.

Pues bien, de este modo se haría a los habitantes de la capital un supremo beneficio. ¡Ojalá la Junta Revolucionaria de Gobierno tenga este adelanto en su programa de acción ejecutiva! Pero los mercados deben ser libres y de todos los días. Ya Caracas cuenta con unos 400,000 habitantes.

De este modo el agricultor vendería directamente a los consumidores sus frutos, sus granos y en especial sus frutas. Que de estas últimas, tan necesarias en los alimentos del niño, de la mujer y del anciano, casi se carece de ellas por costosas.

Habiendo mercados libres todos los días, y en todas las parroquias, se evitarán los revendedores en lo que atañe a los alimentos. En los demás artículos no importa.

Que no haya el cobrador al mísero campesino que vende sus naranjas, sus frijoles, su maíz, sus plátanos, sus hortalizas y sus verduras. Lo que el suscrito vió en la mayoría de los mercados de México es por demás irritable.

A las pobres inditas, que tienden sus verduras en el suelo, a veces empedrado o de simple tierra, y sobre un petate o sobre papeles, al cobrarles el impuesto se cometían injusticias.

En ocasiones, aun sin vender, tenían que pedir prestado al vecino, que ya había vendido, para el pago del sitio. Esto carece de comentarios.

En Caracas si el gobierno de Medina que estableció el impuesto de la renta, sobre el de los alquileres, hubiera construído estos diez edificios, eliminando los impuestos al agricultor, habría hecho una buena obra. No importa que hubiese caído como cayó. La obra salvaría, en parte, su memoria.

Se repite una vez más, este sencillo adelanto y el cierre de las cantinas y ventas de alcoholes en los días feriados, son realmente un beneficio para los obreros y la clase media. Porque así consumen menos licores y se alimentan más y mejor, porque hay abundancia de alimentos y disminuye el alto costo de ellos.

Estas dos operaciones, meramente administrativas, restarán gran número de tuberculosos en los sanatorios y hospitales. Y de este modo se ayudará eficazmente a defender la salud de los trabajadores y oficinistas.

Es evidente que el gobierno de Medina no hizo nada en esta obra pía, pues ni eliminó, ni siquiera disminuyó los expendios tóxicos de bebidas embriagantes.

El tercer Xochimilco, el de los vertederos que alimentan el acueducto de México, será motivo de otro rincón mexicano.

Caracas, marzo de 1946.

LVIII

SANTA MARIA REGLA

Camino de Laredo, a los 81 kilómetros, se divisa en la planicie, y allá en las faldas de las colinas, a Pachuca, la ciudad de los minerales en explotación.

Para llegar a la capital del Estado de Hidalgo, se desvía a la derecha en el kilómetro 84, por un ramal asfaltado de la gran carretera.

A la distancia se mira una pirámide blancuzca, con los residuos que deja el beneficio de las minas de plata. Tiene el nombre de *jale*. Utilizan esos detritos en algunas industrias.

A los 100 kilómetros de andar se llega a Pachuca, que es una población grande. Mas en ella no hay la fiebre de urbanización de otros lugares. Al continuar el viaje se comienza a subir, pues la ciudad queda al pie de la serranía, y en sus entrañas brillan los metales preciosos.

Al remontar un poco la pendiente se detiene el viajero a contemplar el panorama de aquella hondonada. La posición topográfica recuerda, al que ha conocido el poético cementerio de Génova, en Italia, la belleza de sus colinas. La cañada Pachuca es azotada con frecuencia por un viento molesto y frío.

Subiendo el repecho aparece el caserío donde en épocas pasadas hubo una tragedia, que dió el nombre al lugar. Un ciego dió muerte a otro ciego, y de ahí el nombre *La Cruz de los Ciegos*.

En una colina, porque todo aquel camino son cumbres, se ven los desperdicios de las minas que al beneficiarlas brillan con la luz solar. El pueblo se llama Santa Gertrudis. La vía es sinuosa y no tiene asfalto. Es de piedra picada, bien aplanada, que denominan grava. Pero como es ancha la vía no hay peligro de los choques.

El sitio Hilache es también de minas. Allí un pinar bordea la ruta. Y se llega a la cumbre Real del Monte, pueblo esencialmente minero. Sus calles tortuosas, pendientes y mal empedradas son las mismas de la Colonia. Se cuentan 11 kilómetros desde Pachuca. Algo semejante a Tasco como minero y en peñascos, pero sin la poesía y atractivo de éste, que se levanta, como nidal de cóndores entre abruptos peñascales. Y que además está lleno de platerías.

Los techos de las casas no tienen el encanto de los tejados rojos de Tasco; son de malsano zinc. Menos mal que el clima no es cálido, como en la Guaira de Venezuela, donde los almacenes de las mercancías son bajos, encerrados y cubiertos de zinc. Siquiera en el desgo-

bierno de Medina se construyó un depósito grande, con los adelantos higiénicos para los oficiales de las aduanas. Pero faltan unos más como éste.

Se advierte, dicen los que allí trabajan, que al llenarse el depósito con las muchas mercancías, se agota el aire, y como le cerraron los ventanales de arriba el calor sofoca el aliento.

En Real del Monte, hay junto a la iglesia católica una capilla evangélica. Esto indica el grupo de protestantes ingleses que trabajan en la mina desde tiempo atrás.

La prensa de México, de enero anterior, habla de la huelga declarada en este mineral, por cuestión de aumento de salarios. Este problema anda por el mundo sin haber encontrado una cónsona solución. Entre el obrero, que aguzado por los líderes, pide más y el patrono que no accede, porque ya concedió un aumento anterior. Los gobiernos deben intervenir decretando un límite fijo a los salarios en cada fábrica. Que sólo fluctúe la parte que le corresponde en las ganancias, según sean éstas. Pero debe someterse de igual modo, a sufrir en sus salarios, cuando haya pérdidas.

Alejado de Real del Monte se comienza a descender hasta Guerrero, que también tiene minas del mismo metal. Allí las ruinas de antiguos edificios de trabajadores. Cerca una escuela, en local desprovisto de comedores, que son tan útiles, y en plena intemperie. sin árbol alguno. Como está la mayoría de edificios para enseñanza, en caseríos y en los campos.

Un poco más adelante, por carretera de tierra, los cerros se juntan tanto que semejan angosturas por la estrechez.

Se abre una esplanada en terreno colorado hasta Amitlán. A lo lejos, arcos de acueductos y filas de gruesos eucaliptos. Se sube un repecho y se entra en una especie de llanura, donde hay cultivos de milpas y cebada. Allí se encuentra un poste con una plancha que señala el rumbo a Santa María Regla. Camino malo de piedras sueltas. Eran los viejos empedrados para las recuas con la tierra de las minas de plata para el laboreo.

Los jacales de paja abundan en la planicie, que las lluvias llenan de lagunetas. Una presa formada por dos riachuelos, daba agua al beneficio de la plata. Al dejarla a un lado se acerca el visitante a una antigua calzada. Se baja del auto y a pie se camina por una pequeña meseta para contemplar abajo, una especie de casquillo por donde corre el agua sobrante del acueducto.

Las paredes del casquillo, de unos 60 metros de altura, están cortadas a pico. Las forman columnas cuadradas, como si las hubiesen

Capillita con su torre en Santa María Regla. El autor camino de los antiguos hornos.

Hornos, en ruinas, de la fundición de plata en Santa María Regla.

tallado. Se hallan superpuestas unas a otras, las piezas que constituyen las columnas tendrán un metro de altas. Con frecuencia estas piedras caen a la hondonada, porque están apenas adosadas y sueltas. Fenómeno pétreo digno de conocerse.

El agua de la presa era conducida por canales de mampostería, de paredes y bases enormes, a los hornos de la fundición.

Se continúa el viaje bajando unos centenares de metros hasta llegar a la portada de la casona, que fué durante unos cuarenta años el palacio de los Condes de Regla. Sobre el dintel y la cornisa existió el escudo en piedra, de los Rincones Gallardo, que fué arrancado por *sansculottes* mexicanos. Una garita con su entrada al interior, servía para la vigilancia de los tesoros guardados en los sótanos de los Hornos.

Allí se ve el destrozo de la muralla que resguardaba el edificio. Al pie de la cilíndrica casilla toda de piedra, se lee: "A Pachuca, 7 leguas, son los 35 kilómetros modernos".

Adentro se tropieza con un jardín, en abandono, al costado de la bella capilla que aún se muestra intacta. Se baja por unos escalo-

nes de piedra a un pequeño atrio. Lo embellecen unas flores y unos arbustos. La portada tiene tres cuerpos, el de la puerta, que es labrada con sus arcos y columnas de alto relieve. Sobre el cornisamiento descansa el segundo cuerpo. El tercero, ostenta una imagen que no está rota dentro de su hornacina. La torre se yergue airosa con sus tres cuerpos, pero de cuyos campanarios no cuelgan las campanas que enantes congregaban a la oración, y juntaban en el mismo ambiente religioso a señores, obreros y servidumbre. Todo el trabajo es de ladrillo y argamasa.

Al subir las gradas se continúa al fondo por entre piedras sueltas, que denuncian lo destruído; luego se pasa por debajo de una galería de arcos, que servía de cochera. Más allá la fundición. Sobre la arcada que mide 34 metros de longitud por 4.60 de ancho, descansaban las habitaciones de los dueños. Hoy son meros cuartuchos donde se hospedan los cuidadores de aquellas históricas ruinas.

Desde la terraza descubierta se contempla la caída estruendosa del agua de la presa, que no va por las canales del acueducto, porque no hay ruedas que mover. El agua torrentosa se pierde por la hondonada abajo hasta llegar al valle que va a fertilizar. No sirve para el laboreo de los metales traídos de Real del Monte, porque allí no hay ni hornos, ni fragmentos rocosos platinados, ni condes, ni señales de vida. Todo está abandonado.

Porque un día los *sansculottes,* atumultados cayeron, como aves de rapiña, sobre su presa, y destruyeron todo. Es el mismo historial repetido siempre entre los hombres, y que no terminará nunca. El noventa por ciento de los humanos, en cualquier punto del globo, siempre serán desheredados del tener y del saber. Porque apenas un diez por ciento tendrá y sabrá algo. Y esa desigualdad, de la misma naturaleza, servirá siempre de bandera a los espíritus revolucionarios que tengan coraje y ambición.

Ese móvil de perpetua guerra no se extinguirá jamás. Nace con el hombre y morirá cuando muera el último varón, que ambicione el poder, la gloria, la fortuna y la mujer que todo lo corona.

Más allá de la arquería otros arcos con sus columnas y sus cúpulas, que son los hornos para fundir y depurar los metales. El cuadrado de cada pilar es de ocho metros de espesor. En uno de ellos este letrero: "El 19 de abril de 1825 fué inaugurado".

Como las paredes naturales de basalto, de piedras sueltas, se hallan frente a los salones de la antigua mansión, hubo necesidad de levantar gruesas murallas de 10 a 15 metros de altas, por 2 y hasta cuatro de espesor, para defensa del edificio.

Se regresa al atrio de la capilla y se baja una escalera pétrea hasta llegar a otros hornos de fundición. Allí grandes bodegas en resguardo de ladrones, pues en esos sótanos se custodiaba la plata ya fundida.

La rambla por donde se desciende, y los trechos y paredes de los hornos, son todos de piedra tallada .Aquellas cavas son enormes, como que servían además de talleres de mecánica, de latonería y carpintería. Que eran centenares de bestias las que traían las cargas del material durante el año, para la metalúrgica labor.

Como está en abandono el conjunto de cavas y de hornos, allá en el subsuelo, da un medroso aspecto de profundidad y el visitante cree que aquéllas fueron excavaciones de minas. Pero no hay tal cosa. En Santa María de Regla no existió la materia prima del metal.

Una vez fuera de estos sótanos y atravesada una vez la arquería, se sube por otra escalinata de piedra hasta los muros del acueducto. Sobre uno de ellos, de los que cubren los apagados hornos, hay una plancha que dice: "Se acabaron estas rastras (murallas) el día 15 de diciembre de 1807 años. — Viva la Virgen de Regla y su virginal pureza, y que viva el señor conde y la señora condesa".

Este título nobiliario fué concedido desde el año de 1768, y todavía lo usan los descendientes del primer conde. Actualmente don Carlos Rincón Gallardo es el tercer conde de Regla y cuarto marqués de Guadalupe. Pero agrega a su nobleza heredada sus valores literarios, es Individuo de Número de la Real Academia de Ciencias y Artes de Cádiz. Y acaba de publicar en México, su patria, un "Diccionario Ecuestre", conocedor de todo cuanto atañe al arte de equitación; y por ello preside la Sociedad de Charros Mexicanos.

En esta gran nación no obstante el venir atravesando una crisis social a causa de la nueva plaga de líderes, con sus huelgas de obreros y disturbios económicos, los títulos adquiridos en la Colonia, son respetados.

Caracas, marzo de 1946.

LIX

TOLUCA

Por las Lomas de Chapultepec, casi todas ellas con suntuosas residencias, se sale para ir a la capital del Estado de México.

Son 14 kilómetros el paseo que construyó el emperador Maximiliano. Pero como los vencidos son despojados de todo, hasta de la

vida, el nombre de esa avenida se trocó por el de Reforma del vencedor.

Al continuar, todo el panorama de la vía asfaltada son cumbres de cultivo y de pinares. Al bajar la cuesta del lado opuesto, se atraviesa el río Lerma y se llega al pueblo que le da su nombre.

Antes de entrar en la ciudad se lee en un arco: "Toluca es la provincia, y la provincia es la patria". Esto obedece a que casi todos los valores que sobresalen en los pueblos, en las manifestaciones del espíritu, la mente y el trabajo, se trasladan a la capital del respectivo país.

A la entrada se yergue una columna donde se iza, diariamente, la bandera nacional. La columna tiene unos 35 metros de altura y se inauguró en febrero de 1941, durante el mando del gobernador Wenceslao Labra. Un letrero reza: "Honrar la bandera, es honrar la patria". Napoleón decía: "Donde está la bandera está la patria".

Dicho culto se ha ido extendiendo por la nación en esta forma. Columnas, como la nombrada, en las capitales de los demás Estados. Ya se dijo de la guardia de honor durante el día, que hacen los oficiales del Correo Mayor en la ciudad de México, es algo imponente, aun para los extranjeros, el homenaje al pabellón de la República que inició el gobierno de Avila Camacho.

El frente, a lo largo de la columna, que es de vidrio se ilumina por dentro y asoman por fuera los colores verde, blanco y rojo de la bandera trigarante de Iturbide.

En el salón hay frescos de Cabral, caricaturista original, como puede verse en el diario "Novedades". Y en la cripta, un altar con la mascarilla del cura Hidalgo, que mandó insurgentes. Se sube por dentro hasta el vértice y son 147 peldaños, con un descanso cada siete gradas. El suscrito los subió todos.

Estatuas de una madre y de un campesino, de cemento, imitando piedra tallada, por el escultor Albarracín, toluqueño, completan afuera el monumento.

Una piedra marca el kilómetro 63 antes de avanzar por la avenida Hidalgo, que ya empiezan a sombrearla árboles, al centro de Toluca. Cuya visita, los viernes, obedece, especialmente, a conocer su mercado. Que no hay turista que no trate de hacerlo, pues está en el programa del turismo.

Si se arriba temprano, se aprecia la llegada, por todas las calles que dan al mercado de los campesinos con sus inditas, casi todas descalzas, pues los *huaraches,* que son las *alpargatas* y quimbas

venezolanas, apenas las usan unos cuantos. Descalzos los encontró la Colonia, y descalzos los halló la República, y descalzos los tiene aún la revolución comunista.

Llegan apresurados cargando el peso unos, de sus artículos manuales, otros con los frutos de la tierra, y con ese caminar, a saltitos, propio del indio mexicano. De pasos menuditos, rápidos, que lo explica bien el patuá de los negros curazoleños cuando dicen *core, poco a poco,* es decir despacio pero ligero.

En los campos de Venezuela hay unas palomas que caminan a saltitos, debajo de los árboles, como los indígenas de Toluca.

El edificio del mercado, aunque es grande, de techos altos y piso de cemento, ya no contiene a los traficantes del viernes. La plazuela y calles adyacentes se llenan de compradores y de vendedores. Sobre las piedras extienden, cubiertas con petates o con papeles, sus artefactos y sus verduras.

Es costumbre muy mexicana esto de los mercados en las calles, en casi todos los pueblos. Y como en la misma capital del país hay algunos que carecen de edificios, se hace de ese modo.

En Toluca la venta de cestas de varios colores y de finas urdimbres, es de lo más atrayente para el turismo. Y si logra comprarlas directamente a los tejedores, lo hace mejor, lo mismo que los sarapes. Estos de lana, o de algodón mezclados, los hay de todas clases y dibujos. El precio de unos y de otros aumenta mucho, en manos de los revendedores, todo en provecho de éstos. De ahí la ventaja de los mercados libres. En México no se ha iniciado este uso de tanta utilidad.

Entre las muchas hortalizas y legumbres hay una que llama más la atención del extranjero; son los chiles o ajíes. El suscrito contó un viernes hasta treinta clases. Su uso además del sabroso gusto que le da a los alimentos, es sabido que desde los aztecas se conocían las virtudes terapéuticas de ellos. En los sitios de flores y de frutas abundan unas y otras. Y las segundas están a los alcances de los obreros, que las llevan siempre al hogar de sus pequeñuelos. En montoncitos o paquetitos de cincos, dieces y veintes centavos de pesos, que son menos que los céntimos de bolívares. No son artículos de lujo como han sido, desde tiempo atrás, en los mercados de Caracas.

Fuera de esto se admiran los portales más hermosos de la nación. En el centro de la antigua ciudad, que era de amplios monasterios franciscanos, están tres grandes portales, con los nombres modernos de Reforma, Madero y Constitución. Ni siquiera los nombres

de los constructores de la obra pía les dejó el violento despojo de los expoliadores.

Cada uno tiene 37 arcos, de piedra como sus columnas, con una luz de cinco metros, lo que da una longitud de 185 metros. La vista de esas anchas y largas arquerías es algo soberbio. Digno de conocerse. Que corredores así, no los hay en los pueblos del continente. Allí los restaurantes y ventas de todas clases. Es el paseo de los habitantes y el punto de encuentro de los turistas.

Las calles angostas y de mal pavimento; sólo goza de asfalto, la principal por donde va la carretera que conduce a Morelia y Guadalajara.

Al salir se pasa por la Avenida Colón sombreada, a manera de túnel vegetal, por el enlace de las ramazones de pinos y de álamos. Allí la erguida estatua del poeta José María Heredia, que se inauguró en 1941. Obra del escultor cubano López Mesa. El gran cantor del Niágara, del Teocalli de Cholula y Simón Bolívar, nació en Santiago de Cuba en diciembre de 1803. Viajó con su padre por la

Indio carguero con sus cestas y canastos al mercado del Viernes en Toluca.

Portales de Toluca, los más grandes de México, con sus 185 metros de largo.

Florida, Santo Domingo, Venezuela y México, donde murió su genitor.

Regresó a Cuba y en la Habana se graduó de abogado y se estableció en Matanzas. De sólo 22 años entró en la revolución de la Independencia y fué extrañado. Se refugió en el norte, donde cantó la belleza de las cataratas. Bajó a México durante el gobierno del general Guadalupe Victoria. Desde temprana edad fué escritor y despuntó por los versos inmortales. Desde joven manejó idiomas antiguos y modernos y logró felices traducciones de clásicos griegos y latinos.

En México, su segunda patria, desempeñó cargos importantes como político, legislador y profesor, pues fundó la Biblioteca Regional de Toluca. A los 36 años de edad murió en esta ciudad, el 7 de mayo de 1839.

En su poema "La Oda al Niágara", nadie hasta hoy le ha superado. El gran poeta José Antonio Pérez Bonalde cantó también al Niágara, pero no le igualó. Este venezolano acaba de recibir los honores del Panteón Nacional, como hombre eminente.

Heredia, frente al prodigio de la madre naturaleza, templó su lira y brotó, lleno de inspiración, su canto inmortal:

"Torrente prodigioso, calma, acalla
tu trueno aterrador: disipa un tanto
las tinieblas que en torno te circundan;
déjame contemplar tu faz serena,
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte; siempre
lo común y mezquino desdeñando,
ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé; ví el oceano
azotado del austro proceloso
combatir mi bajel, y ante mis plantas
vórtice hirviente abrir, y amé el peligro,
y sus iras amé; mas su fiereza
en mi alma no produjo
la profunda impresión que tu grandeza".

Y ante la sombra augusta de Bolívar, exclama:

"¡Libertador! Si de mi libre lira
jamás el eco fiero
al crimen halagó, ni a los tiranos,
escucha su himno de loor, que inspira
ferviente admiración. Alto, severo
será por siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América: no temo
al cantar tus hazañas inmortales,
que me escuchen los genios celestiales
y juzgue el Ser Supremo!"

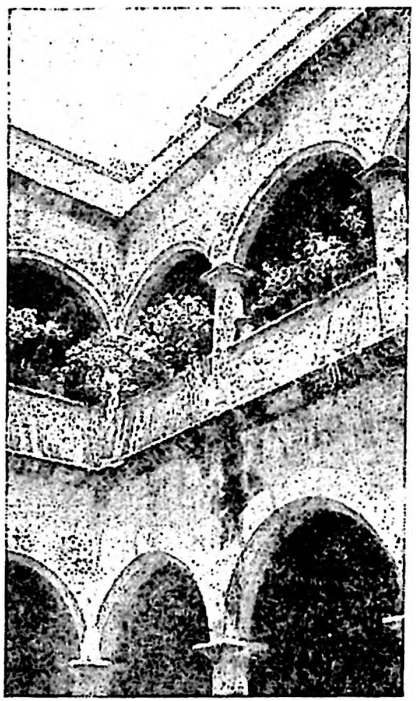
Dejando la estatua del cantor, se pasa al Instituto Científico y Literario construído recientemente; y en sitio adyacente al Observatorio se levanta un pequeño busto sobre una columna. La plancha dice: "Toluca, al Libertador Simón Bolívar. Ayuntamiento 1932-33". Y la columna la custodian dos águilas de bronce, como el busto.

Este simbólico homenaje se debe a la iniciativa de los estudiantes toluqueños y al gobernador del Estado Filiberto Gómez, que acogió el proyecto y lo realizó.

Cuadrarían allí las palabras que dejó escritas el Libertador, al hablar de la Virgen del Tepeyac:

"Felizmente, los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esa imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta".

Frente al Instituto un monumento del escultor Ignacio Asúnsolo, que ha sabido imponer sus facultades artísticas en la fundición del bronce y en la talla de la piedra. En este de Toluca esculpió en la segunda, a la "Memoria de los Maestros", dos estatuas, ambas recostadas a una columna. La mujer sentada con sus rodillas semiflexas, sus senos, hermosas copas de maternidad y su rostro con la mirada arriba, denuncia la serenidad de espíritu docente. Es una obra que debe ser conocida por los visitantes.



Angulo claustral del convento de San Miguel Zinancatepec, cerca de Toluca.

Busto del Libertador Simón Bolívar en Toluca. El autor y su hijo.

El escultor pertenece a una familia norteña, de Chihuahua, en la cual predomina el arte en sus diversas manifestaciones. Dolores del Río, estrella del cine mexicano, es Asúnsolo; y la bella María, inspiradora de artistas y poetas, es Asúnsolo también. Ella encarna el símbolo de la belleza, de líneas impecables, en su patria.

Fué sensible cuando las maquetas se expusieron en la Embajada de Venezuela, para el monumento a Simón Bolívar en México, que no se hubiera llamado al concurso de escritores a Ignacio Asúnsolo. ¡Acaso el de mayor inspiración artística! Esto se explica por la ignorancia, amén de otras pequeñas cualidades del representante de Venezuela, que el gobierno de Medina tenía en la nación mexicana, llamado César González. A éste acaba de darle una bofetada, por charlatán, el doctor Gonzalo Barrios. Y fué nada menos que en plena recepción de embajadores, en el Palacio de Bellas Artes, en la ciudad de México.

En junio de 1944, el señor Augusto Mijares, que era Consejero de la Embajada de Venezuela en México, pretendió darle de bofeta-

das al mismo César González, también por charlatán, y el suscrito se lo impidió. Más tarde supo en Caracas de labios del bravío escritor José Rafael Pocaterra, que tiene cuentas pendientes con González por intrigante, cuando Medina Angarita cometió la torpeza de darle el alto empleo de ministro. Y esto, en pago de lo mucho que hablaba contra López Contreras, según lo supo el autor de "Rincones Mexicanos" por boca de éste, en su misma casa habitación, en "La Quebradita" de Caracas.

En la plaza "Los Mártires" se empina, con ímpetu de vencedor, el cura Morelos, fundido en bronce. Alza en la diestra la bandera que supo tremolar en sus días de gloria. Relieves de sus batallas adornan el pedestal.

La portada de la iglecia del Carmen ostenta sobre el ventanal una hornacina que tiene bajo una concha, a la patrona entre columnas pareadas de estilo jónico. La torre se eleva con sus tres cuerpos. donde los dos primeros lucen símbolos del culto, y el tercero es un cimborrio. Columnas y arquitrabes sirven de adorno. Del lado opuesto las espadañas, en un triángulo, de cuyos maderos penden las campanas.

En la capilla de San Juan de Dios, que se entra por el largo portal, hay un pequeño patio, pues carece de atrio. El estilo de sus columnas adornadas, cornisas, nichos vacíos y toda la portada, es clásico churrigueresco. El estilo que más habla a la imaginación de los fieles.

Adentro el altar especial de San Francisco, lo alumbran muchas luces, y el incienso sahuma diariamente el hábito y el cordón simbólico del fundador de órdenes monásticas.

Por la calle del frente se va a la Avenida Colón, que lleva al Nevado de Toluca llamado *Zinantécatl*. En el idioma primitivo significa lugar que produce el *chimitl:* así como Toluca, lugar de *reverencia*.

El presbítero José Castilo y Piña narra la excursión que hizo, acompañado en 1919 a los pueblos de Metepec y Calimaya, para desde éste emprender el ascenso a la montaña. Todavía en esos montes merodeaban las patrullas del guerrillero Emiliano Zapata, destructor de la riqueza nacional. Pero el cura no tuvo miedo, conocía a los caudillos revolucionarios, de cuyas guerras, preso en capilla, se salvó a fuerza de coraje. Ese que le faltó al gobierno de Medina en Venezuela cuando cayó vergonzosamente en octubre del 45.

Por entre peñas y montes, donde los árboles y arbustos disminuían, quedando sólo peñascales, briznas y blancas campanillas, su-

bían los viajeros. No asoman en las alturas mexicanas los bellos frailejones, plateados y dorados, ni el dictamo real de los páramos andinos y colombianos.

Durante siete mortales horas remontaron los dos sacerdotes, alternando una sola cabalgadura que llevaban hasta que al fin tuvieron que abandonarla a los peones. La parte final fué por entre nieves, y ya en la cima el panorama que describe el audaz alpinista es de soberbias cumbres y volcanes a lo lejos. Tuvieron que hacer el último esfuerzo para llegar al campanario, la altura es de 4.578 metros, que es la máxima. Como la travesía los sofocaba abandonaron las ropas y se dieron un baño de pura nieve, donde todo era de purísima blancura.

Ya en el campanario tuvieron a la vista la amplitud del cráter, cuyo eje mayor es de 1,431 metros y el menor de 595. El fondo es variable, y según mensuras oscila entre 300 y 250 metros.

En la elipse de ese cráter hay dos lagunas, cuyas aguas casi siempre tienen el mismo nivel. La mayor, con una longitud de 400 metros por 250 de anchura. La pequeña está separada por traquitas, rocas volcánicas de feldespato vítreo y de micas, y las dos contienen agua clara, limpia y fría, donde algunos alpinistas atrevidos han tratado de bañarse.

El descenso del poético Zinantécatl, fué rápido hasta llegar a Calimaya, el punto de partida.

Caracas, marzo de 1946.

LX

CONVENTO DE SAN ANGEL

En los alrededores de México se encuentran la iglesia y el convento de San Angel, construídos por los carmelitas descalzos en 1615, y la capilla anexa en 1788. Esto se lee en una plancha a la entrada del parque que sirve de atrio.

Una vez dentro se miran a la izquierda, los restos de la capilla fundada por el señor Contreras, a expensas suyas, en cumplimiento de una promesa, según dice el guardián. La adornaban conforme a las crónicas de la época, tres retablos de cedro amargo, de talla y dorados al fuego, estilo Churriguera. Sus hornacinas mostraban sus imágenes votivas.

Un incendio, acaecido el 10 de agosto de 1936, redujo a cenizas la belleza y riqueza de la capilla Contreras. Como se estaba en guerra religiosa los católicos, vecinos de San Angel, suponen fueron manos criminales de los fanáticos comunistas, pero los anticlericales sostienen fué por un descuido de los fieles.

Se continúa el convento en cuyo claustro y celdas no destruídas, hay una escuela primaria. En todas las paredes, columnas, arcos y arquitrabes los pañetes y encalados cubren la talla de la piedra y los frescos de los muros. La injuria reformista de don Benito.

Luego, en la antesacristía, se encuentran tres maquetas, que fueron llevadas a una exposición de arte americano en Nueva York. Una, es el palacio de los Montejos, en Mérida de Yucatán. Allí, sobre el deteriorado dintel de la portada, el escudo de armas del fundador con sus cuatro cuarteles. Uno de ellos son los trece roeles de Esteban Domingo Dávila, el poblador de Villafranca y fundador de su apellido, en Avila de España, el año de 1120. Mide la maqueta 1.70 metros de altura por 1.30 de ancho. Por esto el primogénito del autor se llama Esteban Domingo.

La segunda, es la pila del Salto del Agua, donde terminaba el acueducto de México que venía de las vertientes de Chapultepec. Hoy es reliquia histórica. Y la tercera, es la capilla artística del Pocito, de aguas milagrosas, de la Virgen de Guadalupe.

El techo de esta sala es todo de madera tallada en cuadros con rosetas centrales y doradas al fuego. Estilo churrigueresco y año de 1615. Debido a esto los altares incendiados de la capilla Contreras debieron ser del mismo estilo.

La obra pía construída por los particulares ha sido muy socorrida en México desde la Colonia hasta el presente. Es un lujo que se han dado las gentes acaudaladas, siendo sus fortunas fruto del trabajo personal, sin el menester de la política.

Fué lo que no se le ocurrió a López Contreras cuando reaccionó contra sus compañeros de causa, que venían de regalarle la presidencia de la República y la cuantiosa fortuna heredada del dictador. ¡Y eso que subió al Panteón Nacional a inspirarse en Simón Bolívar antes de empezar sus funciones de mandatario. Se aprovechó del saqueo que permitió en las mansiones familiares de sus amigos, que asustados con tamaña humillación huyeron del país.

En lugar de este triste expediente no hizo lo que un estadista hubiera hecho. Llamar a los tenientes y amigos millonarios de Gómez, e insinuarles con imposición que cada uno construyera obras nacionales por el valor de una cuarta parte de sus caudales. De ese

modo les permitiría quedarse en Venezuela, pero distanciados de los puestos públicos. Con esta medida hubiera logrado muchos bienes administrativos y políticos también.

Pasando a la sacristía se halla, entre varios objetos antiguos, uno bastante original: la puerta de la alacena con las figuras que representan las letanías lauretanas. En madera labrada así: *salus infirmorum*, los enfermos en súplica a la Virgen, logrando salud. Y son 18 los cuadritos simbólicos. El techo de la misma es también trabajo a gurbia, con cuadros en el centro, todo dorado a fuego.

En las cajas hay ornamentos bordados con perlas y cuentas de vidrio llamadas chaquiros. No obstante los años se conservan en buen estado. Los hay de fibras de maguey, que tanto usaban los aztecas nobles en sus tejidos. Hoy en Mérida de Yucatán es una industria las fibras del henequén. Su oro verde que tanto injuriaron los comunistas mexicanos.

En otra pieza, antes de bajar al osario, se admira con reverencia una imagen, casi de tamaño natural, de Santa Teresa de Jesús, que es Sánchez, Ceped, Dávila y Ahumada. La ilustre doctora de la igle-

Claustro y jardín del convento que fué saqueado en San Angel.

Casa del "Risco" con su retablo de trastos rotos traídos de la China.

sia es parienta de los abuelos del suscrito, allá en la ciudad de Avila. Es una obra de madera estofada, de una belleza que atrae las miradas por el policromado de sus vestidos. Toda ella es un bloque de cedro amargo y macizo.

El visitante sintió ansias de ser el dueño de esa reliquia histórica y sagrada. ¡Qué bien cuadraría en la testera de su Biblioteca Americanista! Allí tenía el libro antiguo, siglo XVI, con las familias de la santa y con sus obras religiosas y literarias. Regalo de Lope Tejera, viajero conocedor de España. Todas ellas están, le decía a su colega Rafael Heliodoro Valle, que le acompañaba, bajo la custodia responsable del doctor C. Parra Pérez inquilino de la "Quinta Dávila" en Caracas. Es sensible, al enviarle este "Rincón Mexicano" al escritor amigo, tener que avisarle, en tono dolorido, que en el incendio de esa biblioteca las obras literarias del colega fueron quemadas. Sucedió el hecho irreparable, cuando el inquilino abandonó casa y libros a las turbas desenfrenadas. Las mismas que adiestró López Contreras, para sancionar a los ministros del régimen que heredó.

También se mira en este sitio el árbol genealógico de los carmelitas descalzos, constructores de templos y conventos en la Nueva España. Cada uno muestra su rostro en medio de las ramas. Labor de argamasa dorada, semejante a la del techo en la capilla del Rosario en Oaxaca y de Santo Domingo de Guzmán. Se agregan una imagen pequeña del divino Jesús, estofada; y el retrato de San Angel, el fundador del convento, que murió a manos de los indios durante sus prédicas de misionero civilizador.

Se desciende unas gradas para ir a la capilla mortuoria, donde velaban a los muertos. Se observa que las varias clases de mosaicos y azulejos, que cubren las paredes son traídos de Talavera de la Reina. Todavía existe la camilla que servía de urna común.

Con motivo del saqueo, durante la revolución comunista, sacaron de sus sepulcros a los cadáveres de la cripta, insultando sacrílegamente sus despojos. Los doce que se encuentran en sus urnas están momificados. Allí el capitán don Manuel Ortega y Valdivia, que fundó la cripta en 1628. En su bóveda tiene grabado el escudo de armas. La momia adyacente es la de su hermano. Según costumbre de la época, se enterraban vestidos con uniforme de gala.

Los frailes y monjas con sus hábitos de la Orden, algunos descalzos y otros con sandalias. Se ve por la actitud de los brazos de una monja, que parece trató de levantar la tapa del ataúd. ¡Acaso fué enterrada en estado cataléptico, o en desmayo mortal durante alguna epidemia!

Esta clase de insultos a los muertos ha sido muy socorrida en las revoluciones mexicanas. Por ahí anda, en viajes de museos, la momia ilustre de Fray Servando Teresa de Mier, gran revolucionario religioso y político en la guerra de Independencia.

Se abandona el antiguo cementerio particular y se sube a los corredores con sus celdas, que en número de setenta albergaron, durante algunas centurias, a los civilizadores de los primitivos habitantes. Son aquellos padres, que en seguida del saqueo fueron arrojados despiadadamente, de sus propiedades.

Las celdas de San Miguel son de tres metros de largo por 3 de ancho y 3 de alto. Un tablón les servía de lecho y un madero redondo, de cabecera. Sobre una mesita una calavera, una vasija de barro para las flores y misal con su rústico candelero.

Parque de San Angel Inn. Antiguo convento, hoy restaurante. Los esposos Dávilas y sus sobrinos.

La puerta de entrada mide 1.90 metros por 0.80 y da a la ventana del antiguo huerto. Al presente sirve el departamento exterior del claustro, de prisión. Allí los sentenciados venden a los visitantes, por las ventanas de las celdas, las curiosidades que fabrican en sus ocios. En ese presidio estuvo en capilla, antes de ser ejecutado, José de León Toral, que dió muerte al caudillo Alvaro Obregón. Usó el mismo estilo de Carlota Corday, cuando eliminó al revolucionario Marat. Los dos no trataron de huir, porque el sacrificio heroico de sus vidas lo hacían conscientemente, en aras de la causa que defendían. Carlota, en defensa de los Girondinos, perseguidos a muerte por Marat y sus consocios; y Toral, en pro de la iglesia y sacerdotes que Obregón y sus colegas perseguían.

Para esas víctimas de holocausto voluntario, la posteridad tiene sus homenajes.

Los corredores son largos y estrechos y de ellos se pasa al coro y antecoro donde hay dibujos, en techos y paredes, de diversos colores al temple. Tan firmes que han resistido la injuria de los groseros encalados de don Benito Juárez.

En el coro, entre los grandes misales, siglo XVII, y otros manuscritos encontró el profesor venezolano Juan Bautista Plaza, en su visita a México, la música completa de algunos estudios que ha venido solicitando en Caracas.

De ahí se continúa a la capilla de los Novicios, en la cual luce un retrato antiguo. En el centro fulge la Virgen en su lienzo junto con otros óleos de tamaño grande.

La puerta de la reja tiene barrotes labrados, estilo salomónico, que juntos de dos en dos y retorcidos sobre sí mismos, forman una sola pieza.

El claustro principal lo cuadran cinco arcos por cuatro con sus respectivas columnas, todas son canteras labradas. Todavía deslucen la talla y sus molduras los pañetes de la Reforma. La pila octagonal, que es cantería, la forran azulejos españoles, pues quizás las fábricas de Puebla no funcionaban aún.

Desde este centro rodeada de árboles, se atisba la cúpula del templo cubierta de lozas amarillas de Talavera con su cimborrio octagonal rematado en columnas. Junto a las torrecillas del techo una espadaña con sus viejas campanas.

Y en otro lugar se divisa también un juego de campanarios primitivos, superpuestos en dos hileras, que armonizan con las rústicas almenas.

Se completa la visita del antiguo convento, hoy museo y escuela, conociendo "La Casa del Risco", mansión del escritor don Isidro Fabela. Fué propiedad del obispo Abad y Queipo, a quien le tocó excomulgar al cura Hidalgo por insurgente. Es conocida con ese nombre debido a un curioso retablo que hay en el patio. Todo él está formado con platos rotos de la China, traídos en los galeones de la Colonia que arribaban al puerto de Acapulco.

El dueño tuvo la idea original de utilizar la loza desportillada, y le resultó una obra de arte. Las columnas, que enmarcan el retablo, están formadas con los mismos utensilios llenos de roturas. Un Sansón dominando a un león, adorna el arco de la moldura.

La casa tiene tres pisos, y estantes con libros se ven por todas partes, y gran número de objetos de arte. Es toda ella un museo colonial. Allí se recuerda el museo español de don Enrique Larreta el célebre autor de "La Gloria de Don Ramiro", en Buenos Aires. A

los 25 años de la primera edición hubo una especial, auspiciada por varios escritores argentinos. Este ejemplar, con su dedicatoria, y las anteriores, fueron incendiadas en la biblioteca del suscrito.

El doctor Fabela es autor de "Neutralidad", con doctrinas del Derecho Internacional de los muchos tratadistas que tiene en uno de sus estantes. Su carrera ha sido diplomática, aunque para 1943 era gobernador de Toluca. Entre los libros de historia el suscrito vió los 14 tomos del Archivo Miranda que se publicaron bajo su dirección.

Al dejar "La Casa del Risco", de un intelectual mexicano, se pasó a la Biblioteca particular del historiador don Federico Gòmez de Orozco.

Es una de las más ricas en libros y en manuscritos que hay en México.

Caracas, abril de 1947.

LXI

VENEROS DE XOCHIMILCO

Antes de llegar al pueblo y chinampas de este nombre, se encuentran los veneros de agua que alimentan el acueducto de México, desde la época constructiva de don Porfirio Díaz.

El de San Lorenzo desde donde se bombea el agua a un recipiente alto, y el cual sirve para la distribución, por medio del acueducto al pueblo de Xochimilco. Cerca hay un parque de viejos árboles.

Luego un edificio a 24 kilómetros de México, donde en la vertiente llamada Nativitas se reúnen las aguas en pozo redondo, de alguna profundidad, y éste a su vez se comunica con un depósito que se encuentra debajo del salón de las oficinas. Una bomba potente lanza el líquido, que mana de los filtros naturales, a la tubería del acueducto, con una capacidad de 650 litros por segundo. La bomba se alterna con otra para su limpieza.

El edificio que cubre este vertedero es amplio y se halla rodeado de parques y jardines, todos bien cuidados.

Los manantiales de Santa Cruz, a unos 400 metros distantes de los primeros, tienen a la entrada una alameda de pinos, sobre un terraplén, para evitar las inundaciones. Tiene también sus parques y sus jardines alrededor del edificio. El tanque que recoge el agua es mayor que el de Nativitas. Un cuadrado de 5 metros por 8, con

una profundidad de 3 metros hasta 10. El agua bombeada a los tubos conductores, es de una capacidad de 1,200 litros por segundo, casi doble del primero.

El edificio del tanque llamado San Luis queda a 8 kilómetros más allá del anterior. Esto es a unos 32 de la capital. Allí cerca, un hermoso parque embalsamado con su oloroso ambiente de alcanfores, que exhalan las pequeñas cascaritas. Son los elegantes eucaliptos, que tanto abundan en América desde México hasta Chile y Argentina.

Aquí las vertientes están desparramadas en el parque y jardines, cubiertas y son las que van al pozo del edificio. Con el mismo sistema de bombeo, éstas dan un volumen de 930 litros por segundo.

Por de contado que la capacidad productiva de agua aumenta en las épocas de lluvia y disminuye en la de secas.

Todas estas aguas sufren, antes de llegar a la tubería que las conduce a la ciudad, el beneficio del cloro que las despoja de los gérmenes patógenos. Una vez clorizadas son conducidas a la tubería. Esta tiene una extensión de 32 kilómetros, hasta llegar a México para ser distribuídas. Durante el largo trayecto a cada 333 metros hay un respiradero, que sirve para airear el agua. Son especie de compuertas que se utilizan también para arreglo del acueducto.

Pocos, como éste, tienen la ventaja de conducir agua para el consumo de una gran ciudad, como México, que cuenta con millón y medio de habitantes, de filtros naturales. Pero la distribución, según ha dicho en varias ocasiones la prensa, sufre un tanto en la buena calidad de las aguas. Además, hay un defecto capital en las casas donde los depósitos de zinc en la mayoría, casi nunca se lavan.

En la vitalidad de este problema social, que es económico como todos los demás de la comunidad don Porfirio superó a Guzmán Blanco y a Juan Vicente Gómez, porque construyó el acueducto previendo que la ciudad crecería mucho. Los dos presidentes de Venezuela apenas dejaron agua en depósitos sin higiene alguna.

De ahí la suma escasez de agua potable en los últimos años de la dictadura y durante el gobierno de López Contreras que empezó a crecer la capital.

Medina hizo algo en este supremo edificio, pero no terminó la obra. Que sus ministros carentes de espíritu público, no tomaron empeño en que fuera una realidad el acueducto de filtros en Caracas.

Todavía don Porfirio dejó en proyecto que se llevara el agua, para aumentar la de Xochimilco, de las vertientes del pueblo de

Chalco, más allá del vertedero de San Luis. Pero el gobierno de Avila Camacho la está trayendo de los ricos manantiales del río Lerma, en la ciudad de Toluca. Y para la fecha ya deben estar surtiendo dichas aguas a la capital.

Abril de 1947.

LXII

POPOCATEPETL

Por carretera asfaltada que va a Cuautla, y sigue a Oaxaca por Matamoros, se sube a las faldas y cráter del volcán. A los 61 kilómetros de México se llega al pueblo de Amecameca.

Atrás quedan Chalco, en cuyos riscos defendieron valientemente los aztecas sus dominios; y sojuzgados, los vencedores los civilizaron en su iglesia y convento, núcleo del presente pueblo.

En Tlalmanalco campean igualmente los signos de la Cruz. En los corredores del derruído convento, los frescos que pintaron los frailes sufrieron la injuria de los encaladores reformistas.

Reparadas las pinturas asoma de nuevo Fray Martín de Valencia, el fundador. Cerca se miran las ruinas de Santa Clara en cuyos frescos, maltratados también, se esbozan las figuras de Hernán Cortés y los doce primeros franciscanos que llegaron a México.

La torre no se halla al frente, en el plano de la portada, sino diagonal. Pero la mayor belleza de estos escombros son los de la capilla. El viajero, artista o profano, tiene que admirar los arcos llenos de molduras y arabescos, filigrana tallada en piedra. El buril hizo primores en las duras canteras, semejante a la aguja de la mujer en telas y cañamazos.

Las columnas son redondas y sólo sostienen rotas molduras de piedras talladas. Adentro todo el piso está escombrado. Abrojos y espinas cubren los frisos en destrozo.

Los encajes pétreos de estos escombros evocadores, merecen más de un diestro pincel que los trace en la hora de la tarde, cuando los rayos del sol poniente se quiebran melancólicamente en esas ruinosas canterías.

Luego se continúa al pueblo de Amecameca, que se extiende en una pequeña planicie, circundada por serranías. En la plaza las gradas y el arco conducen al templo y ruinas del monasterio. El domin-

go de Ramos se agrupan, alrededor de la palma triunfal, los campesinos. Allí las enaguas y corpiños de las mujeres, abrillantan al sol sus colores encendidos. Los pintores con frecuencia, trasladan a sus lienzos estos cuadros de vida y de belleza.

Adentro el atrio lleno de árboles y la rústica portada de cal y canto donde luce la torre con las molduras de sus tres cuerpos.

En el extremo opuesto una pequeña espadaña con sus diminutas campanas. Sobre la puerta dos hornacinas, superpuestas, con sus pequeñas imágenes. A un lado de la iglesia los escombros del convento.

Desde el atrio, en los días festivos, los peregrinos emprenden la subida al Sacro Monte, por gradas de piedra donde se va encontrando, a distancia convenida, las catorce estaciones del Via Crucis. En planchas, escritas al efecto, se leen: 1a., la casa de Pilatos, donde Jesús sufrió azotes y corona irrisoria de espinas, como Rey de los Judíos. La 2a. reza: Aquí recibe Jesús el peso de la cruz para el cruento sacrificio. Y así hasta la 14a., donde se termina la tragedia real del Hijo del Hombre.

Arriba. al terminar la cuesta empedrada que conduce al Calvario, hay dos capillas: la del Crucificado y la más alta, la Guadalupana. En ambas existen cementerios de los pudientes del lugar. En una de ellas se muestra la estatua de Fray Martín de Valencia.

La perspectiva desde el altonazo es de una belleza encantadora. El Popocatépetl, que significa *cerro que humea,* junto con la *Iztaccíhuatl,* que vale tanto como la *Mujer Blanca,* o como la llama el pueblo, la mujer dormida, se contemplan en todo el esplendor de su blancura.

Allá, en el fondo de la hondonada, donde terminan los montes y sus faldas, el pueblecito de San Rafael. Un penacho de humo anuncia, al salir por su chimenea, la fábrica de una industria papelera.

El Calvario del Sacro Monte trajo el recuerdo de más de 40 años atrás, de lo que hacían algunos estudiantes en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús en el Táchira. So pretexto de rezar las Vía Crucis, en penitencia de la confesión reglamentaria, tenían pláticas amorosas en las cercanías de la iglesia, adonde iban a cumplir sus penitencias.

Un dato curioso de los peregrinos que visitan el santuario, dejan colgados de las ramas y raíces de los árboles del camino pedazos de sus pobres vestidos que llaman *tiliches.*

Y allí los dejan, en espera de encontrarlos en su nueva peregrinación, pues de ese modo la súplica a la Virgen Morena queda perenne, en las hilachas flotantes de sus harapos. ¡Ofrenda ingenua del creyente, que con nada se reemplaza en la vida dolorosa del hombre!

Se cambian los sistemas políticos que trastornan al mundo, porque las ideas, como los metales impuros, sufren depuración. Pero el sentimiento, que nace de la fe o del cariño, no cambia nunca. Se eclipsa, se empaña en las tormentas de la vida, pero sabe asirse a las mismas raíces de la sensible entraña.

Al bajar de esa plataforma, cuyo panorama se explaya armoniosamente, se sigue el viaje. A poco de abandonar el poblado se deja la carretera y se cruza a la izquierda. Por campos de cultivo y de tierra aplanada, se suben los 28 kilómetros que señala un poste.

A los 14 kilómetros, se llega al sitio llamado Diego de Ordaz en memoria de la audacia de este conquistador. Refiere el cronista Díaz del Castillo que estando en Tlaxcala, en 1519, vieron, miraron y sintieron cómo flameaba el Popocatépetl.

Los españoles, que no conocían el fenómeno, quisieron contemplarlo de cerca. El más audaz tomó en sus manos el atrevido empeño, y con dos soldados y algunos indígenas de Huejotzingo, emprendió Diego de Ordaz la marcha. Este dijo al bajar, según el cronista citado, que los nativos, temerosos, se quedaron rezagados, pero que él al subir "comenzó el volcán a echar grandes llamaradas de fuego y piedras medio quemadas y livianas y mucha ceniza, y que temblaba toda aquella sierra y montaña adonde está el volcán, y que estuvieron quedos sin dar más paso adelante hasta que allí a una hora que sintieron que había pasado aquella llamarada y no echaba tanta ceniza ni humo, y que subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha y que habría en el anchor un cuarto de legua, y desde allí se parecía la gran ciudad de Méjico y toda la laguna y todos los pueblos questán en ella poblados".

Este rasgo de coraje de Ordaz, inusitado entre los más audaces de la conquista, marca el límite del valor humano. Con semejantes soldados fué como Cortés sojuzgó a los nativos del imperio azteca.

En este lugar la altura es de 3,160 metros sobre el mar. Hoy se encuentra una casa para los guardabosques, de madera y paja. El dormitorio es abrigado para los meses de mucho frío.

El oficial, que es técnico en su oficio, puesto que en la Universidad de México hay la asignatura de bosques y de aguas, decía al suscrito: que de noviembre a enero el volcán no cubre su blancura

con neblinas, y el frío bajo cero es intenso, y que es entonces cuando los quemantes rayos del sol producen incendios en los pinares, a causa de la mucha resina del ocote, y de alguna del oyamel y de los pinos rojos. El corazón de éstos ha sido muy solicitado para las construcciones. Su resistencia es secular.

Otro motivo de incendios lo causa el pájaro negro, llamado tordo, que traslada pajas de los vecinos campos, donde se hacen las quemas contraproducentes para el cultivo, y con ellas vienen brasas incendiarias. Y luego los que se suceden por descuido punible de los fumadores, y los de manos arboricidas que sufren castigo penal.

Cuando la voracidad del fuego es mucha, tiene la cuadrilla que derribar los árboles, pero al punto viene la resiembra. Lo mismo en los fuertes vendavales, que tumban y destruyen el bosque. La poda se hace en los pinos que envejecen, sembrando nuevas plantas a una distancia no menos de tres metros.

Se continúa el ascenso en auto hasta llegar a una especie de silla, que forma la depresión de la montaña, entre los dos volcanes. Un monumento de mampostería y cemento de poca monta, se acaba de erigir a la memoria del paso de los conquistadores de Cortés en 1519.

Se remonta un tramo más de tierra y se llega a una meseta, donde hay bancos y un rancho pajizo que guarece a los turistas cuando llueve. Por esas cumbres los inditos pastorean sus ganados, que tienen de forraje una gramínea llamada zacate.

Desde esa plazoleta, que la rodean grandes ocotes, se hace una excursión a pie por sobre arenillas metálicas que son las cenizas del volcán. Las mismas, por su origen, de las que actualmente ha vuelto a vomitar el Paricutín de los tarascos en Michoacán.

El andar es dificultoso, porque los pies se hunden en esa arena, que son las limaduras de los Encédalos en la fragua ígnea de los volcanes.

A esas laderas calcinadas que las pueblan los pinares y algunos arbustos que desparraman sus ramales en forma de paraguas, llegan parejas en citas de amor. Para allí tener la inefable emoción de contemplar, muy de cerca, la inmaculada blancura de la nieve.

Esos idilios, a 3,800 metros de altura y sobre alfombra gris de cenizas metálicas, esteradas con las pajas del zacate, son los mismos que tiene la abeja reina en las alturas. Idealizados por el vuelo.

Los que han hecho estudios del volcán al bajar a su cráter, asientan que el fondo de éste es una azufrera con solfataras, es decir, un criadero de azufre. El continuo vapor de agua y gases sulfurosos, al

condensarse, dejan el azufre adherido. De todas ellas al escarbarlas, se extrae el metaloide amarillo. Los respiraderos de estas fraguas de Vulcano son las fumarolas.

Alumnos de la minería mexicana han bajado, en distintas épocas, a tomar mesuras. El fondo lo describen elíptico irregular, con el eje mayor de 240 metros, y el menor de 170. La profundidad, desde el punto donde se fija el malacate para el descenso, es de 143. Este aparato de garruchas es indígena, semejante al que se usa en los funiculares. Sólo que éste es de acero y moderno.

Las paredes azufradas son peñascos caprichosos, que parecen escombros de edificios al caer. La explotación del metaloide es bastante arriesgada, y los meses de sequía son los más apropiados. Pero el frío, afuera, es el mayor. Los inditos de Amecameca son los más prácticos en este laborío. El dato siguiente pone de manifiesto hasta dónde llega la cantidad. En un año se extrajeron 1,750 quintales de azufre impuro, y luego de purificarlo quedaron 1,500 quintales. El precio en el mercado es exiguo.

Varios geólogos y hombres de ciencia conocieron su cráter. En 1803 el Barón de Humboldt; en 1857, William y Federico Glennie; en 1833, el Barón Gros y Federico de Gerolt, y en 1857 una comisión científica de México. Todos éstos y otros más que no se citan, publicaron sus estudios.

Se apuntan también las principales erupciones desde la conquista: Años de 1519, 20 y 39. Luego en 1548, 1557, 1592, 1642, 1664 y 1802. En otros años se anunció sólo con temblores en los pueblos vecinos, pero sin terremotos. Ha quedado con su enorme cráter abierto por donde el penacho de humo hace su explosión.

A estos datos se agregan los del presbítero Castillo y Piña, escalador audaz de las cumbres mexicanas. En el ascenso que hizo con el presbítero Tritschler en 1922, anotó la dificultad de ejecutarlo por las planchas lisas e inclinadas de la nieve. Los guías van haciendo escalones hasta el borde del cráter, los que sirven para los viajeros.

Estos quedaron sorprendidos al ver que las planchas cristalinas desaparecen, dado el calor, para dar lugar a las arenillas y a las piedras rojas, llamadas tezontles. Con ellas se fabrican en México suntuosos edificios.

Para escalar este último piso suelto, de piedras y cenizas tuvieron de zigzaguear apoyados en sus bastones. Una vez al borde el espectáculo es imponente y terrífico, escribe el escalador. Para llegar al cráter necesitaron seis mortales horas, manteniendo en vilo

su valor de hombres, pues un traspiés, un resbalón en falso acarrearía la muerte.

En la boca enorme del monstruo oblongada y profunda, las peñas ígneas al romperse por las rachas del frío exterior, caen con estrépito. Las pequeñas solfataras se convierten en estruendoso torbellino, que salen en forma de oscuros penachos de humo.

Al descender los intrépidos alpinistas después de contemplar absortos por largo tiempo, la grandeza de aquella visión aterradora, exclama el sacerdote: "Bendita sea la Providencia que me ha dado fuerzas para admirar los soberbios espectáculos de la naturaleza!"

Cuando se conocen ejemplares de varones como el presbítero Castillo y Piña, que ha sabido trepar escarpaduras volcánicas y pudo salvar su vida a fuerza de valor moral, de las garras de los Villas, Obregones y Calles, con orgullo de escritor se publica el nombre del colega.

Ante la entereza de ánimo de este varón mexicano, viene a la memoria la frase de Simón Bolívar: "¡Cuando me hablan de valor y andacia todo mi ser se renueva y vuelvo a nacer, por decirlo así, para la gloria y la libertad

Por oposición surgen los andinos Medina Angarita, presidente, y doctor C. Parra Pérez, su canciller, que estuvo encargado de la presidencia. Por ningún punto asoman, en su vergonzosa caída, rasgos de valor y audacia.

Caracas, abril de 1946.

LXIII

LAS PIRAMIDES

Uno de los lugares más visitados por los turistas que llegan a México, son las Pirámides. Distan sólo 50 kilómetros por carretera asfaltada.

Además, estas ruinas son las más variadas arqueológicamente. Por sus caracteres constructivos, por su máxima altura, extensión y vista panorámica.

Una vez atravesado el puente de hierro sobre el Canal del Desagüe, se pasa frente al convento de San Agustín Acolman, una de las ruinas más artísticas de México. Geográficamente estas aguas sucias de la metrópoli van a caer al río Tula, luego al Moctezuma,

que engruesan las del Pánuco. Este desagua en el Golfo de México, cerca de Tampico.

Antes de llegar a la zona arqueológica se tropieza con el pueblo de San Juan Teotihuacán. Este vocablo significa lugar de dioses o culto de ellos. Era un antiguo señorío, dependiente del reino acólhua de Texcoco.

Los arqueólogos mexicanos encuentran semejanza entre la civilización de Teotihuacán y la sepultada bajo el pedregal de San Angel, formado por lavas pétreas del Ajusco. Caracterizadas las dos "por la forma especial de sus utensilios y pequeñas esculturas de barro", tanto de sus sepulcros como de sus monumentos. Ambas aparecieron siglos antes de la conquista.

La cerámica de Monte Albán y de Cholula ha dado por conclusión que esas dos civilizaciones son diferentes de la que se está descubriendo todavía en las Pirámides.

Ya en la zona el visitante cruza a la derecha para llegar a la Ciudadela. Esta queda en el extremo sur, a la derecha de la avenida llamada *Calle de los Muertos*. Tiene dos kilómetros de largo por unos 40 metros de ancho.

La Ciudadela, donde está el templo de Quetzalcóatl, es un cuadrado de más de 200 metros por lado, con una extensión aproximada de 40,000 metros cuadrados.

Los monumentos, cubiertos de piedra y yerbas, se componen de cuatro montículos a los cuatro vientos. Las gradas del centro, por donde se sube tienen 30 metros de ancho y son 28 escalones de piedra. La huella es de 0.30 metros por 0.25. Son cómodas para subirlas. A los lados hay rampas que prestan servicio para llegar a las terrazas.

Luego se bajan 15 gradas que conducen al gran anfiteatro del templo. A 55 metros, en todo el centro, se halla una plataforma. Y a otros 55 se llega a otra gradería de 39 peldaños, por los cuales se asciende a una terraza, hoy descubierta, desde la cual se contempla el altar de Quetzalcóatl. Este hombre, convertido en dios, barría, como tal, "el camino a los dioses del agua, y esto adivinaban porque antes que comienzan las aguas hay grandes vientos y polvos", y por esta razón le llaman *El Dios de los Vientos*.

El templo principal mira al occidente. El lado de entrada, por la Calle de los Muertos, mide casi 240 metros. Los cuatro basamentos, de este frente, son piramidales como los lados norte y sur, ya descubiertos. El poniente sólo tiene tres montículos, que aún los cubre la yerba.

El sacerdote adoraba el Dios de los Vientos oficiando al oriente, porque de allá llegan la luz, el calor, la vida. Hay cuatro graderías, a cada lado del altar. En la primera, a la derecha del oficiante de abajo hacia arriba, se admiran cinco figuras de piedra, que son tigres y sierpes aladas. Dioses simbólicos de los aztecas y de los mayas también. En la segunda, se miran 4 figuras; tres en la tercera, y 2 en la cuarta.

Las restantes están destruídas, pues según la interpretación de los arqueólogos, había otras más. Esto se comprueba en la maqueta del altar que se estudia en el Museo Regional de Teotihuacán.

En el centro hay una gradería que daba paso a los sacerdotes para oficiar arriba. Luego dos ramblas con animales de piedra tallada. El grueso de estos cimientos al descubrirlos, se hundió y son de 1.40 metros.

Por gradas en los muros que limitan los lados norte y sur, se sube a las plataformas donde están sus pirámides. Probablemente eran lugares de oración. Lo mismo que sucede con las capillas laterales de los templos y catedrales cristianos.

Al explorar la pirámide de este dios, hallaron que cubría un edificio anterior, de importantes esculturas de piedra. Los exploradores dejaron libre lo que estaba sepultado, junto con la escalinata central y las ramplas de los lados. Y suponen que el número de estos cuerpos eran seis.

Las serpientes emplumadas, con sus cabezas bastante salientes del plano en general, son la principal decoración del templo. Casi de tanto relieve, pero sin llegar a la belleza tallada de las que se contemplan en las ruinas de Uxmal, en Mérida de Yucatán. En especial en el edificio de las Monjas.

En piso inferior de Quetzalcóatl, cuya soberbia dimensión se deduce por lo explorado, hallaron objetos varios. Fragmentos de huesos humanos en desorden, como si de prisa se hubiesen depositado; cabecitas de jade, la piedra de más valor; vasijas de barro rotas del dios Tláloc, el de las aguas, fecundador de la tierra.

Al dejar estas ruinas se pasa un riachuelo y al oriente de la gran vía se visita el templo de Tláloc. En la excavación de 1917 se hallaron muchos objetos de su culto.

Se apuntan frases de la sentida plegaria de los antiguos moradores del Anáhuac, al dios de las lluvias. "¡Señor nuestro: todas las cosas que nos soliades dar por vuestra largueza, con que vivíamos y nos alegrábamos, y que son vida y alegría de todo el mundo, y que son preciosas como esmeraldas y como zafiros, todas estas cosas

se nos han ausentado y se nos han ido". Esto, porque estaban en plena sequía.

Que en cuanto al culto que le fijaba el calendario azteca, era en el mes décimosexto, que es cuando empiezan las lluvias. Las ofrendas eran víctimas humanas, que "después de haberlos velado y tañido y cantado, abríanlos por los pechos con un *tzotzopaztli,* que es un instrumento con el que tejen las mujeres, casi a manera de machete, y sacábanles el corazón, y cortábanles las cabezas, y después repartían todo el cuerpo entre sí y comíanselo; otros ornamentos con que los tenían aparejados quemábanlos en los patios de sus casas".

"Hecho esto llevaban todas estas cenizas y los aparejos con que los habían servido a los oratorios que llaman *ayauhcalco,* y luego comenzaban a comer y a beber, y a regocijarse, y así concluían la fiesta. Otras muchas ceremonias se quedan por decir, que están a la larga en la historia de esta fiesta".

El templo de Tláloc era un edificio rectangular de más de 100 metros por 25. Allí son cuatro montículos en forma de cruz latina, con uno posterior, que corresponden a otras tantas pirámides. En las recientes excavaciones, además de utensilios de alfarería, las paredes se hallan llenas de frescos en buen estado. Una atención especial de parte de la misión arquológica de México ha dado en consecuencia, en un salón construído, el trabajo en reproducir dichas pinturas.

Al poniente de la avenida, y frente a los dioses Tlaloques, varios edificios superpuestos con su hermosa arquitectura y sus muchos frescos.

Este sistema es muy socorrido en las ruinas mexicanas de Monte Albán, Cholula y Yucatán. Pero en las Pirámides han destruído, en parte, los más antiguos edificios para construir los nuevos. Siguiendo la calle arriba se llega a la gran Pirámide del Sol. La rodean edificios menores algunos descubiertos, pero los más no.

La base es un enorme cuadrado, aunque inferior al que tiene por asiento la de Cholula. La subida por el frente se hace luego por una escalinata de 19 peldaños de piedra. Se llega a una plataforma cuadrada, acaso el sitio donde esperaban los viejos para desollar los cadáveres victimados, que rodaban por todos los tramos de las demás escalinatas.

Una rampa y en seguida otra gradería de 38 gradas, que termina en rampa, menos ancha y larga que la anterior, con dos tramos de escalinatas y de 3 metros de ancho cada una. Contienen 48 escalones.

Otra rampa disminuída en sus mensuras, y le siguen 20 gradas con su respectivo descanso, alrededor de la Pirámide.

Gradas de piedra en la pirámide de San Juan Teotihuacán. El autor y su familia.

Alta gradería en la Pirámide del Sol.

Los últimos peldaños, en número de 48, rematan en la plataforma del vértice truncado. Allí estaba el altar del sacrificio. Todas las gradas dan un total de 241, en los 6 tramos de la gran escalinata. Su altura, desde la base de la plataforma cuadrada al vértice trunco, es de unos 66 metros. Tiene cada lado cerca de 220 metros, de lo que resulta una superficie de unos 50,000 metros cuadrados.

Las graderías de las otras pirámides conocidas no le llegan a ésta. Así la de Cholula cuenta 120 escalones y la del "Adivino", de Uxmal maya, sólo alcanza 118. Fueron las mayores que subió el suscrito en su estada en México. El cronista y soldado conquistador habla de las 114 gradas que tenía la Pirámide de *Toteluco,* desde cuya cima el emperador Moctezuma atalayaba la ciudad lacustre de *Tenochtitján* y sus tres calzadas. En la lucha por el dominio de éstas, perecieron centenares de españoles a manos de los valientes aztecas.

Frente por frente de la Pirámide del Sol estaban las casas de los sacerdotes, que al descubrir los montículos se hallaron los escombros.

Aquélla fué atravesada por un túnel en busca de lo que tuviera en su interior, pero sólo hallaron tierra maciza. No hubo superposición de nuevas construcciones como en otros monumentos. El ayuno de los sacerdotes, en cuatro de ellos, durante 4 años, era con exceso, y con sangrías en sus mismos cuerpos. Así lo apunta el historiador Clavijero.

La figura tallada de piedra, que estaba en el cono truncado, fué destruída por Fray Juan de Zumárraga, obispo de México según algunos cronistas. Sensible destrozo, pues era una obra de arte. Los trozos se encuentran en el Museo Regional de la zona.

Otras ruinas en la Plaza de las Columnas, fueron descubiertas bajo nuevos montículos. Contiguo está el Templo de la Agricultura, recientemente explorado, y rico hallazgo de conchas, caracoles y otros objetos. Pero lo más son los frescos que ostentan códices. Todas estas pinturas son motivo de estudio en el salón construído al efecto.

Al final de la avenida se alza la Pirámide de la Luna, consagrada al culto de esta diosa celeste. La componen cinco cuerpos escalonados, que forman una rampa central. Las salidas de los diversos cuerpos, como si fuesen superpuestas, constituyen cada cual un talud. La altura conjunta de ellos es de 42 metros. Pero como la base es rectangular los dos lados mayores miden 150 metros cada uno, y los otros sólo 120, el total de la superficie que cubre la base da unos 18,000 metros cuadrados.

Actualmente se excavan túneles para averiguar si la tierra es compacta como la del Sol, o hay edificios superpuestos como en las otras. Lo que predomina es lo segundo, debido al crecimiento de la ciudad o al cambio de poderes reinantes.

Todo el perímetro de esta zona arqueológica se encuentra lleno de construcciones en donde la mayoría se halla en pleno descubrimiento.

A la terraza de la Pirámide del Sol, que mide 40 metros por lado, llevaban a los cautivos y esclavos por los cabellos. Y cuando algunos se desmayaban, los subían por las gradas arrastrados también por sus largas cabelleras.

Una vez llegados al *Cu*, altar o adoratorio, los tendían de espaldas sobre el *tajón*, piedra cuadrada para la dolorosa oblación. Allí la víctima era sostenida por cinco personas, que le sujetaban las piernas, los brazos y la cabeza.

En esta forzada posición el sacerdote, armado de punta en blanco para el cruento sacrificio, le hundía el cuchillo de pedernal en el pecho, rompiendo unas cuantas costillas. Por entre la herida el oficiante metía la mano y arrancaba el corazón con sus arterias, luego recogía la sangre en una vasija que daba al dueño del victimado. La desangrada en-

traña se ofrecía en holocausto al dios votivo, al quemarse en los braseros humeantes.

El cuerpo lo echaban a rodar por las gradas abajo hasta la plataforma o plazoleta de algunos *Cúes*. Allí era recogido por los llamados *quaquacuiltín*. En algunos casos, conforme al ritual del dios, era desollado y con la piel se vestía el creyente de esa deidad para presentarse, así vestido, en las casas de sus cofrades. Las carnes eran repartidas y servían de alimento en la teurgia de esa inhumana y antropófaga religión.

Los sacrificios de estos pobres indios, ofrenda de los guerreros y señores a sus dioses, en degradante pasividad de corderos, ha continuado entre los hombres.

Las hecatombes por millares, sacrificados pacientemente en la última guerra mundial, prueba asaz de este aserto: *el hombre es un animal cobarde*.

De ahí que el valor sea tan raro, y cuando aparece en pecho de varón, se impone ante los demás. El miedo invade el ánimo como la epidemia ataca al organismo. En uno y en otro caso la arcilla humana se ablanda, el ser intelectual desaparece y el moral se convierte en un guiñapo.

Es la impresión que produce el cuadro aterrador que describe Concha Espina en su novela "Retaguardia". Narra su pluma indignada y bravía la matanza de unos 500 jóvenes, apresados en el barco "Satanás" y surto en un puerto del mar cantábrico. Allí las víctimas, en lugar de lanzarse contra sus verdugos y morir matando, como fieras enjauladas, fueron cayendo cual mansos corderos bajo los puñales de los rojos españoles.

Terminada la visita a las Pirámides de San Juan Teotihuacán se recorre el Museo Regional, donde hay una maqueta con la descripción de la zona arqueológica. Los objetos del salón allí reunidos de las excavaciones y de las iglesias y conventos saqueados, pertenecen a las épocas precortesiana, colonial y revolucionaria.

A la trágica belleza de esta Pirámide se le pone de epílogo un fragmento del lírico "Canto al Sol", del gran poeta ecuatoriano Pablo Hannibal Vela:

"¡Viejo sol, pon tu alma de oro en el agua de mi vaso,
y, con tu fuego de Oriente, haz otra aurora en mi ocaso;
quiero beber len-ta-men-te, sorbo a sorbo tus reflejos,
nutrir mis glóbulos rojos y cambiar mis huesos viejos!

"Que alumbres mis nervios ópticos, para ver tus lienzos de arte,
y, ebrio de luz, como un pájaro, desde algún árbol cantarte.
Por eso me desayuno contigo, sol-universo;
porque, sospecho que tienes, las vitaminas del verso...

. . . . . .

"Por eso, bebo de mi vaso las irisadas burbujas,
que hierven con el secreto del oro, de tus agujas;
y quiero que hagas, conmigo, aquí, entre nos y en silencio,
lo que cuenta la leyenda de la fuente de Juvencio...
Pero ya no quiero el ímpetu de la física energía
que quiso ayer el muchacho y —luego— el joven quería;
hoy, quiero fuerza en mis alas, para los vuelos lejanos,
bajo los arcos azules de todos los meridianos.

"Ya soy el hombre maduro de cuarenta y ocho eneros,
que olvidó esas mariposas, que son —arriba— luceros.
Ya no disparo la aljaba de furtivo sagitario
con el arco de la luna, sobre un corazón canario...
Soy el hombre que, ante el sol, desdeñando su infortunio,
quiere curarse del mal de un pasado plenilunio.
Aquel que, desde la playa, como dorado estandarte,
te vió gallardo y magnífico, salir del mar sin mojarte...
Quien, a ventanas abiertas te aguarda, porque imagina
que, cada aurora, lo bañas de brillante purpurina;
porque yo sé —desde el Génesis— que, mientras vivas y seas,
serás milagro en las cosas y fósforo en las ideas;
y, cuando tocas las puertas con tu bordón de alegría,
quisiera que fuesen ellas, las penas del alma mía..."

El poeta Vela evoca en sus bellas estrofas los rayos luminosos del sol, porque la luz de sus pupilas se está apagando. Se encuentra, desgraciadamente, próximo a quedar ciego. De ahí el canto a las piadosas manos de su compañera:

"Manos virtuosas de belleza augusta
que, al abrirse en la sombra, se diría:
dos estrellas de amor de cinco puntas,
que brillan en el cielo de ti misma.

"Manos que no han de abandonarme, nunca,
y en mis horas de sueño son vigilias;
manos que ponen la secreta cura
sobre las huellas de mi pena antigua.

"Y, como son nuestra mejor fortuna
y no hay otras, más nobles ni más finas,
ni existen joyas que les den ayuda,
te suplico llevarlas sin sortijas;
que luzcan ellas, sí, pero que luzcan
por el raro esplendor que las anima;
porque a la rosa, nadie la perfuma;
porque a la estrella, nadie la ilumina".

Caracas, mayo de 1946.

LXIV

CHOLULA

Queda en la planicie que se extiende hasta Puebla y más allá, a unos 122 kilómetros de México.

Refiere Bernal Díaz del Castillo que Hernán Cortés salió de Tlaxcala, por octubre de 1519, con rumbo a Cholula a tratar de que fuesen sus aliados contra Moctezuma.

Cerca de la población le salieron al encuentro los principales cholultecas. Vestían ropas de algodón llamadas *marlotas,* semejantes a las que vieron después en los zapotecas, y a los sayos de los vaqueros españoles.

Los indígenas, por medio de la Malinche y del hispano Aguilar, intérpretes de Cortés, le dijeron a éste que no debían entrar los tlaxcaltecas, sus enemigos.

Una vez aposentados los invasores fueron avisados de la traición preparada de acuerdo con los mensajeros de Moctezuma. En parlamento con un sacerdote, acaso el principal, supo la aviesa actitud de los caciques.

Entretanto los aliados de Cempoal descubrieron hoyos con estacas, cubiertos con hojas, que eran trampas para los caballos: albarradas, trincheras de grusos maderos; y en las azoteas, mamparos de piedras y adobes.

En conocimiento Cortés, de lo que tramaban contra él, fingió que salía al amanecer haciendo ver a los enviados de Moctezuma que era traición de los cholultecas. Dejólos reunir donde se estaban armando para el ataque, y de sorpresa cayó sobre ellos. Les echó en cara su felonía y su monstruoso culto de comedores de carne humana y sus vicios sométicos.

Al punto ordenó el castigo. Y fueron centenares de indios los que perecieron. Como hombre de Estado aprovechó el escarmiento público: obligó a los castigados a pactar alianza con los tlaxcaltecas, sus antiguos enemigos; les hizo creer que adivinaba sus malos pensamientos, como *teúl* que era; y dió una lección severa a los representantes del rey de los mexicanos.

En consecuencia se apresta a la invasión, y a los pocos días sale camino de Tenochtitlán. Ha visto que sus sangrientas y antropófagas deidades tenían su culto en los muchos montículos que hermosean la región. En los *cúes* del sacrificio halló las calaveras de muchos decapitados.

A la pirámide principal de Quetzalcóatl acudían con sus ofrendas los vecinos de la comarca, porque Cholula era la ciudad sagrada.

Entre las cosas más visibles según el cronista, fueron las alfarerías de barro colorado, prieto y blanco, donde se cocían los utensilios pintados. Y también la industria del pulque, su bebida fermentada, acepta a los dioses. Se extrae de los magueyes. Junto a esto, grandes jaulas, donde los indios eran cebados para el sacrificio y el banquete ritual de sus carnes. Cortés, indignado, ordenó como en Tlaxcala, que se rompieran dichos huacales y se libertaron los cautivos.

Las 120 gradas para subir al *Cu* o adoratorio de Quetzalcóatl, fueron subidas varias veces por Cortés y sus tenientes Alvarado, Ordaz, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila y otros. Desde la plataforma de la pirámide truncada contemplaron, en los contornos del paisaje, cerca de 400 torres que surgían de sus montículos de adoración. Entusiasmado el conquistador relató el panorama a su monarca.

Cholula, según otros historiadores, era la Meca de los creyentes en sus crueles divinidades y Quetzalcoatl, como fundador de pueblos, había profetizado su regreso por Oriente. Cortés era, pues, la encarnación de aquel dios. Agregan que sobre los 300 y más teocallis y la gran Pirámide, construyeron las congregaciones cristianas las 365 capillas. Una para cada santo del día, conforme al santoral católico.

El suscrito comprobó con dolor que muchas de esas pequeñas joyas artísticas, debido a la salvaje persecución del culto, hoy son meros escombros. De las 1,200 fotografías de los "Rincones Mexicanos" que

tomó su compañera de viajes, hay unas 40 de las ciento y pico capillas que restan en Cholula.

Refieren los cronistas que la más bella, la de San Francisco, cuyas fotografías se ven en el Museo Regional de Puebla, fué incendiada por manos criminales de los comunistas mexicanos. No fué turba desordenada, como la que incendió la Biblioteca de Vicente Dávila.

Su inquilino, el doctor C. Parra Pérez, canciller de Medina Angarita y ministro de López Contreras, abandonó casa, muebles y libros que tenía bajo su custodia personal. Y al hacerlo cometió dos graves faltas: una, en la carencia de valor moral, puesto que el doctor Luis Jerónimo Pietri, ministro y gobernador de López Contreras, rechazó, a pecho limpio a los saqueadores; y la señora María Teresa de López Contreras, en carta pública, ha dicho que ella misma contuvo a los asaltantes de su hogar.

Y la otra, más grave aún, pues una vez refugiado en la legación belga ha debido avisar en seguida al propietario, que vivía en Los Caobos. Tuvo tiempo, más que suficiente, de las 5 de la tarde a las 11 de la noche que empezó el incendio.

Actualmente en Cholula está en actividad la exploración de la gran Pirámide, coronada por la capilla de los Remedios, donde estaba la principal adoración de los cholultecas. En lo descubierto, a través de un túnel, se cuentan ya 125 escalones de piedra. Esto da una base superior a la que tiene la Pirámide del Sol en San Juan Teotihuacán.

Por la galería descubierta llega el visitante a un muro lleno de figuras en rojo y con grabados simbólicos. Era su escritura en códices murales.

El color es tan firme que ha resistido los siglos de estar sepultados. Son semejantes, en la firmeza del colorido, a los que admira el turista en el refectorio del senador Pitti, en las ruinas de Pompeya.

En otros corredores, hechos al excavar la maciza tierra que cubre los frescos, parejas de enamorados ofrendan las flores de su cariño, en el altar único del dios de los aztecas, judíos y cristianos, el del amor.

Al salir de estas galerías subterráneas, adonde algunos acobardados no entran, se sube por gradas de tierra al montículo de las exploraciones. Allí algunos cimientos que fueron habitaciones, pues el teocalli debió de existir en ese lugar.

Cerca hay una tumba con dos esqueletos, que suponen son de caciques o personajes célebres. Tienen las rodillas en flexión sobre el pecho, pues el espacio que ocupan no les permite estar tendidos cuan largos eran. La sepultura es un poco más de un metro cúbico.

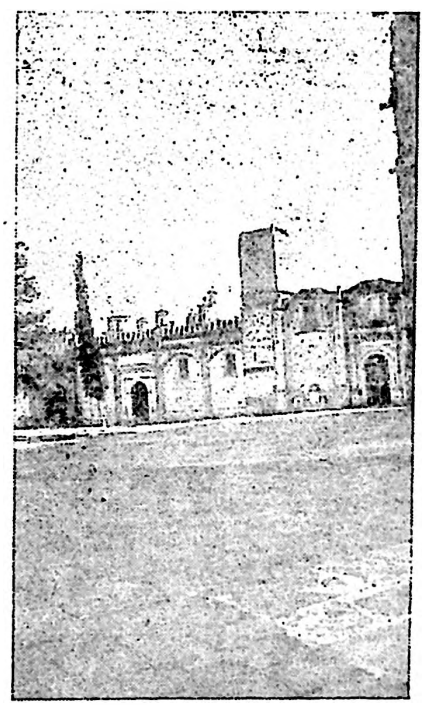
Acompañan a los esqueletos algunos utensilios e instrumentos de uso personal. Hay también tres cráneos de arcilla incrustados en las paredes. Junto a éstos había otros cadáveres que se llevaron al Museo de México. Parece que el sitio era una necrópolis.

Los sacrificios de las víctimas sobre el *tejón* del sangriento altar, eran semejantes al efectuado en los demás adoratorios del reino.

El veracruzano Clavijero habla de los seis sacerdotes que asistían al victimado. El sacrificador, o *topiltzin,* era hereditario en su empleo. Y en cada caso usaba el nombre de la cruel divinidad que aceptaba impasible, corazones de víctimas humanas en holocausto. Vestía traje de algodón rojo y floreado, en la cabeza adornos, y en las orejas y labio superior, agujereados, pendientes de oro y piedras preciosas.

Los cinco auxiliares de blanco y llenos de adornos iban trajeados también de algodón. Vestidos de lana no existían porque carneros y ovejas fueron transportados de España.

Ellos conducían a la víctima desnuda hasta el *Cu,* donde la colocaban de espalda sobre la piedra del sacrificio sujetando las cuatro extremidades, que la cabeza lo era por un aparato de madera.



Iglesia de las 7 naves y 49 cúpulas en Cholula.

Capilla en un cerro, cerca de Cholula, de la Virgen de Guadalupe.

En esta supina y forzada posición, el *topiltzin* hundía el agudo pedernal en el pecho, arrancaba el corazón y lo ofrecía sangrante y en holocausto a su bárbara deidad. Con la sangre que goteaba humedecía los labios sedientos del dios y las cornisas del templo.

Cuando el sacrificado era prisionero de guerra le cortaban la cabeza para adorno del carnero. Por esta razón los españoles, al destruir el santuario de Quetzalcóatl en Cholula, contaron centenares de cráneos.

El cuerpo decapitado y sin el corazón se echaba a rodar por las escaleras de piedra, y en la plataforma era recogido por el soldado que lo había apresado. Al punto lo llevaba a su casa donde lo cocía y lo *enchilaba* para el banquete.

¡Desdichados pueblos del Anáhuac, crueles y antropófagos, que merecieron la conquista de la espada, a fuego y sangre a trueque de la civilización cristiana!

¡Si es bella la perspectiva que hoy se contempla en la hermosa y cultivada planicie de Cholula, cuando apenas se alzan unas ciento y pico de las capillas, es de suponer cómo sería en tiempos de la Colonia!

Entre las varias iglesias que hay en la población se admira la parroquia, en la plaza mayor. La torre, con sus tres cuerpos, termina en un bello cimborrio octagonal. La cúpula ostenta minaretes y almenas, lo mismo que el costado que da a las ruinas del convento. Allí lucen cuatro grandes ventanales.

Adentro, algo inusitado, en casi un cuadrado siete hileras de pilares redondos de canterías, con cuatro metros de luz, de columna a columna. Y se cuentan en aquel bosque de piedra labrada, hasta 49 columnas.

Esta arquitectura extraordinaria da, arriba en el techo, 49 concavidades que corresponden a 49 cúpulas. Unico ejemplar de templos, en toda la haz de la tierra cristiana de los mexicanos.

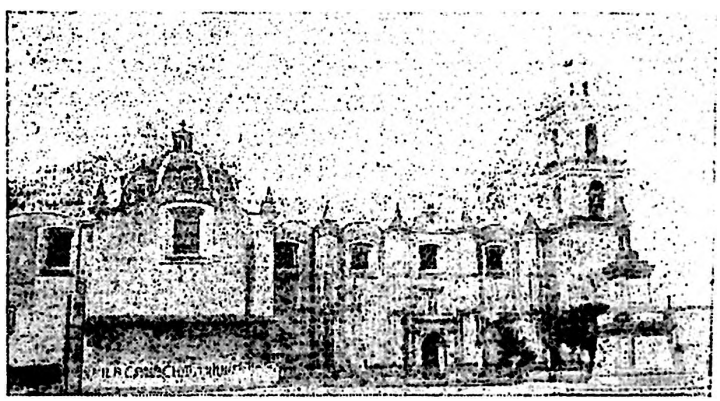
Algunas de las restantes capillas se marcan por su belleza. En el kilómetro 117 la de San Juan Clanel. En su atrio de antiguo cementerio, sombreado por árboles, se mira la torre y la cúpula elegantes. Esta abrillanta, en las tardes soleadas, sus azulejos amarillos. Es un sitio encantador, a la vera del camino, donde parejas de turistas tejen la tela inacabable del idilio amoroso.

A tres kilómetros más adelante, hay un montículo donde el *Cu* azteca fué convertido en una capilla muy mona. Se sube por larga escalinata a su atrio, que tiene vista espléndida alrededor. Las dos torres y la correspondiente cúpula del presbiterio, se yerguen orgullosas de su arquitectura. Desde lejos los visos de los azulejos atraen

las miradas de los visitantes. Los ocho marcos de los ventanales de la cúpula, y los 4 de cada una de las torres son de piedra tallada.

Por la misma carretera asfaltada de Huejotzingo a Cholula, se divisa la de San Mateo. Allí hermosea el sitio un coposo fresno, cuyo tronco mide 5 metros con 80 centímetros. Sería interminable si pretendiera nombrar todas las capillas que permanecen aún en pie, después de la deshecha tempestad de reformistas y comunistas.

Se termina este "Rincón" con una somera ojeada sobre el cantor del *Teocalli de Cholula*, José María Heredia. Nació en Santiago de Cuba, el 31 de diciembre de 1803, y fueron sus padres el magistrado íntegro, José Francisco Heredia y doña Mercedes Heredia y Campuzano, oriundos los dos de Santo Domingo. El magistrado con rumbo a Puerto Rico naufraga, y va a parar a las costas corianas de Venezuela por enero de 1801. Allí pasó dos años y casó con doña Mercedes, su deuda. En 1803 se radica la pareja en Santiago de Cuba, donde vino al mundo el futuro cantor del Niágara.



Costado de la iglesia parroquial en Cholula.

Nombrado con destino del gobierno español en Panzacola, el señor Heredia sale en 1806 a ocupar su puesto en La Florida. A los tres años se embarca para Venezuela, como oidor de la Real Audiencia de Caracas. Nuevo naufragio le obliga a dejar su familia en Santo Domingo, y él sigue para La Guaira.

Para 1810 ya en José María asoma su genial talento que cultiva su mismo padre, como hombre de leyes y de conocimientos humanistas. Traduce poemas del francés que son los versos los que despuntan desde tan tierna edad en su rica imaginación.

De Santo Domingo, donde continuó recibiendo lecciones de varios profesores, el año de 1812, le llevó su padre, con su madre y hermanos, a Coro y luego a Valencia. Allí permaneció hasta agosto de 1813 que salió para Puerto Cabello de Venezuela, huyendo de Simón Bolívar, que llegaba vencedor. Pero el adolescente en 1823, de sólo 20 años, formará parte activa como abogado en el Club revolucionario de *"Soles y Rayos de Bolívar"* en Matanzas. Y por ello será expulsado. Y más tarde, en 1827, sirviendo a la República Mexicana en Cuernavaca, cantará, en versos inmortales, las glorias del Libertador de Colombia.

Siguiendo la vida accidentada de su padre vuelve una vez más a Coro, donde permanece hasta 1815. El Regente regresa a Caracas, donde le esperan las funciones de su cargo. Desde allí recomienda a su esposa que José María no descuide sus lecturas de la Biblia de Horacio y de Virgilio, pero que todavía no lea a Montesquieu. Le parecía al Regente demasiado para su hijo de sólo 12 años. Tal capacidad intelectual de este adolescente, que piensa como un hombre.

A poco la familia se le une en Caracas, donde todavía manda el gobierno español, y José María se inscribe en la Universidad y cursa leyes. En 1817 el Regente abandona definitivamente a Venezuela, donde supo hermanar sus deberes en juicios de Infidencia con su espíritu humanitario. Puso en práctica un tanto difícil en aquellos duros tiempos, lo que decía Dolores Jerez al endiablado de su marido: "Quiero que Dios ponga tiento en tus justicias, y que sin faltar a la razón, cumplas con la caridad que es primero". Lo que no supo hacer Antonio Nicolás Briceño con los españoles, sí lo hizo el Regente Heredia con los enjuiciados venezolanos.

Esto bien se puede leer en las Causas de Infidencia y en los cien tomos que arregló el suscrito, de Ilustres Próceres de la Independencia, en el Archivo Nacional. Y en "Próceres Trujillanos", publicó Vicente Dávila, en 1821, más de un elogio a la rectitud del Regente Heredia, contra la arbitrariedad de un Monteverde, de un Boves o de un Moxó.

Hoy siente profunda satisfacción al estampar, en este "Rincón", el elogio de su hijo en el canto al *Teocalli de Cholula*.

Por abril de 1819 llega a Veracruz, pues su padre venía a ocupar puesto importante en la Real Audiencia de México. No le fué propicio el clima, y por octubre de 1820 muere su padre en la anti-

gua Tenochtitlán. En el profundo dolor el joven poeta, de sólo 17 años, pulsa su estro ante las ruinas de la pirámide cholulteca:

"¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
los aztecas valientes! En su seno
en una estrecha zona concentrados,
con asombro se ven todos los climas
que hay desde el polo al Ecuador. Sus llanos
cubren a par de las doradas mieses
las cañas deliciosas. El naranjo
y la piña y el plátano sonante,
hijos del suelo equinoccial, se mezclan
a la frondosa vid, al pino agreste,
y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
de Iztaccíhuatl purísimo, Orizaba
y Popocatépetl; sin que el invierno
toque jamás con destructora mano
los campos fertilísimos, do ledo
los mira el indio, en púrpura ligera
y oro teñirse, reflejando el brillo
del sol en occidente, que sereno
en hielo eterno y perennal verdura,
a torrentes vertió su luz dorada,
y vió a naturaleza conmovida
con su dulce calor, hervir en vida".
. . . . . .
"Esta inmensa estructura
vió a la superstición más inhumana
en ella entronizarse. Oyó los gritos
que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
les arranca el corazón sangriento".
. . . . . Muda y desierta
ahora te ves, Pirámide. ¡Más vale
que semanas de siglos yazcas yerma,
y la superstición a quien serviste
en el abismo del infierno duerma!"

Caracas, mayo de 1946.

LXV

LAS VIZCAINAS

En julio de 1734 permitió el arzobispo virrey de México, doctor don Juan Vizarrón y Eguiarreta, colocar la primera piedra en la fundación de un colegio. Allí se educarían niñas, doncellas honestas y pobres y serviría de refugio a las viudas carentes de bienes personales.

La colonia vasca, que llamaban enfáticamente nación, era numerosa y rica, pues sus hombres eran comerciantes y de labores agrícolas en grande. Distintivo que han conservado en México.

Por el año de 1753 la señora María Ignacia Azlor, vasca también, fundó a sus expensas un monasterio para la enseñanza de las hijas de gente bien de la Nueva España. El lugar que ocupó es donde actualmente se edificó el enorme Palacio de Justicia. Frente al costado oriental del Palacio de Gobierno.

En ese año del 53, los vascos don Francisco de Echeveste, que fué embajador de España en la China y era Prior del Consulado; don Manuel de Aldaco, apartador de oro y plata y rector de la cofradía de Aranzazu y don Ambrosio Meave, resolvieron construir un colegio con sus propios caudales.

Quedaría bajo la advocación de San Ignacio de Loyola y la Virgen de Aranzazu, vizcaínos los dos. El rector de dicha cofradía, don Juan de Aguiara y Eguren, también oriundo de Guipúzcoa.

En las cláusulas de la institución de esta obra pía quedó bien determinada su jurisdicción. No pertenecía al clero secular y menos al regular, y quedaba independiente de la Real Audiencia. Su administración se haría por la congregación de la Virgen de Aranzazu y subordinada al virrey. Tenía un carácter civil.

Más tarde el arzobispo Rubio y Salinas, sucesor de Vizarrón y Eguiarreta, se negó a firmar las constituciones porque excluían su autoridad y mando. Tuvo que mediar el Papa Clemente XIII y al cabo de 16 años de litigio vino la aprobación.

En la discusión de sus derechos de fundadores Aldaco sostenía que, si ellos no ganaban el litigio al arzobispo, era preferible pegarle fuego al edificio. Lo cual obedecía a que por septiembre de 1767 ya eran conocidos los saqueos escandalosos en las iglesias y colegios de la Compañía de Jesús.

A causa de los enciclopedistas, racionalistas y ateístas a lo Voltaire, habían iniciado una campaña contra la Iglesia católica. Y como la congregación de los jesuítas era la que despuntaba en poderío, no sólo espiritual, sino temporal, en sus casi dos siglos de existencia, los gobiernos se propusieron destruirla.

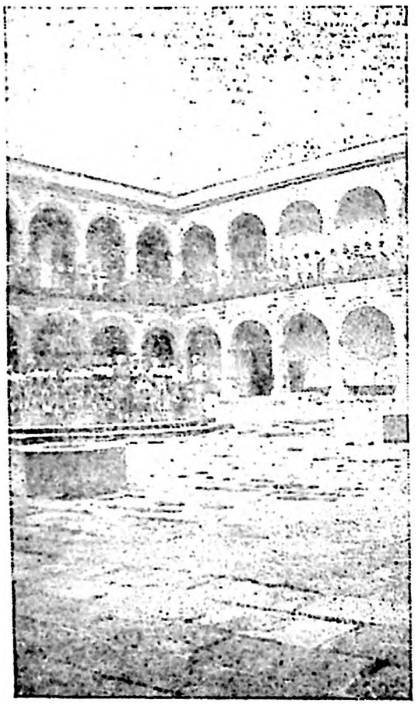
En Portugal fueron arrojados, fuera de sus propiedades, por el marqués de Pombal, en 1759; en Francia por Luis XV, el año de 1764, empujado por Choiseul y la Pompadour, favorita del monarca; y en España por Carlos III y su ministro Aranda, destructores de la riqueza de Indias. El mal aconsejado decreto salió de Palacio el 27 de febrero de 1767. El principal móvil era la incautación torpe de las riquezas, fomentadas por los frailes durante su laboriosa, económica y honesta vida de civilizadores.

En México, como en los demás pueblos del reino cayó como una bomba el tal decreto. Y entre el 25 de junio y el 14 de noviembre del citado 67, por las fuerzas del perverso virrey La Croix, capitaneadas por el Visitador Gálvez, fueron apresados y luego expulsados centenares de jesuítas. En la capital el templo de La Profesa y los colegios de San Andrés, El Máximo, San Ildefonso y San Gregorio sufrieron la profanación de las tropas reales.

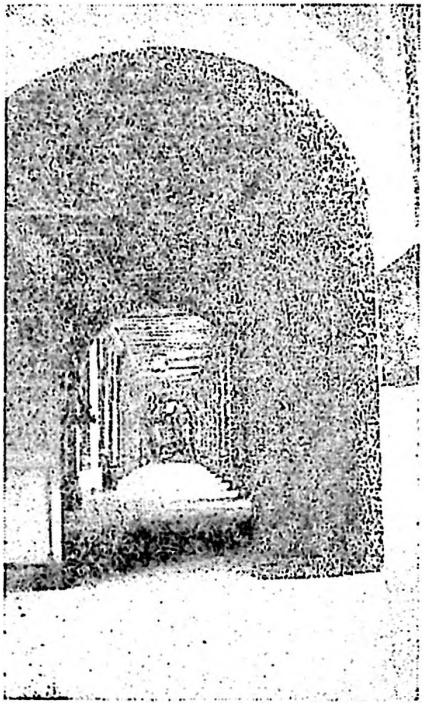
Luego pasó el despiadado don José Gálvez, el encarnizado perseguidor en España, años más tarde, del venezolano Francisco de Miranda, a los pueblos del interior. Allí sufrieron la furia del Visitador, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Pátzcuaro y Valladolid, hoy Morelia. Y como encontrase la sublevación de mineros y de indios, protestando por la expulsión de los padres, que eran sus protectores contra el mismo gobierno se propuso dominar la insurrección. Por la falta de un caudillo y la exhortación pacifista de los jesuítas se sofocó al nacer.

En San Luis Potosí se extremó en crueldades el pacificador. Muchos indígenas y varios mineros fueron ahorcados; y al estilo y usanza de la época, sus cabezas y miembros se clavaron en la picota pública. Las casas de los pudientes, directores de la asonada, fueron arrasadas y en sus ruinas hubo siembra de sal. Esta sustancia que da vida al organismo animal esteriliza la tierra. Es la maldición bíblica. Y por último, para imponer con más terror la regia potestad, el mismo Gálvez ordenó incinerar a un rebelde y esparció sus cenizas por el viento.

Cronistas mexicanos han dicho que las cenizas del ajusticiado potosino, al caer en tierra abonada fermentaron ideas de libertad en las cabezas de Hidalgo y de Morelos.



Patio claustral y la pila de piedra; el autor con las alumnas del Colegio de las Vizcaínas.



Hondo y largo corredor lleno de columnas de piedra. Colegio de las Vizcaínas. Segundo piso.

¡Acaso las cenizas de la Biblioteca Americanista, que todavía permanece incendiada en la "Quinta Dávila" en espera de justicia, al esparcirlas por los ámbitos de América engendrarán la "Biblioteca Fénix"!

Que la falta del inquilino doctor C. Parra Pérez, resulta mayor cada vez que se habla de la responsabilidad civil, que tuvo el doctor Angel Biaggini en trance semejante. Era inquilino, de pocos meses, del doctor Perdomo Hurtado y cuando tuvo aviso de los saqueos pidió guardianes y llamó al punto al propietario para que salvara la casa. Y la biblioteca del doctor Perdomo no fué incendiada.

Este sucinto relato de la expulsión de los jesuítas en México explica el por qué los fundadores del Colegio de las Vizcaínas se opusieron, de todas veras, a que no quedara incluído en el clero secular, y mucho menos en el regular.

Al fin ganado el litigio al arzobispo, se fundó el instituto docente en 1767. Tenía 33 años de haberse colocado la primera piedra.

Para entoces Echeveste, uno de los fundadores, había muerto, pero dejó dote para 24 alumnas, cada una con tres mil pesos anuales.

Además, testó 120,000 para el Hospital de Manila; otra suma igual para el de las Bethlemitas de México y 10,000 para una enseñanza religiosa. Poco tiempo después murió Aldaco, otro de los fundadores, que regaló 120,000 pesos para una colegiata de niñas.

En el transcurso del tiempo, "Las Vizcaínas", que gozaban de cuantiosas rentas fueron el blanco de los saqueos oficiales. Durante Carlos IV, al crear la Caja de Vales Reales, el virrey metió la mano en los fondos del colegio. Y los revolucionarios de 1810 también hurgaron la caja de sus tesoros.

Por enero de 1861 el gobierno del indito de Guelatao, por medio de su ministro Melchor Ocampo, instigador de las Reformas, respetó las instituciones del colegio. Y eso que estaban en pleno saqueo de bienes y bibliotecas de los conventos, cuyos edificios en gran parte destruyeron.

Esto se debió a las cláusulas que estamparon en la creación del Instituto los fundadores. Que no sería institución religiosa, sino laica.

La administración de los cofrades de la Virgen de Aranzazu se reemplazó por una junta de señores vascos, que defendió sus derechos civiles. Más tarde, de 1882 a 1885, recibió la protección de don Porfirio con unos 50,000 pesos anuales. A esto se agregaron algunas donaciones particulares. El licenciado Justino Fernández, con 20,000 pesos; la señora Pombo, con 12,000 y don Manuel Mancera, la suma de 33,000.

En 1919, aunque ya estaba organizado el país constitucionalmente, hubo amagos de aplicarle leyes retroactivas, pero un decreto sensato reconoció la personalidad jurídica que tenía el colegio desde 1753. El diputado Dávila rechazó con argumentos legales semejante torpeza de las Cámaras Legislativas de 1936, cuando éstas servilmente sancionaro, teniendo más de veinte abogados, que las leyes tienen efecto retroactivo. Fué imposición del gobierno de López Contreras, que ignoraba estos principios.

Son muchas las personas que, educadas en sus aulas en casi dos siglos de existencia, han salido a ocupar sus puestos de mujeres útiles en la sociedad mexicana.

El colegio se enorgullece de que allí se educó doña Josefa Ortiz de Domínguez, la ilustre Corregidora en los comienzos de la Revolución de Independencia. Hoy los bronces sonoros de sus estatuas cantan el poema triunfal de la heroína queretana.

La directora del plantel, reformado al estilo de la revolución comunista de 1910, informó al suscrito, en su visita el año de 1942, que tenía ochocientas alumnas. Las pequeñas de kindergarten y las mayorcitas de primaria, elemental y superior.

También hay clases de comercio, encuadernación y labores a mano. Pero carecen, cosa que observó el visitante, de todo lo referente a una completa ama de casa. Principios culinarios, primeras curas de traumatismo y heridas y en especial los vendajes. No hay internado, sólo externado y seminternado.

El claustro es enorme, puesto que tiene nueve arcos en cada uno de los lados este y oeste, y once en los opuestos. Da un total de cuarenta arcos con sus respectivas columnas, tanto en la planta baja como en la superior. Toda la piedra son canterías. Es de suponer la belleza artística de este patio en cuyo centro se encuentra la pila clásica de los conventos y edificios docentes de México. El corredor del fondo, piso alto, se prolonga en los extremos en pasillos que rematan en arcadas de patios pequeños.

En los amplios corredores se halla la entrada en los salones de las clases, largos y llenos de luz. La escalera principal se abre en dos laterales, donde la piedra tallada ostenta sus bellezas. Arriba hay un letrero que reza: "La piedad de los españoles vizcaínos empleó en esta fundación un millón de pesos".

En el salón de entrada, por la plazuela de "Las Vizcaínas", se admiran los óleos de tamaño natural y en traje de sus cargos civiles. Son los de Echeveste, Aldaco y Meave.

El edificio que ocupa el área de una manzana entera, con su iglesia de los departamentos de alquiler, son una parte de las rentas. La capilla a causa de la revolución contra los cristeros, todavía permanece cerrada.

Las otras tres calles que limitan la manzana llevan los nombres de los fundadores. Y las piedras rojas del Popocatépetl, sirvieron en la construcción de sus paredes. Esto le da una pintura eterna.

Caracas, mayo de 1946.

LXVI

SANTA MARIA DEL TULE

A 14 kilómetros de Oaxaca, por carretera, que es la Panamericana, se levantá orgulloso el Rey de las Selvas. La impresión que pro-

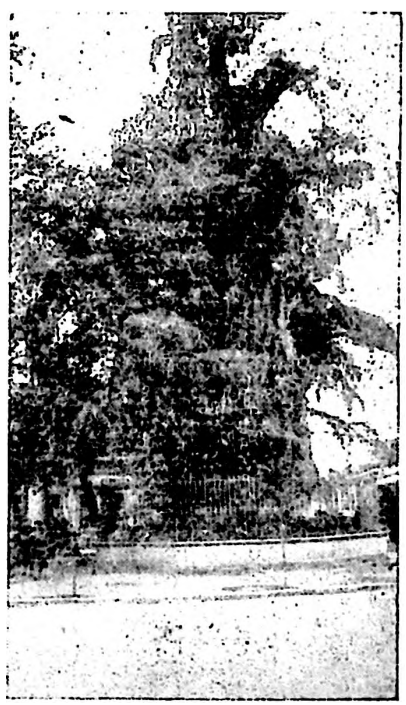
duce en el ánimo del viajero, venga de donde viniere, es de grandeza.

La frondosa ramazón semeja un rincón de tupida montaña, como si fuese una seducción a fin de mostrar a los visitantes, la exuberancia de un bosque milenario, en los alrededores de la ciudad.

La vista de quien lo contempla por primera vez, pasa la mirada de un punto a otro, tratando de abarcarlo todo de un golpe. El añoso tronco en su circunferencia mide cuarenta metros, que si se toma en cuenta las entradas y salidas de su corteza, alcanza a cincuenta y dos. Fué preciso medirlo más de una vez para dar cabida a la realidad de su espesor.

Este árbol de la familia pinácea originario de México, es el *ahuehuete,* llamado vulgarmente sabino. El de Santa María de Tule forma una especie de kiosco, cuyas ramas, al descender, casi tocan el suelo.

El ahuehuete de Santa María de Tule, en Oaxaca.



El ahuehuete de la Noche Triste de Cortés, en Tacuba.

La especie de salón, alrededor del corpulento tronco, trae a la memoria el sauce llorón que descuelga sus ramas y hace con ellas una gran sala de techumbre vegetal. Se encuentra junto al monumento que se alza en el campo de Maipú, en Santiago de Chile.

Una plancha junto al *ahuehuete* dice que tiene una altura de cuarenta metros, como el espesor del tronco; que éste da un volumen aproximado de 705 metros cúbicos, y de 549,000 kilogramos de peso. Se le calcula una existencia de dos mil años. Aunque Humboldt apunta, en 1803, cuando lo visitó, que estos árboles llegan a 4,000 años.

La capillita que fabricaron allí los frailes fundadores fué para custodiar al rey de los bosques mexicanos. Es pequeña y tiene dos diminutos campanarios. Uno sufrió, lo mismo que la portada a causa de los temblores de tierra. De las campanas, una muestra grabado el año 1531, que fué el de su fundación; que la otra es moderna y lleva el de 1830.

La zona es privilegiada. Al costado de la capilla se yergue lozano y frondoso el primogénito del gigante sabino. Ya cuenta con un tronco que mide de grueso 19 metros. Que ninguno de los *ahuehuetes* del bosque de Chapultepec, en la ciudad de México, ni el ahuehuete de la Noche Triste, ni en los antiguos jardines del emperador Netzahualcóyotl, cerca de Texcoco, ni en otros lugares, llega a estas dimensiones. Y fueron cerca de cuatrocientos sabinos los que midió el suscrito, junto con su pequeño hijo.

El gobierno del Estado de Oaxaca, con solicitud paternal que lo honra, porque en estos pueblos hispanos hay muchos *arboricidas,* construyó un muro de piedra labrada, con el fin de proteger el soberbio ejemplar. Porque juzga que los árboles centenarios y más si son milenarios, son sagrados, y por ello su corteza no es pizarrón de escuela.

Esta lección objetiva alrededor del *ahuehuete* de Santa María de Tule, y el decreto ejecutivo del gobierno de Río de Janeiro, declarando árboles del Estado a los *ficus* o laureles de la India, dondequiera que se encuentren, es un bien. Porque esta ley protectora de los árboles, debería regir en los pueblos de Iberoamérica.

Caracas, junio de 1946.

LXVII

LA CATEDRAL

Derruído por los vencedores el *teocalli* principal de los aztecas, donde el *Huitzilopochtli,* dios sanguinario y feroz, devoraba sin cesar víctimas humanas en holocausto a su deidad, surgió la primitiva catedral. Al ídolo que derribaron los españoles, dada su difícil pronunciación, le llamaban *Huichilobos,* según dice Díaz del Castillo.

Algunos cronistas asientan que fué erigida en 1525 y ubicada entre la Plaza Mayor y la plazoleta del Marqués. Esta queda frente a las casas de Hernán Cortés, hoy Monte de Piedad.

En el sitio se alzó el edificio número 78 de la ciudad llamado *Tezpalatl,* y hubo también una fuente pública de agua. Más tarde, cegada la fuente, se levantó la capilla de los Talabarteros; y fué el mercado de flores hasta 1924. El gobierno revolucionario lo trasladó al sitio entre las iglesias de la Veracruz y San Juan de Dios. Y allí no está bien acondicionado.

La Puerta del Perdón, la entrada principal, daba al occidente donde desemboca la Avenida Madero. Según datos de antiguos infolios tenía de base la primitiva catedral, 54 metros de larga por 30 de ancha, teniendo tres naves. Los techos eran de madera. Y en la reparación que se le hizo en 1584 previendo que no se procedía a construir la nueva, el maestro de fábrica, Melchor de Avila, le dió un tinte de tragedia al caer de un andamio donde perdió la vida.

La fachada fué tasada al maestro Arciniegas por 264 pesos; así como por la nave central, estilo mudéjar, se le pagó al decorador Concha, y a sus oficiales, por todo el dorado, pintura y decoraciones de la amplia techumbre, sólo 3,000 pesos. Los trabajadores eran casi todos indígenas, pues sus manos son muy hábiles.

El coro era lujoso y en sus 48 sillas, el escultor Montaño trabajó durante 300 días, y fué auxiliado por el ensamblador Suste y oficiales mexicanos, en una continuada labor de 358 días. Estos trabajos de ajuste, costaron 924 pesos y 895, respectivamente.

El retablo mayor, obra de gran mérito por la talla a gurbia y el dorado al fuego, según peritaje de escultores y entalladores de la época, apenas cobró el artífice Concha la suma de mil pesos.

Estos precios que se encuentran mínimos, en una iglesia que resistió casi un siglo al tiempo destructor, son motivo de un curioso estudio económico. Si se comparan con los millones de bolívares que costó

un edificio cualquiera, en los gobiernos de Gómez, López Contreras y Medina Angarita el cotejo resulta irrisorio.

También es verdad que el siglo XVI no es el XX, ni en el suelo mexicano había entonces la explotación del petróleo, ni el Presupuesto del Virreinato existía un capítulo VII que diera cabida a todos los desórdenes administrativos, facultados legalmente por los virreyes de la nación.

Por este motivo y para impedir que siguiera en Venezuela esa malversación del Tesoro Público, fué por lo que el diputado Dávila propuso, en la Constituyente de 1936, que se aboliera esa facultad del Ejecutivo.

Y amante de las cosas históricas de su patria, sin sombras ni visos de política, presentó el historial del capítulo VII: "En la atribución 28 de la Constitución de 1904, artículo 116, se negaba toda orden que no estuviera en el Presupuesto General de Gastos Públicos. Luego, la Constitución de 1909, artículo 134, empezaron los créditos adicionales con el voto afirmativo del Consejo de Gobierno, y se colocó esto en un rincón de las Disposiciones Generales. Más tarde, en la Constitución de 1914, artículo 118, siguieron los créditos adicionales, acordados ya en Consejo de Ministros, quedando siempre en un rincón de las Disposiciones Generales. En la Constitución de 1922, artículo 118, volvió a dejarse en el Consejo de Ministros. Pero en la Constitución de 1925, los créditos adicionales se quitaron de las Disposiciones Generales, y se colocaron en la atribución 30 del artículo 100".

Y como los créditos adicionales, que han sido más de cuarenta millones de bolívares anuales, no han llevado ningún beneficio real al país, propongo, ciudadano Presidente, como Diputado del Táchira, se elimine esa atribución que se encuentra en el número 28, artículo 101, del proyecto constitucional que se acaba de leer.

Eso vendría en beneficio de los nuevos ministros, gobernadores y demás empleados del gobierno de López Contreras que se inicia. Pero la mayoría de los Constituyentes desgraciadamente para algunos de ellos, no quisieron ver lo que el diputado Dávila, sin ser político, quiso evitarle a muchos venezolanos.

Y lo peor de todo fué que en la Constituyente había unos treinta abogados que bien sabían el enorme mal que encarnaba, en la Administración Pública, ese canal abierto en las arcas nacionales.

Volviendo a la vieja catedral, que duró en ejercicio del culto hasta 1625, se recuerda que en ese año fué derribada para dar paso a la gran Basílica de la Plaza Mayor.

Portada principal de la catedral de la ciudad de México, en la Plaza Mayor.

Fachada lateral del Sagrario en la Catedral. calle del Seminario.

El año de 1629, a consecuencia de la inundación del lago de Texcoco, trajeron la imagen de Guadalupe en canoas, a fin de conjurar los torrenciales aguaceros. Y los trabajos, por esa causa, se paralizaron hasta 1641.

Durante el virreinato del duque de Alburquerque en 1656 se verificó, ostentosamente, la primera dedicación del templo. Se le dió por patrona, que ya lo era, la Virgen de la Asunción. Y en 1667 concluidas las bóvedas y el cimborrio, el marqués de Mancera la dedicó por una segunda vez. El arzobispo don Alfonso Núñez de Haro y Peralta consiguió en La Corte, la conclusión de la portada y las dos elegantes torres. Y fué en 1813, andando la Revolución de Independencia, cuando se terminó el exterior.

Las obras de las dos catedrales necesitaron, nada menos que 290 años, casi toda la dominación colonial. El esfuerzo sostenido de virreyes y prelados, el ingenio y labor de arquitectos, escultores y pintores, tanto europeos como mexicanos, y millares de obreros indios y

españoles, dieron por resultado la majestuosa catedral, que causa admiración de todos los extranjeros que la visitan.

Hay un dato del arquitecto don Federico Mariscal sobre el costo de fábrica de dicho templo sin retablos, altares, sillerías, púlpitos ni ornato alguno. Asombra su reducido valor pues apenas alcanza, según el entendido constructor, a unos tres millones doscientos mil pesos. Y el edificio es de una solidez secular. Piedra tallada por doquiera.

En Venezuela eso cuesta, según publicaciones oficiales, sólo dos bloques de El Silencio. Mera construcción de ladrillo y cemento armado. ¡Vuelve a desfilar el fantasma apocalíptico del capítulo VII, que Gómez, López Contreras y Medina Anmarita lo dejaron en la Carta Fundamental como cantera de fácil explotación! ¡La obediencia pasiva de aquellos legisladores es una vergüenza nacional!

La planta general de la iglesia, orientada de sur a norte entre la Plaza Mayor y la calle de Guatemala, mide el largo 110 metros por 54 de ancho, sin el espesor de los muros. Estos tienen hasta dos metros. La altura es de 67.

El frontis abarca tres puertas dos torres y el Sagrario. Estilos dórico y jónico con capiteles de mármol. Un reloj público, sobre la puerta central y se remata artística y bellamente con las estatuas de las virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad. Esculturas del genial artista español de Valencia, don Manuel Tolsa.

Las dos elevadas torres, más altas que la cúpula, son de base cuadrangular, y a los estilos nombrados agregan sus columnas salomónicas. Todas son canterías y lucen balaustradas, jarrones y ventanales donde campea la talla de la piedra.

Esta soberbia portada se completa, del lado oriente y calle Seminario, con el frontis del Sagrario. Allí la filigrana de columnas, ángeles y demás motivos del arte, es una floración de piedra. Como si ésta adquiriera, a fuerza del cincel, alas para desprenderse del pétreo retablo. Se advierte que la puerta del costado, que mira al oriente, es semejante en esculturas a la anterior. Sólo que esta segunda sufrió varias grietas que aún para 1946, no las habían reparado. Es sensible el retardo porque los andamios y la rotura afean aquel primor del arte cristiano.

Adentro todo es majestuoso como lo son las 40 columnas esbeltas, muy altas, donde fulge el buril de los maestros de la talla, 24 de éstas se hallan empotradas en los muros. Las otras dividen el espacio en tres amplias naves, y les corresponden a todas unos 74 arcos estriados.

De las bóvedas penden 17 candelabros, que eran de plata maciza cuando Dios quería. Esto es, antes de la profanación del templo por el indito de Guelatao, él pupilo en Oaxaca del cura Salanueva. Que cuando don Benito Juárez entró a saco, como reducto conquistado, se llevó aquellos candelabros y los reemplazó con bronce barato, que son testigos mudos del saqueo presidencial.

Las capillas son varias a los costados de las naves laterales. Tenían altares de talla de madera y dorados al fuego y fueron, enhoramala, trocados por otros inferiores. Sacerdotes, ayunos de gusto artístico, creyeron hacer un gesto de belleza y les resultó una mueca de mal gusto. Cosa igual les sucedió a las rejas que eran de *tapicerán,* rica madera cubana propia para el calado y la talla. Las reemplazaron con barandales de cobre y luego completaron el adefesio con pintura negra.

A la entrada, por el centro, el visitante tropieza con el altar del Perdón, que es un portento de talla y dorado, con su vistoso estilo de Churriguera. Queda frente a la puerta principal por donde entraban los virreyes y arzobispos, y por donde estos últimos salían camino de la eternidad. Se llama así por las indulgencias concedidas a los muertos que allí les oficiaban.

Ostenta ocho estofados entre columnas labradas, y arriba en el arco, once medallas en relieve, doradas, con figuras del Santoral. Se completa el altar con el "Martirio de San Sebastián", de Baltasar Echave Orio; un "Ecce Homo" en plancha de cobre, acaso de Juan de Herrera; y Nuestra Señora de la Asunción, la Patrona, por Zumaya. El tallador de este magnífico retablo es el escultor sevillano Jerónimo de Balbás. El mismo del soberbio y jamás alabado como se debe "Altar de los Reyes".

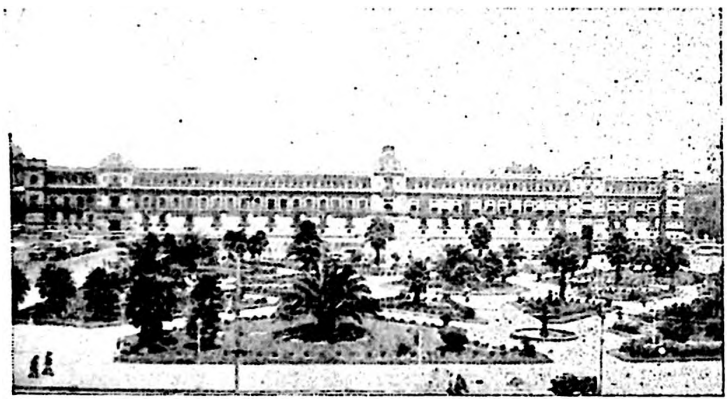
Formando cuerpo, hacia el fondo, se encuentra el coro. Tiene doble fila de tribunas, todas de la especial madera de Cuba, que es de fina hebra para la escopladura. Los años le han dado a estos asientos, sin barniz alguno, el color del tiempo, llamado patina en los muros de torres y portadas, en los óleos y en los objetos de bronce.

Sobre ellos el visitante admira 59 figuras de santos y doctores de la Iglesia, labrados en cedro amargo. Obra portentosa de los escultores Juan de Rojas, Andrés de Roa, Tomás Juárez y Joaquín Rendón, que acaso fueron los mismos artífices del Coro Sanagustiniano. Estas joyas son dignas de visitarse, como las primeras en América. La Sillería de San Agustín, ya descrita en otro "Rincón Mexicano", se encuentra hoy en el Salón del Generalito, Escuela Preparatoria, antiguo convento de los jesuítas en San Ildefonso.

En el centro se halla un enorme facistal donde se colocan los grandes libros, con portada de cuero y punteras de oro, que sirven para los oficios de los canónigos. Un cuadro de Juan Correa, "El Viejo", en la parte alta del testero. De los otros Correas, "El Joven", Miguel y Nicolás, todos ellos quizás deudos entre sí, no tienen pinturas en la catedral. Las que hay son de "El Viejo".

Las rejas, que miran al norte, fueron forjadas en Macao, de China, lo mismo que las balaustradas de la crujía y del presbiterio. Son de *calain* y *tumbaga*, que contienen en su maleabilidad oro, plata y cobre en partes iguales. Se trajeron en 1730. El color bronce con tono plomizo es lustroso y al golpe es sonoro.

Los órganos del Coro, inaugurados en 1636, son cajas de suma sonoridad, pues encierran nada menos de 3,300 flautas, con toda la gama musical de una armoniosa orquesta. Son facturas española e italiana, y el artístico calado es cedro amargo del país.



Vista de la Plaza Mayor, hoy de la Constitución. Al fondo el Palacio de Gobierno.

La capilla de las Angustias, debajo de la torre oriental y contigua al Sagrario, tuvo en un tiempo el uso de este tabernáculo. En el centro del altar, que es churrigueresco, resplandece la Virgen de esta advocación junto a un San Rafael, ambos del pintor Martín de Vos.

El visitante, ante aquella imagen, recordó la estrofa de su amiga poetisa de Maracaibo, que escribió en su devocionario, toda angustiada por la tardanza de su novio informal. "Virgen de las Angustias, — que esperándolo me muero; — se pondrán tus rosas mustias — si se tarda el jardinero".

Después de esta capilla vienen otras: de San Isidro, de la Inmaculada, de la Antigua, de San Pedro, de las Reliquias, de San Felipe, de los Dolores, del Buen Despacho, de la Soledad de Oaxaca, de San

José, de San Cosme, San Damián y de San Miguel. En ellas las rejas nunca son tan bellas como las de la catedral de Puebla. Y de sus altares fulgen los antiguos dorados, y de sus nichos, u hornacinas, policromadas imágenes estofadas, donde el verde y el dorado son los colores primordiales.

A porfía concurrieron, en aquellos tiempos coloniales donde la belleza y el arte cristianos calentaban la imaginación de los artistas, a embellecer con sus lienzos votivos el santuario de la catedral mexicana. Por esas naves y capillas desfilan Antonio de Aguilera, Sebastián López de Arteaga, Juan Correa "El Viejo". Los tres Baltasares de Echave (Orio, Ibia y Rioja, respectivamente), deudos entre sí; Juan de Herrera, Luis Juárez y su hijo José, Sebastián López Dávalos, Alanso López de Herrera, Pedro Ramírez, Juan Rodríguez Juárez, Nicolás Rodríguez, hijo de Antonio, pintor también; Juan Salguero, José de los Santos, Juan Francisco de Aguilera, José de Alzíbar, Miguel Cabrera, el gran maestro. Este es en México, lo que Vázquez en Bogotá. Siguen todavía fray Miguel de Herrera, Andrés de Islas, José de Ibarra, Andrés López, Francisco Martínez, José de Páez, Antonio de Torres, Francisco Antonio Vallejo y José María Vázquez.

De esta larga lista de pintores que tienen óleos en la catedral, la mayoría son mexicanos, de origen español, y unos pocos europeos.

Siguiendo del Coro hacia el "Altar de los Reyes", se tropieza con una mole de mal gusto, "El Ciprés", con sus columnas verdes y de un grosero estuco eslayado. Unos canónigos, faltos de sentido estético, fundieron, tal vez por codicia, la plata de los ángeles y santos que había en ese sagrado tabernáculo. Afortunadamente, en 1944 se derribó ese grotesco Ciprés.

Es sensible que el autor de la obra, don Artemio del Valle Arizpe, conocedor de estos asuntos que relata, no haya estampado el nombre de los canónigos fundidores de la plata, para reemplazarla con enyesados estucos. Que bien merecen quedar allí junto a don Próspero María Alarcón y Sánchez de Barquera, que de arzobispo pretendió profanar el "Altar de los Reyes". Quiso derribarlo para dejar allí un adefesio de mármol.

Este altar es la más hermosa obra de arte que existe en el suntuoso templo. Es una augusta conjunción simétrica de columnas, imágenes, ramazones, flores y todo cuanto la imaginación de los artífices churrigueros pueden calar en retablos de místicos altares. El visitante que desee contemplar la glorificación de unas figuras de santidad, haciendo marco dorado al cuadro de Rodríguez Suárez, "La

Adoración de los Reyes", puede hacerlo en la hora de la tarde. En el crepúsculo los rayos del sol se quiebran sobre el viejo dorado de aristas y molduras talladas, y lentamente se van envolviendo en tonalidades de sombra del sol que se aleja. Se recomienda el mes de octubre, que es cuando mejor entran por los ventanales del ocaso, los rayos solares. Allí siente el fervoroso creyente el sentimiento hondo de lo divino, en la apoteosis de la luz y del arte.

De aquí se pasa a la sacristía, que es pequeña y no corresponde a la grandeza del templo. Por esta razón el clero ha conseguido con el gobierno la construcción capaz y digna de la catedral. Desde 1944 se está trabajando en ella, que vendrá a completar el cuadrilátero del total edificio. Queda el sitio en el ángulo noreste, detrás del Sagrario, y dando a las calles de Guatemala y Seminario. Y se ven, en las excavaciones, las bases del teocalli derrumbado en la conquista.

El gentil cicerone y guardián de las reliquias, ricos ornamentos y óleos inmortales es don Alfonso Vázquez, inteligente conocedor del arte religioso. Entre los muchos lienzos de firmas prestigiosas como las de Cabrera, Villalpando, Correa y otras, muestra los objetos del culto, que están bajo su custodia.

"El Cristo del Veneno", llamado así por su color oscuro, tiene su leyenda. Se advierte que en México hay varios Cristos negros, con aureola milagrosa. Y cuando Vázquez señala los objetos de oro, plata y piedras preciosas que todavía se guardan en la sacristía, recuerda con honda tristeza el robo de la cuantiosa riqueza colonial, que narran los cronistas. También ha sido asunto de conferencias de doctos en la materia.

Corría el mes de julio de 1859 y al nacionalizar don Benito Juárez los tesoros de las iglesias y conventos, cometió el grave error de lesa cultura nacional. Ignoraba, como indígena de Guelatao, que las bibliotecas y museos, públicos o privados, y los tesoros del culto, son riquezas nacionales. No importa sus guardianes: los empleados del gobierno, los dueños particulares o el clero secular o regular.

El malhadado decreto de Juárez despertó la avidez de unos y de otros, dado el enorme valor de las custodias, cálices, cupones, vinageras y todos los muchos objetos sagrados; especialmente los de la catedral. Había imágenes de oro y plata, como las de la Asunción, la Concepción, San Eligio y otras más.

Una lámpara de plata, de tamaño heroico, donde cabían hombres en su interior cuando hacían la limpieza de ella. Las ansias mayores de lo ajeno despertó en los palaciegos de Juárez, la tan nombrada custodia de oro, plata y piedras preciosas, regalo del minero

don José de la Borda. Tenía un metro veintiséis centímetros de alta, artísticamente labrada en Europa. Estaba adornada con 5,872 diamantes, 2,652 esmeraldas, 544 rubíes, 106 amatistas y 28 zafiros. El precio de entonces de unos 200,000 pesos, hoy sería de un millón y acaso más.

Y un dato curioso, en el ataque de rapiña a esta joya sagrada, el general Jesús González Ortega, que guarnecía la ciudad en diciembre de 1860, no permitió el saqueo. Fué preciso que el Presidente Juárez ordenara el robo la noche del 17 de enero de 1861.

Los empleados de su gobierno, Manuel Romero Rubio y Díaz de León, se presentaron en la catedral con una orden del gobernador licenciado Justino Fernández, para que los padres entregaran los tesoros de la iglesia. El saqueo de los vasos sagrados y joyas empezó por la custodia de la Borda. Los oficiales García León y uno de apellido Huerta lo llevaron brutalmente a cabo. Y fueron entre vasos, custodias, cálices y demás objetos del culto, todos de finos metales y piedras preciosas, unas 237 piezas. Allí estaba reunido pacientemente, por sacerdotes y frailes, durante tres siglos de virreinato y el medio de república, todo un museo.

Estas cosas causan tristeza y dolor cuando se escriben, porque ellas delatan la infinita miseria de los hombres. El visitante narró entonces al maestro Vázquez los saqueos en Caracas, en febrero de 1936. Ellos fueron permitidos u ordenados, que para el caso es igual, por el heredero universal de la dictadura Gómez, que olvidó sus deberes de compañerismo y los juicios de la Historia.

¿Acaso el Presidente López Contreras se inspiró en los atentados de don Benito, cuando se robó los tesoros de la catedral? Con esta pregunta de don Alfonso Vázquez, se termina la somera relación de la suntuosa basílica mexicana.

Caracas, mayo de 1946.

LXVIII

CHAPULTEPEC

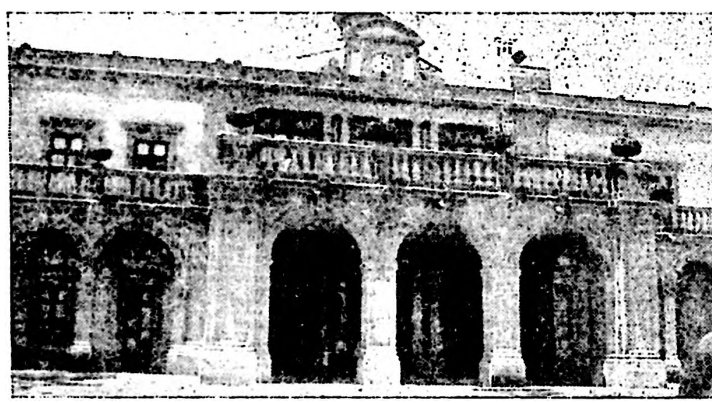
Al subir las escaleras de mármol que conducen a la azotea se tiene, alrededor, la esplendidez de un panorama sobre el bosque y la ciudad. Dado el paisaje Maximiliano lo llamaba Mira-Valle, en recuerdo de Mira-Mar, su palacio de Trieste en el Adriático.

La pintura que decora la escalera es un chapulín, o langosta, sobre un cerro. Tal el significado del nombre del histórico castillo, hoy Museo Nacional de Historia.

El peñón alto, salpicado de piedras en las faldas, y rodeado de árboles y manantiales de agua, fué conocido por los toltecas, según cronistas, en años equivalentes al siglo XII de la Era Cristiana. Unos cien años después llegaron los aztecas y construyeron un adoratorio para la inmolación de víctimas humanas.

Pero el sitio lleno de árboles silvestres fué hermoseado por el civilizador Netzahualcóyotl. En el valle que circunda al cerro, humedecido por las vertientes, sembró los gigantescos ahuehuetes y construyó un edificio para su recreo.

Este fué el mismo que sembró parques y jardines y construyó un baño, para uso personal, en el cerro de Tazcutzingo. Estos lugares quedan en las inmediaciones de Texcoco. El suscrito contó en el parque los 300 ahuehuetes que embellecen todavía aquel refugio del rey poeta, semejante al rey David, el bíblico salmista.



Frontispicio del Castillo de Chapultepec, en la ciudad de México.

Más tarde Moctezuma Ilhuicamina hizo grabar en las rocas de Chapultepec su efigie, cosa que imitaron otros hasta Moctezuma II o Xocoyotzin. Dichas esculturas fueron destruídas durante el siglo XVIII por los colonizadores. Sensible acto de barbarie de los civilizadores, puesto que era un adorno cultural de los aztecas.

Cerca de la actual entrada al castillo, que da acceso a una pendiente, hay un elevador que no funciona en la excavación que se hizo para llevar agua a la parte alta. Fué obra de los indígenas. Y según cronistas allí existió un meridiano solar, ciencia que adquirió adelanto entre ellos, lo mismo que entre los mayas de Yucatán.

El conquistador Cortés, el fundador de la nacionalidad mexicana, construyó arriba una fortaleza que luego sirvió para una fábrica de pólvora, la cual terminó en tragedia. El descuido de los operarios causó la explosión donde hubo unas 40 víctimas.

A la llegada de don Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, puso sus conatos de civilizador en este sitio. Y por ello encarecía a su rey, en 1537, no fuera motivo de regalía el bosque, por ser el mejor lugar de recreación. Y además, de allí venía el agua a la ciudad, desde sus primitivos habitantes.

Y sobre el Teocalli, donde estaba el *Cu* del sacrificio, se edificó una capilla dedicada a San Francisco Xavier. En el mando del virrey Alburquerque, se reedificó la casa que había en el bosque, y más tarde, derruída ésta, se construyó una especie de palacio en la meseta. Esto sucedió en tiempos de don Matías de Gálvez. Tenía por objeto que los virreyes se recibieran allí y no en la posada de San Francisco Ecatepec, como era uso y costumbre. Pero no vió terminada su obra. Suspicacias y desconfianzas en la corte de Madrid, dejaron el empeño apenas esbozado.

La construcción se llevó a cabo, en el mismo sitio del actual castillo, durante el gobierno del ilustre Revillagigedo, cuyo nombre es bendecido por los mexicanos. Don José de Iturrigaray, en los días trágicos de la Revolución de 1810, habitaba allí. Este virrey pretendió dar un golpe de Estado, semejante al del Brasil, cuando sin derramar sangre ni destruir la propiedad, se proclamó el Imperio Nacional.

Un recuerdo dedican al virrey don Luis de Velasco, amante de los caballos para carreras que tenía con sus amigos en el bosque. Y fomentador de crías de animales útiles. El obispo Montúfar trajo de España una pareja de lebreles y fueron, en el parque, el semillero de todos los que hubo después en todo el reino.

El primer edificio, que costó unos 300,000 pesos, tenía, conforme a documentos antiguos, en la planta baja 26 piezas, fuera de 3 más que daban al corredor. Allí la escalera frente a la Plaza de Armas. El piso alto contenía 15 cuartos.

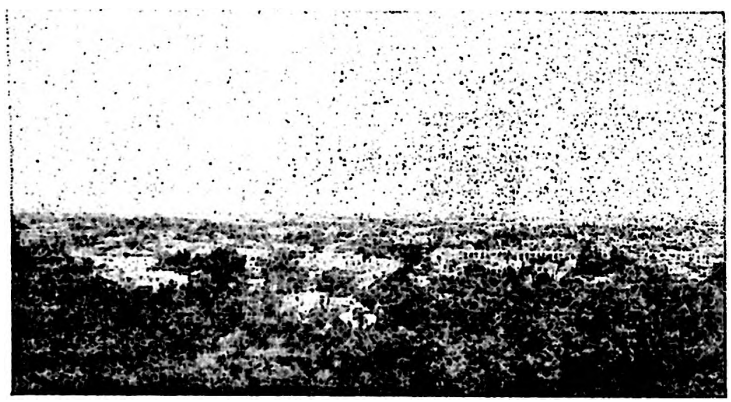
El cuadrilátero que sustenta las bases del actual edificio mide de oriente a poniente 210 varas, y unas 70 de norte a sur. A esta parte de la plataforma se agrega una segunda, al este, que era un fortín en sus comienzos, y hoy sirve de jardín. Mide este cuadrilátero 46 por 70 varas. En el centro está la boca del pozo perforado.

Por los años de 1824 un suceso alarmó a los guardianes del bosque. Una loba rabiosa causó unas cuantas víctimas. Pero Ignacio González, uno de los guardianes, lleno de coraje, la degolló. Ese

fué el valor que le faltó al emperador Iturbide, que no supo defenderse en el trono usurpado y cayó tristemente. ¿Ignoraba don Agustín, que el poder se defiende a costa de la vida?

Lo mismo se dirá de Medina Angarita, que no supo hacerse matar. Y que la cobardía clásica de los gobernantes de Caracas, el 18 y 19 de octubre de 1945, surgirá en las páginas de la Historia Americana en alto relieve, pregonando su carencia de valor. Y al comparar los hechos con los acaecidos en el Colegio Militar de Chapultepec, el escándalo será mayor.

Narran los historiadores mexicanos que fuerzas superiores asaltaron el castillo en las jornadas del 12 y 13 de septiembre de 1847, defendido por un grupo de soldados. Y eran casi imberbes aquellos muchachos, que cumplieron su deber hasta morir. El bronce de los inmortales perpetúa la memoria de los valientes, en monumentos de gratitud nacional.



Vista panorámica de la ciudad de México, desde este castillo.

En el Salón de Banderas del Museo de Historia, que se encuentra en el Castillo, lucen los óleos de estos "Niños Héroes", Juan de la Barrera, Juan Escutia, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Francisco Márquez. Los visitantes musitan estos nombres, con emoción patriota, los nativos; y con aplauso efusivo, los extranjeros.

Desde entonces sirvió el castillo de morada a los Presidentes de la República. Por eso a la llegada a México del emperador Maximiliano y de la emperatriz Carlota, albergó a los nuevos soberanos. A poco hizo traer muebles lujosos de Europa para adornar debidamente la planta baja, que fueron sus habitaciones. También le hizo mejoras al parque.

Pero la obra de más significación y de ornato público, fué el paseo que construyó para ir a la ciudad. Había dos calzadas, la del Acueducto y la Verónica, ésta por la hacienda de la Teja. Compróla y procedió al punto, hasta el sitio que llama el pueblo "El Caballito". Allí se yergue la estatua ecuestre de Carlos IV, obra genial del escultor hispano don Manuel Tolsa. Abierta la calzada se llamó, en justicia, "El Paseo del Emperador".

Hoy lleva el nombre de "La Reforma", y en este cambio se cumplen las leyes del vencedor, que arrebata al vencido el mando, la vida, los bienes y lo que fundó. El Presidente Juárez, que fusiló en Querétaro, en el histórico Cerro de las Campanas, al traicionado emperador, le quita hasta el nombre de su paseo.

Después de Maximiliano, que embelleció el palacio, volvieron los Presidentes a vivir en él, dejando algunos recuerdos históricos. Hoy está convertido en Museo Nacional de Historia, en la parte que mira al jardín oriental. Ya debe de estar en servicio, pues desde 1943, bajo la dirección del competente escritor José de Jesús Núñez y Domínguez, funciona el arreglo de esa institución cultural.

Entre las joyas que se tenía entonces, figuraban unos ejemplares de raro valor histórico: unas piezas de malaquita. Parece eran regalo del emperador de las Rusias para el de México, el cultivado y de fino gusto artístico archiduque y emperador Maximiliano.

Soberbio obsequio que debería existir en los principales museos de América. Pero no los regalos ideológicos de los Lenines. En estos pueblos de tan opuestas ideologías, están de más sus doctrinas igualitarias de obreros. Ellas vienen de masas esclavizadas durante siglos, y en América todo es individualista. Desde el poder personal hasta el Constitucional.

Se le recuerda al fundador del Museo en el antiguo Colegio Militar, la falta que hacen los catálogos en todos los museos de la nación mexicana. Observación del suscrito en otro "Rincón", ya publicado.

Esto en cuanto al castillo de Chapultepec, que el bosque es uno de los más bellos de América, hermoseado por los gigantescos ahuehuetes, y es el socorrido refugio forestal de los habitantes.

Como los mexicanos aman y cuidan con esmero sus árboles, al ejemplar más frondoso le construyeron una glorieta. Es el Rey del Bosque, casi milenario, y por eso tiene su plazoleta especial.

En el centro de ésta se yergue, altanero y soberbio, su frondosa

y lozana copa, a una altura de unos 40 metros, y muestra a sus muchos visitantes el corpulento tronco, orgullo de su prole, pues mide 13 metros con 10 centímetros alrededor de aquél.

La glorieta fué construída en 1910, en un medio redondel donde hay figuras esculpidas por el escultor jalapeño, Enrique Guerra, en homenaje al árbol secular.

Cerca se alzan otros, en facción de centinelas, que miden también en su grosor 11.45 metros, y dos cercanos, 10.60 uno y el otro 9.50. Un poco distante de este grupo otros más, de 12.20; de sólo 10, y uno distanciado un poco, de 9.40.

Pero hay muchas avenidas, algunas con nombres literarios, que se encuentran sombreadas de ahuehuetes, o sabinos, como también los llaman. Son centenares que refrescan, en toda la extensión del bosque, en los días calurosos del estío. Bajo su sombra benéfica y protectora se arrullan, no sólo las aves, sino las parejas que tejen y destejen sus idilios.

Lago del bosque de Chapultepec, que surtía al antiguo acueducto.

El ahuehuete más corpulento de este bosque, el cual tiene su glorieta.

Unos, en tela sutil y otros en burdos cañamazos imitan, instintivamente, a Penélope la tejedora griega. Que si la empiezan hoy y luego la rompen, es por tener el gozo supremo de comenzarla otra vez.

Los follajes de estos coposos árboles han sido, desde su siembra por los aztecas, cuidadosamente cultivados. Los mexicanos aprecian el valor intrínseco del árbol.

Por todas partes en este sitio de recreación, como decía don Antonio de Mendoza al rey, asoman los que sirven de juegos y deportes para niños y adultos.

Barcos embanderados atraviesan veloces las ondas del lago, que brotan de su suelo. Sobre la grama, bien cultivada, se tienden los niños y los grandes también, a calentarse en los bellos días de la primavera.

En las faldas del castillo cubiertas de árboles, de arbustos y de piedras, se extravían las parejas de enamorados. Los idilios no pasan de ser líricos; los guardianes no los permiten después de las seis de la tarde.

Un Museo de plantas, en edificio conveniente, muestra muchas de las distintas regiones del país. Y se completa con el jardín zoológico, donde se exhiben gran número de ejemplares en sus jaulas, casillas y espacios bien acondicionados.

El venezolano que lo visita evoca al instante el que fundó Juan Vicente Gómez en Maracay. El formidable domador de hombres se complacía en dialogar con los animales que tenía enjaulados. Causa tristeza y dolor que a su muerte se haya presentado la crisis de hombres de que habló López Contreras.

¡Acaso Gómez servía de coeficiente único a todos los valores políticos de su época!

Esto se confirmó toda vez que saqueados sus principales tenientes no reclamaron, con los puños alzados como hombres, y del compañero de causa, tamaña humillación.

Entre las cosas útiles que fundó en Maracay, y que vinieron a mengua en los gobiernos de los andinos sucesores, está el Jardín Zoológico. Y hasta hoy ha sido el único en Venezuela.

Caracas, mayo de 1946.

LXIX

CHICHICASTENANGO

El viajero que sale de la capital de Guatemala, camino de La Antigua, si es hijo de una de las repúblicas bolivarianas, sentirá grata emoción al ver que lo hace por la Avenida Bolívar.

A los 20 kilómetros de ascenso el automóvil toma a la izquierda y abandona la vía que llevaba.

En el pueblo de Mixco hay un mapa de los caminos de tierra pisada, donde se apuntan 514 kilómetros de Tapachula, frontera de México, a San Cristóbal, límite de Guatemala con El Salvador. Esta ruta tenía para 1942 un largo trayecto, lo peor en camino de carros, de Cuilapa a la frontera. Una pendiente llena de piedras sueltas.

El dictador Jorge Ubico pretendió llenar el país de caminos de tierra aplanada, que en puridad de verdad no son carreteras. Cuando cayó del poder dejó a Guatemala con muchas vías de comunicación, malas, pero las dejó. Peor lo hicieron los presidentes de Venezuela, que se llamaban democráticos y no dejaron, ni López Contreras ni Medina Angarita, nada de carreteras.

¡Y rodaron de las manos muchos centenares de millones de bolívares!

La vía que lleva el turista a Chichicastenango es pintoresca, por entre riscos, hondonadas y algunas planicies llenas de cultivo. La mano del guatemalteco estaba en actividad. Durante el gobierno de Ubico no se permitió el tipo ocioso. El trabajo era obligatorio. Por eso no había en las ciudades, caseríos y caminos ni vagos, ni borrachos, ni ladrones, ni asaltadores de oficio, ni homicidas profesionales. Se viajaba por todo el interior del país con plena seguridad de vidas y de intereses.

A los 34 kilómerros se llega al pueblo de Sumpango, de una sola calle larga, empedrada como todos los pueblos de la nación. La iglesia con sus torres y las casas de adobes encaramadas en los cerros.

En Chinaltenango, de alguna importancia como cabecera departamental, hay en la Plaza Mayor una fuente pública con sus ocho grifos que terminan en cúpula. Es curioso el reparto de sus aguas: unas van a parar al Golfo de Honduras en el Atlántico, y las otras al Pacífico en las costas surianas del Departamento Escuintla.

Cosa semejante acaece en las que corren por la calle central de Capacho Viepo, en el Táchira de Venezuela. Unas caen en la Que-

brada Capacha del río Táchira, afluente del Catatumbo que desagua en el lago de Maracaibo; y las otras, en Quebrada Zorca que engruesa al río Torbes y van al Quinimarí, afluente del río Apure, que desemboca en el Orinoco. Las dos principales Hoyas hidrográficas de Venezuela. En esa cumbre de rocas y ventisqueros, vino a la vida el autor de "Rincones Mexicanos".

Luego de atravesar a Patzicia se llega a Tecpan, que dista 81 kilómetros. Allí abundan los molinos de viento en sus campos de trigales. Esta población es importante, y como fué fundada en 1544, acaban de celebrar su cuarto centenario. Tiene unos 15,000 habitantes. Sus calles, como las de todos los pueblos guatemaltecos, son angostas.

La catedral, cuya portada es de cal y canto, luce sus imágenes de ladrillo blanqueado. Pero en el interior hay que admirar los retablos de talla y dorados al fuego, en su sola nave. La construcción de esta iglesia es inferior a sus altares; por eso se dice que fueron traídos de los soberbios tiempos de La Antigua, cuando éstos sufrieron el saqueo a causa del terremoto que ocasionó el volcán del Fuego.

Tecpan sufrió a consecuencia de los temblores de 1942. En el Hotel Ixinché, que en maya significa *tierra del maíz* por el mucho cultivo de las milpas, todavía recuerdan con mayor pavor el reciente sismo.

A 123 kilómetros el sitio se llama "Los Encuentros" por las tres vías que en esa cumbre se bifurcan. La que conduce a Chichicastenango, al lago de Atitlán y la que lleva a Tapachula, frontera mexicana.

La región está salpicada de casitas blancas, a las que rodean terrenos cultivados. Son el granero de los frutos que venden, jueves y domingos, en el vecino pueblo. Los llevan a cuestas, como los indios cargueros de Colombia y de México esos productos de la tierra y las industrias de sus manos. Los más distantes salen de sus conucos y jacales desde la víspera, y los cercanos el mismo día, pero en las horas de la madrugada.

Y son enormes los bultos, de modo que casi ni se distinguen los inditos que los conducen. Se miran, por los caminos, como si fueran danzando, porque los indígenas de esas regiones andan a salticos.

Ya para llegar al mercado se baja a un zanjón estrecho y pendiente, y subiendo la cuesta se está en el pueblo. Dista de Guatemala la Nueva 136 kilómetros, y es la capital del Departamento Quiché, y éste cuenta con cerca de 27,000 habitantes. La altura de Chichicastenango, sobre el mar, es de 1,856 metros.

El autor con las inditas en el mercado de Chichicastenango.

Venta de marranitos en el mismo mercado.

Se observa que casi todo lo del tráfico en la plaza de ventas es traído a las espaldas de hombres y mujeres, que muy pocos utilizan las recuas.

De las 500 casas que aproximadamente forman la población, muchas de ellas se encuentran con las maderas y lonas de los campesinos y de los pueblerinos, que las utilizan en sus toldos del mercado.

Desde la víspera de éste comienzan a llegar con sus maletas de hortalizas, chiles, frutos, frutas y granos; con el estoraque o copal y con el oloroso incienso para el zahumerio de sus dioses.

Los fardos grandes y pesados, que más llaman la atención de quien visita las ventas con ánimo de estudio, son los muebles desarmados que ajustan en el mismo mercado. Son mesas, sillas, escaparates y otros útiles, un tanto rústicos, pero obra de sus manos.

Ante aquellos artefactos de su industria y con madera de sus montes, se deduce claramente el valor que tendrán las Escuelas de Artes y Oficios en los caseríos y junto a los jacales, ranchos y rucas de los indígenas de América.

Que allí, en grandes tinglados, con buen piso y mangueras de agua, bien pueden y deben, porque hoy es un imperativo deber de los gobiernos socialistas, enseñarles los rudimentos primordiales de leer, escribir y contar, y todos los talleres manuales.

Y de allí saldrán inditos carpinteros, albañiles, alfareros, latoneros, electricistas, zapateros, sastres y otros más. Una vez dueños, dada su gran inclinación al trabajo manual, de los conocimientos adquiridos en los talleres, construirán sus casas y fabricarán sus muebles. De esta manera práctica, dejarán la promiscuidad en sus chozas y su nivel de vida subirá al plano de hombres.

El día que los gobiernos lleven al agricultor, indígena o mestizo, el adelanto de sus manos adiestradas en la obra del taller, se habrá dado el primer paso efectivo en la redención del indio. Que no es con revistas de indigenismos, que nadie lee en los campos, ni con las conferencias a los blancos, que se logrará sacar a los campesinos de su mísero jacal.

Desde las primeras horas de la mañana comienzan a tender sus lonas sobre sus maderos y estacas enclavados, para cubrir su venta. En especial las mantas, o perrajes, vistosos sarapes de lana, rebozos de estilo español y todo cuanto han sabido hacer las manos diligentes de los maya-quichées, que pueblan las regiones montañosas de Guatemala.

En el suelo, encima de lienzos, petates o papeles las inditas extienden sus hortalizas, legumbres y sus demás artículos de mercar. Sentadas sobre los empeines de los pies, o doblados en la tierra los dedos de éstos desnudos, y con el cuerpo sobre los talones, permanecen algunas horas.

La mayoría son indígenas, que en sus montes no hay negros ni sus mezclas, sino puros autóctonos. Uno que otro mestizo. El indio en general es pequeño, enjuto, color cobrizo bien subido, pero siempre el rostro de los mayas y quichées mejor conformado que el de los aztecas y tarascos.

El cuadrado de la plaza sembrado de árboles, donde se extiende el mercado, está descubierto, como la mayoría de los de México. Y desde las torres del templo mayor se divisa el feérico espectáculo de aquellos campesinos vestidos con sus trajes coloniales, los mismos con que los vistieron los frailes catequizadores.

La cabeza va cubierta con una banda azul llamada *sute;* el pecho con un saco, *cotón;* pechera roja de hilo, es la camisa; banda roja, de hilo y de seda para la cintura; pantalón azul de las mismas telas. En los pies los *caites,* o guaraches mexicanos.

Tal la indumentaria de lujo. Que los vendedores llevan sus trajes sencillos, telas de lana o de hilo, pero siempre de colores. Por esta razón desde las torres, el panorama del mercado de Chichicastenango es vistoso. La toldería que cubre la mayor parte de las ventas completa la feria, que son las fiestas semanales de estos sencillos agricultores y artesanos.

En grupos separados llegan, desde tempranas horas, lo que llama las Cofradías. Traen pitos y atambores y en alto las custodias, que muestran algunos, vestidos alegóricamente al acto religioso. Andan por la plaza, tocando sus sones y rematan sus liturgias en las dos iglesias de la plaza.

En tanto realizan sus ventas y compran lo que han menester en sus hogares, como la sal, el arroz, mezcal y algunas telas, visitan las iglesias. Están una frente a la otra. La mayor tiene portada sencilla, estilo romano, el de los primeros franciscanos. Sus columnas acanaladas, son de mampostería con baños de cal. De sus espadañas, en las cúpulas de sus dos torres, penden las campanas que llaman a la oración. Las hornacinas vacías del frontis denuncian a los iconoclastas reformistas del indito Juárez. Que son los mismos demagogos de los gobiernos destructores de la propiedad.

En las gradas, al subir al atrio, hay braseros donde los carbones encendidos, desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde, consumen las rodajas negras del estoraque. Y con ellas se mantiene el zahumerio de las ofrendas. Todos ellos, durante el tráfico de sus frutos y labores, queman su místico y oloroso copal.

Más adelante, ya en la puerta del templo, los incensarios de sus alfarerías se baten constantemente quemando sus inciensos. Una vez dentro el piso de la sola nave se mira iluminado, en gran parte, con las candelas, que son velitas de sebo, esperma o parafina, pegadas a los ladrillos o baldosas del pavimento.

Junto con el humo y las luces los inditos salmodian sus oraciones, casi todas en sus dialectos. En ese culto está la fusión de las dos religiones de la conquista: la cristiana del misionero evangelizador y la indiana del aborigen.

Dioses paganos y santos de la cristiandad, confundidos, reciben el olor de los inciensos y nopales de sus montes, las luces de la industria, las flores de sus huertos y los ruegos y plegarias de sus corazones humildes y sencillos.

Casi siempre se termina el día de estas ferias, donde se trafica también en ganados pequeños, con una danza en una de las capillas.

Fué en esta ocasión "La Danza de los Conquistadores" la que se bailó. Ritualmente tocan sus sones al compás de sus instrumentos primitivos.

Aquí juega un papel principal la máscara, que es indígena, pues no falta en ninguna de sus danzas profanas o religiosas. Esta, que es heroica, se componía de doce danzantes, cuatro niños y un director. Los vestidos son imitando a Cortés, Pedro de Alvarado, Alonso de Avila y otros. Llevan plumajes y espadines, con sus sandalias y polainas.

Estos bailes un tanto místicos, se matizan con sus notas de salterios, los colores de sus disfraces y la bullanguería de sus mercados. Los zahumerios en los atrios de sus templos evocan en los turistas, el incienso votivo en las capillas de sus pueblos, de cuando eran niños y adolescentes.

Desde las ventanillas de las torres, adonde se sube por escaleras peligrosas, dado el abandono en que las tiene el cura parroquial, la perspectiva por donde se expanden las miradas, es de sumo encanto.

Mercado de Chichicastenango con sus tolderías.

Iglesia en la plaza de este mercado.

El marco que circunda a Chichicastenango, formado por las cejas de sus vecinos montes limita a los cuatro vientos el horizonte.. Todo lo que la vista atalaya son verduras, pues en las faldas y colinas de esos picachos los jornaleros, cultivan alegres sus campos labrantíos.

El visitante, que se hospeda en el Maya-Inn, donde lo más que allí encuentra es una evocación de raza maya-quiché, visita el antiguo convento de los dominicos, adyacente a la Iglesia Mayor. Hoy es un museo que guarda algunos objetos históricos. Un escudo de oro, con motivos incas; piezas de jade, una serpiente emplumada, símbolo sagrado de los mayas y de los azetcas; aretes, también de jade, cuidadosamente tenidos.

En alfarería se exhiben ídolos y piezas de uso corriente en cerámicas. En piedra tallada hay figuras lo mismo que en jade, la piedra de más valor. Se encuentran algunos trabajos en metal, que son los menos.

Pero ese museo, de escasez artística, tiene un recuerdo de gran valor histórico hallado en un convento, los papeles del *Popol-Vuh* que contienen, según las diversas traducciones al español, la Biblia de los maya-quichées. En las obras del licenciado José Antonio Villacorta, director durante muchos años del Boletín de la Sociedad de Historia y Geografía de Guatemala, y ministro de Instrucción Pública por los años de 1942, se hallaba todo el Génesis de esa misteriosa raza.

En las páginas de esas obras, llenas sus márgenes de notas del suscrito, había un estudio para su publicación, conforme se lo dijo en persona al licenciado Villacorta cuando le trató en Guatemala.

Desgraciadamente fueron quemadas en el incendio del 19 de octubre de 1945 cuando el inquilino de la "Quinta Dávila", doctor C. Parra Pérez, salió corriendo, en un acceso de cobardía. Las turbas que le buscaban para matarle, dado lo odiado que era como ministro de López Contreras y de Medina Angarita, según dice Castro Fulgencio López, destruyeron, saquearon y quemaron la biblioteca. Y nada de esto era del inquilino *huilón*.

En el libro "Viajes Presidenciales" del escritor guatemalteco don Federico Hernández de León, se asienta también que en Chichicastenango se hallaron los célebres escritos del Popol-Vuh.

Con estos ligeros apuntes se termina la visita al mercado más pintoresco de esos riscosos pueblos de Guatemala.

Los Angeles, California, enero de 1947.

LXX

ATITLAN

El turista que haya visitado el mercado anterior y desee navegar por las tranquilas ondas del lago de Atitlán, debe regresar al camino andado hasta "Los Encuentros". Allí se deja la ruta por los planos de la serranía a Tapachula, y se baja a la izquierda por el Departamento de Solalá, hasta Panajachel, orillas del lago.

En el cruce, la altura es de 2,943 varas, en plena cumbre, y a los 22 kilómetros del lago. Toda la vía es de descenso y por entre bosques y cultivos se llega a Solalá. Pueblo grande, con sus casas de teja y su mercado el viernes. Luego, por entre barrancales, cae una cascada, de unos 80 metros de altura. La caída es imponente y en forma de riachuelo llega al lago.

Este recorrido del carro es de 38 kilómetros por entre riscos y faldas llenas éstas de cultivo.

En Panajachel, que significa en maya *tierra de cebollas,* hay hoteles con sus bungalows, departamentos aislados y cómodos para los turistas. Como los poéticos en las ruinas de Chichén-Itzá, en Mérida de Yucatán.

El lacustre hotel, llamado Tzan-Juyú, tiene comodidades y proporciona lanchas de motor para recorrer el lago.

La emoción del ánimo se exalta ante la vista de aquellos montes que son volcanes en potencialidad, y rodean las aguas que son una hermosa cuenca, circundada de montañas. ¡Acaso fueron un antiguo cráter, como el de Coatepec, en El Salvador!

La ensenada que forman las colinas de los cerros empinados de San Lucas Tolimán, Santiago de Atitlán y San Pedro, que son volcanes apagados, presentan en conjunto un encantador panorama, cuando el sol crepuscular dora sus montañas a tiempo de ocultarse. Allí todo convida al descanso y sosiego cuando el alma se encuentra atormentada por las pasiones humanas. Es un cordial al dolor.

El cultivo de todas las orillas, en derredor, es intenso, puesto que las tierras volcánicas son feraces. Cerca del hotel el pueblecito de San Antonio Palopó, que vale tanto como *palo podrido,* es un vergel por sus milpas, campos de frijoles, anises y árboles frutales. Un verde espeso, color casi más subido que el verde botella, hermosea la ensenada por su siembra de cebollas.

Como el motivo primordial del turista es recorrer las ondas, una vez en su cómoda lancha se enrumba por la izquierda y atraca, a poco navegar, en los muellecitos de Palopó. Sus márgenes son rocosas, con ángulos entrantes y salientes, semejantes a los dientes de una rueda de molino donde se beneficia el trigo.

Las casitas blanqueadas de cal se miran encajonadas en las pendientes, parece como si al rodarse fueran a hundirse entre el oleaje que se rompe al pie. Los techos son generalmente rústicos.

Tiene, como es natural, su capillita encalada, con muchas imágenes de tamaño diferentes, aun en el mismo santo. Esto trajo el recuerdo de dos bustos de Simón Bolívar en Cumaná, de Venezuela, con cabezas de un desigual tamaño. El pueblo los llama: Bolícar el chico, y Bolívar el grande. También hay dos calles en Cartagena de Indias de Colombia, nombradas: San Agustín y San Agustín Chiquito.

Dentro de la iglesita, cuya campana cuelga de primitiva espadaña, algunos inditos descalzos bailan su marimba. El compás de sus pies es el mismo de la polca que se bailaba en Venezuela hace años.

Los inditos sucios, de vestidos rotos y harapientos, sólo hablan el dialecto de sus padres. Meras palabras españolas. Ignorantes en sumo grado, sólo viven la vida vegetativa.

Se continúa el recorrido. Luego se arriba a San Lucas Tolimán, que se recuesta perezoso en las faldas del volcán del mismo nombre. Este pueblo es de alguna importancia. Se extiende en un bolsón del lago. Sus calles son largas, empedradas y de tierra, como casi toda Guatemala. La portada de la iglesia ostenta sus columnas y capiteles de ladrillos. En sus cuatro blancas hornacinas lucen sus imágenes: y las campanas penden de sus maderas en los primitivos campanarios. Las garras de un tigre se muestran también, son las del animal simbólico de mayas y aztecas.

Las más se continúan entre las siembras del café, que lo sombrean árboles llamados *gravileas*. Estos dan, al herir su corteza, una goma con su aplicación industrial. Sus copas son redondas y se mantienen siempre verdes. La tierra allí es negra, la mejor para la agricultura.

La plaza, con algunos *amates*, que la sombrean y son la techumbre de su mercado en los días martes y viernes. Nada de particular ofrecen a la vista, son corrientes, no pintorescos como el de Chichicastenango.

La población, a una altura de 1,733 varas sobre el mar, cuenta con dos escuelas, una para varones y otra para hembras, con 50 alumnos cada una. Las casas de este poblado, de 1,500 habitantes, no son promiscuas, como los jacales mexicanos, sino estilo español. Las mu-

Atrio de la iglesia de Santiago en el lago de Atitlán.

Mercado debajo de un árbol, cerca del Hotel Izan-Juyú en Atitlán.

jeres tejen sus mantas o sarapes, en sus rústicos telares. La salita le sirve de taller.

Los turistas siguen su rumbo a Santiago Atitlán, nombre de uno de los volcanes. El pueblo, al pie de aquella rocosa cumbre, es también cafetero y utiliza las mismas gravileas lanceoladas para la sombra. Los cuadros de las siembras en sus laderas, traen a la memoria los montes andinos del Táchira que todos ellos, marcados en sus divisiones con sus cercas, limitan la pequeña propiedad particular. Enemiga, desde luego, de toda idea comunista.

El caserío queda en una ensenada que forma en esa escarpadura, una especie de pata de enorme elefante.

Desde la orilla sobre agrios peñascales sueltos, que denuncian antiguos cráteres de lavas pétreas como las del Paricutín, se divisa a la distancia el Valle de Panajachel, con su permanente cultivo del verde cebolla; y en otro plano, como si fuese cuadro del pintor paisajista, el valle de Jaibal, por donde se descuelga el río Kiscap, que se pier-

de en la cuenca lacustre. Todas esas pendientes son cafetales, que dan rico y aromático cafeto.

Desde este volcán se regresa a Tzan-Juyú. La excursión descrita es cuestión de tres horas, que los demás pueblos y caseríos, que moran en aquellos contornos, son semejantes a los ya visitados. Con esto se da cuenta el turista de la belleza del lago Atitlán, muy distinta de los que se conocen en México y en Chile. Es que este maya-quiché hace suponer, a los geólogos, que es un cráter centenario, de uno de los muchos que lo custodian en facción de centinelas.

La travesía de las ondas debe hacerse en Atitlán, como en los demás lagos de América, en la hora de la mañana, de 8 a 12 a. m. Nunca en la tarde, porque casi siempre se encrespan las aguas en olas turbulentas, y *el tumberio,* como dicen los marinos de Tzan-Juyú, es medroso para las gentes de tierra.

Esta observación viene del recuerdo de lo sucedido en el hermoso lago de Pucón, al sur de Chile. En 1938, cuando el suscrito en las Termas de ese nombre salió, con su familia, a recorrer el lago en las horas de la tarde. A la mitad del trayecto el *tumberio* se encrespó y entonces fueron los afanes para calmar el ánimo alterado de su dulce y buena compañera. Los chicos, que desconocían el peligro, gozaban con el fuerte vaivén del barquito y el agua que les salpicaba el rostro.

Es el *Xocomil,* dicen en Atitlán, que sacude sus lacustres ondas.

En la comba del Cerro de Oro las playas están llenas de enormes peñascos, que en todo el resto del contorno las riberas son verduras cultivadas. Los pueblos que habitan sus feraces tierras son en número de 17. De estos, siete llevan el nombre de Apóstoles: San Lucas Tolimán, Santiago Atitlán, San Pedro, San Juan, San Marcos, San Pablo y San Andrés. Pero suenan también otros nombres del santoral católico y algunos de meros indígenas. Como Panajachel, Santa Catalina Palopó, San Antonio Palopó, Santa Clara, Visitación Simaná, Santa Cruz, San Jorge, Sololá y Gadomiz.

El último era el apellido del capellán que tenía don Pedro de Alvarado, cuando fundó la primera Guatemala.

Un tanto retirado, en el valle del río Panajachel, está la "Casa Contenta" con sus bungalows regados entre árboles y jardines.

Los turistas regresan a la capital, su punto de partida, por otro rumbo, hasta llegar a Patzicia, lugar ya conocido durante el viaje.

Se termina esta breve relación del poético lago, con las observaciones que hace al Hotel Tzan-Juyú el cronista de las visitas del dic-

tador Ubico. Pero todos los buenos deseos que apunta se quedaron en las páginas del libro. El atraso de que habla el autor de "Viajes Presidenciales", es el mismo que encontró el suscrito en 1942. A poco vino la caída del Dictador, y el año pasado terminó, dolorosamente, su vida en el destierro.

Los apuntes de los escritores, no políticos, casi siempre no pasan del papel. Tal le sucedió al suscrito con lo que le escribió al Presidente López Contreras desde Bogotá, Santiago de Chile y Buenos Aires. Le contestó que todas las útiles indicaciones sobre el Balneario de Aguas Calientes del Táchira, Balneario de Macuto, carreteras y Penitenciaría de San Paulo, del Brasil, le servirían para su programa. Lo que en realidad fué verdad. Pues no pasó de sus buenos deseos. Este gobernante olvidó el viejo adagio español: "El infierno está empedrado de buenas intenciones".

Los Angeles, California, enero de 1947.

LXXI

CAPILLA YURRITA

Se encuentra en el Paseo de la Reforma de Nueva Guatemala, cerca de la Escuela Politécnica, donde hay una cátedra "Bolívar". Con este motivo el suscrito dió, en diciembre de 1942, una conferencia sobre el Libertador.

La capilla está encerrada en su reja de hierro, y aunque es particular sirve para el culto de la colonia española de los alrededores.

La portada, artística como toda su construcción, tiene 18 columnas salomónicas cubiertas, unas, con fragmentos de mármoles del país, y las otras, con polvo de los mismos, tratando así de imitar el granito.

En la portada se lee: "Capilla de Nuestra Señora de las Angustias", porque es la patrona del pueblo de Arévalo, en España, la patria de don Felipe Yurrita. Y en una concha, sobre el dintel, la imagen de la Virgen. Los trabajos de esta devoción los empezó don Felipe en 1928, y fueron inaugurados en 1941.

Sobre la Concha se admiran los doce apóstoles de bulto, dentro de sus hornacinas, todos en talla de madera. Parte de una hoja de la puerta perteneció a San Francisco, y la otra fué del Arco de la Recolección y Palacio de los Capitanes Generales, ambas de "La

Antigua". La otra, que es la derecha de la puerta, está formada con la que fué del Convento de la Recolección y del Palacio de doña Beatriz de la Cueva. Allí está grabado: "Detened el paso, viajero; esto es lo único que hoy queda del Palacio de los conquistadores de Guatemala. Aquí perecieron la sin ventura doña Beatriz de la Cueva y once damas de su corte en la catástrofe de la ciudad (Almolonga), el 11 de septiembre de 1541".

Esta hoja, con su leyenda, se hallaba enclavada en la iglesia del Cerro del Mouchén. Después del terremoto pasó a esta capilla, pues fué salvada y conservada piadosamente, como reliquia histórica, por el señor Yurrita.

Mouchén queda al norte de "La Antigua", en la falda de los montes al terminar la calle de la Inquisición.

Arriba de la puerta, tallado en madera, la figura arrogante de don Pedro de Alvarado, el fundador de Almolonga. En la misma, tallado también, el Hermano Pedro, que tiene sus leyendas piadosas en las crónicas de "La Antigua", donde floreció, en olor de santidad.

Don Pedro fué casado con doña Francisca de la Cueva, y al enviudar se unió a su hermana doña Beatriz. Como necesitó salvar impedimentos canónicos, por ser su cuñada, tuvo de apelar a la poderosa influencia del emperador don Carlos V.

Doña Beatriz, en su viaje al Nuevo Mundo, trajo en su compañía hasta veinte doncellas. Por abril de 1539 desembarcaron en Puerto Caballos, de Honduras, custodiadas por 300 arcabuceros; y el 16 de septiembre siguiente llegaron, con el mismo Adelantado, al sitio de Almolonga, primera capital de Guatemala. Allí don Pedro ordenó su expedición a las Indias Orientales, y dejó en el gobierno al licenciado don Francisco de la Cueva, su cuñado.

Más tarde, en mayo de 1540, salió para embarcarse en Acaxutla, y no volvió a ver a doña Beatriz. Desde dicho lugar siguió rumbo, por el Pacífico, al puerto de la Purificación, en Jalisco de México. Allí se entrevistó con el virrey don Antonio de Mendoza y trataron de la expedición.

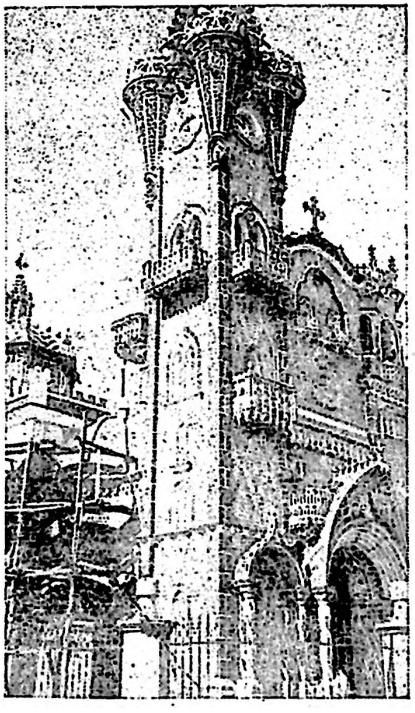
Pero la desgracia se interpuso en su camino triunfal al salir en auxilio de su teniente Cristóbal de Oñate. El 24 de junio combatió a las indiadas de Nochistlán en Nueva Galicia. En la marcha, por laderas, el jinete Baltasar Montoya rodó y se llevó por delante a don Pedro, que sufrió heridas. Así aporreado le condujeron a Guadalajara, donde se agravó y a poco murió. Testó el 2 de julio de

1541, a favor de su mujer, y dió poder al Obispo Marroquín y a don Juan de Alvarado, su hermano, para arreglo de sus cuentas.

Uno de sus compañeros de armas preguntó al moribundo: —¿Qué es lo que más le duele? — El alma, le contestó. Con esto daba a entender su triste fin, que ni siquiera fué en el fragor de las peleas, y cómo se le perdían las muchas empresas que tenía en las manos. El 4 de julio entregó su espíritu de combatiente al Creador, devolvió sus restos mortales a la tierra y dejó su nombre a la historia de la conquista.

En el sepulcro de la iglesia parroquial de Guadalajara se leía: "Yace en este angosto monumento el que merecía más augusto; quien fué para la ciudad de Guatemala, lo que para Roma, Rómulo. El famoso por su valor y victorias, don Pedro de Alvarado, del Hábito de Santiago, etc.".

Más tarde fué trasladado a la iglesia de Santo Domingo en México, y en 1558 su hija, doña Leonor Alvarado Xicoténcatl, hizo traslado de los restos a la catedral de Guatemala, en el Valle de Pan-



Portada de la capilla "Yurrita", en Guatemala la Nueva

"Villa Carmen", de don Felipe Yurrita, el fundador de la capilla.

choy. Y cuentan que al reconstruir este templo, se extraviaron aquéllos, lo mismo que los de doña Beatriz, la Sin Ventura.

Doña Leonor es hija del Adelantado en dama principal del cacique Xicoténcatl, de Tlaxcala, la cual casó con el capitán don Pedro de Portocarrero, de quien no tuvo hijos. Los otros hijos bastardos del fundador de Almolonga, murieron muy temprano. Que las dos hermanas, sus legítimas mujeres, pecaron por estériles. Fué, desde luego, casi nula la descendencia del Adelantado, y de corta vida, pues murió a los 56 años, el hijo de Badajoz en Extremadura de España.

Fundó a Guatemala en Almolonga, al pie del volcán Honapú, llamado Volcán de Agua, el 22 de noviembre de 1527. Por marzo de 1532 le vino la Real Cédula de Ciudad con su Escudo de Armas. El presbítero Marroquín fué consagrado primer obispo de la nueva fundación, en 1537.

Pronto se construyeron templos y otros edificios públicos, que los tiempos eran de empresas, y entre los conquistadores había la fiebre de fundar pueblos y ciudades. Gobernaba a la sazón el licenciado de la Cueva, cuando llegó, el 29 de agosto de 1541, la mala nueva de haber muerto el Adelantado.

Doña Bertriz, en la desesperación de su dolor, mandó pintar de negro su palacio y se hizo nombrar Gobernadora el 9 de septiembre siguiente. Firmó el acta de reconocimiento, "La Sin Ventura Doña Beatriz", aunque muy en breve dejó sólo "La Sin Ventura", que sería su firma desde esa fecha fatal y para siempre.

Pero con tan mala suerte que las lluvias de la estación arreciaron en demasía, y la catástrofe de la naturaleza se precipitó. El Volcán de Fuego, que se encuentra frente al del Agua, comenzó a rugir. El Honopú estaba en diluvio, y sólo las llamaradas que incendiaban el cráter del volcán, iluminaban a intervalos la tenebrosa noche.

Estando en esta escena de pavor de aguaceros torrenciales y rugidos pavorosos, como a la una de la madrugada del 11 de septiembre se oyó un ruido que llenó de espanto a los espíritus atribulados. El cráter se cubrió de un penacho de fuego y la tierra tembló. De pronto un alud de agua sucia descendió impetuoso de Honapú, arrastrando árboles, piedras y peñascos sobre la ciudad. Era el monstruo de la cumbre que vaciaba su vientre sobre los atribulados e impotentes habitantes de Guatemala.

El caso se explica. Las abundantes lluvias del 8 hasta el 10 de septiembre, llenaron de agua las grandes cuencas de Honopú, y con los temblores del Volcán de Fuego, al romper las rocosas paredes,

vaciaron éstas el turbión de aguas por las faldas de la montaña, hasta cubrir con ellas el valle de Almolonga.

En tan grave mengua, doña Beatriz se refugió con sus damas en la capilla del palacio, implorando el auxilio divino del Crucificado. Estando en el fervor de la súplica el techo se desplomó, y sepultó en sus escombros a los implorantes.

Los vecinos, que eran unos 600 españoles, casi todos perecieron o quedaron maltrechos. Lo mismo pasó con los indios del servicio. Los edificios quedaron ruinosos. Tanto que al día siguiente fué dificultoso sacar las víctimas sepultadas bajo el fango, peñascos y troncos de la inundación.

Los cadáveres de la Gobernadora y damas fueron sepultados en la catedral, que sufrió menos en el desastre. En 1580, después de 39 años del cataclismo, los restos de las víctimas fueron transportados a la catedral de la segunda Guatemala, en el Valle de Panchoy. Queda a corta distancia, una legua, o unos 6 kilómetros.

La primera capital, llamada "La Vieja", sólo tuvo de vida 14 años, desde 1527 a 1541, y el señorío de doña Beatriz apenas dos años. Pero todavía fué más corta su gobernación, que fué efímera, *dos días*. La ironía más sangrienta de un destino de mujer ambiciosa de mando y poderío.

La duración de la segunda Guatemala, que se conoce con el histórico nombre de "La Antigua", fué de 230 años, de 1543 a 1773, que el Volcán de Fuego la sepultó. Y la tercera Guatemala, "La Nueva", fundada en el Valle de la Ermita, cuenta ya unos 203 años.

Esta desgracia en los valles de Almolonga y Panchoy es el historial de la puerta que tiene la Capilla Yurrita, que es el motivo de esta página.

Adentro, todo lo que se mira supera a la portada. Allí se distinguen diez columnas de cemento armado, cubiertas de cuarzo picado y en fragmentos de colores, con el natural del mármol.

Un Jesús, cerca del altar, es de un tronco de naranjo; y todo el altar de cedro amargo tallado. Este Cristo de naranjo evoca en la memoria el célebre apólogo de un español, ante la actitud de una viejecita que no tenía devoción por él, porque lo había conocido naranjo. Esta frase le fué aplicada al autor de "Jaculatorias", por una de aquellas hermosas mujeres que cortejó solícito en sus lejanas mocedades. Pasaba unas vacaciones allá en los riscos de sus Capachos; y fué al recibir su libro místico y pagano que le aplicó el apólogo.

Una Santa Teresa de Jesús tallada en madera se halla junto al altar. Se advierte que en la talla de éste los nudos y vetas de los

maderos han sido utilizados artísticamente. Esto mismo se encuentra en los mármoles que se admiran en el Palacio de Bellas Artes en México. En los pilares de la entrada, que dan a la escalera central, se miran en sus manchas y colores veteados la figura simbólica de la mujer, donde es más fuerte que un ejército en batalla.

En juego de talla primorosa, donde se trabajó muchas piezas en unas 88 clases de maderos de Guatemala, se cuentan varias columnas salomónicas, los cuatro Evangelistas, nacimiento, prédicas de las parábolas, la cura de enfermos y muerte del divino Jesús; dos candelabros, las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales.

A estos diversos motivos se agregan los diez mandamientos de la ley, cuando Moisés desciende con sus tablas del Monte Sinaí. Y algo más curioso aún, el Padre Nuestro y el Ave María, escritos en 9 cuadritos de madera cada oración. Este lujo de fino cincel y de hábil gurbia es único. Que el suscrito no lo ha contemplado en sus muchas romerías por los templos de América.

Y todavía hay más. Un sagrario con sus pequeñas columnas salomónicas. Esto en lo que constituye la belleza de la talla en el altar.

La cúpula, que lo cubre, es continuación de la obra de mano maestra del escultor guatemalteco don José García Peralta y del ebanista don Javier Rodas Rodríguez. Todo bajo la dirección y buen gusto de don Felipe. Arriba, en los 4 ángulos, figuras hieráticas de cuatro Sumos Pontífices.

La Virgen de las Angustias, la Patrona, en el Plano del Coro frente a un descendimiento de Jesús. Todo de madera labrada. La obra en general de la capilla es de cemento armado y de ladrillo. A base de colores naturales de mármoles picados y molidos. La cabeza de este Cristo descansa sobre un cuarzo amarillento que abunda en la obra junto al tezontle de los volcanes.

Se completa la descripción de la bella capilla "Yurrita" con algunos datos de la familia. Don Felipe nació en Arévalo, Provincia de Avila en España, vino muy joven a Guatemala donde casó con doña Francisca Maury, de cuyo matrimonio vinieron tres varones. Pedro, que era para 1942 gerente del "Banco Occidente" de la familia Yurrita; Miguel, soltero, el cual vivía en dicho año en la "Villa Carmen", contigua al templo, y Antonio Francisco. Las tres mujeres: María del Carmen, María de las Angustias y María Estela. Por eso las tres campanas del campanario se llaman las tres "Marías".

Don Felipe fué un activo agricultor y criador en los campos nor-

teños y fríos de San Marcos, región cafetera. Allí plantó fundos productores de dicho fruto.

En 1936, el Presidente Ubico se encontró en una de sus visitas anuales, con el rico hacendado al frente de sus haciendas. El cual servía de modelo, de hombre trabajador, a los naturales del país.

Y no contento con ser fundador de plantíos, constructor de casas y creador de un Banco, quiso dejar una casa de oración. De ahí que en febrero de 1928 puso manos a la obra piadosa, en el mismo solar de la "Villa Carmen". Destinó al efecto una área de 32 metros por 18, y durante trece años, sin dejar ningún día hábil sin trabajar, estuvo al frente de la construcción. En junio de 1941 fué inaugurada. El Presidente Ubico, gran admirador de este obrero incansable, y su señora, doña Marta Lainfiesta de Ubico, apadrinaron el acto.

Don Felipe no dejó en sus libros de cuentas el costo de la capilla. Por ello no pudieron sus hijos fijar el precio, a unos turistas americanos que deseaban saber cuánto gastó su padre en esa joya artística de la devoción cristiana.

El altruísta fundador, a poco terminó sus días en Guatemala. Tuvo la inmensa satisfacción de inaugurarla antes de irse de la vida. Por eso trabajó sin descanso, como si presintiera la hora de la partida.

Sobre su tumba caen siempre, en oblación amistosa y filial, las flores del cariño humedecidas con lágrimas. Es la oración del sentimiento.

Los Angeles, California, enero de 1947.

LXXII

EL SALVADOR

El turista tiene, al pisar su territorio, la grata impresión de la carretera asfaltada al dejar la de Guatemala, que es de tierra y de piedras rodantes. En el sitio San Cristóbal termina la mala y se toma la buena, que mide a San Salvador 97 kilómetros.

En esta ruta se atraviesa a Santa Ana, que es población grande, como la segunda del país. Luego a Coatepec, con sus calles de tierra. Le da el nombre a un bello lago que se halla bajando, por un trozo de mal camino.

En Río Seco, a sólo 32 kilómetros de la capital, la vía goza de

líneas rectas con su planicie cultivada. Los cerros se estrechan. No se encuentran camiones de carga; ésta la llevan las primitivas yuntas de bueyes, pues la guerra ha escaseado la gasolina. El país no es petrolero. Esto, en 1942.

Por Santa Tecla, que es una población grande y rodeada de cafetales, suben los excursionistas a conocer el crácter del Quetzaltépetl.

Más cerca de la capital, a sólo 8 kilómetros, se encuentra el caserío La Ceiba, por el árbol que lo hermosea. Tiene de grueso 6 metros y 60 centímetros, y junto a él, una capillita donde se adora a la Virgen Morena de México, la milagrosa de Guadalupe.

La iglesia del Carmen, estilo gótico, es toda de madera, como la mayoría de las casas de San Salvador. El terremoto de 1917 que la destruyó, dejó en el ánimo de sus habitantes el temor a las casas de tapias y ladrillos, pero le hicieron un mal, porque la madera es inflamable. Cuando hoy con el concreto armado, en forma de jaula y bien construidos, los edificios se defienden de los terremotos.

Las construcciones de madera, debido a los muchos incendios en Panamá, se prohibieron. Pero aqui, en Los Angeles, están en boga y en la gran ampliación de la ciudad, lo que más se miran son habitaciones aisladas unas de otras, de madera. Menos mal, porque de ese modo no se propagan los incendios. A estas casas las llaman bungalows.

En Santa Tecla abundan las palmas, de la familia llamada en Caracas Chaguaramos, que son de lo más elegante. En los portales, que rodean el parque, lucen columnas todas de madera.

Al entrar en la capital se pasa por una doble vía, separada por árboles, para los autos. Esto es raro en las carreteras de México y Centro América. Y es de ver la belleza en los pocos tramos que hay, en los caminos de Iberoacérica, de estas rutas arboledas.

El autor trató en Buenos Aires con sus colegas, el sembrar árboles a lo largo de la vía que llevó San Martín hasta Mendoza, donde organizó su ejército libertador. Sería un homenaje útil y bello a la memoria del Héroe de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú. En Venezuela hay tramos, en la carretera macadamizada de Caracas a Maracay, que el pueblo apellida *túneles vegetales*. ¡Es sensible sean tan cortos, siendo tan fácil y hasta oficial la siembra del árbol!

Una vez en la capital salvadoreña el viajero recibe la grata impresión de sus calles limpias, y sus bien pavimentadas aceras. Algunas de ellas angostas, hasta de cuarenta centímetros, con el objeto de facilitar el tránsito de los autos. Allí no hay tranvías, que en Guatemala se carece también de ellos.

Cosa que no se ha logrado en Caracas, pues los Gobernadores no han sabido aprovechar las crisis de estos vehículos, demasiado molestos en sus angostas calles.

En la plaza principal, hoy "Parque Barrios" debido a la estatua erigida en 1909. Es ecuestre y de bronce, donde saluda el capitán general Gerardo Barrios, sombrero en mano, como Bolívar, en las de Caracas y de Lima.

En diciembre de cada año, bajo los árboles se extienden ventas de muñecos para el goce de los niños. Las traen de los pueblos comarcanos, en especial de Santa Ana. Los fabrican de trapos, de madera, de bambúes y de terra-cota. Era de verse, en los días pascuales, la chiquillería llena de contento al poseer cada quien sus anhelados juguetes.

En Mérida de Venezuela se fabrican en muchas casas de familias, durante el año, casitas, árboles, animales y demás adornos para los nacimientos o pesebres de Navidad. Los hacen del fofo y blanco corazón del maguey, llamado anime. Es una devoción en todo el Estado Mérida, que ha persistido desde la Colonia.

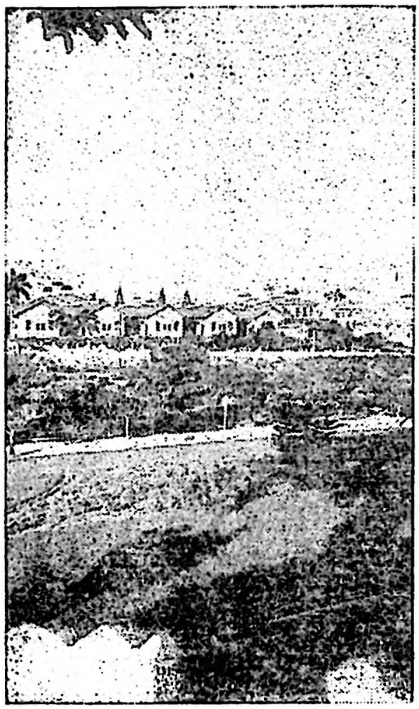
Cosa semejante, con la fiesta de Christmas, sucede en Los Angeles de California, para celebrar la fiesta de Noel. Da gusto ver cómo se llenan los almacenes y tiendas de compradores durante todo el mes de diciembre. Regalos para sus familias de todas clases. Pero lo que es una belleza especial son las diversas tarjetas con frases alusivas a los buenos deseos de cada quien, por la dicha de sus deudos y amigos. Nada más encantador y sensible a la vez, que esa tradicional costumbre de los americanos del norte.

En el "Parque Barrios" se encuentra el Palacio Nacional, y al pie de la estatua de Cristóbal Colón se lee esta frase: "El primitivo Palacio Nacional fué destruído por el incendio la noche del 19 de noviembre de 1889". Esto recuerda otro gran incendio en la iglesia de la Compañía de Santiago de Chile, un 8 de diciembre, en plena fiesta a la Virgen de la Concepción.

En ambos acontecimientos se tuvo por un descuido, nunca por la cobardía del guardián o custodio de dichos edificios, como sucedió en la Biblioteca Americanista del suscrito en la "Quinta Dávila", en Caracas Country Club, el 19 de octubre de 1945.

El causante, en toda la amplitud del vocablo, fué el inquilino doctor C. Parra Pérez, cuando debido a su inmensa cobardía abandonó vergonzosamente la "Quinta", y dejó cuanto había en ella a las turbas desaforadas, que le pedían cuenta como ministro de Gómez, de López Contreras y de Medina Angarita.

Aduana de "Candelaria" en territorio salvadoreño, carretera asfaltada.



Vista de los hospitales en San Salvador, desde el Jardín de "Cuzcatlán".

En el pedestal de la estatua de Isabel la Católica, también al frente del palacio, en una inscripción se encuentra: "Este Palacio Nacional se principió el año de 1904 y se terminó en 1915, durante el gobierno del general don Fernando Figueroa".

En la disposición de esta construcción se buscó una comodidad, que las oficinas de las ocho Secretarías de Estado estuvieran reunidas para facilitar a los solicitantes el mejor despacho de sus asuntos.

Entre los dos pisos, en sus corredores, hay unas 140 columnas redondas, de cal y canto, pintadas de blanco. La altura es proporcional al edificio público que abarca una manzana. Los techos son de tela metálica pintados al óleo. Estos mismos estuvieron de moda en la época de Gómez en Venezuela, y el lujo eran las pinturas diferentes, según el dibujo de las láminas.

¡Ojalá no llegue a la Secretaría de Relaciones Interiores un político que haga el adefesio que cometió el general Régulo Olivares,

cuando el general López Contreras le nombró ministro del ramo! Convirtió, noramala, la vistosa azotea del ministerio de Relaciones Interiores, en un cuartucho de hotel o de fonda. Y con este mal gusto rompió la arquitectura que el presidente Guzmán Blanco imprimió en la obra cuando ordenó su construcción.

En la "Plaza Morazán" se erigió una estatua en cuya base la inscripción reza: "Al general Francisco Morazán —en el Centenario de su muerte— 15 de septiembre de 1942".

Alrededor del bronce cinco figuras de mujeres, mármol de Carrara, simbolizando las cinco repúblicas de Centro América. Nació en Tegucigalpa, capital de Honduras, el 3 de octubre de 1792, y fué fusilado en San José de Costa Rica el 15 de septiembre de 1842.

Los relieves del monumento hablan de sus combates, como el mantenedor en sus proclamas y en los campos de pelea de la unidad de Centro América. Fué hombre de acción y pensamiento al estilo de Bolívar y de Martí.

A tiempo de morir pidió como una gracia, el ser enterrado en San Salvador, porque sus mejores soldados fueron de ese país.

Por esa razón en el centro del cementerio, que custodia su entrada una hermosa ceiba centenaria, se encuentra la tumba del guerrero. Un busto de mármol blanco con su efigie de joven, pues sólo contaba 50 años cuando le fusilaron. En el grabado de la plancha se lee: "El Instituto Nacional de San Miguel de Comaguguela, de Honduras, al general Francisco Morazán, en el centenario de su muerte 1842-1942".

Dirigió los combates en La Trinidad, Gualcho, Las Charcas, Espíritu Santo y San Pedro Perulapan. Y al caer vencido, pagó con su vida la derrota, pero dejó un ejemplar vivo del pensamiento de la Confederación Centro Americana. Que Sarmiento, el autor de Facundo, escribió: *las ideas no se degüellan.*

El "Parque Dueñas" está rodeado de airosos chaguaramos, y en dos de sus lados se encuentran los útiles portales. Los usan para las ventas. En el centro se levanta una columna de mármol que ostenta medallones de próceres civiles. Allí los nombres de Manuel José Arce, José Matías Delgado y Juan Manuel Rodríguez. Algunas de las calles llevan sus nombres.

El orador Delgado, en pleno Cabildo abierto, arenga a la multitud en noviembre de 1811. Pero la Independencia se retrasó, sólo en 1821 se declaró, al reconocer la proclama de Iturbide en México.

El "Parque de Cuzcatlán" es reciente con su siembra de árboles. Hubo que hacerle su base debajo de una Avenida. Se construyeron

corredores y galerías que sirven para reuniones. De los antiguos árboles se dejó, en una especie de redoma de tierra, un apamate en recuerdo de los muchos que derribaron para hacer las excavaciones.

En la parte alta, detrás y arriba de la Avenida, se miran tres hospitales en blancos edificios. El militar y el civil construídos por el gobierno, y el del Niño, obra del señor Bloom, filántropo salvadoreño. El civil lleva el nombre del propulsor científico "Rosales". La memoria de ambos benefactores es bendecida por los niños y adultos que allí se hospitalizan.

Junto a este parque se encuentra el Estadio, que es amplio, con sus graderías y tribunas. La piscina, que es grande, se aprovecha en el deporte de natación todo el año, pues el clima cálido lo permite.

Los salvadoreños, en general, son trabajadores y honrados. Ni la vagancia, ni el robo, ni el homicidio los azotan como epidemia. Suceden casos aislados.

Entre los comerciantes hay ejemplos de hombres recios y laboriosos, como el curazoleño don Heriberto de Sola; éste asoció a sus negocios al cónsul honorario de Venezuela en El Salvador, don Mario Henríquez.

El señor De Sola cuenta ya medio siglo de residir en esta nación, donde con su empuje de hombre de acción ha fundado ingenios de azúcar y de café; ha montado fábricas de jabones perfumados, y de sacos de henequén en reemplazo de los de yute de la India. Cultiva, desde luego, los magueyes de Yucatán que dan la fibra para dichos sacos.

Tiene un especial cuidado en la exportación del café, conforme a la calidad del grano. Lo tuesta y según el resultado en la preparación de las bebidas, así condiciona las cualidades del fruto.

Ha encontrado que el café de las alturas es superior al de las faldas y valles. Y que a todos supera el que se cultiva en los alrededores de los volcanes.

Entre sus industrias, a la que ha puesto mayor interés es a la fábrica del aceite extraído de las semillas del algodón, que reemplazan bien al de oliva y al de ajonjolí. Una vez escarmenado el algodón, las semillas quedan envueltas en un poco de lana. Al separarlas aquéllas se trituran y con las virutas se forma una pasta, que puesta entre lienzos fuertes, que le sirven de filtro, se someten a alta presión. Exprimidas resulta, de las virutas de antes, unas tabletas que sirven bien de leños, o mejor aún para los ganados, como se hace en Torreón y pueblos comarcanos, en México.

Este procedimiento ha dado en San Salvador un aceite fino, de lo que anteriormente iba a los hornos.

Cuando el viajero alababa la obra de tanta utilidad práctica, en beneficio de la comunidad, se recordó lo que la prensa nacional publicó, años atrás, sobre la barbarie del Presidente Cárdenas. Este, mal aconsejado por doctrinas extranjeras, había arrasado grandes plantíos de algodón en las haciendas norteñas de México.

El fundador De Sola, varón ejemplar de la raza hebrea, es un verdadero patriarca bíblico que ha sabido levantar su numerosa familia en el trabajo y en el ahorro. Contaba 78 años de edad cuando el suscrito le conoció en San Salvador, en 1942. ¡Vaya un aplauso, desde esta hermosa y extendida ciudad de Los Angeles, para el varón fuerte, trabajador y propulsor de la riqueza nacional de su segunda patria!

Los Angeles, California, enero de 1947.

LXXIII

VOLCANES DEL SALVADOR

A los 9 kilómetros distante de la capital se entra por Santa Tecla, y dejando sus calles empedradas se atraviesa una finca de café. Se continúa en ascenso, por espacio de una hora en auto, hasta llegar al apagado cráter.

En el boquete de la serranía del Valle de Cuzcatlán es de sumo encanto, ante las tonalidades del verde de su cultivado suelo. A lo lejos se mira una laguna, la de Ilapango.

La ciudad se extiende al pie de las colinas de San Jacinto, que más allá, detrás de unas cumbres, se alzan los tres picos de San Vicente en un plano, distante de la nombrada laguna.

El cráter que se tiene a la vista, con su borde embarandado, es imponente. Su altura sobre el nivel del mar suve a 1,887 metros. Aquí nunca nieva. El nombre es el sonoro del pájaro simbólico *Quetzaltépetl,* que significa *Cerro del Quetzal.* Los nativos lo españolizan y le dicen Quetzaltepeque.

El diámetro de la cuenca es de 1,500 metros, que corresponden a una circunferencia de 4.712, que la profundidad es de 500. Con estas tres mensuras bien puede el lector imaginarse la enorme con-

cavidad que dejó la erupción en aquella montaña enrojecida. Su figura es casi redonda, un tanto elíptica.

Narran que allí había un lago en el fondo, y que el agua estuvo cayendo como lluvia durante varios días. La erupción aumentó las medidas de la cuenca lacustre, que antes sólo tenía un diámetro de 400 metros.

En el tablero, junto al barandal, se lee: "El jueves de Corpus-Christi, 7 de junio de 1917, a eso de las tres de la tarde comenzó una serie de temblores que terminó con la explosión, y la consiguiente catástrofe del terremoto. La gran cantidad de lava oscura, pétrea y acuosa, se derramó por la hendidura del noroeste y fué, rodando faldas abajo, hasta el pueblo de Quetzaltepeque".

La erupción fué como a las 8 de la noche del mismo jueves. Eran nubes de vapores y de gases que cubrían los contornos del volcán. San Salvador, en plena consternación de sus habitantes, se encontraba ensombrecida.

Hasta fines de junio siguieron las aguas del lago cayendo en forma de evaporación. Que cenizas y lavas incendiadas eran intermitentes, cada cinco o cada diez minutos.

Esta terrífica explosión continuada duró hasta los primeros días de noviembre del mismo 1917. El terremoto de San Salvador derribó casi todas las casas y por temor a otro, se construyen habitaciones de madera.

Aunque al presente ya se empiezan a levantar casas y edificios de ladrillos y cemento armado. Así el Teatro Nacional, en el "Parque Morazán", es una sólida construcción que lleva ya unos cuantos años en la obra. Será al estar terminado un soberbio edificio que sirve de ornato a la ciudad.

En el fondo del cráter, y en todo el centro, una gran tapa en relieve, tapó el enorme hueco de la fragua, como si la hubiesen dirigido compases de geómetras. Una interrogación brota de los visitantes. ¿Y al romperse la tapadera de lava que se enfrió en la misma boca del monstruo, volverá de nuevo a vomitar el fuego de sus entrañas?

Pregunta semejante se hacen los geólogos, ante la constante erupción del Paricutín de México. Desde febrero de 1943 no ha cesado de lanzar a los cielos su roja lava. Todavía en este año de 1947 levanta sus ígneos penachos de fuego y vomita sus lavas de piedra. Aún mantiene en vilo el ánimo de los habitantes de San Juan de Parangaricutiro, porque las cenizas metálicas cubren sus techos, sus

calles y sus plantíos son destruídos. ¿Cuándo terminará su vida este gigante del fuego, y cómo quedará su cráter? Sólo él lo sabe.

Al bajar de esta cumbre puede el turista embarcarse en "La Bala", al final del Paseo Independencia, donde se yergue en bronce la heroica figura del Cacique Atlacate, defensor de los dominios indígenas.

El tren en rieles, que es rápido, hace sus 85 kilómetros a Sonsonate en unas dos horas. La vía está encajonada en algunos tramos entre cerros, y en otros, aquéllos se abren y el valle se amplía para el cultivo. Que los salvadoreños cuidan sus pequeñas parcelas de tierra de pan sembrar.

A poco se llega al pueblo de Quetzaltepeque, hasta donde rodó la candente lava llena de piedras pero acuosas, el año de 1917. En el lugar "El Niño" la ruta quedó obstruída. En el kilómetro 64 se divisan los penachos de humo del *Yzalco,* cuyas fumarolas se continúan a la vista, a la derecha del turista, en intervalos desiguales hasta el término del viajero.

Cráter apagado del volcán "Quetzaltépetl", en San Salvador.

Ceiba centenaria a la entrada del cementerio de San Salvador. Allí el autor de "Rincones Mexicanos".

Los habitantes llaman a su volcán el *Faro del Pacífico*, pero no está bien ajustado, porque el fenómeno ígneo en ocasiones, son muchas las noches que no se deja contemplar. Que de día sólo los turbiones de humo pueden verse.

No sucede esto con el *Faro del Catatumbo*, en Venezuela, donde este río navegable que desagua en el lago de Maracaibo, lo ostenta siempre. En centenares de kilómetros a la redonda, el zig-zag del relámpago se divisa en el trayecto del sinuoso afluente. Y cuando se navega en él de noche, el viajero tiene la oportunidad de admirarlo, ya en la proa como en la popa de su barco.

Para ello no ha menester que haya tempestad, ni lluvias, que en seco se repite continuamente durante las noches, de todos los meses de cada año. Y hasta hoy no se ha dado una explicación que satisfaga a los científicos.

Desde el sitio "Las Tres Ceibas" se miran las faldas del Yzalco en su desarbolada desnudez, pues las erupciones mantienen calcinadas sus colinas.

Ya en Sonsonate, por las mismas ventanas del cuarto del hotel, se cuentan los penachos de humo que tanto atraen a los viajeros, ávidos como van de contemplar en las noches de su estada allí, los resplandores rojizos de la encendida lava.

Que las columnas de aquel vapor, como las olas de embravecida playa, son varias en la forma, en el tamaño y en el color. Algunas blancas, otras blancuzcas, luego unas grises hasta llegar a casi oscuras.

Los turistas pasan la noche en vela tratando de asir, con la mirada atenta, el incendio de la montaña. ¡Que en muchas noches no llega!

Al recorrer la vieja población, con sus casi cuatro centurias de fundada, se da con la catedral en la Plaza Mayor. Las columnas de su portada son redondas y con canales; lo mismo que las del interior del templo que dividen sus naves en tres, y son cuadradas. Los techos terminan en cúpulas. Toda la construcción es de cal y canto, carece de la belleza que asoma, a través de las canterías aladas, sus estilos barroco y churrigueresco.

El pueblo es cálido y de malas calles. Su mercado, de piso sucio, es rico en frutas. Por sus empedradas calles suenan las ruedas de los carros, que arrastran perezosamente las primitivas yuntas de bueyes. No hay gasolina a causa de la guerra. De tal modo que al pueblecito, que está al pie del volcán, y que visitan los viajeros en noches de erupción, van en un carrito tirado por las mulas.

Antes de abandonar a Sonsonate se observa un largo puente de mampostería colonial, sobre un río de la ciudad que baja por una cuenca honda y ancha.

Camino de la carretera asfaltada de cuando se viene de Guatemala, y a unos 63 kilómetros de San Salvador, se desciende a la derecha por un trecho de mal piso, y a unos 12 kilómetros de Coatepec. Este debió de ser un antiguo cráter de volcán convertido en lago.

Al llegar a sus orillas se puede contemplar un sitio pintoresco. Por carencia de turismo en el hotel, no hay un bote de gasolina para recorrer sus ondas como se hace en otros lugares lacustres.

Tiene la forma de un recipiente redondo, donde el agua se renueva a sí misma, pues no tiene entrada por sus orillas, como el poético Atitlán. Son internas tanto las que entran como las que salen. Pues además de su fuerte oleaje en las tardes, el agua es viva. Se le mira a lo lejos como una isla, y se sabe que detrás de ella hay un brote de agua termal.

Para 1942 empezaban los pudientes de la capital a construir sus quintas, como se encuentran varias en las peninsulas que bordean sus orillas. El agua es potable, pues no hay otra, sólo que los pocos habitantes que pueblan aquellas playas, la extraen por tubos desde el fondo. Que en cuanto al servicio interno de las habitaciones, para no contaminar las aguas, se hacen pozos sépticos.

Con esta visita a los cráteres, tan marcadamente diversos, se terminan los "Rincones Mexicanos", a los que se han agregado unos cuantos de Guatemala y El Salvador.

En los primeros días de este año un nuevo volcán, llamado Conchagua, ha comenzado a lanzar su lava. Está cerca de la ciudad de La Unión, y la aldea de Zampopera se encuentra amenazada.

Los Angeles, California, febrero de 1947.

VICENTE DAVILA.

ACADEMIAS E INSTITUTOS DE GEOGRAFIA E HISTORIA A QUE PERTENECE EL DOCTOR VICENTE DAVILA

ARGENTINA

1.—Instituto de Investigaciones Históricas.—Socio Correspondiente.—Buenos Aires, mayo de 1927.

2.—Ateneo Ibero-Americano, Buenos Aires.—Socio Correspondiente.—Diciembre de 1927.

3.—Sociedad de Historia y Numismática. La Plata.—Socio Correspondiente.—Diciembre de 1927.

4.—Diario "La Prensa", Buenos Aires.—Colaborador y Representante en Venezuela.—Diciembre de 1927.

5.—Asociación Cooperadora Americana.—Socio Honorario.—14 de agosto de 1934. —Presidente, Enrique Loudet.—Secretario General: Edmundo Gutiérrez.

6.—Instituto Sanmartiniano.—Socio Correspondiente.—Buenos Aires, 16 de noviembre de 1934.—Presidente: José Pacífico Otero.—Secretario: Pedro Etchepare.

7.—Biblioteca América, de Santiago de Compostela (España). Nombrado por Buenos Aires Delegado en Caracas.—Mayo de 1928.

8.—Corresponsal en Caracas de La Revista Americana de Buenos Aires.—Director: V. Lillo Catalán.—Año de 1935.

9.—Miembro Correspondiente del Circulo de Altos Estudios de Rosario.—17 de marzo de 1936.

10.—Academia Nacional de la Historia.—Académico Correspondiente.—Buenos Aires, 20 de mayo de 1939.—Presidente: Ricardo Levene.—Secretario: Enrique de Gandia.

11.—La Asociación Argentina de Estudios Históricos.—Miembro Correspondiente.— Buenos Aires, 9 de junio de 1939.—Presidente: Juan Canter.—Secretario: Jorge A. Dávalos.

12.—Academia Americana de Historia. Miembro Académico.—Buenos Aires, 23 de marzo de 1939.—Presidente: Nicanor Sarmiento.

13.—Sociedad de Historia Argentina, Miembro Correspondiente.—Buenos Aires, 22 de septiembre de 1939.—Presidente: Abel Cháneton.

14.—Instituto Cultural Argentino Venezolano. Miembro Correspondiente.—Buenos Aires.—6 de septiembre de 1940.

BOLIVIA

1.—Sociedad Geográfica de Sucre.—Socio Correspondiente.—Enero de 1926.
2.—Sociedad Geográfica de La Paz.—Socio Honorario—Diciembre de 1929.
3.—Instituto Normal Superior. La Paz.—Profesor Honorario.—Abril de 1932.
4.—Centro Intelectual "Agustín Aspiazu". La Paz.—Miembro Honorario Correspondiente.—Febrero de 1933.—Presidente: J. Sotomayor.
5.—La Academia Nacional de la Historia.—Socio Correspondiante—La Paz. —18 de julio de 1933.—Presidente: Claudio Pinillo.—Secretaraio: Luis L. Crespo.

BRASIL

1.—Sociedad Geográfica de Río Janeiro.—Socio Correspondiente.—Septiembre de 1925.
2.—Instituto Histórico y Geográfico del Pará.—Socio Correspondiente.—15 de noviembre de 1942.—Secretario: Mayor Adolpho Dourado.

COLOMBIA

1.—Centro Atlántico de Historia, Barranquilla.—Socio Correspondiente.—Diciembre de 1922.
2.—Academia Nacional de Historia, Bogotá.—Socio Correspondiente.—Octubre de 1926.
3.—Academia Antioqueña de Historia, Medellín.—Socio Correspondiente.—Abril de 1932.
4.—Centro de Historia de Santander, Bucaramanga.—Socio Correspondiente.—Agosto de 1933.
5.—Centro de Historia de Pasto, Colombia.—Socio Correspondiente.—Octubre de 1933.
6.—Academia de Historia de Cartagena de Indias, Colombia.—Socio Correspondiente.
7.—Centro de Historia de Ocaña. Octubre de 1935.—Miembro Correspondiente.—El Diploma, el 18 de abril de 1937.
8.—Centro de Historia del Departamento Norte de Santander.—Cúcuta, 10 de mayo de 1937.
9.—Centro de Historia de Tunja.—Diploma de Miembro Correspondiente.—13 de mayo de 1937.
10.—Centro Bolivariano del Atlántico.—Miembro Honorario.—Barranquilla, 4 de diciembre de 1937.—Presidente: Pbro. Pedro Ma. Revollo.
11.—Centro del Valle Caucano.—Socio Correspondiente.—Cali, 25 de julio de 1941. Presidente: Alfonso Zawadzki.

COSTA RICA

1.—Sociedad Bolivariana de Costa Rica.—Socio Honorario.—Septiembre de 1931.

CUBA

1.—Sociedad Martiniana de la Habana.—Socio Correspondiente.—Agosto de 1925.
2.—Academia de la Historia de Cuba.—Socio Correspondiente.—Diciembre, 1926.
3.—Academia Nacional de Artes y Letras.—Socio Correspondiente.—Junio de 1930.

CHILE

1.—Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Santiago.—Socio Correspondiente. —Diciembre de 1927.
2.—Academia Chilena de la Historia.—Socio Correspondiente.—Santiago, 12 de abril de 1934.—Secretario: Juan Luis Espejo.

ECUADOR

1.—Academia Nacional de la Historia. Quito.—Socio Correspondiente.—Octubre de 1926.
2.—Sociedad Bolivariana del Ecuador.—Socio Honorario.—Mayo de 1929.
3.—Medalla al Mérito. Quito. Condecorado en junio de 1930.
4.—Centro de Investigaciones Históricas, Guayaquil.—Socio Correspondiente.— Abril de 1932.
5.—Centro Social "La Gran Colombia", Guabo, Provincia de El Oro.—Socio Honorario.—Mayo de 1933.

EL SALVADOR

1.—Ateneo de El Salvador, San Salvador.—Socio Correspondiente.—Diciembre de 1927.

GUATEMALA

1.—La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.—Socio Correspondiente.— 22 de agosto de 1929.

HONDURAS

1.—Sociedad de Geografía e Historia de Honduras.—Socio Correspondiente.—Tegucigalpa.

MEXICO

1.—Instituto Panamericano de Geografía e Historia.—Vocal del Comité.—Noviembre de 1929.
2.—Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate".—Socio Correspondiente.— Agosto de 1932.
3.—Ateneo Nacional de Ciencias y Artes.—Socio Correspondiente.—México, D. F., febrero de 1942.—Presidente: Ing. Félix F. Palavicini.

PANAMA

1.—Academia Panameña de la Historia.—Individuo Correspondiente.—25 de septiembre de 1937.—Presidente: Octavio Méndez Pereira.

PERU

1.—Sociedad Geográfica de Lima.—Socio Correspondiente.—Abril de 1925.

PUERTO RICO

1.—Academia Puertorriqueza de la Historia.—Socio Correspondiente.—Diciembre de 1935.—Presidente: Mariano Abril.

SANTO DOMINGO

1.—Academia Dominicana de la Historia.—Socio Correspondiente.—Santo Domingo. 15 de octubre de 1935.—Presidente: Fed. Henríquez y Carvajal.
2.—Instituto de Investigaciones Históricas.—Miembro Correspondiente.—Santo Domingo.

URUGUAY

1.—Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.—Socio Correspondiente.—Mayo de 1927.
2.—Junta de Historia Nacional.—Socio Correspondiente.—Montevideo, octubre de 1928.
3.—Confraternidad Universal Balzaciana.—Miembro Corresponsal.—Montevideo, 19 de abril de 1940.—Fundador y Director: Santiago Gastaldi.

VENEZUELA

1.—Director del Archivo Nacional, Caracas.—Agosto de 1921.
2.—Academia Nacional de la Historia.—Individuo de Número.—Julio de 1922.
3.—Medalla de Instrucción Pública.—Condecorado en julio de 1926.
4.—Rotary Club de Caracas.—Fundador y Primer Presidente.—Octubre de 1926.
5.—Director de la publicación del Archivo-Miranda.—1927.
6.—Centro Industriales del Mercado.—Socio Honorario.—Julio de 1927.
7.—Soceidad Unión Mutua.—Socio Honorario.—Julio de 1927.
8.—Orden del Libertador.—Comendador.—Julio de 1927.
9.—Infantil Ayacucho Sport-Club.—Tovar.—Socio Honorario.—Septiembre de 1933.
10.—Socio fundador del Hogar Americano.—Caracas.—1938.—Presidente del Instituto en 1945.
11.—Miembro Fundador del "Centro de Historia del Táchira í.—16 de octubre de 1942.—Presidente: Pbro. J. Edmundo Vivas.

12.—Centro Histórico Larense.—Miembro Correspondiente.—Barquisimeto, 5 de septiembre de 1944.—El Director: Ambrosio Perera.—El Secretario: Carlos Felice Cardot.

13.—Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina.—Miembro Fundador e Individuo de Número.—Caracas, 2 de octubre de 1945.—El Director: Santos A. Dominici.—Vocal: Jesús Sanabria Bruzual.—El Secretario: Joaquín Díaz González.

ALEMANIA

1.—Instituto Ibero-Americano de Hamburgo.—Socio Honorario.—Abril de 1933.

ESPAÑA

1.—Biblioteca Americana de Santiago de Compostela, Delegado en Caracas.—Mayo de 1928.

2.—Academia Hispano-Cubana de Ciencias y Artes.—Cádiz.—Socio Correspondiente.—Agosto de 1928.

3.—Sociedad Económica de Amigos del País. Tenerife.—Socio Correspondiente.—Enero de 1929.

BIBLIOGRAFIA

1.—"Historia General de las Cosas de Nueva España", por Fray Bernardino de Sahagún. 4 tomos. Editorial Pedro Robredo. Calle de Justo Sierra No. 41. México, D. F. 1938.

2.—"Conquista de la Nueva España", por Bernal Díaz del Castillo. 2 tomos. Espasa Calpe. Madrid. 1933.

3.—"Historia Antigua de México", por el Abate Francisco Xavier Clavijero. 2 tomos. Editorial General de las Bellas Artes. México, D. F., 1917.

4.—"Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España", por el Barón Alejandro de Humboldt. 6a. edición castellana. 5 tomos. Editorial Pedro Robredo. México, D. F., 1941.

5.—"Historia de México", por don Lucas Alamán. 5 tomos. Editorial Jus. México, D. F., 1942.

6.—"Obra sobre los Jesuítas Mexicanos durante la Epoca Colonial de 1572 a 1767", por Gerard Decore, S. J. Antigua Librería Robredo de José Porrúa. México, D. F. 1941.

7.—"Historia de la ciudad de México", por Artemio del Valle-Arizpe. Editorial Pedro Robredo. México, D. F. 1939.

8.—"Tres siglos de pintura colonial mexicana", por A. Velázquez Chávez. Editorial Polis. México, D. F., 1939.

9.—"El Cabito", por Pío Gil o Pedro María Morantes. 2a. edición en Valencia de España. Imprenta de F. Vivas Mora. Calle de Hernán Cortés. 1910.

10.—"Poesías completas", de Salvador Díaz Mirón. 1876 a 1928. México, D. F. Porrúa Hermanos y Cía. 1941.

11.—"Tesoro de la Juventud", 20 tomos. Editorial W. M. Jackson Inc. Buenos Aires.

12.—"Cartas del Libertador", por el doctor Vicente Lecuna. 10 tomos. Tipografía del Comercio. Caracas. 1930.

13.—"Obras Completas de Historia, Sociología y Poesía", 10 tomos del Pbro. Dr. José Castillo y Piña. Imprentas Efrén Rebolledo y Manuel León Sánchez. México, D. F., 1936 y siguientes.

14.—"Estampas del Estado de Veracruz", por Luis Velasco y Mendoza; y "Córdoba, el Fortín y sus aledaños", por Mario Talavera. México, D. F., 1939.

15.—"Archivo del General Miranda". 65 tomos en 3 etapas. Viajes, 26 volúmenes; Revolución Francesa; 18; y Negociaciones, 19. Los 44 primeros volúmenes están ya publicados en 14 tomos, por el Dr. Vicente Dávila. Imprenta Parra León

Hermanos. Caracas. 1927 a 1936. El Archivo se encuentra en la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia en Caracas.

16.—"Hernán Cortés", por Carlos Pereyra. Colección Austral. Espasa-Calpe-Argentina. 1941.

17.—"Antología Herediana", por Emilio Valdés y de Latorre. La Habana. Imprenta El Siglo XX. A. Muñoz y Hno. 1939.

18.—"Colegio de las Vizcaínas". Informe del licenciado don Pedro Lascuráin. Julio de 1734-1934. México, D. F.

19.—"Guía de la Catedral de México", por M. Gómez. México, D. F., 1938.

20.—"Estudio del Jorullo", por el ingeniero Ezequiel Ordóñez. México, D. F., 1906.

21.—"Desierto de los Leones'," por el agrónomo Agustín Fornel Olivera; y "Boletín del Repertorio Boyacense", agosto de 1945.

22.—"Boletín de la Universidad de Antioquía", Medellín, Colombia. Abril de 1944. No. 63.

23.—"El Arbol que canta", por Pablo Hannibal Vela. Quito, Ecuador. 1943.

24.—"Hernán Cortés", por Salvador Madariaga, español. México, D. F., 1944.

25.—"Revista Montaña", del Club de Excursionistas. México D. F., No. 96. Febrero de 1936.

26.—"Novedades". México, D. F., del 10 de febrero de 1946.

27.—"La Metrópoli Colonial Centro Americana". Antigua Guatemala.

28.—"Guía de la Ciudad de Tasco". Por Manuel Toussaint. México, 1935.

29.—"Biografías Tlaxcaltecas", y "Puebla de los Angeles", por Salazar Monroy. Puebla.

30.—"Teotihuacán", Guía oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

31.—"Guía de San Luis Potosí", por Joaquín Meade. México. 1941.

32.—"Cuernavaca y Tepotzotlán". por Higinio Vázquez de Santa Ana, 1938.

33.—"Biografía del Venerable D. Juan de Palafox y Mendoza", por Enrique Gómez Haro. Puebla, 1940.

34.—"Catedral de Puebla de los Angeles", por N. Quiroz y Gutiérrez, 1941.

35.—"La creación de la Colegiata de San Juan de los Lagos", por Francisco Elguero. México. 1925.

36.—"Historia Antigua de Yucatán", por Silvams Grimall Morley. Washington, 1942.

37.—"Chichén-Itzá", y "Ruinas de Uxmal", por José Erosa Peniche. Mérida de Yucatán. 1937.

38.—"Documentos Inéditos referentes al Ilustrísimo Señor Don Vasco de Quiroga", por Nicolás León y José Miguel Quintana. México, 1940.

39.—"Don Vasco de Quiroga", por Rafael A. Spencer. México. 1940.

40.—"Leyendas Potosinas", por Ignacio Espinosa. 1939.

41.—"Ilustrísimo Sr. Dr. Juan Cruz Ruiz de Cabañas", por el Lic. Ignacio Dávila Garibi. México.

42.—"Aguas Termales de Ixtapan de la Sal", por Arturo Flores Mercado. México, 1943.

43.—"Mirador-Poblaciones pintorescas de México", por José G. Montes de Oca. Tenochtitlán. 1936.

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
Ofrenda	23
I.—Aguas Calientes	25
II.—San Juan de los Lagos	30
III.—El Cerro de las Campanas	35
IV.—Puebla de los Angeles	43
V.—La Ciudad de Pátzcuaro	50
VI.—San Miguel Allende	56
VII.—Zacatecas y su Catedral	62
VIII.—Querétaro Monumental	68
IX.—Cuautla de Amilpas	75
X.—Acapulco Pintoresco	82
XI.—Oaxaca Colonial	89
XII.—Monte Albán	96
XIII.—Ciudad de Morelia	103
XIV.—Uruapan	109
XV.—Feria de Oaxaca	117
XVI.—Ruinas de Mitla	123
XVII.—Morelia Colonial	126
XVIII.—Valle del Obispo Pagaza	133
XIX.—Guanajuato	139
XX.—Balneario de San José Purúa	147
XXI.—Tzintzuntzan	151
XXII.—Ruinas de Chichén Itzá	155
XXIII.—Ingenio de San José Purúa	163
XXIV.—Ruinas de Uxmal	166
XXV.—Lago de Pátzcuaro	172
XXVI.—Mérida de Yucatán	177
XXVII.—Nuestra Señora de los Remedios	185
XXVIII.—Guadalajara	189
XXIX.—Valle de Orizaba	197
XXX.—Veracruz de los Jarochos	206

Págs.

XXXI.—Fundación Mier y Pesado 216
XXXII.—Jalapa 222
XXXIII.—Fortín de Flores 228
XXXIV.—Chapala 233
XXXV.—Tlaxcala 237
XXXVI.—Texcoco 246
XXXVII.—Monte Carmelo 252
XXXVIII.—Huejotzingo 258
XXXIX.—Molino de Flores 263
XL.—El Paricutín 267
XLI.—Parque de Netzahualcóyotl 272
XLII.—Ixtapan de la Sal 276
XLIII.—San Luis Potosí 281
XLIV.—Biblioteca Palafox 288
XLV.—Villa de Guadalupe 293
XLVI.—Tasco 298
XLVII.—Tepotzotlán 306
XLVIII.—Cuernavaca 312
XLIX.—Tepoztlán 318
L.—Grutas de Cacahuamilpa 321
LI.—Santuario de Ocotlán 327
LII.—Sillería Sanagustiniana 330
LIII.—San Agustín Acolman 333
LIV.—San Agustín Actopan 338
LV.—Bello en Jiquilpan 343
LVI.—Pachuca 346
LVII.—Xochimilco 351
LVIII.—Santa María Regla 357
LIX.—Toluca 361
LX.—Convento de San Angel 369
LXI.—Veneros de Xochimilco 375
LXII.—Popocatépetl 377
LXIII.—Las Pirámides 382
LXIV.—Cholula 390
LXV.—Las Vizcaínas 398
LXVI.—Santa María de Tule 402
LXVII.—La Catedral 405
LXVIII.—Chapultepec 413
LXIX.—Chichicastenango 420
LXX.—Atitlán 427
LXXI.—Capilla Yurrita 431
LXXII.—El Salvador 437
LXXIII.—Volcanes del Salvador 443

Academias e Institutos de Geografía e Historia a que pertenece el autor 449
Bibliografía 455

Este libro se empezó a imprimir en los
Talleres de la Cooperativa "Imprenta
Manuel León Sánchez", S. C. L.
de la Ciudad de México, el día
5 de junio de 1947, y se
terminó el día 28 de
julio del mismo año.

Obras del Autor:

1. **VERDADES.**—Artículos político-sociales. Año de 1900.
2. **PROCERES MERIDEÑOS.**—Biografías de algunos ilustres Próceres de la antigua Provincia de Mérida. Año de 1918.
3. **JACULATORIAS.**—Biografías místico-paganas de Santos. Año de 1919. Segunda edición. Año de 1925. Tercera edición. En México en 1943.
4. **PROCERES TRUJILLANOS.**—Biografías de casi todos los Ilustres Próceres de la antigua Provincia de Trujillo, con un extenso Arbol Genealógico de los Briceños y otro de los Pachecos. Año de 1921.
5. **LOS COMUNEROS DE MERIDA.**—Estudio de Recepción en la Academia Nacional de la Historia, como Individuo de Número. 23 de Julio de 1922.
6. **BOLETIN DEL ARCHIVO NACIONAL.**—15 tomos de Indices de varias secciones, con 384 páginas cada uno, correspondientes a los años de 1923 a 1933, y 32 páginas de datos biográficos ibero-americanos. Cada tomo son 4 boletines.
7. **INVESTIGACIONES HISTORICAS.**—Estudios de documentos inéditos y Crónicas de la Conquista, de la Colonia y de la Indepedencia y varios discursos. Con un índice alfabético de los nombres que en él figuran. Tomo I. Año de 1923. Tomo II. Año de 1927.
8. **DICCIONARIO BIOGRAFICO.**—Tomo I. Contiene 1,046 biografías de Ilustres Próceres de la Independencia Sudamericana, desde la letra A hasta la M. Año de 1924. Tomo II. Contiene 695 biografías de Ilustres próceres de la Independencia Sudamericana, desde la letra N hasta la Z. Año de 1926.
9. **ACCIONES DE GUERRA.**—Cuadro de éstas en Venezuela durante la Independencia, de 1806 a 1824, con un Mapa que señala, en las Provincias respectivas, el sitio del combate.
10. **DON SANCHO BRICEÑO.**—Contiene el Arbol de los Briceños, cuatro veces Centenario. Y su monumento en la ciudad de Trujillo. Año de 1927.
11. **ENCOMIENDAS.**—Tomo I. Contiene las hojas de Servicio de los conquistadores, en la antigua Provincia de Caracas. 1927. Tomo II. Hojas de Servicio de los conquistadores en Occidente de Venezuela. Año de 1930.
12. **BOLETIN DEL ROTARY CLUB DE CARACAS.**—9 números, de Enero de 1927 a Enero de 1928. Con relación de sus 72 Conferencias sobre el ahorro.
13. **INDICE DEL ARCHIVO DEL GRAL. MIRANDA.**—Presidente de la Comisión. 1927.
14. **ARCHIVO DEL GRAL. MIRANDA.**—Publicación de 14 tomos de 1928 a 1933. Cada tomo tiene unas 500 páginas, con prólogo, resumen de lo más esencial en Miranda, y con los Indices de materias y de nombres propios.
15. **BIOGRAFIA DE MIRANDA.**—Folleto de 5000, palabras. Año de 1933.
16. **LABORES CULTURALES.**—Con 36 Capítulos sobre Escuelas, Dictaduras, Reclamaciones del Táchira y Hoja de Servicio del autor. Año de 1936.
17. **DESTRUCCION DE PREGONERO.**—Por orden del bárbaro Presidente del Táchira. Eustoquio Gómez. Año de 1936.
18. **PROBLEMAS SOCIALES.**—Tomo I. Santiago de Chile. 1939. Tomo II. México, D. F. Año de 1942.
19. **—BOLIVAR INTELECTUAL Y GALANTE.**—México, D. F. Año de 1942.
20. **HISTORIAL GENEALOGICO DE LA FAMILIA DEL ILUSTRE RAFAEL URDANETA Y SU DESCENDENCIA.** Caracas 1945.